



UNIVERSIDAD DE GRANADA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
DEPARTAMENTO DE LINGÜÍSTICA GENERAL  
Y TEORÍA DE LA LITERATURA

**ESTRATEGIAS DE PODER EN LA NOVELA  
Y LA SOCIOLOGÍA DE FRANCISCO AYALA**

Tesis Doctoral

Doctoranda: Alana Berenice Gómez Gray

Director: Dr. Antonio Chicharro Chamorro

Granada, 2010

Editor: Editorial de la Universidad de Granada  
Autor: Alana Berenice Gómez Gray  
D.L.: GR 4241-2010  
ISBN: 978-84-693-6012-5



*A Alatiel*



## ÍNDICE GENERAL

Abreviaturas .....	9
Introducción .....	11
<b>PARTE PRELIMINAR: FRANCISCO AYALA Y SUS NOVELAS CAPITALES 17</b>	
Capítulo 1. Aspectos biobibliográficos del escritor Francisco Ayala.....	17
1.1 Biografía .....	17
1.2 Algunas claves para su lectura.....	30
Capítulo 2. Introducción a las novelas objeto del análisis: <i>Muertes de perro</i> y <i>El fondo del vaso</i> .....	39
2.1 <i>Muertes de perro</i> .....	39
2.2. <i>El fondo del vaso</i> .....	53
<b>PARTE PRIMERA: ESTUDIO NARRATOLÓGICO DE <i>MUERTES DE PERRO</i> Y <i>EL FONDO DEL VASO</i>.....</b>	
<b>59</b>	<b>59</b>
Capítulo 3. <i>Muertes de perro</i> .....	59
3.1 Espacialización .....	59
3.2 Temporalización .....	93
3.3 Voces y personajes.....	127
3.4 Recepción de <i>Muertes de perro</i> .....	133
3.5 Lectores ideales.....	140
3.6 Del arte de nombrar .....	145
3.7 Perspectivismo y plurilingüismo .....	150
3.8 Diastratía.....	151
3.9 Realismo .....	153
Capítulo 4. <i>El fondo del vaso</i> .....	159
4.1 Espacialización .....	159
4.2 Temporalización .....	162
4.3 Voces y personajes.....	177
4.4 Recepción.....	178
4.5 Ubicación y relaciones con otros países .....	180
Capítulo 5. Análisis de las unidades fraseológicas en <i>Muertes de perro</i> y <i>El fondo del vaso</i> como un rasgo de estilo .....	191

PARTE SEGUNDA: TEORÍAS Y DISCURSOS DEL PODER EN FRANCISCO AYALA Y MICHAEL FOUCAULT .....	195
Capítulo 6. El poder .....	195
6.1 Qué, cómo, quién, dónde .....	195
6.2 Breve recorrido teórico por aspectos de fundamento de la idea de poder .....	199
Capítulo 7. Foucault y el poder .....	205
Capítulo 8. El poder en Francisco Ayala .....	213
8.1 Aspectos introductorios .....	213
8.2 La voluntad de poderío .....	216
8.3 El poder como usurpación .....	251
8.4 El poder como pecado.....	264
Capítulo 9. La idea de verdad en Foucault y Francisco Ayala .....	295
9.1 Foucault .....	295
9.2 Francisco Ayala .....	298
9.3 Intelectualidad y poder.....	303
9.3.1 Los intelectuales fuera del poder .....	305
9.3.2 Los intelectuales dentro del poder .....	306
PARTE TERCERA: ESTUDIO DEL PODER EN <i>MUERTES DE PERRO</i> Y <i>EL FONDO DEL VASO</i> .....	309
Capítulo 10. Discursivización del poder en las novelas .....	309
10.1 Preliminar.....	309
10.2 La usurpación.....	311
10.3 Religión.....	320
10.4 La confesión.....	324
10.5 Razas .....	339
10.6 Vigilar .....	341
10.7 Esperpento, realismo grotesco y carnaval.....	352
10.8 Los ahorcados .....	371
Capítulo 11. Los personajes y la ejecución del poder en <i>Muertes de perro</i> .....	377
11.1 Bocanegra, el estereotipo .....	377
11.1.1 Tras el magnicidio .....	397
11.2 Olóriz o el tirano .....	404

11.3 Pinedo o el archivista historiador.....	413
11.4 Tadeo Requena, ejecutor.....	418
11.5 Concha escandaliza.....	442
11.6 Ángelo o el residuo.....	452
Capítulo 12. Los personajes y la ejecución del poder en <i>El fondo del vaso</i> .....	457
12.1 Ruiz, juez de belleza y criminal.....	457
12.2 Dulce Candy.....	466
12.3 Medrano, señor feudal con niños.....	469
12.4 Doménech o la banca.....	471
12.5 Pandillas e iglesias.....	473
12.6 La prensa, teoría y materia novelesca.....	476
CONCLUSIONES.....	505
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	507
Anexo A.....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>





## Abreviaturas

FV = *El fondo del vaso*

ICS = *Introducción a las ciencias sociales*

LU = *Los usurpadores*

MP = *Muertes de perro*

TS = *Tratado de sociología*

Dt = Deuteronomio

Ex = Éxodo

Ez = Ezequiel

Gen = Génesis

Is = Isaías

Jer = Jeremías

Job = Job

Lev = Levítico

Num = Números

Os = Oseas

Prov = Proverbios

Rom = Romanos

Sal = Salmos

1Sam = 1ª de Samuel



## **Introducción**

El objeto de esta tesis doctoral es analizar el concepto y los mecanismos de poder en la obra teórica y literaria de Francisco Ayala. Se parte de la evidencia de que la obra literaria del escritor español ha sido más estudiada que su obra sociológica, y que ambas en su conjunto han sido menos objeto de análisis aún. Este trabajo doctoral tiene como finalidad cubrir ese vacío toda vez que la parte teórica está estrechamente ligada con la de creación porque contiene las reflexiones sobre la sociedad y su devenir, que tanto preocupaban a Ayala; y conocer este vínculo permite que sus lectores tengan una mejor y más amplia comprensión de sus novelas al menos en cuanto al proyecto e intención, al menos en cuanto al proyecto e intención creadores.

Por lo tanto, en esta investigación se vinculan dos líneas del pensamiento – sociología y literatura– para lograr un acercamiento de calidad y encontrar el trasfondo que se guarda en obra de Ayala, particular testigo de su tiempo.

Para Francisco Ayala, tanto en su faceta de creador literario como en la de teórico de la sociología, la problemática del poder ha formado parte de su discurso a lo largo de su trayectoria, sobre todo a raíz de la guerra civil española y la segunda guerra mundial, pues es en los periodos de crisis cuando más se reflexiona sobre el poder. Toda vez que el discurso literario surge dentro de un marco histórico y social determinado, y es invariable en su estructura de novela, cuento o poesía, representa con mucho el objeto de estudio más idóneo para la aprehensión de dispositivos que, por su cotidianidad, se vuelven invisibles.

De ahí que en la obra sociológica y novelística se brinden importantes datos acerca de cómo los miembros de una sociedad viven y detentan el poder; esa cualidad cualitativa y cuantitativa, tan deseada pero a la vez inaprensible que es fundamental e ineludible en el vivir cotidiano.

A partir del hecho de que el poder ha existido a lo largo de la historia de la humanidad y que simplemente han cambiado sus manifestaciones y la forma de abordarlo, este trabajo de investigación se centra en indagar lo que Ayala entiende por poder, la evolución del concepto, cómo se ejerce dicho poder, en qué consiste, cómo funciona, cuáles son sus mecanismos, quienes lo ejercen y cómo lo llevan a cabo y cómo se configuran en su obra literaria.

Este análisis toca las dos vertientes –creativa y teórica– del autor, incluyendo un rastreo de sus palabras a través de los medios, pero se centra, sobre todo, en su *Tratado de Sociología* y en sus dos novelas, *Muertes de perro* y *El fondo del vaso*, por reconocer que hay un diálogo entre estas obras.

El objetivo parte de que Ayala, a través de su literatura, acuñó una frase que habría de repetirse como un eco en la voz de sus críticos: el poder como usurpación, conclusión surgida gracias a la escritura de *Los usurpadores*. Sin embargo, esa sentencia es sólo la punta del iceberg de lo que el poder significaba para Ayala. Aunque no teorizó específicamente sobre el tema, sí lo abordó en algunos de sus ensayos, así como en su *Tratado de sociología* y en su *Introducción a las ciencias sociales*. Sus tesis se fueron transformando con el tiempo y, cuando ya no escribía más, siguió completándolas a través de entrevistas.

Para redondear los postulados ayalianos se precisa verlos también en perspectiva con otros pensadores que hayan abordado el tema, y el más idóneo para esta tarea es el francés Michael Foucault, quien afirmaba no ser un teórico del poder dado que había tocado el tema en su búsqueda de la genealogía de los discursos de verdad y la construcción del sujeto, aun así ha hecho una de las contribuciones más importantes de los últimos tiempos sobre el poder; de ahí que tanto la luz que brindó sobre el tema como los novedosos postulados metodológicos que utilizó, se adapten eficazmente al propósito de esta investigación.

Recordemos que para Foucault uno de los principales problemas a la hora de desentrañar qué es el poder proviene de que éste se ha estudiado desde la figura de los gobernantes que lo detentan, desde las infraestructuras económicas y las instituciones –lo que el francés denomina macropoder–, pero no desde sus estrategias o mecanismos –el micropoder–.

Desde la Edad Media el poder ha estado formulado con base en el derecho y se ha seguido la costumbre de situarlo en el no-derecho ejercido por la monarquía absoluta; es pensado como el límite de la libertad individual –tesis grata a Ayala–, implica el abuso, la represión, la prohibición, la censura.

Esta forma de concebirlo y abordarlo como inminentemente represivo, malo, feo, pobre, estéril, monótono (Foucault, 1998: 168), se vería completada si se

analizaran las relaciones de poder, las cuales “están tal vez en lo más oculto del cuerpo social” (Foucault, 2007: 167); se precisa desentrañar su mecánica.

Michael Foucault dejó claro que los instrumentos para aproximarse a él estaban por determinarse todavía pues el poder es en su esencia productor, es una energía inagotable, es eficaz, estratégico, positivo. Si fuese únicamente negativo hace mucho que habría dejado de ser obedecido, pero el poder “produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; hay que considerarlo como una red productiva que pasa a través de todo el cuerpo social en lugar de cómo una instancia negativa que tiene por función reprimir” (Foucault, 2007: 148).

Su otra cara, difícil de aceptar pero indudable, explica Foucault en su libro de 1976, *Voluntad de saber*, incluye no sólo la exclusión sino la inclusión que lo reproduce; no fija fronteras sino que prolonga sus formas, no esquiva lo que lo refuerza sino que lo atrae, “no dispone barreras” sino “lugares de máxima saturación”, produce y fija la disparidad; suscita mecanismos que lo eternizan, fomenta la creación de discurso productor de la verdad, de la cual ha de analizarse la forma como se dice o como se calla, “cómo se distribuyen los que pueden y los que no pueden hablar, qué tipo de discurso está autorizado” (Foucault, 1998: 38). Y ha de entenderse por *verdad* “el conjunto de procedimientos regulados por la producción, la ley, la repartición, la puesta en circulación y el funcionamiento de los enunciados”, explica Foucault en “Verdad y poder” (2007: 156); “está ligada circularmente a sistemas de poder que la producen y la sostienen, y a efectos de poder que induce y la prorrogan”. Sin embargo, es substancial mencionar que el teórico francés hacía la advertencia de que no importaba si los discursos eran en sí mismos falsos o verdaderos, sino saber cómo se producen los efectos de verdad en el interior de los discursos (Foucault, 2007: 147).

Todo lo que se dice en nuestra sociedad lejos de estar fuera del poder o contra él, ha surgido de ahí mismo donde el poder se ejerce y “como medio de su ejercicio” (Foucault: 1998: 45), aunque polimorfo y con regulaciones; en suma, las instancias de poder cuidan de fingir que ignoran lo que prohíben. Además, algo muy importante con respecto al poder, “siempre es posible modificar su dominio en condiciones determinadas y según una estrategia precisa” (Foucault, 2007: 171).

Las técnicas polimorfas del poder, como les denomina Foucault, son sutiles, más individuales, aíslan, a la vez que incorporan, intensifican a la vez que reducen. Resumiendo, son a su vez mecanismos positivos conducentes a formular la verdad a través de las instancias de producción discursiva que incluyen entre sus estrategias también la producción de silencios, porque la verdad es ella misma poder, añade el teórico francés.

Ayala aborda de forma conciente el poder desde el plano de los macromecanismos en su obra teórica, como se verá, mientras que la perspectiva de los micromecanismos del poder sólo se hace patente en su literatura pero sin una reflexión teórica, evidentemente.

Partiendo del propio concepto de poder de Ayala –o conceptos–, así como de los cuestionamientos de Foucault a propósito de que aquél es algo imposible de poseer o atesorar sino únicamente capaz de ejercerse, es decir que “no existe más que en acto”, y yendo más allá de las relaciones meramente económicas, planteo la hipótesis de que el poder en tanto represión (definición proveniente desde Hegel y Freud) pero también como eje de articulación de la sociedad, está presente en las novelas *Muertes de perro* y *El fondo del vaso* del escritor español, además, por supuesto, de en *Los usurpadores*.

Es posible aplicar el sistema de análisis que plantea el teórico francés en la obra teórica y de creación ayaliana (y en la creación literaria en general) porque está basado en la búsqueda de las tácticas y estrategias que se emplean para detentar y ejercer el poder entendido como una relación perpetua de fuerza –en la que el discurso, por sí mismo, tiene un papel fundamental.

Es gracias a esto como puede conocerse a fondo la manera como la obra de creación es una consecuencia de los postulados teóricos de Ayala y descubrir a plenitud el trasfondo sociológico de sus novelas.

Para ahondar en tales propósitos, se analizaron sus novelas detenida y detalladamente de forma narratológica, con criterio de comprensión hermenéutica, a fin de encontrar la correspondencia y la ejemplificación del pensamiento social de Ayala y los micro y macromecanismos de poder en ellas.

Asimismo se estudian sus trabajos teóricos para extraer los pormenores de lo que para Ayala es el poder. El libro *Los usurpadores* en el que se hace público el

concepto de poder con el cual se identifica a Ayala se analiza sólo desde la perspectiva del poder para ofrecer una perspectiva alternativa a la reconocida por él y por sus críticos<sup>1</sup>.

Este trabajo está dividido en tres partes: dado que el estudio se hace desde la visión hispanoamericana y será una introducción actualizada de Ayala al mundo mexicano de la literatura y la sociología, la primera sección tiene como eje un acercamiento a los aspectos biobibliográficos del autor, a fin de introducir al lector no español a su vida y su nutrida trayectoria, así como a las novelas objeto de este análisis, incluyendo su examen narratológico detallado, su recepción y aspectos básicos como el perspectivismo, el plurilingüismo, el realismo o la diastatía, entre otros.

La segunda parte está conformada por los capítulos 6 a 9, en ellos se realiza el estudio de la obra teórica tanto de Ayala como de Foucault a fin de conocer qué significa el poder para cada uno de ellos y los puntos en común, el concepto de verdad en ambos y el papel de los intelectuales dentro de este ámbito, concentrándose sobre todo en la evolución que la idea del poder tuvo en Ayala.

La tercera parte, capítulos 10 a 12, es la discursivización de los postulados teóricos sobre el poder reproducidos en las novelas, desvelándolos a través de varios aspectos que se descubrieron fundamentales para Ayala tales como la religión, la confesión, las razas, el acto de vigilar, el carnaval y los ahorcados; asimismo, las diferentes manifestaciones de los mecanismos del poder llevados a cabo por los principales personajes de las novelas.

Por último, sea esta la oportunidad para expresar mi agradecimiento a todas aquellas personas que me han ayudado a lo largo del proceso de investigación y escritura de esta tesis doctoral, y en especial a Antonio Chicharro Chamorro, mi director, por lo invaluable de su apoyo, su vasta sabiduría y la enorme generosidad con que la prodiga; a Rafael Juárez y a Manolo Ros por su orientación en la bibliografía ayaliana, brindada con eficacia y cálida cordialidad; a Rafael, Juan, Momo y Antonio por su ayuda y compañía en las largas horas y consultas en la biblioteca de la

---

<sup>1</sup> Este libro ha sido estudiado en profundidad por varios autores entre los que destacan Andrés Amorós, Keith Ellis, Rosario Hiriart, y Carolyn Richmond, entre otros.



Facultad de Letras; a mis amigas Thalía y Lourdes porque me acompañaron durante toda mi estancia española, mitigando la distancia y la soledad; a mi Antonio por su amor; y a mi Alatiel, por su apoyo, su comprensión y su presencia, porque sin ella no sería quien soy.

Asimismo, quiero expresar mi agradecimiento a las siguientes instituciones: Fundación Francisco Ayala, sin cuyos recursos bibliográficos no hubiera sido posible esta tesis, a la Universidad de Granada; y a la Universidad de Guadalajara, en especial a los departamentos de Letras y Sociología, por concederme una beca de estudios para realizar mis estudios doctorales.

Alana B. Gómez Gray  
Granada, España, mayo de 2010

## **PARTE PRELIMINAR: FRANCISCO AYALA Y SUS NOVELAS CAPITALES**

### **Capítulo 1. Aspectos biobibliográficos del escritor Francisco Ayala**

#### 1.1 Biografía

Francisco Ayala es reconocido como un clásico, Antonio Sánchez Trigueros da los porqués:

En primer lugar, por la alta calidad estética de su prosa, verdadera escuela de la escritura precisa, económica, concentrada e intensa; en segundo lugar, por haber construido con su palabra literaria, y no sólo con ella, una plataforma coherente de reflexión sobre el mundo contemporáneo; en tercer lugar, por adscribirse a una gloriosa tradición literaria en la que nos reconocemos y que él ha sabido enriquecer rompiendo modelos con una clara voluntad vanguardista; y en cuarto lugar, porque nadie como él condensa en su valiosa obra toda la historia de la mejor narrativa española del siglo XX (Sánchez Trigueros, 2006: 219).

Asimismo, para otro de sus grandes estudiosos, Manuel Ángel Vázquez Medel, el escritor granadino

se nos ha impuesto como un gran narrador –que cruza casi todos los grandes momentos de la prosa de ficción en el siglo XX desde la experimentación vanguardista a la disolución de la modernidad–; como un gran ensayista, profético analista de la realidad social; como un gran teórico y crítico literario; como ejemplar teórico de la traducción y traductor de algunas grandes obras de nuestro siglo; como practicante de un periodismo de opinión y calidad ; como un apasionado expresiva y agudeza de contenido, al que también ha dedicado su especulación teórica; como un apasionado y cualificado espectador del cine y de las más actuales manifestaciones audiovisuales, sobre las que ha escrito espléndidas reflexiones... (Vázquez Medel, 1999: 11).

A grandes rasgos ésa ha sido la trayectoria del creador español. Aspectos de la vida de Francisco Ayala ha sido narrada por él mismo en su *El jardín de las delicias* (1971) y *Recuerdos y olvidos* (1982), otros autores se han ocupado también de su obra (cfr. Amorós, Chicharro, Cerezo, Ellis, Irizarry, Sánchez Medel, Sánchez Trigueros, Rives Leiva, entre otros). Cabe mencionar libros como *Retrato de Francisco Ayala* (Navarro Durán y García Galiano, 1996) o *De mis pasos en la tierra* (editado por la Junta de Andalucía), cuya aparición en 2006 conmemoraba el centenario del natalicio del escritor español. Por tal motivo se hará a continuación un somero recorrido sobre su vida, basado principalmente en sus viajes y en su producción teórica y literaria.

Francisco Ayala nació en Granada, España, en 1906 en el seno de una familia que participaba del ambiente culto de la burguesía de la época y bien conocida en la ciudad.

El escritor compartió nombre con su padre, Francisco Ayala Arroyo, quien era un abogado si bien perteneciente a una familia adinerada, fue poco hábil en lo financiero de tal suerte que perdió su patrimonio. Su madre, por su parte, era estimada como una mujer especialmente inteligente y sensible que gustaba de la lectura y la pintura. Ayala sentía especial preferencia por ella, lo cual ha quedado plasmado en sus memorias.

Sus abuelos paternos fueron Vicente Ayala Gignar, de Málaga, y la sevillana María de los Dolores Arroyo Gavilanes. Sus abuelos paternos fueron los madrileños Eduardo García-Duarte y María Josefa González. García-Duarte fue Rector de la Universidad de Granada, decano de la Facultad de Medicina, presidente de la Academia de Medicina de la misma ciudad y presidente del Colegio de Médicos.

La postura ante la vida de estas dos familias tenía diferencias pues “las tensiones entre sus tíos maternos, aliadófilos, y la familia paterna, germanófila, se hicieron notar en los años de la Guerra Europea” (Vázquez Medel, 2006:1982)

Las redes sociales son importantes en la historia de esta familia pues, ante la mala situación económica que atravesó en algún momento, el padre obtuvo un empleo a través de un primo dentro de una naviera británica con oficinas en Madrid, lo cual los obligó a mudarse a la capital española en 1922:

Ayala abandona su ciudad natal [...] para no regresar a ella –ni a Andalucía– hasta 1960. Lo hará con desapego, adaptándose –como siempre a lo largo de su vida– a las circunstancias que en cada momento le correspondían en suerte (Vázquez Medel, 2006:1982).

Es en Madrid donde Ayala concluyó su bachillerato y se matriculó en Derecho en la Universidad de Madrid; y donde comenzó a colaborar en la prensa gracias a Melchor Fernández Almagro, quien era vecino de la familia en Granada y en esos momentos también vivía en Madrid.

En 1925 aparece la primera novela de Ayala, *Tragicomedia de un hombre sin espíritu* (Industrial Gráfica, Madrid), elogiada por el escritor y crítico Enrique Díez-Canedo, quien apuntó la tradición cervantina que la caracteriza. Sólo un año después Ayala publicó su segunda obra, *Historias de un amanecer* (Ed. Castilla, Madrid). Gracias a estas dos publicaciones y a sus colaboraciones periodísticas en *La Gaceta Literaria* y *Revista de Occidente*, se encontró de lleno en el mundo literario madrileño a la par que continuaba sus estudios de Derecho “en una universidad contradictoria, con viejos profesores trasnochados y maestros de primera calidad” (García Montero, 2006: 29). A decir de García Montero, profesores como Julián Besteiro, Luis Jiménez de Asúa, así como la figura del ideólogo socialista Fernando de los Ríos “acercaron la conciencia liberal y republicana de Ayala a las preocupaciones sociales” (García Montero, 2006: 32).

Entre 1923 y 1927 el escritor estudió como alumno libre la mayor parte de sus asignaturas y tras concluir la licenciatura desempeñó durante un año la Auxiliaría de derecho político español comparado con el extranjero; a continuación fue nombrado profesor ayudante de la cátedra de Derecho Político del sociólogo Adolfo Posada. En ese marco el granadino realizó su tesis, una de las primeras en sociología política, cuyo título es *Los partidos políticos como órganos de gobierno en el Estado moderno*, con la cual obtuvo el grado de Licenciado en Derecho en 1929. Aunque las ideas krausistas del catedrático no encontraron eco en su alumno por ser anacrónicas en el ambiente intelectual previo a la República. En ese mismo año solicitó y obtuvo de la Facultad de Derecho de la Universidad Central una ayuda para ampliar estudios en Berlín encaminados a preparar la cátedra de Derecho Político, bajo la tutela de los profesores Heinrich Triepel y Hermann Heller; éste último fue muy influyente en

Ayala por su posición liberal y humanista. Asimismo apareció su libro de narraciones *El boxeador y un ángel* (Cuadernos literarios, Madrid), así como el texto en el que reunieron sus críticas y reflexiones sobre el cine, en ese momento un nuevo arte, *Indagación del cinema* (Mundo Latino, Madrid) que además le redituó ganancias económicas.

En Berlín “se encontró con la descomposición del viejo estado liberal y con la extensión de una sociedad de masas, que bien manipulada por los nuevos medios de control ideológico, estaba derivando en el totalitarismo nazi” (García Montero, 2006: 48) a la par que una ciudad libre con abundante vida cultural, escenario donde se introdujo en la tradición sociológica alemana a través de las teorías de Max y Alfred Weber, Georg Simmel, Robert Oppenheimer, Karl Mannheim y Hans Freyer; y cursó un semestre con Hermann Heller, bajo cuya dirección tradujo su libro sobre la soberanía. Ayala brindó más tarde su amparo a este profesor a causa de la ascensión de Hitler al poder.

En 1930 Ayala deja Alemania y regresa a España; ya de nuevo en su tierra publicó *Cazador en el alba*, (Ed. Ulises, Madrid), entró a formar parte de la redacción del periódico *Crisol* y trabajó en su tesis doctoral “Los partidos políticos como órganos de gobierno”. Se detiene su producción literaria pero se incrementa la teórica en medio de importantes cambios políticos:

El país se había ido transformando, modernizando, creando una dinámica que no pudo asumir las maniobras de la monarquía que desembocaron en la dictadura de Primo de Rivera de 1923. La madurez del país, frente a la farsa de una política tradicional superada por la sociedad se concretó el 14 de abril de 1931 en la proclamación de la Segunda República. El nuevo espíritu de la España republicana era un incentivo intelectual para Francisco Ayala (García Montero, 2006: 57).

Ayala militó dentro del ala republicana pues creía que este régimen gubernamental encauzaría “las fuerzas y las necesidades populares de las masas dentro de un Estado democrático y social” (García Montero, 2006: 57).

En este escenario la situación económica de los Ayala se mejora pues el padre, Francisco Ayala Arroyo, trabaja para el gobierno bajo el cargo de administrador del Monasterio de Huelgas con sede en Burgos. Francisco Ayala hijo,

por su parte, es profesor con un buen salario y prepara oposiciones a Letrado de las Cortes, las cuales ganó y se le designó como Jefe de Administración Civil de Tercera Clase, Oficial Quinto de la secretaría del Congreso de los Diputados en 1934. Al año siguiente fue propuesto a la Cátedra de Derecho Político de la Universidad de La Laguna pero no tomó posesión de ella y como no pudo permutar por otra en la Universidad de Murcia, se quedó en Madrid como profesor auxiliar de la Facultad de Derecho de esa ciudad.

Su primer contacto con América lo vivió en 1936 al ser invitado por la Universidad de Santiago de Chile a dictar algunas conferencias. Al contar con pasaporte diplomático por considerarse la suya una misión cultural, también viajó a Uruguay, Argentina y Paraguay. Cuando se encontraba en Chile recibió la noticia de la sublevación militar española del 18 de julio que se transformaría en guerra civil y duraría tres años. Regresó a España a enfrentarse a una lucha de principios que incidió en el seno de la familia Ayala, pues su padre fue ingresado a la Prisión Central de Burgos en agosto de 1936 y fusilado en octubre; su hermano Rafael fue “reclutado por el ejército golpista, intentó pasarse al bando gubernamental, cayó en manos de rebeldes y fue ejecutado” (García Montero, 2006: 71). Sus otros dos hermanos, José Luis y Vicente acabarían en el exilio una vez terminado el conflicto bélico. Los hermanos menores Enrique y Mari Luz estuvieron un tiempo con la familia política de José Luis hasta que finalmente Ayala se hizo cargo de ellos. Para ese tiempo él ya había sido Vicesecretario de la Facultad de Derecho y fue nombrado Decano por el Ministerio de Instrucción Pública justo cuando ya no pudo ocupar el cargo porque la Facultad fue cerrada; pero sí pudo ocupar su puesto como Letrado de las Cortes, “recibiendo del oficial mayor el encargo de que presidiera el comité encargado de informar para separar del servicio a los funcionarios hostiles a la República” (García Montero, 2006: 71). Un par de meses después fue llamado a trabajar en la Secretaría del Ministerio de Estado, como Secretario de primera clase. Un compañero de labores, Manuel Azcárate escribió: “En Valencia se había instalado el Ministerio de Estado desde el momento en que las tropas de Franco habían llegado a las puertas de Madrid. Ocupaba un palacio cerca de la calle de la Paz, donde estaban los principales cafés y restaurantes” (Azcárate, *apud* García Montero, 2006: 71).

En 1937, Ayala fue destinado a Praga como Encargado de Negocios para reforzar las relaciones internacionales de la República pero a un mes de cumplir en año en ese puesto, fue llamado a filas y destinado a la Comisión Topográfica del noreste de España

donde cumplió como soldado, hasta ser reclamado por el Servicio de Investigación Militar. Se presentó entonces al concurso de Tenientes Auditores abierto en junio de 1938, entrando a formar parte del cuerpo, pero sin abandonar sus labores diplomáticas y de información en el ministerio de Estado. Además, el 12 de julio de 1938, fue nombrado por el Gobierno Secretario General del Comité nacional de Ayuda a España (García Montero: 2006: 77).

A pesar de la situación bélica, pudo viajar constantemente durante 1938 fuera de España, tanto por cuestiones relativas a su empleo como familiares. Su salida definitiva fue hacia París en 1939, una vez derrotada la República, con la que simpatizaba y para la cual trabajaba. Ahí recibió dinero del Frente Popular con el cual pudo embarcarse a América. Llegó a Cuba gracias a contar con un visado que le consiguió la cónsul y poeta Flora Díaz Parrado. En ese país caribeño conoció al embajador chileno quien le ayudó a que Etelvina Silva, esposa de Francisco Ayala y originaria de Chile, viajase a Argentina para conseguirle un permiso de entrada a su marido, por lo cual, el escritor se establece en esa nación andina apenas seis meses después de haber dejado su tierra natal. Ayala se naturalizó argentino cinco años después y con esa nacionalidad fue con la que viajó por el mundo durante años (García Montero, 2006: 81).

Ya en Argentina, ocho meses después de su llegada, fue admitido como miembro titular del Instituto Argentino de Filosofía Jurídica y Social pero no ejerció allí como catedrático de Derecho Político. Tuvo algunas intervenciones en otras universidades de la zona, continuó dedicándose a la traducción –su principal fuente de sustento– y comenzó a publicar en el periódico local *La Nación* (donde no publicaban los otros españoles exiliados), en las revistas *Sur* y *Cuadernos Americanos*.

Durante su estancia en Argentina traba amistad con Jorge Luis Borges y con Adolfo Bioy Casares, mantiene la amistad con el también exiliado José Medina

Echavarría, quien fungió como director del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, así como de la sección de sociología del Fondo de Cultura Económica, instituciones ambas donde publicarían la producción de Ayala, la cual había surgido destinada “a la reflexión, a la necesidad íntima de reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo en el mundo, para buscar una alternativa digna a las vertiginosas contradicciones de la realidad” (García Montero, 2006: 86); sus libros, recopilaciones de artículos o ensayos, fueron *El pensamiento vivo de Saavedra Fajardo* (1941, Losada, Buenos Aires), *El problema del liberalismo* (1941, FCE, México), *Oppenheimer* (1942, FCE, México), *Historia de la libertad* (1943, Atlántida, Buenos Aires), *Los políticos* (1944, Depalma, Buenos Aires), *Histrionismo y representación* (1944, Sudamericana, Buenos Aires), *Razón del mundo* (1944, Losada, Buenos Aires), *Ensayo sobre la libertad* (1944, El Colegio de México, México), *Una doble experiencia política: España e Italia* (1944, El Colegio de México, México) –escrito junto con Renato Treves– y *Jovellanos* (1945, Centro Asturiano, Buenos Aires).

Entre las traducciones que hizo en esa época –la mayoría para la editorial Losada–, Ayala mismo destaca en el plano literario las de *Cuadernos de Malte Laurids Brigge* (1941), de Rainer María Rilke; *Carlota en Weimar* (1941) y *Las cabezas trocadas* (1941), de Thomas Mann; *Memorias de un sargento de milicias* (1946), de Manuel Antonio de Almeida; y *La romana* (1950), de Alberto Moravia. En el ámbito teórico se encuentran *¿Qué es el tercer estado?* (1942), de Sieyes; *Principios de política* (1943), de Constant; *La sociología, ciencia de la realidad* (1944), de Hans Freyer; *Psicología, esencia y realidad del alma* (1947), de Maximilian Beck; y *La novela y nuestro tiempo* (1949), de Alex Comfort.

A pesar de tan fructífera estancia, Ayala no se siente feliz en Buenos Aires y se queja del clima, por lo cual acepta un contrato para trabajar para el gobierno brasileño durante todo el año de 1944 dando clases

a futuros funcionarios de gestión pública. El estupendo sueldo y unas demandas pedagógicas muy mínimas permitieron al escritor redactar gran parte de su famoso *Tratado de Sociología* en tres tomos que aparecería en 1947 y cuyo éxito crítico y de ventas se mantuvo una veintena de años (Landeira, 2007: 21).



En ese país conoció a los escritores Marques Rebelo, José Lins do Rego, Carlos Drummond, Manuel Bandeira y Gabriela Mistral; tradujo *Memorias de un sargento de milicias*, de Almeida (1946, Argos, Buenos Aires).

De regreso a Buenos Aires concluyó el *Tratado de sociología*, que fue completado en 1945 en Río de Janeiro y publicado por Losada en la capital argentina en 1947, según Salvador Giner su objetivo es “evaluar y analizar, con fría mirada, las contradicciones de una civilización que, según él, no va a poder habérselas con lo que ella misma ha engendrado, con los valores y orientaciones morales a que ha conducido” (Giner, *apud* TS: 29<sup>2</sup>).

Más tarde Ayala formó parte del consejo editorial *Realidad (Revista de ideas)* que tiró dieciocho números, el primero de ellos, de enero-febrero de 1947, con declaración de intenciones escrita por Ayala; el objetivo de esta publicación era abordar “el análisis de la crisis de la cultura occidental y de los ideales nacionalistas” (García Montero, 2006: 97). Dado que la revista contaba con el respaldo económico de las importantes editoriales Losada y Sudamericana así como por el notable prestigio que adquirió en el ámbito internacional, permitió que sus colaboradores fueran de la talla de Martin Heidegger, Jean Paul Sartre, Juan Ramón Jiménez o Ernesto Sábato.

El primer libro de creación de Ayala publicado en el exilio fue *Los usurpadores* (1949, Sudamericana, Buenos Aires) del cual dice García Montero: “La elaboración literaria de algunos episodios históricos le sirvió a Ayala para mediar sobre las estrategias humanas del poder y la discordia civil” (García Montero, 2006: 101). Ese mismo año, la misma editorial le publicó el libro de relatos *La cabeza del cordero*, con referencias directas a la guerra civil.

Estas obras de Ayala se dieron a conocer en España gracias a *Ínsula*, en donde Ricardo Gullón hizo la reseña, esta revista contribuyó con mucho a reivindicar la literatura española en el exilio.

José Medina Echavarría había dejado México y se había mudado a Puerto Rico, una vez más intervino favorablemente en la vida de Ayala, en esta ocasión invitándolo como profesor de sociología a la Universidad de Río Piedras durante un semestre. Sin embargo, este tiempo se ampliaría, pues el nacionalismo peronista lo

---

<sup>2</sup> Las referencias al *Tratado de sociología* son las que corresponden a (Ayala, 2008); para fines prácticos en lo sucesivo se usará la abreviatura TS más el número de página.

molesta sobremanera, de ahí que decida quedarse, atraído por el clima político pleno de compromiso social que se respiraba en Puerto Rico, país ansioso de encontrar soluciones jurídicas para poder vivir sin estar bajo la colonia estadounidense pero tampoco con una independencia irresponsable. Este momento coyuntural podría compararse con el que vive la imaginaria nación centroamericana de su novela *Muertes de perro*.

En Puerto Rico se hace cargo del curso básico de Ciencias Sociales, más tarde se incorpora como catedrático de Ciencias Sociales y como director del Servicio de Publicaciones en la universidad mencionada; a la par, establece contacto con otros españoles exiliados en esa misma nación y viaja, en 1950 a New York; en 1951 a México, Cuba y Europa donde visita Francia, Suiza e Italia; en 1954 regresa a los mismos países europeos y agrega Bélgica, Alemania y Holanda, “desde entonces los viajes a Europa se convirtieron en una costumbre vacacional y en una forma de recuperar a amigos o de ir acercándose poco a poco a España” (García Montero, 2006: 112).

Continuó como siempre con su escritura y publicó sus *Ensayos de sociología política* (1952, UNAM, México); el manual escolar *Introducción a las Ciencias Sociales*<sup>3</sup> (1952, Aguilar, Madrid) –primer libro publicado en España desde la guerra civil–; *Historia de macacos* que apareció primero en el número 215 de 1952 de la revista *Sur* y más tarde en edición privada (1955, Santander) a iniciativa de Ricardo Gullón y, por último, en edición venal por Revista de Occidente, en Madrid (1955).

Atento siempre a lo que mejor le convenía, Ayala, con 46 años, aceptó la oferta del puesto de supervisor de traducciones que se le ofreció dentro de las Naciones Unidas, con sede en New York pero no terminó de gustarle la experiencia burocrática y regresó a Puerto Rico aunque emprendió una serie de viajes a diversas ciudades de EUA.

Continuó su labor de escritor y publicó *El escritor en la sociedad de masas* y *Breve historia de la traducción* (1956, Obregón, México); ese mismo año viajó a Oriente “por razones íntimas” y conoció Estambul, Beirut, Bagdad, Irán, Pakistán e India.

---

<sup>3</sup> Las referencias a la *Introducción a las ciencias sociales* corresponden a (Ayala, 2008); para fines prácticos en lo sucesivo se usará la abreviatura ICS más el número de página.

Y una vez más el país que lo acoge deja de serle grato, por lo cual una vez más gracias a sus redes sociales, fue invitado a dar clases en otro país, en esta ocasión a la Universidad de Princeton como profesor sustituto de literatura española. Se queda en EUA y también funge como profesor en la Universidad de Rutgers (1958), en el Bryn Mawr College (1959-1964), en la Universidad de New York (1964-1966), en la de Chicago (1966-1973) y en la de la Ciudad de New York (1973-1976).

En estos años acrecentó los relatos originales de *Los usurpadores* y *La cabeza del cordero*; además, con un contenido distinto al primero, publica en la editorial bonaerense Sur *El escritor en la sociedad de masas* (1958); concluye –la había iniciado en Puerto Rico– y publica su novela *Muertes de perro* (Sudamericana, Buenos Aires); en la misma editorial se lanza más tarde la saga: *El fondo del vaso* (1962).

La obra de Ayala no tenía libre circulación en España pues

no sólo vigilaba la censura, sino también el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo”; la Dirección General de Seguridad le abre expediente en 1956, el Tribunal informa que Ayala se encuentra en una lista de abogados masones de Madrid y no se ha retractado de serlo (García Montero, 2006: 126).

La unión a su tierra es innegable, el tan anhelado regreso a España se produjo en el verano de 1960, cuando Ayala ya contaba con 54 años de edad y 21 de ausencia: “en un coche alquilado, por esta España sobre la que comenzaban a notarse las urgencias del desarrollismo económico, Ayala entró por Francia, paró en Madrid unos días y siguió camino hacia Granada, ciudad que no veía desde 1922” (García Montero, 2006: 133); este viaje tuvo carácter privado y familiar exclusivamente. La visión de Ayala de su España no fue grata, como ha dejado plasmado en sus *Recuerdos y olvidos*:

Las carreteras, estropeadas, llenas de agujeros, atravesaban un campo donde no se veía un tractor, máquina alguna. Acá y allá, un hombre trillaba cansinamente sobre una tabla arrastrada por mula o borrico. Parejas de la guardia civil, a pie, detenían a los infelices viandantes que, cuando mejor, iban en bicicleta, para examinarles la documentación (Ayala, 1988: 486-487).

Esta reacción es entendible desde el punto de vista de que venía de un país que tras la Segunda Guerra Mundial se transforma en potencia que va a la cabeza en muchos de los avances tecnológicos, económicos y militares del planeta.

En 1963 Ayala compró una vivienda en Madrid, que utilizó durante las navidades y los veranos y publicó *El as de bastos* (Sur, Buenos Aires).

Será un año después en que, ante la sugerencia de editar en España, Ayala, conocedor de los intersticios de la burocracia española, puso manos a la obra e hizo saber al Ministro de Información y Turismo el interés de publicar sus obras completas en un solo volumen, pero “sin supresiones, que por lo demás –seguro estoy– ni usted ni el Sr. Robles Piquer [Director General de Información] considerarán indispensables, pero que en cambio algún subordinado de menos amplio criterio pudiera creerse obligado a proponer” (Ayala, *apud* García Montero, 2006: 127). Es decir, apeló a la autoridad y la jerarquía, sobre todo la posibilidad de verse saltada por un empleado menor; o, en todo caso, libra al ministro y al director de toda responsabilidad de censura achacándosela a un subordinado. Aun así, se desautorizó la publicación de *La cabeza del cordero* por estar “cargado de sentido polémico antinacional y de fervor frentepopular” (Ayala, *apud* García Montero, 2006: 128), a juicio de Carlos Robles Piquer, quien “tacha” 95 páginas seguidas. Su *El as de bastos* tampoco corrió mejor suerte.

Sus obras completas no se publicaron en España sino en México con prólogo de Andrés Amorós (1969, Aguilar), aunque se permitió su circulación en la península.

A pesar de todo esto, comenzó a colaborar en España, la primera incursión fue con una “Carta literaria a H. Rodríguez-Alcalá”, en la revista que dirigía Camilo José Cela, *Papeles de Son Armadans*, como respuesta a las preocupaciones del crítico literario acerca de la forma como Ayala abordaba la condición humana en *Muertes de perro*. Cela apoyó la reivindicación de los exiliados, de ahí que Ayala no hubiese quedado fuera, pues esa carta no fue la única publicación en esa revista; también lo invitó a participar en el proyecto editorial denominado La novela popular y Alfaguara a lo cual contribuyó el granadino con *El rapto* (1965, La novela popular nº 1, Madrid) y *De raptos, violaciones y otras inconveniencias* (1966, Alfaguara, Madrid).

El primer acto público en el que participó Ayala en su país natal fue con la conferencia “El fondo sociológico de mis novelas”, en el marco del II Curso de Prosa Novelesca Actual, celebrado en la Universidad Menéndez Pelayo, celebrado en 1968. El motivo para acceder fue el riesgo que corrían los organizadores y a la tradición de la universidad.

Para ese momento ya se sumaban a su acervo *La crisis actual de la enseñanza* (1958, Nova, Buenos Aires), *La integración social en América* (1958, Nova, Buenos Aires), *Tecnología y libertad* (1959, Taurus, Madrid), *De este mundo y el otro* (1963, Edhasa, Barcelona-Buenos Aires), en colaboración con H. A. Murena *La evasión de los intelectuales* (1963, Centro de Estudios y Documentaciones Sociales, México), *España a la fecha* (1965, Sur, Buenos Aires), el cual se reeditaría en Madrid a través de Tecnos en 1977, *Mis páginas mejores* (1965, Gredos, Madrid). A partir de este momento se aleja de la sociología en su modalidad de especialista porque le molestan “los revestimientos externos, [...el] atuendo pedantesco con que suelen proteger su ‘especialidad’ las diferentes ciencias” (TS: 47), la terminología propia de la disciplina y opta porque disimuladamente forme la base de sus escritos; aunque Salvador Giner difiere de la postura de leer su obra sociológicamente: “abundan los novelistas a los que se les atribuyen virtudes sociológicas y que, al estar en liviano o nulo contacto con la sociología, son más ‘sociólogos’ o ‘politólogos’ que Ayala” (*apud* TS: 34), para Giner el quehacer de Ayala está conformado por dos ángulos complementarios que funcionan como instrumentos para conocer la realidad. Por lo demás, Ayala cuidó siempre de que su obra –teórica o literaria– se encontrase supeditada a cualquier finalidad política porque “al hacerlo pierde la ciencia aquella respetabilidad y dignidad superior que su posición debe conferirle dentro de la estructura social” (TS: 51).

La crítica literaria se ocupó de Ayala a través de Keith Ellis, Estelle Irizarry, Rosario Hiriart, Andrés Amorós, Hugo Rodríguez-Alcalá. Los intelectuales españoles le manifestaron su reconocimiento a través de los diarios en 1970 con la “Salutación a Francisco Ayala”. Esto influyó, indudablemente, en el gobierno franquista, pues se permitió que sus *Ensayos. Teoría y crítica literaria* (1971, Aguilar), sí se publicaran en Madrid, al igual que lo hacía la editorial Seix-Barral con *El jardín de las delicias*, obra que le mereció el premio de la Crítica. Le seguirían en

ese periodo sus estudios literarios *El Lazarillo: reexaminado. Nuevo examen de algunos aspectos* (1971), *Cervantes y Quevedo* (1974), *La novela: Galdós y Unamuno* (1974), *El escritor y su imagen* (1975), *Galdós en su tiempo* (1978, UIMP, Santander).

1977 es el año que marca el regreso pleno de Ayala a España una vez jubilado de su labor como profesor en la Universidad de la Ciudad de New York. Continúa ejerciendo como profesor a través de los cursos de verano de las universidades de Salamanca, de San Roque y de la Internacional Menéndez Pelayo en Santander; como conferenciante y también como articulista en *Ínsula*, *Revista de Occidente*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *El Urogallo*, *Nueva Estafeta*, *Informaciones*, *El País*.

El recuento de las experiencias pasadas adquiere suma trascendencia para Ayala de tal suerte que combina sus intereses diversos con la escritura de sus relatos: *El jardín de las delicias* (1971, Seix Barral, Barcelona), *Recuerdos y olvidos*, del cual apareció el primer apartado *Del paraíso al destierro* en 1982, editado por Alianza (Madrid) y el segundo, *El exilio*, un año más tarde. Cinco años se reeditan con Alianza con la adición de una tercera parte, *Retornos*. Puede resumirse que Ayala comienza su retorno a su país a partir de 1960 con visitas anuales y se establece de modo definitivo en Madrid a partir de los años ochenta. En la capital española su acervo se acrecienta con obras como *Palabras y letras* (1983, Edhasa, Barcelona), *La estructura narrativa y otras experiencias literarias* (1984, Crítica, Barcelona), *La retórica del periodismo y otras retóricas* (1985, Espasa-Calpe, Madrid), *La imagen de España* (1986, Alianza, Madrid), *Las plumas del fénix. Estudios de literatura española* (1989, Alianza, Madrid), *Mi cuarto a espaldas* (1988, El País/Aguilar, Madrid), *El escritor en su siglo* (1990, Alianza, Madrid), *Contra el poder y otros ensayos* (1992, Universidad de Alcalá de Henares/Comisión V Centenario, Madrid), *En qué mundo vivimos* (1996, El País/Aguilar, Madrid), *Miradas sobre el presente: ensayos y sociología* (2006, Fundación Santander Central Hispano, Madrid).

Su prolífica labor como escritor le valió recibir numerosas distinciones entre las que se encuentran el Premio Nacional de Literatura (España) en 1984; ser elegido ese mismo año miembro de la Real Academia Española; Premio Nacional de las Letras Españolas, en 1988; el Premio Cervantes, en 1991; así como múltiples

nombramientos *doctor honoris causa*, tuvo la suerte de vivir el festejo de su centenario. Falleció en Madrid en 2009.

## 1.2 Algunas claves para su lectura

Francisco Ayala siente especial interés en dejar constancia de su opinión sobre sus propios escritos; en el proemio a *La cabeza del cordero*, de 1949, se pregunta si es lícito explicar a sus lectores lo que se propuso al escribir ese conjunto narrativo, y se contesta que sí, que es legítimo hacerlo porque

el estado de la literatura es hoy, para quienes escribimos español, tan precario que, a falta de todas las instancias organizadas en un ambiente normal de cultura, no sólo por la necesidad del propio autor, sino hasta por consideración del lector desamparado, debe aquél procurarle las aclaraciones que estén en su mano, y orientarlo algo. ¿Qué tácitos presupuestos lo harían superfluo? Hay que aceptar, pues, la humillación de aparecer quizás como vanidoso o pedante o descarado ponderador de la propia mercadería, por amor a ese servicio (Ayala, 1972: 17).

Como lo muestran los estudios dedicados a la crítica elaborada por Ayala, el autor español además de tener esa deferencia con su lector, también critica a sus críticos, aclarando así lo que él quería ofrecer en sus textos, a la par aborda el tema de los equívocos en la lectura de la literatura en su ensayo “El fondo sociológico en mis novelas”, comunicación leída en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander, en 1968, con motivo del II Curso de Prosa Novelesca Actual y publicado más tarde en diversas ocasiones, según indica Ribes Leiva (Ayala, 2006a: LVI). Dicho ensayo tiene como base la conversación que Ayala sostuvo con Andrés Amorós y que fue publicada en la *Revista de Occidente*, en noviembre de 1968 (cfr. Ayala, 1972: 31-57), de la cual Ayala usa párrafos completos de lo que dijo y a los cuales simplemente le agrega algunos comentarios puntuales sobre la trama de *Muertes de Perro* (Ayala, 1998a), de 1958, y de *El fondo del vaso* (Ayala, 1998b), de 1962.

En él habla de los equívocos en la lectura de *sus* novelas, de cómo hasta los críticos y los profesores de literatura se quedan en el campo del argumento y no van más allá; reconoce el autor que esto fue motivado, en parte, porque su obra literaria ofrece la problemática de provenir de alguien también dedicado a la sociología, disciplina que es buscada equivocadamente dentro del argumento. Ayala explica el vínculo entre sociología y literatura y cómo ésta, sin caer en la pedantería de la especialización científica, es fuente de conocimiento para aquélla de la siguiente manera:

Conviene dejar afirmada la posibilidad circunstancial de que las adquisiciones de conocimientos válidos para la sociología sean obtenidas originariamente, no en vías de un sistema, sino por el camino de la libre intuición. De hecho, esta clase de trabajos se adelantan muchas veces y sirven de orientación a la sociología sistemática, sobre todo en cuanto sociología aplicada. En obras tales suele hallarse un riquísimo complejo de valores, entre los cuales corresponde quizá el puesto capital al valor estético de orden literario. Pero si se prescinde de ellos para atenerse, por abstracción, a su aspecto sociológico, cabe sostener, *primero*, que libros semejantes no hubieran podido escribirse sin un conjunto de estímulos ambientales que son los mismos a que obedece la sociología, y *segundo*, que muchos de sus enfoques no hubieran tenido lugar sin el trabajo realizado ya por la sociología, sobre todo al acentuar el sentido de determinados puntos de vista; pero, así mismo, *tercero*, que sus propios hallazgos anticipan resultado y sugieren perspectivas a la sociología teórica. Su valor depende de la capacidad intelectual y de la fuerza creadora de sus autores; pero esto ocurre también en el campo de la investigación científica, donde el *sistema* no oculta, antes bien hace más enfadosa, la mediocridad al añadirle pedantería (TS: 94-95).

Por tal razón, expone de manera clara lo que él espera de la lectura de los expertos respecto a sus ideas, a sus representaciones intelectuales: “una de las tareas a que debe aplicarse el crítico consiste en detectarlas, situarlas y establecer la función que cumplen dentro de la estructura de la obra” (Ayala, 2005: 158). Igualmente se deben detectar los rasgos esenciales de la estructura sociológica captados en la realidad viva en la que se sumerge todo creador, dice Ayala (Ayala, 2008. 96).



El escritor granadino se queja pues lo que él esperaba de parte de la crítica no se había cumplido de “manera adecuada y satisfactoria”, es decir, no se hizo la demostración detallada y concreta de los elementos sociológicos que formaban parte del entramado de la narración, en específico de *Muertes de perro* novela publicada después de la Guerra Civil Española y muy bien acogida por la crítica (Keith, 1964: 196, entre otros).

En su ensayo, entonces, Ayala dicta pautas bajo las cuales acceder a su novela de 1958: “Los supuestos sociológicos se traslucen aquí mediante el entrecruce psicológico, a través del carácter y circunstancias de cada uno de los personajes” (Ayala, 2005: 160); se precisa, pues, observar las tensiones que se producen entre los personajes representativos de las diferentes clases sociales, atender los detalles en apariencia nimios, las acciones comunes porque son representaciones de situaciones cotidianas. Esto es difícil de percibir debido a la miopía habitual producida por la incapacidad natural de tomar distancia. De ahí que Ayala haga hincapié en pedir que el análisis de su obra vaya más allá del mero argumento, pues en los actos de sus personajes se hacen evidentes los condicionamientos bajo los cuales el individuo obra de continuo sin reflexionar ni por un instante en las consecuencias sociales de sus hechos, todo esto es la base sociológica en medio de la que el ser humano vive el día a día y no se detiene a reflexionar a cada instante pero, al estar atomizada gracias a una novela, es posible acceder a ella.

Esta declaración de intenciones y expectativas de parte del autor han provocado como respuesta importantes trabajos que abarcan diversos enfoques, desde un análisis por computadora hecho por Estelle Irizarry, hasta un amplio enfoque que tiene de base la sociología como el de Ribes Leiva, algo nada sencillo esto último porque se trata de

aquella literatura que, lejos de ignorarlas, inserta deliberadamente en su complejo las posiciones de la sociología; pero que las mantiene como simples supuestos, andamiaje e invisible esqueleto de un trabajo que trata de abarcar y reflejar una plenitud de vida, y en el que abundan elementos que de ningún modo pueden imputarse, o que es difícil imputar, a la ciencia sociológica (TS: 95).

Pocas obras literarias en el mundo han tenido la fortuna de ser especial objeto de atención por parte de los especialistas y la de Ayala es una de ellas. Tan solo en lo referente a *Muerte de perro* pueden mencionarse varios trabajos hechos al respecto a fin de tener un panorama del estado de la cuestión.

Irizarry (2006: 693-701) analiza la entropía y la redundancia, al tomar en contemplar el uso de las palabras ‘orden’ y ‘desorden’, a la vez que hace la comparación de riqueza de vocabulario con *Don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, tras la cual encuentra que “No son más largas las palabras de Ayala, sino más variables entre cortas y largas”, “usa más palabras que exceden las diez letras que Cervantes”, es decir, el uso de las palabras es “tan notable” como el uso de las frases en el Manco de Lepanto. Asimismo, hace un agudo acercamiento a cómo los postulados teóricos de Ayala se plasman o no en su obra literaria, desde la postura del crítico, la del escritor, la del sociólogo, evidenciando la congruencia del creador granadino (Irizarry, 1971).

Jeffrey Oxford se enfoca en el papel de las mujeres en *Muertes de perro*, desarrollando un análisis que parte del punto de vista de los derechos femeninos de la actualidad y no ubicándolo en, para decirlo operativamente, el contexto socio-histórico y temporal que le corresponde, por lo cual llega a la conclusión de que “la única posibilidad para la mujer en la sociedad patriarcal de alcanzar algún poderío es convertirse en un ser andrógino” (Oxford, 2006: 764). Postura totalmente lejana de la adoptada de manera sobria y objetiva por José-Carlos Mainer, en el prólogo de la edición de Vicens Vives de la novela (Ayala, 1993), donde ve en su justa medida los papeles de la abadesa Madre Práxedes y de la joven María Elena Rosales –dos de los cuatro personajes femeninos de dicha novela–, ateniéndose solo a lo que está escrito y prescindiendo de las conjeturas sobre la trama. De hecho, el análisis que hace Mainer es bastante acertado pues deja de lado, precisamente, el argumento. Para efectos de este trabajo, se hace notar que Mainer ve ciertos puntos sociológicos en la novela que serán también abordados en esta investigación. Por ejemplo:

[...] se aprecia cómo la dictadura ha roto el orden patriarcalista<sup>4</sup> agrario que representa la familia Rosales y cómo, en este sentido, su demagogia cobra ciertos tintes progresistas aunque irrisorios (el dictador es llamado ‘Padre de los pelados’); se señala también el resentimiento social como motor de la vocación política del dictador Bocanegra, patricio venido a menos; se aprecia la constitución de una clase media incipiente apoyada, en cierto modo, en y por la dictadura (grupo social al que pertenece la propia esposa del dictador); se advierte la latente pugna racial en la altanería con la que el ministro Luis Rosales trata al ‘poeta nacional’ Carmelo Zapata, que es negro (Mainer *apud* Ayala, 1993: XXVI-XXVII).

Asimismo Mainer distingue factores como el consumismo, los cambios en la vida y las costumbres como forma de adaptación a un medio urbano, la prepotencia de los comerciantes, el incremento de los medios de comunicación, a la par que lo fálico como extensión del poder (Ayala, 1993: XXVIII-XXVIII). Además, coincide con Irizarry en que en *Muertes de perro* predomina “la imagen dominante del desorden, la quiebra de todo principio de consecuencia razonable” (Ayala, 1993: XXXVIII).

*Muertes de perro* es caracterizada por la crítica como una novela sobre una dictadura, de ahí que haya sido objeto de análisis por parte de Jorge Castellanos y Miguel A. Martínez (1981), investigadores que se han distinguido por sentar las bases de la historiografía de las novelas que se centran de manera directa o no en el tema dictatorial. Los autores colocan esta novela de Ayala a la par que *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán; *Tirano Banderas*, de Ramón del Valle Inclán; y *El señor presidente*, de Miguel Ángel Asturias, sin embargo, advierten que en *Muertes de perro* se modifica el estereotipo del dictador, caracterizado en las otras tres por su vejez, su falta de memoria, su machismo y, en consecuencia, sus muchas mujeres, su amor por la madre y por los hijos, etcétera. Asimismo la ayaliana es calificada por ellos como la más filosófica de las cuatro; además,

va más allá del género novelesco al que pertenece, convirtiéndose en una metáfora del mundo contemporáneo, corroído por la impotencia de la razón para reconstruir un sistema de valores que se ha derrumbado y por el terror del individuo aislado,

---

<sup>4</sup> La palabra *patriarcalismo* “denomina una situación en la que, dentro de un grupo organizado de carácter básicamente económico o familiar, la dominación es ejercida por una sola persona, que se determina con criterios hereditarios”, (Weber, 2006: 94).

solitario, espantado ante una realidad ininteligible y radicalmente adversa (Castellanos y Martínez, 1981: 85)

Para estos investigadores, el lector se ve obligado a pensar que la verdad histórica es algo que puede ser imposible de alcanzar, a la vez que no se hace un retrato detallado del alma del dictador por parte de Ayala. Para ellos, el personaje principal es la propia sociedad tiranizada. Esto obedece a una tradición novelística hispanoamericana, donde la debilidad del dictador es común, pues hay más énfasis en el desarrollo de la trama que en el personaje como resultado de la hipertrofia del valor político, a la necesidad del escritor de adoptar una postura ante “la circunstancia cívica del momento en su país” (Castellanos y Martínez, 1981: 86), y porque la literatura llena el vacío de espacios de discusión dada la censura que usualmente ejercen los grupos dominantes sobre los medios de comunicación.

También desde la dictadura la aborda Germán Gullón, quien en su texto “Degradación y dictadura en *Muertes de perro* de Francisco Ayala”, explica que en esta novela

todos caen, y la forma de la caída, enlazada con el azar que la determina, da origen al *dramatismo situacional*. La organización del texto permite ver que la intención del autor no es tanto historiar una dictadura, como mostrar el envilecimiento de la vida bajo la tiranía (Ayala, 1977: 473).

Por otra parte, la estructura, en sus detalles, ha sido de interés para varios especialistas en la materia. Los valores sémicos del tiempo y el espacio son abordados por Jovita Bobes Naves en su libro *Las novelas “caribes” de Francisco Ayala* (1988), quien piensa la temporalidad y la espacialidad como ejes importantes en el entramado alrededor de la figura del tirano; a los que suma a las recurrencias temáticas de los personajes y la intertextualidad<sup>5</sup>. Sus aportaciones se ven con mayor detalle más adelante.

Nelson R. Orringer, en el prólogo de la edición de Cátedra (Ayala, 1996), analiza el título de la novela, su perspectiva en el tiempo y el espacio, su estructura,

---

<sup>5</sup> [http://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/7451/1/ALE\\_08\\_01.pdf](http://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/7451/1/ALE_08_01.pdf) (18 jun 2009)

su carácter “híbrido” en tanto mezcla de géneros (epistolar, diarios, documentos históricos, sueños, novela policial y picaresca), la visión histórica que supone la obra, y cómo todos estos elementos reaparecen en *El fondo del vaso*. Orringer cita como conclusión de la estructura que

la obra presenta una simetría solo aparente, porque el camino de la lectura se inclina siempre hacia abajo en la segunda mitad, volviendo en círculos a episodios paralelos de la primera mitad, para hundirse con prisa en un abismo carente de todo sentido vital (Ayala, 1996: 47).

Es precisamente este sistema “híbrido” lo que le confiere a *Muertes de perro* la idea de confusión, sin embargo, “la *confusión de la escritura* imita la *confusión del mundo* en que ella es representado” (Álvarez Sanagustín, 1981: 133).

Por otra parte, el nombre del dictador Antón Bocanegra es el objeto de estudio de Rosario Hiriart en “Los recursos técnicos en la novelística de Francisco Ayala” (1972). El análisis semiológico de la obra corrió por cuenta de Agustín Vera Luján (1977).

Sin embargo, Edmond Cros, por ejemplo, deja claro que el autor de cualquier obra es producto de su medio social y lo hace patente de una u otra forma. La aseveración de Ayala de que él sólo pretendía presentar un retrato de una determinada situación político-social, sin tomar partido, puede no ser creíble para el lector.

Por otro lado, como apunta ya Hiriart (1972), hay mucho de cervantino tanto en *Muertes de perro* como en *El fondo del vaso*, porque tanto en la obra monumental de Cervantes como en la de Ayala existe un manuscrito de por medio encontrado por casualidad; el de Cide Hamete Benengeli, donde se da cuenta de las aventuras del hidalgo y el de Tadeo Requena contando los pormenores de su vida dentro de Palacio nacional, al lado del Presidente Bocanegra. Sin embargo, al del secretario se suman otros documentos que, como señala José Domínguez Caparrós “mientras el lector del *Quijote* no tiene contacto con los escritos que están en el origen de la novela, en *Muertes de perro* los documentos que fundan las distintas perspectivas son de capital importancia en la construcción [...] de una novela sobre la dictadura de Bocanegra” (Domínguez Caparrós, 1992: 143-144).

Otro recurso común en Cervantes y Ayala es el del protagonista que es mencionado en un libro del que tiene conocimiento: en su tercera salida, don Quijote se da cuenta que su historia ha sido plasmada en un libro con cuya referencia se topará de continuo. Igual empleo del recurso hace Ayala en *El fondo del vaso*, pues José Lino Ruiz se entera de que él es mencionado por el historiador Pinedo en un libro que cobra existencia y del cual Ruiz parte para increpar tanto lo que se dice de él como lo que se cuenta acerca de Bocanegra.

Por otra parte, Ellis resume en el siguiente párrafo tanto el contenido como la técnica ayaliana:

Igual que en la estructura general de la obra hay un movimiento desde la firmeza de propósitos hasta la inacción y la apatía, así ocurre que en las unidades más pequeñas se da un movimiento de disminución, ya sea mediante el anticlímax, ya mediante la ironía. Cada una de las partes comienza con la promesa de acción y se deteriora en la nada. Ruiz abandona su proyecto de defender a Bocanegra; la investigación periodística del supuesto asesinato de Rodríguez termina de repente sin resultados; Ruiz, después de haber mostrado fuerte resentimiento frente a su situación de preso, se reconcilia por último con ella.” [...] La técnica empleada en *Muertes de perro* por Ayala crea la impresión de una obra construida con total desprendimiento de su autor, de la que parece enteramente separado. Y esto es lo que presta una eficacia única a la vinculación de *El fondo del vaso* con aquella novela precedente, pues al referirse a ella en ésta puede representarla de modo más convincente como algo que existe por sí propio y puede preocupar a la sociedad de que trata (Ellis, 2006: 25).



## Capítulo 2. Introducción a las novelas objeto del análisis: *Muertes de perro* y *El fondo del vaso*

### 2.1 *Muertes de perro*

*Muertes de perro* es publicada en 1958 por la editorial Sudamericana de Buenos Aires, cuando Ayala ya había abandonado ese país y residía en EUA; la novela pone de manifiesto un momento de crisis social en un país imaginario. Siguiendo con su idea de que la sociología surge como “un resultado de las condiciones de una época crítica”, porque sólo en un periodo de inestabilidad, de rupturas y dislocaciones se llega a tener “un conocimiento de la realidad social en sus estructuras esenciales” (TS: 101), de las formas de articulación social dado que éstas permanecen normalmente ocultas en épocas normales, Ayala, a través de la literatura logra que una nación ficticia permanezca inalterable en un lapso conflictivo para poder ver de cerca lo que pasa inadvertido, para diseccionar lo que es tan difícil de lograr cuando la existencia humana está inmersa en el movimiento social. Ayuda a tomar distancia para ver los mecanismos que de tan cotidianos se vuelven invisibles a la vez que suministra “indicaciones útiles para la superación de la crisis y la reintegración de la sociedad a un consenso positivo” (TS: 100).

Conjuntamente, es una sociedad que adolece de un rasgo con el cual se pueden identificar muchas otras, el de “la formación de masas sin clase propiamente dicha” (TS: 105) y cuyo proceso es tan paulatino como difícil de aprehender en el acto. Ayala logra el vínculo entre literatura y sociología creando un ámbito donde se desarrolle una crisis para alcanzar un objetivo que para él posee la sociología: el de ayudar a “mantener despierta la conciencia de la situación y de la gravedad de sus peligros” (TS: 116), aunque con la salvedad, advierte, de que esta disciplina no es capaz de ofrecer soluciones prácticas inmediatas a las crisis.

La finalidad de Ayala era, por lo tanto, contribuir al conocimiento brindando la oportunidad de interpretar la realidad sin tener que sufrir en carne propia situaciones críticas, mejor que las vivan Luis Pinedo, Tadeo Requena o doña Concha—algunos de sus personajes de *Muertes de perro*—, para en la experiencia ajena encontrar la forma de convivir en paz y además mejorar como especie.



Por otra parte, al autor le interesan las muertes admirables y las muertes indignas y algunos de sus personajes son desarrollados bajo este interés según reveló en su artículo “Morir con dignidad” (Ayala, 1992a: 138-140). Ejemplo de las primeras es la del santo de su cuento “San Juan de Dios”; de las segundas, las de los caracteres de esta novela que se define por su polifonía, tanto porque se construye a partir de la visión de los mismos sucesos por diferentes personajes como porque entre estos, a su vez, hay disímiles representaciones de algunos grupos sociales. Es preciso destacar que Ayala se anticipó a la narrativa de la época en lengua española con el uso del perspectivismo. Es necesario ubicarlo en el entorno del momento para entender cabalmente la importancia que tuvo su estrategia narrativa.

Para Ayala revisten mayor trascendencia los personajes que los acontecimientos políticos de la diégesis, como apunta Hiriart (1972); la razón de esto reside en que sus personajes se encuentran inmersos en situaciones contradictorias, así como que los hechos de la realidad literaria, como los de la vida misma, son motivo de una pluralidad de perspectivas.

Los sucesos dentro de la novela son unos cuantos, lo interesante es la forma como Ayala narra, es decir, en esta obra el discurso supera a la historia. La diégesis se constituye de voces que entran en la escena a través de textos o charlas gracias a la intervención de un mediador, la instancia narrativa, que funciona como tal pero a su vez juega el papel de lector o escucha de lo que los otros ven, viven o saben. Este mecanismo confiere distancia con el autor, logrando así un efecto de inmersión en el espacio literario, “donde nada es real, ni siquiera la voz del autor” (Sánchez Trigueros, 2006: 229).

Por lo tanto, la historia es un mosaico de puntos de vista sobre un momento de diversas crisis en un imaginario lugar centroamericano, un estado de desajuste en el que se da, según palabras de su propio autor, el “desacato general del poder por parte de los grupos sometidos a la dominación” (TS: 760).

En un país sin nombre, Luis Pinedo toma apuntes para escribir los sucesos de los últimos tiempos; es el relato de cómo lleva a cabo su labor de historiador y a lo que debe enfrentarse a causa de ello. El presidente de la nación es Antón Bocanegra, quien es asesinado por su secretario particular, Tadeo Requena; este suceso trae como consecuencia la propia muerte de Requena y el natural desequilibrio en el

gobierno ante la falta de la cabeza principal que, en este caso, llega a grados que rayan el absurdo, como el encarcelamiento de la Primera Dama, doña Concha, y la muerte de ésta a manos de un maniático; la formación de un Triunvirato que suple la figura presidencial dirigido por un anciano senil o el ataque a un convento de monjas. Pinedo ejerce labores de archivista y entrevistador para poder avenirse del material que habrá de sustentar su futuro libro, sin embargo, estas simples tareas lo llevarán a cometer él mismo un crimen, encadenándose así a la serie de acontecimientos adversos.

Hay un asesinato tras otro porque, como denuncia Ayala, en medio de situaciones terribles como lo son la guerra o cualquier otro tipo de conflicto violento, se crea “una situación tan terrible que da permiso para asesinar” sin motivos objetivos “sino simplemente como resultado de las malas pasiones” (Cruz, 2003: 19).

La obra comienza *in media res*, Luis Pinedo da cuenta en primera persona de sus intenciones historiográficas justo tras los decesos de Bocanegra y Requena. El magnicidio es motivo de rumores así como de actos terribles como el ocurrido a un hombre, el Chino López, quien apareció muerto, colgado bocabajo de un árbol, con sus propios testículos en la boca; a López se le creía como quien había castrado a su vez al senador Lucas Rosales.

Pinedo da antecedentes de la forma como Bocanegra accede al poder y el malestar que produjo en las clases altas por no ser una extensión de sus pretensiones, así como lo que se dice acerca de la muerte de la Primera Dama, doña Concha; continúa con un dato importante para la diégesis: la posesión del manuscrito de Tadeo Requena. El secretario particular del Presidente llevaba una especie de diario a raíz de que fue traído de su pueblo a la capital para servir al mandatario. Es de ese documento de donde Pinedo obtendrá principalmente la información sobre la vida en Palacio Nacional; del vínculo de Tadeo con el hermano del senador, Luis Rosales, quien fungirá como su tutor y a la vez desempeñará el puesto de Ministro de Instrucción Pública; del nexo de Tadeo con la Primera Dama con quien mantendrá una relación adúltera, sus reflexiones acerca de esa situación extraordinaria o sus sueños; de la vida dentro de la burocracia y los pormenores sobre las cuestiones jerárquicas que abarcan hasta la muerte por enfado de un alto mando militar por la falta de su firma en un documento oficial; o sucesos menores de la vida cotidiana

como la narración del desfile por el día de la Fiesta Nacional, la insensatez de Luis Rosales al enseñar a un perro a ladrar el himno nacional o el robo de una imagen de un Niño Jesús porque tenía un exceso de virilidad inapropiada.

Otra fuente primaria de información para Pinedo es la constituida por los informes diplomáticos que envió el ministro español a sus superiores sobre la muerte de Lucas Rosales a balazos en la puerta del Senado; por la muerte de la mascota de la Primera Dama; y el suicidio de Luis Rosales.

Las fuentes orales del historiador provienen de tres personajes: Olóriz, Loreto y un cura; Olóriz es un anciano que toma el poder tras la muerte de Bocanegra y lidera a un trío de personajes nefastos y violentos. Olóriz cotillea con Pinedo sobre la obsesión que Loreto –una mujer amiga de la Primera Dama–, tiene con el espíritu de su marido. Al mismo tiempo, Loreto proporciona a Pinedo detalles sobre los últimos días de la relación Bocanegra-doña Concha-Tadeo y el desenlace trágico; y el cura don Antonio le habla sobre el ataque al convento donde vivían dos parientes de los Rosales, la abadesa Práxedes y su sobrina política María Elena Rosales.

Llega a manos de Pinedo la correspondencia entre la abadesa del convento de Santa Rosa y su prima con motivo del futuro de María Elena, hija del suicida Luis Rosales: tras la muerte de su padre y al mismo tiempo que se llevaba a cabo el velatorio, la chica tiene sexo con Tadeo Requena, quien había acudido a su casa para hacerse cargo del funeral con los honores que le correspondían al difunto por ser parte del gabinete. Un documento más es el diario de María Elena donde escribe desde su perspectiva sobre el mismo hecho.

*Muertes de perro* concluye con el desvelamiento de cómo llega el manuscrito de Tadeo a manos de Pinedo y cómo la serie de documentos que el historiador recolectaba despierta la curiosidad del viejo Olóriz; Pinedo se atemoriza y promete entregarle su tesoro; sin embargo, cambia de parecer y estrangula al anciano creyendo que con ello no sólo alivia su propia incertidumbre sino la del país entero.

Se trata de una obra “correcta” o canónica dado que se integra de elementos narrativos clásicos o ya utilizados por otros con éxito, tales como el recurso del manuscrito encontrado, la analepsis, el narrador homodiegético, el perspectivismo y la repetición de pocos hechos.

*Muertes de perro* se escribió hace ya cincuenta años y ha sido conceptualizada como que pinta un mundo sin valores, tesis de Keith Ellis que la crítica asumió y el propio Ayala ratificó en concordancia con las opiniones de sus críticos; cabe advertir que el autor español da este dictamen en los años sesenta, desde la desazón que experimentaba a causa de los cambios sociales de la época, afirma que el mundo es para él “un mundo donde los valores se han hecho irrisorios”, inciertos, se han disipado, degradado o disociado, es un “sistema de valores abaratado hasta al punto de rebajar a marca de un raticida la obra de Leonardo da Vinci, y lo que ella significa”, en suma, se trata sencillamente del “desamparo en que se vive hoy” (cfr. Ayala, 1965: 15-19).

Estas palabras son propias del discurso de ese momento, emitido por un sector de la sociedad, discurso que responde, sin embargo, a una conducta recurrente en todos los tiempos y todas las sociedades: la de asumir que ciertos supuestos son verdaderos para todos los individuos de una misma cultura. Por lo tanto, se trata de algo obvio que no necesita ser explicitado en su época, pues la ideología nos ciega al hacer creer que todo es natural, inevitable o innecesario, de ahí que al leer las sentencias de la crítica y del propio autor sobre la carencia de valores se haga necesario preguntar: ¿a qué valores se refieren? Como la postura de Ayala y sus críticos corresponde a un período histórico concreto, se precisa hacer algunas aclaraciones en la actualidad para contestar a esa pregunta.

Ellis explica los valores a los que se refiere de la siguiente forma: “Ayala presents a society with whose values we are not familiar –a society which does not base its actions on standards that are expressive of what is uplifting in man, and which has no elevating motivation for its effort” (1960: 223). Los de los personajes son valores con los cuales el grupo social al que Ellis pertenece no está familiarizado pues da la idea de que este crítico y su sociedad deben actuar siempre con una motivación que eleve el espíritu. Esto es demasiado general y subjetivo pero puede encontrarse el matiz en su opinión sobre Tadeo y Lucas Rosales, quienes representan los opuestos. El Senador es un personaje “noble” que no es apreciado por sus campesinos, mientras que el carácter de Tadeo no está afincado en valores “sólidos”:

The absence of sound values in his character makes him unable to translate the results of his perception into worthwhile action. Instead, like the other characters of the work, he yields easily to the forces of intrigue; and as this response to tyranny is widespread throughout the society, Tadeo come to regard resistance as fanaticism and acquiescence as the mark of prudence and sagacity (1960: 224).

En suma, Ellis tenía la convicción de que se podían aplicar estándares de juicio universalmente aceptados, así como que en el esfuerzo por llenar de sentido la vida los seres humanos se encontraban a la deriva entre las oportunidades, sus aspiraciones y la nada.

El panorama era bastante malo, al parecer, como afirman Castellanos y Martínez, el sistema de valores se había derrumbado y en plena época de posguerra el individuo se encontraba atemorizado ante una realidad adversa (Castellanos y Martínez, 1981).

Ayala agrega en los años sesenta que la culpa la tenía “el desarrollo de la cultura, que ha llegado a unos cambios muy radicales. Hay mucha confusión porque los valores se han perdido y difuminado y no se sabe qué es lo admirable y lo reprochable” (Tapia, 2004: 2).

Revisando la teoría, se entiende por *valores* “todo lo que interesa al ser humano” y su definición más generalizada es la que los toma “como concepciones de lo deseable que influyen en el comportamiento selectivo” (Williams, 1997: 607), además,

los valores regulan la satisfacción de los impulsos de acuerdo con toda la serie de objetivos jerárquicos y duraderos de la personalidad, con la exigencia de orden por tanto de la personalidad como del sistema sociocultural y con la necesidad de respetar los intereses de los demás y del grupo en su conjunto en la vida social (Kluckhohn, 1951: 399, citado por Williams, 1997: 607).

Para sociólogos, psicólogos, politólogos y antropólogos, los valores no son ni buenos ni malos porque dependen de la sociedad, del espacio y del tiempo donde se apliquen; no son normas de conducta; no son ideologías pero ofrecen información sobre ésta; se encuentran presentes en los cuatro grandes sistemas de acción humana:

el organismo, la personalidad, la sociedad y la cultura. Los psicólogos los identifican con actitudes, necesidades, sentimientos, intereses, preferencias; los antropólogos con obligaciones, pautas culturales y estilos de vida; los sociólogos y científicos políticos con costumbres, normas, aspiraciones, derechos y sanciones (Williams, 1997: 608). En resumen, son criterios “para establecer lo que debe ser considerado como deseable, sientan las bases para la aceptación o el rechazo de normas particulares”; y en cuanto más se generaliza, las normas son difíciles de diferenciar de los valores, por lo cual a las primeras se les atribuye las especificaciones concretas de la conducta, y a los segundos, los patrones de deseabilidad (Williams, 1997: 608).

Nunca deja de haber valores, pero para saber qué valores son apreciados o no –si son positivos o negativos–, basta con la observación de las recompensas y castigos, es decir, qué comportamientos son motivo de elogio y cuáles de reprobación. Varían de acuerdo con el sexo, la edad, la personalidad y el papel social:

Un sistema cultural de valores no describe los valores de los individuos; es una construcción agregativa que relaciona los diferentes conjuntos de valores de individuos y grupos como elementos complementarios de un mismo sistema [...] Un sistema de valores representa, pues, lo que se prevé o se espera, lo que se exige o se prohíbe (Albert, 1997: 611).

A través de este sistema se juzga y se sanciona, son los principios a partir de los cuales se rige y regula la conducta y sirve de guía a los individuos y al grupo social.

Estos valores pueden ser la salud, la seguridad o la riqueza. Según los estudios realizados por Kluckhohn, los hispanoamericanos tienen un sistema de valores estético-emotivo e intensamente personalista en el que se combinan la religión, la costumbre y el fatalismo (Albert, 1997: 613).

Por su parte, la corriente de la filosofía de los valores, representada por la escuela de Baden “han introducido en la filosofía crítica la idea moderna del valor; definen los valores como ideales absolutos a cuya realización tiende la vida humana y de los que depende la validez de nuestros juicios normativos” (Dalmau y Jover, 1956: 528).

Los sociólogos “suelen atribuir importancia estratégica a los valores morales en los procesos de institucionalización y control social” (Williams, 1997: 610).

En sus escritos de creación, Ayala “presenta la descomposición moral de nuestro mundo”, hace saber Andrés Amorós (1977: 17). “En mis novelas más o menos largas, las miserias de la criatura humana están presentadas siempre en conexión significativa directa con el orden moral”, expresó Ayala (1965: 15). Esto es, para el escritor español los valores morales son determinantes y se sitúan en un instante en que ya pasó lo mejor: “Se ha transformado el mundo a mi alrededor”, confesaba en una entrevista, asombrándose de los cambios que veía, desde que los jóvenes en ese momento eran más altos hasta la “revolución mayor”, la de la mujer: “creo que lo sustancial del cambio social ha sido su incorporación al mundo”. Leer con cuidado estas frases lleva a conocer su particular visión de lo que lo rodeaba. No dice la incorporación de la mujer al mundo laboral, sino simplemente al mundo, demostrando que la mujer ha estado fuera siempre, como lo hace patente en sus novelas. Y continúa: “¡Es asombroso! La gente asume todos estos cambios: la universalización, la emancipación de la mujer, como lo más natural, sin darse apenas cuenta de la trascendencia que tienen” (Demicheli, 1998: 19). Por otra parte, ilustra que antes la universidad *no* servía a una sociedad de masas (Demicheli, 1998: 20). Estas transformaciones sociales para Ayala van paralelas a la pérdida de los valores.

En 1965, Ayala publica *España, a la fecha* que irritó tanto al régimen como a la oposición: “Yo me había fijado en el gran cambio social que había ocurrido en España y quise hablar de ello. Por su parte, el franquismo especulaba con el comunismo, con la amenaza de una guerra civil. Pero ¿quién iba a ir a una guerra civil, si los obreros se instalaban ya en la clase media?” (Demicheli, 1998: 20). ¿Se conjeturaría con esto que el franquismo no fue tan malo como parecía pues proporcionaba ascenso social a los obreros? Lo cierto es que los obreros no pertenecían a la clase media –ya lo recalcó Marx–, accedían a ella como producto de los cambios sociales por lo cual es normal ver el asombro en *El fondo del vaso* de que el padre obrero de Candy viva en un sitio mejor al que le correspondería de acuerdo a su estatus laboral. Y continúa Ayala: “De la otra parte, a la oposición le irritó que yo viera en la universalización del bienestar el cauce por el que fluían esos

cambios”. Ayala ya ha tomado distancia, pero no deja de plasmar en sus novelas la molestia que producían esos cambios incipientes.

“Antes la gente sabía lo que quería y lo que pensaba, ahora navegamos en un mar de confusiones”, exteriorizó en una entrevista al suplemento “Babelia” (Ayala, 2000, 5). “Ya no hay pobres, sino marginales, porque el que quiere estar en la sociedad tiene más medios que antes”; extraña que un sociólogo diga que algún ser humano no está dentro de la sociedad, puesto que los mismos marginales no por serlo dejan de ser ciudadanos pertenecientes a una sociedad, será más bien que no participa de los intereses de una mayoría. Y agrega Ayala:

Pero la desorientación intelectual y moral de la gente es aterradora, y se refleja en todo. En el deterioro de la palabra, por ejemplo. Ya nadie habla la lengua de Cervantes. Ya no se entiende el sentido de las palabras, hay una caída general, un abandono, una apatía intelectual... Y esto influye en todo lo demás, porque la realidad, más que por los hechos, está constituida por las palabras, y cuanto más pobres las palabras, más pobre la vida (Ayala, 2000: 5).

Esto es precisamente lo que denunciaba en sus novelas: lo que él denominaba la caída general que incluía la falta de pudor o de vergüenza, la pérdida de la amistad, la descortesía, no escuchar a los demás o ceder la palabra, gritar o no saber nada del prójimo, “se perdió el espíritu del siglo XVIII”, se dolía, “hay una invitación a moverse en la farsa” (Ayala, 2000: 5). Por lo visto, este deterioro moral y verbal rodeó a Ayala desde muy pronto en su vida y lo hizo patente en sus escritos. Reprueba la hipocresía, la violencia, el engaño, la estulticia, el crimen absurdo, la abyección propia, el sarcasmo, el egoísmo grosero y cerril, pues esas son las conductas que imperan en el mundo contemporáneo, según Eugenio G. de Nora (1968: 253-255). Se trata de “glosar y desglosar al hombre desubicado, colérico, demencial, hijo de la publicidad y nieto de la prensa escrita”, a decir de Manuel Gregorio González (2006: 38). Es la combinación de la naturaleza humana sin buenos atributos más el poder central que ejerce el Estado.

Ayala define los valores en un artículo periodístico de opinión de 1986 a propósito de si El Escorial era feo o no; para él, el valor es la “base imprescindible de todo juicio práctico”, así de sencillo; sin embargo, reconoce que “habrá que aceptar



que este juicio resultará atinado o fallido dependiendo de que quien lo formula haya percibido acertadamente o no la calidad de la materia juzgada en relación con el valor a que es referida”. Y pone de ejemplo algunos valores para él: la justicia, la belleza o la fealdad, lo verdadero o lo falso. Y añade que “se trata, en último extremo, de una vieja cuestión batallona de la especulación filosófica: la de la objetividad o subjetividad de los valores, cuestión cuya complejidad misma impide las soluciones tajantes” (Ayala, 1986: 11). Por ejemplo, explica Ayala en una entrevista: “resulta difícil distinguir entre la humildad y la soberbia, un colmo de soberbia puede dar la apariencia de humildad” (Daudet, 1991: 200). De pronto todo es muy subjetivo.

Retomando las novelas, puede afirmarse que los valores que se supone no están en ellas son aquéllos con los cuales comulgaba el escritor en cuanto a ideología, es decir, los concernientes a la burguesía de origen aristocrático, fundamentalmente de grupos terratenientes: “mi familia era rica y desde luego culturalmente importante. [...] Por el lado paterno era una familia más o menos aristocrática, de terratenientes. Cuando nací había una fortuna en casa” (Ayala, 1991: 201). Asimismo su madre se caracterizaba por “su excesivo rigor, su puritanismo” (Ayala, 2009: 32). Un ejemplo de su situación de clase es cuando comienza a hacer uso de las palabras altisonantes del Quijote, “ciertas palabras que estaban excluidas del lenguaje de las gentes burguesas” y que sus padres creyeron había aprendido tal vez por haberse puesto en contacto “con criados o gente soez de la calle” (Ayala, *apud* Hiriart, 1982). Si bien es cierto que el propio Ayala sostiene la dificultad que entraña delimitar los contornos de las clases sociales, en *Muertes de perro* y en *El fondo del vaso* sí deja muy claros los perímetros de cada una de las que intervienen en las historias, por lo cual es posible apreciar con exactitud las luchas entre mentalidades y sentimientos entre ellas.

A la par hay un momento claro en la historia del propio escritor en que se le hace patente ese derrumbamiento de los valores: su estancia en Alemania lo contrapone con todo aquello con lo que había crecido. Salir del seno familiar y su exclusivo grupo intelectual que incluía entre sus actividades tertulias con Ortega y Gasset lo coloca de golpe en el mundo real y le provoca un choque espiritual que se transformará en una especie de repudio a lo moderno, sensación que habría de

acompañarlo el resto de su vida. Esto es, Ayala era alguien a quien gustaba estar en contacto con los demás, no en vano era profesor, no obstante, sentir que todo había degenerado en algo desagradable es patente en su obra y sus palabras:

Para mí la experiencia alemana resultó muy importante no sólo porque aprendí el idioma, claro está, sino sobre todo porque a una edad relativamente temprana me enfrentó con un ambiente muy diferente del mío nativo, con una realidad social que, por efecto de la derrota del país en la primera guerra mundial, había llegado a un grado de disolución muy avanzado tal como solamente aquí en los Estados Unidos y en el resto del mundo, en España misma, se ha alcanzado ahora, medio siglo más tarde. Por ejemplo, la revolución sexual que ahora tanto se pondera y pregona, estaba por completo cumplida en la Alemania de aquellas fechas. Imagínese usted lo que sería para un joven español de la década del veinte entrar de golpe en un ambiente tan distinto. Existía una crisis completa de los valores sociales, algo muy semejante a lo que hoy está ocurriendo en Estados Unidos. Allí se había adelantado el proceso de desorganización social por efecto de la derrota (Ayala, *apud* Hiriart, 1982).

Es por lo que los únicos valores que identifica en *Muertes de perro* son los de la familia Rosales, en específico con Lucas, terrateniente y Senador, quien es el único con las agallas suficientes para intentar defender lo que juzga su propiedad no sólo la física sino la de los principios que Bocanegra mancillaba con su mera presencia; es a quien no se le discute su forma de vestir ni de comportarse, no se le menciona como afecto a las bebidas alcohólicas y, dado que tenía una pariente en el convento, se le puede tomar como alguien que cumplía con sus preceptos religiosos; aunque sus principios no impidiera maltratar a sus semejantes ni explotarlos o impedir que el gobierno estuviera en manos del pueblo.

Este tipo de valores queda más claro en las palabras de Javier Rioyo y Luis García Montero al describir la persona de Ayala, para quienes moral es sinónimo de civismo –cortés y educado:

cuando sale a la calle representa una moral por desgracia en desuso: la moral del ciudadano educado y respetuoso que sabe conversar con un idioma pausado y rico, atiende a los argumentos del otro y defiende sus puntos de vista sin dogmatismos

[...] una conciencia cívica, tan pudorosa como firme (Rioyo y García Montero, 2006: 59).

Como se ve, se enfatizan los valores morales; en el presente la lectura que puede hacerse de la novela es muy diferente de la que se haría en el momento de su aparición. Un ejemplo claro es el de las mujeres. En los años cincuenta el papel de la mujer era sumamente diferente al que es hoy. En ambas novelas hay mujeres infieles como hombres infieles. Sin embargo, eso puede hoy tomarse como sin mayor trascendencia aunque sabemos que todavía la infidelidad de la mujer sigue siendo estigmatizada como no lo es con los varones. Pero en el tiempo en que Ayala escribió su novela quería dejar patente que sus personajes femeninos no eran como debían ser puesto que decidían ejercer libremente su sexualidad con quien les placiera de la misma forma que lo hacían sus maridos, incluso eran tan sin valores que escogían de amantes a un posible hijo o al amigo del consorte. Cabe recordar que la burguesía impone a la esposa una moral rigurosa con derechos abstractos y vacíos (cfr. Beauvoir, 2008)

Además, Ayala reprocha el mal gusto en el vestir femenino. A través de su narrador reprueba la vestimenta de doña Concha, que al ejercer la libertad sobre su propio cuerpo se convierte en incitadora para los demás, pobrísimo argumento que los hombres acostumbran esgrimir sobre las mujeres para denotar su particular falta de voluntad sobre sí mismos. Incluso María Elena, se presenta ante Tadeo en bata, prenda de la intimidad. O Candy, en *El fondo del vaso*, quien no lograba aprender a llevar la indumentaria adecuada con el almacén en el que trabajaba.

El simple hecho de que Ayala mencione también faltas a las reglas del matrimonio y del comportamiento correcto es, en sí, su particular denuncia de una conducta reprobable. Como la de María Elena quien, siendo una chica perteneciente a la clase pudiente, tiene relaciones sexuales –una sola vez– fuera del matrimonio con un hombre que no es ni siquiera su pretendiente y, además, no es de su clase social. De ahí que sea tan grave la reacción de la tía la monja de la joven: recluirla en un convento y más tarde enviarla fuera del país, se le castiga con una especie de exilio, que es muy malo cuando se obliga a abandonar su hogar a aquellos que no comulgan con una idea política, pero era práctica normal con las mujeres que no

cumplían con las severas normas a que se hallaban sometidas. Así, al lado de la conducta de la joven, la de doña Concha que es francamente infiel a su marido, es abominable.

En el ámbito masculino quizá la falta más grave es la ascensión a estratos sociales más altos por parte de cualquier “majadero” como lo denomina Ayala, recordando que esa palabra se aplica despreciativamente a una persona falta de formalidad o sensatez, indiscreta, inoportuna o pedante (Moliner, 2006). Así, ascienden Tadeo Requena pues deja de ser un huérfano sin oficio ni beneficio en un pueblo pobre y se convierte en la mano derecha del Presidente de la República, a pesar de ser un bastardo, de no ser blanco, de no ser miembro de ninguna familia reconocida; Francisco Cortina, a pesar de su brillante desempeño profesional, también es motivo de reproches cuando se le da un puesto mejor.

Sin embargo, cuando Malagarriga, de ser el mero consorte de la mejor amiga de la esposa del Presidente, se convierte gracias a esas conexiones en Ministro de la Guerra; cuando Olóriz pasa de ser un pariente de esa amiga a ser el encargado de los fondos especiales o el propio Pinedo se beneficia de dichos fondos, no hay reprobación alguna, porque no pertenecen a los estratos más bajos de la sociedad imaginaria.

Bocanegra, aunque era de una buena familia, al negar los valores de su propio grupo se convierte en alguien indigno, incluso porque recibe el *doctorado honoris causa* sin contar con los méritos suficientes. Caso particular también es Ruiz en *El fondo del vaso*, quien de pronto se ve relacionado con las mejores familias de su sociedad sin que pertenezca del todo a ellas y es rechazado precisamente porque hace patente la doble moral en que se encontraban insertos.

Cada clase social se encuentra dominada por su propia constelación de valores, comunica Ayala, acorde a lo que la comunidad considera más estimable, a la actividad funcional que desempeña y en correspondencia la mentalidad que surge de su particular visión del mundo; y serán los individuos que destaquen dentro del grupo quienes impondrán a los demás “aquella visión y apreciación de los valores a que su personal naturaleza las inclina”, independientemente de la calidad de esos valores (TS: 278).

En suma, más que dibujar un mundo sin valores en *Muertes de perro* se enfatizan los valores negativos para un grupo social específico porque, como ya se ha visto, no es posible la ausencia de valores. Sin embargo, cabe destacar que dadas las circunstancias, es posible afirmar que en esa novela existen valores positivos que se manejan en ese universo imaginario, entre los cuales se encuentran los vínculos familiares, la fuerza de las redes sociales, la posibilidad de movilidad social, la autogestión, la fe en lo sobrenatural, la autoridad, la convivencia social, la libertad de expresión y tránsito, la salud, la riqueza y la religión<sup>6</sup>.

Todo esto se resume con palabras de Chicharro:

El escritor granadino ha venido practicando una crítica de valores, una crítica que [...] pretende intervenir socialmente a través de una determinada orientación de los lectores, una crítica deudora de esa preocupación esencial suya acerca de la condición humana y, por lo tanto, efecto de esa necesidad de moralización subsiguiente que nuestro escritor considera prioritaria (Chicharro, 1991: 33/V).

Por otra parte, es posible encontrar ciertos nexos entre la vida de Ayala y esta novela. Como ya se mencionó en las notas biográficas, Ayala ocupó varios cargos dentro del gobierno. Uno de ellos, el de Letrado de las Cortes, implicaba una labor de vigilancia sobre los otros pues presidió el comité “encargado de informar para separar del servicio a los funcionarios hostiles a la República” (García Montero, 2006: 71).

En el marco de la diégesis de *Muertes de perro*, Pinedo es quien se autodesigna para observar a los otros en su afán de historiar, sin embargo, su desempeño lo convierte en un vigilante que dará cuenta de la actuación no a un superior, sino a una nación entera.

Ayala también tuvo un empleo dentro de la Secretaría del Ministerio de Estado, como Secretario de primera clase. Un compañero de labores, Manuel Azcárate escribió: “En Valencia se había instalado el Ministerio de Estado desde el momento en que las tropas de Franco habían llegado a las puertas de Madrid. Ocupaba un palacio cerca de la calle de la Paz, donde estaban los principales cafés y restaurantes (García Montero, 2006: 71). Ayala ha escrito al respecto de ese palacio:

---

<sup>6</sup> El tema de los valores y su decadencia fue muy caro a Ayala, de tal suerte que podría ser motivo de estudio mucho más extenso de no tratarse de un tema secundario para esta investigación.

allí se concentraban entonces las representaciones diplomáticas, los corresponsales de la prensa extranjera; allí acudían los visitantes más o menos ilustres que deseaban adquirir por sus propios ojos una visión directa de la situación real de la zona republicana; allí acampaban los funcionarios del Gobierno y tantísimos intelectuales, escritores, profesores, poetas, procurando colaborar, cada cual a su modo, en un esfuerzo común contra el avance fascista (Ayala, 2006c: 72)

Este acercamiento tan estrecho al mundo de las altas esferas gubernamentales lo recreará con mayor detalle en su novela como puede verse en este párrafo donde da cuenta de lo que ocurre al interior del Palacio Nacional de *Muertes de perro*:

Todos aquellos ex-sargentos, ex-periodistas, ex-nadas, ahora magistrados, directores generales, banqueros y ministros, alternando con diplomáticos extranjeros, de extracción análoga muchas veces, se sienten en la gloria, alegres, felices, en medio de sus engreídas esposas, a las que, con disimulada fruición acarician el brazo o la grupa (MP: 76<sup>7</sup>).

## 2.2. *El fondo del vaso*

En 1962 ve la luz *El fondo del vaso*, como *Muertes de perro*, también en territorio bonaerense (Editorial Sudamericana) aunque Ayala ya vivía en EUA. En ese año, España continuaba en plena época franquista y Carmen Polo de Franco celebraba un Homenaje Nacional al Servicio Doméstico; fue el año en que murió Marilyn Monroe, contrajeron nupcias los príncipes Juan Carlos de Borbón y Sofía de Grecia, se creó la minifalda, aparecieron The Beatles y el papa Juan XXIII celebró el Concilio Vaticano II, que pretendía modernizar la iglesia acercándola al pueblo, por lo que dejan de usarse el latín y los cantos gregorianos durante la misa.

Se sabe que fue presentada al público en la Librería Galatea de Buenos Aires gracias a H. A. Murena quien subraya el hecho de que la obra de Ayala no goza de mucha popularidad porque sus lectores se sienten perturbados (Murena, 1962: 319).

---

<sup>7</sup> Las referencias a la *Muertes de perro* corresponden a (Ayala, 1998a); para fines prácticos en lo sucesivo se usará la abreviatura MP más el número de página.

*El fondo del vaso* trata de la desgracia del comerciante José Lino Ruiz – ejemplo representativo del sujeto transindividual correspondiente a la clase media– quien víctima de su doble moral y de los malos entendidos que se suscitan gracias a la prensa, pierde tanto su reputación social como empresarial. Siendo el daño a la primera, quizá, el más grave. El personaje Ruiz, habitante de una ficticia república centroamericana, tiene por esposa a Corina, una típica ama de casa. Asimismo, Ruiz es adúltero, pues mantiene relaciones con una de sus empleadas. A su vez, Corina le es infiel con uno de sus amigos.

El antecedente de *El fondo del vaso* se encuentra en la novela *Muertes de perro*, pues fue escrita en intratextualidad, por lo que ha sido declarada como su continuación o secuela. Lo primero que acapara la atención en ella es el uso del procedimiento ya empleado por Cervantes de apoyar la segunda parte en la existencia real de la primera y la edición apócrifa (cfr. Hiriart, 1972: 75; Bobes Naves, 1993). Asimismo, Mainer hace saber que Ayala “muy unamunianamente resucita uno de los ‘muertos’ por Pinedito” (Mainer, 1967: 3)

En ella José Lino Ruiz es un comerciante dado por muerto justo durante un periodo turbulento acaecido como resultado del asesinato del Presidente de la República. Sin embargo, a Ruiz no le ocurrió nada grave en realidad, simplemente aprovechó los acontecimientos para tomarse unas vacaciones en compañía de su amante.

Ruiz, tras su regreso a casa después de su supuesta desaparición y una vez que el país retoma un sendero de normalidad, se encuentra con que un historiador local escribió un libro en el cual, según Ruiz, se denigra al Presidente. En un arranque nacionalista, Ruiz decide escribir la contraparte para rectificar los errores que, alega, tuvo el autor. Mas hay un problema, el comerciante no se dedica a las letras y le cuesta llevar a cabo su propósito. Su esposa le sugiere que recurra a la ayuda de un connotado periodista a cambio de una retribución monetaria. Esta sugerencia es tomada por Ruiz como “una estupidez, un disparate” (Ayala, 1998: 12) porque no le gusta gastar dinero, aunque más tarde reconsidera y llega a la conclusión de que es una buena idea. Es así como llega a casa Rodríguez, un español afincado en el país centroamericano, notable por corregirle la ortografía hasta al vate del pueblo. El ingreso de este personaje permite el acercamiento a la cotidianidad de

ese hogar. La voz narrativa, en primera persona, muestra cómo es su matrimonio y el trato diario que mantiene con su consorte.

A causa del azar y de sus propios errores, Ruiz se ve vinculado como sospechoso de un asesinato. Se le encarcela y mientras se dilucida si es inocente o culpable, la prensa y la sociedad merman su reputación y su almacén, al grado de que se ve obligado a declararse en quiebra. La historia versa, pues, sobre la decadencia de José Lino Ruiz, quien pierde no sólo la credibilidad en sí mismo sino que se queda sin amor, sin dinero, sin compañía y sin prestigio social. En esos instantes reconoce “la propia abyección, enmascarada para él mismo en el engaño de la respetabilidad social”, a decir de Eugenio G. de Nora (1962: 255)

*El fondo del vaso* está dividida en tres partes: la primera, narrada en primera persona por el protagonista, ofrece los antecedentes necesarios para que el lector se entere de su situación social y personal; asimismo el interés de José Lino por escribir el mencionado texto reivindicativo de la figura del mandatario que deviene en un diario y los pormenores de su relación extramarital; concluye con el asesinato de un joven hijo de uno de sus amigos quien a su vez es novio de su amante pero también primogénito del amante de la esposa de Ruiz. Como se ve, Ayala continúa ese gusto especial por inmiscuirse en el seno intrincado de las redes sociales y familiares, ya desarrollado en *Muertes de perro*, gracias al cual da perfecta cuenta de la transindividualidad de los sujetos sociales.

La segunda parte es fragmentada pues está constituida por las notas periodísticas relativas al asesinato y al curso de las investigaciones, al encarcelamiento de Ruiz y a la aparición de más sospechosos implicados en una secta religiosa.

La tercera parte es el monólogo interior del protagonista durante su encierro, reflexiona sobre su comportamiento, sobre el hecho de que su esposa le confiesa su propia infidelidad y tiene un acto de contrición ante su desgracia personal y social, sin que se sepa si se le exonera o no del supuesto crimen cometido.

El título de esta novela es motivo de análisis detallado por parte del especialista Nelson R. Orringer en la introducción a la edición de Cátedra de 1995, ahí explica que su polisemia remite tanto a la contemplación de la noche estrellada en un pozo del campo como al personaje Max Estrella de *Luces de bohemia*, de Valle



Inclán, quien contesta que en el fondo del vaso es posible localizar el espejo que permite ver a España como una deformación de la cultura europea; pasa también por su antecedente en *Muertes de perro* aludiendo en primer término al fondo del vaso de Bocanegra y en segundo “a los fondos del dinero sucio necesario para mantener en pie su régimen” aunque aquí Orringer se equivoca pues el único dinero del que se habla en *Muertes de perro* es el que maneja deshonestamente Olóriz pero no Bocanegra. Atribuye también al título la referencia “en términos metafóricos, no libres de cierta insinuación obscena, al fondo o fondillo del pantalón”, sin explicar a qué se refiere con eso, quizá se trata de alguna metáfora utilizada por cierta generación y masculina por aquello de que esa sería la parte de la prenda que está en contacto con los testículos y el ano y por ello puede ser tomado como obscenidad. La siguiente significación “original” que Orringer le encuentra al título es que “las antiguas copas de cristal coloreado solían tener en su fondo una imagen de Cristo”, de ahí que al beber se dijera la frase coloquial “Hasta verte, Jesús mío”; asimismo relaciona el nombre de la novela con la broma “de tono goliárdico” de beber hasta ver la imagen en el fondo del vaso, es decir, beber hasta tener visiones, hasta alcanzar el *delirium tremens* de los alcohólicos perdidos pero que Orringer cree tal idea llegó a la mente de Ayala sólo a través de la asociación de inspiración creadora más la lectura de un verso del Arcipreste de Hita<sup>8</sup> (Ayala, 1995: 24). Termina el especialista su reflexión sobre el título proponiendo, para comprenderlo en su totalidad, hacer una lectura “misericordiosa” de la novela desde un “nivel superior en que se instala un autor compasivo” para poder ver a los personajes “a la manera del Dios misericordioso” y “perdonarlos caritativamente, alentados acaso por una remota esperanza de perdón de nuestros propios errores”, sólo así podrá el lector de *El fondo del vaso* anular “toda impresión de repentinidad en la transformación del protagonista” y quedar entonces al descubierto “la noche estrellada en el fondo del pozo” y “la universalidad de la obra novelesca como un todo” (Ayala, 1995: 25). Ésta propuesta debe entenderse a la luz de que Orringer estudia la novela ayaliana con base en demostrar su teoría de “la redimibilidad humana como coordinadora de la vida y del arte novelesco” (Ayala, 1995: 13).

---

<sup>8</sup> El verso es el siguiente: “So la espina yaze la rrosa, noble flor/ So fea letra yaze saber de grand dotor,/ Como so mala capa yaze buen bebedor, / Asy so mal tabardo yaze *El buen amor*”, citado y enfatizado en cursivas por Orringer (1995: 25).

Asimismo, hay una referencia fortísima de Ayala a la obra valleinclaniana con referencia al título de *El fondo del vaso*, como ya apuntó Orringer (cfr. Ayala, 1995: 23. En *Luces de bohemia*, cuando el poeta ciego Max Estrella dice lo que es el esperpento a Don Latino:

Max: El esperpentismo lo ha creado Goya. Los héroes clásicos han ido a pasearse en el callejón del Gato.

Don Latino: ¡Estás completamente curda!

Max: Los héroes clásicos reflejados en los espejos cóncavos dan el Esperpento. El sentido trágico de la vida española sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada.

Don Latino: ¡Miau! ¡Te estás contagiando!

Max: España es una deformación grotesca de la civilización europea.

Don Latino: ¡Pudiera! Yo me inhibo.

Max: Las imágenes más bellas en un espejo cóncavo son absurdas.

Don Latino: Conforme. Pero a mí me divierte mirarme en los espejos de la calle del Gato.

Max: Y a mí. La deformación deja de serlo cuando está sujeta a una matemática perfecta. Mi estética actual es transformar con matemática de espejo cóncavo las normas clásicas.

Don Latino: ¿Y dónde está el espejo?

Max: En el fondo del vaso.

Don Latino: ¡Eres genial! ¡Me quito el cráneo! (Valle-Inclán, 2003: 162-163).

Esta novela tiene, ciertamente, ciertos rasgos del esperpento, como se verá en el capítulo correspondiente.



## **PARTE PRIMERA: ESTUDIO NARRATOLÓGICO DE *MUERTES DE PERRO Y EL FONDO DEL VASO***

### **Capítulo 3. *Muertes de perro***

La historia y el eje temático de *Muertes de perro* ya se mencionaron anteriormente, ahora corresponde analizar cómo se pasa de la historia al discurso a través de la organización del espacio y del tiempo en función del yo, utilizando para ello el esquema propuesto por Darío Villanueva, en conjunción con las teorías foucaultianas.

Bobes Naves recalca la importancia de la suma de la espacialidad, la temporalidad y los personajes en novelas que tienen como tema la dictadura, esto es, en obras centradas en el ejercicio de tal tipo de gobierno y poder, así como la existencia de elementos comunes que se aplican también a la novela ayaliana.

#### 3.1 Espacialización

La situación narrativa implica lugares donde se ubique a los personajes y las acciones que estos realizan con la finalidad de brindar veracidad al relato; asimismo dichos sitios pueden cobrar protagonismo por sí mismos, poseer efectos simbólicos o ser un signo “que remite a la situación de los personajes, a sus modos de pensar y de conducirse”, como afirma Bobes Naves (citada por Villanueva: 1989: 42). Además, dentro de la construcción de la sintaxis narrativa, la espacialización sirve de marco para inscribir los programas narrativos y sus encadenamientos (Greimas y Courtés, 1982: 152).

Bobes agrega a su estudio sobre el uso del espacio en las novelas de dictadura que “según sea la mirada [que permite atravesar las distancias que existen entre los diversos espacios del sistema] así serán los límites que imponga a los espacios en que han de moverse los actantes” (Bobes, 1993:22). En el caso particular de la polifonía que Ayala otorga a su novela, esta mirada no se reduce a “la mirada del dictador [que] limita el mundo de la dictadura” (Bobes, 1993:22) porque la dictadura en sí es cuestionable y porque las diferentes visiones que se tienen a través de los diferentes personajes, en todo caso, dan idea de la dictadura particular que ejercen cada uno en

su espacio específico, es decir, la dictadura de Práxedes sobre sus parientes, novicias y el cura; la de Tadeo sobre sus subordinados; la de Pinedo, poseedor de “la verdad”; la de los Rosales sobre sus trabajadores; la de Olóriz sobre toda la nación.

Por otra parte, todos los personajes escriben desde espacios cerrados y la mayoría de los hechos transcurren también ahí. La cercanía-lejanía se pone de manifiesto a través de doña Concha. Por un lado están los Rosales, quienes desde su feudo hacen oposición despiadada al Presidente; cuando éste incorpora a Luis Rosales al gabinete, doña Concha lo valora como meter al enemigo en casa, de ahí que se dé una lejanía entre los cónyuges. Por otro lado están los Malagarriga, pues Loreto es amiga incondicional de la Primera Dama y eso ayuda en la colocación de Antenor.

Estos espacios están intrínsecamente relacionados con el ejercicio del poder, es decir, en cada uno de ellos se da una estrategia específica, el ejemplo de Bobes Naves es el que corresponde al cura de Santa Rosa y a Ángel quienes pueden actuar impunemente una vez que pueden “alejarse de los espacios controlados por la mirada del tirano o sus colaboradores” (Bobes: 1993: 21). Sin embargo, queda claro que no se trata sólo de estar bajo Bocanegra, ni de “sus colaboradores” como podría ser Tadeo Requena, sino que no es sólo el “tirano” quien controla los espacios, pues están presentes a la par Pinedo u Olóriz. Es mentira que el cura de Santa Rosa actúe impunemente pues es la Abadesa Práxedes quien lo mantiene bajo su mandato y ésta no es colaboradora en lo absoluto de Bocanegra. El hijo de Luis Rosales tampoco actúa como le da la gana pues depende de los demás, visto es que fue maltratado por la gente tras la muerte de su padre, que sus tías deciden sobre su futuro. Es claro que si no se está bajo el “tirano”, como afirma Bobes, se está bajo alguien más. Dejar el poder reducido a un solo gobernante es negarse a la estructura bajo la cual se desarrolla la realidad de *Muertes de perro*.

Aun cuando se siga con Ayala su postura de que con *Muertes de perro* escribió una novela política y no sobre la dictadura, como en otras novelas donde aparece un dictador, según explica Bobes Naves (1993), el espacio de *Muertes de perro* y *El fondo del vaso* está situado en tierras hispanoamericanas con ambientación preferentemente urbana más espacios menores que determinan el círculo de poder pero todos dentro de la ambigüedad que permite la generalización.

Si bien el nombre de varios de estos espacios se corresponde con los de la realidad geográfica, su función no es otra que la de apelar al lector implícito para que con su operación cocreadora complete la intención del autor ya que se tiene idea de cómo funcionan los gobiernos de los diferentes países mencionados; además los regímenes dictatoriales no son ajenos a nadie, de tal suerte que la ubicación hispanoamericana tiene como base ese bagaje cultural. Como lo refieren Jorge Castellanos y Miguel A. Martínez en su estudio “El dictador hispanoamericano como personaje literario”,

la dictadura ha predominado como forma fundamental de organización política en la mayoría de las repúblicas hispanoamericanas, desde el logro de la Independencia hasta nuestros días. Las fuerzas democráticas, siempre presentes y muchas veces heroicamente activas, por lo general han llevado la peor parte en el conflicto con la tiranía. Por eso resulta comprensible que la novela hispanoamericana refleje, desde sus comienzos, esa característica básica de la vida social del Continente (Castellanos y Martínez, 1981: 79),

por lo cual el referente más claro para los estudiosos sean países como Bolivia, Chile, Colombia, Cuba, El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Paraguay, Perú y Venezuela, países de Centroamérica y Sudamérica, los cuales vivieron algún periodo de estado de emergencia permanente en determinado momento previo a 1958, el de la escritura de las dos novelas de Ayala. Aunque en ese año también estaban bajo un régimen dictatorial países como España, Haití, Paquistán, Portugal, Sudán y Tailandia.

Toda vez que Ayala escribió sus novelas durante su exilio<sup>9</sup>, es la causa por la que se le tiene en cuenta como autor de una novela sobre la dictadura hispanoamericana, como ya se ha mencionado. *Muertes de perro* fue desarrollada en Puerto Rico, concluida en Estados Unidos y publicada en Argentina en 1958. *El fondo del vaso* fue escrita en su totalidad en Estados Unidos y también publicada en aquel país sudamericano, en 1962. En ambas se recrea un sistema gubernamental

---

<sup>9</sup> Este exilio comienza a quebrarse con su viaje a España en 1960, al cual siguieron viajes anuales y finalmente la instalación definitiva en Madrid. Esto significa que *Muertes de perro* sí fue escrita en su totalidad cuando Ayala se encontraba en el exilio, pero *El fondo del vaso* no. La postura de Ayala con respecto al exilio no es la típica del dolor o la amargura, él reconoció que lo pasó bien cuando vivió en el continente americano (Rodríguez, 2001: 51)

dinámico, por lo que se ha estimado que *El fondo del vaso* es continuación de la primera.

### La nación

La instancia narrativa de *Muertes de perro* ofrece la siguiente información: “nuestro país no cuenta para mucho en el mundo; nosotros mismos lo tenemos en poco; por debajo de todo nuestro patriotismo verbal, lo despreciamos, hay que reconocerlo; nos avergonzamos de él” (MP: 56). El primer acercamiento no es geográfico sino la apreciación cualitativa del país tanto hacia su propio interior como hacia el exterior. Esta simple frase resume con mucho lo que será la temática de la novela: se trata de una nación con muy poco valor para sus propios habitantes, quienes finalmente son los que la conforman. Asimismo, la relación de la soberanía con el territorio es lo primordial y sirve de esquema para llegar a comprender cómo debe ser una ciudad capital y cómo puede y debe funcionar, a partir de ahí se dan las funciones urbanas como la administración, la economía, la moralidad, etcétera. La delimitación del territorio es de suma importancia pues se marcan los límites espaciales dentro de los cuales se ejercerá el poder.

Un dato que da aún mayor precisión de su localización es por la forma como uno de los personajes españoles se refiere al Presidente de la República: “este dictadorzuelo centroamericano” (MP: 74). Es, pues, a través de los peninsulares radicados en ese sitio como se sabe que esta “nación pequeña y joven” es un “pequeño país centroamericano” (MP: 113), como informa el ministro de España a su jefe en Madrid. Y no sólo eso, sino también cuestiones como “este medio social bárbaro del agro americano” (MP: 78). Por lo tanto, la historia transcurre en un país centroamericano aunque dentro del discurso adquiere un valor metonímico.

El sitio, “crudo trópico” (MP: 80), posee un clima caracterizado por la abundancia de agua tal como lo describe uno de los personajes femeninos:

en nuestra tierra, llueve, sí, a torrentes, y la lluvia puede durar también, a veces, horas y horas. De cualquier manera, es la lluvia, que ha venido; es algo que sobreviene; está ahí, y se irá luego, de pronto, dejando el cielo muy limpio, y relucientes las hojas de los árboles; y entonces la gente (cómo me acuerdo, y cómo

suspiro), la gente que había estado mirando como animalitos desde sus agujeros, vuelve a salir tan contenta (MP: 160),

y que también ofrece el inconveniente de pudrir demasiado de prisa a los muertos (MP: 158), sin embargo, nunca será llamado por su nombre, sino con irónicos eufemismos, “esta desconocida Atenas del trópico americano” (MP: 17), a partir de un mecanismo de defensa que la gente de ese país ejerce contra tales adversidades territoriales:

Nosotros solemos consolarnos de nuestra pequeñez territorial con la Atenas de Pericles, con las ciudades italianas del Renacimiento [...], es indiscutible que los seres humanos viven y luchan y sufren y se juegan la vida y la pierden y mueren, con grandeza o mezquindad igual, tanto si el país es minúsculo como en los imperios gigantes (MP: 11).

La información avanza *in crescendo* en tanto que comienza con términos de “mucho”, para continuar con “poco”, “desprecio” y llegar hasta “vergüenza”. Asimismo habla de un fingimiento que será evidente a lo largo de la trama, pues su sentimiento patrio solo es una cuestión verbal sin nada interno que la sustente. El imaginario país es descrito por el narrador de la siguiente manera:

el hecho es que se trata de un pobre rincón del trópico, apartado, perdido entre las que nosotros, con evidente hipérbole, llamamos, en comparación, ‘las grandes potencias vecinas’; y todavía, por si fuera poco, encerrado tras esa franja de terreno que nos aprieta, estrangula y ahoga: la especie de puerto franco, antiguo nido de piratas y hoy emporio comercial que han podido conservar ahí los holandeses... (MP: 11).

Bajo estas premisas, lo que se representa es una nación fragmentada, integrada por ciudadanos sin sustento patrio, con vergüenza de sí y nulo reconocimiento exterior. Y que su orgullo se basa en situaciones como que su himno nacional, el cual

tiene el mérito de ser obra de un compositor nuestro, sin que hayamos debido acudir a la inspiración foránea como nuestros arrogantes vecinos, quienes, con todas sus



pretensiones de gran potencia, no podrán negar que le deben su himno nacional a los buenos oficios de un artista catalán (MP: 56).

Uno de los pocos signos de identidad por excelencia de las naciones, como lo es esta composición poética de tono solemne, se supondría ejercicio de creación de sus propios habitantes. De ahí que se ensalce con profunda ironía que la composición sea de alguien perteneciente al pueblo que lo entonará y no que se trate de la obra de un extranjero.

La ubicación de nación pequeña y americana se da también por descarte en tanto que el personaje principal, Tadeo Requena, afirma:

Bastantes veces había recorrido con los ojos, en el cine del pueblo, las calles de Nueva York, de Chicago, conocía sobre todo México, me había asomado a Buenos Aires, a París, a Londres. A nada de eso se parecía esta ciudad, siendo la capital (MP: 22).

La geografía forma parte de la delineación, marcando que tampoco ofrece ninguna ventaja dada la pequeñez, la pobreza, la estrechez, pues se menciona en la diégesis que Holanda tiene ubicadas factorías en el país vecino, de hecho a una de ellas se va Doménech una vez que Bocanegra lo destituye del Banco por sus malos manejos (MP: 197). Holanda, como otros países europeos, conserva colonias en el continente americano, lo cual lleva a pensar que la imaginaria nación se encuentra en dicho territorio latino; esto se confirma en la siguiente referencia: “una pequeña república medio dormida en la selva americana” (MP: 11).

Se ha pasado de la información cualitativa a la geográfica y de ahí a la política: es una república; todo esto en el primer apartado de la novela. La dicotomía dentro-fuera coloca al país de la diégesis en el interior de un territorio poco favorable asfixiado por las potencias que lo rodean e impiden su crecimiento geográfico y económico. Así quedan estipuladas las relaciones de poder que tiene el país imaginario con sus vecinos –en general dentro del sistema mundial– relaciones comerciales y económicas, situándose claramente en una posición de desventaja. De igual manera la delimitación sirve para aclarar en qué espacio funcionará la disciplina pues ésta es centrípeta, precisa “circunscribir un espacio dentro del cual su

poder y los mecanismos de éste actuarán plenamente y sin límites”; mientras que los dispositivos de seguridad son centrífugos y tienden a ampliarse, por ejemplo, a través de los productores, los compradores, los importadores o exportadores (Foucault, 2008b: 57), como se ve a través de los vínculos de mercado de trabajo con Holanda, por ejemplo.

#### Nexos con otras naciones

Los países con los que la imaginaria república mantiene contacto diplomático son España, Estados Unidos (por medio de su agregado comercial) Holanda, Argentina y México (MP: 77), estas dos naciones latinas sólo son mencionadas indirectamente, dando prioridad a las grandes potencias económicas. Las principales relaciones son con los dos primeros y son diametralmente diferentes.

Con España, el vínculo es el de una ex colonia donde aún viven españoles que optaron por el nuevo continente; la convivencia entre lugareños e ibéricos se da en términos que pudieran calificarse de cordiales en general, pero con sus dificultades a pesar de todo, como se ve en las apreciaciones de las diversas voces narrativas de la obra.

Estados Unidos de América figura en términos más bien desfavorables: “en ese país nadie ignora cómo se las gastan en materia de moralidad: todos los gatos son pardos”, sentencia la monja Práxedes, ejerciendo el autor con esta frase el uso metonímico de la nación del norte que todo mundo conoce y sobre la cual también se tiene una opinión.

Esta información implícita servirá para que el lector haga “la sustitución sistemática del sentido literal por su contrario” (Villanueva, 1989: 36) y se lea lo opuesto de lo que se quiso decir para encontrar la profunda ironía que, en todo su apogeo, lanza el escritor español sobre la potencia armamentista de los estadounidenses con el episodio de la muerte de la mascota de la Primera Dama.

El narrador se burla al afirmar que “sin la intervención benévola del Embajador de Estados Unidos, Mr. Grogg, no hubiera podido consolarse jamás nuestra Presidenta”, el diplomático se apresuró a conseguir en su país –“donde nada falta” – una perra idéntica a la fallecida que era de una raza difícilmente hallable. La

farsa se extiende hasta el grado de que para transportar al animal se hace uso de un avión del ejército americano (MP: 103-104). El hecho provocó críticas implacables, dice la instancia narrativa, mientras que el Embajador de España en el imaginario país –única voz “oficial” que se encuentra al respecto– califica la actuación del estadounidense como “el colmo” dado “el carácter ingenuo de Mr. Grogg, y la manera como trata de seguir las pautas de captación que su Gobierno mantiene respecto de los países hispanoamericanos” (MP: 105). Existe una política dentro de la historia para atraer la atención hacia Estados Unidos que contrasta con “el amor nunca desmentido de los pueblos hispanoamericanos hacia la Madre Patria”, es decir, España ya cuenta con el aprecio de sus antiguas colonias y no tiene que esforzarse por hacer nada más para obtenerlo o mantenerlo estable.

De todo Estados Unidos sólo una ciudad adquiere protagonismo en la novela, Nueva York, a través de la correspondencia entre la abadesa Práxedes y su prima, siendo ésta la que vive en la gran urbe. La ciudad tiene especial interés por oposición con San Cosme, por sus días insoportables, grises, oscuros y deprimentes debidos a la lluvia permanente y a la neblina (MP: 159) que no tienen nada que ver con los días tropicales. La ciudad cosmopolita, un lugar de piedra, hierro y cemento al que cuesta adaptarse, fue escogida por la viuda de Rosales para olvidar, sin conseguirlo, el pasado; sin embargo, deberá recibir a su sobrina María Elena tras su pecado con Tadeo. Su prima la abadesa le sugiere que la reciba en Nueva York pero no en su casa porque ahí están sus hijos varones.

Por otra parte, la mención de Holanda no es fortuita pues ese país se quedó con las colonias que España y Portugal poseían en América, convirtiéndose en el poder colonial más grande del mundo durante algún tiempo, extendiendo su economía a niveles superlativos gracias a las ganancias extraídas de las colonias y del comercio intermediario y de transportes, a tal grado que durante el siglo XVII fue el pueblo económicamente más rico de Europa. La particularidad de esta conquista sobre las posesiones de otros es que no se realizó como un objetivo del Estado sino que se realizó gracias a compañías privadas que, entre otras acciones, creó la gran flota que mandó sobre el mar durante ese periodo, un poderío tanto de transporte como de guerra.

Con tales antecedentes, a lo que se apela en la novela es a que Holanda continúa de alguna manera con su poderío y es la única nación capaz de dar empleo a los antiguos colonizados, abandonados estos por los países a los que en algún momento también enriquecieron. Asimismo, los españoles viven y trabajan en el imaginario país de la novela el cual, por el contrario, no cuenta con la presencia de ningún holandés.

#### Lo urbano y lo rural

Dentro de la novela el espacio nacional está dividido en dos: por un lado el área urbana de la Capital con el Palacio Nacional como centro neurálgico; y, por el otro, la parte de la provincia con Tucaití, donde se encuentran ubicados el pueblo de San Cosme y la cortada de San José Bendito (MP: 50). La ciudad, sin nombre en este caso, es sinónimo de la sedentarización de los seres humanos, es símbolo de la estabilidad y uno de los atributos de la madre, con su doble aspecto de protección y de límite, por lo cual su principio es femenino (Chevalier/Gheerbant, 1999: 309-310). Los hechos principales tienen como escenario la Capital, pero es importante cómo repercuten en el poblado y sus alrededores, como se verá en primer término.

La ambientación urbana, señala Bobes (1993: 20), es la preferida por la novela hispanoamericana sobre las dictaduras para ejemplificar el ascenso al poder, a la par que la ubicación en el área provinciana más cercana a la rural es el escenario común de los episodios del pasado anteriores a la consecución del poder; es posible comprobar tal tendencia en *Muertes de perro* ya que en la diégesis el historiador Pinedo narra los acontecimientos presentes acaecidos en la ciudad.

El pasado se evoca en la zona pueblerina una vez que Bocanegra conoció a su esposa ahí, exactamente en el mismo espacio donde se fraguó la inquina entre ella y los Rosales que provocó la pérdida de poder de los terratenientes. La gente del campo, los “pelados”, es la que apoya a Bocanegra para que llegue a Presidente; y Tadeo Requena sale de su lugar de origen donde es un chico más para alcanzar la gran ciudad y su puesto al lado del Presidente de la República. Sin embargo, este poblado no tiene la característica de ser el lugar soñado o paraíso perdido como correspondería. No lo es para Tadeo porque él quería volver a él cubierto de gloria y

se le frustra; no lo es para la viuda de Rosales aun cuando lo compare con la fría Nueva York. Y no es ese lugar de encanto porque dentro del esquema ayaliano no hay sitio bueno en su imaginario país.

Por otra parte, la mención del poblado de San Cosme y sus alrededores es la estrategia narrativa utilizada por Ayala para decir que los sucesos alcanzaron a todos los rincones del país imaginario, de extender el espacio de una forma amena y con puntos bien localizados.

Al par de esta primera diferenciación entre capital y provincia, dentro de cada una de estas áreas se destacan diversos micro-espacios concretos en función de distintos aspectos sociales (Bobes, 1993: 20), por ejemplo dentro del área urbana se ubica la capital de la nación, en ella el palacio presidencial con la fachada que comunica y delimita a la vez el espacio compartido con los otros, y dentro de éste oficinas y habitaciones ofrecen un abanico de las formas variadas como se ejerce el poder en la cúpula. Además la presencia en la zona urbana de una pensión y un bar ejemplifica las diferentes clases sociales que intervienen en la trama. En el área pueblerina se observan los lugares pertenecientes a los diferentes grupos de poderes tales como el clero, los terratenientes, los comerciantes y los grupos familiares. Cabe hacer notar la carestía de espacios abiertos en esta obra ayaliana y los pocos mencionados lo son por algo desagradable: el escampado donde encuentran colgado y castrado al Chino López, el paseo desagradable de Tadeo por la plaza o el desfile que sólo implica el sufrimiento de sus espectadores y el ridículo. Con esto denota la opresión bajo la que viven sus personajes.

### La provincia

No puede dejarse fuera de esta investigación la etimología de los topónimos empleados por Ayala. “Tucaití”, la provincia que gobiernan los Rosales, parece tener un nombre inventado, que podría haber sido a partir de *tuca*, nombre de una gramínea de Chile; o tomando como base lugares existentes tales como en Bolivia el río Tucabaca o la ciudad de Tucacas, que a su vez es el nombre de un lago de Colombia; en Perú existen las chacras Tucac y Tucarumi, así como la tribu de los tucales, la estancia Tucaque y la hacienda Tucaquis; en Brasil viven los tucanos, una

tribu de indios; en Chile existe el morro Tucapel; y en México, unas montañas llamadas Tucate; la terminación de la *i* acentuada le da la sonoridad de lugares como Guaniavari, Sarapiquí, Aserri, Orosí, Cuerizí, Yucarí, por citar algunos nombres de montañas y ríos de Costa Rica.

Así, Tucaití contiene a San Cosme, lugar donde se lleva a cabo el doblegamiento de los antagonistas del poder ejercido por Bocanegra, Tadeo y, en general, del poder centralizado y donde se dan las mayores reacciones por la muerte de los terratenientes.

El nombre de San Cosme es el de un santo, venerado junto con su hermano Damián, cuya fiesta se celebra el 26 de septiembre; ellos eran originarios de Siria en el siglo III; fueron médicos que atendían tanto a pobres como a animales de forma gratuita, y fueron torturados y decapitados durante la persecución de Diocleciano; por lo tanto, han sido venerados tanto en Oriente como en Occidente, donde a la fecha aún residen reliquias de sus cuerpos, por ejemplo en Alemania, la cabeza. Se les representa juntos, “con instrumentos médicos, vasos, espátula de pomada, mortero, caduceo, en el martirio” (Shauber y Schindler, 2001: 37), y se les tiene por patronos “de Florencia, de los farmacéuticos, médicos, cirujanos, drogueros, dentistas, peluqueros, físicos, pasteleros, de las facultades de Medicina, contra las epidemias, contra las úlceras, contra las enfermedades de los caballos” (Shauber y Schindler, 2001: 37).

La etimología de “Cosme” proviene del griego *kosmas*, de *kosmein*, que significa “adornar o arreglar”, y es el nombre de un pueblo y de una laguna en Argentina, de una isla de Brasil, de un rancho en México y otro en Jalisco, de una colonia de Paraguay y de un pueblo de Perú, por lo tanto, se trata de un nombre común en Latinoamérica.

Es en ese pueblo imaginario de donde es originario el personaje Tadeo Requena, se trata de un espacio donde todo es lento, se dormita, se habla y se mueve despacio. También es el lugar donde se conocieron Bocanegra y doña Concha. Él pasó ahí una temporada dedicado a sus negocios cuando ella apareció tras Lucas Rosales; ella estaba hospedada en el único hotel del pueblo, encima del almacén del gallego Luna, es decir, en pleno centro del lugar (MP: 142).

En el poblado está la casa grande de los Rosales, sinónimo del poderío de los señores feudales, cerrada tras su caída pero abierta para el suicida Luis Rosales, poniendo punto final a la estirpe de poderosos ya disciplinados. A su vez, es el asentamiento del Convento de Santa Rosa a cuyo frente está la abadesa Práxedes, pariente de los Rosales, quien debe huir a la capital una vez que el claustro es tomado por las turbas como consecuencia del magnicidio. Asimismo, de ahí provienen las cartas entre Práxedes y la viuda de Lucas Rosales (su prima), más los diarios de María Elena.

El convento de Santa Rosa es una “casa que era y debe ser siempre el asiento de la más intachable pureza” (MP: 186), afirma su superiora, y a la que llegan “los gritos, los lamentos, el desorden” que provocó el suicidio de Luis Rosales. El ambiente en el claustro es de curiosidad ya que las *necias*, como llama la monja a sus discípulas, querían enterarse de todos los detalles ante la desaprobación de la superiora.

Ése fue el primer hecho violento en el pueblo que provoca alguna reacción; el magnicidio se supo hasta pasados tres o cuatro días y la atmósfera pueblerina se puso rara (MP: 169), le sigue el ahorcamiento del Chino López. Asimismo es el lugar donde vive durante unas semanas María Elena tras el suicidio de su padre, allí escribe en su diario su encuentro con Tadeo. La chica escribía encerrada en su habitación cuando las monjas dormían; su cuarto no es propio como en cualquier sitio colectivo de este tipo, por lo cual la abadesa tiene la autoridad para entrar a él, registrarlo y confiscar los bienes de María Elena. La conducta de la joven es juzgada como inapropiada por lo cual debe abandonar el convento.

El convento representa el poderío del clero. Si bien en el área urbana se encuentra el obispo que interviene en la toma de decisiones, es en el pueblo donde se ilustra con el caso de María Elena el poder que tiene sobre los individuos en particular.

En el cementerio del pueblo de San Cosme está enterrada la madre de Tadeo, sepultura de la cual él desconoce su paradero y planea buscar algún día para hacerle colocar una lujosa lápida (MP: 24). El sitio de reposo de los antepasados, donde se les honra y recuerda es aquí un sitio estéril en ese sentido pues es paradójico que uno de los hombres más importantes y con más poder en la diégesis no sabe la

localización del cuerpo de su progenitora, y aunque mantiene la ilusión de distinguirla con un objeto mortuorio que no corresponde en absoluto a la pobreza de su vida y su muerte, no puede llevarlo a cabo. Sin embargo, Tadeo debe ocuparse de los funerales del ministro de Instrucción Pública, su tutor, como parte de su trabajo, pero tampoco con la finalidad de honrarlo. Hay un profundo desprecio por la muerte de parte del secretario particular.

El almacén de abarrotes del gallego Luna, donde Tadeo se guarecía del sol el día que llegaron por él para llevarlo a Palacio, es también donde se augura su suerte: en cierta ocasión el tendero le grita desde atrás del mostrador: “¿Qué haces ahí tú, muchacho? Anda que a ti, cuando te crezca el bigote, con sólo que te engalles un poquitín, hasta la tropa te va a saludar el paso...” (MP: 31). El almacén representa tanto el comercio como la inserción de los españoles otrora conquistadores en la nueva vida de los pueblos independizados. Luna es el hombre que sin ser rico en demasía posee lo que los otros necesitan para su sustento diario. Su figura es sumamente estereotipada.

En San Cosme se encuentra la cortada de San José Bendito, un descampado sin mayor descripción (MP: 40) que cuenta también con un área “donde el sendero se angosta con el lujo de los flamboyanes y los bambús” (MP: 50), un sitio donde se llevan a cabo dos acciones que atentan contra la masculinidad: apareció el Chino López suspendido de un árbol por los pies y con los testículos en la boca y donde el mismo López, en compañía de otros cinco hombres, castró a Lucas Rosales principal antagonista de Bocanegra.

En cuanto al nombre de este lugar, “San José Bendito” no existe como tal en el *Diccionario ilustrado de los santos* (2001), pero podría tener como base a san José de Nazaret, padre putativo de Jesús. Para poder determinar de cuál José se trata, se requeriría material iconográfico. Así que simplemente se trata de un país con alta influencia católica, como ocurre con los hispanoamericanos, por lo que resulta lógico que dos de las pocas referencias dadas tengan nombres de santos.



## La casa

A la par que Palacio Nacional en la Capital, en el pueblo se encuentra la “casa grande”, la “casa de los señores”, de los Rosales (MP: 25). Ésta es la vivienda que posee mayor relevancia dentro de la diégesis. Cabe recordar que la casa posee carácter femenino –al igual que la ciudad– por su sentido de refugio y protección, “está en el centro del mundo; es la imagen del universo” (Chevalier y Gheerbant, 1999: 257) y tradicionalmente se le identifica con el cuerpo y los pensamientos humanos (Cirlot, 1969: 128).

Este espacio íntimo de los poderosos es mirada furtivamente por los que no lo son; la gente del pueblo sólo puede acudir allí en calidad de servidumbre, de hijo de lavandera que entrega la ropa, como pone de ejemplo Ayala. Esta casa estuvo cerrada tras la muerte del Senador Rosales ya que su pareja, ya viuda, se marcha a Nueva York y su hermano Luis se traslada a la capital a hacerse cargo de su puesto de Ministro de Instrucción Pública. Tras la muerte del latifundista el poder se traslada del campo a la ciudad. Sin embargo, tras las averiguaciones posteriores al asesinato de Lucas, la casa solariega se le da en usufructo a Luis gracias a Bocanegra, según reconoce María Elena: “Y tampoco cabía duda de que si [Bocanegra] se coloca en una actitud irreductible, ni hubiéramos conservado nuestra casa y lo poco que aún nos queda, ni se sabe lo que hubiera sido de nosotros, del desgraciado de Ángelo, de mí” (MP: 180).

Cuando María Elena y Ángelo disfrutaban del verano en esa casa el padre se suicida. Hasta ahí acude Tadeo con la encomienda de los funerales del ministro de Instrucción Pública. Llega quejándose del largo e incómodo viaje y de la necesidad de Rosales por colgarse precisamente en esa finca cuando podía hacerlo en la misma capital (MP: 152). Para Tadeo implica el regreso al pueblo de donde salió de forma irregular, a donde “no había vuelto nunca” (MP: 153) y a donde se imaginaba retornar como un triunfador organizándose a sí mismo una buena recepción.

Es en la sala de la casa donde está tendido el muerto, en un rincón de ella se encuentra la hija del ministro, María Elena. De ahí, con suavidad pero con firmeza Tadeo la saca y la lleva a la salita de al lado, “oscurecida por las persianas, en la resolana del mediodía, solos, parados en un rincón del cuarto” donde la mira, ella

echa a llorar y él la lleva hasta el diván donde terminan teniendo un encuentro sexual tras el cual Tadeo se ocupa de las gestiones necesarias para el traslado e inhumación del cadáver (MP: 154-155).

Otra casa que tiene especial importancia para Tadeo es en la que Luis Rosales se instala en la capital una vez nombrado ministro de Instrucción Pública. Ingresar a esa vivienda provoca una enorme expectación en Tadeo porque es donde se encontrará con Ángelo y María Elena, los señoritos de su pueblo, ante los que se presenta ahora como un triunfador y espera una reacción acorde pero lo que recibe es la impasibilidad de ella y el regocijo del tonto, quienes aparentemente se habían olvidado de él. El tutor sienta a su pupilo a su mesa obteniendo con ese gesto el disgusto de Tadeo pues se siente expuesto y burlado, en lugar de halagado. De nuevo la casa no es lugar grato que invite a la intimidad y a la protección sino todo lo contrario.

Hay una casa de un matrimonio amigo donde se refugia Loreto tras la muerte de Bocanegra y encarcelamiento de su amiga doña Concha. Ahí recibe a Pinedo y accede a conversar con él sobre los acontecimientos (MP: 127) instalada como una reina en ese sitio prestado, con techo pintado de color crema y absurdos florones en el centro y las esquinas (MP: 144). La única vivienda de la que Ayala aporta algún dato sobre su apariencia pero solamente para recalcar su cursilería acorde con la inquilina que la ocupa.

Las casas pertenecen a los Rosales, a los matrimonios, ninguna a alguna mujer, los hombres solteros viven en un sitio que no les es propio como Pinedo en una pensión o Tadeo en Palacio. Ayala ofrece la parte oscura de la simbología femenina del hogar al hacerlo escenario de actos negativos tales como su cierre, su abandono, su regreso sólo para el suicidio, el encuentro sexual de funestas consecuencias, la velación de un cadáver. Al significar la casa el ser interior, el que rige a la familia Rosales de la historia está lleno de puntos perjudiciales que se corresponden con la idea de que, una vez desaparecido el señor feudal, sólo reina el caos. Lucas Rosales detentaba el poder y mantenía el sistema conservador que beneficiaba a los de su clase sin importar los padecimientos de quienes estaban a su servicio; una vez perdido el poder que poseía, toda su familia se viene abajo porque ha habido una ruptura en el orden establecido tradicionalmente.

## La ciudad

En el área urbana, los espacios interiores se van reduciendo de tamaño ostensiblemente pues pasan de Palacio Nacional a un sillón de ruedas, de la mera referencia a la delineación sólo un poco más detallada pues cabe aclarar que Ayala se detiene escasamente en los pormenores.

Una zona insigne dentro de la capital del imaginario país es la Universidad Nacional de San Felipe, donde Pinedo estudió: “tuve que rodar, con mis piernas inútiles, por las aula para poder llamarme abogado” (MP: 29). El mismo espacio académico donde Bocanegra también fue estudiante (MP: 138). Le sigue la Academia Nacional de Artes y Bellas Letras de la cual sólo se dice que Pinedo estuvo en la tribuna de invitados especiales presenciando la investidura de doctor *honoris causa* de Bocanegra. El historiador también forma parte de la gente importante al igual que Tadeo. Hay una paridad de acciones: una corresponde a la del político; otra a la del intelectual. Con esto Ayala marca la diferencia entre ambos bandos de la vida pública. Bocanegra está sentado (no de pie como durante el desfile) entre los “papagayos de la Academia”, junto al ministro de Instrucción Pública y a la derecha del Presidente de la Docta Casa (MP: 68-69).

El Palacio Legislativo es mencionado porque es el sitio donde muere asesinado Lucas Rosales quien había dejado el automóvil al pie de la escalera que conducía al Senado y ocultos en el costado de una escalinata estaban los asesinos. De nuevo las escaleras, el poderoso no alcanza a subirlas, precisamente en la acción de ascenso es interrumpida por otros que se esconden al lado de una escala menor. En este caso se trata de un sitio abierto donde era posible cazar al hombre sin falla y en el cual sus cazadores se instalaron para luego huir sin ningún obstáculo (MP: 37). Es el exterior del edificio el que cobra relevancia ejemplificando que fuera de él no se está a salvo. Se le nombra también Capitolio (MP: 51), en clara referencia al templo de Júpiter ubicado en la colina de Roma que llevaba ese nombre, es decir, sitio desde el que el máximo dios ejerce su justicia.

La Embajada de España no tiene descripción alguna, simplemente se le menciona porque fue saqueada tras la muerte de Bocanegra y sirvió de refugio para la abadesa tras el ataque a su convento y sería el refugio de todas las monjas. La

extensión de la Madre Patria acoge al clero cuando éste se encuentra en apuros, este acto es una notable ejemplificación de la importancia que tiene la religión para el país europeo y cómo la profesión y extensión de la fe al ser uno de los baluartes de la conquista debe mantenerse en buen estado.

El antiguo Asilo de la Inmaculada Concepción se transforma en el denominado chiquero-prisión de la Inmaculada, donde fue encarcelada y muerta doña Concha. Irónicamente un asilo se transforma en cárcel que más que albergar gente parece indicada para contener animales.

Aunque se menciona la existencia de cantinas, panaderías, comisarías, mercados, tiendas o escuelas porque las unía el elemento común de la imagen del Presidente, el Gran Café y Billares de la Aurora es el sitio público trascendental. Es ahí donde jugaba José Lino Ruiz sus interminables series de carambolas, el cual será mencionado en *El fondo del vaso* pero, sobre todo, es el área urbana donde Pinedo acostumbra pasar las tardes, donde escucha y observa. Ahí Pinedo oye hablar por primera vez de Tadeo una vez se supo que fue nombrado secretario particular del Presidente (MP: 31). En lugar de la plaza pública es en el café, espacio cerrado, en donde el tullido se siente protegido y recibe información de lo que acontece en la ciudad; Pinedo tiene una función metonímica en ese bar pues a través de enterarse él de lo que acontece se concluye que el público en general también está al tanto del devenir de la ciudad.

Es en La Aurora donde, propiciado por el alcohol, Camarasa expone a Pinedo su teoría sobre el poderío bocanegresco consistente en prédica y agitación popular, trucos que incluían el empleo de temas sensibles para la gente, promesas falsas y, sobre todo, la obtención del poder por el descuido, sorpresa y desconcierto de las clases altas a las que se dedicó a humillar y, en contraparte, consentir todo a la chusma a los que tenía planeado traicionar para edificar una dominación faraónica (MP: 33-34). En La Aurora se desarrolla la tertulia de Pinedo, donde se conoce por televisión al triunvirato que se hace cargo del poder tras la muerte de Bocanegra.

Este es el territorio de Pinedo y de los españoles, no hay cabida en él para Tadeo quien a sí mismo se descarta ya que en un desafortunado paseo pasa por delante de La Aurora, duda si entrar y sentarse pues ni siquiera sabe qué podría tomar por lo que decide mejor pasar de largo ante el impedimento interior que siente

para ingresar al sitio público. Lo de los demás no es lo de Tadeo. Hay una barrera entre él y los otros. Tadeo no encaja con el público, las multitudes, lo suyo es lo privado, es un personaje que encarna la soledad.

Es en una cantina donde el Chino López –borracho– cuenta dónde y cómo castró a Lucas Rosales (MP: 51). Este tipo de lugares ligados al alcohol y con él a su consumo en exceso es donde fluyen las lenguas y se habla de todo, incluso de lo indebido.

Un sitio más donde tiene lugar uno de los entremeses bufos, como llama el propio narrador al suceso del rapto de una figura del niño Jesús, ocurre en algún lugar no especificado aunque sí se sabe el nombre pomposo de la exposición y del Instituto que la organiza; asimismo que las piezas más tarde fueron trasladadas al Museo. La zona cobra importancia, sobre todo, cuando está cerrado al público pues es el momento en que el ladrón, Carmelo Zapata, intenta hacer el cambio de imagen encerrado en el despacho del secretario de la Exposición, Tuto Ramírez. Todo realizado subrepticamente en espacios sin nombre y vedados al público.

#### Palacio Nacional

El palacio comparte la simbólica general de la casa y añade las precisiones que evocan la magnificencia, el tesoro y el secreto; en él hay poder, fortuna y ciencia, “todo lo que escapa al común de los mortales” (Chevalier y Gheerbant, 1999: 795). En *Muertes de perro* es como si el edificio en sí fuese el continente y proveedor de todos estos atributos, independientemente de quien lo habite, pues difícilmente alguien podrá alcanzar la verdadera grandeza de espíritu necesaria para ejercer el poder de forma adecuada. Asimismo, el palacio une los niveles subterráneo, terrenal y celestial y en lo referente a la psique, lo inconsciente (el secreto), lo consciente (el poder y la ciencia), y lo supraconsciente (el tesoro o el ideal) (Chevalier y Gheerbant, 1999: 796).

Palacio Nacional es visto por Tadeo Requena no por el frente, sino por la parte de atrás pues ingresa a él a través del patio. Acto sumamente significativo porque implica que llega desde la parte terrenal para acceder al cielo y porque no entra por la puerta principal como lo haría el Presidente o un rey. Sin embargo,

ingresa a bordo de la patrulla de Pancho Cortina, es decir, conducido por un brazo del poder, no a pie, sino transportado por un vehículo oficial, lo cual legitima su ingreso. Es conducido al sitio, no accede a él de forma arbitraria y aunque aplaude en un primer momento su cambio de residencia, al final lo maldice y reclama a otros su suerte: “me envolvieron en esta vida” (MP: 203).

Bobes añade la utilización del “espacio fragmentado con un valor metonímico que comunica su sentido a la escena en él desarrollada”, y pone de ejemplo las recepciones en Palacio donde los diferentes invitados rinden culto a Bocanegra, para Bobes eso significa “el abigarramiento y la degradación de estos personajes” y su deseo común de “figurar cerca del poder para conseguir sus ambiciones y medro personal por encima de la propia dignidad” (Bobes, 1993: 20).

En Palacio, el patio es el área de ingreso de los trabajadores del gobierno y es también sitio de presentimientos ya que Sobrarbe nota algo raro al atravesarlo la mañana en que había sucedido el asesinato de Bocanegra (MP: 218); es el que Tadeo verá desde la ventana de su cuarto en lo sucesivo, un lugar “cruzado de jips a toda hora y lleno de guardias discutidores o chanceros” (MP: 23). Su cuarto es sólo para dormir o para tener insomnio (MP: 196) pero no para la intimidad o el sexo. Su vida en Palacio es la de un fraile (MP: 219), su espacio se resume de la siguiente manera:

aquí, sentado en esta oficina, dentro del Palacio Nacional, frente a la Plaza de Armas, [tengo] a mi cargo la Secretaría particular del Presidente, disponiendo y vigilando el trabajo de unos empleados bajo mis órdenes, y deba guardarle el aire a Bocanegra [...], acostarme a escondidas con su mujer (MP: 206).

Este ingreso a Palacio por la parte de atrás conlleva que Tadeo no pueda ver la fachada porque forma parte de ella junto con el Presidente y su séquito durante la celebración de la Fiesta Nacional (MP: 53), es un elemento más de la tribuna “embanderada, adornada de gallardetes y escudos” al lado del arzobispo y el general Malagarriga. (MP: 54). Cirlot expone que la fachada significa el lado manifiesto del hombre, la personalidad, la máscara (1969: 128).

Sin embargo, no hay ninguna descripción de la parte externa del edificio público, implica que el secretario no se enfrentará con la apariencia de lo que ocurre en el interior sino con la cruda realidad de las pasiones y la burocracia. Antes al

contrario, él es un elemento más de la máscara del poder pues el Palacio da hacia la plaza pública donde está la comitiva que desfila, donde se desarrollan los distintos pasos y ceremonias, donde el público lo ve junto a los demás gobernantes, frente a frente, pero lejos de estar en diálogo; Palacio da hacia el sitio abierto pero no forma parte de él. Desde ahí, Tadeo observa, vigila, además de que “verse dentro de la tribuna presidencial durante la parada es motivo para él, aunque quiera disimularse a sí mismo, de desmesurada satisfacción” (MP: 53).

Asimismo, la jerarquía se cumple cabalmente en esa zona reducida del balcón presidencial: en el centro de la primera fila el Presidente, entre los representantes del clero y el ejército:

detrás se alienaban todos los demás ministros del gobierno, y, luego, sin guardar ya precedencia jerárquica, los otros funcionarios superiores de la Casa presidencial, entre los cuales ocupaba [Tadeo], por cierto, un lugar destacado. Al pie de la tribuna, desplegados en perfecta formación, los granaderos de la escolta ornaban, cubrían y protegían el tinglado (MP: 54).

Palacio Nacional es más una evocación de lo que puede haber en su interior que una certeza porque Tadeo está ahí al principio como en un sueño y escucha pasos, susurros, un portazo en las otras habitaciones, “a la distancia” (MP: 24); donde hay silencio, oscuridad y “apenas se oye en la antesala algún crujido, la marcha del reloj royendo el tiempo” (MP: 74). Tadeo gusta de recorrer los salones vacíos por la noche y mirar desde el balcón la Plaza de Armas que a esas horas está desierta. En un rincón de la sala Doménech secretea con el agregado comercial de Estados Unidos bajo la mirada de Bocanegra, es en el territorio del Presidente donde el empresario confabula algo, este descuido conlleva que al estar tan al alcance del mandatario una negociación realizada en voz baja permite a Bocanegra descubrir los malos manejos de su subordinado y tomar medidas al respecto, de ahí que arroja a Doménech de su puesto previa detención e incomunicación.

Por otra parte, su despacho es también su refugio para Tadeo, es a donde se “reintegra” una vez que termina el desfile de la Fiesta Nacional; hay una mampara que lo separa del personal a su cargo pero del cual alcanza a escuchar sus conversaciones (MP: 62), donde come (MP: 64), desde donde decide quién entra o

no al despacho del Presidente al grado de que impide el paso de Luis Rosales en el episodio del perro que ladra el himno nacional. En ese instante la cercanía física entre su preceptor y él es mucha, basada en una mezcla de familiaridad y temor, Rosales le habla en voz baja a pesar de no haber nadie más y le pide más privacidad aún la cual obtiene precisamente en el cuarto de baño donde Bocanegra recibió por primera vez a Tadeo. “En una mesilla auxiliar que había debajo del lavabo” (MP: 115), Rosales coloca al perro para que haga su demostración, más tarde lo hace Tadeo ahí mismo pero al obtener un resultado negativo, lo ahorca en un guardarropa y ahí lo deja hasta mostrárselo a Rosales, un guardarropa que se abre y se cierra.

### Laberintos y escaleras

Una vez llegado a Palacio Nacional Tadeo es llevado por escaleras y pasillos a manera de laberinto, hasta una habitación donde debe esperar, “un salón lujosísimo” (MP: 24) que más tarde se convertirá en su ante-despacho “donde ahora tengo instalado mi escritorio, y que entonces estaba dispuesto como una sala, con diván, butacas y sillas” (MP: 23). La zona se transforma, pasa de ser privado a tener vocación pública.

El acceso al espacio donde se encuentra el Presidente no fue inmediato, Tadeo primero debe saciar su hambre y después pasar una noche entre el cuerpo de guardia antes de llegar frente a su protector. Así, para alcanzar a Bocanegra se precisa acceder a través de escaleras de mármol, éstas junto con la antesala son “símbolos de la crisis existencial”, explica Garrido (2009: 739). Cortina conduce a Tadeo a través de galerías y corredores con pisos de lustrosas maderas para arribar a un cuarto de baño “con sus mosaicos rutilantes y curiosísimas instalaciones. Más grande y mejor, tampoco lo he visto nunca después, la verdad. Era lo que se dice un salón; y, en efecto, allí se encontraban reunidas en aquel momento un montón de ilustres personalidades”, a decir de Tadeo (MP: 27). Es una verdadera ceremonia de investidura realizada en el lugar que más impactaría a un pueblerino, en el sitio más íntimo de una casa, a donde no llegaría de no ser porque cuenta con el pasaporte adecuado, en este caso, el llamamiento del Presidente; ahí, en medio de tanto lujo pasa a formar parte del poder.



Lo impactante del encuentro de Tadeo no con Bocanegra sino con el cuarto de baño es que un espacio que debería ser común a todos los seres humanos pues todos indefectiblemente defecan, es el sitio que marca la diferenciación entre estratos sociales con mayor crueldad, si cabe, dado el derroche en un ámbito destinado a una actividad física que de forma tradicional representa lo bajo, en lugar de la utilización de los recursos en terrenos de primera necesidad como la alimentación o, en este caso en específico, la mejoría del pueblo. La letrina se convierte en inodoro para Tadeo, aunque le da tratamiento de santuario (MP: 26).

Garrido afirma que

en el caso de la descripción realista la inserción [del espacio] llegó a cristalizar en un mecanismo estereotipado, con unos pasos minuciosamente detallados que justificaban la aparición del discurso descriptivo: 1. mención de una pausa por parte del personaje (*se detuvo, se apoyó*, etc.), 2. alusión a la actividad perceptivo-sensorial desarrollada por el personaje (*ver, oír*, etc.), 3. descripción propiamente dicha (Garrido, 2009: 751),

pues Ayala cumple fielmente este mecanismo ya que Tadeo describe la llegada de Cortina a la plaza de su pueblo “medio recostado a la sombra”, es decir, apoyado contra el quicio de la puerta del almacén del gallego Luna (MP: 21); más que ver u oír, esto queda dicho por algo más animalizado: “estiro el pescuezo”; y a continuación la descripción: “uno, dos guardias; en seguida, un jip, y dentro del jip un oficial” (MP: 22).

Otro ejemplo: Tadeo *sube* las escaleras de mármol que le indica Cortina, *llega* al baño y *exclama*: “más grande y mejor, tampoco lo he visto nunca después, la verdad” (MP: 25); y *describe*: “con mosaicos rutilantes y sus curiosísimas instalaciones”. Si bien son pocas las descripciones, este esquema se repite a lo largo de la novela.

Regresando, Bocanegra está sentado –“posaba”, dice Tadeo– en el retrete como lo estaría en un trono, soporte de la gloria o manifestación de la grandeza humana y divina (Chevalier y Gheerbant, 1999: 1028). Trono es precisamente el nombre que el narrador da a ese objeto (MP: 27). En cuanto a la postura de Bocanegra no se aclara en cuál está durante el desfile ni durante el baile de la

recepción del Embajador de México (MP: 77), simplemente que se mantiene “inmóvil como una estatua” (MP: 54) en el primero y observándolo todo fijamente en el segundo; además de en el retrete, se especifica que está sentado entre los miembros de la Academia (MP: 68) y medio incorporado en la cama ya moribundo (MP: 214).

La dualidad de elementos escalera-retrete perfectamente responde a “lo inferior productivo” de lo grotesco a que hace referencia Bajtin (2005: 26), así como que se precisa subir las escaleras para llegar a donde el hombre defeca. A la par, la recepción en tal habitación es un sinónimo de familiaridad, pues sólo en el ámbito privado y con los muy cercanos se permite este tipo de expresiones. Tadeo es tratado como familia sin mayores preámbulos. Lo cual puede calificarse como una verdadera deferencia. El trato familiar que se le da a Tadeo se extiende hasta el comedor pues aun cuando en una ocasión la Primera Dama invita a que se les una, y antes de que él pudiese contestar que ya había comido, Bocanegra toma la palabra y lo envía a que le haga un encargo, aunque sí lo convida a tomar el café con ellos más tarde, una vez cumplidas sus obligaciones (MP: 64).

Subir y bajar son acciones que se llevan a cabo durante el desfile por la fiesta de independencia. En pleno despliegue de poderío, un ministro baja por la escalerilla de la tribuna, ingresa al plano del público y se enfrenta a un perro que interrumpe el número; tras lo cual vuelve a su sitio (MP: 58). La instancia narrativa recalca el “descenso” como un ejemplo del pésimo estado mental del Ministro mientras que para Camarasa, el periodista, ese gesto es sinónimo de democracia (MP: 60); sin embargo a Tadeo el suceso le provoca malestar. Son dos opiniones negativas más una cruel que ejemplifican el disgusto generalizado de la novela respecto a la falta de compostura de los gobernantes. Rosales baja de su pedestal para colocarse no al lado de la gente del pueblo sino de un perro mísero. Baja del escalafón de poder que posee y se instala, aunque sea por un momento, en un ámbito animal, de ahí que se lea como crueldad el comentario del periodista. Además, precisamente aquel que arriba al poder de forma inesperada, de la misma manera que le ocurre a Luis Rosales, es quien siente fastidio, porque una vez estando en una postura superior al resto es indigno descender al nivel de lo meramente humano y de lo cotidiano, de las acciones que no sean sinónimo de grandeza. Esto es un ejemplo más de cómo dentro

de la diégesis se espera que los personajes con poder posean ciertos rasgos característicos acordes a la sentencia de Ayala “desde siempre han sido sagrados los monarcas” (Ayala, 1992b: 129), que marca una forma específica de pensar a los gobernantes y hace patente tanto en *Muertes de perro* como en *Los usurpadores*.

Las escaleras aparecen de nuevo en el momento en que Bocanegra decide dar un ascenso a Pancho Cortina por su magnífico desempeño en el desfile; es cuando subían las escaleras que el Presidente “agarra del brazo” a Tadeo para confiarle tal decisión (MP: 63). Cuando doña Concha le propone a Tadeo deshacerse de Bocanegra, el secretario se siente mal, “en lugar de seguir atado a la noria”, se va escaleras abajo hasta la calle, sin avisar a nadie. Baja y se topa de lleno con la gente, con el mundo, pero el mundo con el que no tiene contacto y lo desconcierta: “no estoy acostumbrado a andar así” (MP: 206), no sabe pasear, es ajeno a lo que lo rodea, sea gente, calles, tiendas, mercados, plazas. Tadeo no se apropia nunca de la urbe donde vive pues sólo la atraviesa en tres ocasiones: cuando llega de San Cosme y durante los trayectos de ida y vuelta debido al suicidio de Luis Rosales. Se traslada “desde el centro al campo” como se corta una fruta. Dice “centro” y no Capital o ciudad; lo reitera al afirmar que se encontraba “dispuesto a regresar hacia el centro y refugiarme de nuevo en mi covacha”, dejando clara la dialéctica dentro/fuera, centro /periferia y, dado que baja de su despacho en Palacio Nacional a ponerse en contacto con el pueblo, también la contraposición de arriba/abajo. Estar abajo lo enferma, lo hace sentir vejado, no puede decidir ni pensar, se encuentra fuera de su elemento. Tadeo, y lo que él significa, sólo funciona en un lugar determinado confirmando así que un poder específico únicamente se puede ejercer en un espacio específico (MP: 207-209).

Asimismo, es donde se da el barullo tras el magnicidio: Cortina llega a Palacio y deja a unos hombres al pie de la escalera, sube solo a la alcoba del mandatario, mata a Tadeo y, al bajar las escaleras, “se había roto el coco” (MP: 218) y fue llevado al hospital. La caída “fatal y funesta” de Pancho Cortina “jugó un papel muy decisivo en la historia de nuestro país”, asegura Pinedo, pues era el seguro sucesor de Bocanegra dada su posición de coronel de la Dirección de Seguridad del Estado, así como de vengador de la muerte del Presidente al matar a su asesino, sin embargo, cuando bajaba corriendo alegremente en pos de su destino (MP: 221),

su precipitación misma le hizo precipitarse de cabeza –bromea Ayala–, resbaló, rodó... y al otro día volvió en sí de la conmoción cerebral sufrida para encontrarse en una cama del hospital, o, más exactamente, de la pequeña enfermería en Prisiones Militares, donde –con todos los honores y consideraciones de su grado, eso sí– estaba detenido e incomunicado por superior disposición (MP: 222).

Estos movimientos ascendentes y descendentes dentro de Palacio Nacional expresan las fases evolutivas de la narración. Si se toma en cuenta que el palacio en sí como símbolo posee la dominación de la verticalidad pues el centro es también el eje (Chevalier y Gheerbant, 1999: 795), y aquél se encuentra dado sobre todo por las escaleras, símbolo ascensional clásico para el cual subir implica acceso al conocimiento, la elevación integrada de todo el ser (Chevalier y Gheerbant, 1999: 461); mientras el descenso posee un aspecto negativo porque es la caída, el retorno a la tierra, la regresión, es en Palacio Nacional donde se lleva a cabo la comunicación entre los diferentes niveles establecidos como virtud, pasividad y pecado (Cirlot, 1969: 197). Tadeo Requena sube hacia el conocimiento gracias a ser llamado a la presencia de Bocanegra, pero lo que hay en el cielo es un gobernante en un retrete, es decir, un hombre cualquiera defecando.

Esta imagen tiene dos lecturas: por un lado que lo único que se puede esperar de la condición humana es algo tan bajo como exonerar el vientre, que no hay grandeza alguna y dentro del gobierno lo más alto es lo más bajo. Por otro lado, que se tiende a esperar que los gobernantes o el poder en sí sean algo ideal que no correspondan en absoluto con la realidad. Se tiene la expectativa de que los monarcas, precisamente, sean sagrados, olvidando que son simples personas con necesidades primarias y que el ejercicio del poder no radica en el oropel de sus vestimentas o en la pulcritud de sus actos, sino en formar parte de ese mecanismo de fuerzas, ese acuerdo social que es el poder con la conciencia de lo que se realiza.

Siguiendo en esta línea, Ayala da la categoría de trepador a Tadeo y también a doña Concha, de ésta comenta que “ensayó varias escaleras antes de ligar su suerte a la del poltronazo de Bocanegra” (MP: 141). Sin embargo, Tadeo sube hasta el Presidente y muere frente a él. Tadeo se queda en lo más alto, no es él quien cae por las escaleras, no hay un descenso para el secretario en este sentido porque el suyo es

un duelo entre poderosos que no se baten ni por una mujer ni por el trono o las riquezas, simplemente por la vida tomando como pretexto a la Primera Dama, quien demuestra en ese momento un poder superior al dominarlos a ellos. Ella también sube al poder y tampoco desciende por las escaleras, sino que es tratada injustamente ya que se le encarcela de inmediato en una prisión que no cumple con las medidas mínimas para salvaguardar los derechos humanos pues está en contacto con varones y no se habla de ningún juicio, de la presencia de ningún abogado. Como ya se ha mencionado, en *Muertes de perro* las leyes y su cumplimiento brillan por su ausencia.

El personaje que cae de las escaleras y con ello pierde indefectiblemente su oportunidad de convertirse en el primer mandatario de la imaginaria república, es Pancho Cortina, coronel de la Dirección de Seguridad del Estado. Su tropiezo deviene no sólo en ver mermada su salud sino que con tal hecho Ayala deja claro que no hay quien vigile la seguridad de la nación. Al dejar fuera de la jugada a este carácter, se plantea la imposibilidad del buen camino de los sucesos. Es, por lo tanto, la caída de Cortina la que marca en definitiva el comienzo del desorden en el país porque no hay fuerza oficial encargada del futuro incierto tras el magnicidio. Esto significa que ante la ausencia de un presidente alguien más del gabinete debe hacerse cargo de gobierno y que si éste queda en manos del pueblo, lo que sigue es la anarquía y el desorden, la violencia en todas sus versiones. Ayala, por lo tanto, expone una contradicción a sus propuestas democráticas pues queda claro tanto con el accidente de Cortina como con la muerte de Lucas Rosales que si no hay alguien nombrado por otro ser en el poder, el ejercicio de éste será tanto o más malo que el que proviene de aquellos elegidos mediante el sufragio, la fuerza o la mera riqueza obtenida a través del sojuzgamiento ajeno, como se ve en las acciones de Olóriz y el Triunvirato. Esta tesis se ratifica con la pregunta que Tadeo Requena se hace al ver a su Presidente ebrio y a la Primera Dama ausente: “¿quién sostiene ahora el edificio del poder público, quién defiende el santuario del poder?” (MP: 74). Ayala da corporeidad al poder al atribuirle nombres de *edificio* y *santuario*, dejando claro con este último término la sacralidad que otorga, así como el hecho de que para él sólo los gobernantes son quienes ejercen el poder dejando de lado las gestiones cotidianas que realizan todos los individuos de la sociedad.

## Las habitaciones privadas

El edificio del Palacio Nacional está dividido en varias secciones: un ala donde dormía parte de los empleados y otra donde están las habitaciones, las cuales quedan al lado de las oficinas con el cuerpo de guarda lejos, “si alguien oye un tiro procedente de esa parte, lo más fácil [...] es que meta la cabeza debajo de la sábana y se quede quietito, para evitarse líos” (MP: 135), aclara Loreto quien conoce bien la distribución pues fue su hogar tras la muerte de su esposo. Gracias a su estancia ahí, “favorecía el lío de su amiga, la Primera Dama, con el secretario Requena, y prestaba su alcoba a las clandestinidades de aquellos tórtolos, guardándoles la puerta” (MP: 98). Tadeo espera a doña Concha en la habitación, sentado en “la butaquita verde-manzana, junto al tocador”. El verde es un color femenino, representativo de la literatura gótica, símbolo de la esperanza, la fuerza y la longevidad. Se le compara con la luna, también símbolo femenino, se le ve a través de la juventud y la vejez específicas. Aquí aparece mezclado con la manzana, fruto con fuerte carga simbólica intrínsecamente relacionado con el pecado original. Este asiento junto al tocador, indica que Tadeo se encuentra en un espacio netamente femenino, en el que es ajeno y, además, adopta una actitud de espera que no le corresponde de forma tradicional por estar relacionada más con las mujeres teniendo como ejemplo supremo a Penélope.

Tadeo y doña Concha hacen el amor en una habitación ajena, mientras la supuesta dueña del espacio espera afuera entretenida con la radio. Tampoco Loreto es propietaria de su cuarto porque su amiga la obliga a compartirlo con ella para sus escauceos con el secretario de su marido. No hay privacidad ni propiedad privada, no es un lugar que infunda confianza o permanencia y ahí el hombre está doblemente reducido ya que se encuentra en una relación de la cual no puede escapar y además se ve obligado a aguardar y tener sexo contra su voluntad en un espacio que no le es favorable. De esta manera se ratifica el poder de la Primera Dama sobre él o, lo que es lo mismo, el poder de lo femenino sobre lo masculino.

Es en esa habitación sobre cuya cama se lanza doña Concha y, tras muchos ruegos, anuncia a su amiga que Tadeo ha matado a Bocanegra (MP: 133). Desde el teléfono instalado en la antecámara, la Primera Dama se comunica con el coronel

Cortina; ahí también hay un radio que escucha Loreto durante los encuentros entre doña Concha y Tadeo. Ahí entra Tadeo tras una sesión espiritista, en lugar de ir a su propio cuarto, “me dejé caer en la butaca –escribe Tadeo en sus memorias–, con la cabeza entre los puños”, cuando llega ante él doña Concha, “me alcé –continúa el secretario–, le di un empujón, y me fui para mi cuarto [y] me metí en la cama” (MP: 202-203). En la cama de los Malagarriga Loreto sueña con la Presencia Maravillosa que habría de desencadenar las sesiones espiritistas, la idea de asesinar a Bocanegra y la trágica muerte del Presidente y su secretario particular. Al lado de Loreto muere su esposo el general Antenor.

La cama es símbolo de la regeneración en el sueño y el amor y también el lugar de la muerte (Chevalier y Gheerbant, 1999: 633). El lecho en *Muertes de perro* es presentado a la par que la casa en su aspecto negativo: se tiene insomnio sobre él, se practica el sexo sin ganas, sin amor ni afán reproductivo, se notifica un asesinato sobre él, el Presidente muere medio incorporado en ella víctima de la traición del amor y de la amistad, muere de un disgusto el general Malagarriga y Loreto sueña algo que no puede recordar. El lecho, como se ve, está completamente alejado de su connotación de centro sagrado de los misterios de la vida en su estado fundamental.

La habitación del Presidente sólo adquiere protagonismo cuando, una vez ingerido el veneno, Tadeo lo acompaña a esa estancia y, más tarde, cuando el mandatario llama a su secretario consciente de la situación a la que se enfrenta y busca la pistola bajo la almohada para tirársela a Tadeo quien la usará en el Presidente para matarlo y ahorrándole los sufrimientos de la intoxicación mortal (MP: 215). La forma como trasciende el suceso es que Bocanegra fue asesinado en su cama en la madrugada por su secretario: “Sobrarbe subrayaba con su mirada maliciosa las implicaciones atribuidas por él al lugar y hora” (MP: 218).

En una salita apartada del edificio de gobierno es donde se llevan a cabo las sesiones de espiritismo, donde “un grupo de personas distinguidas, versadas y serias establecían contacto semanalmente con el Más Allá” (MP: 130). Esta parte, junto con la tormentosa relación entre el secretario particular y la Primera Dama, forma parte de los secretos de Palacio al ser reflejo del inconsciente dado que son comunes las prácticas esotéricas que tenían como finalidad ponerse en contacto con los muertos para obtener información sobre el pasado, el presente y el futuro. La Iglesia, a pesar

de que se abstuvo de tomar partido entre las diferentes “opiniones que existían entre teólogos, filósofos, psicólogos y moralistas católicos, acerca de la autenticidad, naturaleza e interpretación de la fenomenología propia del Espiritismo”, ponderaba las doctrinas del espiritismo como falsas y opuestas al dogma católico, “por lo menos en gran parte de sus aserciones; y las prácticas espíritas son supersticiosas e intrínsecamente malas y, por lo tanto, completamente ilícitas e inmorales” (Palmés, 1950: 562). Sin embargo, la Iglesia no se pronunció públicamente sobre la autenticidad o no de los hechos del espiritismo porque no valía la pena (Palmés, 1950: 565), habida cuenta que se trataba sólo de una práctica más de las que han ido apareciendo a lo largo de los tiempos, aunque sí hubo un comunicado de la Santa Sede, la Carta Encíclica que la Congregación del Santo Oficio dirigió a los Obispos el 4 de agosto de 1856 sobre la práctica supersticiosa e ilícita del magnetismo de evocar las almas de los difuntos, igual como lo hacían los espiritistas. Hubo otro documento posterior que se refería al espiritismo, durante la sesión plenaria del 24 de abril de 1917 se preguntó si era lícito asistir a sesiones espiritistas, el papa Benedicto XV contestó dos días después que no lo era, según quedó registrado en el acta IX, con fecha 27 del mismo mes.

Las sesiones espiritistas no son un mero suceso jocoso sino que ejemplifican cómo en el seno mismo del gobierno se desarrollan prácticas totalmente contrarias a él y también reprobadas por el clero. Éstas se realizan a escondidas pero formaban parte de ellas gente que por su condición sería inconcebible ver involucradas. Estas sesiones tienen la misma connotación que Bocanegra en el retrete, pues esas personas distinguidas se entregaban al amparo de la legitimidad que podría proporcionarles el Palacio Nacional a acciones que si bien gozan de una exagerada popularidad asimismo son objeto de reprobación hipócrita. Con esto Ayala no hace sino ofrecer dentro de la diégesis algo que ocurría también en la vida real, esta contradicción de valores en la cual los seres humanos viven continuamente.

El auto oficial es otro espacio mencionado un par de veces en *Muertes de perro*, siempre en relación con el secretario particular. El vehículo, extensión del domicilio, sirve para que, a espaldas al chofer, doña Concha toquetee a Tadeo y es el medio a través del cual él cambia de escenario y en el que atraviesa la ciudad. Su mención en la novela junto con el cine es sinónimo de modernidad e inminentemente



fálico, de ahí que dentro de él sea la mujer la que se apropia del espacio y sea ella la que incomode al hombre con sus caricias.

Pinedo, por su lado, vive en una pensión, la Mariquita, “desde hace ya quién sabe cuánto tiempo” (MP: 216), se trata de una casa acreditada, “bastante aceptable, en realidad, para lo que suelen ser las pensiones” (MP: 216), afirma Pinedo, diferenciando con tal acotación su vivienda del resto; además de esta cualidad, el historiador escogió la casa porque su pieza se encuentra en la planta baja, al lado del comedor, lo cual le ayuda mucho dada su condición de invalidez. A la vez, “está situada en lugar céntrico, a dos pasos del café de La Aurora” que frecuenta con asiduidad y donde se entera de lo que ocurre en su entorno, asimismo, en su pensión es objeto de deferencia especial en el precio y en la puntualidad de los pagos dado el tiempo que tiene viviendo ahí (MP: 217). En su habitación, Pinedo se ríe a solas mientras repasa sus papeles (MP: 113). Ahí vive también Sobrarbe, el asistente de Tadeo, quien es otro huésped inmemorial. Éste es el único espacio del cual se hace tantas aclaraciones sobre sus bondades, su reputación, que contrasta con el tratamiento dado al resto de los lugares que aparecen en esta novela.

#### La mesa

Si bien la palabra *mesa* tiene su origen en el latín *mensa*, y su definición primera se refiere a lo concerniente a la comida, es de común acuerdo que en los organismos públicos se le denomine así al negociado o cada una de las dependencias o secciones en que se divide una oficina, es ésta la acepción con la cual Ayala, profundo conocedor de la burocracia, designa el espacio del secretario particular. La mesa de Tadeo es el límite entre el afuera y el adentro: “nadie aguardaba ahí afuera para acercarse a esta mesa mía que es muro de contención, represa aguantadora de empujes, impacencias, ambiciones grandes y chicas (MP: 74). Detiene desde ahí los ímpetus ajenos, las trapacerías, las solicitudes, los engaños, los halagos, las intrigas, los sobornos, la premeditación, la audacia de todos aquellos que tienen alguna relación con el gobierno.

En su mesa Tadeo escribe “o fingía escribir” o fingía siempre ocuparse de sus cosas (MP: 84-85). En su superficie Carmelo Zapata deposita al niño Jesús que no le

gusta porque se le notan los testículos y el niño Jesús adquirido en la santería con que pretende sustituirlo. Tadeo redacta los acontecimientos, sus emociones y pensamientos en los momentos previos a la muerte de Bocanegra y deja sus papeles en desorden sobre su mesa (MP: 217) como muestra del estado de ánimo que vivía y anticipo de los sucesos posteriores al magnicidio. Las hojas quedan al alcance de Sobrarbe cuando inspecciona la mesa de su “recién extinto superior jerárquico” (MP: 218). Se asombra de su contenido y aprovechando que el mueble estaba sin llave hurga en los cajones hasta encontrar el montón de pliegos en los que él veía que trabajaba Tadeo. A la par, Sobrarbe extiende su actitud de rapiña hasta una “preciosa cajita metálica” continente de “una bonita cantidad” de dinero (MP: 219).

Las mesas como sitio de trabajo son también las de Tuto Ramírez, quien “se puso a arreglar papeles sobre su mesa para desentenderse de la presencia del poeta” (MP: 81); y la del propio poeta descrita por Tadeo cuando éste le hace una visita en sus tiempos de estudiante, aunque cabe hacer la aclaración que en este caso Ayala no le da el nombre de “mesa” sino de “escritorio”, diferenciando así la labor del literato de la de los políticos: “me había recibido, sentado, pluma en ristre, ante su escritorio, entre el reluciente yeso de una bonita Victoria de Samotracia, a su derecha, y el famoso cenicero artístico [...] de un Don Quijote a caballo” (MP: 83).

### La silla

El lugar narrativo se especifica en esta novela porque resulta relevante para la historia y es un elemento decisivo de anuncio del desenlace: “instalado siempre en mi sillón de ruedas” (MP: 7) Desde ahí Pinedo es testigo voraz de los sucesos, contrario a la imposibilidad de movimiento ágil y, sobre todo, es la contraparte estática de la vorágine de acontecimientos que atraviesa el país justo cuando Pinedo decide ponerse a escribir.

La incapacidad de desplazamiento no es impedimento alguno para entrar en la política de formas más activas como lo hiciera en su momento el presidente estadounidense Roosevelt o el viejo Olóriz que gobierna el país imaginario, según pone de ejemplo el propio Pinedo, pero todo depende del deseo de hacerlo y él no tiene de ahí que mejor explota su “tradicción doméstica de lector y escritor” (MP:

8), esto es, dentro de un espacio seguro y privado que refuerza la actitud de mero observador de los hechos externos y que proporcionaría una visión parcial de estos aunque a pesar de todo la voz narrativa ve compensaciones a su autoconfinamiento: “¿Se imagina a un ratón que, asomado a su agujero, o a un canario en su jaula pudiera tomar nota de cuanto, descuidadas hacen y dicen las gentes?” (MP: 17). La observación acuciosa que incluye situaciones poco gratas como ver a un jugador en el billar inclinarse frente a él es tomada con optimismo y equivale a correr mundo. La narración comienza desde la silla de ruedas y termina ahí mismo.

La silla es un mueble dedicado al descanso, coloca a su usuario en una posición inferior ante los que están de pie pero también le confiere mayor honor cuando se trata de una especial como un trono o la silla presidencial; ese mismo objeto que tiene la cualidad de movimiento al llevar las ruedas consigo no sólo significa que se mueve con mayor facilidad sino que, paradójicamente, su usuario permanente carece de movilidad. Pinedo está “clavado” en su sillón de ruedas desde donde lo ve todo y tiene una capacidad de movimiento superior a la de cualquier otro personaje debido tanto a sus indagaciones, la lectura de documentos como a que se desplaza de la pensión a la cantina, a casa de Loreto, a casa de Olóriz.

El otro inválido, Olóriz, gobierna toda la nación desde un sillón de ruedas exponiendo así que si un Presidente lo hacía desde la letrina, un país también puede estar a cargo de un lisiado como ocurrió con Roosevelt en una comparación llena de ironía. La casa del anciano, donde hace los trabajos de oficina, es un espacio donde se desarrolla una parte importante de la trama, es el sitio que frecuenta Pinedo, al que “se deja caer” (MP 95) para jugar a las cartas con el viejo cuya actitud es la de un hurón en su cueva (MP: 230) al cual, tras mucho rogarle, externa “consejos” o “ambiguas y malvadas insinuaciones” (MP: 230). En el porche del hogar del anciano Pinedo acerca su sillón de ruedas al de Olóriz para estrangularlo (MP: 235).

Otro mueble es la poltrona desde la cual Doménech dirigía el Banco Nacional de Créditos y Subsidios y de la cual fue “lanzado de un salto [...] a los calabozos del castillo” (MP: 77). De un sitio cómodo pasa a la penuria de la carencia absoluta de todos sus privilegios. De doña Concha la instancia narrativa dice que cayó del trono (MP: 112).

## La mujer

Un espacio simbólico, dado más por la interacción del personaje con sus sentimientos que por los sitios en que se desenvuelve, es el de María Elena. Lo suyo es la metonimia de la prisión y más que una casa su espacio es su propio cuerpo, su vínculo con él y la relación a través de él con los demás.

El diario de la chica, una extensión de lo más profundo de sí misma, fue escrito en un cuaderno obtenido del fondo de un cajón, proveniente de sus días de escuela, del fondo de su propia historia; sus divagaciones le suenan a hueco (MP: 174). Su espacio está delimitado por lo que ocurre *afuera, abajo, alrededor*; ella en tanto los que la rodean o los objetos entre los que se mueve. Su cuerpo es tocado en el *hombro* por su confesor –quien la conoce *a fondo*–, por eso se permite esa ligera mueca de amistad y cercanía; a cuyo lado se sienta en el mismo *diván* donde estuvo poco antes con Tadeo, es decir, utiliza el mismo sitio para dos encuentros diferentes pero relacionados. Se encuentra durante su relación sexual *a dos pasos* de su padre muerto, *tras de la puerta*, tras lo cual se debate entre *ligaduras* por el *tamaño* de su infamia y dice guardar el anhelo de “poder detestarme hasta el fondo” (MP: 175). Habla de su *caída*, de que le *hurgan* las *entrañas*, es decir, ingresan en su interior (MP: 176).

Su colisión con Tadeo es relatada en forma más bien metafórica con frases como: “Lo vi entrar de improviso en la sala donde yo estaba hundida y me ahogaba, y acercárame sin vacilar, y tomarme de la mano, y sacarme de allí con seguridad tan firme; o “Porque lo cierto es que, no él, sino yo, soy la desconocida: una extraña, de cuya presencia, de cuya existencia, no tenía la menor sospecha, y que se ha revelado de pronto, incomprensiblemente, dentro de mí” ” (MP: 177); es el encuentro del Otro, el que tiene la fuerza complementaria y contra el cual se reconoce a sí misma, asombrándose. Habla de *caricias* que pasan a ser *manejos*, ella se *abandona*, se *entrega*, *aguarda* sin *moverse* con un discurso contaminado de animalidad que continúa cuando él la contempla como “fiera segura de la presa bajo su garra”, ella está *perdida* y *no encuentra el camino* (MP: 182). Por otra parte, Tadeo representa lo que no ella tiene pues lo veía con sus compañeros jugando delante de la casa, “envidiándoles su libertad” (MP: 177), por ejemplo. Es gracias a la presencia de

Tadeo y lo que le hace ver de sí misma que la lleva a reflexionar ya no sólo sobre su experiencia sexual sino sobre su forma de relacionarse con los que la rodean pues ella dice: “Abro los ojos –el desgarrarme las entrañas ha sido también abrirme los ojos–, y quisiera que la tierra me tragara”. Intuía lo que ocurriría en su interior debido a Tadeo pues le disgustaba que cuando ya estaban instalados en la casa de la Capital, su padre llevara al secretario a su hogar “más de una vez”; ella no podía quejarse porque sabía que su padre “me aplastaría, sin duda, con sus razones”, motivo por el que ella “le cerraba la puerta” a su progenitor, “apretaba mi intransigencia interior”. El amor que había entre ella y su padre era “distante” pues Luis Rosales “estaba solo. Me tenía a su lado, pero estaba solo”. El uso del espacio es nervioso pues el padre paseaba sin término por la habitación y su movilidad se sumaba a la incesante de Ángelo (MP: 178). Por su parte, el espacio vital de Luis Rosales tenía como límites a su esposa pues ella “le salía en seguida al paso para atajarlo de la manera directa, cortante y un poco brutal incluso”, lo censuraba y rechazaba de ahí que el hombre “hubiera tenido que suprimirse”, repitiendo dos veces más: suprimirse y suprimido. La mujer tenía gran fuerza sobre los otros, pues ante ella, su hija María Elena “suscribía a ojos cerrados” lo que la madre quería. (MP: 179); es debido a la madre que ella rechazaba aparentemente a Tadeo: “ella, desde el *fondo* de mí” (MP: 181) era la que dictaba sus sentimientos. A pesar de su aparente energía, la madre muere y ahora la chica está sola. De lo particular se va hacia lo general y metafísico: “Vivimos *rodeados* de misterio [...], el universo entero es *impenetrable*, [...] sólo resta *inclinarnos* ante la grandeza divina. Pero nada aterroriza tanto como el darse cuenta de que también el *fondo* de uno es impenetrable” (MP: 181). Para ella su cuerpo es sinónimo de la “pensión” que Cristo aceptó para mostrar el camino (MP: 182), en contraposición con el espíritu que “se sale de casa, se escapa”, se va “sin ponerse más al alcance de tu mano”.

El cuerpo de la mujer es un espacio que pertenece a los otros, que en la intimidad es sólo un animal en las garras de otro y su movilidad o libertad está determinada por los que la rodean. María Elena es un sinónimo del espacio cerrado y de la soledad. No hay descripción de él porque como hace patente Vázquez Medel, para Ayala, “el cuerpo, sus manifestaciones e incluso sus laceraciones están íntimamente unidos a la naturaleza espiritual y el contexto”, ya que “considera el

cuerpo no sólo como materialidad externa y accidental, sino como ámbito cincelado por el espíritu, al que también condiciona” (Ayala, 1999, 12).

### 3.2 Temporalización

Como afirma Garrido Gallardo, “todo es ficticio en el relato –historia, personajes, lugares, etc. – menos la experiencia subjetiva del tiempo” (Garrido Gallardo, 2009: 735); este concepto aplicado a la narrativa apela directamente a la conciencia del lector, de ahí que su estudio haya ocupado a lo largo de la historia a diversos teóricos como Bergson, Genette, Ricoeur, Hamburger, Weinrich, entre otros. Las novelas objeto de esta investigación son, por lo tanto, objeto de la revisión discursiva del tiempo narrativo con el fin de conocer la manera como su autor las articuló; no se pretendió un análisis exhaustivo por no ser éste el tema central de esta investigación. Para efectos de este estudio se toma como base la postura teórica de Gerard Genette.

*Muertes de perro* posee una estructura particular, dentro de la novela conviven, como ya se ha mencionado, tanto la redacción autobiográfica como la epistolar y el diario íntimo, el estilo directo y el indirecto libre, el pasado y el presente así como el relato predictivo a la vez que hay diferentes niveles narrativos en su desarrollo. En su conjunto, al tomar como relato primario el tiempo presente desde el cual escribe Pinedo –cuando ya las muertes de los hombres públicos de la diégesis ha ocurrido–, el manuscrito, las cartas y las conversaciones representan analepsis de variación múltiple; las prolepsis son escasas y más bien se usan anuncios o esbozos de lo que sucederá a continuación, así como las elipsis que se rellenan después con dichos documentos. A su vez, cada uno de los otros narradores tiene su propio relato primario y sus correspondientes analepsis y prolepsis.

La narración se caracteriza por la mención repetitiva<sup>10</sup> de acontecimientos que han ocurrido sólo una vez en la historia, el autor recalca a cada momento los ejes puntales de su narración para no permitir que el lector pase de largo de ellos y para

---

<sup>10</sup> Independientemente de que Genette (cfr. 1989: 172-218) se plantee la frecuencia narrativa como parte de la temporalización, y Villanueva (1989:50) de la modalización, la repetición se considera, para efectos de este trabajo, de singular importancia porque recalca el perspectivismo.

conferirles un valor superlativo. Los hechos son aquellos que constituyen el *leitmotiv* de la trama, a saber, las muertes de los funcionarios públicos.

Precisamente por tratarse de personajes del gobierno sus muertes trágicas no pueden ser tomadas como sucesos insignificantes; tales hechos de sangre significan para cualquier nación el desencadenamiento de fuertes repercusiones sociales, políticas, económicas, por ello Ayala opta por no mencionarlas dado que forman parte del bagaje cultural de los lectores y cada cual podrá rellenar los blancos con su propia experiencia; esto es, el autor lejos de hacer un recuento exhaustivo de las consecuencias se centra sólo en aquéllas que le brindan un ligero toque de diferencia con las muchas historias de magnicidios o golpes de estado del mundo. Ya se sabe que siempre hay ataques armados, robos, asedios, Ayala sólo le pone nombre y apellido a unos pocos que retratan la fatalidad humana dentro del torbellino de la revolución que se da tras la muerte del Presidente.

Volviendo al gusto de Ayala por repetir incansablemente los hechos clave, esta afirmación se sustenta porque menciona diecisiete veces que el presidente Antón Bocanegra fue asesinado (MP: 10, 12, 13, 14, 30, 67, 123, 133, 135, 143, 146, 169, 209, 211, 218, 223, 227) esta insistencia lleva a plantearse que la historia gira sobre él; sin embargo, el asesinato del senador Lucas Rosales se indica el mismo número de veces (MP: 15, 34, 36, 37, 40, 41, 48, 49 (2), 141, 143, 149, 161, 162 (2), 180, 185) equiparando de esta forma la importancia de ambos antagonistas dentro de la diégesis. Diez veces es el número que afirma el asesinato de Tadeo (MP: 10, 14, 18, 67, 127, 136, 209, 218, 222, 227). Aparte de estos tres, hay otras muertes sobre las que se vuelve una y otra vez: nueve veces es dicho el suicidio de Luis Rosales (MP: 122, 146, 147, 152, 157, 161, 169, 183, 189); muere Concha, la Primera Dama, a manos de un loco y se enfatiza el hecho seis veces (MP: 16, 94, 99, 111, 128, 146); el Chino López aparece colgado de los pies y con los testículos en la boca cinco veces (MP: 14, 51, 169, 171, 172). Esta reiteración justifica el título de *Muertes de perro*, no son muchos los que mueren de maneras poco apetecibles pero sí son muchas las veces en que se impide olvidar que fallecieron y que fue de forma reprobable.

Esta sistemática de la repetición se aplica también a otros actos determinantes en la historia como el estado de desorden generalizado en que se encuentra la nación tras el magnicidio que en once ocasiones expone Pinedo aunque con frases tan

escuetas que apelan más a la imaginación que a lo que se dice, como “los únicos hechos graves ocurridos en el pueblo han sido lo del Chino López y, sobre todo, el asalto al convento, aun cuando, claro está no habían faltado otras tonterías desagradables” (MP: documentos (MP: 7, 12, 66, 88, 94, 107, 113, 122, 147, 165, 171). Motivo de interés es también la castración de Lucas Rosales que se recuerda al lector en seis ocasiones (MP: 15, 40, 48, 141, 162, 169), el viejo Olóriz dirige la horrible zarabanda, decreta muertes según se aclara en siete ocasiones (MP: 8, 123, 124, 125, 225, 228, 230); aunque las sesiones espiritistas que se desarrollan los martes parecen tener mayor importancia que todo esto pues se les dedican más de diez referencias (MP: 98, 108, 109-111, 130, 131, 145-146, 192, 193, 194, 226-227); son más importantes por su carácter premonitorio que Bocanegra y su campaña política como Padre de los Pelados antes de ser presidente, lo cual es motivo de interés sólo seis veces (MP: 38, 65, 100, 137, 138, 142); la relación de pareja que sostienen Tadeo y Concha se recrea siete veces (MP: 98, 108, 109, 111, 129, 191, 206); el nombramiento de Luis Rosales como Ministro de Instrucción se indica cinco veces (MP: 28, 42, 45, 47, 140); o que Tadeo Requena asume el cargo de Secretario particular del Presidente y se instala en Palacio es descrito cinco veces también (30, 52, 62, 205, 219); Olóriz logra fungir como Administrador de Servicios Especiales y Reservados dentro del Gobierno gracias a Loreto y a Concha (MP: 96, 101, 125, 229).

El relato singulativo<sup>11</sup>, el que menciona una vez lo que ha ocurrido una sola vez también en la historia, es de menor cuantía en esta novela ayaliana pues casi todo es referido por lo menos dos veces, de tal suerte que se desvía la atención de lo que realmente acontece en el relato primario. Las alusiones repetitivas de un mismo acontecimiento son ofrecidas por los diferentes personajes, por ejemplo, el asesinato de Lucas Rosales forma parte de las intervenciones de Pinedo, de Tadeo, de Camarasa, del Ministro de España, de María Elena y de su propia viuda. Esto contrasta significativamente con el asesinato de Bocanegra, mencionado sólo por tres personajes, Pinedo, Tadeo y don Antonio. Lucas aparece desde el apartado Dos donde de inmediato se sabe su cargo, que fue castrado y está muerto, el resto son

---

<sup>11</sup> La terminología se toma de Genette (1989) y Reis y Lopes (2002).



sólo aportes mínimos a esta información como podrá advertirse en la siguiente relación.

Refiriéndose al Chino López, Pinedo escribe: “¿quién no recordaría sus siniestras y celebradas gracias de castrador avezado, y quién no traería a colación el nombre del difunto senador Rosales [...]?” MP: 15); Camarasa charla con Pinedo, según declara éste en estilo indirecto libre, sobre el poderío de Bocanegra y dice: “esa primera fase de su gobierno había culminado y hecho crisis en el asesinato del senador Rosales, único miembro de las antiguas familias, capaz de inquietar en serio al dictador” (MP: 34); resumiendo lo que habló con Camarasa, Pinedo expone que “en lo que concierne a la muerte del senador Rosales no hacía falta ser un lince para darse cuenta de las consecuencias políticas de un crimen que nadie había dejado de imputar, por acción o por omisión, al Presidente Bocanegra” (MP: 36). El Ministro de España escribe a sus superiores sobre el asesinato: “el senador don Lucas Rosales, jefe indiscutible de las fuerzas opositoras, fue acribillado a balazos cuando, ayer, hacia las tres de la tarde, se encaminaba a la puerta del Senado” (MP: 37); debido a que lo suyo es un informe tal cual, los datos ofrecen la precisión necesaria: la forma como fue asesinado, por quiénes, cómo estaba el lugar, que no se apresaron ni identificaron a los asesinos, las reacciones ante la muerte del senador, su posición en la sociedad, su antagonismo hacia Bocanegra, cómo cambió su labor de hacendado por la de político y la forma como competía con el Presidente por el poder así como el rumor de que había sido castrado (MP: 38-40). El Ministro obedece a lo que se le ha impuesto, es decir, a informar –en este caso de abajo hacia arriba en la escala jerárquica– de forma escrita para dejar constancia de todo lo que sucede, asimismo como hace saber Pinedo en su momento, todos sus papeles estaban archivados adecuadamente, haciendo expedito el acceso a esa información en la que se ha registrado y codificado el comportamiento de los involucrados en la historia del imaginario país.

Pinedo, a continuación, hace el consabido resumen al inicio del apartado Cinco y formula, además, su juicio ante lo escrito por otro: “es así como el Ministro Plenipotenciario de España –un funcionario, según puede advertirse, bastante celoso y nada tonto– refiere a sus superiores jerárquicos la muerte del senador Rosales” (MP: 41); le sigue la frugal nota de Pinedo dentro del sumario del apartado Seis:

“antes de suprimirlo a tiros” (MP: 48) y continúa con “reproduzco aquí las frases mismas con que Tadeo se refiere al senador Lucas Rosales y a la cruel afrenta que sus enemigos le infligieron antes de resolverse a matarlo” (MP: 49); toma la palabra, entonces, Tadeo para aportar detalles acerca de cómo era visto el senador por la gente del pueblo que trabajaba para él: “cuando cayó al fin, nadie se atrevía a creer; la noticia produjo estupefacción primero, y luego, a las pocas semanas, alivio. Muerto y enterrado, todavía se lo mentaba en voz baja...” (MP: 49). Toca el turno a Loreto, la amiga de Concha, hablar sobre Lucas: “¿no estaba muerto ya el miembro agresivo de la familia Rosales?” (MP: 141). De acuerdo a la secuencia lineal de los acontecimientos de la historia, cuando Pinedo acude con Loreto ya tiene en su poder las memorias de Tadeo y el informe del Ministro de España, pero insiste en que “lo que a mí me interesaba saber eran los detalles de la muerte del senador Rosales, y éstos, o no los conocía Loreto, o no me los quiso comunicar. Me aseguró, sí, que el asesinato en las gradas del Capitolio no había sido cosa de doña Concha” (MP: 143). La repetición viene incluso no sólo de parte de Pinedo o por la intervención de nuevos testimonios de otros personajes, sino de los que ya han intervenido como que el Ministro de España, en un nuevo comunicado a su jefe, escribe: “aquel hacendado y político, el famoso don Lucas Rosales, que, como tal vez recuerde V. E., levantó una activa oposición contra el régimen de Bocanegra y que por eso fue abatido en las gradas del Capitolio” (MP: 149). La intervención de la viuda de Rosales no podría faltar pues su intuición le anunció lo que ocurriría: “lo veía sin embargo como a un enfermo desahuciado, como a un condenado a muerte. Demasiado bien lo conocía para dudar que hubiera otro recurso” (MP: 161); lo que ella escribe da un giro a la narración del asesinato pues la postura del senador no tenía nada que ver en esos momentos con su lucha política sino con una cuestión de virilidad, pues antes de ser muerto lo habían castrado, según cuenta en correspondencia privada a su prima la abadesa Práxedes:

Y cuando por fin se echó la pistola al bolsillo y me abrazó, y se alejó, sin querer quitarme los ojos de encima, para trasladarse a la Capital y asistir a la sesión del Senado, ya sabía yo, y no me cabían dudas, que iba hacia la muerte, probablemente a morir matando, a cobrarse el precio de esa vida que tan alevosamente le habían hurtado (MP: 162).

Y continúa situando a su marido en un escenario bíblico:

Sus enemigos lo comprendieron perfectamente al enterarse de que se dirigía al Senado y, armados por el terror, lo tumbaron en la escalinata, de modo que no pudiera repetir la hazaña de Sansón, aquél gran suicida cuyo acto, lejos de vituperarse, merece la glorificación de las Sagradas Escrituras (MP: 162),

para concluir con un “Lucas murió en su ley” (MP: 163). La sobrina del senador, María Elena, también externa su conocimiento del asesinato: “en cuanto a las responsabilidades por la muerte del tío Lucas, nada se pudo aclarar en definitiva, pese a la encuesta judicial y a las promesas hechas a mi padre...” (MP 180). La última frase con que Pinedo toca la muerte de Lucas es una forma indirecta de mencionarla: “la viuda del senador Rosales” (MP: 185), para ser viuda el esposo debió de haber muerto, evidentemente.

A través de la repetición, Ayala permite conocer las diversas posturas de los personajes a quienes atañe de una u otra manera la muerte del personaje Lucas Rosales logrando con ello no sólo un efecto de realismo, además propone la imposibilidad de conocer la verdad absoluta de cualquier hecho de esa índole o que la verdad, en todo caso, sólo se construye con base en lo poco que muchos saben. Está claro que los mayores datos están dados en el informe del Ministro de España, pero lo poquísimo que añaden los otros le da mayor sabor a la intriga para llegar a la conclusión de que no hay mucho más. Ayala utiliza esta técnica de la perspectiva múltiple sistemáticamente en los demás casos mencionados: el asesinato de Bocanegra, de Tadeo, etcétera. A la vez, lo suyo puede calificarse, siguiendo a Genette, mayormente de relato de palabras<sup>12</sup> por parte de Pinedo y de relato de acontecimientos<sup>13</sup> cuando se trata de los otros narradores.

Está claro, además, que en *Muertes de perro* no existe un solo narrador sino que se caracteriza, precisamente, por la polifonía, siendo los dos principales y sobre

---

<sup>12</sup> Se designa como tal al discurso imitado o ficticiamente restituido tal como supuestamente lo ha pronunciado el personaje y al discurso narrativizado, es decir, tratado como un acontecimiento entre otros y asumido como tal por el propio narrador. (Cfr. Genette, 1989).

<sup>13</sup> Se considera así a la transcripción de lo supuestamente no verbal en verbal creando un efecto de ilusión de mimesis en la relación entre el emisor y el receptor (Cfr. Genette, 1989).

los cuales descansa el peso del relato Luis Pinedo como narrador homodiegético<sup>14</sup> y Tadeo Requena con su manuscrito como narrador autodiegético.

La novela comienza *in media res*, hay escasas descripciones que desaceleren el relato y, al estar contado en primera persona y con ello poseer un carácter francamente retrospectivo, se facilita la anticipación a través de continuas alusiones al porvenir (cfr. Genette, 1989: 121). García Galiano da otra lectura a la exigüidad descriptiva de Ayala y la estima más con la intención de evitar “esponjar o aliviar la radical desazón de sus personajes” (1994: 115).

Luis Pinedo no es un narrador omnisciente, porque lo suyo es preparar un libro sobre un periodo determinado en la historia de su país, apoyándose en su experiencia de testigo de los sucesos con el fin de lograr la perdurabilidad de lo que ve y, al captarlo todo a través de su escritura, permitir su transmisión a las generaciones venideras, como él mismo dice. De esta manera, movido por la objetividad que implica una tarea de esa índole y envergadura, complementa y da validez a su trabajo con relatos intermedios tales como documentos originales y de primera mano escritos por protagonistas de los acontecimientos, además de relatos orales que transcribe tanto en estilo directo como indirecto. Se observa, sin embargo, una paradoja en dichos documentos al considerar que los hechos principales de la historia (las muertes del Presidente, del secretario particular y del Senador) son del conocimiento tanto de los personajes como, evidentemente, de los narrarios, por lo que los documentos sobre los que basa Pinedo su futuro libro sólo revelan pormenores de la vida de dos familias en el poder así como detalles encaminados a delinear la personalidad de Tadeo Requena, en particular. En todo caso, se trata de pormenores desconocidos para Pinedo y, por lo tanto, para el resto de los habitantes del imaginario país, por ejemplo, que el secretario particular escribiera sus memorias. El narrador escribe para sí mismo un borrador donde incluye información que se supone todos saben; así, todos saben que el Presidente es alcohólico, pero a través de los textos de Tadeo el lector se entera cómo le gustaba al Presidente presentar envasada su bebida favorita —en garrafones de cristal fino— y cuál era ésta —aguardiente de caña—. En resumen, lo que averigua Pinedo, transcribe y acerca de lo

---

<sup>14</sup> Se entiende por narrador homodiegético la entidad que vehicula informaciones adquiridas por su propia experiencia diegética (Reis/López, 2002), es decir, al ser Pinedo también personaje, de ahí extrae las informaciones con las que sustenta su relato.

que opina son referencias que aportan conocimiento de los rasgos de carácter de los personajes que intervienen en la trama y la forma como viaja la información entre ellos y el resto del país imaginario, los hechos nuevos son la vida y muerte de Concha, la intervención del Chino López en la castración de Lucas Rosales y más bien elementos que rellenan la historia como el encuentro sexual entre Tadeo y María Elena, el desfile con sus peculiaridades, Luis Rosales y el perro amaestrado que ahorca Tadeo, el suicidio de Luis, un artículo periodístico de Camarasa que provoca polémica.

Pinedo es tanto un narrador que, debido a su misión, Ayala coloca en un doble juego al desempeñar un papel secundario de observador y testigo de la historia, a la par de ser un personaje que toma parte en ella, esto es, realiza dos funciones importantes, en primer término la testimonial o de atestación ante los documentos que revisa y transcribe (Genette, 1989: 310) pues indica de dónde los obtuvo igual que manifiesta sus opiniones o sentimientos ante lo que lee; en segundo término lleva a cabo la función ideológica “forma de discurso explicativo y justificativo, vehículo [...] de la motivación realista” (Genette, 1989: 310) desvelando su relación moral e intelectual con los demás personajes y acontecimientos.

La historia no está fechada y el narrador Pinedo es tanto personaje como voz narrativa que escribe en presente al inicio y al final de la novela en un efecto de convergencia mostrando una isotopía temporal desconocida hasta ese momento para el lector/narratario, con esto “la propia duración de la historia disminuye progresivamente la distancia que la separa del momento de la narración” (Genette, 1989: 277). Es el discurso de este personaje el que engloba el de todos los demás narradores de *Muertes de perro*, sobre todo el muy clásico recurso del manuscrito hallado, que ya había explotado anteriormente en su *El Hechizado*, en ese particular gusto que sentía Ayala por emplear una técnica de muy larga tradición dentro de las letras. De ahí que sea su voz la que inicia la veintinueve de los treinta apartados de la novela y como norma lo hace con un sumario, forma canónica de movimiento narrativo que se caracteriza por ser la “transición más corriente entre dos escenas”, “el tejido conjuntivo por excelencia del relato novelesco” (Genette, 1989: 153). En Ayala esta figura es empleada tanto como resumen de lo que ocurrió en el apartado anterior como aceleración.

Podría pensarse que al comenzar la lectura de la novela se ingresa directamente a los pensamientos del narrador pero no es así, esta obra no es un monólogo interior, no es un discurso mental sin oyentes, muy al contrario, es un texto para ser leído porque no es la enunciación que “acompaña a las ideas y a las imágenes que se desarrollan en el flujo de conciencia de los personajes” (Gennete, 1989: 236), dado que no es espontáneo y está lejos de ser caótico o de puntuación escasa, características de este tipo de recitado, no “vehicula procesos mentales y contenidos psíquicos en su estado incoativo” (Reis y López, 2002. 146). Podría afirmarse que ni siquiera es un monólogo tradicional aunque utilice la primera persona y el presente histórico como tiempo verbal y el plural académico. Ayala opta por hacer contar la historia por uno de sus personajes, en realidad, por varios de sus personajes, siendo fiel a una constante que se presenta a lo largo de su obra literaria y que inicia desde su primera novela, *Tragicomedia de un hombre sin espíritu*, es decir, que sus narradores siempre son escritores a la vez que personajes, y en *Muertes de perro* se constata porque los narradores dan su versión de la historia a través de sus propios textos.

Entonces, Ayala escribe que Pinedo escribe, y más: Ayala escribe que Pinedo escribe que Tadeo escribe. A través de esta cadena, el autor deja de lado la presentación del pensamiento “en bruto” y opta por la coherencia. Es un monólogo inmediato, calificaría Gennete (1989: 236). Se trata de un texto escrito personal, sí, pero con la medida y sujeción de la conciencia que implica la redacción para otros; es el narrador que se designa como tal a sí mismo y lo cumple al pie de la letra. El único atisbo de relajamiento sería el del desorden aparente de los acontecimientos que relata. Como afirma García Galiano, “los narradores de las novelas de Ayala son conscientes de su actividad literaria”. Por lo tanto, Pinedo es un narrador-autor que escribe situado en un nivel extradiegético que lo coloca por ello en la misma cota que al público, a diferencia de los diarios de Tadeo Requena o de María Elena que no están dirigidos ningún público que no lector, o las cartas entre la abadesa y su prima y la correspondencia oficial entre el Ministro de España dirigida exclusivamente a su superior, en resumen, los narrarios de cada uno de ellos son diferentes.

Pinedo inicia su escritura con las siguientes palabras: “*Estamos demasiado acostumbrados hoy día a ver...*”, este plural es significativo para Ricardo Gullón

porque es el testimonio de que “el narrador cuenta con el lector, sabe quién es, cuáles son sus hábitos y es capaz de prever sus reacciones”, es en resumen, “un lector virtualmente incluido en el discurso” (*apud* Gil, 1982: 168).

Ayala, con Pinedo, utiliza un modo narrativo centrado en ser cauto con los detalles que provocan la ilusión referencial, al proporcionar, entonces, tan poca información narrativa, la velocidad del relato es mayor. De forma paralela la presencia del narrador es constante e intensa, como “como fuente, garante y organizador del relato, como analista y comentar” (Genette, 1989: 225). A la vez, el relato, sobre todo en el primer apartado, adolece de paralipsis, es decir, da menos información de la que en principio es necesaria. Con el resto, es escasa la cantidad de información narrativa del informador, estrategia que funciona para hacer creer que no es el autor el que habla en el texto, (Genette, 1989: 224).

El historiador inválido escribe desde el presente su relato enmarcante, ya se ha señalado, y desde ahí viaja al pasado tanto a través de sus propios recuerdos como de los documentos que transcribe hilvanados a su propio repaso de la historia con analepsis o retrospectivas mixtas, es decir, “aquellas cuyo alcance se remonta a un momento anterior al del relato principal, mientras que su amplitud se prolonga dentro de éste” (Garrido, 2009: 712), que cubren una parte de la laguna informativa empalmada con el relato primero<sup>15</sup>. Y hay un juego interesante en esto pues aunque se tiene conocimiento desde el inicio de la novela la parte medular de la historia (los magnicidios y sus consecuencias nacionales), al no ser lineal el orden del relato da la impresión de que habrá algo nuevo en ella en cada relato secundario, de esta forma se mantiene el interés por saber las nimiedades. Este recurso técnico de contar la historia yendo y viniendo temporalmente sin concierto así como el incesante paso por los mismos hechos da la ilusión de que la historia del país imaginario parezca un caos más grave de lo que en realidad es.

Ayala, inteligentemente, hace creer que el relato que Pinedo prepara es acerca del gobierno de Bocanegra puesto que la transcripción de documentos versa sobre tal tema: “la historia de este turbulento periodo”. Sin embargo, es hasta el apartado

---

<sup>15</sup> Si bien Genette llama analepsis externas *parciales* a las que “sólo cubren una parte de la laguna informativa sin llegar a conectar con el relato base”; y *completas* a las que “recuperan el pasado en bloque hasta empalmar con el relato principal” (Garrido Gallardo, 2009: 712), aquí Ayala hace una analepsis híbrida o a medio camino entre ambas.

Veintiocho en que aclara que, si bien su objetivo es un libro que exponga “la verdad”, el periodo escogido es “desde la tormentosa sesión del gabinete espontáneamente reunido en Palacio al cundir la noticia del asesinato de Bocanegra, hasta el momento presente” (MP: 223), es decir, el periodo efectivamente violento correspondiente al relato primario y no, como pareciera, al del pasado narrado por los diferentes personajes.

Hay un juego cruel aquí con el lector porque precisamente es ese periodo el que desconocerá, ése en el que se darán los mayores conflictos políticos pero, como ya se apuntó más arriba, esos son los que todo mundo, si no sabe a la perfección, puede imaginar con base en la experiencia histórica.

Por otra parte, el autor deja claro con tremenda ironía que Pinedo no es el historiador rígido y objetivo que pretende ser porque se ha ido por las ramas y su “apunte”, tomando en cuenta sus objetivos, no sirve para nada porque narra el pasado remoto. En conclusión, la del apartado Uno es, sin duda, la elipsis más importante de todas.

Regresando a la estructura temporal, en resumen, lo suyo son las retrospecciones más que las prospecciones. Otra característica de su narrativa es que Ayala es más bien parco en el uso de fechas específicas. Por ejemplo, en su relato primario, Pinedo presencia actos violentos, reúne documentos y prepara su relato, Olóriz gobierna tiránicamente, de ahí se viaja al pasado y lo primero que se sabe es que las turbas atacaron la Legación de España y unos forasteros asaltaron el Convento de Santa Rosa, el Chino López aparece colgado, todo esto sin fecha que coloque en el tiempo los acontecimientos. El primero datado es que el periodista Camarasa escribió su artículo “hace un año o dos” y la precisión es obviamente algo secundario que se remarca por el hecho de que el propio narrador Tadeo Requena ni siquiera sabe si tenía entre diecisiete o dieciocho años cuando fue a buscarlo Pancho Cortina para traerlo a la Capital, sobre todo habida cuenta que se trata de un hombre joven aún. Hay otro juego de exactitud/inexactitud con la Fiesta Nacional pues si bien la independencia se obtiene “un sábado 29 de febrero”, la conmemoración se efectúa los días 28 de febrero porque “no vamos a esperar los años bisiestos para celebrarlo” (MP: 54). Esto es, ni siquiera el calendario es favorable para ese país imaginario pues la imposibilidad de que los años sean todos iguales y por eso se haya



hecho el ajuste a través de la incorporación de un día extra cada cuatro afecta directamente a la historia de la nación, pues pareciera que un año sí pueden festejar un acto social de tal índole y los restantes tres no, un matiz irónico muy ayaliano para robarle seriedad a algo tan sagrado para las naciones conquistadas como lo es la fecha de su liberación.

Sin embargo, en la novela hay también auténticas acronías porque no tienen fecha ni edad (cfr. Genette, 1989: 136), lo cual, sumado a la relativa imprecisión del espacio, otorga a su obra una universalidad tal que un buen número de lectores pueden completarla a su antojo con su propio bagaje.

Por su parte, el uso de palabras o frases como “hoy”, “hoy día”, “ahora”, “aquí estoy”, “un día” indica la frecuencia correspondiente al relato singulativo que ofrece información directa sobre los hechos impulsando de este modo el progreso de la acción narrativa cuando se escribe desde el presente. Y la determinación, entonces, más que fijada por fechas precisas lo es por otros límites temporales como “desde la muerte del Presidente” o “desde los días ya bastante remotos de la adolescencia” que es hasta donde extiende Pinedo sus recuerdos y cuyo otro límite es “si arribamos a buen puerto”, “cuando lleguemos al final”, “hasta el final” o “hasta el momento”.

El tiempo externo de la novela, el correspondiente a la historia, se remonta a años atrás cuando se gestan los sucesos y se explica el por qué de lo que acontece en el relato primario y que en el tiempo intrínseco o de la secuencia narrativa, se aportan a cuentagotas a través de analepsis proporcionadas por los diversos narradores. En el principio de la historia Bocanegra era un joven perteneciente a una buena familia, acudió a la universidad e intentó hacer negocios varios pero sus nulas aptitudes para ellos sumado a su interés por los desfavorecidos lo lleva a encabezar una lucha contra el poder establecido y nombrarse candidato a la presidencia, que gana a través de elecciones populares. En ese trayecto conoce a Concha, quien sería su esposa. Ésta a su vez, antes de conocer a Bocanegra, ya había tenido una relación con Lucas Rosales y es precisamente en San Cosme cuando conoce a su futuro marido, en un momento en que va a buscar al hacendado a San Cosme pero éste la trata mal y la desprecia. Lucas aún no se dedicaba a la política, ingresó a ella cuando Bocanegra era presidente, con la intención de deponerlo. Por su parte, Concha y Loreto ya eran amigas desde jóvenes, se casan más o menos por la misma época y cuando la primera

alcanza la presidencia, favorece a su íntima colocando a su marido, Malagarriga, dentro del gabinete del Presidente. En ese inicio Olóriz ya era Liquidador de Dietas al personal subalterno del Ejército y como es tío de Loreto, también se le concede el favor del nepotismo y se le coloca como Administrador de Servicios Especiales y Reservados, un puesto de mayor categoría y, sobre todo, con mayor capacidad de movimiento y poder. A la par, Tadeo era sólo un muchacho muy pobre que conocía a los Rosales, en específico a la familia de Luis. La historia, como ya se advirtió antes, se gesta en el pueblo. La secuencia narrativa, por su parte, va y viene del presente al pasado próximo y conforme avanza se lanza hasta el más lejano para culminar con la continuación de la historia y su final inesperado de Pinedo convertido en personaje que mata a Olóriz. Así, la novela tiene un alcance de un par de décadas y una amplitud de unos meses.

Por otra parte, si se atiende a los niveles narrativos de Genette, fijándose que “todo acontecimiento contado por un relato está en un nivel diegético inmediatamente superior a aquel en que se sitúa el acto narrativo productor de dicho relato (1989: 284), el de Pinedo está en un primer nivel o extradiegético; el manuscrito de Tadeo, el de María Elena y las cartas serían relatos en segundo grado o metadieéticos. Los narradores de *Muertes de perro*, a través de sus respectivos textos, tienen en común las funciones explicativa y vinculatoria entre la metadiégesis y la diégesis pues responden a las preguntas que se plantean en el apartado primero de la novela: por qué y cómo ocurrieron los acontecimientos de los que se habla.

Para tener un mejor panorama de la novela con sus diferentes narradores y la forma como se va del presente al pasado y al futuro, se hace aquí un apunte de cada uno de los apartados que da cuenta de la estructura del relato.

Uno, páginas 7 -12

Narra exclusivamente Pinedo con el planteamiento somero de la situación actual, o correspondiente al relato primero, más anuncios diegéticos y partiendo de ahí con analepsis que incluyen tanto pasajes del pasado de la vida del narrador (su adolescencia, su ascendencia, mención de algunos documentos que posee y cómo obtuvo uno de ellos) como históricas (mención de Roosevelt y de la construcción de la nación de la diégesis). El espacio va del sillón de ruedas del relato primero al

Palacio Nacional del pasado hasta al país completo. No hay fecha ni temporalidad en el relato pero abarca varios años, por lo cual el ritmo es veloz. En un ejercicio metadieético, Ayala apunta la diferencia existente entre historia y narración a través de la reflexión sobre la velocidad de lo que acontece en la realidad y la de la representación de esa realidad a través del cine. Aunque se trate de los mismos hechos, en la pantalla van a un ritmo vertiginoso mientras que en la vida cotidiana se presentan con lentitud. El narrador utiliza el presente de indicativo que refuerza con el “hoy día” e inicia una continuidad de contraposiciones entre la velocidad y la estaticidad.

En el primer párrafo se contrasta la rapidez con que se observan los hechos en el cine con la lentitud con que ocurren en la realidad. Por otra parte el sujeto es “nosotros” con lo cual envuelve automáticamente al lector y más aún al hablar de un tema por todos sabido como es el cine.

Además, hay un par de omisiones importantes: la presencia de Concha, la Primera Dama, y de Lucas Rosales; resulta llamativa sobre todo porque la instancia narrativa la culpa a ella de los sucesos trágicos de la nación, y el hombre es el antagonista de Bocanegra. Se trata de paralipsis<sup>16</sup> que permiten el relleno retrospectivo.

Dos, páginas 13-16

Narra Pinedo desde el relato primario y a través de una analepsis cuenta cómo se enteró de la muerte de Bocanegra; se centra sobre todo en la introducción de personajes nuevos como el Chino López, Concha, más analepsis que devinieron en el futuro trágico de cada uno de éstos y a la par trae a colación personajes secundarios – José Lino Ruiz y Rodríguez–, en un claro ejemplo de esbozo, figura que Genette define como

simples adarajas sin anticipación, ni siquiera alusiva, que no encontrarán significado sino más adelante y que son ejemplos del arte, muy clásico, de la ‘preparación’ (por ejemplo, hacer aparecer desde el principio a un personaje que no intervendrá de verdad sino mucho más adelante) (Genette, 1989: 128)

---

<sup>16</sup> Genette entiende por paralipsis o elipsis lateral, a la laguna de tipo menos estrictamente temporal consistente en la omisión de uno de los elementos constitutivos de la situación (1989: 107).

y que se confirma, efectivamente, en *El fondo del vaso*; más el esbozo de Camarasa y el artículo que escribió y al que vuelve más tarde. Hay anticipaciones –“secretos que yo revelaré al mundo”– y ruptura espacial porque introduce la Pensión Mariquita, la Cortada de San José Bendito, el Café La Aurora y la Cárcel La Inmaculada para la ubicación de cada uno de los personajes mencionados.

Tres, páginas 17-28

Hay un cambio en el espacio pues del sillón de ruedas desde donde narra Pinedo, se parte a los sitios ocupados por Tadeo. El narrador hace analepsis de nuevo para dar cuenta de la vida de Tadeo a través de la lectura del manuscrito de sus memorias, del cual se desconocen la fecha y el motivo de cuando comenzó a escribir. Asimismo existen prolepsis que anuncian que Tadeo será/fue un asesino años después, pero no se hace la menor indicación de cuántos años. Mención histórica al referirse a Juan de Austria.

Se introduce entonces la presencia de un nuevo narrador, Tadeo Requena, cuya retrospección se remite a cuando tenía entre diecisiete o dieciocho años de edad y es traído ante el Presidente de la República. Dedicó ocho páginas a menos de 24 horas, es decir, del periplo que lo lleva del pueblo a Palacio y ante la presencia del mandatario con ritmo lento. Es quizá el único apartado de la novela donde hay una descripción, figura que asume una función claramente narrativa que a la vez ralentiza el discurso.

Cuatro, páginas 29-40

Continúa Pinedo como narrador enmarcante, reproduce con estilo directo e indirecto libre la conversación que mantuvo con Camarasa sobre las conjeturas de éste a propósito del gobierno de Bocanegra, e incluye el primer informe a la letra del Ministro de España sobre el asesinato y castración de Lucas Rosales, por lo tanto, la presencia de otro narrador. Introduce nuevos personajes secundarios: el gallego Luna, Pancho Cortina. Este es un capítulo complejo por tener tres temas diferentes y al mismo tiempo tres narradores, un apartado que da velocidad a la narración porque aporta mucha información.

La ruptura temporal con la cual Pinedo da por terminada la transcripción de la parte de las memorias de Tadeo que ocupa el apartado Tres, es la repetición de la última frase de ellas. Pinedo, desde el relato primario, va a su propio pasado al mencionar sus estudios de cinco años para ser abogado, lo cual indica que Tadeo obtuvo el título en menos tiempo. Este recurso permite fijarse que Ayala, al dividir su texto en capítulos hace uso de escenas considerando éstas como el medio a través del cual introduce digresiones, anticipaciones o retrospectivas del narrador y, aunque se les toma inseparables del diálogo, su uso en la novela tradicional permite introducir nueva información diegética.

A través de analepsis Pinedo menciona cuando Bocanegra fue nombrado doctor *honoris causa* tiempo atrás y de ahí continúa con sus comentarios sobre los estudios de Tadeo. La analepsis correspondiente a Bocanegra abarca también a la historia del país con la Universidad Nacional de San Felipe, “una de las primeras fundadas en el Nuevo Mundo”, es decir, retrospectiva externa que abarca varios siglos; la presidencia de Bocanegra queda dividida en periodos: “esa primera fase había culminado y hecho crisis en el asesinato del senador Rosales”, después el ingreso de Luis Rosales a trabajar bajo las órdenes de Bocanegra tenía una gran trascendencia pues “todo un periodo de la historia nacional quedaba clausurado con eso” (MP: 34). Hay más idas al pasado, la del propio Pinedo remitiéndose a sus años de estudiante; la de Tadeo en su adolescencia en el pueblo; la vida y muerte del padre de Pancho Cortina; la referencia histórica de Hitler; la campaña política que llevó a cabo Lucas Rosales contra Bocanegra “durante los últimos tiempos” (MP: 39); el complot militar “descubierto meses atrás”; se impulsa el progreso de la acción narrativa cuando “en una oportunidad” Pinedo habló con Camarasa para analizar el proceso de los hechos. Nuevo rompimiento temporal y espacial pues la mayor parte de este capítulo se dedica al asesinato del senador Lucas Rosales acontecido antes del asesinato de Bocanegra, entre la llegada de Tadeo a Palacio y el magnicidio.

Cinco, páginas 41-47

Pinedo como narrador con una pequeña intervención de las memorias de Tadeo. Como la última parte del capítulo anterior es un documento transcrito, según la diégesis, al igual que del apartado Tres a Cuatro, el autor retoma lo dicho

anteriormente de forma tradicional al hacer un sumario que sirve tanto de transición entre los dos apartados como de marco para el nuevo.

Este hilo conductor vale, en este caso, para hacer tanto una prolepsis del relato del Ministro y sus conjeturas sobre el alcance del asesinato del senador Rosales: “el tiempo se ha encargado de mostrarlo” (MP: 41); como una analepsis que ahora incluye a Luis Rosales cuyo trabajo dentro del gabinete presidencial es cuestionado, su juventud en París y su relación en tanto tutor con Tadeo.

Luis Rosales es el pasado de Tadeo porque obtuvo su puesto de Ministro cuando el secretario aún no llegaba a Palacio y tras la muerte de su hermano Lucas.

La breve intervención de Tadeo es acerca de su adolescencia en San Cosme y su relación en ese tiempo con los hijos de Luis Rosales, por lo tanto, se menciona a María Elena y a Ángel, que tendrán relevancia capítulos más tarde.

Introducción de un nuevo personaje: Antenor Malagarriga.

Seis, páginas 48-51

En el sumario, la mención de Lucas Rosales es el pretexto para hablar acerca de su castración, es decir, repetición que fija el tiempo. Que Tadeo escriba más tarde de la mutilación “es un antecedente importantísimo”, dice Pinedo, aclarando que cuando se lleva a cabo tal hecho el secretario particular “entre niño y hombre, holgazaneaba en San Cosme todavía”, esto es, que la afrenta al senador es parte del pasado anterior a Tadeo y los sucesos trágicos en Palacio. “Pasado el tiempo” o “dos meses” del acto llevado a cabo por el Chino López, éste lo cuenta en la cantina. La mención de una elipsis determinada y otra indeterminada para referirse al mismo hecho, contribuye a la acronía del texto. Tres páginas, por lo tanto, para narrar una operación que duró unos minutos y sus repercusiones en el futuro inmediato y a largo plazo sin especificar cuánto. La castración será mencionada varias veces, de tal suerte que se le cataloga como relato repetitivo porque sólo sucedió una vez pero se vuelve a ella.

Aquí la intervención de la voz narrativa es de mero marco pues toca el turno a las memorias de Tadeo dentro de las cuales, a su vez, narra en estilo indirecto la participación del Chino López contando su afrenta al senador.

Siete, páginas 52-58

Tras un sumario más extenso, hay un cambio de espacio y situación: Palacio Nacional y la primera celebración de la Fiesta Nacional a la que acude Tadeo con el resto de los miembros del gabinete presidencial. El desfile comienza “con retraso, cerca del mediodía” (MP: 54), y dura “varias horas” y el espacio se encuentra entre la tribuna del edificio público y la plaza donde está la gente. En medio de todo esto se lleva a cabo el incidente del perro que interrumpe el desfile y la patada que le da Luis Rosales. De nuevo es Pinedo el narrador enmarcante y Tadeo la instancia narrativa que describe los pormenores del desfile. Cinco páginas para una mañana en la que, sin embargo, los hechos transcurren con la apariencia de lentitud dada por las diversas formas como Ayala narra el suceso: que la parada comenzó tardíamente de acuerdo a la hora fijada; “el sol castigaba cruelmente” con las consecuencias normales de sudor, fastidio, desmayos; porque “la fiesta se dilataba, se dilataba, se dilataba hasta lo interminable”, es decir, Ayala hace uso de anáforas para incrementar la sensación de alargamiento y lentitud; porque eran ya varias horas de

desfile, su prolongación lo iba convirtiendo en una pesadilla”; por la repetición constante de los sucesos: “no sé cuántas veces habían evolucionado ya en el aire, desde por la mañana, nuestras dos escuadrillas de aviación”, las innumerables tropas que habían pasado “dejando largas pausas entre sección y sección” y porque cuando “¡por fin!” iba a terminar el desfile, el narrador se detiene en descripciones que impiden la llegada de ese final tan anhelado y es ahora la música la que se repite interminable, arrastrándose y el Presidente no da la señal convenida para dar por terminada la fiesta nacional incluso un perro con sus ladridos entretiene a los del último escuadrón de caballería.

Se trata, pues, de un apartado que desacelera el ritmo de la narración.

Ocho, páginas 59-66

De nuevo un sumario para introducir una medida de tiempo: “al cabo de los años ya se me había olvidado por completo un episodio que tan comentado fuera en su día”, se sorprende Pinedo (MP: 59). Era un pasado feliz “por aquellas fechas”. El desfile sirve de pretexto para continuar el tema durante tres páginas más e introducir nuevos elementos en la diégesis a través del texto de Tadeo tales como el ascenso de Cortina y el disgusto que éste le causa a Malagarriga, al grado de llevarlo a la muerte. Este narrador, además, reproduce de forma directa una conversación con Bocanegra, otra con Malagarriga y órdenes a sus asistentes. Todo se desarrolla desde Palacio. Tadeo, por su parte, da cuenta de los sucesos tras el desfile y abarca dos días más del tiempo de la historia.

Nueve, páginas 67-71

Sumario con prolepsis por parte de Pinedo: “Bien se entendían entre ellos, aunque al final terminaran destrozándose también los unos a los otros” (MP: 67). El tema es la relación entre Tadeo y Bocanegra y deviene en la recepción del Presidente en la Academia Nacional de Artes y Letras, descrita por Tadeo. Mención de dos personajes secundarios más: Hermenegildo del Olmo y el sociólogo Toño Zaralegui –que no volverán a nombrarse nunca más– y Carmelo Zapata, que tendrá relevancia capítulos después. El tiempo de la ceremonia se extiende: “Bocanegra se pasó todo el tiempo que duraron los discursos, y no fue poco, mirando al techo” (MP: 69). Dos



páginas y media de Pinedo como narrador para volver sobre los acontecimientos del apartado anterior y dos páginas y media de Tadeo de las cuales media está dedicada a un tiempo que da la apariencia de extenso que, sin embargo, no abarcó más de un día.

Diez, páginas 72-78

Sumario de Pinedo con función ideológica al opinar sobre Tadeo, su persona y su manera de escribir. Nuevos elementos de la historia: los interiores domésticos del Presidente y su esposa narrados por Tadeo con lentitud gracias a someras descripciones del espacio y la atmósfera. Hay una prolepsis repetitiva o anuncio por parte de Pinedo que crea expectativa en el lector acerca de los hábitos como bebedor de Bocanegra descritos por el secretario particular: “al referirlos, estaba muy lejos de sospechar el alcance histórico, y también el alcance personal, la influencia que en su personal tragedia tendrían” (MP: 75). Se incluye a otro personaje, Doménech, también esbozo que tendrá sentido en *El fondo del vaso* y cuya presencia introduce la acción en este apartado porque Bocanegra lo echa de su puesto.

Once, páginas 79-87

No hay sumario, se entra de lleno en la continuación de la narración de Tadeo que es una analepsis del relato primario en la que se cuenta en estilo indirecto el episodio del *Niño raptado*, con la participación de Carmelo Zapata como protagonista, más Tuto Ramírez. Relato que aporta testimonios de los absurdos del conservadurismo llevado a su extremo. En este marco se insertan analepsis de la propia historia de Tadeo contando su primer encuentro con Zapata y sus días en San Cosme. Al haber mucha más información, la cual ralentiza el relato, Ayala contrarresta la lentitud con la sintaxis. En ocho páginas se narra un hecho que abarca varios días con elementos de aceleración repetitivos como “la noticia [...] corrió la ciudad como reguero de pólvora, y saltó de inmediato, cómo no, a los titulares de los periódicos” (MP: 79); “el *kidnapping* se descubrió en seguida”; “como digo, el robo del Niño Dios se descubrió de inmediato. Y –lo que es más– tampoco tardó en saberse el nombre del raptor” (MP: 80); “etcétera, etcétera” (MP: 81), “se personó de inmediato” (MP: 84); “a Tuto Ramírez, claro está, le faltó tiempo para venir con el cuento a la

Superioridad”, contrapuestos con la lentitud de la vida cotidiana de la ciudad: “paisanos mañosos, quienes, durante la época de lluvias, matan el tiempo y distraen la forzosa ociosidad tallando con su navaja en palo blando esas figuritas” (MP: 80); “Uno trata a las personas tiempo y tiempo, pero nadie sabe nunca lo que cada cual puede llevar oculto en el buche” o que Carmelo “dejó pasar un rato más que mediano antes de resolverse a decir nada” (MP: 87). El estilo indirecto impera pero se reproduce una conversación entre Bocanegra y Luis Rosales en directo.

Doce, páginas 88-93

El proceso de aceleración del apartado anterior se ratifica en el sumario de Pinedo:

Me doy cuenta de que, sin ton ni son, me he dejado arrastrar un poco por la corriente de esas dichosas memorias, y me he apartado del propósito de mis notas, que no es sino reunir y criticar los documentos disponibles para que un día, con más sosiego, se escriba la historia de nuestros actuales desastres (MP: 88).

La trama de este apartado se centra en Camarasa, ya advertido al lector en el apartado Dos, y su artículo periodístico, cómo se gestó más las reacciones que éste provocó, esto es una retrospección dentro del relato primario, y cuyo proceso de producción y recepción abarca varios días. Pinedo es el único narrador y cuenta lo de la nota del periodista con clara interpelación a los narratarios: “Ahí está el artículo, en la colección de *El Comercio*, para quien tenga la curiosidad de buscarlo y el dudoso gusto de volverlo a repasar” (MP: 89). El narrador da cuenta de lo dicho por los diarios, lo dicho por Tadeo, las conjeturas de la gente, lo que se decía en Palacio, en fin, involucra a un grupo social mucho más amplio a través de referencias imprecisas para dar la sensación de que se trata de algo que afectó a toda la imaginaria nación.

Lo interesante de este apartado es la transformación de Pinedo de mero observador a personaje otorgando aun mayor presencia al narrador en un ejercicio intratextual al escribir lo que se escribe y dice acerca de él, mostrando además su relación con otros personajes, Malagarriga y Olóriz, y las prebendas que obtenía de su relación con ellos. De igual modo que Pinedo escribió un artículo anónimo avivando el fuego de la disputa más el rumor de que fue él quien provocó el

asesinato de Camarasa. A esto se suma el único vínculo que tuvo Pinedo con la Primera Dama y que fue de la forma más indirecta que pueda ser posible: por medio de la lectura de las memorias de Tadeo donde apunta lo que ella opinó del historiador.

Así la narración se extiende a un grupo más extenso que incluye territorios fuera de la nación de Bocanegra, lo lleva hasta España –Melilla, Ceuta y Almería– y el norte de África con Marruecos; a la par, por lo tanto, la temporalidad se amplía a niveles históricos que llegan a los años cincuenta del siglo XX cuando se da la independencia de Marruecos del país ibérico.

Por otra parte, *El Comercio* es también un esbozo de un elemento que tendrá suma importancia en la trama de *El fondo del vaso*.

Trece, páginas 94-99

Pinedo termina el apartado anterior escaqueándose de su responsabilidad” Sería chistoso que ahora resultara yo...” (MP: 93) e inicia el siguiente echándole la culpa al sistema en una postura muy cómoda: “muy mala, pésima era la situación de nuestro país bajo el gobierno de Bocanegra”. Tan típica es que ni siquiera ve que cómo cae en contradicciones: “Pero si desde el hondón, volvemos la mirada hacia aquel tirano, su imagen se nos confunde ahora, casi, con la del bien perdido” (MP: 94). La distancia temporal cambia la perspectiva de las cosas.

Este apartado centra la atención en continuar configurando a Pinedo como personaje de la historia y otorgándole un protagonismo que no se intuye al principio. El espacio temporal se alarga varios años atrás tomando como base a la Primera Dama en su ejercicio como tal, hasta “hoy, ya, la infeliz ha tenido un final espantoso” (MP: 94). El ir y venir en el tiempo del relato primario deja claro que éste versa sobre Pinedo pues sus repeticiones y recuerdos tienen que ver con el ministro de la Guerra y con el viejo Olóriz. A su vez, hace un nuevo nudo en la historia al entretener un nuevo componente: una analepsis con el sueño de Loreto es una de las acronías que salpican este apartado caracterizado por sus contorsiones narrativas. Esto es, Pinedo regresa al día siguiente de las fiestas patrias y, por fin, da cuenta de la muerte de Malagarriga, suceso que ocurre a la par que Loreto sueña. Este fallecimiento ya se había mencionado antes. Por su parte, el sueño de Loreto se lo

cuenta Olóriz a Pinedo, así que el narrador, una vez más, ingresa en una cadena narrativa para contar que el viejo le contó que Loreto le había contado. Y termina la voz narrativa con un resumen que a la vez une el pasado con el futuro, agregando el atisbo de lo que vendrá con la mención de las sesiones espiritistas. Éstas, junto con el sueño, forman parte de la prolepsis: “como se verá en el momento oportuno” o “no conviene adelantar los acontecimientos” (MP: 99). Cabe aquí recordar lo que Genette escribió a propósito:

Parece evidente que la narración no puede ser sino posterior a lo que cuenta, pero esta evidencia queda desmentida desde hace muchos siglos por la existencia del relato ‘predictivo’ en sus diversas formas (profética, apocalíptica, oracular, astrológica, quiromántica, cartomántica, oniromántica, etc.), cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos (1989: 274).

Catorce, páginas 100-106

Sumario que inicia con “Decía que”, a cargo de Pinedo, retomando lo que había escrito en el anterior. Este apartado se suma al del Niño raptado por su absurdo, se trata de la muerte de la mascota de la Primera Dama.

Tras un recorrido por los lazos que unen a Loreto, Malagarriga, Olóriz y él mismo, en un periodo sin especificación, perfila la personalidad de doña Concha con un suceso del pasado, inespecífico también, ratificado por la intervención del Ministro de España y su informe correspondiente. Pequeña intervención de Tadeo dejando constancia de una conversación con Bocanegra al respecto. Este apartado es más una pausa y una repetición que simplemente da pie a mostrar la ideología del narrador, sobre todo su postura hacia la Primera Dama, como con ningún otro personaje.

Quince, páginas 107-112

Tan es casi prescindible el apartado Catorce que el propio Ayala lo justifica con la pluma de su narrador principal:

Me pregunto si hago bien en extenderme tanto y recoger tan al detalle pamplinas como éstas, aquí encerrado en mi cuarto, cuando los principales actores del cuento

han muerto ya de muerte violenta, mientras la gente afuera sigue matándose con frenesí, y pende en verdad de un hilo la vida de cada uno de nosotros (MP: 107).

Perfecto retrato global de la novela: detalles que pueden evaluarse innecesarios así como la confluencia del pasado, del presente del narrador y del país y del futuro. Como era de esperarse, doña Concha es la protagonista de este apartado, ahora en relación con Tadeo y ambos con las sesiones espiritistas, reuniones que significan elementos últimos de interacción específica absoluta entre la historia y el relato pues se realizan: “se celebraba los martes” y funcionan a la vez como prolepsis de lo que sucedería más tarde. Tadeo tiene un papel pequeño como narrador en este apartado.

Dieciséis, páginas 113-121

Repaso en la narración y en la diégesis: “Esta mañana, conforme repasaba yo mis papeles”, escribe Pinedo, conjuntando así ambas vertientes de la obra. El apartado pone en relieve las personalidades de Tadeo y Luis Rosales y advierte sobre la presencia de los perros en la novela en un efecto repetitivo que sustenta la sistemática ya observada. Pinedo, tras referirse de nuevo a la muerte de la mascota de la Primera Dama, transcribe las memorias de Tadeo acerca de un episodio entre él, Luis Rosales y un perro amaestrado. La escena transcurre en Palacio, significativamente, en el mismo cuarto de baño donde Tadeo había conocido a Bocanegra. Es una jornada –“un día”– dividida en dos partes y cuya marca es ser previa al cumpleaños del Presidente que se celebraría “de ahí a cuatro días” (MP: 115). La velocidad se imprime porque Tadeo dice a Luis Rosales que vuelva a última hora de la tarde, pero este último regresa “bien temprano”, así como por la impaciencia que trasluce el secretario ante los detalles de la enseñanza del perro a lo largo del tiempo. Ayala conecta estas acciones con el episodio narrado en el apartado Siete referente al perro que interrumpe el desfile.

Diecisiete, páginas 122-132

Sumario con carga ideológica, el narrador enmarcante orienta la práctica discursiva. Desde el presente, Pinedo advierte la distancia que lo separa de todo lo que narra del pasado: “¡Qué viejos, qué lejanos, y qué triviales, qué absurdos en su insignificancia,

parecen ahora todos esos cuentos, a la vista de lo que está ocurriendo en torno a uno!” (MP: 122). La comparación entre lo que había y lo que hay es la constante, lo mismo la opinión de que tal vez lo visto como malo no lo fuera tanto. Desde esta óptica se aborda el presente con el gran protagonismo de Olóriz y los miembros del Triunvirato. Un retrato de lo que ocurre en esos momentos en que Pinedo escribe, el pasado inmediato que dio lugar a la ola de violencia y terror contraviniendo de este modo la creencia de que fueron específica y directamente Bocanegra y Tadeo los provocadores de la revolución. Los magnicidios fueron aprovechados por Olóriz y sus secuaces y Pinedo narra sus propias reacciones para encontrar cobijo durante las horas de desorden. Retorna la historia a Pinedo como personaje central, por ello reproduce la conversación que sostuvo con Loreto sobre las sesiones espiritistas y la relación que mantuvieron doña Concha y Tadeo. El espacio es todo el país cuyos habitantes se lexicalizan a través del Café La Aurora, pasando por la casa de Olóriz y la vivienda que habita Loreto. El pasado más remoto es el día siguiente de la muerte de Bocanegra fecha en que es apresada doña Concha, aunque la distancia que media entre ese hecho y el momento en que charlan Pinedo y Loreto es de “años y años”. Ayala dedica apenas unas líneas a varios días y a una conversación que “se prolongó por fin durante varias horas”, a la espera de una semana para que Loreto tuviera noticias de su amiga. Retrospección repetitiva a su sueño y las sesiones espiritistas. La prolepsis anunciada en el apartado Quince vía los espíritus tiene una nueva en esta sección porque Loreto confía a Pinedo que en ellas entes “malvados habían engañado al joven Requena, espoleando sus ambiciones y persuadiéndolo a que hiciera lo que había de perderlo” (MP: 131).

Por otra parte, dada la condición de Pinedo, éste se traslada en contadas ocasiones fuera de su espacio constituido por su casa –donde escribe– y el Café La Aurora –donde observa–, los cuales representan su estadio como narrador. Cuando es también personaje, amplía su radio de acción más allá, como en este caso hasta donde vive Loreto.

Dieciocho, páginas 133-146

Sumario de Pinedo. La conversación con Loreto da, por fin, detalles de primera mano sobre la muerte de Bocanegra y Tadeo. Hechos de tanta importancia se

delimitan en el tiempo aunque de forma imprecisa como todo lo demás: “esa noche terrible, cuando ella [Loreto] estaba dormida desde hacía quién sabe el tiempo, quizás de madrugada, vino a despertarla su amiga”. La información fluye con tropiezos: “sólo al cabo de un buen rato” doña Concha dice que Bocanegra ha muerto pero es hasta un rato después que se escucha un disparo. “Más tarde se supo” que Tadeo fue quien lo hizo. Loreto no sabe bien lo que ocurrió, cuenta en estilo directo, pero Pinedo hace alarde de conocer otra perspectiva de ese instante gracias a las memorias de Tadeo que le “habían proporcionado la clave de ese misterio”, añade el historiador para sí, “yo había leído por adelantado el desenlace en las últimas páginas de la novela y, como un detective que se reserva ciertos datos para sorprender al lector, estaba en condiciones de desenredar la trama” (MP: 135). El narrador sabe más que el personaje y hay un encuentro entre dos perspectivas internas. Por otra parte, Ayala escribe “novela” en lugar de “memorias” y la postura de su instancia narrativa es ese juego especular que tan caro le fue al granadino a lo largo de su obra. Asimismo, se plantea quizá el único instante de incongruencia en el transcurso de los hechos: el sonido del disparo justo después de que doña Concha anuncia la muerte de su esposo, el cual será retomado en el apartado Veintiséis.

El espacio tiene como base la vivienda de Loreto pero desde ahí se extiende a las habitaciones privadas de Palacio y hasta San Cosme al hacer una analepsis que da cuenta de la historia personal de doña Concha y Bocanegra, su juventud, cómo se conocieron y la participación política de aquél: “pude echar sobre el movimiento acaudillado por Antón Bocanegra la mirada retrospectiva que tanto conviene a la objetividad de historiador”, escribe Pinedo (MP: 138).

Además, se descubre el nexo que unía ya desde entonces a doña Concha con Lucas Rosales y da un giro a la historia por atribuir que es a causa de eso por lo que el senador es asesinado; nexo que se ubica en “la prehistoria”, explicita Pinedo. Un ejemplo palpable de este lazo dentro de la diégesis es una “fotografía amarillenta” (MP: 142) donde aparecen Bocanegra y doña Concha, “casi una niña”, que Loreto muestra al inválido, quien la rechaza diciendo “Es todo un documento, una pieza de museo histórico” (MP: 143). Para fijar en la memoria del lector los hechos, están las repeticiones de la muerte de Malagarriga, de sus bodas de plata, Bocanegra como Padre de los Pelados, el Chino López castrando a Lucas Rosales, la muerte de éste

último, el nombramiento de Luis Rosales. Se retoman las sesiones espiritistas de nuevo y se aporta ahora sí el elemento de anticipación ya anunciado un par de veces: Tadeo recibe un mensaje del más allá dado por el espíritu de Lucas Rosales quien le ordena librar al país del tirano.

Este apartado es el que une todos los cabos, rellena todas las elipsis, es decir, utiliza analepsis completivas, acrecienta el suspense y, por lo tanto, prepara para la segunda parte y final de la novela. Parte de ello es adelantar que Luis Rosales había muerto pero no se ha dicho hasta el momento más.

Diecinueve, páginas 147-155

La elipsis sobre la muerte de Luis Rosales se remedia aquí con conocimiento de causa: “al llegar aquí me doy cuenta de que aún no había mencionado siquiera el final que tuvo”, expone Pinedo.

La información se brinda de manera desconcertada lo cual contribuye a identificarla con la situación caótica que Ayala intenta transmitir de su país imaginario. Pinedo se justifica: “La verdad es que estos apuntes míos están resultando demasiado desordenados, y hasta se me ocurre que caóticos, tal vez a causa del desarreglo general en que todo se encuentra hoy, del nerviosismo que padecemos, y de la incertidumbre con que se trabaja” (MP: 147). Pero como no se trata sino de un borrador, no hay tanto problema, tendrá cuidado de presentarlos en orden cronológico cuando ya se trate del relato histórico. Tras la reflexión sobre su papel como historiador, retoma el tema del suicidio de Luis Rosales apoyándose en el informe del Ministro de España al respecto: Luis se suicida “en horas de la madrugada”. Tras su sepelio, el funcionario se sienta a escribir y contar a sus superiores quién y cómo era el Ministro a quien “desde hacía tiempo” se le creía con problemas mentales y “dos días antes” le habían diagnosticado cáncer.

Tratándose de un hecho de esta envergadura y como es norma en esta novela, está la perspectiva de otro narrador, en este caso, Tadeo, quien da cuenta de cómo intervino en el sepelio, para lo cual se traslada a San Cosme y ahí se encuentra con su pasado gracias a los hijos de Luis Rosales, de tal suerte que termina teniendo un encuentro sexual con la hija. Hay una analepsis dentro de la analepsis para retomar luego su propio relato primario en una posición temporal simultánea.



Veinte, páginas 156-164

Sumario con opinión de Pinedo. Continúa con el suicidio de Luis Rosales desde la perspectiva de las consecuencias familiares que es posible conocer por la correspondencia privada entre la viuda de Lucas Rosales y su prima, la abadesa Práxedes, el tema entre ellas es el futuro de los hijos de Luis Rosales. Como se ve, el narratorio de esas cartas no es el narratorio de Pinedo, pues se trata de narraciones de segundo grado o metadiegticos porque están dentro del espacio del narrador y no del público, sino que van dirigidas a un lector específico y único. Pinedo rompe esta intimidad. Asimismo, la introducción de correspondencia significa una pausa en el relato.

Los sucesos que narra la monja “hoy”, ocurrieron “anoche” y ella escribe desde su convento, en su presente contemporáneo, en el pueblo de San Cosme, a su pariente que vive en Nueva York y promete escribir para que la otra esté al día de “cuanto acontezca”. Independientemente de que la carta de la religiosa no esté fechada, sí se sabe que la prima la recibió “el pasado miércoles” pero no indica si contesta de inmediato o no. Los días en la ciudad estadounidense son igual de lentos que los del poblado lexicalizada esta lentitud por el clima, en específico la lluvia que dura “a veces, horas y horas”. El relato singulativo da cuenta de la vida de alguien que ha debido salir de su país natal y la temporalidad se determina por la adopción de un elemento que tiene que ver con el estado de ánimo: “un día de esos, insoportables”. Analepsis repetitiva sobre la muerte del senador Rosales con aportación de la perspectiva de su propia esposa y, por lo tanto, opinión ideologizante acerca de los acontecimientos pasados.

Veintiuno, páginas 165-172

El sumario de Pinedo adquiere otra forma de ser: dice él cómo termina la carta de la viuda. Continúa remitiéndose a sus papeles y la forma como los adquirió, siendo así este apartado otra analepsis completiva que rellena los datos que faltaban al respecto. Regresa a un dato brindado en el apartado Uno, el asalto a la Legación de España que une a la presencia de un nuevo personaje, don Antonio, cura del convento de Santa Rosa, cerrando el círculo en torno a Práxedes y, por lo tanto, con la familia Rosales y

encontrando un nexo con el propio Pinedo, uniéndose a su propio pasado: una de las monjas, “una tal Malagarriga, parienta lejana mía por parte de madre, de la cual apenas sí tenía yo vagos recuerdos, pero que, por lo visto, se acordaba bien de mí” (MP: 166).

Conversación con el cura, relato singulativo que aporta datos sobre el asalto al convento –única consecuencia del magnicidio–, anunciado en el apartado Uno, y lo que siguió, así como que la hija de Luis Rosales se fue primero al convento y luego a Nueva York, como consecuencia de las cartas del apartado Veinte. A la par es repetitivo pues retoma la castración de Lucas Rosales, el Chino López colgado, el suicidio de Luis Rosales, la estancia de la viuda de Rosales en Nueva York. El encuentro del cura con Pinedo dura lo que una comida pero abarca el pasado, como se ha visto. En este apartado, sobre todo, Pinedo apela a la magia, la casualidad, los milagros y la suerte como los vehículos para la obtención de los documentos con los que trabaja.

Por otra parte, hay una precisión, tras la muerte de Bocanegra, no había pasado nada en los tres o cuatro días que le siguieron, “luego, sí; una mañana apareció el cuerpo de un hombre [...] colgado como gallina”. Esto es, la muerte del Chino López fue inmediata al asesinato del Presidente, pero sin especificar quién le dio muerte, sugiriendo que era desde la Casa Grande pero ésta se hallaba deshabitada desde el suicidio de Luis Rosales, por lo tanto, primero fue el suicidio, luego el asesinato del Presidente y después el del Chino López, más tarde el asalto al convento y entonces es cuando Pinedo obtiene la correspondencia entre las primas. Este apartado ayuda a colocar los acontecimientos de la historia en orden cronológico y espacial.

Veintidós, páginas 173-183

Pinedo encuentra entre los papeles entregados por el cura el diario de María Elena, la hija de Luis Rosales escritas “a raíz del suicidio de su padre”. Ayala, como se ha visto, fragmenta la narración en pasado en cartas y, en este caso, en un diario que reporta casi de forma inmediata lo sucedido, dice Genette al respecto:

El diario y la confidencia epistolar combinan constantemente lo que en lenguaje radiofónico se llama el directo y el diferido, el casi-monólogo interior y el relato *a*

*posteriori*. Aquí, el narrador es a un tiempo el protagonista y cualquier otro personaje: los acontecimientos de la jornada ya son parte del pasado y el ‘punto de vista’ puede haberse modificado a partir de entonces; los sentimientos de la noche o del día siguiente son plenamente del presente (Genette, 1989: 275).

Esta narradora comienza con “toda la noche he llorado” como especificación temporal, “he llorado la noche entera sin hallar consuelo”. Su narratario es su cuaderno: “Ayúdame tú, siquiera”. Ella aporta información sobre los instantes posteriores al suicidio de su padre a quien no trata con demasiado afecto al principio “habían conseguido deshacerse del fardo”, pero no escribe inmediatamente después del fallecimiento de su progenitor ni es éste el motivo sino el encuentro sexual con Tadeo, tras el cual se confesó con el cura don Antonio, reproduciendo de manera indirecta lo que vivió carnalmente porque cuenta lo que le contó al confesor y dedica apenas unas líneas al tema. Lo escrito en el diario lleva al pasado no sólo de ella sino de los Rosales, encadenando de esta forma su historia con la de Bocanegra y aportando su punto de vista, heredado de las opiniones de su madre pero, al igual que Pinedo, reconsiderando lo que repetía. Hay otro hecho del pasado tan importante como el mencionado: la primera menstruación, encasillada como suciedad.

Por otra parte, como ocurre con el supuesto monólogo de Pinedo, este tampoco lo es en rigor, pues es un texto muy cuidado que, aunque se diga que no tiene destinatario, guarda inmensa coherencia y sujeción de pensamiento.

Veintitrés, páginas 184-188

Sumario con opinión de Pinedo. Aclaración de que María Elena estuvo “pocas semanas” en el convento. La continuación de la historia de la chica se sabe a través de otra carta de Práxedes a su prima, Pinedo omitió decir nada de ella hasta ahora.

La religiosa narra cómo se enteró de la experiencia sexual de María Elena, ligándola a los antecedentes familiares, los cuales son tenidos como la causa de su comportamiento, por lo que decide enviarla de inmediato a Nueva York; la narradora confirma lo que ya se sabía, aportando detalles nimios y basando su relato en lo que la conducta de la joven puede provocar en la comunidad en la que se inserta. Prolepsis que ya es pasado: “De manera que, hacia la fecha en que recibas esta carta, ya estará todo listo, calculo; y tan pronto como esa alhaja vaya a salir vía Nueva

York, te pondré un telegrama para que puedas ir a esperarla y te hagas cargo de ella” (MP: 188).

Veinticuatro, páginas 189-202

Nueva reflexión valorativa de la conveniencia de los documentos leídos hasta ahora por parte de Pinedo. Retorno a las memorias de Tadeo, transición temporal. La interrupción o desaceleración que ofrecen las cartas y el diario se articulan con un silencio del secretario dentro de sus propios textos pero, en contrapartida, se acelera el proceso de contar pues ahora “va derecho al grano”, “su pluma corre como si [...] llevara una jauría a los talones” (MP: 190). Lo que aborda Tadeo es su relación con doña Concha, su gestación, sus altibajos, reproduciendo conversaciones con ella. Referencia de nuevo a las sesiones espiritistas aportando también datos sobre su participación en ellas, “hasta que, de pronto, el martes último” (MP: 193), especifica Tadeo; su papel se vuelve más activo y deja de ser simple observador, ratificando así lo contado por Loreto de que Rosales se pone en contacto con él y mostrando el origen de la confabulación de doña Concha para deshacerse de su marido. Mención de Doménech como muestra del comportamiento desconfiado de Bocanegra. El tiempo al que se refiere Tadeo en este apartado inicia ese martes de la sesión y se extiende a “los días sucesivos, hasta hoy” (MP: 197), “ha sido una semana terrible” que se corrobora “¡qué semana de infierno!” (MP: 198) que concluye el siguiente martes con una nueva reunión metafísica. Diez páginas para una semana.

Veinticinco, páginas 203-209

Comentario ideológico de Pinedo muy corto, cede la palabra a la narración de Tadeo centrada en esta ocasión en el malestar que vivía tras su encuentro con el ectoplasma del senador, salpimentado por un sueño –otra vez un elemento de desaceleración y pronóstico–, el malestar del mal dormir al día siguiente, reflexión sobre la rutina a que está expuesto y, como forma de transición, cambio de espacio al salir de Palacio. Desaceleración narrativa gracias a las descripciones de lo que ve. Encuentro con Ángelo que actúa como motivo de analepsis hacia su pasado compartido. Cuatro páginas para narrar una mañana. Interrupción de las memorias y de Pinedo para aclarar que “el joven secretario no escribiría más hasta la noche en que murió

Bocanegra”. Anuncia un final que no es tal porque “pero esa noche, todavía encontró tiempo, antes de abandonar éste, para dejar redactadas unas cuantas hojas más: las últimas”. Prolepsis sobre analepsis.

Veintiséis, páginas 210-215

Pinedo recuerda al lector su conversación con Loreto y retoma la incongruencia entre el sonido del disparo y el anuncio de la muerte de Bocanegra hecho por su esposa perfilado en el apartado Dieciocho, y se dispone a proporcionar la verdad a través de documentos fidedignos, en este caso, los escritos de Tadeo quien cuenta los últimos instantes del Presidente. Es, en este punto, que el lector debe esperar veinticinco apartados para enterarse de cómo ocurrió el asesinato del mandatario y por qué razones.

El narrador, Tadeo, relata en el presente contemporáneo los sucesos al mismo tiempo que reflexiona sobre el futuro: “sólo yo sé qué día tremendo será el de mañana” y anuncia lo que se figura pasa el gobernante: “el corpachón dormido y abotargado de Bocanegra empiece a agitarse en los estertores de la muerte” (MP: 211). Es el pensamiento anticipatorio de alguien que imagina las consecuencias inmediatas de sus actos recientes, son divagaciones, no hechos reales, cortadas por la intervención de Pinedo que narra lo ocurrido en lugar de continuar transcribiendo las palabras textuales del secretario, y lo hace también desde la suposición: “no hay que decir con qué inmenso sobresalto éste, que ya lo daba por muerto, sentiría la llamada de su jefe”. Continúa explicando Pinedo que Tadeo escribió para dejar constancia de la complicidad de doña Concha. Hasta después de sus propias disertaciones y haberse encomiado a sí mismo por dejar testimonio, el historiador cede otra vez la palabra a Tadeo quien escribe sus últimas líneas.

El resto de la trama es la ignorancia de lo que en realidad sucede a continuación y que incluye el asesinato de Tadeo. Y todo se resume a unas cuantas horas que van del final de una recepción en Palacio a la muerte del secretario, el ritmo es lento y se hacen muchas pausas para proporcionar el suspense necesario con un discurso contaminado de lenguaje teatral que contribuye a la lentitud de la secuencia narrativa: “Hasta que ella no dé el grito de alarma convenido para poner en movimiento la tramoya y comenzar la farsa, tengo que estarme aquí. Pero ¡qué largo

se hace el tiempo! ¡Qué lentos son los minutos, qué perezoso el reloj en las horas de la noche!” (MP: 212).

Veintisiete, páginas 216-220

No hay sumario, Pinedo de manera testimonial entra de lleno en revelar lo que a su propio ver es lo más importante: cómo llegó el manuscrito de Tadeo a sus manos. Pinedo reproduce entonces la conversación que tuvo con Sobrarbe en la Pensión Mariquita, donde viven ambos, sobre la mañana siguiente a la muerte de los funcionarios públicos. Se trata de unas cuantas horas resumidas en un par de páginas. Se pasa de lado y de prisa sobre los pormenores de la muerte de Tadeo y el accidente posterior de Cortina.

Veintiocho, páginas 221-223

El apartado más corto inicia con una disertación de Pinedo similar a la que abre el apartado Uno. Repasa lo acontecido repitiéndolo salpimentado con su opinión para adentrarse en los sucesos nacionales que siguieron como consecuencia de la acefalia del país hasta la instauración de la Junta de Defensa del Pueblo con un ritmo muy rápido y sin dar mayores explicaciones.

Aquí sucede algo sumamente interesante para la trama pues Pinedo explica que su relato histórico abarcará un lapso que va “desde la tormentosa sesión del gabinete espontáneamente reunido en Palacio al cundir la noticia del asesinato de Bocanegra, hasta el momento presente” (MP: 223). Evidentemente todo lo que ha sido contado a lo largo de *Muertes de perro* hasta este apartado no formará parte de ese libro. Es precisamente el grueso del *corpus* de su obra el que desconocerá para siempre el lector de la novela, pues apenas se le dedica espacio, y de manera tangencial, en este y los dos siguientes apartados.

Por otra parte, se aclara la temporalidad pues en el presente de Pinedo toma parte Pancho Cortina convaleciente de su herida al rodar por las escaleras tras matar a Tadeo, en ese mismo lapso se realiza la conversación con Loreto, el gobierno del Triunvirato y su relación con Olóriz. Este es el relato primario.

Veintinueve, páginas 224-231

Pinedo, dentro del relato primario, centra la atención en Cortina, quien es la esperanza del pueblo por ser a quien correspondería asumir el mando tras la muerte del Presidente, pero antes deberá enfrentarse a Olóriz. En una analepsis, el narrador retoma la conversación con Loreto en este tenor, buscando los preparativos de Cortina y doña Concha para que aquél asumiera el poder tras la muerte de Bocanegra y, entonces, convertirse en un dictador. Además de repetir datos retrospectivos –la muerte de Malagarriga, las sesiones espiritistas, el Triunvirato–, la narración del historiador se centra en la figura de Olóriz como pieza del ejercicio del poder del momento, su labor de asesino virtual y su propia relación con él.

Treinta, páginas 232-235

En apenas cuatro páginas Ayala desarrolla el final de la novela a través del final del principal protagonista en la historia del país imaginario, Olóriz, más la amenaza de final también para Pinedo quien reproduce en estilo indirecto y en tiempo presente una conversación con el anciano. En cuatro páginas se da cuenta de veinticuatro horas que comienzan cuando Pinedo “después de una larga conversación” con Olóriz, se siente amenazado. Tras reflexionar, viene la espera “hasta las dos y media de la madrugada” que llama por teléfono al viejo y acude a verlo. Éste “no tuvo que esperar mucho –escribe Pinedo– ni media hora tardé en estar ahí” (MP: 234), poco tiempo si se reconoce que se trata de un inválido desplazándose en su silla de ruedas. Matar al anciano le lleva “un solo instante”, tras lo cual, “con diligencia, hice girar las ruedas de mi sillón, y acabo de reintegrarme a casa” (MP: 235). La celeridad es más que evidente y se remata con el futuro cercano: “dentro de pocas horas, cuando se difunda la noticia [...] el país respirará aliviado”. Cerrándose así el relato primario con una prolepsis.

Como es posible observar, la alta cantidad de apartados y su brevedad contribuyen a enfatizar la sensación del caos por dejar interrumpida la información y dar pie a las disertaciones ideológicas del narrador principal a través de los sumarios, los cuales son las articulaciones narrativas entre uno y otro apartado más frecuentes y estos no corresponden exactamente con las rupturas espacio-temporales sino con episodios de la narración. El orden del discurso, como fue posible advertir, tampoco corresponde con el de la historia y está lleno de analepsis y prolepsis, el ritmo

narrativo se acelera y ralentiza de acuerdo al énfasis que desea imprimirse a cada suceso o si se desea pasar de largo lo más pronto posible para abarcar más tiempo de la historia.

### 3.3 Voces y personajes

Como ya se ha mencionado, *Muertes de perro*, se caracteriza por su polifonía. Hay, a su vez, un buen número de personajes que son a la vez narradores y otros cuya voz se hace escuchar a través de aquéllos. Este hecho provoca la creación de un tono de testimonio, “una nueva distancia a añadir a la ya tradicional autor/lector”, explica José Carlos Mainer (1967: 3), y continúa:

Este último [el lector] siente que el texto supone una interpretación que hay que desentrañar si verdaderamente quiere penetrar en la intención última del autor “de veras”. Por otra parte, el autor no se inmiscuye directamente en la novela, al dejar al lector la organización de los datos que aquí y allá esparce camuflado en su actividad puramente transcritora. Así se puede hablar, como lo hizo Henry James, del carácter deliberadamente confuso de tal tipo de narración (Mainer, 1967: 3).

Este tipo de novelas no es escrito por el autor sino por personajes cercanos al círculo del gobernante como ocurre con Pinedo y Tadeo, o meros espectadores como es el caso de José Lino Ruiz. El tiempo, como afirma la especialista, es un regreso al pasado para justificar el presente “en el que un acontecimiento fundamental para esta clase de gobierno es el motivo que desencadena la reflexión” (Bobes, 1993: 10), a la par que se presenta sin linealidad: “los episodios no suelen mantener una cronología continuada sino fluctuante, hasta caótica” similar al estado en que se encuentra la nación ficticia (Bobes, 1993: 10). La intertextualidad funde la tradición con la renovación por lo cual se encuentra desde lo religioso, lo literario de otras épocas y se incluye aquí la autotextualidad como la de *El Quijote*, que en este caso utiliza Ayala a través de su personaje Pinedo y sirve de punto de unión de sus dos novelas (Bobes, 1993: 13).

Entre los personajes, dice Bobes, el tirano se encuentra de forma omnipresente en el relato. Como se ha demostrado, el tirano o dictador para efectos



de este estudio no lo es precisamente Bocanegra, sino que es una figura política compartida con Tadeo y con Olóriz. Esto significa que el poder es sinónimo de arbitrariedad en todo aquel que lo detenta.

La mirada restrictiva no sólo es prerrogativa de Bocanegra, sino también de Requena y aun de Pinedo.

Para empezar, es preciso señalar cuáles son los personajes, de qué grado son, y su relación entre ellos. Primarios son: Luis Pinedo, historiador y voz narrativa; Tadeo Requena; secretario particular del Presidente; Antón Bocanegra, Presidente de la República; doña Concha, Primera Dama; Luis Rosales, tutor de Tadeo, padre de María Elena y de Ángel, hermano del senador Lucas Rosales; Olóriz, tío de Loreto y cabeza del Triunvirato erigido tras la muerte de Bocanegra; Lucas Rosales, senador, hermano de Luis Rosales; Francisco/Pancho Cortina, comandante, luego coronel de la Dirección de Seguridad del Estado, asesino de Tadeo; Práxedes del Sagrado Corazón de María, abadesa del convento de Santa Rosa, tía de María Elena y Ángel; prima de Práxedes, viuda de Lucas Rosales, tía de María Elena y Ángel, Antenor Malagarriga, Ministro de la Guerra; Loreto, viuda de Antenor Malagarriga; María Elena, hija de Luis Rosales, hermana de Ángel, sobrina de Práxedes y de su prima; el Ministro de España; Camarasa, periodista español.

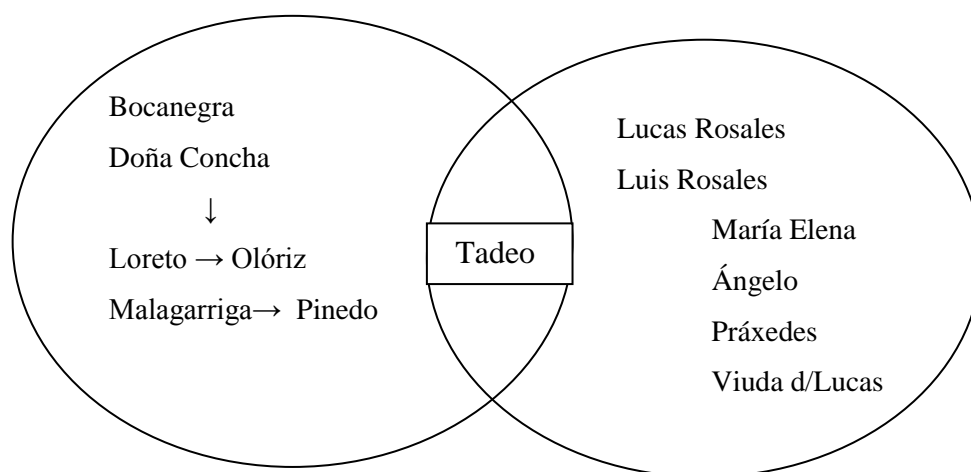
Secundarios por orden decreciente de importancia o intervención: Chino López, quien castró a Lucas Rosales; Don Antonio, cura de la iglesia de Santa Rosa; Falo Alberto, Rufino Gorostiza 'La Bestia' y Tacho Castellanos, miembros del Triunvirato; Carmelo Zapata, vate; Sobarbre, asistente de Tadeo Requena; Luna, gallego y tendero; Mr. Grogg, embajador de EUA; Tuto Ramírez, secretario de la Exposición Nacional de Artes Populares y Folklore Nativo, organizada por el Instituto de Artes, Ciencias y Letras de la Nación; Doménech, empresario y miembro del gabinete; Luis R. Rodríguez, periodista español; José Lino Ruiz, comerciante.

Y se añade aquí un tercer grado correspondiente a aquellos que simplemente son mencionados más como parte del paisaje que como actores en sí, esto es, son los que producen el efecto de realidad: Monja Malagarriga, parienta lejana de Pinedo por parte de madre; Adelita y Angustias, asistentes de Tadeo; Hermenegildo del Olmo, presidente de la Academia Nacional de Artes y Bellas Letras; el Ministro de

Hacienda; Toño Zaralegui, sociólogo; Juancito Álvarez, uno al que se llevaron del pueblo de Tadeo; Serafín Lovera, cleptómano.

La sociedad en la que se desarrolla *Muertes de perro* es muy cerrada en tanto se trata de un par de familias, básicamente, en la obra se narran las relaciones que se dan entre éstas y los demás miembros de un grupo muy estrecho y cercano a la Presidencia. Por una parte están los Rosales, Lucas y Luis, quienes a su vez tienen relación con Práxedes, la abadesa. Como ya se ha mencionado, Luis Rosales es padre de María Elena y Ángel. Lucas tuvo hijos pero no se les menciona por sus nombres, sólo se hace la referencia a ellos en la carta que envía su madre a su prima Práxedes. La viuda de Lucas se marcha a New York con sus hijos tras el asesinato de él.

El otro grupo importante sería el conformado por Bocanegra y doña Concha, a quienes se suman Loreto y su esposo Antenor Malagarriga; ella es íntima amiga de la Primera Dama y sobrina de Olóriz, mientras que él es tío de Pinedo.



Como se ve en el gráfico, el elemento que une a estos grupos es Tadeo, al estar relacionado con el Presidente por el trabajo y con la Primera Dama por ser su amante, por una parte, y por otra porque es el tutorando de Luis Rosales y porque tiene relación con María Elena. Es el elemento externo el que funciona como punto de unión.

El universo de esta novela está formado por grupos sociales con heteroglosias propias.

Una vez especificadas las relaciones entre personajes principales, se puede ingresar en el apartado de las voces narradoras que intervienen en esta obra, las cuales son seis principales, siendo una primaria y cinco secundarias:

1. Luis Pinedo, el narrador principal y compilador de documentos es la principal instancia narrativa y su relato enmarca el de los demás.

Secundarias, caracterizadas por ser testimonios escritos suministrados por el narrador principal o enmarcante –Pinedo–:

- a) Tadeo Requena, secretario particular del Presidente, a través de su diario (sueños incluidos);
- b) El embajador de España, a través de su correspondencia oficial;
- c) La abadesa Madre Práxedes, a través de su correspondencia privada con la viuda de Lucas Rosales;
- d) La viuda de Lucas Rosales, a través de su correspondencia privada con Práxedes;
- e) María Elena, huérfana de Luis Rosales, a través de su diario.

A la par, hay tres personajes cuyas aportaciones a la historia son hechas a través de conversaciones con Pinedo, quien las reproduce en estilo indirecto:

- a) Loreto, amiga de doña Concha, esposa del General Malagarriga, sobrina de Olóriz;
- b) Don Antonio, el cura del convento de Santa Rosa;
- c) Sobrarbe, asistente de Tadeo.

La voz de Pinedo es la de un personaje redondo por su complejidad, que termina sorprendiendo al lector por su actuación final; se dedica a compilar documentos y tomar notas. Como narrador y en su papel de historiador dentro de la trama, somete el pasado a revisión, postura tradicional difundida desde el Renacimiento, a la que suma su autoridad adquirida tanto por su linaje –proviene de una larga estirpe de escribas– como por ser testigo de los hechos, protagonista y observador.

Su movilidad, si bien limitada por su invalidez, abarca todos los ámbitos en los que se mueven los demás personajes gracias a los documentos que posee.

Literalmente, va de la Pensión Mariquita donde vive al Café La Aurora, a casa de Loreto y a casa de Olóriz. Los otros, por su parte, también tienen un radio de acción muy reducido en cuanto al espacio. El de Bocanegra es la capital, San Cosme, Palacio, Universidad y Academia de Buenas Letras; el de Tadeo es menor: San Cosme, capital, Palacio, plaza; el de Lucas y Luis Rosales es San Cosme y la capital; el de doña Concha San Cosme, la capital, Palacio y la cárcel, por citarlos esquemáticamente. Esto se desarrolla más abajo, en el apartado correspondiente.

Requena, personaje agónico en tanto que se debate en constantes alternativas (cfr. Villanueva, 1989), inicia su diario, precisamente, a partir de su cambio de suerte al entrar a trabajar como secretario particular del Presidente y dejar atrás su pasado de muchacho pueblerino; en sus escritos narra los pormenores de la vida cotidiana u oficinesca en la presidencia, su relación sexual con la Primera Dama, su encuentro fugaz con María Elena y el asesinato de Bocanegra.

El embajador hace del conocimiento de sus superiores en España tres hechos de muerte específicos: el asesinato del senador Lucas Rosales, la muerte de la perra faldera de la Primera Dama y la reacción estadounidense y el suicidio de Luis Rosales. Podría sustentarse que fue premeditado por parte de Ayala que la obra fuese ubicada fuera de su país natal al introducir la figura del ministro español entre sus personajes.

La correspondencia de la monja con su prima tiene como tema el futuro de la sobrina de ambas, la cual se ha quedado huérfana y, además, ha perdido su virginidad. El diario de la chica gira en torno a estos mismos sucesos.

Las conversaciones entre Loreto y Pinedo tienen como tema la relación extramatrimonial que la Primera Dama mantiene con Requena, así como los sucesos del día del magnicidio y los días previos; el sueño de Loreto es una cuestión religiosa que atañe a ella y su esposo. Ella es un personaje *ficelle*, o mero enlace entre los otros personajes, momentos y espacios. De igual manera funcionan don Antonio y Sobrarbe. El párroco da detalles sobre el asalto al convento y la suerte de María Elena, es más un personaje que repite datos pero desde la perspectiva del pueblo. Sobrarbe, por su parte, narra cómo fue la mañana posterior al asesinato de Bocanegra en Palacio.

En cuanto a los textos, la mayoría son documentos pertenecientes a la esfera de lo íntimo y, con excepción de los informes del Ministro de España y el manuscrito de Tadeo, dan cuenta de sucesos alrededor de los magnicidios pero no de éstos en sí. Todos llegan a manos del narrador principal debido tanto a causas fortuitas como a acciones realizadas con tal propósito. La embajada de España fue saqueada, tras lo cual Pinedo logra que el custodio a cargo le permita entrar y apoderarse de los archivos que contienen la correspondencia oficial entre el embajador y sus superiores en la península. Las cartas de la abadesa le llegan a través del párroco de la iglesia de Santa Rosa y capellán del convento al que pertenecía la religiosa: tras la muerte del Presidente Bocanegra, el claustro fue asaltado y el sacerdote, al ir a rescatar a las monjas, recoge un legajo de papeles que imagina podrían ser importantes; una de las religiosas, quien resulta ser pariente de Pinedo, conocedora de su oficio de historiador, le habla de él al prelado, por lo cual este hombre entrega al tullido el conjunto de documentos que incluía la conversación epistolar entre Práxedes y su prima acerca de la sobrina de ambas, María Elena, cuyo diario (un cuaderno escolar que le había sido confiscado) también iba entre los demás escritos.

La fuente principal de datos de Pinedo, las memorias de Tadeo Requena, escritas en papel membretado de la presidencia, le son entregadas a Pinedo por Sobrarbe, un oficial administrativo que trabajaba bajo las órdenes de Requena y que era a su vez vecino del historiador en la misma Pensión Mariquita, tras el magnicidio.

Alberto Álvarez Sanagustín (1981) se ha ocupado con detalle de los personajes de las novelas ayalianas otorgando a cada uno su papel actancial de acuerdo con la semiología de la narración. Así, Rosales cumple el papel de *actante-oponente* de la pareja Bocanegra-Concha; Luis Rosales pasa de *oponente virtual* a *ayudante* al educar a Tadeo; Malagarriga también es *ayudante* porque acepta el Ministerio de la Guerra; pero Luis y este último son más bien *beneficiarios* del poder presidencial. El Chino López es *ayudante* porque contribuye a la venganza de doña Concha sobre Lucas, por lo tanto es *oponente* del senador; Loreto es *actante ayudante*; el embajador americano y el negro Zapata son ayudantes menos relevantes porque adulan a Bocanegra y a Concha. *Actantes-oponentes* son Camarasa y Doménech. Pancho Cortina pasa de *ayudante* de Bocanegra cuando trae a Tadeo a

*oponente virtual* una vez que es encumbrado; Olóriz tiene el papel de *destinador*. Para aclarar mejor esta jerarquía entre los actantes, transcribo aquí una nota de Álvarez:

Los papeles de *beneficiario*, *ayudante* y *oponente* son menos importantes –aunque influyen en el desarrollo de la acción– que el *sujeto*. Por otra parte, no hay que olvidar la importancia del *destinador* –el que maneja la conducta de los otros– que, aunque muchas veces es asumido por el autor –siempre, en sentido amplio–, también puede ser actualizado por un personaje que dirija a los demás (Álvarez Sanagustín, 1981: 95).

Los personajes son analizados con más detalle más adelante, tras hacer la revisión del concepto de poder en Ayala y en Foucault con la finalidad de mostrar su composición (redondos o planos) y sus potencialidades semionarrativas ligadas al poder, esto es, cómo a través de ellos se ejemplifican las diversas maneras de detentar el poder. Por tal razón el análisis se centra sólo en unos cuantos de ellos, los más relevantes para el tema central de esta investigación.

### 3.4 Recepción de *Muertes de perro*

Como el propio Ayala dice, su novela *Muertes de perro* fue bien recibida por la crítica. En general así fue, salvo contada excepción. Los primeros textos sobre esta producción ayaliana fueron reseñas aparecidas en diarios y revistas que vieron la luz el mismo año de su publicación, finales de 1958. Miguel García-Posada matiza su recepción recordando que Ayala es “en cierta manera, un escritor latinoamericano – su nombre había sido proscrito de nuestros centros oficiales [en España]– que se dirigía a un público fundamentalmente latinoamericano” (2006: 7).

*La Nación*, uno de los principales diarios de Buenos Aires, ciudad donde se publicó la novela, saca a la luz una nota de Manuel Lamana, el domingo 28 de septiembre de 1958, en cuyo *lead* marca su similitud con Valle-Inclán y Miguel Ángel Asturias al mostrar con crítica acerba “esas satrapías tan características de América Central”. El periodista califica la novela como “drama brutal” y enfatiza sus

formas de ridiculizar y caricaturizar a sus personajes. Se trata, si no la primera, al menos sí de una de las nacientes reseñas de *Muertes de perro*. Su reseñador conoce la obra de Ayala, con certeza porque Ayala colaboró con ese periódico durante sus años argentinos, por eso escribe: “¿Serán tal vez sus fuertes conocimientos sociológicos los que lo llevan a mostrar al hombre de sus libros de ficción –tras la burla, tras la ironía– con tan amarga faz?”. Lamana califica la prosa de Ayala como “rica y equilibrada”, llena de “frases lentas y barrocas”, además de colocarlo en el cartel de la fama con las siguientes palabras:

[Ayala] ya había publicado por entonces [1936] algunos de sus primeros libros, aunque aún no gozase de la fama –ni él, ni Jarnés, ni Espina, ni los demás prosistas de su generación– que habían alcanzado los poetas de aquel tiempo. Guillén, Alberti, García Lorca, toda la pléyade del renacer poético español mostraba su medida, anunciaba una plenitud gloriosa. Los prosistas parecían rezagados. Siempre ocurre. Después fue la guerra, la dispersión o la desaparición de estos hombres (Lamana, 1958 s/p).

Ese mismo mes las reseñas se extienden hasta Estados Unidos, donde W. K. Mayo, recalando en el humorismo de Ayala como conferenciante al hablar de las diferencias entre Hispanoamérica y el mundo yanqui, dice que *Muertes de perro* es “la novela más sorprendente y más hispanoamericana que imaginarse pueda”. Para Mayo “se trata de la Bomba H literaria más explosiva que se haya fabricado en los gabinetes literarios contra las dictaduras”; es más, “no se ha hecho un psicoanálisis literario tan fino, tan implacable, del tiranuelo que han padecido y padecen aún algunos países latinoamericanos como el que Ayala ha hecho con maestría de psicólogo, sociólogo y satírico”. El personaje que más le llamó la atención a este redactor fue el de doña Concha, por eso transcribe todo ese párrafo en el que se le describen lo que Pinedo considera los defectos que la llevan a la muerte.

En la española *Ínsula*, en su número 144 correspondiente al 15 de noviembre de ese mismo año, se dio a conocer la nueva de la publicación gracias al espíritu solidario y valiente de José Luis Cano, su director, quien en pleno franquismo creó y mantuvo sin cejar su labor cultural. Para Cano esta novela cuyo título le extraña, representó “un proceso notable en la carrera literaria del autor” y que no se parece en nada a sus predecesoras *El señor presidente*, de Miguel Ángel Asturias, y *Tirano*

*Banderas*, de Valle Inclán, “ni en el asunto ni en el tono”. Opina que “está escrita en forma de crónica de los sucesos revolucionarios”, formando “un pintoresco cuadro”; estima que “posee la grandeza y ludibrio de un esperpento de Valle Inclán”; en su estilo hay frialdad y sencillez, objetividad y desapasionamiento y concluye el reseñador escribiendo que con esta obra “el lector no tiene tiempo de aburrirse, cosa tan frecuente en tantas novelas de hoy” pues sus características tales como “la claridad, fluidez y causticidad del estilo contribuyen en gran manera a convertir este relato en lectura sabrosísima, que el buen catador de novelas no debe perderse” (Cano, 1958: 7).

El 22 de noviembre de 1958, Rosa Arciniega da muestra su formación al hacer más un breve pero atinado análisis literario de la novela que una simple reseña, apuntando rasgos claves como el “título sorprendente y despistador”, que en la imaginaria nación “nadie muere allí de muerte natural”, que “el destino, el fatum, parece merodear en torno a estos personajes” o que “a la calle no se la oye en el libro”. Ella observa que Ayala no sigue los mismos pasos que Valle-Inclán o Miguel Ángel Asturias sino que “ensaya caminos propios”, consistentes estos en mostrar un proceso dramático desde dentro. Asimismo enfatiza la existencia de un narrador que alterna su propia narración con la de otros narradores y el estilo “a ratos descarnado, crudo áspero de la expresión”, duro en el concepto, no en la frase. Arciniega publicó su texto en dos ciudades argentinas, Buenos Aires y Valparaíso, con una semana de diferencia.

Álvaro Fernández Suárez le dedicó también un texto que vio la luz en la revista madrileña *Índice*, en su número 119, correspondiente a noviembre de 1958, cuya subdirección tenía a su cargo. Fernández fue un escritor y economista español que conoció también el exilio como Ayala, con la diferencia que a él no le fue tan bien en Sudamérica y solicitó su reingreso a España en 1954. *Muertes de perro* ha sido calificada como novela “híbrida” (cfr. Orringer, 1996) por la mezcla de géneros que utiliza. Esta característica asimismo fue calificada como poco afortunada en la reseña de Fernández Suárez:

Ayala no se muestra un virtuoso en esta materia, la técnica. Incluso acude a recursos tan frecuentados como la posesión de documentos que caen demasiado casualmente



en manos del cronista (véanse los papeles de Toledo del *Quijote*, para no ir a otros precedentes) (Fernández Suárez, 1958: 23).

El catalán Manuel Durán, le hizo eco en 1959 en la *Revista Hispánica Moderna*, en su número XXV: 1-2; el crítico literario residía en EUA desde 1952, era catedrático en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Yale y mantenía contacto con la península a través de sus artículos (cfr. Noguera/Guzmán: 2005). Durán considera que *Muertes de perro* no tiene

la densidad y el calor humano de los mejores relatos de *La cabeza del cordero*; sería acaso difícil hallar en ella páginas tan mordaces y de una ironía tan amarga y convincente como algunos fragmentos de *Historia de Macacos*. El efecto general, sin embargo, es más poderoso y eficaz, quizás porque el impacto de una novela sea de por sí superior al de una colección, siempre forzosamente homogénea, de cuentos. [...] Lo amargo de la sátira recuerda a Quevedo y Gracián, o en lo moderno, al mejor Pérez Ayala (Durán, 1959: 109).

Algo que Durán ve es que se al tratarse del “análisis de los ‘factores reales del poder’ sólo un novelista que fuera a la vez sociólogo –como lo es Ayala– podía llevarlo a cabo con tanta precisión” (Durán, 1959: 109).

La revista *Sur*, imprescindible vínculo entre la producción literaria de América y Europa, en la cual publicaban firmas de la talla de Jorge Luis Borges, Aldous Huxley o Henri Michaux, tampoco se vio ajena a que Ayala retornara a la escritura de creación, fue la pluma del poeta Jorge A. Patia quien, en la edición 257, de marzo-abril de 1959, dedica tres páginas a la novela del escritor granadino, con un comentario menos elogioso de lo que era habitual. Antes que caer en la tentación de elevar a Ayala al cielo de los clásicos, Patia, tras haber hecho una lectura cuidadosa expone que la novela tiene un defecto, “la intención principalmente documental”. Opina que lo primero que salta a la vista son la intención “documental o semi-documental propia de un historiador; luego las reflexiones y comentarios naturales de un ensayista”, después ya se cae en la ficción. Para el experto, el libro fue escrito más con la mentalidad del ensayo pero para aligerarlo Ayala “concibió situaciones novelescas que engendraron a su vez personajes”, y explica cómo es esto: “me

parece cierto que los personajes de *Muertes de perro* viven, y a veces nacen, en función de situaciones, y que éstas se originan para aligerar el documento histórico-sociológico”.

Esta situación se concatena con lo que Patia califica de debilidad en la obra:

Entiendo que se trata de una falla estructural, de nacimiento, digamos, que afecta a lo novelesco del libro en su raíz y que resulta irreparable por mucho que el autor ponga a contribución luego sus innegables dotes. En la concepción inicial del libro. En su estructura básica está el defecto. Es sumamente difícil lo que el autor se propuso. No es extraño, entonces, que no pueda ocultar la naturaleza híbrida de su concepción, ni que la constante referencia a testigos de la acción, la cita y comentario de documentos y otros recursos propios del historiador introduzcan cierta morosidad en la trama y produzcan en el lector algunas confusiones (Patia, 1959: 71).

La propagación de la existencia de la novela se realizó también en el diario bonaerense *Clarín*, apareció una nota el 30 de agosto de 1959 a propósito, escrita por el versátil escritor argentino Conrado Nalé Roxlo, al cual menciona Ayala dentro de su novela *El fondo del vaso*, en un efecto intratextual.

Nalé Roxlo analiza el tema de la tiranía, doliéndose de que no sea apetecible para los novelistas americanos a pesar de que ha habido gran cantidad de esos gobernantes y de todo tipo, desde “el sombrío, hermético y sanguinario”, hasta “el botarate parlanchín”. Por eso él clasifica la novela de Ayala como “de un tirano y su tiranía” y dentro de la picaresca negra. Pondera la rara habilidad de Ayala de aclimatar al lector a ese “clima de angustia y presagio” a tal grado que no se sorprende de nada de lo que pasa; así como la mezcla de tensión y violento humorismo. El argentino observa con acierto que “a la oscura e indefensa plebe no se le da vela en este gran entierro de los valores humanos” (Nalé Roxló, 1959: 4-5)

El crítico y novelista Ricardo Gullón desde su estancia en EUA, donde se instaló desde 1956 y vivió quince años, escribió sobre *Muertes de perro* para *La Torre*, la revista general de la Universidad de Puerto Rico, en su número 24, correspondiente a octubre-diciembre de 1958.

En ese mismo país, Nilita Vientós Gastón<sup>17</sup> dio cuenta de ella en el diario *El Mundo*, el día 31 de enero de 1959.

Chile supo de la obra ayaliana gracias a Arturo Torres-Rioseco, quien como director de la *Revista Iberoamericana*, publicó “La dictadura, tema novelístico” en el número XXIV del segundo semestre de 1959. Este crítico chileno era profesor de Literatura Hispanoamericana y jefe del Departamento de Español y Portugués de la Universidad de California (Berkeley) justo cuando la aparición de *Muertes de perro*.

En New York se supo de la novela de nuevo en julio de 1959 gracias a *La Voz*, donde Vera Maslow lee a Ayala a la luz de Ortega y Gasset y Jean Paul Sartre, porque para ella se trataba de un asunto en boga: “ There has been considerable dicussion in recent years concerning the difference between a philosophical treatise and a novel written by the same philosopher, notably around the name of Sartre” (Maslow, 1959: 18). La autora considera que *Muertes de perro* puede ser clasificada dentro del género de “novelas de vida y esperanza” y pone el acento en que en ella aborda Ayala un tema de mucho interés para los estadounidenses, a saber, las dictaduras, el problema del caudillismo en Latinoamérica. Asimismo recalca el episodio en el que aparece un embajador de Estados Unidos en el imaginario país, haciendo el ridículo al llevar un perro en un avión de la armada. De igual manera, enfatiza la labor del intelectual que proclama Ayala: “the true mission of the intelectual [...] consists in being the defender and custodian of certain perennial values, such as truth, freedom, and justice, and thereby of a certain quality of culture” (Maslow, 1959: 17).

En 1959-1960 *Muertes de perro* ya había aparecido también en Londres, según da cuenta de ello Esteban Salazar Chapela, en su artículo “Una novela americana española”, de enero 1960, pues se la encontró en una biblioteca pública de esa ciudad. El periodista enfatiza que Ayala ha depositado en su novela “su gran cultura (si bien deslizada elegantemente burla burlando), su gran inventiva y su gran capacidad de humor, y de ironía mordiente. También ha puesto su visión pesimista de estos espectáculos –¡ay!– tan hispánicos”.

---

<sup>17</sup> Vientós es célebre en su país por haber sido la primera mujer abogada en el Departamento de Justicia puertorriqueño, donde obtuvo el grado de Procurador General Auxiliar. Asimismo fue la primera mujer en presidir el Ateneo Puertorriqueño.

Salazar pondera el perfecto estilo de Ayala:

un estilista sin estilismo, esto es, un estilista sin arrequives ni visible esfuerzo. Su prosa es una de las más naturales de su generación (la misma generación de Alberti), una de las más limpias de muletillas y retóricas, la prosa en suma de un escritor para quien escribir –escribir como los ángeles– es una función tan espontánea y fácil como respirar, por ejemplo. [...] resumamos: una novela americana española muy vital, acabada y bella, exactamente la novela que esperamos siempre del gran escritor Francisco Ayala (Salazar, 1960, s/n).

Como puede observarse, las primeras noticias de *Muertes de perro* se difunden en España a través de los nexos amistosos y profesionales que mantenía Ayala; sólo dos de estas reseñas fueron hechas desde el interior de España. Fuera de la patria natal de Ayala hubo algunas escritas por españoles que, refugiados en EUA donde en ese momento vivía Ayala, no abandonaban a sus compatriotas ávidos de saber. Aunque la novela no estaba físicamente en las estanterías, sí en el conocimiento y en el ánimo de los lectores y amigos que aguardaron una década para poder tenerla en sus manos.

Un especialista en Ayala, Keith Ellis, hizo uno de sus primeros abordamientos a la obra del granadino en mayo de 1960 a través de la revista *Hispania* (Vol. 43, No. 2: pp. 223-226), publicación de la American Association of Teachers of Spanish and Portuguese. Se trata de un artículo titulado “The theme of a world without values in ‘Muertes de perro’”. Para Ellis es recalable “the effectiveness with which Ayala presents this society is due to his skillful blending of structure, psychological analysis of character, and aptly employed stylistic devices”. Además, se insertaba perfectamente en su construcción dentro de los cánones de la novela de aquellos momentos:

The characters in *Muertes de perro* are products of the same epochal background that has given rise to the dejection in philosophical Outlook that is one of the characteristics of the contemporary novel. They reflect the present age in which there no longer exists the belief that universally accepted standards of judgment can be applied; and in attempting to make life meaningful they find themselves drifting between chance, aspiration and nothingness (Ellis, 1960: 224-225).

Hasta aquí queda registrado sin exhaustividad lo que los críticos dijeron sobre *Muertes de perro* el mismo año en que se publicó y el siguiente<sup>18</sup>, pero cabe tomar en cuenta que sus receptores consideraron sus novelas como de “estremecedora desnudez” que era “difícil de soportar” según se extrae de una carta pública con la que Ayala contestó a las inquietudes de H. Rodríguez Alcalá (cfr. Ayala, 1965: 10-20). En esa epístola Ayala pone de manifiesto que se le reprochó que sus personajes creados eran “invariablemente individuos protervos y siniestros; que en su mundo no hay un solo destello de bondad” (Ayala, 1965: 17), argumento que el escritor debatió con ardor.

### 3.5 Lectores ideales

Todo texto, afirma Antonio Gómez-Moriana, “se sirve de unas leyes combinatorias o prácticas discursivas vigentes en la comunidad cultural en que se produce” (1980: 139), y para ser aceptado por su destinatario, precisa llevar en su seno elementos del patrimonio cultural que comparten lector y escritor. De ahí que la línea de inicio de *Muertes de perro* apela a una colectividad que sabe de lo que se habla:

Estamos demasiado acostumbrados hoy día a ver en el cine revoluciones, guerras, asaltos y asonadas, todas esas espectaculares violencias, en fin donde la bestia humana ruge; pero quien sólo en el cine las haya visto, mal podrá –pienso yo– imaginarse la sencillez estupenda con que en la realidad se desenvuelven cuando por desgracia le toca a uno –como a mí, ahora– presenciarlas de veras (MP: 7).

El posible lector de Ayala es, por lo tanto, alguien que en primer término, si no comparte con el narrador el gusto por el cine, al menos no desconoce de lo que se habla; asimismo puede ser también un consumidor de información quien se entera a través del cine de lo que sucede en el mundo –recordemos que durante los inicios del cine las películas iban acompañadas de noticiarios oficiales–; el cine es un

---

<sup>18</sup> La recepción de la obra ayaliana por sí sola es motivo de un análisis exhaustivo; no se realiza aquí con la profundidad que requiere por no ser el espacio para ello. Por eso sólo se muestra la recepción de los primeros años, como representativa de lo que la novela causó donde se leyó.

trascendente medio de comunicación de masas que brindó antes que la televisión lo que el periódico no podía: imágenes en acción de todo tipo de sucesos.

A través de su obra, por lo tanto, Ayala apela a personas para las cuales su único contacto con hechos de violencia masivos se da a través de la pantalla grande. Es decir, gente que tal vez no haya participado en ningún conflicto armado, por cuestiones de edad o ubicación, que no hubiese vivido tan desagradable experiencia en carne propia. Sin embargo, en la historia de la humanidad son innumerables los enfrentamientos armados; el escritor granadino publicó su obra en Argentina en 1958, es decir, en un país que había sufrido golpes de estado desde 1930, cada vez más violentos, y que había declarado la guerra a Alemania y a Japón en la segunda guerra mundial. En los años inmediatamente anteriores a la publicación de la novela, a causa de la mala situación económica por la que atravesaba el país sudamericano, hubo detenciones, torturas, explosión de bombas, manifestaciones opositoras, muertes de civiles, se derroca a Perón, se fusila a sus partidarios, y el ejército mantiene un papel preponderante. De ahí que al conceptuar Ayala, a través de su voz narrativa, la posibilidad de que la ola de intimidación sólo pudiese ser conocida a través del cine, es de entrada una mueca irónica que extiende con la aseveración de que quienes no hayan vivido la guerra difícilmente podrán imaginar con cuánta sencillez se da en la realidad. Sus lectores sabían bien de qué escribía. *Muertes de perro* llegó diez años más tarde a España, eran tiempos del franquismo, ahí también las experiencias de muerte y terror estaban vigentes.

El personaje Pinedo califica de “sencillez estupenda” a la lentitud que se traduce en tensión –la forma como realmente se desenvuelven los hechos–, y que contrasta con la perspectiva vertiginosa mostrada por el cine, la literatura o los relatos orales. Es por lo que la instancia narrativa utiliza como recurso el efecto de la cámara lenta para narrar los sucesos nimios que acontecen al calor de un periodo coyuntural y desastroso en la historia de un país imaginario. Los lectores potenciales de Ayala saben de esos “insufribles minutos” con que se llena la vida de los inmiscuidos en un conflicto nacional. Manteniendo este discurso cinematográfico, la mirada y la lucidez del secretario Tadeo funcionan como cámara “cruel”, dice Pinedo, “ese objetivo implacable, inocente, escondido, estuvo registrando durante años lo que ocurría en ‘las altas esferas’” (MP: 73); labor de *vouyeur* que se combina

con el placer fetichista de conservar la imagen obtenida a través de plasmarla, si no en plata sobre gelatina, sí en el papel.

Por otra parte, volviendo al entorno mundial, Estados Unidos de América acaba de empezar su guerra contra Vietnam cuando se editó *Muertes de perro*. Serían quizá los estadounidenses los únicos que en ese momento no tenían conflictos armados en su territorio sino sólo los que ejercían fuera de él. Quizá eran ellos quienes sí se enteraban de lo que sucedía a su alrededor sólo a través del cine. La novela podría tomarse como una crítica también a ese papel de mero espectador de la potencia mundial.

Los acontecimientos violentos provocarán admiración en “las generaciones nuevas”, dice el narrador: la guerra como mero espectáculo, quien haya participado en ella pasaría sin más a ocupar el papel de héroe, como los de las historietas, como Superman o Batman, de amplia popularidad desde finales de los años treinta, o los populares Misterix (de origen italiano y publicado a partir de 1948 en Argentina) y el Sargento Kirk (1953) o el clásico *El eternauta* que apareció en ese país del sur en 1957.

*Muertes de perro* apela, entonces, a lugares comunes para el habitante de cualquier país que hubiese enfrentado un conflicto bélico pues habla de desórdenes, de la “danza de la muerte”, de un periodo turbulento o del afán desmedido de matarse unos a los otros. Los lectores de Ayala saben de qué escribe, de ahí que su voz narrativa pueda condolerse de ser incomprendido en su tarea de “preparar un relato” (MP: 7) e “impartir justicia histórica” (MP 12) más que nada por su condición de impedido, por eso menciona a Franklin Delano Roosevelt, presidente de EUA que a pesar de su invalidez, gobernó durante cuatro mandatos (1933-1945) –un dictador en cualquier otro país–; protagonista de la guerra mundial, en fin, protagonista de un pasado cultural común para narrador y narratario.

Además, Ayala escribe desde su pasado español: compara a su personaje Tadeo Requena con Juan de Austria; además de que ambos personajes –ficticio y real–son hijos naturales de un gobernante y puestos en manos de un tutor para que lleguen a ocupar un puesto de relevancia en su momento, se hace referencia a la historia específica de la conquista de Granada, pues el noble español se enfrentó con

su ejército a los moriscos que se concentraron en la zona de La Alpujarra<sup>19</sup> donde éstos habían establecido su último bastión de resistencia para no cumplir el decreto español de abandonar totalmente sus costumbres, lengua, vestido y prácticas religiosas; por negarse a las órdenes de sus nuevos gobernantes, fueron muertos sin importar su edad o género y sus campos sembrados de sal por Juan de Austria, quien además describe en sus cartas los exilios forzosos y deshumanizados a que sometió a los nuevos súbditos. Asimismo, se nota el apego que Ayala sentía por Cervantes, pues cabe recordar que el noble es mencionado en capítulo 39 del primer libro de El Quijote “Donde el cautivo cuenta sus sucesos”.

Otra nota en este sentido la da el empleo del nombre de Luis Rosales, correspondiente al personaje tutor de Tadeo: hombre culto pero con pocas luces en materia política, declarado como traidor por haber aceptado un puesto público tras la muerte de su hermano, la cual se imputaba al presidente Bocanegra.

El autor granadino reconoció que sus obras “de antemano estaban privadas de acceso al público español que hubiera sido su inmediato y natural destinatario” (Ayala, 1977: 38), es decir, a sus lectores culturales más obvios, pues, como Gómez-Moriana apunta, “los juegos de lenguaje sólo se comprenden plenamente dentro de la dinámica social en que se inscriben” (Gómez-Moriana, 1988:1046). Los lectores naturales e inmediatos fueron los argentinos y en general los sudamericanos porque la novela se distribuyó primero en esa zona. Ayala ya no escribía desde los conflictos que en ese momento aquejaban a España sino desde el país en el que se había asentado, donde llevaba su vida normal, integrado en la sociedad que lo recibía con beneplácito como a tantos otros exiliados.

Aunque *Muertes de perro* tardó en llegar a España, no era determinante, porque ya estaban inscritos sus futuros lectores dentro de su estructura tomando como base el idioma español que, aunque presentara variantes, era la base que se leía y hablaba en los países donde situó Ayala su trama, lo mismo que sus narratarios. Y éstos eran tanto españoles como pertenecientes a países colonizados por ellos que se enfrentaban a las vicisitudes de consolidarse como naciones jóvenes en medio de la

---

<sup>19</sup> Comarca de Andalucía, en el sur de España, formada por una serie de valles y montañas de enorme belleza natural donde se asentaron íberos, celtas, visigodos y finalmente árabes. Fue el último refugio de los moriscos, a quienes se les permitió permanecer ahí mucho después de la caída del Reino Nazarí de Granada, en 1492.



ulterior inestabilidad política. Esto se evidencia en que los habitantes del pequeño país centroamericano de la novela se marchan a “echar el bofe en las factorías holandesas; los más afortunados, alcanzaban a llegar a hasta los Estados Unidos, y allí se quedaban para siempre” (MP: 21). La migración latinoamericana en búsqueda de mejores oportunidades laborales es una constante; Ayala interpela a quienes saben que Estados Unidos está lejos pues llegaban “hasta” ellos sólo los que tenían más suerte, esto es, los que lograban atravesar el continente enfrentándose tanto a las miserias económicas del periplo, hecho en condiciones de clandestinidad, como al inminente rechazo del país del norte.

Además, la instancia narrativa habla de andaluces o gallegos pero no en términos denotativos pues el personaje Luna, originario de Galicia, tenía “una mirada astuta y burlesca, muy de gallego” (MP: 23). Se precisa haber sentido sobre sí la mirada de un originario de estas latitudes españolas para poder hacerse una imagen clara de esa mezcla de astucia y burla con que se les suele caracterizar.

La suma de los elementos mencionados, comunes a receptor y emisor, empleando palabras de Gómez-Moriana, “establece así un auténtico diálogo entre el emisor organizador de un tal texto y su destinatario, el receptor capacitado para reconocer las alusiones evocadoras del mismo (Gómez-Moriana, 1982: 194).

Bajo estas premisas, Ayala dialoga con receptores ideales que, a pesar de la ironía inicial, sí han enfrentado algún conflicto violento o, por lo menos, lo han visto a través del cine; receptores que tienen claro los procesos de conquista, colonización y crecimiento de las naciones jóvenes que atraviesan a lo largo de su historia por carencias económicas y dificultades políticas; y, en última instancia y en menor medida, saben un poco de la historia de Granada. Ayala escribió tanto para aquellos con los que comparte cuna como para un público mucho más amplio, tanto para aquellos con los que comparte la misma cultura como para los que tienen como patria la lengua hispana.

### 3.6 Del arte de nombrar

Ya Rosario Hiriart prestó atención al uso de los nombres por Ayala en su libro *Los recursos técnicos en la novelística de Francisco Ayala* (1972), centrándose exclusivamente en el de Bocanegra, José Lino Ruiz y Corina para las sendas novelas de las que son personajes. El análisis que hace del primero se basa en una postura según la cual el poder es sinónimo de lo negativo, Hiriart dice:

su nombre nos dice mucho acerca de la manera que tiene nuestro autor de considerar el poder político. *Bocanegra* es el centro del gobierno, la figura clave; y al mismo tiempo es una especie de hueco, boca-negra, y por cierto inmunda; algo así como el agujero a través del cual nos asomamos nosotros para conocer, primero, al resto de los que integran la estructura del poder, y luego, al pueblo mismo. Esa ‘boca negra’ habla muy poco [...] sin que apenas hable, esa boca negra nos deja ver el triste y sucio espectáculo de la sociedad de la República imaginaria de *Muertes de perro*, y en la que vivimos todos los hombres hoy (Hiriart, 1972: 54).

Por su parte, Ricardo Gullón escribe a propósito:

Bocanegra es la entrada a la cloaca (pozo negro es otro nombre para lo mismo) y el nombre del personaje. Negrura como definición de un espacio que es negación absoluta: lo negro, lo encubridor, lo que niega y se niega a la transparencia. Color que no lo es, negación del color en el mundo de las sombras, del infierno hecho para el hombre a la medida de su sordidez, negrura-abyección que de ‘color’ sin color pasa a forma (Gullón, 1982: 166).

En cuanto a Ruiz, de *El fondo del vaso*, Hiriart explica el nombre de este personaje con base en el de su esposa Corina, a quien ve como la reencarnación de Penélope:

La nueva Penélope deshace la labor de su esposo tejiendo una nueva trama; y contemplamos aquí una especie de tela en la cual se van cruzando y entrecruzando las relaciones sociales, hasta que al final, desgarrado ese *tejido*, es precisamente el protagonista *José Lino* –y fijémonos bien en que su segundo nombre es el de una tela– que ha ido cayendo hasta quedar solo, y comenzar a tocar *el fondo del vaso*, o lo que es lo mismo, su propia conciencia (Hiriart, 1972: 55).

Además de estos tres apelativos objeto de estudio de Hiriart, hay unos más que son llamativos por lo cual se hace aquí un repaso de ellos sin la intención de hacer un análisis exhaustivo pero sí llamando la atención sobre su papel dentro de las novelas.

En primer lugar está el nombre de Luis Pinedo que corresponde al de Luis de Pinedo autor del siglo XVI de un libro titulado *Liber facetiarum et similitudinum Ludovici de Pinedo et amicorum*, (Libro de bromas y similares de Ludovico de Pinedo y amigos) con texto en castellano del tipo de literatura dedicada a los cuentos o dichos agudos y chistosos como era moda en ese siglo, contada por él y sus amigos. La obra está formada por anécdotas españolas de personajes de la corte de los Reyes Católicos y el emperador que dejan ver creencias, costumbres y linajes de esa época; incluye además un pequeño apólogo de la Verdad y unos problemas de aritmética recreativa. Se trata de un manuscrito inédito que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, una parte del cual ha sido publicado en *Sales españolas o agudezas del ingenio nacional*, por el bibliotecario Antonio Paz y Melia en 1890 (1964). De las colecciones de cuentos que incluye este libro, la correspondiente a Pinedo es la más antigua. Paz y Melia aporta algunos datos sobre el texto:

Entre los cuentos del *Libro de chistes* de Luis de Pinedo ha de reconocer el lector seguramente el gusto y el estilo de D. Diego Hurtado de Mendoza, y sospecho que la mayor parte fueron recogidos de su boca. Háceme creer más esto el título latino que llevan [...] Además he hallado uno de ellos en una carta del mismo D. Diego de Mendoza al Duque del Infantado [...] (Paz y Melia, 1964: IX-X).

Por su parte, Menéndez Pelayo, opina que

las bromas de Pinedo parecen, en efecto, compuestas, no por una sola persona, sino por una tertulia o reunión de amigos de buen humor, comensales acaso de don Diego de Mendoza o formados en su escuela, según conjetura el editor, citando palabras textuales de una carta de aquel grande hombre, que han pasado a uno de los cuentos. De todos modos, la colección debió de ser formada en los primeros años del reinado de Felipe II, pues no alude a ningún suceso posterior a aquella fecha. El recopilador

era, al parecer, castellano viejo o había hecho, a lo menos, larga residencia en tierra de Campos, porque se muestra particularmente enterado de aquella comarca<sup>20</sup>.

La importancia del *Libro de Chistes*, independientemente de los aportes que da sobre la época, radica en que ha sido tomada, junto con otros que recogen a la par el folclor local, como base de estudio para el *Lazarillo de Tormes*, porque según hace saber Lida de Markiel (1962), el libro de Pinedo es posterior al del autor anónimo del personaje salmantino; además de que ya en 1900 R. Foulché-Delbosq encontró que el tema de un par de los cuentos del primero se reproducían en otros tantos pasajes del *Lazarillo*.

Para los estudiosos del *Lazarillo* es lugar común recurrir al *Libro de chistes* por ser un enlace con la novelística popular (cfr. por ejemplo Anónimo, 1993; Fradejas Lebrero, 2008), de ahí que Ayala, interesado también en esa novela picaresca según demuestra en su estudio “El *Lazarillo* y la novela picaresca”, recogido en su libro *Las plumas del fénix. Estudios de literatura española* (1989), además de la mención específica en sus “Reflexiones sobre la estructura narrativa” (Ayala, 1984: 48), conoció la existencia del libro de Ludovico de Pinedo, por lo cual se atribuye que de ahí toma el nombre de su personaje de *Muertes de perro*.

Esta suposición se refuerza al encontrar similitudes: ambos autores recogen anécdotas del grupo gobernante: de la corte, el del siglo XVI; de la Presidencia de la República, el del siglo XX. Aquéllos sobre los que escribe Ludovico eran conocidos de todos, personajes reales; los de Pinedo son caracteres a los que se les puede poner nombre según la historia particular de las diferentes naciones a las cuales atañe.

Además, se encuentra el efecto de la polifonía. Ayala lo esclarece a través de sus diversos narradores; Luis de Pinedo, que es de él y de sus amigos, y al no contar con el recurso estilístico en aquella época, simplemente recoge lo que los demás contaban sin aclarar quién.

Por otra parte, el libro del siglo XVI atesora el sentir jocosos de la nobleza pero también una cuestión de gran trascendencia en esos momentos como lo era la

---

<sup>20</sup> [www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02588385479192984197857/029164.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02588385479192984197857/029164.pdf)  
(08feb2010)

presencia de los conversos: “los conversos, con sus falsas ejecutorias de nobleza, sus genealogías quiméricas, fruto de sus desesperados esfuerzos por escapar de la sociedad inquisitorial o por fundirse en esa misma sociedad”, estas palabras de Joseph H. Silverman (1961: 292) evocan con mucho la sociedad de *Muertes de perro* en la cual se apela a las genealogías, a los vínculos familiares para enfatizar y legitimar la pertenencia a un grupo social determinado. Ambas obras permiten ver a través de episodios bufos, como los denomina el propio Ayala, el trasfondo de la situación dentro de un marco histórico específico.

A la luz de estos antecedentes, el nombre de Luis Pinedo, Pinedito, se muestra como una elección muy cuidada de parte de su autor y da sentido a toda la obra.

Otro nombre que llama la atención es el de Luis Rosales, el Ministro de la Instrucción y tutor de Tadeo. Luis Rosales también fue alguien de carne y hueso (1910-1992), se trata de un escritor de origen granadino, miembro de la Real Academia de la Lengua y merecedor del premio Cervantes, quien es célebremente conocido por ser, en agosto de 1936, al inicio de la guerra civil española, quien refugió en su casa a Federico García Lorca, pero también precisamente de cuyo hogar fue apresado el famoso poeta. Se suponía que Rosales había obtenido garantías de los rebeldes de respetar al creador de *Yerma*, pero Lorca fue detenido, más tarde asesinado y presuntamente enterrado en una fosa común en Alfacar. Además, Rosales fue de los pocos creadores que no partieron al exilio como Ayala.

Luis Rosales, por lo tanto, es un personaje que encarna el refinamiento propio de los hombres de letras, con su grado de incompreensión y locura.

Ayala emplea con gusto el nombre Luis, lo comparten Pinedo y Rosales en *Muertes de perro*, Rodríguez y su hijo en *El fondo del vaso*. Quizá para borrar la individualidad y convertirlos a todos en las diferentes caras de un mismo grupo social.

El resto de los nombres que se analiza aquí, no se corresponde ya con ninguna otra persona pero se indaga en el posible significado hermenéutico o semántico.

Doña Concha, esposa del presidente Bocanegra, recibe su nombre de esa coraza que por “su dibujo y su profundidad de caracola recuerdan el órgano sexual

femenino” (Chevalier y Gheerbant, 1999: 332), además de estar relacionada con la fecundidad, la luna y el agua. En el cristianismo la concha es ofrenda funeraria y simboliza la sepultura de la que renacerá el ser humano en el día del Juicio y el simbolismo mariano deriva de que María llevó en su seno a Jesús, “la perla preciosa”; a la par simbolizó también el Santo Sepulcro y la Resurrección, de ahí que se convirtiese en el emblema de los peregrinos, más particularmente los que se dirigían a Santiago de Compostela, que solían llevarla colgando del cuello o en el sombrero (Becker, 2003: 85-86).

Curiosamente Concha es también la forma hipocorística del nombre de mujer Concepción, tomado de la fiesta con que la iglesia católica celebra el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen, esto es, que concibió y parió sin perder su virginidad. De esta forma, el nombre del personaje femenino conlleva en sí tanto una cuestión católica y sagrada pues el mencionado dogma es de los de mayor fundamento de la religión católica, a la par que la concha representa lo sexual femenino. Es una representación femenina muy fuerte que posee la contradicción católica de lo sexual y, por lo tanto, la prohibición de la carne colocada en una virgen sagrada.

Camarasa, el periodista español, comparte nombre con un municipio de la provincia de Lérida, en España, que fue cabeza de una de las 18 veguerías<sup>21</sup> en que antiguamente se dividía Cataluña. Asimismo fue lugar de batallas y crímenes, en 1835, durante la guerra civil, entre los carlistas y los liberales. Por otra parte, existe también el título de Marqués de Camarasa, concedido por primera vez en 1543 por Carlos V a Diego de los Cobos. Se considera que su apelativo contiene la connotación de lugar de conflicto puesto que es quien recibe protestas por el uso de su pluma.

Sobrarbe, ayudante de Tadeo en Palacio Nacional, es el nombre de una comarca de la provincia de Huesca, en España; fue asentamiento humano desde la época neolítica y se sabe que a la llegada de los romanos estaba ocupada por la tribu

---

<sup>21</sup> \*Territorio de la jurisdicción de un veguer.

Veguer (del lat. «vicarius», vicario)

1 m. *Magistrado antiguo de Aragón, Cataluña y Mallorca, equivalente al corregidor de Castilla.* P \*Juez.

2 En Andorra, cada uno de los dos delegados de los países protectores. (Moliner, 2006)

ibera de los iacetanos, más tarde sufrió la ocupación musulmana. A la par, el nombre tiene valía porque existen unas leyes famosas que con el nombre de Fueros de Sobrarbe se creyeron durante muchos años fundamento de las legislaciones forales aragonesa y navarra y se les juzga como el primer paso de progresión legal de las monarquías del Pirineo sobre las leyes góticas. Para efectos de esta investigación se discurre que al estar relacionado con las leyes, es él quien recoge las pertenencias de Tadeo y decide entregarlas a alguien y cree que ese alguien apropiado es Pinedo.

Ángelo es el espíritu celeste e imaginario, un personaje recurrente en Ayala; lo encontramos en “El ángel de Bernini, mi ángel”, pasaje de *El jardín de las delicias*; además de su libro *El boxeador y un ángel*<sup>22</sup>.

### 3.7 Perspectivismo y plurilingüismo

Con su comunicación “Teoría de los estilos en *Muertes de perro*”, José Domínguez Caparrós (1992: 143-151) se une al conjunto de estudios realizados en torno a la obra ayaliana analizando en específico las “consecuencias discursivas que derivan de la inserción literal” de los documentos en los que el escritor granadino centra la historia de la construcción de la historia de la mencionada novela, tomando como base al teórico ruso Mijail Bajtin en tanto su postulado de que la novela “es un fenómeno pluriestético, plurilingüal y plurivocal”. El investigador pone de manifiesto la conciencia de esa pluralidad de voces. Como ya se ha mencionado, en *Muertes de perro* hay diferentes voces y, por lo tanto, estilos discursivos.

Domínguez divide en dos estas voces: por una parte la correspondiente a Pinedo –en su carácter de ficcionalización de su autor– y a su tía Loreto, como fuente de información obtenida mediante las conversaciones que Pinedo sostiene con ella y reproduce; y por otro lado, las memorias Tadeo Requena, las cartas entre Práxedes y su prima, el diario de María Elena y los informes del ministro español, calificando a éstas últimas como “activas” pues “mantienen su individualidad y que por eso mismo le plantean al autor un problema técnico, que podríamos llamar ‘verosimilitud estilística’” (Domínguez Caparrós, 1992: 146), la cual consiste en dotar a esas voces

---

<sup>22</sup> Cfr. García Galiano, 1994

de un grado de realismo en la estilización logrado a través de los comentarios que la instancia narrativa hace de ellas acerca de sus características lingüísticas. A partir de este esquema de análisis, Domínguez afirma que “El autor, Francisco Ayala, ha creado dos literatos: el narrador-historiador [Pinedo] y el memorialista [Tadeo]. Así tenía que ser en una novela que es la historia de la gestación de una novela” (Domínguez Caparrós, 1992: 147). Las restantes son “informaciones metalingüísticas tematizadas que sirven para la caracterización de los sujetos que hablan, y cuando son enunciadas por el narrador principal constituyen la ‘poética formulada’ de la obra” (Domínguez Caparrós, 1992: 150).

Los diferentes puntos de vista sustituyen la omnisciencia inverosímil y acentúa la verosimilitud.

Por su parte, Álvarez Sanagustín también se ha ocupado del perspectivismo en Ayala y considera que en *Muertes de perro* predomina el discurso sobre la historia pues “no interesan tanto los acontecimientos como la visión que tienen de ellos los distintos personajes” (Álvarez Sanagustín, 1981: 145).

### 3.8 Diastratía

Hay diferentes usos del discurso como el coloquial que emplea el personaje Pinedo, que como lo suyo es sólo la toma de apuntes para el libro que hará, no utiliza un tono formal que podría esperarse de un libro de historia. Tadeo se mueve entre la biografía y el discurso oficial que se emplea en los ámbitos gubernamentales, es por eso que ambos sea mayor el uso de las unidades fraseológicas.

El discurso de María Elena muestra la dimensión social o diastratía tanto en el uso del lenguaje correspondiente a una señorita de familia con buena posición socioeconómica, como en la referencia al personaje Tadeo, quien pertenece a otro estrato y otra raza y recibe por ello los calificativos de “mozalbete”, “peladito” (MP: 177) y “mulato atrevido”. El texto correspondiente a María Elena tiene apenas cinco elementos fraseológicos, en comparación con los textos de Tadeo o Pinedo y, como el propio narrador lo afirma, el de este personaje femenino posee “una cierta retórica heredada o aprendida *at home*” (MP: 173), es decir, son congruentes con lo que se espera de una mujer bien instruida y con suficiente capital cultural, para decirlo en



términos de Bourdieu. Existe la diferenciación clara entre la persona miembro de una de las familias distinguidas y un hombre pobre que aunque haya ascendido al poder que le otorga su puesto, no deja de tenerse en cuenta su origen. Por otra parte, como ya se mencionó, este personaje también hace la acotación de que Bocanegra era alguien sumamente descuidado en sus intereses pero perteneciente a una familia decente como a la que pertenecía ella. Se da, por lo tanto, la aristotélica correspondencia entre personaje, acción y lenguaje.

Por su parte, en los comunicados que extiende el Ministro de España en la imaginaria república a su superior, Ayala emplea un lenguaje propio de la burocracia y “protopopéyico”, como lo califica la voz narrativa, en ese gusto que sentía Ayala por hacer metaliteratura. En primer lugar se trata de un informe copiado “a la letra”, por eso lleva vocativo: “Excmo. Sr.:" (MP: 37). El trato al destinatario es de “V.E.” es decir, “vuestra excelencia”, fórmula peninsular sin duda. En segundo lugar, los hechos que son motivo de informe son la muerte del senador Lucas Rosales; la muerte de la mascota de la Primera Dama; y el suicidio del Ministro de Instrucción Pública, Luis Rosales. Por supuesto que el sentido carnavalesco ayaliano no podía faltar y coloca al lado de la muerte inesperada y terrible de dos miembros del gobierno la de una perra, evidenciando lo absurdo de la política, la incapacidad de discernimiento de aquellos que detentan el poder.

Estos escritos se centran tanto en los acontecimientos como en su relevancia dentro del mundo político y están llenos de fórmulas estereotipadas y rimbombantes tales como: “tuve el honor de elevar a V. E.” (MP: 39); “al presente informe agregó...” (MP: 39); “el amor nunca desmentido de los pueblos hispanoamericanos hacia la Madre Patria” (MP: 105); “tuve la honra de poner en conocimiento de V. E.” o “tuve el honor de dirigirle...” (MP: 149); “me creo en el deber de...” (MP: 148); frases producto de una rígida manera de comunicación en la que media la jerarquía y la costumbre, donde no se da el nombre de ni del destinatario ni del remitente, no hay absolutamente ningún dato de ambos, lo cual es congruente con la impersonalidad de este tipo de correspondencia en donde el ministro y vuestra excelencia son solo una parte de un gran entramado burocrático.

Al describirse los mismos acontecimientos desde los diferentes actantes, existen de igual manera diferentes usos del discurso, medio y vulgar en este caso.

El lenguaje que pudiese llamarse “serio” correspondiente al empleado por quienes ejercitan el poder se desarrolla por parte tanto del funcionario español como por parte de Pinedo, pero éste, al usar fórmulas estereotipadas y dejarlas cortadas con puntos suspensivos o etcéteras, se aleja de ellas y les da un toque irónico y burlesco, por lo cual se convierte en una parodia. Por eso mismo es posible verlos en otra dimensión, es decir, al sacarlos de su contexto habitual, los mecanismos de poder son más evidentes.

Hay una palabra mal escrita. La obsesión de Ayala por escribir bien se transfiere a sus historias. En este caso se trata de una vocal que implica un plagio. Medrano, cabeza de un emporio de destilerías y embotelladoras, tiene una bebida llamada Vermuth Ínsula de Capri, pero en el sueño el protagonista la lee escrita como Ínsula de Cipri y sirve para aclarar que el nombre “correcto” es un “plagio desvergonzado” (FV: 99). También hace un juego de palabras: “don Menguano” al unir Cipriano con Medrano (FV: 100). En todo caso este juego podría ser lo más onírico y relajado que se permite el narrador dentro de su monólogo.

Algo similar ocurre cuando en *Muertes de perro* la médium pronuncia “haiga” en lugar de “haya”, lo cual da pie para una larga disertación de Luis Rosales en un sueño de Tadeo. Las palabras de quienes hablan incorrectamente reciben calificativos de rusticidad o plebeyez, incluso llama “coprófaga” a la espiritista.

La intervención de Ruiz no puede ser tan erudita como la de Rosales porque no correspondería a las características del personaje, pero cabe recordar que éste se había metido en el ámbito de las letras y corrige lo que está a su alcance. Sin embargo, en ambos casos se trata de un elemento de distinción de clase. El lenguaje y su uso como elemento diferenciador de clase.

### 3.9 Realismo

Es sabido que los asuntos a los que se ha dedicado Ayala han sido muchos: el estudio del cinematógrafo, la literatura, —desde la creación hasta la crítica—, la sociología, la política; este amplio abanico de intereses ha respondido a una intensa labor intelectual y espiritual cuyo acercamiento ha devenido no solo en un proceso pleno de seriedad y erudición para comprender él mismo lo que captaba su atención, sino

también para dar su opinión a fin de brindar a los otros caminos de comprensión desde su muy particular postura ideológica y estética, pues

el artista crea, y se expresa a través de la técnica del arte en que es maestro, aunque tampoco esté excluido, ni mucho menos, que, al propio tiempo, domine el campo de su actividad desde un ángulo de la especulación intelectual. Pero si no lo hace, o lo hace en medida deficiente, al crítico toca esclarecer por caminos indirectos cuáles son las concepciones a que ha obedecido en su trabajo (Ayala, 1989: 369).

Ayala reflexiona sobre lo que le rodea desde su obra de creación y, aun así va más allá y hace crítica de ella. Es precisamente esta faceta la que, al estar referida a la crítica literaria, tanto de su obra como de aquellos autores que le atraieron, sirve de punto de apoyo para la realización de un acercamiento a la producción ayaliana motivo de esta investigación.

Un texto que recoge sus argumentos específicos sobre el realismo dentro de una visión más amplia de lo que para él significaba el arte literario, es “Reflexiones sobre la estructura narrativa” (Ayala, 1984). Para nuestro escritor la literatura implica un juego entre elementos reales, de la realidad, y la proyección creativa o ficción literaria. Los primeros son intrínsecos porque el autor alude forzosamente a su momento histórico y temporal concreto; igualmente dentro de los componentes de realidad se encuentra el lenguaje mismo, esto es, un sistema de significaciones convencionales a través del cual el autor plasma fragmentos de su propia experiencia, de objetos y situaciones de la realidad práctica con los cuales entreteje su argumento el cual, empero, queda en un segundo plano cuando la expresión artística posee una alta calidad. Los segundos elementos del juego responden, por lo tanto, a esa configuración estética del lenguaje que le otorga la categoría de literario. En otras palabras, la calidad artística desprende el contenido argumental de la contingencia histórica y temporal.

Estas deliberaciones del escritor granadino remiten al concepto de mimesis aristotélico toda vez que en el texto se da la reproducción creativa de la realidad en la esfera de lo imaginario, es decir, la ilusión de verdad. De ahí que el autor mismo pase a ser un personaje más, una figura ficcionalizada al proyectar sus experiencias (reales, oníricas, fantasiosas, no importa de qué tipo) en un plano imaginario, “es

decir, que la configuración de lenguaje en que la obra está realizada lo absorbe, integrándolo a él también, en cuanto autor, en el mundo imaginario donde funcionará como elemento capital de su estructura” (Ayala, 1984: 18).

En su estudio “Sobre el realismo en la literatura” (Ayala, 1989), crítica literaria de la obra de Benito Pérez Galdós, Ayala proporciona indirectamente senderos a través de los cuales transitar para analizar su propia obra. La literatura procura atenerse a la realidad, captarla y reflejarla pero, para Ayala, esto representa un problema incluso metafísico pues depende de lo que se considere como la realidad misma. El acercamiento a lo que es el realismo como teoría artística y literaria lo hago de la mano de Ayala, quien instruye que surgió en 1840 en Francia como reacción contra el romanticismo y el neoclasicismo, contra el hecho de estimar que solo la inspiración podía ser la única base del poetizar, así como “contra las reglas y temas y convencional retórica” (Ayala, 1989: 364). Se trataba ahora de seguir un método de creación más cercano al de la investigación científica que a la persecución de las musas para “indagar y exponer la naturaleza humana, así entendida: la naturaleza sin ideal” (Ayala, 1989: 364), es decir, sin nada que ver con lo teológico y lo metafísico, una reducción fría de la Naturaleza, como de laboratorio. El realismo “construyó una visión del mundo coherente y hondamente arraigada en la conciencia de la burguesía culta” (Ayala, 1989: 365) y sus postulados prevalecieron hasta 1890, extendiéndose de Francia a España, donde surgió una disputa arguyendo que naturalismo y realismo no eran la misma cosa y que éste último ya existía desde antes de que los galos lo diesen a conocer. Ante la polémica, Galdós expuso ingenuamente que realismo era, citado por Ayala, “la soberana ley de ajustar las ficciones del arte a la realidad de la Naturaleza y del alma, representando cosas y personas, caracteres y lugares, como Dios los ha hecho” (Ayala, 1989: 369). Esta interpretación galdosiana provoca en Ayala la necesidad de entender exactamente qué entendió Galdós por realismo dentro de un ámbito literario español que lo consideraba como exponente de lo más feo y mísero de la sociedad y del individuo, de lo crudo, lo innoble, en suma, en frase de Clarín, citado por Ayala: “la imitación de lo que repugna a los sentidos” (Ayala, 1989: 371).

Tras todo esto Ayala llega a la conclusión de que realismo para Galdós significó, precisamente, lo que ya postulaban los franceses: “repudio de la

guardarropía romántica, del asunto histórico tanto como de los temas mitológicos del neoclasicismo, a favor de la realidad cotidiana, y poda de las convenciones del lenguaje literario” (Ayala, 1989: 369), pero sin dejar de lado exhibir la sordidez, la brutalidad de la realidad sólo que Galdós lo hizo de una manera diferente pues lejos de utilizar un enfoque científico, la tiñó de aires burlescos inspirado en Quevedo, la sometió a mofa y escarnio porque de esa forma se le restaba repugnancia y respondía mejor a la verdad humana. Esto es, “la utilización de elementos física y moralmente repulsivos –escribe Ayala– no parecería en sí misma suficiente para producir la impresión de realismo en arte. Ello dependerá, a lo sumo, de la intención *estética* con que los maneje” (Ayala, 1989: 371).

El lenguaje hablado y el literario se separan preocupando a los escritores porque se encontraban ante un problema técnico, se lleva lo que ocurre en la calle a la mente del lector y más aún, pues la realidad está lejos de consistir sólo en lo que se recibe a través de los sentidos, sino que “está preñada de significaciones trascendentes” (Ayala, 1989: 388) mucho más profundas de lo que aparentan, donde también se integran “la realidad del *alma*, la *invención*, la *fantasía*, la *máscara grotesca*” (Ayala, 1989: 390) y que el artista debe detectar y exponer dentro de su creación. Tras todo esto, Ayala concluye que “nos falta base firme para distinguir entre la realidad y lo que no lo sea” (Ayala, 1989: 390). Indudablemente, el realismo está en contra de las convenciones literarias y sociales, pero lo que importa para Ayala es que, independientemente de las etiquetas, exista una buena literatura, realizada de buena ley, con libertad y sinceridad. Bajo estos términos, la de Ayala es una literatura que cumple estas características universales y también las de ser realista. Asimismo, dentro de su estilo se encuentran elementos barrocos, como afirma Orozco Díaz, con los cuales Ayala es capaz

de construir con elementos aislados, con sentido pluritemático, para después lograr con esos hilos interiores producir la emoción de la continuidad integradora del transcurrir del tiempo es plenamente eficaz; ya que, en nuestra conciencia, el pasado surge como visiones aisladas que, además se asocian, no con un sentido lógico, sino como si fuesen miradas hacia distintos horizontes que una sensación sobre todo visual pone en marcha en nuestra imaginación (Orozco Díaz, 1985: 89).

Sin embargo, el propio Ayala, años después, en una entrevista hace pública su postura sobre la realidad que brinda indudable luz a su carrera literaria y teórica; para él “la realidad, más que los hechos, está constituida por las palabras” (Mora, 2000: 5).

Esto significa que no es que intentara hacer un retrato o reflejo del mundo a través de sus textos sino que sus textos *son* una realidad, sus palabras son la realidad, sus personajes son reales, lo mismo todo lo que les ocurre, lo que piensan o sienten.

Ayala mismo se constituye, por lo tanto, a través de sus textos a la par que a través de los hechos que realizó. La palabra deja constancia de la realidad y muchas acciones, por cotidianas, no pasan de la intrascendencia a menos que la calidad estética les otorgue otro estatus. Por eso puso tanto afán en escribir como Cervantes, en seguir su riqueza de vocabulario como el uso de unidades fraseológicas, incluir un manuscrito o la referencia intertextual, porque lo que había que imitar no era una doctrina de la acción sino del uso verbal que ejercitaba sobre todo en sus ensayos y relatos, preferentemente sobre la novela porque “el que quiera entender que entienda” (Mora, 2000: 5) precisaba el escritor a través de esto su preferencia a la narración corta donde pudiera dejar constancia de lo que observaba o sus opiniones. Y es que la novela, manifestaba, “tiene muy difícil la reproducción del mundo en el que vivimos ahora, la sociedad de este momento. En el siglo XIX servía como espejo y denuncia” (Mora, 2000: 5), por eso sus novelas tienen algo de decimonónicas en ese sentido pues eran tanto denuncia de algo que efectivamente ocurría en la sociedad y él reprobaba como que en el universo específico de cada una de sus obras adquirirían realidad simplemente por ser producto de su pluma, por lo tanto, para él se trataba de algo doblemente perteneciente a la realidad.



## Capítulo 4. *El fondo del vaso*

### 4.1 Espacialización

En *Muertes de perro* hay gran cantidad de espacios tanto los meramente referenciales relativos a la historia como los metonímicos. En *El fondo del vaso* la mención de lugares es menor, apenas lo esencial para dar soporte a la acción; pasa por ámbitos diferentes como una celda o países más allá de las fronteras de la imaginaria nación, sobre todo como punto de enlace con la diégesis de la primera novela.

La acción en *El fondo del vaso* es netamente urbana y se enfoca en cuatro sitios específicos a saber, el Casino, la casa de don Cipriano Medrano, el billar y la cárcel de Miserere.

Al billar o Gran Café y Billares de La Aurora se hace referencia desde el primer párrafo porque Pinedo en *Muertes de perro* ubicaba a José Lino Ruiz en ese sitio y a él como un majadero a quien “lo que le costó el pellejo fueron –¡pues qué otra cosa iba a ser!– sus ufanas series de interminables carambolas” (MP: 15). Es la representación de la ociosidad de determinadas capas de la sociedad; es justamente con este pasatiempo con el que se identifica a sí mismo el narrador pues se sabe destacado en el uso del taco (FV: 11). Este lugar, sin embargo, tiene exclusivamente el papel de conexión con la primera novela, y es usado más como analepsis que como información narrativa; aun así puede afirmarse que contribuye a delinear la personalidad del personaje en tanto alguien de pocas luces que se distingue de los demás por la práctica de un entretenimiento vinculado con la irresponsabilidad, la cual se le reprocha o sirve de mofa (FV: 37) dado que Pinedo la dio a conocer a todos sus lectores. Asimismo, las carambolas guardan un sentido metafórico porque son tomadas en su otra acepción gramatical, esto es, como trampa, embuste o enredo con el que se engaña a alguien como la forma como sugiere que Corina lo ha engañado a él y a todos al ser la autora intelectual del asesinato del chico.

El Casino es el centro de reunión de la sociedad a la que pertenece Ruiz y sitio particularmente relevante porque es ahí donde se rompe su amistad con Rodríguez y donde habla con Doménech para que indague sobre los planes de Candy



y Junior, lo cual es un punto clave de su desgracia. También es el sitio donde demuestra lo descortés que es en su trato con las mujeres (FV: 39-40).

Ahí se reúne la “*high life*”, como Ruiz mismo aclara. En ese local se llevan a cabo los acontecimientos más importantes de la ciudad tales como “el Festival de la Federación de Artistas de Cine, Televisión, etcétera” (FV: 34) o el concurso anual de reina de la belleza (FV: 76). Es un sitio donde, además, se alterna con mujeres, donde éstas tienen un papel determinante porque son tratadas como mera mercancía ya que, según dice Rodríguez “siempre habrá ahí algunas rapazas de esas que prometen y cumplen, para olvidarse un rato de los sinsabores domésticos” (FV: 34) o, como dice Ruiz, “la cohorte de ninfas más o menos mulatas que maúllan por la radio o se desnudan ante la televisión” (FV: 37). En el Casino se bebe, se baila, hay terraza, árboles y pretensiosos.

El Casino funciona como exponente de determinados valores: la frivolidad, las mujeres como objeto, la vanidad, la envidia. Entre sus paredes confluyen las autoridades, los retratos de “los padres de la patria”, sus descendientes, los empresarios, las artistas jóvenes, los periodistas, la multitud en general. En suma, es donde el personaje está en contacto con los demás, con el resto de la gente que lo conoce, el casino es sinónimo de los conciudadanos, quienes lo interpelan sobre su desaparición, su falsa muerte.

La forma de relación entre los personajes es muy semejante al tipo de “amistad” que se profesaban los tertulianos de la *Revista de Occidente*: “Allí todos éramos amigos, eso que se llama ser *amigos* en España; que no es propiamente amistad, sino el trato, el conocimiento recíproco, la vida social” (Demicheli: 1998: 19).

Era la convivencia manteniendo los límites de la vida privada, muy diferente del tipo de amistad que se profesa en los países latinos, lo cual deja ver el universo desde el cual escribe Ayala.

La casa de don Cipriano Medrano, como ya se mencionó, es el acceso momentáneo al círculo del poder ejemplificado en la figura del prominente empresario al cual llega a través de las espaciosas escaleras, donde hay muebles elegantes y “detalles exquisitos de arquitectura gótica”. Al finalizar la visita se aclara que Ruiz baja las escaleras, es decir, su acceso a la altura fue fugaz.

Cabe hacer notar otra coincidencia con *Muertes de perro* y se trata de que tanto Bocanegra como Medrano están relacionados con el alcohol, como si el poder no solo emborrachara por sí mismo sino que quienes lo detentan sienten la necesidad de embrutecerse aún más a costa de los licores. Por otra parte, la mansión de Medrano está intrínsecamente relacionada con la economía a través de la creación de un fuerte núcleo no sólo empresarial sino territorial que cohesiona a todos los descendientes ya que el personaje impide que los hijos se vayan de casa: “Estábamos en el centro mismo, en la ciudadela”, dice Ruiz. Ayala emplea este término para reforzar la idea cuyo significado es “recinto fortificado en el interior de una ciudad, que servía para dominarla como último refugio de la guarnición” (Moliner, 2006), y continúa exponiendo que antes que mudarse a una nueva zona de la ciudad que mezclaba antiguos latifundistas con los nuevos aristócratas, prefirió levantar un palacete “estilo colonial” donde junto con las destilerías y los almacenes también vivían los hijos, al grado de que aquello era como una pequeña ciudad en la que abundaban los niños y era imposible saber cuál era cuál (FV: 91-92).

La casa de Medrano es el marco del sueño premonitorio de Ruiz y en él las puertas, al contrario de como ocurrió durante su visita, estaban abiertas y nadie le corta el paso, de tal suerte que llega hasta la presencia misma del empresario sin ninguna traba y lo que encuentra es una “escena de inconcebible depravación” (FV: 95), al lado de una mesa de mármol, “en el centro”. Pero también puede ver la extensión de la potestad de Medrano: “las casas de parientes y súbditos, las oficinas, el parque, las destilerías, los almacenes y garajes” (FV: 98). Tiene el mismo valor que el Palacio Nacional de Bocanegra, con él y Tadeo observando al pueblo y las fuerzas armadas desde la fachada del edificio administrativo. Y otra coincidencia es que en *Muertes de perro* al llegar Tadeo ante Bocanegra encuentra a éste en el baño, mientras que en *El fondo del vaso*, en el sueño, Cipriano Medrano le pide a Ruiz que lo llame “Ano-Ano”: “no gaste ceremonias conmigo, por favor: llámeme Ano-Ano” (FV: 96); el elemento escatológico ligado a la confianza y la familiaridad está presente en ambas novelas pues Cipriano admite que el comerciante lo nombre con un apodo que si bien es la unión de la sílaba final de su nombre y su apellido conlleva una fuerte carga sémica.

La cárcel, por su parte, es un signo del personaje que ha estado encerrado en sí mismo y no se ha enterado en absoluto de lo que ocurre a su alrededor, incluso de lo inmediato como su propia situación con su esposa o con su amante. La cárcel tiene un carácter metonímico pues refleja el mundo interior y la personalidad de Ruiz.

Su descripción cae en tópicos como “encerrado entre estas cuatro paredes”, que hay un camastro miserable, una bombilla eléctrica en el centro del techo, la puerta con rejilla, la suciedad de las paredes provocada por las típicas frases soeces y dibujos obscenos con que se identifica a las prisiones. No da clave alguna sobre las dimensiones o la forma, sólo lo que está a la altura de los ojos y relacionado con la escritura o las palabras. La llama “pocilga inmunda” o “chiquero”, con esta última palabra la nombra también en *Muertes de perro*. Se encuentra con su mujer en el locutorio de la prisión pero no da mayores detalles tampoco, ni menciona a otros posibles presos, ni siquiera a los guardias. Simplemente un “ellos” al sacar a colación que le quitaron el reloj y sus otras pertenencias. La cárcel lo es más por el uso del tiempo que por la descripción espacial.

#### 4.2 Temporalización

En *El fondo del vaso*, Ayala de nuevo parte de un texto en proceso. El narrador planea escribir un libro para reivindicar la figura de Bocanegra, pero termina escribiendo, primero sobre la evolución de ese proyecto que abandona al carecer de las herramientas literarias para llevarlo a cabo; segundo, el texto deviene en una especie de diario, o más bien es un recuento de lo que le sucede pero sin guardar ningún orden temporal como en esencia lo requiere un texto de esa índole; en él relata su propia vida antes y después de ser encarcelado como sospechoso del asesinato del Junior Rodríguez. En medio incorpora otro género: ocho artículos periodísticos pertenecientes al imaginario diario *El Comercio*.

Esta novela inicia con una gran analepsis que funciona de eje articulador con la historia de *Muertes de perro*, dentro de la cual está el famoso juego intratextual de mencionar esa novela como ya publicada. Cabe recordar que algunos personajes presentados como esbozos en esa novela, como ya se advirtió, adquieren su relevancia en *El fondo del vaso*.

La sistemática del relato repetitivo está presente de nuevo en lo correspondiente a la historia del imaginario país; carece en su mayor parte de descripciones que desaceleren la narración; la historia no está fechada y al igual que Pinedo, el narrador de *Muertes de perro*, escribe en presente durante la primera y tercera partes de la obra, es decir, al principio y al final en un efecto de convergencia. Asimismo se trata de un narrador que es también personaje; está contado en primera persona por un narrador autodiegético, es decir, el que relata sus propias experiencias como personaje central; recurre constantemente a la analepsis y escasamente a la prolepsis. En la primera parte ya conoce lo que cuenta aunque en la tercera parte hay algo ulterior pero desconocido para todos incluso para sí mismo que no llega a revelación pues la obra tiene un final abierto.

*El fondo del vaso* se centra en el carácter de un solo personaje y no de un conjunto de ellos, aunque proporcione el panorama de un par de grupos sociales a través de la opinión pública. Y se aplican en él los mismos criterios que a Pinedo de que lo suyo no es un monólogo sino un texto sumamente coherente y medido aunque después evolucione a ser algo interior, mental, pero lo es simplemente porque el personaje carece de papel y lápiz pero sigue narrando como ya lo hacía antes. El personaje se presenta directamente a sí mismo y más que un autorretrato de sí es más bien su función como sujeto en un grupo social dado, cómo interactúa en él y, a su vez, cómo el grupo responde a esa acción.

La postura de José Lino Ruiz en el primer apartado es complementaria a la de historiador de Pinedo pues somete el pasado plasmado en un libro a revisión y planea hacerlo a través de otro, dejando en el camino sus opiniones al respecto. El resto es contar sus experiencias con el subjetivismo que eso conlleva, haciendo uso del discurso restituido, entendiendo por éste aquel en el que el narrador finge ceder literalmente la palabra a su personaje, característico de la novela y el monólogo.

El perspectivismo en esta novela está reducido a sólo dos focos, el de su narrador y el del periodismo. Esto más el narrador autodiegético provoca que las posiciones temporales sean mucho más sencillas que en la novela que la antecede. El espacio entre el pasado de la historia y el presente de su narración es sumamente corto.

En el presente de Ruiz ya se publicó el libro de Pinedo, éste fue juzgado y sentenciado a muerte, el país ha retornado a la calma y, como el meollo no es la situación política actual, no se menciona quién gobierna ni cómo.

Los apartados en que está dividida esta novela son tres y mixtos. Primero están cinco concernientes al narrador principal que son de extensión menos breve que en *Muertes de perro* y corresponden con cambios espacio-temporales y/o temáticos; les sigue la parte dedicada a los ocho artículos periodísticos que, curiosamente, no tienen fecha como podría suponerse y en la cual se advierte un subtítulo “El caso del Junior R., a través de algunos recortes del diario capitalino ‘El Comercio’” (FV: 121); y la tercera parte correspondiente a un tiempo de espera “En la cárcel del Miserere”, con dos secciones. Para efectos de un mejor análisis, este se realizará capítulo por capítulo.

#### Primera parte

##### 1. Muertos y vivos, páginas 9- 44

“Muertos y vivos” es una deconstrucción de la unidad fraseológica “vivos y muertos” y sirve para otorgar énfasis a los difuntos entre los que supuestamente se hallaba el protagonista a causa de un error. Para lograr la continuidad con la novela predecesora, Ayala explica la desaparición de su personaje Ruiz con la omisión de qué fue realmente lo que ocurrió, lo cual se explica en el capítulo posterior. Se trata sobre todo de una analepsis donde da cuenta de lo ya sabido en la novela *Muertes de perro*, como rellena los huecos que quedaron entre el final de aquella y el momento en que Ruiz comienza a escribir; de ahí que se haga un recorrido por el país, su ubicación en el mundo, hasta la casa de Ruiz, donde se llevan a cabo las reuniones con Rodríguez para dialogar sobre la escritura del libro que se propone el narrador teniendo a Pinedo como narratario específico, después cambia. En el capítulo 4 de la primera parte escribe “escribo exclusivamente para mi propio recreo, tampoco necesito yo, lector secreto y único de mi propia obra, apelar a los servicios de la imaginación cuando me bastan los de la memoria” (FV: 95), tras reconocer que podría haber un “eventual lector”. Esto es, dentro de la metaficción es un narrador consciente de que escribe que escribe.

Hay una referencia histórica al identificar a Rodríguez con los “caballeros de pretéritas edades”. La mayor parte se va en referir lo concerniente a “las semanas peores”, es decir lo que ocurrió entre la muerte de Bocanegra y el fusilamiento de Pinedo sin aportar mayores datos al respecto. La presencia del cura don Antonio da pie a nuevas analepsis en un par de páginas para dos días. De ahí se pasa a narrar la actualidad de Ruiz que va del presente al pasado inmediato intercalando analepsis de los días de Pinedo. Dos páginas de nuevo para narrar los sucesos de la fiesta en el Casino. Reflexión ideológica sobre lo que significa escribir y sobre todo hacerlo cuando podría ya no es adecuado: “Aquí estoy, a mí edad, entregado otra vez, aunque de manera algo distinta, a los placeres solitarios”.

Reaparecen con protagonismo el gallego Luna y Doménech. Otros personajes que cobrarán relevancia a lo largo de la novela, dejando atrás a los de *Muertes de perro* (Bocanegra, Pinedo, Carmelo Zapata, los Rosales, el Chino López, doña Concha, Olóriz): Corina, el Junior Rodríguez, don Cipriano Medrano (don Ano-Ano). Se reproducen los diálogos en estilo indirecto libre; uso del presente y del gerundio. Presencia de digresiones reflexivas como pausas.

## 2. La bofetada, páginas 45-74

Este apartado describe un círculo que va del inicio con la bofetada que Candy da a Ruiz, continúa con la explicación de los hechos que llevaron a tal violencia y culmina en el mismo sitio abarcando un periodo de varios años. Otro círculo más se cierra porque también al inicio aclara que hubo un encuentro entre Corina y el padre de Candy y al final también se habla de eso. El narrador presenta a Candelaria – Candy– como figura de mayor importancia funcional y la describe para dar cuenta de sus atributos físicos y psicológicos, apoyado en una analepsis que deja claro su origen humilde, cómo llegó a pedirle empleo, se lo dio, y denota su progreso gracias a un viaje y el cambio de gusto en el atuendo que ello significó.

El capítulo es de gran aceleración porque recorre muchos años. Dentro de él hay varios sucesos teniendo como base la relación que Ruiz mantenía con Candy, recurriendo a elipsis explícitas (varios años, unos cuantos años); así como implícitas tomando en cuenta las analepsis que se refieren al periodo posterior al asesinato de Bocanegra, todo en un mismo párrafo. Por ejemplo: “hace no más de unos años,

cuando por un mes largo estuvimos alojados en el Hotel Panamericano, de México *city*, y antes para unos cuantos días en varios otros durante cada una de las etapas previas de mi cacareado viaje a Ultratumba” (FV: 47). Se le suman puntos suspensivos y blancos entre párrafos.

El narrador hizo un viaje con su empleada a quien convenció de acompañarlo con engaños en las mismas fechas en que se llevaban a cabo los hechos turbulentos tras el asesinato de Bocanegra. Intercala como bisagra la figura de Doménech, de quien comenta datos que unen el periodo aquél con el pasado y el presente a través de analepsis externas, es decir, cuyo alcance se remonta a un momento anterior al punto de partida del relato, usa a este personaje como eje temporal porque proviene de una época muy anterior al magnicidio “vieja relación de negocios” y se extiende hasta el “hoy” desde el cual comienza su relato. Por lo tanto, se concluye que hay tres periodos: el anterior a las “semanas peores” (refiriéndose con esto a las posteriores a la muerte del mandatario), las propias semanas peores y el tiempo posterior a ellas. De manera vertiginosa se va de un periodo de estos a otro por lo que la historia no guarda un orden cronológico lineal sino que se va conociendo poco a poco.

Con lenguaje contaminado de la conquista, refiriéndose a sí mismo como metrópoli y a ella como colonia, refiere cómo la situación cambia en un momento preciso: “desde el momento mismo en que me percaté del idilio” (MP: 60). La chica emprende otra relación con un joven de su edad que provoca los celos de Ruiz quien los espía y cree que se van a casar, comenta esto último a su esposa; al día siguiente Ruiz hace una escena de celos a la chica en la oficina y la ofende, ella reacciona abofeteándolo.

Las digresiones reflexivas son menores que en el capítulo anterior. Escasez de descripciones. Continúa la sistemática de la repetición aunque en menor grado, tanto la transformación de Candy, la mención obsesiva de que ella se casará con el Junior Rodríguez como hechos pertenecientes al capítulo 1: Rodríguez bebiendo whisky, su amistad y luego su ruptura, con lo cual logra una prolongación en la narración.

### 3. Las bellezas, páginas 74-103

Pequeño resumen inicial. Capítulo de desaceleración centrado en la descripción del lugar donde se lleva a cabo un concurso de belleza, descripción de las personas, introducción de numerosos personajes muchos de los cuales no volverán a aparecer, salvo don Cipriano Medrano –don Ano-Ano.

Ruiz decide confiar sus pensamientos sobre la futura boda de Candy con Doménech y la oportunidad para encontrarse es en el concurso del cual ambos son jurado. Diez páginas para describir una noche. Iteración generalizante al mencionar que el evento social se realiza cada año. Retrospección específica y externa al extenderlo hasta “tres o cuatro años” cuando una chica quiso suicidarse. Prolepsis externa: “No veo lejana la fecha en que se disputen el título de miss Incolo hijas de las grandes familias, nuevas y antiguas” (FV: 75).

Tras este cúmulo de información que sirve de marco para dar cuenta de un grupo social, por fin habla con Doménech quien promete averiguar al respecto. Repetición con la idea de que Candy se casará, más analepsis con la fuga de Doménech en el tiempo de Bocanegra y aportación de detalles de lo que le ocurrió al empresario en esos días en relación con su familia.

#### 4. Un fino obsequio, páginas 88-103

El protagonista recibe unas botellas de vino que le envió Cipriano Medrano en agradecimiento por su intervención en el concurso de belleza, lo cual da continuidad a la historia la cual transcurre en su mayor parte en orden cronológico. Hay un cambio espacial y temporal porque del Casino y de la casa se traslada a la casa de Medrano y es en los días siguientes: anteayer, al día siguiente, ayer, anoche. Es un apartado más bien lento debido a las descripciones y a las digresiones reflexivas y a que aporta información sobre las acciones de un par de días, centrándose en un sueño sin horario ni fecha ni duración. Referencias históricas con el descubrimiento de América: “las carabelas famosas surcando, una tras otra, el ignoto piélagos para descubrir nuestras costas americanas” (FV: 98) o la referencia a los emperadores romanos (FV: 99).

Hay analepsis externas sobre el pasado de Medrano, la construcción de su emporio, de su vivienda, de su familia con lo cual se complementa el retrato del personaje iniciado en el capítulo 3; analepsis que remiten a la época de Bocanegra



utilizando a Doménech como gancho; analepsis que sirve para enterar al protagonista de que hizo algo que podría molestar a su ya antagonista Rodríguez.

Se trata de un apartado que sirve más que nada para la prolepsis otorgada por el sueño<sup>23</sup> que tiene Ruiz tras visitar a Medrano, a través del cual se le advierte que no se fíe del “Mago de las finanzas” Doménech (FV: 100) y de algo “muchísimo más grave”: que Rodríguez “le pusiera los cuernos” (FV: 101). Además de amplia demostración ideológica porque se habla de lo desagradables que son los niños y considerar las escenas de depravación en las que ellos intervienen como simplemente ser bueno con la familia como afirma Medrano: “¡Qué no hará uno por los suyos, amigo Ruiz! (FV: 103).

Por otra parte, este capítulo guarda en su estructura mucha similitud con *Muertes de perro*, dado que en sendas novelas está presente el sueño premonitorio, le sigue las palabras mal dichas –ver apartado Diastratía– y el hecho de encontrarse por primera vez el protagonista ante el poderoso, es decir, Tadeo ante Bocanegra y, en este caso, Ruiz ante Medrano:

Lo que he llamado sus dominios, o sus posesiones, son en verdad una suerte de fortaleza a la que sólo se obtiene acceso después de pasar por un control en la verja externa, donde un conserje comunica por teléfono con el interior antes de dejar que uno entre, para que lo acompañen a uno escaleras arriba donde se encuentra el magnate (FV: 89).

En ambas novelas el personaje debe pasar por varios filtros antes de llegar al hombre importante que visita, y en ambos casos también tiene que subir escaleras, irrefutable figura de ascenso al sitio de poder.

##### 5. La gestión oficiosa, páginas 104-118

Inicia con un sumario. Como se ve, la historia abarca pocos días. Tras la bofetada de Candy “la oportunidad no tardó en presentarse”(FV: 74) para pedirle a Doménech que averiguara si aquélla se casaría con el Junior Rodríguez, dicha oportunidad fue en el concurso de belleza, al poco tiempo recibe las botellas de Medrano, al día

---

<sup>23</sup> Nelson R. Orringer ha hecho un análisis de los sueños en *El fondo del vaso* en el prólogo de la edición de Cátedra (Ayala, 1995: 33-40).

siguiente va a verlo y esa noche sueña con él, tras lo cual pasan varios días más (FV: 105).

Mezcla paciencia con impaciencia y notable aceleración de la narración porque da cuenta de lo que ocurre en pocos días pero con sucesos que serán determinantes.

Hay dos “hoy” en el relato, dos puntos en los cuales el narrador hace pausa para escribir lo que ha pasado. El primero está relacionado con la charla que tuvo Doménech con Candy y el abandono de ella de la oficina de Ruiz; el segundo con el paso de los días, el último encuentro con la chica y el anuncio de la tragedia. Las analepsis son hacia momentos muy cercanos y hay, a diferencia de otros capítulos, especial referencia al paso del tiempo: “pasan varios días, durante los cuales”, “hace tres o cuatro días”, “esta mañana”, “pasan los días”, “esperé todavía unos cuantos días más”, “tras un plazo prudencial”, “pasa una semana”, “el lunes”, “al volver a casa”, “al otro día, después de dormir mal”, “pocos días más tarde”. Un par de prolepsis se cumplen dentro del mismo capítulo, la relacionada a que Doménech dará empleo a la chica en el Banco Nacional y la de que Ruiz se entrevistará con ella para darle su paga. Especial uso del futuro imperfecto como tiempo verbal. También hay una referencia al negro Zapata, el vate de *Muertes de perro*, como enlace con esa novela. Y el más importante sobre lo que vendrá en la historia al hacer llegar una carta al Junior Rodríguez y más tarde mencionar que “se interpuso la tragedia” y Corina fue “sacudida de su apatía por la noticia” (FV: 118). Con este capítulo se cierra la primera parte.

#### Segunda parte, páginas 121-174

Se trata de ocho reportajes periodísticos que pueden estar constituidos por uno o varios apartados y abarcan varias semanas. En la nota 1 de esta porción de la novela, la historia de Ruiz se deja de lado para contar una paralela, la del asesinato del Junior Rodríguez; ambas al final se entrecruzan. La forma como Ayala logra esto aunado a la sensación de ofrecer un punto de vista ajeno a través de la introducción de supuestos artículos periodísticos referentes a la tragedia, que cumpliendo fielmente con el estilo de redacción y con la coherencia, sólo pueden contar lo que ocurrió ayer o en días pasados siguiendo mayormente una secuencia cronológica lineal. Además,

fiel al estilo periodístico<sup>24</sup>, hace el resumen de los acontecimientos a diario, repitiendo nombres, lugares, fechas de la misma forma que se hace habitualmente en los periódicos a fin de mantener la atención de los lectores como de informar a los que no estaban al tanto, logrando así que el relato repetitivo se encuentre justificado. Por otra parte, fiel a su tradición, el autor hace uso de un escrito ajeno al narrador como en *Muertes de perro* lo es el manuscrito de Tadeo.

En esta primera hay una analepsis interna para aclarar que ya otro periódico, *El Tiempo*, publicó “ayer” algo al respecto. El inicio de la temporalidad es determinada por un suceso: “dedicará desde este momento su más amplia y meticulosa atención al caso” (FV: 122). A partir de aquí siguen las notas periodísticas propiamente dichas. El narratorio no es nadie en particular, se supone que es el autor de los artículos periodísticos y sus narratarios, por lo tanto, son los lectores del periódico, a quienes se dirige explícitamente. “Desarrollo de los acontecimientos” abarca dos páginas y, como su nombre lo indica, es el devenir de la desaparición y muerte del chico, un periodo que va del momento en que los padres echan en falta al hijo hasta que tienen noticias de él. Por lo tanto, se trata de analepsis externas al relato primario pero internas dentro de este relato secundario. Es un apartado que se distingue, precisamente, por la temporalidad marcando días y horas: “anteayer, lunes, fue un día de amarguísimas zozobras para la distinguida familia”, “la noche anterior”, la división de los días se basa en las horas de comer. En general, es el paso del tiempo, lapso a lapso, para dar cuenta de la espera unida a la incertidumbre. Dos páginas para la expectación que va del domingo al lunes en que encuentran el cadáver, “iban a pasar de veinticuatro las [horas] que faltaba de casa” (FV: 123). El resto de los apartados está contado en pretérito indefinido y pretérito anterior por corresponder a hechos pasados que apenas “hoy” se dan al público lector, de tal suerte que todo se trata de analepsis del proceso de esclarecimiento del crimen con todos los ingredientes que conlleva una novela policiaca: datos encontrados, la búsqueda de las pistas, interrogatorio a los sospechosos, etcétera. Los apartados se caracterizan también por los cambios espacio-temporales, pues cada uno se lleva a cabo en un sitio diferente. El reportaje continúa con “El levantamiento e identificación del cadáver” en donde se da cuenta con rapidez del momento en que se

---

<sup>24</sup> Ayala sentía un particular interés en el periodismo y la prensa en general, una muestra es su discurso de ingreso a la Real Academia Española (cfr. Ayala, 1985)

descubre el cuerpo, se traslada al depósito y lo identifican los padres. Continúa con “Una pista descartada” la cual es una analepsis sobre un rastro que encuentra la policía y concierne a Candy, y hay premura pues el interrogatorio debe hacerse “antes de que la noticia del crimen haya podido difundirse” (FV: 126). De esta forma se unen con este personaje las dos partes de la historia. Se pone en relieve el barrio donde se encontró al muerto.

“Quién es ella” es la presentación de nuevo del personaje femenino pero desde otro ángulo, muy diferente al que manifestó Ruiz. De tal suerte que hay una repetición de datos que ya se saben sobre Candy y los hechos son continuación de la historia de Ruiz: que si bien la chica vive en un barrio obrero, trabaja en el Banco de donde es llevada ante el cadáver del Junior Rodríguez ante el cual se horroriza. La investigación se “postergó para más adelante”. Hay una analepsis que funcionara luego como prolepsis y es la relacionada con el cheque que Ruiz le dio a la chica como pago de sus honorarios y que más tarde servirá para conectar con aquél. “El sepelio de la víctima”, con el que termina el primer reportaje es un nuevo cambio espacial y temporal, ubicado en el sepelio del chico, no hay fecha ni duración.

El artículo 2 significa un receso en el flujo de la información oficial, de tal suerte que se centra en la descripción de los personajes principales dentro de esta fase, a saber Candy y el asesinado. Desaceleración del ritmo narrativo. “Los interrogatorios de ayer”, que consisten en interrogar a Candy y a su padre, quien había aparecido sólo mencionado en la primera parte de la novela. Se vuelve sobre el cheque resumiendo lo que ya se sabía (el pago se su liquidación), por lo cual no hay nada nuevo como incluso afirma el periódico: “no es mucho, como puede verse, lo que podemos ofrecer hoy [...] Quizá mañana las autoridades quieran o puedan mostrarse menos herméticas” (FV: 131-132). “Pequeña semblanza del Junior Rodríguez”, pequeño sumario más digresión reflexiva. Descripción somera tanto del chico como de Candy, énfasis en la diferencia de edad y que él parecía ser mayor de lo que era. Como no hay información oficial, se llena el punto con entrevistas para saber cómo era el joven. Entrevistas sin fecha ni duración. Momento de espera hasta que los amigos del Junior quieran hablar con las autoridades. Anuncio de lo que vendrá al mencionar a las bandas o sociedades secretas que “se están poniendo desde hace poco tan de moda” (FV: 134).

El artículo 3 es “Una visita a Candelaria Gómez”, la cual se lleva a cabo “en horas de la tarde de ayer”, con un poco de descripción del espacio más información sobre la situación social en que se hayan insertos. El artículo informa que se intentó hurgar en el pasado del padre de Candy pero fue infructuoso.

El artículo 4 está conformado por “Comerciante detenido”. Inicia con una elipsis explícita –“Después de varios días de actividad intensa”– y continúa con “durante las primeras horas de la mañana” fue ingresado en los calabozos de la Dirección de Seguridad. La analepsis se une con la correspondiente al apartado 5 de la primera parte de la novela, cuando Ruiz está enfermo “desde hacía más de una semana por efecto de una afección gripal”, de tal suerte que se esclarece que desde que desapareció el Junior Rodríguez hasta este momento, sólo ha pasado una semana, cuyos acontecimientos han sido narrados por Ayala en diecisiete páginas. De nuevo relato repetitivo sobre el nexos laboral entre Candy y Ruiz, su nuevo puesto laboral, la relación del hombre con “cierta personalidad financiera”. Todo esto bajo la perspectiva de los rumores. Analepsis interna acerca de un favor que hizo Ruiz al padre de Candy para obtener una casa.

El artículo 5 consta de seis partes que si bien es un avance en la historia, sobre todo se concentra en el enjuiciamiento moral del personaje. “Cita misteriosa”: analepsis que remite a la carta que Ruiz envió al Junior en el capítulo 5 de la primera parte, “que el mismo día del crimen, por la mañana” le dio la encomienda a un mandadero de sus almacenes, por lo cual se aclara una fecha pues “al otro día, después de dormir mal” fue un sábado, el asesinato ocurrió el domingo. “Contradicciones” lo es porque Ruiz niega haber intentado reunirse con Junior, pasa de que no lo había visto “desde hacía muchos días” a que en realidad eran “varios días”. Pormenores repetitivos sobre la gripe que padeció y la amistad rota con Rodríguez. Ruiz dice que el lazo que lo unía con Junior era una deuda. “Detalles reveladores”, analepsis repetitivas sobre la relación de Candy con Ruiz, de Candy con Junior, de Junior visitando los almacenes y siendo corrido por Ruiz. “Antecedentes del encartado” es una digresión ideológica con analepsis que va hasta la muerte de Bocanegra y el periodo que siguió al magnicidio, el paso de Ruiz por el Café La Aurora y su supuesta muerte, vinculándolo con *Muertes de perro*, y concluyendo que este personaje “ha engañado durante años y años” a sus amistades.

Es un resumen de la vida de Ruiz. “Comentarios” liga con el pasado de Ruiz en un círculo que se cierra con el capítulo 3 de la primera parte, lo referente al Casino y su nexa con Cipriano Medrano. “La quiebra de Casa Ruiz” es continuación del relato primario con analepsis que se enlazan con el capítulo 2 de la primera parte en lo concerniente a su relación Candy.

El artículo 6 está conformado por tres partes. “¿Nueva pista?” ofrece información nueva al incluir a un par de pandillas de jóvenes que “desde hace algún tiempo” molestan por la ciudad, por lo tanto, analepsis externas. “Las pandillas: Mi Solo Dueño” y “Los Dragones del Espacio” son relatos iterativos que comunican el comportamiento de los jóvenes en un tiempo anterior al del relato primario como que Junior se reunía “a diario” con los miembros de su banda. Referencia histórica: “aquellas execrables y famosas secciones de asalto hitlerianas en la Alemania nazi” (FV: 157). Culmina con una analepsis interna completiva sobre el parentesco entre los Rodríguez y Doménech.

El artículo 7 tiene un solo apartado: “Un compás de espera”, sumario del artículo anterior y “habiendo transcurrido varios días” sin conclusiones sobre el asesinato de Junior, la atención cae sobre nuevos datos de la investigación basada ahora en el interrogatorio de los amigos del muerto; retrospecciones internas en nexa con el primer artículo en cuanto al momento del descubrimiento de la desaparición del chico por parte de su familia. Prolepsis: “Y con esto ponernos por hoy término a nuestra información sobre un asunto que pudiera hallarse en vísperas de adoptar un giro sensacionalísimo” (FV: 162).

El artículo 8 consta de seis apartados; con él concluye la parte de los recortes periodísticos de la novela y da un giro a la historia introduciendo nuevos personajes y situaciones. Analepsis interna en la que el narrador hace referencia a lo publicado por otro periódico “ayer”. Digresión reflexiva sobre la irresponsabilidad de ese competidor y anuncio de lo que vendrá: “He aquí los hechos escuetos [...] Son de tal índole que, sin la menor duda, imprimen nuevo sesgo a todo este tenebroso asunto” (FV: 163). “Otro anónimo” comienza con una retrospección: “un anónimo llegado hace poco” (FV: 163). La sensación de exclusividad la brinda la temporalidad dentro de la propia diéresis al explicitar que el comisario concedió “ayer” una entrevista de “algunos minutos de su precioso tiempo” (FV: 164). Analepsis y discurso repetitivo

sobre el recado que envió Ruiz para citar a Junior. Relato iterativo sobre la costumbre de recibir anónimos en la comisaría, esto es, el panorama del sitio donde se imparte la justicia dejando de lado lo que interesa a la historia, que es conocer quién envió en anónimo, quién mató a Junior, qué pasa con Ruiz; nada de esto se responde con lo cual se mantiene el suspense: “un momento aún, señor comisario. ¿No podría decir en dos palabras el contenido [del anónimo]?”, inquiera el entrevistador “apresuradamente, viendo que el funcionario, tras una impaciente mirada al reloj, se levantaba para despedirnos”. (FV: 166). “La Iglesia de Dios Feliz y Reconciliado” da información sobre una secta religiosa de forma acrónica. “Dos mundos en conflicto” contiene analepsis repetitivas sobre los Dragones del Espacio, más referencias históricas con la guerra de Troya. Más analepsis internas completivas sobre los días previos al asesinato, el jueves que hubo un “guateque”, el viernes en el que una chica raptada se confesó en el templo por lo acontecido el día anterior y “pocos días más tarde” la pandilla de Junior acudió al templo en un acto vandálico tras lo cual hubo un enfrentamiento con los lugareños (FV: 169). “El texto delator” hace referencia al anónimo del inicio del artículo que vincula el asesinato con la gente de la secta, más retrospecciones completivas: el carro de Junior estaba rayado de forma específica y a sus pies había una vela roja. “Verificación de indicios” significa que los redactores tuvieron ante ellos durante “breves minutos” el multicitado anónimo y que todo apunta a que el asesinato del chico estuvo relacionado con sus bárbaros actos contra la secta religiosa, finalizando con que “muchos empiezan ya a preguntarse” sobre la suerte de Ruiz y su papel dentro de este nuevo sesgo de la historia.

Tercera parte, páginas 177-218

Está constituido por dos capítulos de narrador autodiegético en un monólogo directo que fluctúa de primera a segunda y tercera persona.

1. “La gran carambola” hace referencia retrospectiva a la personalidad de personaje, delineada desde *Muertes de perro* con una larga recuperación del pasado del narrador a través de su conciencia. Comienza en tercera persona y luego pasa a segunda con una reflexión sobre el tiempo en la cárcel, esto es, el alargamiento del tiempo en el encierro y la monotonía que implica haciendo uso no sólo de la

repetición de los hechos sino también de las palabras pues él imaginaba que su detención sería de unas cuantas horas y que el crimen se resolvería pronto: “haberle dado a todo mil y quinientas vueltas”, “sin preocuparse para nada de qué horas serán”, “porque al entrar aquí te han quitado hasta el reloj”; “frases que ya me sé de memoria”, “el cerebro las repite” (FV: 178), “Calma. ¿Qué prisa hay? Tienes tiempo, tienes mucho tiempo por delante. ¡Si es lo único que tienes, lo único que te han dejado: tiempo!” (FV: 179). Para acentuar la espera, el autor usa verbos como moler y remoler, triturar, trabar, atropellar, repetir. Y pone términos: “Tarde, muy tarde recibo esta lección que de nada puede aprovecharme en el futuro; porque, lo que es futuro, ni lo tengo, ni tampoco lo quiero. ¡Futuro! ¿A dónde iría a parar yo ahora [...]?” (FV: 192). Se trata de un claro ejemplo de cronotopo en el que el espacio y el tiempo se unen porque la idea del encierro se da precisamente por el uso de la temporalidad ya que a través de ésta se tiene conciencia de la privación de la libertad. Por otra parte, el proceso del monólogo no tiene duración explícita.

El narrador aclara una y otra vez que en esta ocasión no está escribiendo y que de tener los instrumentos necesarios para hacerlo, podría ordenar sus ideas porque lo suyo ahora es la “divagación insensata”, aunque el monólogo está lejos de ser incoherente o desordenado aunque su narratario cambia de ser él mismo a ser otros: “caballeros” (FV: 187) y su postura ante el mismo hecho también varía. Poco a poco se entregan los sucesos relacionados con la reciente visita de Corina. Analepsis con anuncio: “la especie de confesión con que mi distinguida esposa ha venido a obsequiarme”.

Es un relato reflexivo sobre su situación económica y social y, sobre todo, las implicaciones que en esos ámbitos tuvo su situación de “cornudo” pues es tal lo que la esposa ha ido a confesarle con paralipsis porque no esclarece con quién y se sabe que fue “hace años” pero no cuándo. Asimismo hace un repaso de los acontecimientos desde su gripe y con analepsis completivas relata lo que ocurrió durante la visita de su esposa; durante su viaje cuando se encontró Corina con el padre de Candy, señalado en el capítulo 2 de la primera parte. Así como lo que piensa acerca de su propia actuación con Candy, con Junior y el envío del recado. Analepsis repetitiva sobre la opinión que Pinedo dejó plasmada en su libro, sobre su



desaparición. Disgresiones reflexivas con alta carga ideológica sobre el matrimonio, las mujeres, su vida conyugal, el manejo de los bienes.

Al igual que en *Muertes de perro* hay un instante al inicio de la novela en el que Pinedo hace un balance del pasado y concluye que Bocanegra no era como se creía (MP: 12), Ruiz pasa por el mismo estado con respecto a Candy al reconocer que “hubiera tenido que estar ciego para no ver una bendición del cielo; reconocía que lo era, sí; pero al mismo tiempo me negaba a aceptarla” (FV: 184), esto es, el reconocimiento de la relatividad de los hechos por lo cual no puede tomarse de forma contundente lo que el mismo narrador ha externado y que este capítulo lleva hasta sus últimas consecuencias debido a los cambios de estado de ánimo y, con ellos, los juicios que esgrime contra todos aquellos con quienes se relacionaba que pueden ser favorables en un momento y negativos en otro. Ayala logra con esto mostrar la veleidad de los juicios de sus personajes, su personalidad con sentimientos encontrados con lo cual construye caracteres redondos que provocan de esta forma la sensación de realismo.

Por otra parte, el narrador cuenta la historia de forma condensada respondiendo a su inocencia y elucubrando acerca de que es su propia esposa en una “carambola” perfecta la autora moral del asesinato del chico con el cual se venga del marido por haber tenido una amante y del amante por haberla abandonado a ella, a Corina. De ahí que se haya sentido obligada a confesar su adulterio. Con esto Ayala propone dos posibles soluciones al crimen sin aclarar ninguna.

2. “La Triste Gracia”, inicia con una especificación temporal basada en una actividad física, esto es, el sueño: “He dormido; he dormido mucho y muy bien, largas horas. Y me despierto, no ya tranquilo, calmado, sino hasta con un humor plácido” (FV: 203). El estado de ánimo ha cambiado y entra en un proceso de desaceleración al describir la celda donde se encuentra. De nuevo el elemento premonitorio a través de un sueño de libertad. Autoexplicación del talante de la primera parte, provocado, según el narrador, porque tenía la cabeza descompuesta por el miedo, por la fiebre, por la situación que atraviesa. Repetición de lo que se dijo en el capítulo 1 de esta tercera parte creyendo que por estar mal pensó lo que pensó. Reflexión sobre su esposa en el acto de confesarse, lo mal que se le veía. Continúa

con un diálogo hipotético entre él y Corina y también diciendo lo que supuestamente ella piensa. Analepsis internas sobre la velada en el Casino.

Esta tercera parte de la novela recrea el intento de explicar los hechos pasados para entender cómo fueron causa de lo que ahora se padece, de ahí que se regrese una y otra vez a lo mismo. Ayala recrea los remordimientos por la falta de atención o de piedad. Asimismo da respuestas probables a aquello en lo que se encuentra envuelto el narrador logrando con ello un final abierto en el que caben dos posibilidades, como ya se apuntó arriba: que fuese Corina la autora intelectual del asesinato o que éste tuviese que ver con un problema social en el que intervienen factores económicos y religiosos. Independientemente, el manejo del tiempo en esta novela es menos intrincado que en *Muertes de perro*, más lineal o con analepsis que cierran círculos de información. Asimismo, la inclusión de recortes periodísticos, en comparación del manuscrito de Tadeo en la primera novela, implica la necesidad de seguir un orden cronológico más apegado a la forma como operan los diarios, de tal suerte que los saltos en el tiempo están más restringidos precisamente por esa mimesis de verosimilitud.

#### 4.3 Voces y personajes

Los personajes principales en *El fondo del vaso* son:

Primarios: José Lino Ruiz, instancia narrativa, comerciante; Corina Sánchez, su esposa; Candelaria Gómez (Candy) amante de Ruiz, luego novia de Rodríguez Junior; Luis R. Rodríguez, periodista español, amante de Corina, padre de Rodríguez Junior; Luis Rodríguez Imbert o el Junior Rodríguez, novio de Candy, asesinado.

Personajes secundarios: Cipriano Medrano (don Ano-Ano), zar de las bebidas alcohólicas y vicepresidente del Casino; Antonio Doménech, empresario, “mago y capitán de las finanzas de nuestro país” (FV: 48); Nuestra Señora del Adefesio, esposa de Luis R. Rodríguez; la esposa de Doménech: “la misia Doménech, alias la Puritana, alias la Mística” (FV: 79); Flor Silvestre, Cachita Loló, Tinita Gómez, candidatas al premio de belleza; Ochoa, secretario-relator del concurso de belleza y redactor del periódico *El Tiempo*; Alicia Albertona, jurado del concurso de belleza; Galindo, industrial, “el de los helados y refrescos marca Tierra Feliz” (FV: 78);

Serafina López, poetisa (sic, FV: 83) y ganadora del concurso de belleza; la nieta de Cipriano Medrano; el comisario Lupino, jefe de la Brigada del Crimen; Ismael Gómez, padre de Candy, trabajador rural; Anastasio Madroñera, empleado subalterno de José Lino Ruiz; la pandilla Mi solo dueño; Feliciano González (Diosa Felicitas), fundadora de la iglesia Dios Feliz y Reconciliado.

Además se mencionan Bocanegra, Pinedo, Tadeo, Luis y Lucas Rosales, Olóriz, gallego Luna, el vate Zapata de *Muertes de perro*, Zapirón, locutor; y Nalé Roxlo, periodista argentino que hizo en la vida real una reseña de esa primera novela, como se ha mencionado más arriba.

En esta novela no queda fuera la preferencia de Ayala por los parentescos mostrada en *Muertes de perro*. Las esposas de Doménech y de Luis R. Rodríguez son primas hermanas “y ambas al parecer bastante insoportables cada cual en su estilo, por engreída la una y la otra por tonta” (FV: 84). Ellas son nietas “de un ilustre prócer patrio, el general, tribuno y poeta Amadeo Imbert” (FV: 159). Así, los chicos Rodríguez Imbert y los Charros (los Doménech Imbert), son primos; junto con los Galindo (hijos del industrial de Tierra Feliz), con el Trueno Buendía y el menor de los Puig, formaban parte de la misma pandilla “Dragones del Espacio”.

Dentro de *El fondo del vaso* Álvarez Sanagustín (1981) identifica a los personajes de la siguiente manera: Corina como *actante-sujeto* y como *actante-destinador*; Rodríguez como *actante-ayudante* a la vez que *beneficiario*; y ambos como amantes tratan de transformar a Ruiz de *oponente virtual* a *ayudante*. Éste, a su vez cuando da información a Doménech sobre Candy y le pide que averigüe sobre su relación con Junior, pasa de creerse *sujeto* a ser *ayudante*.

#### 4.4 Recepción

*El fondo del vaso* tuvo “una acogida fervorosa”, afirma Orringer. Fue reseñada en el periódico bonaerense *Clarín*, por Saúl Aronson, en la tirada del 27 de septiembre de 1962. En España, en las mismas fechas, H. A. Murena hizo una reseña en *Papeles de Son Armadans*, en el número 78 y, un año más tarde, otra para *Cuadernos*, número 71, de París.

Murena, más que hacer una reseña de *El fondo del vaso*, habla de *Muertes de perro* o de la obra ayaliana en general pues se concentra en la revolución y cómo esta se hace o no a través de la literatura, así como sobre el poder:

Mi estupor ante la atmósfera que circunda la obra de Ayala, a la luz de lo que la obra de Ayala es, proviene de la comprobación de que, en medio del asfixiante conformismo pseudorevolucionario que prolifera, tal obra es de verdad revolucionaria. La obra narrativa de Ayala es una lucha serena, desilusionada e implacable contra la ignominia de la adaptación, del acostumbramiento a un mundo inhumano. En cada página suya aparece mostrada en su estremecedora desnudez no un mero problema político y social –lo cual favorece la ilusión de que, remediada la injusticia, pasaríamos a un estado paradisíaco–, sino la terrible naturaleza humana, que es la fuente de todos los problemas (Murena, 1967: 321).

Fiel estudioso de Ayala, Keith Ellis analiza la estructura de *El fondo del vaso* en *Ínsula* de 1963 (No. 199: pp. 25-26) y valora en específico como rasgo estructural que Ayala construya sus novelas de tal forma que “parecen existir por sí mismas, sin la intervención del autor”, así como por el uso del anticlímax, además considera que en ella el autor presenta mediante “un dominio completo del lenguaje y maestría técnica la visión clara y plástica de una sociedad que ha llegado a aceptar la perversidad humana. Con esto el autor aporta algo nuevo y valioso al arte novelístico” (1963: 25).

En el mismo año 1963 también Noemí Vergara de Bietti escribió una nota titulada “Dictadores y comparsas: *El fondo del vaso*”, en *La Prensa*, de Buenos Aires y, con igual datación, en *Sur*, Enrique Pezzoni escribió sobre las dos novelas de Ayala en el número del último bimestre del año. En 1964, Jorge Enjuto hizo lo suyo en *Asomante*.

La recepción fue más limitada que con *Muertes de perro*. Sin embargo, “H.A. Murena vio la novela como fruto de un arte ‘revolucionario’, K. Ellis, la presentó como “algo nuevo y valioso”, G. Sobejano la encontró ‘una novela más acabada que *Muertes de perro*’ (1995: 11).

Más tarde, en 1970, con la publicación de la obra de Ayala en su país natal, los intelectuales españoles le manifestaron su reconocimiento a través de los diarios

*Informaciones, Ya y Pueblo* con la “Salutación a Francisco Ayala”, publicada el 17 de junio:

La recuperación de Francisco Ayala para la vida cultural española significa un acontecimiento que nos complacemos en destacar ante la opinión pública. A sus frecuentes estancias en España, durante los últimos años, y a su viva y directa preocupación por nuestros problemas, ha venido a unirse ahora la publicación gradual de algunas de sus obras narrativas y ensayísticas. En este año, precisamente, se ponen al alcance de los lectores de nuestro país la novela *El fondo del vaso* (que enlaza con *Muertes de perro*, aparecida en 1969), su estudio sobre *La estructura narrativa* y el conjunto de cuentos de *Los usurpadores*. Formulamos los más sinceros votos para que otras importantes obras suyas, aún no conocidas por aquí, completen este ciclo integrador. Al saludar a Francisco Ayala, de nuevo entre nosotros, expresamos profunda alegría por este progresivo conocimiento y reconocimiento de un valor intelectual y literario español universalmente apreciado (VV. AA., 1970).

La firmaban Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Antonio Buero Vallejo, José Luis Cano, Camilo José Cela, Miguel Delibes, Paulino Garagorri, Carmen Laforet, Pedro Laín Entralgo, Rafael Lapesa, Francisco Yndurain y Alonso Zamora Vicente.

#### 4.5 Ubicación y relaciones con otros países

En su libro *Los recursos técnicos en la novelística de Francisco Ayala* (1972), Rosario Hiriart se preguntaba por qué los críticos habían calificado las novelas *Muertes de perro* y *El fondo del vaso* como “novelas americanas”. Esta ensayista cubana, como ejemplo de lo que la crítica había dicho acerca de dichas obras, parte del artículo aparecido en 1969 en el diario argentino *La Nación*, escrito por el español José Blanco Amor, titulado “América en la narrativa de Francisco Ayala”. Hiriart refuta a Blanco Amor haberse quedado en la periferia de las novelas, le reprueba calificarlas de “americanas” y decir que Ayala “se volvió de pronto novelista americano”. Para ella

ninguna de las obras narrativas de Ayala describe, explica, da soluciones o discute determinado problema –eso lo hace muy bien nuestro autor en sus múltiples ensayos–, sino que la narrativa de Ayala presenta los problemas vivos y al hombre en su continuo debatirse en ellos. No es, pues, el propósito del autor en estas novelas combatir la dictadura hispanoamericana o criticar la organización democrática de las repúblicas o de determinada república americana (Hiriart, 1972: 66).

Es decir, Ayala hace un retrato de los diferentes grupos sociales que interactúan en el corazón del patriarcado como orden social, de los que abundan en el mundo y a lo largo de la historia, por lo que no debiera quedar reducido a un solo ámbito geográfico. Sin embargo, los críticos se reducen al argumento sin ver que el tema esencial en Ayala es “el hombre inmerso en el mundo, en los problemas de nuestro tiempo” (Hiriart, 1972: 67). Por lo cual lo que hay de contenido en la obra de Ayala, no sólo en las dos novelas mencionadas, es presentar aspectos de la realidad que atañen a cualquier ser humano que forma parte de un sistema de gobierno determinado, dictadura o democracia, cuyo lazo de unión, en este caso, podría ser el idioma común.

Como el propio Ayala expuso en una entrevista de 1963:

creo que se equivocan los críticos que [...] han querido ver en *Muertes de perro* una sátira de la dictadura hispanoamericana. No se trata de una novela de intención política [...] sino de una exploración de la condición humana a través del medio político (Ayala, 1972: 5).

En 1968, conversando con Andrés Amorós, manifiesta

Decir que *Muertes de perro* tiene por asunto la dictadura hispanoamericana, equivale a proclamar lo obvio. Cualquier lector, por distraído que fuere, se percata sin exégesis alguna de que la novela presenta un proceso político de una dictadura demagógica, su establecimiento y su caída, en el ambiente de una indeterminada república del trópico americano. [...] la decadencia y el desmoronamiento de un orden social de tipo patriarcalista agrario (o ‘feudal’, si así se prefiere) y la crisis provocada por este desmoronamiento (Ayala, 1972: 41).

Y agrega en esa misma charla: “Yo no me propuse con *Muertes de perro* escribir un libro contra la dictadura, ni hacer una sátira política en sentido directo” (Ayala, 1972: 42).

Su objetivo no era escribir contra la dictadura, sino mostrar cómo los sistemas políticos, uno de los muchos marcos dentro de los cuales transcurre la vida, “crean un determinado ambiente cuyas condiciones se prestan para exponer diversamente la condición humana”, “una exploración del sentido de la vida dentro de circunstancias variables”, “presentación de la vida humana desde ciertos ángulos en busca de su sentido último” (Ayala, 2005: 163-166). Para lograr su fin, el escritor granadino hace uso tanto de americanismos como de “la ambigüedad del habla”, es decir, echar mano de la forma usual de hablar llena de significaciones. Todo esto con una postura de no enjuiciamiento, sin denuncia: “el autor no dice nada” (Ayala, 2005: 166).

Antes de Blanco Amor, José Luis Cano (1958) había dicho de *Muertes de perro* que su tema era “la sátira de un dictador o tiranuelo de un país hispanoamericano”, y renglones más abajo explicaba: “está escrita en forma de crónica de los sucesos revolucionarios –e íntimos– que dan al traste con la tiranía del presidente Bocanegra en un pequeño país de Centroamérica” (1958: 7). De Hispanoamérica a Centroamérica.

Ayala informa que “el nombre de Hispanoamérica está relacionado en alguna medida con la política cultural del Estado español en América, y esta política [...] tiene sus partidarios y sus oponentes” (Ayala, 1983:10), es decir, España y su idioma están presentes.

Manuel Durán escribe en su reseña que la novela está

situada en el ambiente asfixiante y caótico de una república centroamericana... [...] El estilo se amolda a los personajes, con numerosos americanismos (echamos de menos, sin embargo, algunas construcciones, típicas de Centroamérica, como el *vos*, etc.) (Durán, 1959:109).

En su columna Carta de Londres, de enero de 1960, Esteban Salazar Chapela titula su artículo “Una novela americana española” y explica clarísimamente que “la novela es americana porque su acción se desarrolla en América y porque sus personajes todos son americanos; la novela es española porque está escrita por un

escritor español” (Salazar Chapela, 1960: XX). “La novela se refiere al tema de las dictaduras hispanoamericanas”, es la visión de Rodrigo Molina (1961: 19). Eugenio G. de Nora, en su brillante estudio *La novela española contemporánea (1927-1960)*, explica que se trata “del derrumbamiento de una imaginaria dictadura hispanoamericana” (Nora, 1962: 246). A pesar de la fuerte acotación hecha por Hiriart y de las aclaraciones al respecto de la ubicación territorial de su obra por parte del autor, no ha dejado de ser utilizado el calificativo de *americanas* por parte del resto de los críticos. Sin interés de hacer un examen exhaustivo, se mostrarán ejemplos de ello. Los diversos analistas han descrito *Muertes de perro* como una obra que gira en torno a una situación política determinada en un país ubicado en diversos lugares. Jerry Oxford coincide en que se trata de “un país centroamericano sin nombre” (2006: 759). El caso de la crítica de Irizarry, sin embargo, ofrece variaciones al respecto, pues se refiere al sitio donde se desarrolla la novela indistintamente como “el país centroamericano” (1971:103), “pequeña nación latinoamericana” (1971: 48), “dictadura hispanoamericana” (1971: 49), “innombrado país hispanoamericano, [...] es una epopeya vivida por unos cuantos países de la América española (y por la España en aquellos años)” (2006: 693). “En una pequeña república latinoamericana” es donde Luis García Montero sitúa la novela (en Ayala, 2006: 181), y Agustín Vera Luján decide que “*Muertes de perro* es el relato de una época tumultuosa en la existencia de un país sudamericano” (1977: 96). Jorge Enjuto también coloca la historia en el Cono Sur (1960: 32).

La primera en darles el nombre de “novelas ‘caribes’” fue Bobes Naves quien, a pesar de que en su análisis específico sobre *Muertes de perro* se centra en el espacio narrativo, los espacios de la historia, el valor sémico del espacio en la novela, no sustenta en ninguna parte el porqué de su título (cfr. Bobes, 1988). El epíteto de “caribe”, ahora en singular, es utilizado por Sara Mesa Villalba (2001: 125).

En el prólogo de la edición de Cátedra de *El fondo del vaso*, Nelson Orringer también ubica *Muertes de perro* en “una pequeña república centroamericana” (1995: 21), aunque también se refiere tanto a esta obra como a *El fondo del vaso* como “las novelas americanas” en su artículo titulado “Las novelas caribeñas de Francisco Ayala” (Orringer, 2004: 26), dentro del cual expone que la obra ayaliana se sitúa en una “ficticia república centroamericana” (Orringer, 2004: 27). En su trabajo



“Americanismos del norte en la narrativa de Francisco Ayala” (Orringer, 2006: 101-118), analiza tanto el uso de anglicismos propios de Estados Unidos de América, a los que llama “norteamericanismos”, como “elementos más populares y cotidianos” de la misma cultura. Lleva a cabo una disertación acerca del empleo que hace Ayala de ciertas palabras como *pet*, *kidnapping*, *Army*, *War Office*, *State Department*, entre otras; de la sátira que el autor granadino lleva a cabo en *Muertes de perro* a partir de los tradicionales desfiles de conmemoración de la Independencia del país, con su despliegue de armas y soldados, así como de los concursos de belleza en *El fondo del vaso*. Elementos todos de la inmersión en lo norteamericano que permiten a Ayala “la elevación del uso social estadounidense a un indicio de desmoralización o de la redención personal del individuo dentro de la crisis contemporánea” (Orringer, 2006: 117).

Orringer escribe: “Esperamos haber mostrado que las expresiones de la cultura de Estados Unidos forman una parte esencial de la narrativa de Ayala” (Orringer, 2006: 118). Llama la atención que en el mismo texto Orringer eche por tierra su acucioso estudio sobre lo sajón y continúe denominándolas (a *Muertes de perro* y *El fondo del vaso*) como “novelas del Caribe” (Orringer, 2006: 102) y a la primera como ejemplificadora de “una miserable dictadura centroamericana” (Orringer, 2006: 108) o ubicada en “una nación septentrional” (Orringer, 2006: 110). Sin embargo, tenía razón en señalar el “prestigio del poder del pueblo de cuya lengua derivan” (Ayala, 1983: 37) de las múltiples palabras en inglés que aparecen en estas obras de Ayala. He aquí entonces que es la muestra de cómo la imaginaria república está bajo el poder tanto de Estados Unidos de América como de España. Este uso de palabras en inglés por parte de Ayala puede provenir, entonces, tanto de la influencia de EUA (donde vivió) como de una postura antifranquista, pues es claro que durante ese régimen “se declaró la guerra [...] a las voces foráneas” (Ayala, 1983: 38).

Regresando a Orringer, puede decirse que hay un problema en el estudio de este investigador y es que, dado su origen estadounidense, cae en la costumbre de denominar como Norteamérica sólo a su país, sin recordar que esta parte del continente americano está compuesta por tres países: Canadá, Estados Unidos de América y México. Así que al estudiar los “norteamericanismos”, como él los llama,

en realidad solo está refiriéndose a lo concerniente a su nación y ha dejado de lado el español, que no castellano, de México y el inglés y francés de Canadá.

Por otra parte, es común también que no se sepa dónde termina una zona del continente y dónde otra, por eso los investigadores tal vez ubican la novela en Centroamérica o Sudamérica indistintamente. Cabe recordar que al continente americano, el segundo en tamaño en la parte occidental del planeta, precisamente por su gran tamaño y diferencias geográficas se le ha dividido en cuatro: Norteamérica o América del Norte, Centroamérica o América Central, Las Antillas y Sudamérica o América del Sur. Centroamérica se encuentra situada entre México y Colombia.

El gentilicio de los habitantes de América ha sido algo peculiar a lo largo de los tiempos. En España se les llamaba ‘americanos’ a todos los originarios de esta zona durante la Colonia; Gran Bretaña nombraba de igual modo a los que se habían ido a vivir a lo que más tarde sería Estados Unidos. Según conocido argumento, la enorme influencia de los Estados Unidos de América en Europa y en el mundo ha contribuido prácticamente a monopolizar el gentilicio para sí. A raíz de que sus tierras habían conformado la base de la América británica, la falta de un nombre propio generó el uso del nombre *América* para referirse a este país, hecho respaldado por el gentilicio *American*, que ya era usado para sus habitantes desde la época colonial. El uso de "American" está hoy muy difundido en los países de habla inglesa y en otros idiomas por influencia de ésta. Aunque en el idioma español la denominación más común sigue siendo el de *estadounidenses*.

Una acotación similar la realiza el propio Ayala:

He aquí que el nombre de América es también, en cierto modo, objeto de disputa en el día de hoy. Pues cuando las colonias inglesas proclaman su independencia respecto de su metrópoli y entran a formar mediante su federación una entidad política propia, adoptan la designación oficial, que todavía tienen de United States of América, Estados Unidos de América. Y como quiera que esta designación resulta demasiado larga y descriptiva –y, al mismo tiempo, demasiado imprecisa, pues en América están también México y Brasil, y también se titulan Estados Unidos– los ciudadanos de los United States abrevian llamando a su país, simplemente, América, y a sí mismos ‘americanos’. Lo cual es sentido y resentido más debajo de sus

fronteras como una usurpación –una usurpación más– y una especie de afrenta a los demás habitantes del continente (Ayala, 1983: 8)

Por lo tanto, es aceptable que se llame ‘americanos’ a los estadounidenses, pero no que se crea que Norteamérica está compuesta tan solo por la nación que les pertenece y que se confunda Centroamérica con Sudamérica.

Todo esto simplemente demuestra cómo el narratorio llena los huecos de la obra con su propio bagaje; si Ayala no puso nombre o ubicación precisa a su imaginario país, los diferentes críticos, en su labor primaria de lectores de un texto se sienten con la necesidad de concluir lo que el escritor dejó al aire, y lo hacen de acuerdo a su propias nociones del mundo hispanoamericano, lo que de él saben acerca de su historia, su situación política, económica y social. Estos conocimientos no necesariamente están en relación intrínseca con la realidad.

Independientemente de las fallas en el conocimiento de los límites territoriales y los gentilicios, con el ejemplo de Orringer es comprobable la universalidad de la obra de Ayala, pues si se le mira con detalle, puede reconocerse como fiel imagen de cualquier sistema político determinado por el patriarcado despótico y tirano, independientemente de la situación geográfica.

Por otra parte, tenía razón Hiriart al quejarse de cómo los críticos toman como base la trama del texto a estudiar y no el trasfondo. De ahí que sea preciso adoptar otra postura como la de María Elena Barroso Villar (2006: 246), que la ubica en Hispanoamérica, pasa de la anécdota y se cuestiona:

si bien parecen apuntarla ciertas señales del discurso (referencia a la frontera holandesa, al tamaño reducido, a la situación en algún lugar del trópico), otras, en cambio, la alejan de la presumible Guyana neerlandesa que a primera vista pudiera entenderse como limítrofe. Hemos de atenernos a que se trata de un ámbito social y lingüístico hispano. [...] ...la entidad, o la identidad, de tan minúsculo escenario de *Muertes de perro*, tampoco está determinada y se reconoce a sí mismo por relaciones de contrario [...] porque una importante razón de estar en el mundo ese país parece consistir en oponerse a las potencias que, rodeándolo, lo ahogan, así como al “gran coloso del norte” y, en especial, a España, con la que mantiene amor solo aparente (Barroso Villar, 2006: 248-249).

Otra estudiosa que también rechaza la ubicación fácil es Rosalía V. Cornejo-Parriego (1993).

Entre los personajes se encuentran dos periodistas españoles del diario local más importante, el gallego “Luis R. Rodríguez” y “Camarasa”. El gallego Rodríguez se ufanaba de corregir la ortografía del vate del pueblo:

La ortografía y las reglas de composición son, después de todo, conocimientos mecánicos, que cualquiera puede aprender, y nada más que los pedantes como Rodríguez hacen de eso cuestión capital; nada más que los fariseos de la cultura (MP: 100)

escribe Requena, mostrando su desaprobación ante este hecho de corrección que demuestra una superioridad en el manejo del idioma por parte del detentador oficial de él, en la medida en que los países colonizados tenían sus lenguas previas a la intervención española, las que debieron dejar de lado y plegarse al aprendizaje de la de sus conquistadores. Esta postura contrasta en *El fondo del vaso* (Ayala, 1998b<sup>25</sup>) con la de José Lino Ruiz, quien solicita la ayuda de Rodríguez para desarrollar el libro que cuente la verdad sobre lo acontecido durante la presidencia de Bocanegra y sea la contraparte del trabajo de Luis Pinedo. En esta segunda novela, Rodríguez aparece como un periodista connotado y Ruiz se somete con gusto a sus correcciones. Rodríguez es el prototipo de escritor: “de sólida tradición [...] abierto a las corrientes de [la] época”, amante de su oficio, que se ha cultivado y pasado por la universidad, asimismo no se comporta con la misma soberbia que sus compatriotas y “todo lo hace admirablemente” (FV: 11). Como se ve, para Ayala, el buen escritor debe cumplir ciertas características para serlo, lo que de alguna manera nos habla de él mismo.

Por otra parte, en *Muertes de perro*, el otro periodista español, “Camarasa”, descrito como “patriota almeriense (pues nuestro hombre era natural de esa desamparada, seca y resentidísima provincia andaluza, cuyos hijos, obligados por la

---

<sup>25</sup> Las referencias a *El fondo del vaso* son las que corresponden a (Ayala, 1998b); para fines prácticos en lo sucesivo se usará la abreviatura FV más el número de página.

miseria a emigrar, suelen buscarse el pan en el norte africano)” (MP: 113), cumple un papel relevante en la historia pues es el autor de un artículo periodístico que provocará ampollas y el cual se abordará con mayor detalle en el capítulo de la prensa como poder.

Otro personaje es Pancho Cortina, un militar “hijo de un español que murió demasiado pronto para haber hecho fortuna” (MP: 74), frase que pone en evidencia la facilidad con que los peninsulares encontraban un futuro venturoso en las ricas tierras nuevas de América, piénsese en los indianos, por ejemplo.

Sobrarbe, empleado de gobierno, bajo el mando de Tadeo, es desagradable al historiador por hablar “con sus zetas y eses afectadas, sus empalagosas risitas” (MP: 94).

Un estereotipo insoslayable de toda obra de mediados del siglo XX es la presencia del comerciante español, dueño del almacén del pueblo de San Cosme, encarnado en este caso por “el gallego Luna” (MP: 64, 170).

Y, por supuesto, las ineludibles instituciones creadas a raíz de la fusión de culturas o, para beneficiar dicha fusión, como lo es la universidad de *Muertes de perro*, ejemplo claro del perfecto matrimonio entre monarquía e iglesia: “nuestra vieja e ilustre Universidad Nacional de San Felipe, una de las primeras fundadas en el Nuevo Mundo con el doble título de real y pontificia” (MP: 69). Y un ejemplo más del estrecho vínculo que mantienen entre sí las instituciones se da cuando la embajada de España en este país de Bocanegra, ofrece asilo a la abadesa (MP: 55) en un momento de revuelta. La postura del país europeo se hace más evidente aún en *Muertes de perro*, al ponerlo en comparación con la otra gran potencia con la que lidian en el día a día el resto de los americanos. Estados Unidos de América ofrece oportunidades laborales (MP: 63) y es el sitio donde se quedan a trabajar y vivir aquellos ciudadanos de las naciones menos favorecidas porque encuentran oportunidades inexistentes para ellos en sus sitios de origen.

La relación con este país en esta novela de Ayala es motivo de mención a propósito de un hecho ejemplificador de la frivolidad de la Primera Dama del país: la muerte de su perra faldera. Como un gesto de amistad, Estados Unidos hace llegar a la señora una perra igual a la que había perdido haciendo para ello uso ostentoso de sus recursos materiales, en este caso, un avión del ejército. Gesto, sin embargo, que

fue motivo de todo tipo de comentarios: “Por supuesto, hacia el coloso del Norte derivaron las críticas más implacables y con toda razón. No se imaginan ciertas gentes cuán ofensivas pueden resultar a veces sus mal calculadas amabilidades” (MP: 124). Ayala ridiculiza a la nación norteamericana en su alarde servil a través del empleo de recursos bélicos ante un acontecimiento correspondiente a la esfera privada. A un hecho absurdo se responde con otro igual.

Por el contrario, se encuentra la postura de España a través de su cuerpo diplomático, el cual si bien se ve inmerso en los acontecimientos, hasta el punto de llamar a consultas para determinar el tipo de reacción oficial que debía adoptar ante el fallecimiento del animal, opta en conclusión por pensarlo como un asunto personal y no de relaciones internacionales. Los límites entre lo que es administrativo y lo que no se han perdido. Se critica, asimismo, la acción del embajador estadounidense “y la manera como trata de seguir las pautas de captación que su gobierno mantiene respecto de los países hispanoamericanos” (MP: 124). Es a través de la comunicación que el ministro español hace ante las autoridades, como se da cuenta en la novela del hecho de haberle proporcionado a la vana esposa del presidente Bocanegra una perra de la misma raza que la perdida “en un transporte militar aéreo, sin duda para ‘estrechar los lazos de amistad que unen a ambas repúblicas del Continente americano’” (MP: 125). La torpeza estadounidense de entender las relaciones diplomáticas incita al ministro español a la comparación entre ese país y España y concluir la continuación firme del “amor nunca desmentido de los pueblos hispanoamericanos hacia la Madre patria” (MP: 125). Este amor es reiterado en un segundo comunicado del ministro español, motivado por la muerte de Luis Rosales a quien toma como un hombre en buenos términos con el país peninsular, para quien “todo lo español, por el mero hecho de serlo, merecía ya su acatamiento, cuando no su entusiasmo” (MP: 157).

El término “Madre patria” es empleado únicamente por el personaje oriundo de esa nación. A través de él y de las voces narrativas de Tadeo Requena y Luis Pinedo es como el autor ofrece dos puntos de vista sobre la relación con España. La del ministro es obviamente buena y la de los otros dos personajes dan cuenta de la repulsión hacia ciertos rasgos de los españoles afincados entre ellos. Hechos que ejemplifican la manera como Ayala muestra la realidad a retazos, es decir, su

perspectivismo, desde dos puntos de vista que pueden verse opuestos y pretenderían ser representativos de una situación global. Así, lo que se tiene presente es un retrato de una España tolerada pero no aceptada plenamente en la ideología de los nativos del lugar, y la visión “oficial” de alguien que trabaja en el sitio al que le ha sido designado y cumple con la función de ser informante a sus superiores.

## Capítulo 5. Análisis de las unidades fraseológicas en *Muertes de perro* y *El fondo del vaso* como un rasgo de estilo

En la composición de las dos novelas analizadas, Francisco Ayala emplea elementos fraseológicos como estrategia de verosimilitud; a través de ellas establece un nexo con sus receptores en tanto que facilita el entendimiento apelando a conocimientos comunes.

Las unidades fraseológicas son, según afirman los teóricos Luque Durán y Pamies Bertán en el prólogo a *La creatividad en el lenguaje: colocaciones idiomáticas y fraseología*, las

paremias, apotegmas, metáforas empaquetadas de rancio sabor local o de aspecto surrealista, restricciones morfosintácticas de apariencia arbitraria, fórmulas rutinarias ritualmente asignadas a determinadas situaciones discursivas, y otras curiosidades que parecen tener poco en común entre sí (Luque y Pamies, 2005: s/n).

Es decir, locuciones de diferentes tipos, refranes, enunciados rutinarios conversacionales, enunciados aforísticos, todos con esquemas lingüísticos fijos y preconstruidos adquiridos del contexto cultural por los hablantes a través del tiempo; y que funcionan para contribuir al entendimiento como a un trato de confianza entre los interlocutores, siempre y cuando emisor y receptor cuenten con el mismo código sociocultural y lingüístico. De ahí que sean tomadas como “una especie de *no man’s land* entre la sintaxis y el léxico, entre la lengua y el habla, entre lo petrificado y lo productivo” (Luque y Pamies, 2005: s/n).

Juan Herrero Cecilia (2006) aporta que “son esquemas ampliamente compartidos en el mundo social (aunque puedan variar de unos ambientes a otros)”, que son preconstruidos “y contribuyen a organizar las representaciones colectivas, las opiniones intercambiadas y el imaginario social (conceptos, nociones, mentalidades, prejuicios, valores, etc.)”, comunican un mensaje abstracto o conceptual global y su empleo es sumamente frecuente y adaptable a diferentes situaciones, así como que admiten variaciones.

Los elementos fraseológicos, independientemente de su tipo, cumplen una función paradigmática en Ayala, quien prefiere “los estereotipos mentales



compartidos por los hablantes de una lengua” (Herrera, 2006) en lugar de expresarse a través de formulaciones neutras, denotativas o referenciales que favorecen, finalmente, la mediación entre el texto literario y el contexto social, convirtiéndose así en el “fundamento de su poética realista”, afirma Chicharro (2006), a través de “un fecundo hibridismo entre lo que llamamos ficción y lo que conocemos comúnmente como realidad”.

Ayala utiliza 592 lexías en *Muertes de perro* y 543 en *El fondo del vaso*<sup>26</sup>, sin contar las duplicaciones; y en los textos de las dos novelas hay sólo 26 repeticiones: *a la postre, bailarme el agua, capear el temporal, cara de palo, dar la real gana, dar cien mil vueltas, de tarde en tarde, de un solo golpe, Dios me valga, echar el bofe, echar una mano, el cuento de nunca acabar, frotarse las manos de gusto, hacerse humo, hacerse el gracioso, hoy día, llamar la atención, mala sangre, meter la pata, mosquita muerta, regla de tres, remachar el clavo, sea como quiera, sin ir más lejos y sus deseos eran órdenes.*

El vasto empleo de este recurso es un rasgo estilístico del escritor español según puede apreciarse tras comprobar que está presente no sólo en estas dos obras<sup>27</sup> sino también en sus ensayos y artículos, a la vez que es representativo del profundo conocimiento de Ayala del uso coloquial de la lengua y, por lo tanto, elemento clave en su poética realista. El propio autor reflexiona sobre el uso de las unidades fraseológicas a través de su personaje el teniente Santolalla, narrador de su cuento “El tajo” (*La cabeza del cordero*, 1949): “Frasas hechas como ésta: ‘herir la imaginación’, o ‘escrito con sangre’, o ‘la cicatriz del recuerdo’, tenían en su caso un sentido bastante real” (Ayala, 1972: 80). Es decir, es plenamente consciente del uso de los elementos fraseológicos y en un juego intratextual señala que finalmente las usa porque son representativas de la realidad que acontece en la ficción. Esta reflexión perdura a través del tiempo pues *El fondo del vaso* ofrece otro ejemplo a través del personaje José Lino Ruiz a propósito de su esposa Corina: “‘Sus débiles hombros’ es una frase hecha; pero hecha y todo, es la frase que indefectiblemente me acude a las mientes cada vez que pienso en Corina arrepentida” (FV: 207).

<sup>26</sup> Ver listado completo en Anexo A.

<sup>27</sup> Cfr. el estudio hecho por Antonio Chicharro “Unidades fraseológicas y creación narrativa en ‘El mensaje’ de Francisco Ayala” (2006), donde se concluye que hay 93 usos de unidades fraseológicas en la pequeña novela, sin contar repeticiones ni habiéndolos agotado.

Por otra parte, Ayala no se limita a transcribir estos instrumentos verbales tomados de la realidad tal cual sino que juega con ellos, por ejemplo escribe la acepción latina *rara avis* y a continuación la forma coloquial *bicho raro*; es decir, emplea la repetición: “como si se le hubiera *ido el santo al cielo*, sin querer darse por enterado de nada” (MP: 58); “*ponerme de patitas en la calle*, puesto que *tirado en la calle* me deja esa quiebra” (FV: 187). O los alarga: “un *pobre gato tirado* en la cuneta de la carretera” (MP: 69); “*Metí la pata*, y no quería *sufrir las salpicaduras*. La había metido, y volvía a meterla de nuevo” (FV: 186). Asimismo, variantes de un mismo modismo: “acudirme a las mientes”, “pasar por las mientes”, “se me viene a las mientes”.

Construye párrafos completos casi exclusivamente con combinaciones fijas de palabras: “– ¡*Mano de santo*, amigo! –agregaba–. Le dije: Vea, *mi amo*, ahora usted va a tener que *andar cacareando*. *En este corral*, se acabaron los *gallitos*. Sí, quise *plantárselo en la cara*, ¡*qué diantre!*” (MP: 50).

También se encuentran “mi dulce prenda cuando Dios quería” (FV: 179), en clara alusión al “Soneto X”, de Garcilaso de la Vega: “¡Oh, dulces prendas, por mí mal halladas,/ dulces y alegres cuando Dios quería!”; y “Esto, Inés, ello se alaba – no es menester alaballo”, de “Una cena”, de Baltasar de Alcázar.

El número de lexías relativas a la religión es alto, pues está compuesto por 32 en *Muertes de perro* y de 63 en *El fondo del vaso*.

Ayala utiliza unidades fraseológicas en español, latinas, francesas e inglesas, dando cuenta así de su capacidad de establecer una relación estrecha entre la ficción literaria y los elementos de la realidad.

Nuestro escritor posee un agudo oído ante los diferentes usos sociolingüísticos. Si se tiene en cuenta que en *Muertes de perro* están presentes varias voces y que se trata –salvo los informes oficiales del imaginario ministro de España– de escritos o conversaciones informales que darán lugar al soñado libro donde se registrará la verdad de los hechos, según el historiador Pinedo, el discurso literario se corresponde al uso de la lengua natural de cualquier hispanohablante. Lo mismo pasa con *El fondo del vaso*, cuya voz narrativa, José Lino Ruiz, escribe en primera persona y para sí mismo, como Tadeo Requena en *Muertes de perro*. Sin embargo, también en *El fondo del vaso* existe la contraparte “oficial” brindada por

las apócrifas notas periodísticas donde se da cuenta del proceso social de un asesinato y en las que se aminora el uso de elementos fraseológicos.

Cabe recordar que esta obra de Ayala fue primero recibida por los argentinos, más tarde por los españoles y luego por el resto de hispanohablantes y que el profuso empleo de unidades fraseológicas debió facilitar su recepción.

Si bien existen algunas que, a la fecha, podrían ser calificadas de anacrónicas, es cierto que Ayala posee particular interés en el uso arcaizante de la lengua, de ahí que se le dé el calificativo de escritor “cervantino”, pero son lexías que en su momento, hace ya cincuenta años, gozaron de popularidad. Es decir, escribió para un narratario con el que compartía los mismos códigos lingüísticos y culturales, de ahí que el poder evocador de tales elementos consagrados por el uso aunado a la creación de personajes con los que cualquiera puede tener algo en común, le proporciona a la obra de creación ayaliana una fuerza indudable.

## PARTE SEGUNDA: TEORÍAS Y DISCURSOS DEL PODER EN FRANCISCO AYALA Y MICHAEL FOUCAULT

### Capítulo 6. El poder

#### 6.1 Qué, cómo, quién, dónde

Para Michael Foucault, hay dos grandes preguntas actualmente: ¿quién ejerce el poder? y ¿dónde lo ejerce? Gracias a Marx y el materialismo histórico es posible conocer los mecanismos de la explotación, así como que el poder no radica exactamente ahí, por lo tanto, aún no es suficientemente entendido. A pesar de que se sepa que “no son los gobernantes los que detentan el poder” (Foucault, 1992: 83), aún falta mucho por analizar, entre otros aspectos

la noción de ‘clase dirigente’ no es ni muy clara ni está muy elaborada. ‘Dominar’, ‘dirigir’, ‘gobernar’, ‘grupo en el poder’, ‘aparato de Estado’, etc., existen toda una gama de nociones que exigen ser analizadas. Del mismo modo, sería necesario saber bien hasta dónde se ejerce el poder, por qué conexiones y hasta qué instancias, ínfimas con frecuencia, de jerarquía, de control, de vigilancia, de prohibiciones, de sujeciones. Por todas partes en donde existe poder, el poder se ejerce. Nadie, hablando con propiedad, es el titular de él; y, sin embargo, se ejerce siempre en una determinada dirección, con los unos de una parte y los otros de otra, no se sabe quién lo tiene exactamente; pero se sabe quién no lo tiene (Foucault, 1992: 83-84).

La palabra ‘poder’ como todas aquellas que se refieren a conceptos intangibles tiene varias acepciones, las primeras, según el DRAE, tienen que ver con una posibilidad, es decir, cualitativo:

1. tr. Tener expedita la facultad o potencia de hacer algo.
2. tr. Tener facilidad, tiempo o lugar de hacer algo. U. m. con neg.
3. tr. coloq. Tener más fuerza que alguien, vencerle luchando cuerpo a cuerpo. *Puedo A Roberto*.
4. intr. Ser más fuerte que alguien, ser capaz de vencerle. *En la discusión me puede*. U. t. en

sent. fig. *Me pueden sus impertinencias*. **5.** intr. Ser contingente o posible que suceda algo.

Asimismo, es una palabra intrínsecamente relacionada con cuestiones políticas:

1. m. Dominio, imperio, facultad y jurisdicción que alguien tiene para mandar o ejecutar algo. **2.** m. Gobierno de un país. **3.** m. Acto o instrumento en que consta la facultad que alguien da a otra persona para que en lugar suyo y representándole pueda ejecutar algo. U. m. en pl. **4.** m. Posesión actual o tenencia de algo. **5.** m. Fuerza, vigor, capacidad, posibilidad, poderío. **6.** m. Suprema potestad rectora y coactiva del Estado.

Y dentro de este último rubro existen diferentes tipos de poder: el *absoluto*, ejemplificado por el despotismo, que se caracteriza por tratarse de una autoridad no regida o limitada por las leyes, así como el exceso uso de la superioridad hacia los demás; y por el poder ilustrado, característico del siglo XVIII que tomó como base las ideas de la Ilustración, cuyo uso de la superioridad es contrario al despotismo, pues el objetivo era cultivar a los súbditos y volverlos más prósperos. Le sigue el poder *ejecutivo*, que se refiere al que gobierna un Estado con base y ejecución de las leyes que le rigen; el *fáctico*, ejercido por la sociedad, como la banca o la prensa (también conocida como el cuarto poder); el *judicial*, correspondiente a la administración de la justicia; el *legislativo*, el encargado de la promulgación de las leyes.

Estas serían las acepciones más sencillas sobre el poder, sin embargo, su significado se complica a la par que se le analiza con detalle. Lo cierto es que tiene que ver con las costumbres de los seres humanos y puede calificarse como la capacidad para influir en el comportamiento de otros sujetos, algo que se ve en los animales; pero que en el ser humano, además, deviene capacidad que se vuelve cada vez más sofisticada y lleva al establecimiento de instituciones, leyes, acuerdos. Esto lo resume Hyndess de la siguiente manera:

Dos concepciones del poder han predominado en el pensamiento político occidental durante el periodo moderno. Una, [...] es la idea del poder como simple fenómeno

cuantitativo. En este sentido, el poder no es más que un tipo de capacidad generalizada para actuar. La segunda, más compleja, es la del poder como algo que comprende no sólo una capacidad sino también un *derecho* de actuar y que concibe, basados en el consentimiento de aquellos sobre quienes el poder se ejerce, tanto la capacidad como el derecho. Esta segunda concepción resulta crucial en buena parte del pensamiento social y político de Occidente aunque [...] su presencia es a menudo más implícita que explícita (Hyndess, 1997: 11).

Foucault escribe que en la definición tradicional del poder, éste es exactamente “lo que la clase en el poder abandona menos fácilmente y tiende a recuperar antes que nada” (Foucault, 1992: 43).

Hablar del poder, pues, implica hablar de sistemas políticos (internacional, nacional o local). Puede aplicarse también a las sociedades y grupos de diversos tipos, tales como la familia, el hospital, la escuela, la cárcel o las sociedades mercantiles; así como a los cambios históricos. Se precisa desentrañar cómo se distribuye el poder entre los diferentes individuos, grupos u otras unidades que aparecen en la narrativa de Ayala.

Cómo funciona, dado que “en las relaciones de poder, se encuentra uno ante fenómenos complejos que no obedecen a la forma hegeliana dialéctica” (Foucault, 1992: 104), afirma Foucault, “nada es más material, más físico, más corporal que el ejercicio del poder” (Foucault, 1992: 150). Tenemos como ejemplo la letrina/trono desde la que Bocanegra preside una reunión, lo que significa el escritorio de Tadeo Requena, la vestimenta del Presidente y de su antagonista Lucas Rosales, el ahorcamiento del perro por parte del secretario, la mirada.

Se desea saber si el poder está concentrado o difundido, así como identificar élites y liderazgos, pues “y de golpe, aquello que hacía al poder fuerte se convierte en aquello por lo que es atacado” (Foucault, 1992:104).

Asimismo los caminos por los que el poder llega a los diferentes estratos, las relaciones entre los líderes y entre estos y los no líderes, etcétera, bajo la pregunta de “¿Qué fundamentos de justicia o de razón tiene el que unos seres humanos posean poder sobre otros?” (Mainer, 1993: XXVIII).

Gullón explica que en su novela *Muertes de perro*, Ayala “no solo plantea el tema del poder, sino que a través de ese planteamiento consigue dar testimonio de la

claudicación moral a que los humanos somos tan proclives” (Gullón, 1977:476). Entonces, el poder no es solo el evidente, aunque se sigue creyendo que es así. Foucault afirma que aún se ignora lo que es el poder, “esta cosa tan enigmática, a la vez visible e invisible, presente y oculta, investida en todas partes” (Foucault, 1992: 83-84), la que ni siquiera Marx o Freud han desentrañado del todo.

Para este trabajo interesa el concepto del poder para Ayala, tanto desde la vertiente de la teoría sociológica como a través de sus obras literarias. Qué significa para él, cómo lo recrea dentro de la historia “real” de la humanidad y dentro de la realidad de sus novelas, así como en sus múltiples textos teóricos –ensayos y tratados–. Entender a la humanidad, entenderse dentro de un grupo específico de gente y dentro de un mundo más vasto es una de las tareas principales de las mentes preclaras que nos han precedido. Foucault expone que las tácticas y estrategias de poder son productoras de discursos, por lo tanto, de afirmaciones, negaciones, experiencias, teorías. En lo que atañe a Ayala, la guerra civil española o la Segunda Guerra Mundial y la dictadura franquista ponen en práctica dispositivos de poder que si bien ya estaban ahí desde antes, se recrudecen o toman otras combinaciones que inciden en la humanidad, mas no se trata sólo de la violencia o del poder físico irracional o desatado sino de estrategias que también se vincularon a problemas como la salud pública, el incremento de la expectativa de vida, entre otros.

La reflexión, independientemente del punto de vista, surge, si no obligatoria por lo menos indispensable, para entender qué ocurrió, cómo fue, qué dio lugar a aquello. Dependiendo de la postura que se asuma, habrá toda una gama de discursos que den cuenta de lo que es verdad para cada bando, el de los buenos o los malos, los vencidos o los vencedores, los pobres o los ricos, etcétera. La verdad se plasmará a través de discursos de todo tipo, en el caso que nos ocupa, los literarios, se harán poesía o novela, cuento o ensayo. Como ya se dijo, los momentos de crisis son los más propicios para analizar el uso del poder. Ayala, como buen intelectual de su tiempo y preocupado por lo que le rodeaba así como por desentrañar la naturaleza humana, no se sustrajo al llamado de la producción de discursos de verdad y expuso el suyo desde su particular punto de vista.

Para entender mejor esto cabe hacer un recorrido por los postulados de Locke y los de Hobbes, pues este último sienta ciertas bases que después retomará el primero.

## 6.2 Breve recorrido teórico por aspectos de fundamento de la idea de poder

Thomas Hobbes, filósofo inglés que estableció las bases de la filosofía política occidental y escribió en el siglo XVIII una importante obra al respecto, *Leviatán*, afirma que “el poder *de un hombre* (considerado universalmente) viene determinado por sus medios actuales para obtener algún bien futuro aparente. Y es *original o instrumental*” (Hobbes, 1979: 189). El original está relacionado con las características físicas o mentales: fortaleza, belleza, nobleza, etcétera. Es instrumental el poder adquirido a través del uso del poder original o por la fortuna, y sirve para obtener más poder: “como riquezas, reputación, amigos y [...] buena suerte” (Hobbes, 1979: 189). Cada ser humano tiene *poder*, es decir, la capacidad de preservar su propia vida, de ahí que sea intrínseca la libertad que precisa para usarlo en tan noble fin. Libertad significa, por lo tanto, “la ausencia de impedimentos externos” (Hobbes, 1979: 228) que atenten contra el uso de ese poder, el cual, queda entonces reducido a las capacidades físicas o mentales que puede utilizar en contra o en unión de los otros para la “preservación de su propia naturaleza”.

Sin embargo, la naturaleza de los seres humanos les lleva a la guerra por tres causas principales: la competición, la inseguridad y la gloria; al ser incapaces del respeto mutuo, tampoco se dan las circunstancias adecuadas que posibiliten su dedicación a la industria, el comercio, la agricultura, mucho menos el conocimiento de sí mismos, del lugar donde habitan o las artes, actividades todas que requieren de tiempos de paz para su florecimiento.

Asimismo son incapaces de cumplir por sí mismos los pactos a los que llegan entre los que les rodean, carecen de confianza mutua, es que necesitan ser obligados a consumir lo que prometieron. A esto se suma el derecho que tienen a gozar “de toda cosa” (Hobbes, 1979: 241), es decir, no existe la posesión única de los bienes; es, pues, imprescindible el surgimiento de un poder civil que fomente, vigile y obligue al cumplimiento de esos pactos; de ahí surge entonces la propiedad privada.



Este poder civil es la suma del de todos los individuos de una sociedad al poner su consentimiento en una persona o grupo de ellas, esto es, el hecho de

conferir todo su poder y fuerza a un hombre o a una asamblea de hombres, que pueda reducir todas sus voluntades, por pluralidad de voces, a una voluntad. [...] como si todo hombre debiera decir a todo hombre: autorizo y abandono el derecho a gobernarme a sí mismo, a este hombre, o a esta asamblea de hombres, con la condición de que tú abandones tu derecho a ello y autorices todas sus acciones de manera semejante. Hecho esto, la multitud así unida en una persona se llama República (Hobbes, 1979: 267).

Se trata de un poder común, la suma de todos los individuos y por ello superior, que impone respeto, cuida “de su propia preservación y [consigue] una vida más dichosa” (Hobbes, 1979: 263), pero también los mantiene en el temor provocado por el castigo, pues es sinónimo de la fuerza y los medios de todos los individuos que pactan. Se aplican, por lo tanto, leyes que son contrarias a la naturaleza humana. Hobbes estima imprescindible la coerción sobre los individuos como única manera de mantenerlos organizados y productivos y, sobre todo, como medio para la protección de la propiedad. Y agrega que el poder es el mismo en cualquiera de las tres formas de República: monarquía, democracia o aristocracia y su única diferencia radica en la aptitud de brindar y asegurar la paz y la seguridad de los individuos.

Ayala no está de acuerdo con la teoría de Hobbes: “la imagen del Leviatán es sugestiva, pero, por eso mismo, sutilmente engañosa. En el grupo no hay ni un centro de conciencia, ni tampoco una unidad de vida: falta, por tanto, el sujeto de voluntad” (TS: 388).

Dadas las premisas anteriormente expuestas, para el pensador inglés, poder es sinónimo de la posesión de siervos, amigos, riquezas, reputación, popularidad, buen éxito, nobleza, elocuencia, las buenas maneras, así como las diversas cualidades que permiten el desarrollo de oficios relacionados con el bien público. Es por lo que el ser humano que ha pactado con sus iguales por una República cede parte de la libertad del uso de su poder, ya no podrá librarse de la sujeción a la que de buen grado ha accedido aún cuando deje de estar a favor del soberano que ahora le gobierna; deberá sumarse a la voluntad de la mayoría; no puede injuriarle, castigarlo

o matarle aunque el gobernante atente contra su vida (y la de los demás gobernados) y por ello deje de cumplir con el pacto original. A su vez, el soberano se encuentra ante el ejercicio de un poder delimitado por la justicia, la paz y la defensa de sus súbditos, la prescripción de leyes que fomenten la cordialidad en términos de propiedad, la buena elección de sus funcionarios, así como el adecuado uso de los castigos y penas. Hobbes les denomina “derechos”: “son las marcas mediante las cuales puede un hombre discernir en qué hombre o asamblea de hombres está situado y reside el poder soberano” (Hobbes, 1979: 275). A este respecto, para Hyndess, esta concepción del poder por parte de Hobbes es “una primitiva elaboración de la concepción del poder como simple capacidad cuantitativa” (Hyndess, 1997: 23), y que al poder del soberano le atribuye una definición formal, sin embargo, el soberano no tiene en realidad “una *capacidad* efectiva” (Hyndess, 1997:23) de utilizar el poder de todos sus súbditos, sino que es, como ya se ha mencionado, simplemente un derecho. Y agrega:

Aquí la argumentación de Hobbes supone una confusión entre la idea de poder como capacidad y la del poder como derecho: confusión que es endémica en la teoría moderna. Pese a sus problemas, el tratamiento del soberano como el poder aislado más importante en la sociedad y como poder que opera de manera fundamental por medio de decisiones que sus súbditos aceptan normalmente como vinculantes, ha dominado buena parte del estudio del poder en el periodo moderno (Hyndess, 1997:23).

Queda demostrado que el poder es una capacidad pues el inglés menciona que existe el poder de recaudar dinero, el de conducta y mando, el de hacer leyes (Hobbes, 1979: 403), es decir, de realizar actividades que permiten el buen funcionamiento de la República.

Desde un punto de vista cronológico, a la obra de Hobbes le sigue la de John Locke; proveniente también de Inglaterra, es considerado el fundador del empirismo británico y de la moderna teoría política inspiradora de los regímenes democráticos; “representante teórico resuelto de la libertad política dentro del Estado”, le califica Ayala (2008: 1090). Locke publicó en 1690, cuarenta años después del *Leviatán*, su *Segundo tratado sobre el Gobierno Civil* y en esta obra da un paso más allá y

establece lo que él juzga como poder político. Al igual que su compatriota Hobbes, que en el estado de naturaleza el ser humano se encuentra la libertad para disponer de sus posesiones, defenderlas y defenderse a sí mismo; y en un perfecto estado de igualdad con los que le rodean. Este estado original es quizá menos agresivo en Locke que en Hobbes, puesto que según el primero dentro del mismo estado de naturaleza hay una ley que indica que ninguno debe dañar a los otros en su vida, salud, libertad y posesiones (Locke, 2006: 12), pues de lo que se trata es de vivir en paz, proteger al inocente y poner coto al ofensor (Locke, 2006: 13). Asimismo se puede castigar al otro y todos tienen este mismo derecho: “Y es así como en el estado de naturaleza un hombre llega a tener poder sobre otro” (Locke, 2006: 13). Aunque este poder no es ni absoluto ni arbitrario, sí está centrado en la capacidad de castigar al que atenta contra la propiedad o vida de otro, a pesar de que Locke indique que ese castigo se asignaría dictado por la “serena razón y [...] la conciencia” (Locke, 2006: 14).

Al igual que Hobbes y siguiendo una tradición de su época, la explicación del origen de los gobiernos parte de la Biblia: “Es Dios el que ha puesto en el mundo los gobiernos, a fin de poner coto a la parcialidad y violencia de los hombres” (Locke, 2006: 18). Como se ve, parece que la serena razón y la conciencia no funcionan del todo. De ahí que, dada también la naturaleza gregaria, los individuos renuncian a su poder ejecutivo de ley natural y lo ceden al poder público, “entonces, y solo entonces, tendremos una sociedad política o civil” (Locke, 2006: 89); sociedad que tiene como objetivo principal “la preservación de la propiedad” (Locke, 2006: 85), puesto que el fin más importante de los sujetos es el del disfrute de sus propiedades en un ambiente de concordia y seguridad, pero como éstos no pueden proporcionárselo adecuadamente de manera individual, se unen en sociedad para castigar a aquél que atente contra la propiedad de otro.

Hobbes, como ya quedó indicado más arriba, afirma que los seres humanos se integran a través de un pacto y le otorgan su poder a un soberano absolutista; Locke por su parte, indica que los individuos renuncian a su poder natural y lo entregan a manos de la comunidad, la cual se encarga de promulgar y ejecutar leyes que tienen como finalidad la paz, la guerra en caso necesario, y la libertad del disfrute de la propiedad:

La comunidad viene a ser un árbitro que incide según normas y reglas establecidas, imparciales y aplicables a todos por igual, y administradas por hombres a quienes la comunidad ha dado autoridad para ejecutarlas. Y de este modo, la comunidad decide las diferencias que puedan surgir entre sus miembros en cuestiones de derecho, y castiga aquellas ofensas que algún miembro haya cometido contra la sociedad, con las penas que la ley haya estipulado (Locke, 2006: 87).

Por lo tanto, “el establecimiento de un juez terrenal con autoridad para decidir todas las controversias y para castigar [...], dicho juez es la legislatura o el magistrado nombrado por ella” (Locke, 2006: 89), esto es lo que hace que exclusivamente los seres humanos vayan más allá de su naturaleza y se integren con consentimiento en un Estado en un acuerdo (Locke no lo llama “pacto” como Hobbes) con otros individuos; para ello se debe renunciar a la igualdad, a la libertad y al poder ejecutivo que se tenía en el estado de naturaleza (Locke, 2006: 127). Con estas premisas, se integra un cuerpo político bajo un solo gobierno donde imperan las decisiones de la mayoría, lo que da origen al poder legislativo y al ejecutivo, que divide en administrativo y judicial.

El poder para Locke, por lo tanto, es la posibilidad de preservarse a sí mismo de los otros, de establecer un castigo acorde a la transgresión cometida, de hacer la guerra y la paz, establecer ligas y alianzas y, el más importante para él, la posibilidad de hacer leyes, poder que califica como otorgado por la comunidad a un magistrado y tiene carácter de sagrado, inalterable, y supremo dentro de un Estado. (Locke, 2006: 131). Así como intransferible, compartido y encaminado a proporcionar el bien público y la preservación.

Los tipos de Estado que conceptúa existen son la democracia perfecta, caracterizada por promulgar y ejecutar leyes así como porque el poder reside en la mayoría; la oligarquía, cuando el poder de hacer leyes reside en unos pocos; la monarquía, cuando está en manos de una sola persona; la monarquía hereditaria, cuando se trata de esa persona más sus herederos; la monarquía electiva, cuando sólo dura la vida del monarca y su sucesor es escogido por el pueblo (Locke, 2006:129).

Bajo estas premisas, la usurpación se da cuando quien incurre en ella ocupa un sitio al que no tiene derecho; dentro de un sistema político es una cuestión que

depende del consentimiento de los gobernados para aceptar al nuevo gobernante el cual, solo podría llegar a convertirse en tirano cuando “extiende su poder más allá de lo que por derecho pertenece a los príncipes y gobernantes legítimos del Estado” (Locke, 2006: 191), esto es, la capacidad de promulgar leyes y vigilar por la seguridad de la vida y propiedades de los individuos que han pactado. Este cambio de gobernante no necesariamente implica una transición también en el tipo de gobierno que priva sobre una sociedad. Si se trata de una monarquía y dentro de esta hay una usurpación, puede seguir siendo una monarquía aunque ahora usurpada. Sin embargo, es importante señalar que para que se dé una usurpación se precisa que la toma de poder sea fuera de las leyes:

Todo aquel que llegue a ejercer algún poder sirviéndose de medios que no corresponden a lo que las leyes de la comunidad han establecido no tiene derecho a que se le obedezca, aunque el sistema político del Estado haya sido conservado; pues esa persona no será la que las leyes han aprobado y, por tanto, será una persona a la que el pueblo no ha dado su consentimiento. Un usurpador así, o cualquier otro que descienda de él, no tendrá la menor autoridad legal hasta que el pueblo tenga la libertad de dar su consentimiento y haya consentido de hecho en confirmarlo en el poder que hasta entonces había ejercido por usurpación (Locke, 2006: 192).

Esto significa que se trata de una cuestión de legitimidad del poder, como afirma Hyndess (1997:24), es decir, se necesita la aprobación racional de los gobernados. Sin embargo, cabe aquí tener en cuenta que si alguien ha sido elegido dentro de un código de leyes que dicta las normas para llevar a cabo un proceso electoral en el que participa toda la sociedad, no sería, por lo tanto, un usurpador. Aun cuando sea considerado así por un grupo determinado que desaprueba tal ascensión al poder, ese grupo no tiene más remedio que acatar la voluntad de la mayoría.

Sentadas estas bases, pasaré a abordar el concepto de poder para Michel Foucault y, posteriormente a la luz de sus contribuciones, analizar el poder en Ayala.

## Capítulo 7. Foucault y el poder

El teórico francés Michel Foucault no estudió el poder en específico, sino más bien su funcionamiento en tanto elemento implicado en sus razonamientos genealógicos; no escribió ningún libro sobre ese tema en exclusiva de ahí que sus aportaciones al tema deben rastrearse a lo largo de su obra. Él llegó al grado de negar haber sido su intención proponer una teoría general del poder, se consideraba “un empirista ciego” intentando captar las relaciones entre poder, verdad y sujeto para las cuales no había una teoría ni un instrumento que permitiera aprehenderlas entre otras cosas por su intrínseca dificultad. Su objetivo nunca fue “analizar los fenómenos de poder ni echar las bases de un análisis de ese tipo” (Foucault, 2003: 234).

De ahí que sus contribuciones surjan de la investigación sobre temas específicos como la medicina, la psiquiatría, o la sexualidad, por lo tanto, en su obra se encuentra el proceso de conocimiento de la forma como el poder se ejerce, apareciendo éste con sus diferentes intersticios pues se llegaba a terreno ignoto con la salvedad de que ha sido uno de los teóricos que más originalmente han abordado el tema provocando así que el poder sea visto desde otros ángulos hasta antes de él poco clarificados. Se le ha reprochado a Foucault dejar de lado al Estado en el análisis del poder, sin embargo, para él el Estado es la suma de gubernamentalidades<sup>28</sup> múltiples y éstas sólo pueden verse a través de una ampliación del campo de análisis llevado a los micropoderes. Con la salvedad de que para Foucault “entre el nivel del micropoder y el nivel del macropoder, no hay nada parecido a un corte, y que cuando se habla de uno no se excluye hablar del otro” (Foucault, 2008b: 341).

Las ideas del teórico van madurando conforme avanza en sus estudios y surge un abanico de información centrado en tres ejes clave: la teoría de la soberanía, los mecanismos de dominación y los dispositivos de seguridad.

Foucault sugiere un enfoque diferente del poder y sus mecanismos al que se acostumbraba llevar a cabo hasta entonces por estar fincado en lo que él llama la teoría jurídico-política de la soberanía y que data de la Edad Media con orígenes en

---

<sup>28</sup> Foucault entiende por gubernamentalidad las técnicas de gobierno que sirven de base a la formación del Estado moderno, el campo estratégico de relaciones de poder, en lo que tienen de móviles, transformables y reversibles. (cfr. Foucault, 2005a y 2008b )

el derecho romano (Foucault, 2003: 38); es un modelo que tiene como base la monarquía y el monarca en el cual “presupone al individuo como sujeto de derechos naturales o de poderes primitivos; se asigna el objetivo de dar cuenta de la génesis ideal del Estado; [y], hace de la ley la manifestación fundamental del poder” (Foucault, 2003: 228). Más precisamente, “la soberanía es la teoría que va del sujeto al sujeto, que establece la relación política del sujeto con el sujeto” (Foucault, 2003: 43).

Esta teoría de la soberanía desempeñó cuatro papeles: se refirió a un mecanismo de poder que era el de la monarquía feudal; “sirvió de instrumento y también de justificación para la constitución de las grandes monarquías administrativas”; tercero, “fue el gran instrumento de la lucha política y teórica alrededor de los sistemas de poder de los siglos XVI y XVII”, utilizado por los católicos monárquicos como por los antimonárquicos, es decir, estuvo de cualquier lado porque lo que hacía era fortalecer el poder real; cuarto, con Rousseau y sus contemporáneos reactivan el derecho romano y se construyen el modelo alternativo de las democracias parlamentarias en contraposición a las monarquías (cfr. Foucault, 2003).

Basar los estudios del poder en este paradigma significaría quedarse con una imagen obsoleta del poder puesto que sus mecanismos se han modificado a lo largo de la historia. En otras palabras, en ese paradigma gubernamental se toma el poder en calidad de un derecho que se posee como un bien con posibilidades de ser transferido o enajenado total o parcialmente a través de un contrato social para constituir un poder político, en este caso, la soberanía. Sin embargo, “el poder no se da, ni se intercambia, ni se retoma, sino que se ejerce y sólo existe en el acto” (Foucault, 2003: 23). No es un principio de propiedad sino de relación.

Foucault puso de manifiesto que entre los siglos XVII y XVIII la mecánica del poder tuvo una innovación porque recayó “sobre los cuerpos y lo que hacen más que sobre la tierra y su producto” para conocer más sobre los cuerpos se hizo imprescindible ejercer mecanismos de vigilancia con la finalidad de “incrementar, a la vez, las fuerzas sometidas y la fuerza y la eficacia de quien las somete” (Foucault, 2003: 39). Es el vínculo de la política hasta tocar los cuerpos, los gestos, el tiempo, el comportamiento del individuo. La teoría de la soberanía está ligada al poder sobre la

tierra y sus productos, es concerniente al desplazamiento y la apropiación de los bienes y la riqueza por parte del poder, transcribe obligaciones y cánones en términos jurídicos, se funda en torno a la existencia física del soberano, mientras que el poder de los mecanismos de vigilancia se centra en los cuerpos y lo que hacen, la apropiación del tiempo y el trabajo de las personas, se centra en los dispositivos continuos y permanentes de vigilancia cuyo origen son las comunidades religiosas, pero no significa que se esté a la eventual disposición de otra persona sino en situación de ser permanentemente observado por alguien. Es

un mecanismo disciplinario que va a caracterizarse por el hecho de que, dentro del sistema binario del código, aparece un tercer personaje que es el culpable y, al mismo tiempo, afuera, además del acto legislativo que fija la ley, el acto judicial que castiga al culpable, toda una serie de técnicas adyacentes, policiales, médicas, psicológicas, que corresponden a la vigilancia, el diagnóstico (Foucault, 2008b: 17).

Esto no significa que la teoría de la soberanía desapareciera mientras tanto, sino que deviene en ideología del derecho. Abundando, en los siglos XVIII y XIX en Europa, la teoría de la soberanía fue “un instrumento crítico permanente contra la monarquía y todos los obstáculos que podían oponerse al desarrollo de la sociedad disciplinaria” (Foucault, 2003: 40). Se creó un código jurídico que superpuso un sistema de derecho a los mecanismos de disciplina, enmascarándolos, ofreciendo a la par un derecho público articulado en la soberanía colectiva y “una apretada cuadrícula de coerciones disciplinarias que asegura, de hecho, la cohesión de ese cuerpo social” (Foucault, 2003: 40), en otras palabras, se ejerce el poder entre los límites de un derecho de la soberanía y una mecánica de la disciplina. El poder soberano se manifiesta “a través de los símbolos de fuerza resplandeciente del individuo que lo posee, el poder disciplinario es un poder discreto, repartido” (Foucault, 2005b: 34)

Así como la soberanía centra su discurso en la ley, la disciplina tiene su propio discurso, el de la regla, no la jurídica, sino la natural, es decir, las normas “definirán un código que no será el de la ley sino el de la normalización, y se referirán necesariamente a un horizonte teórico que no será el edificio del derecho sino el campo de las ciencias humanas” (Foucault, 2003: 41). Sin embargo, ambos discursos chocan entre sí, de ahí que surja un discurso árbitro o neutral que es el



científico que da información sobre los comportamientos, los deseos, las conductas. Aunque la situación no es tan feliz, pues el ascenso de un poder ligado al saber científico recrudece los mecanismos de la disciplina obligando a utilizar en su contra el derecho organizado en torno a la soberanía, un verdadero cuello de botella, advierte Foucault, “no podremos limitar los efectos mismos del poder disciplinario con el recurso de la soberanía contra la disciplina” (Foucault, 2003: 42).

Como es posible advertir, hay severas contradicciones en el ejercicio del poder pues a su parte represiva a causa de la disciplina lo único que podría enfrentarse sería un derecho antidisciplinario liberado al mismo tiempo del principio de la soberanía, algo que sólo podremos construir a largo plazo. No ahondaré en este matiz simplemente lo menciono porque de aquí surge el significado que el teórico francés da de la noción de represión en su uso: se refiere a la teoría de los derechos soberanos del individuo unido a discursos y prácticas que dependen del ámbito disciplinario, resumiendo, es una noción jurídico-disciplinaria “por la doble referencia jurídica y disciplinaria a la soberanía y la normalización que implica” (Foucault, 2003: 42).

El tercer eje que propone Foucault es el de los dispositivos de seguridad, que funciona con base en las técnicas de vigilancia y teniendo como marco también lo legal, haciendo funcionar ambas como objeto y sujeto a la población. La gestión gubernamental tiene como objetivo la población y su medio para llevarlo a cabo es el dispositivo de seguridad, el cual ni impide ni obliga, no impone la voluntad de unos sobre otros sino que se centra en la población con sus fenómenos y sus procesos propios (Foucault, 2008b: 75). Aquí se despliega el concepto de gubernamentalidad por el cual Foucault alude a tres puntos: uno, el conjunto de instituciones, procedimientos, análisis, reflexiones, cálculos y tácticas “que permiten ejercer esa forma bien específica, aunque muy compleja, de poder que tiene por blanco principal la población, por forma mayor de saber la economía política y por instrumento técnico especial los dispositivos de seguridad”; dos, la tendencia que condujo hacia la preeminencia del tipo de poder llamado “gobierno” sobre la soberanía y la disciplina e indujo tanto “el desarrollo de toda una serie de aparatos específicos de gobierno” como “el desarrollo de toda una serie de saberes; y tres, “el resultado del proceso en virtud del cual el Estado de justicia de la Edad Media, convertido en

Estado administrativo durante los siglos XV y XVI, se ‘gubernamentalizó’ poco a poco” gracias a la pastoral, la nueva técnica diplomático-militar y la policía (Foucault, 2008b: 116-118).

De su lado represivo ya hablaron al respecto Hegel, Freud o Reich, por lo que habría que replantearlo en otros términos, de ahí que Foucault proponga dos hipótesis a las que denominó de Reich y de Nietzsche: la primera consistente en tomar el poder como represión; la segunda, el poder como el enfrentamiento belicoso de las fuerzas. Así, opone dos sistemas de análisis de poder: uno centrado en “el derecho originario que se cede, constitutivo de la soberanía, y con el contrato como matriz del poder político”, que cuando se desbordan los términos del contrato se convierte en un abuso, en opresión; el otro se enfoca en que la represión es “el mero efecto y la mera búsqueda de una relación de dominación. La represión no sería otra cosa que la puesta en acción, dentro de esa pseudopaz socavada por una guerra continua, de una relación de fuerza perpetua” (Foucault, 2003: 26). Como se ve, dentro de este último sistema se insertaría la producción literaria de Ayala.

Al mismo tiempo el teórico francés opina que considerar el poder como un mero mecanismo negativo de represión es tanto un error metodológico como histórico, ya que es algo más, funciona principalmente para proteger, conservar o reproducir relaciones de producción, porque no se encuentra en la superestructura y porque considerarlo así es una noción anacrónica, es decir, correspondiente a otro momento histórico (Foucault, 2001: 55). Foucault coloca la génesis de la idea del poder como represor en la sociedad esclavista, en la sociedad de castas, en la sociedad feudal y en la monarquía administrativa; es en estos momentos cuando no se trata de producir sino de extraer, donde no se puede disfrutar de una ganancia por el trabajo desempeñado, donde se prohíbe la libre circulación, donde se bloquean los procesos de producción y se beneficia con ello determinada clase social. Es el momento cuando el derecho ponía en marcha acciones relacionadas con la dominación y no con la soberanía. Pero eso cambió a partir del siglo XVIII, como ya se advirtió, cuando el poder deja de tener un papel de control y pasa a tener rasgos positivos puesto que, incluso dentro del sistema disciplinario y de normalización, transforma e innova a la par que genera el saber “que es para él [el poder] tanto un efecto como una condición de su ejercicio” (Foucault, 2001: 56). El gran cambio que

ocurre en esa época es que el poder deja de ejercerse a través de los ritos, su lugar lo toman los mecanismos de vigilancia y control, estos últimos son integrados a los mecanismos de la producción logrando aumentar así los efectos de poder con un menor esfuerzo.

El pensador francés propone a la par dejar de considerar el poder sólo en sus “mecanismos y efectos de exclusión, descalificación, exilio, rechazo, privación, negación, desconocimiento; es decir, todo el arsenal de conceptos o mecanismo negativos” (Foucault, 2001: 49) porque las propias relaciones de sometimiento contribuyen a la creación de los sujetos. Las relaciones de producción o entre familias, grupos o individuos mantienen y transforman los mecanismos de poder utilizando coordinaciones, subordinaciones y toda una serie de nexos.

Tomar en consideración que la dominación y las prácticas de sometimiento se dan tanto en los regímenes totalitarios como en las democracias; tener presente que Occidente había creado esos mecanismos aun antes del fascismo, que durante los conflictos bélicos simplemente se exacerban y perfeccionan; y que las relaciones de dominación impuestas por la burguesía en el siglo XIX –una clase sobre otra– es una herencia de los siglos precedentes. Además, el poder también es considerado con base en la economía porque históricamente contribuye a mantener las relaciones de producción y, con ello, la dominación de clase; a pesar de eso, es factible tomarlo fuera de tal ámbito porque antes que mantener y prorrogar las relaciones económicas, es “una relación de fuerza en sí mismo” (Foucault, 2003: 23).

Propone elaborar una teoría de la dominación que muestre las relaciones concretas de sometimiento en su multiplicidad, su especificidad, su diferencia; cómo los diferentes operadores de dominación se apoyan unos en otros, cómo convergen, refuerzan, anulan o niegan; cómo los grandes aparatos de poder funcionan sobre la base de los dispositivos de dominación, cuáles son sus estrategias globales y tácticas locales, la multiplicidad de sometimientos que emplean. En suma, la trama efectiva de las relaciones de poder y los grandes aparatos de poder. Además, pensar que no hay sujeto neutral, “siempre se es, forzosamente, el adversario de alguien” (Foucault, 2003: 50).

Es preciso, pues, pensar el poder también como un orden de gobierno, una manera de conducción; como una gran pirámide en la que no debe haber ninguna

interrupción en el flujo, en la cual el poder se divide y subdivide hasta el grado de que “llega a coincidir con el grano fino de la individualidad” (Foucault, 2001: 51). Y que sus límites son las reglas de derecho que lo delimitan formalmente y los efectos de verdad que produce. Propone centrar la atención en lo que él llama “las tecnologías positivas de poder”, consistentes en:

inclusión, observación, formación de saber, multiplicación de los efectos de poder a partir de la acumulación de la observación y el saber. Pasamos de una tecnología del poder que expulsa, excluye, prohíbe, margina y reprime, a un poder que es por fin un poder positivo, un poder que fabrica, que observa, un poder que sabe y se multiplica a partir de sus propios efectos (Foucault, 2001: 53).

La época clásica, además de proporcionar nuevas técnicas científicas e industriales, también dio nuevas técnicas de poder, indica Foucault, estas técnicas cambiaron la exclusión por la inclusión rigurosa y analítica de los elementos, ya que se trata de

un poder que no actúa por la separación en grandes masas confusas, sino por distribución según individualidades diferenciales, [...] que no está ligado al desconocimiento sino, al contrario, a toda una serie de mecanismos que aseguran la formación, la inversión, la acumulación, el crecimiento del saber (Foucault, 2001: 53).

El método para estudiar el poder fue una gran preocupación para Foucault, de ahí que en su cátedra impartida en el Collège de France durante el curso 1975-1976, externó cinco precauciones de método con las que él llevaba a cabo sus propias indagaciones (Foucault, 2003: 32-35), a saber: primera, en lugar de analizar las formas regladas y legítimas del poder en su centro, hacerlo en los extremos menos jurídicos de su ejercicio; segunda, no analizar el poder en sus intenciones o decisiones (¿qué quiere o busca el que tiene el poder? ¿por qué quiere dominar?) sino en las prácticas reales y efectivas de esa intención, donde se implantan y producen sus efectos reales, estudiar, en suma, “los cuerpos periféricos y múltiples, esos cuerpos constituidos, por lo efectos de poder, como sujetos” (Foucault, 2003: 34); tercera, en lugar de tomar el poder como “fenómeno de dominación tosco y homogéneo –dominación de unos

sobre los otros–, analizarlo como algo que funciona en cadena porque transita por los individuos, quienes a su vez no son materia inerte a la que el poder golpea, al que enfrenta, al contrario, el individuo es un efecto del poder, “en realidad, uno de los efectos primeros del poder es precisamente hacer que un cuerpo, unos gestos, unos discursos, unos deseos, se identifiquen y constituyan como individuos” (Foucault, 2003: 34); cuarta, no estimar el poder como que parte del centro hacia abajo sino al revés, cómo en los niveles más bajos actúan mecanismos infinitesimales y éstos a su vez cómo se desplazan, modifican, extienden, cómo se anexan a fenómenos globales; y quinta, las grandes maquinarias de poder a menudo están acompañadas de producciones ideológicas, pero en los mecanismos finos se trata el poder en lugar de acompañarse por edificios ideológicos, lo que hace es formar, organizar y poner en circulación de aparatos de saber. Para él tiene que ver con una política de la verdad, con “mostrar cuáles son los efectos de saber que se producen en nuestra sociedad por obra de las luchas” (Foucault, 2008b: 15)

Estas precauciones de método, como las llama Foucault, permiten orientar la investigación del poder sobre “los operadores materiales, las formas de sometimiento y [...] los dispositivos de saber” (Foucault, 2003: 38) y son las que se han tomado como base para la realización de este trabajo.

## Capítulo 8. El poder en Francisco Ayala

### 8.1 Aspectos introductorios

El concepto de poder con el que se identifica por antonomasia a Ayala es el del poder como usurpación surgido a partir del prólogo de su libro *Los usurpadores*, donde el escritor español aclara que el tema central de los cuentos que lo conforman es “que el poder ejercido por el hombre sobre su prójimo es siempre una usurpación” (Ayala, 1971:10).

Independientemente de que el poder, como en el caso de las narraciones de *Los usurpadores*, sea adquirido o no a través de la usurpación, los diferentes críticos que han abordado la obra ayaliana se han quedado enganchados de la palabra “siempre” empleada por el granadino en la explicación del tema del multicitado libro y han hecho eco a esta sentencia<sup>29</sup>; sin embargo, es preciso desentrañar en qué radica tal noción. El concepto de Ayala en este sentido, como ya se vio en el recorrido teórico no es nuevo, ya John Locke en 1690 lo había dicho en su *Segundo tratado sobre el Gobierno Civil* aunque con un matiz menos virulento quizá. Para el pensador inglés, la usurpación “es una suerte de conquista doméstica” (Locke, 2006:191).

Toda vez que el poder era un tema que atraía e inquietaba a Ayala, su concepto de él, como es obvio, no podría ser estático, a lo largo de su vida lo tuvo presente y lo trabajó de tal suerte que la usurpación es sólo una parte de su reflexión.

La más nutrida meditación la lleva a cabo en su *Tratado de sociología* que ve la luz pública en 1947 –pero ya había antecedentes en *Razón del mundo* de 1944–; le siguen *Los usurpadores* en 1949, *Introducción a las ciencias sociales* en 1952, *Muertes de perro* en 1958 y *El fondo del vaso* en 1962, por mencionar textos puntuales relacionados con el tema. La evolución que se desarrolla aquí es la que siguen estos libros principalmente, enriqueciéndose el análisis con sus otros textos teóricos y literarios así como sus charlas con periodistas, escritores o críticos literarios.

---

<sup>29</sup> Cfr. Blanes, 2001; Chicharro, 2006; Cueto Alas, Vidal Peña y Martínez Cachero en Ayala, 1972; Dónoan, 1992; Irizarry, 1971; Sobejano, 1977; Pérez, 2007; Mellizo, 2007, entre otros.

Hay, cabe aclarar, dos vertientes del manejo del poder en Ayala: una centrada en lo que postula en sus escritos teóricos y otra más personal en sus escritos de creación y en sus palabras más íntimas ofrecidas a través de las entrevistas. Igualmente, Ayala ve el poder en sus esferas macro y micro aunque no lo especifique como tal en su momento. El primero está desarrollado tomando como base la situación mundial en conflicto y, por lo tanto, el problema del gobierno así como a partir de la sociología; el segundo se refleja más en sus obras de creación literaria, como se verá.

Antes de emitir su frase del poder como usurpación ya había hecho una disertación exhaustiva sobre la voluntad de dominio en su *Tratado de sociología* y tras la usurpación vino la del poder como pecado, todas íntimamente ligadas. Que se le conozca más por la usurpación es porque llegó al público por un medio diferente que el de los otros dos; se trataba de un marco literario el cual tiene mucha mayor difusión que el teórico. Éste último es más campo de especialistas, como ya se sabe. Además, lo que Ayala ofrece a sus lectores en su libro de narraciones es la pista de que el poder es una usurpación como punto de unión de todos los relatos, pero más que como información, como significado, sin hacer ninguna aclaración más al respecto. Es el lector, o el crítico, en el caso que nos ocupa, el que se ve obligado a decodificar el mensaje de acuerdo a sus propios códigos que pueden ser o no comunes al del emisor, como ya se sabe, remitiéndose a convenciones culturales, a referentes ideológicos de todo tipo, de clase, su particular visión del mundo, incluso económicos al leer las diferentes historias que componen *Los usurpadores*. Igualmente, Ayala escribe sobre situaciones de gobierno, de gente con algún cargo, ofrece un retablo de circunstancias, con problemas y soluciones; al hacer pública su propuesta de poder como usurpación a través de la literatura el campo de interpretación es tan amplio como el número de lectores, muy diferente del campo teórico. Producto de esta particularidad y del correspondiente proceso cognoscitivo que implica la obra de creación, los críticos han dicho que sí, que están de acuerdo, que el poder es una usurpación y lo han difundido tanto como han podido pero sin aclarar bien de qué se está hablando porque suena tan convincente que parece que todo el mundo sabe de qué se trata, sin embargo, los estudios literarios se fincan en parte precisamente en eso, en señalar que lo evidente tal vez no lo sea tanto.

Este trabajo demuestra que la famosa premisa ayaliana, es sólo una parte en el conjunto del pensamiento del escritor español al respecto del poder.

En su ensayo *Razón del mundo*, Ayala dice: “el derrumbamiento de cualquier poder libera los instintos destructivos que laten en el fondo del ser humano; toda contención, todas las renunciadas a que obliga la vida civil en la coerción de las formas sociales, estalla entonces, transformada en desenfreno” (Ayala, 2006b: 38).

Tras el reparto del mundo debido a la conquista de tierras ignoradas y los conflictos bélicos mundiales que redibujaron el mapa terrestre, quedó claro que no se hacía lo mejor para la humanidad dado el verdadero clima de penalidad en que se encontraban los afectados, de ahí que Ayala en 1987 planteara la necesidad de

llevar a cabo reformas globales en la estructura social básica, apoyadas en un sistema de nuevas relaciones en la organización del poder mundial, organización que, dado el actual desarrollo de la tecnología, necesita ser unitaria, sin perjuicio de que sea flexible (Ayala, 1992a: 42).

La desorganización incluía inseguridad ciudadana, desempleo, drogas, “desbarajustes e inmoralidad administrativa” (Ayala, 1992a: 58), deudas públicas, pobreza y hambre.

La tecnología, por su lado, que forma parte de la modernidad promovida por la civilización cristiana desde el Renacimiento cuyo mayor punto de despegue inicial se alcanzó con la revolución industrial, adquirió proporciones internacionales derivando en interdependencias técnicas cuyas estructuras de poder requieren ajustes, adecuados al desarrollo incesante que dejó de ser componente integrador de las entidades para ocasionar el efecto contrario. Ayala observa que el sistema de Estado diseñado a finales del siglo XVIII y con el cual seguía operando Europa se había vuelto inoperante y los conflictos armados de la primera mitad del siglo XX fueron el resultado de tal inadecuación. Lo desafortunado es que a pesar de la hecatombe no se modificaron los conceptos políticos y las instituciones que los sustentaban, a pesar de haber demostrado de la peor manera su ineficacia para ser acordes con la realidad social. Esto es lo que motiva a Ayala a escribir su *Tratado de sociología*.



## 8.2 La voluntad de poderío

Su mayor obra sociológica de clara inspiración alemana, explica Ribes Leiva (2007: 156) tenía como fin hacer “un estudio a fondo del proceso histórico que condujera hasta un estado de cosas que obligaba a un replanteamiento radical y global del orden de las interrelaciones sociales” (TS: 41).

El *Tratado de Sociología* responde a las reflexiones de un momento de crisis; Ayala emprende la tarea de su elaboración continuando con la tradición de los grandes pensadores sociológicos, advertida por Ribes Leiva, citando a Ferraroti, de “fundar *ex novo* su disciplina” (Ribes Leiva, 2007: 22).

Esta obra de análisis macrosociológico situado en la heterodoxia fue alcanzando forma en 1945, durante el año que Ayala pasó en Brasil como docente de sociología de funcionarios cariocas; aparecería en forma de artículos sucesivos publicados entre 1941 y 1946 en el periódico bonaerense *La Nación* (TS: 16). Se reimprimió en Madrid a través de la editorial Aguilar en 1957. Su objetivo era ser una obra de divulgación pero no gozó del favor del público a pesar de ser considerado como un libro profético porque habla de la sustitución de la sociedad de clases por la sociedad de masas (Ribes Leiva, 2007: 155).

En el *Tratado de sociología* Ayala basa su estudio en las sociedades europeas o cultura occidental cristiana, sus procesos y articulaciones específicas que devinieron en la situación histórico-social presente en el momento en que lo escribe, es decir, las dos guerras mundiales, otros conflictos bélicos locales, la repartición del mundo, etcétera. Su disertación sobre el poder abarca el desarrollo de la sociología como disciplina del pensamiento enfocada al arte, la técnica, las crisis generacionales o la moda, tema este último usado para dar un ejemplo de lo social.

La idea central de poder en el *Tratado de sociología* es la de la voluntad de poderío, la cual abarca el macromecanismo del poder; Ayala toma la idea del concepto *la voluntad de dominio* de Nietzsche. Antes de morir, el filósofo alemán pensaba publicar un libro con ese nombre del que tenía la convicción sería su obra más acabada, sin embargo, sólo ha visto la luz de forma póstuma organizada según sus editores a partir de los textos que él dejó.

Cuando Nietzsche se refiere a tal voluntad en sus aforismos está hablando de una metafísica de la voluntad, de la vida, de cómo los seres vivos hacen todo lo que tienen a su alcance y todo lo que pueden para hacerse fuertes, para alimentarse. El nivel de vida del que habla es el siguiente:

el protoplasma extiende sus falsos pedúnculos para buscar algo que le resista, no por hambre, sino por voluntad de poderío. Luego hace la tentativa de vencer dicha resistencia, de apropiársela, de incorporársela; lo que se llama nutrición es simplemente un fenómeno subsiguiente, una aplicación de aquella primitiva voluntad de hacerse fuerte (Nietzsche, 1951: 430).

Es el deseo insaciable de mostrar potencia, es el instinto creador (Nietzsche, 1951: 382). Para el alemán, el poder no tiene nada que ver con el placer o displeacer, con la sensación de aumento o disminución del poder; se trata de una voluntad íntima e inferior (Nietzsche, 1951: 424), sin embargo, la falta de placer estimula la vida y refuerza la voluntad de poderío (Nietzsche, 1951: 425) porque se quieren vencer los obstáculos que impiden el placer, sólo cuando hay resistencia se manifiesta, por eso se busca lo que resiste (Nietzsche, 1951: 398); es una forma primitiva de pasión, es los instrumentos, el cuerpo. Advierte que se tiene la “superstición” de creer que “el sentimiento de poderío es el poder mismo que mueve” (1951: 423). Asimismo, esa voluntad lleva a la existencia de metas, fines o sentidos porque significan “un querer devenir más fuerte, un querer crecer, y querer también los medios necesarios para ello” (Nietzsche, 1951: 410). E interpreta, porque la interpretación es un medio de adquirir el dominio de la cosa toda vez que se traduce en encontrar nuevos significados.

Hay una frase de Nietzsche que se puede leer como el antecedente de la microfísica del poder: “No hay leyes: todo poder produce en cada instante sus últimas consecuencias” (Nietzsche, 1951: 388). Para él esta voluntad conduce hacia la superación del ser humano, aunque para ello es necesario primero liberarse de la postura hipócrita de rechazo.

La voluntad de poderío y su ejercicio a lo largo de la historia sirve a Nietzsche como un motivo más para reprobado el cristianismo: una vez que las grandes culturas griega y romana llegaron a un punto culminante de su desarrollo,

declinó el cuidado del sí cayendo en la superstición y la fe religiosa. En otras palabras, una vez que la razón y la inteligencia ya no fueron motivo de felicidad para los antiguos y no encontrando placer en lo material, derivaron hacia el misticismo, según explica Eduardo Ovejero y Maury en la introducción a *La voluntad de dominio*:

Anteriores y coetáneas al cristianismo, surgen una porción de sectas, en las que fermenta este nuevo ideal, en las que se revela este interno malestar. El cristianismo es quizá la más poderosa por su menor intelectualidad, que la hacía adaptable a los pobres de espíritu por sus muchas promesas y dulzuras (Nietzsche, 1951: 13).

El advenimiento de cristianismo, como ya se sabe, dio lugar a toda una red institucional fuertemente centralizada como no existía nada hasta entonces, dedicada a dirigir, encauzar, guiar y manipular a las personas a lo largo de su vida y en cada momento de su existencia con el objetivo de hacer creer a sus fieles que había una voluntad superior que lo controlaba todo y a la cual plegarse:

El sentimiento de poderío, cuando se apodera de una manera repentina del hombre y le subyuga –y esto es lo que sucede con todas las grandes pasiones–, despierta una especie de duda sobre la capacidad de la persona; el hombre no se atreve a imaginar que él mismo es la causa de este sentimiento –imagina, por consiguiente, una personalidad más fuerte, una divinidad que viene a sustituir a su propia personalidad en un caso dado (Nietzsche, 1951: 106).

A partir de las convicciones religiosas se toma el poder como algo ajeno cuando es propicio, cuando implica una gracia o una grandeza; mas cuando no es así de todas formas se le cree ajeno a la voluntad o dentro de los parámetros de la gran máquina penal de un dios que castiga o recompensa. Ayala llevará esto aún más allá, hasta darle la categoría de pecado.

Es evidente que Ayala no comulga con las ideas del filósofo alemán, se queda nada más que con el título del libro, pero toma ciertos rasgos de ellas a los que habrá de someter a su propia ideología; por ejemplo el aforismo “La vida no es adaptación de condiciones internas o externas, sino voluntad de poderío, que, partiendo del interior, se somete y se incorpora siempre mayor cantidad de ‘exterior’” (Nietzsche,

1951: 415), es exactamente a lo que se reduce la tesis ayaliana sobre la voluntad de dominio, llevándola de un nivel celular a uno que abarca a la civilización occidental y cristiana.

La religión y la política tienen un movimiento helicoidal a lo largo de la historia: estaban separadas, aparentemente se unen en el siglo III en que al movimiento religioso naciente se le cree político, se escinden a partir de Maquiavelo según Ayala, por eso el escritor español propone su unión de nuevo como remedio a los males que provocó su última disociación.

Su postura tiene sus antecedentes en otros sociólogos, por ejemplo, Alfred Weber escribe su *Historia de la cultura (Un ejercicio de sociología de la cultura)* entre 1931 y 1934 para reflexionar sobre los acontecimientos que llevaron a los hombres a la Primera Guerra Mundial, momento para él en el que “las altas culturas desarrolladas a través de los milenios” habían llegado en cierto modo a su fin (Weber, 1965: 334) pues el ser humano era incapaz de crear una nueva religión de altos valores éticos como lo había sido el cristianismo; además ya no había más Tierra que conquistar y repartir, por ello pronosticaba la posible “aniquilación del propio pueblo” (Weber, 1965: 328). No había más la casta señorial de los jinetes que estaban llenos de valor y fueron capaces de cambiar la faz de la tierra llevando la semilla de la cultura a todos los rincones. Ayala hereda este sentir.

Más de veinticinco años después de la publicación de su *Tratado de sociología*, el autor considera que el mundo se encuentra en la misma confusión en que quedó tras las guerras y en lugar de buscar soluciones se hunde más en el caos; que los avances tecnológicos lejos de proporcionar bienestar ponen en peligro la existencia; que la sociedad se transforma debido al índice demográfico que no para de crecer, lo cual trae como consecuencia que la división entre clases a su vez evolucione, haciendo los límites entre ellas cada vez más borrosos y sacando a la luz a grupos que antes no eran considerados; así como que la economía rebasa fronteras y se vuelve global, por todo ello los aparatos políticos quedan anticuados, sobre todo porque parecía que su único papel era cumplir una función policiaca (TS: 103).

No es difícil advertir que en esta situación de crisis la voluntad de poderío tiene un papel primordial en Ayala, y dentro de ella, la actuación de la técnica y de las clases sociales es fundamental.

Como se vio en el apartado anterior, el poder genera conocimiento a través del saber de dominación. El ser humano en su afán de resolver las cosas prácticas encaminadas al sometimiento de la naturaleza, incluidos los seres humanos, desarrolla conocimientos técnicos para alcanzar sus fines con menor esfuerzo y mayor eficacia, esto es, a través de la técnica (cfr. TS: 824-835).

Un ejemplo que da de cómo la tecnología ha intervenido también en las diferencias mundiales es que los mahometanos no se encuentran totalmente insertos en ella a causa de su religión ya que la cristiana está centrada en la conciencia individual pudiendo adaptarse ésta a la realidad histórico-social por la que atravesase en su momento, mientras que el Islam se centra en el plano colectivo e íntimo, normando tanto la política como hasta el aseo personal.

Mi ignorancia acerca de la realidad ‘actual’ del mundo islámico, del que sólo tenía nociones históricas y literarias acerca de su antiguo esplendor, pero no un conocimiento efectivo de su estado presente, era una ignorancia compartida por la inmensa mayoría de los occidentales (Ayala, 1992a: 70).

Otra muestra es que después de la Segunda Guerra Mundial el planeta queda dividido entre dos potencias, Estados Unidos de América<sup>30</sup> y Rusia, y es en ese momento en que, al parecer de Ayala, debió exigirse el establecimiento de “un orden global adecuado para el gobierno de un mundo que la nueva tecnología hacía ineludiblemente unitario” (Ayala, 1992a: 76), un orden que permita la equidad entre convivencia humana y capacidades tecnológicas. Pero no hubo tal, muy al contrario, se hizo palpable una división entre los Estados y la tecnología, cada uno avanzando por su lado:

Si el aparato de los Estados nacionales se había quedado chico, si su alcance era insuficiente, si el colonialismo como administración de zonas exteriores era ya el recurso agotado, resultaba indispensable armar instituciones capaces de encauzar la convivencia humana en forma correspondiente a unas capacidades técnicas de control que abarcaban a la totalidad de la población mundial (Ayala, 1992a: 76).

---

<sup>30</sup> Sobre EUA, Ayala opina en su ensayo “Nacionalismos” de 1988: “*imperio americano* tan vituperado enseguida, pero que (¡flaqueza de su virtud!) nunca ha sido capaz, pese a su potencial enorme, de diseñar por su parte un verdadero proyecto imperial digno de infundir temeroso respeto” (Ayala, 1992a: 93).

Tras la guerra la tecnología avanzó creativamente mientras que las instituciones político-administrativas no: mostraron su ineficacia para regular la nueva situación. En 1988, en su ensayo “Por la senda de Dios”, Ayala habla sobre la movilización del mundo islámico y el cambio que ello significaba en el plano de las condiciones mundiales establecidas después de la década de los cuarenta, de ahí que él supusiera que lo que seguiría sería una “sensata cooperación” (Ayala, 1992a: 79), pero la rivalidad entre EUA y Rusia provocó que aparecieran nuevos centros de poder de ahí que el español considerara la pertinencia de un replanteamiento del juego (Ayala, 1992a: 93) porque es preciso

hacerse cargo de las complejidades, hasta estos momentos ignoradas, que el conjunto de los pueblos islámicos presenta, evitando así los palos de ciego y las torpes componendas que antes de ahora han promovido el crecimiento en su seno de las corrientes más oscurantistas y de los elementos más reaccionarios, en detrimento de aquellos que, de un modo u otro, pueden favorecer su incorporación a la modernidad (Ayala, 1992a: 214).

La evolución de las sociedades sólo se da por la adaptación a las variantes históricas y sociales, para ello los instintos se transmutan para dar cabida a las ideas, las cuales son el nexo social, a su vez las técnicas de control social guardan un papel importante porque propician el orden y la armonía. Dentro del control social existe un elemento, la justificación, que es el eje de la política, noticia Ayala: dado que “el poder de los hombres no puede reducirse nunca a un mero hecho” (ICS: 1058), necesita ser transformado y justificado espiritualmente.

Ayala reconoce la importancia del poder en el sentido positivo cuando exterioriza que es necesario para la “ordenación racional de las estructuras básicas de la convivencia humana” (TS: 44). Las normaciones sociales, a su vez, son de suma importancia porque en el encuentro entre personas de diferente clase social permiten establecer distancias para con el otro a fin de proteger la intimidad (TS: 260). Hay mecanismos disciplinarios en la convivencia entre clases dados a partir del ordenamiento social que considera altamente positivos:

El sentimiento de clase es aquí el criterio decisivo, que se impone por encima de cualquier atracción de un tipo humano más profundo, detenida ahora ante la

resistencia de las barreras constituidas por el ordenamiento social. Resulta de ahí que ese ordenamiento, en un aspecto, preserva nuestra intimidad, facultativamente, frente a todos; pero, en otro aspecto, nos veda preceptivamente al comunicarla con una gran parte de los seres humanos que nos rodean y con quienes convivimos dentro de la sociedad total; que hay una multitud humana a nuestro alrededor a la que, normalmente, debemos permanecer ajenos, cerrados, inaccesibles: la multitud ajena a nuestra propia clase social, pues nos aísla de ella una como muralla de vidrio consistente en el ordenamiento social (TS: 261).

Por esta circunstancia dedica especial atención a las clases sociales, cómo surgen, quiénes las conforman, cómo son. Para lograrlo toma como base la teoría marxista a fin de establecer las clases sociales de acuerdo a su vínculo con los bienes de producción, sin embargo, Ayala no se siente a gusto del todo con esos postulados porque

el esquema de Marx contaba tan sólo con la contraposición de dos términos, con la lucha de dos clases enemigas, una de las cuales, cargada de potencialidad histórica, aniquilaría a la otra y establecería una sociedad sin clases, en la que estaría realizando de modo efectivo el ideal igualitario de la Revolución francesa. Pero no eran en verdad, dos, sino tres las clases sociales en presencia, y ya la propia Revolución había evidenciado en su curso dramático posibilidades de combinación y maniobra que luego tendrían amplio despliegue a lo largo del siglo XIX y en el XX hasta el momento actual, con el resultado de desgastar las aristas de las tres clases sociales, en una lucha de dos frentes para cada una, borrar sus contornos y hacer de ellas una sola masa compacta y maleable (TS: 555).

Por tales motivos recurre a las distinciones que establece Max Weber para clase y estamento porque si bien la primera está más determinada por la economía, el segundo tiene rasgos específicos brindados más por otros factores, además de los financieros, como las actitudes sociales, el afán de distinción de los otros pero clara inclusión a un determinado grupo o forma de ser, pretensión de privilegios y con nítida conciencia de sí, todo esto sostenido por la obtención de capacidades a través de entrenamientos difíciles y costosos, así como la preponderancia de la sangre y la herencia.

Por eso Ayala enfatiza rasgos externos de distinción como la vestimenta o los modales, aunque más bien se centra en la alta burguesía o la posesión de bienes económicos pues para él el criterio de clase es éste; entonces, es esta clase la que domina la sociedad política occidental desde el siglo XIX tras haberle arrebatado el poder a la aristocracia, desde entonces se enfrenta de continuo a la lucha por no permitir que otras clases le quiten lo ganado. Dentro de su seno, la burguesía tolera la competencia abierta entre sus miembros para que desempeñen dentro del orden de la dominación y la cultura los papeles a los que los lleven sus esfuerzos y facultades dentro de un sistema jurídico igualitario que les permita alcanzar sus objetivos personales. En la sociedad conviven clases sociales con estamentos o, en todo caso clases con rasgos de estamentos y viceversa, además de que es imposible hacer una separación tajante entre los diversos grupos con estas características que pueblan las naciones. Sin embargo, dentro de la burguesía, siguiendo a Pareto, Ayala coloca dos categorías por lo que significan de diferencia de *ethos*, así como el papel que desempeñan en la sociedad, se trata de los rentistas y los especuladores, unos son los antiguos dueños de las tierras, los segundos los meros comerciantes. Esta división se hace evidente en sus novelas, como se verá más adelante.

Por otra parte, llama la atención que dice de la burguesía que como clase “no es *nada* y debe serlo *todo*” (TS: 502), y opina lo mismo también del proletariado (TS: 553).

Recordando a Durkheim, Ayala expone que las tareas sociales se corresponden con la división de clases sociales y agrega que en esa distribución radica su interdependencia dentro de la sociedad; aunque las que tienen la oportunidad de estar en la parte más alta de la jerarquía social tendrán a su cargo “el ejercicio de la dominación política”, calificada ésta por el autor granadino como “cruel condición de toda cultura y de todo desenvolvimiento histórico”. Por lo tanto, la sociedad políticamente integrada se encuentra dividida por el ejercicio del poder en dos partes: una de los dominantes y otra de los dominados. Directamente proporcional a la medida en que la sociedad esté desarrollada serán complejas las formas de dominación política (TS: 274-276). Esto se encuentra íntimamente ligado con la conciencia de clase, la cual se objetiva como formación social gracias a los siguientes factores: “el grupo humano aplicado al desempeño de una función social



homogénea, informado por la mentalidad que ésta impone, y lo bastante poderoso para aspirar en alguna medida al ejercicio de la dominación política en la sociedad” (TS: 277).

La clase social se halla dominada por un *ethos* propio, desliza Ayala, compuesto por valores acordes a su forma de pensar, independientemente de su calidad; ese *ethos* tanto tiene raíces históricas como es el orientador de las acciones futuras, sus pautas las proporcionan los individuos exitosos dentro de la clase, aquellos que son los más representativos de la función que el grupo ejerce dentro de la sociedad convirtiéndose en autoridad y modelo a seguir para los demás. Esto está intrínsecamente relacionado con el poder político, como se formula a continuación.

La comunidad que integra una clase social, como cualquier agrupamiento, tiende de forma natural “a realizarse en plenitud, a imponerse, a dominar” (TS: 278), es algo inevitable; desea el dominio exclusivo, de ahí que como cada grupo anhela lo mismo se dan encuentros que pueden llegar a culminar en situaciones dramáticas para todos. No obstante, normalmente las clases viven sólo en un estado de tensión que funciona a su vez como incentivo.

Cuando una clase consuma su propensión al dominio y se sitúa a la cabeza de las demás, advierte Ayala que “es ella la que presta su forma al Estado, acuñando y organizando esta otra experiencia del *nosotros*, que incluye a ambas clases y las une en una nueva comunidad de vida y de destino: la comunidad política, es decir, la nación” (TS: 279). Entonces, el *ethos* particular de la clase dominante pasará a ser el *ethos* de la sociedad entera, su sistema de valores será el de todos, llegando a ser reconocido incluso para quienes no son miembros de esa clase, con la salvedad que estos lo hacen en forma de obediencia para regular su conducta pública, su actividad funcional, pero conservando su *ethos* propio en su vida interna como clase. Esto es, los dominados adoptan el sistema de valores de los dominadores para convivir en sociedad aunque sin renunciar al que les es inherente.

Ahora bien, no todos los miembros de una sociedad tienen la posibilidad de llegar siquiera a posiciones mínimas que les permitan influir en el destino de su comunidad, sólo unos pocos pertenecientes a un sector social que sí sea capaz de ofrecer a sus jóvenes el bienestar económico suficiente para desarrollar un plan de vida acorde a tales propósitos. Sólo dentro de esa clase habrá personas articuladas

entre sí y sólo ellas serán las portadoras del devenir histórico, el resto vivirá al margen de las decisiones que tomen aquéllas, simplemente dejándose llevar, este resto está formado principalmente por el medio rural tradicional que mantiene tradiciones primitivas, repitiendo sin cesar las mismas formas de vida en las cuales apenas caben modificaciones (Ayala, 2008. 481).

La clase social dominada está y estará subordinada siempre dado que no posee de entrada ninguna perspectiva sobre el destino histórico de la sociedad, de tal manera que cualquier actuación que lleve a cabo en aras del acceso al poder no tendrá trascendencia. Para Ayala la sociedad política es, precisamente, la dominación de una clase sobre otra; desaparecería cuando todos los miembros de la entidad política participaran por igual y se hubiera producido la homogeneización plena, tomaría su lugar, entonces, “una formación social comunitaria” (TS: 482). Es por eso que el papel de la clase dominada es desempeñar esa fuerza de oposición porque de lo contrario o se le expulsaría por completo de la comunidad o impediría la existencia de la sociedad política.

Sin embargo, suele ocurrir con frecuencia que cuando el clima político entre ambos grupos –dominantes y dominados– no es el propicio, se criticará de inmediato el *ethos* dominante; en tiempos de paz esta crítica no entraña ningún conflicto ya que

la dominación política de la clase que la ejerce aparece frente a toda la sociedad –es decir, tanto frente a los gobernados como frente a los mismos gobernadores– como un hecho obvio cuya legitimidad nadie pone en tela de juicio. El poder está justificado en su propio ejercicio (TS: 279).

Aún así, es lo habitual en toda sociedad a pesar de su descontento; las clases conviven entre sí aunque con la particularidad del desconocimiento mutuo toda vez que no existen condiciones de reciprocidad como para se conozcan entre sí, por eso

el *ethos* público que rige a todas las clases es, al mismo tiempo, el *ethos* de clase de aquella que, de hecho, ejerce la dominación política; y esta dominación política, a su vez, significa tanto como administración exclusiva de un círculo de interés común a todos. En su virtud, el ejercicio de poder parece investido como una actividad de

tipo representativo: la clase que lo detenta representa a toda la comunidad política entera y gobierna para ella (TS: 280).

Tal ejercicio debería fructificar en una vida social en armonía donde cada estamento estuviera reconocido, sin embargo, la clase gobernante abusa de su posición porque ha perdido “la conciencia de su legitimidad y de su responsabilidad ante los ataques y pretensiones de poder de otras clases sociales”, denuncia el autor (TS: 280).

Por otra parte, quienes gobiernan, al ser representativos de su clase y de su nación, se colocan en una posición tal que están a la vista de todos exactamente igual que en una escenificación teatral, con una excepción: cuando el público tiene conciencia que lo que se actúa sobre el escenario es eso, actuación, y no tiene nada que ver con la vida privada de los actores; mientras que al tratarse de la representación política el público no ve esa línea divisoria entre trabajo y vida privada, por eso se interesa en hurgar en los apartados más íntimos de sus políticos a quienes valora acorde a sus juicios de clase propios.

Sin embargo, no existe la misma reciprocidad en sentido contrario, los gobernantes consideran a sus gobernados como un público caótico, sin organización, de reacciones imprevistas y los calificarán también de acuerdo a su propia mentalidad; en suma hay un factor de desconocimiento entre ambos sujetos de la dominación y su convivencia se dará en los siguientes términos:

Si la clase que ha alcanzado, con el ejercicio del poder, el ápice de su natural tendencia presenta una conciencia bien definida de sí misma y un sistema de valores firme y congruente; es decir, ofrece un perfil neto, acusado, los grupos humanos sometidos a ella tienen, en cambio, una conciencia de clase mucho más débil; son, por así decirlo, menos clase social, y su orientación valorativa se encuentra descoyuntada y vacilante, pues que su *ethos* peculiar, derivado de la función social que desempeñan, no corresponde al *ethos* público cuya trascendencia reconocen y acatan, aunque sólo sea por el prestigio del poder establecido. La aceptación pasiva de su posición subordinada muestra ya un sentimiento relativamente débil de su propia comunidad de clase, o, cuando menos, el reconocimiento de un destino de sumisión y obediencia, reconocimiento que tiene en sí bastante de renuncia al propio ser y a una estructura positiva. Incluso puede concebirse perfectamente que la clase social gobernante no tenga que enfrentarse con otra clase o clases, sino con una masa

inorganizada, con un fondo popular amorfo. Por eso resulta comprensible que, en cualquier caso, la clase gobernante vea, perciba al pueblo como lo inorgánico, caótico y monstruoso. Aun cuando en el seno de éste se constituya una clase de conciencia bien definida y muy positivas aspiraciones al poder político, siempre habrá más debajo de ella sectores no incorporados, un fondo último, irreductible, donde anida lo desconocido y se incuba el terror (TS: 283).

Esta larga cita textual define con mucho la visión ayaliana sobre la distribución del poder al interior de la sociedad, así como la división de ésta. En otras palabras, para Ayala lo más importante es la forma como las clases operan en su interior. Para que a un grupo social se le defina como clase –más allá del papel que ocupe dentro de la producción de bienes– debe de cumplir con el requisito de poseer una conciencia de grupo, con valores propios, así como con la propensión natural a asumir el poder; en caso contrario se trata sólo de un conjunto de individuos sin nada que los cohesione, ajenos al *ethos* que gobierna, abandonando su propio ser, conforman una acumulación de gente sin conciencia definida a la que en apariencia no le interesa ejercer el poder por lo que no les queda más que obedecer y ser sumisos ante quienes rigen su vida política, sin embargo, pueden dar la sorpresa, cree Ayala.

Siguiendo esta vertiente, toda vez que existe una muchedumbre no integrada como grupo con conciencia, se tendrá gente a la que gobernar. A causa de eso es normal que existan gobernantes y gobernados, los primeros porque tienen las herramientas adecuadas –de grupo y de mentalidad– para dirigir a los segundos; estos porque no las poseen.

Toda esta disertación de Ayala explica, entonces, de dónde surge su poder como usurpación. Como se ve, hay una profunda reflexión previa en su *Tratado de sociología* que lo lleva a emitir una sentencia que descontextualizada adquiere tintes crípticos pero puede ser comprendida en su totalidad una vez que se ha hecho este recorrido por el más puro pensamiento teórico de Ayala.

El poder es usurpación no porque simplemente sea ejercido sobre el prójimo, dar esta sencilla lectura es robarle a la sentencia ayaliana lo que tiene de trasfondo. El gobierno sobre los demás se ha llevado a cabo desde los albores de la humanidad permitiendo el crecimiento –mayor o menor– de todas las sociedades, entonces, es usurpación no porque existan mandatarios y gobernados, sino porque se impone un

*ethos* particular de unos cuantos a todos los demás, porque los gobernantes no tienen demasiada idea de cómo son aquéllos sobre quienes mandan, por eso responden sólo a las necesidades de su propia clase, olvidando muchas veces que el suyo es un trabajo de responsabilidad para con una inmensa mayoría. Sí, la generalidad de cualquier nación está regida por una mentalidad de clase que no es la de la mayoría, sin embargo, como el propio Ayala aclara, es un acuerdo que establece la normatividad bajo al cual se dará la vida cotidiana en común, es decir, el ejercicio del poder positivo que da pie a la organización de los diferentes actores de la sociedad en armonía. La usurpación, por lo tanto, lo es sólo en términos relativos en tiempos de paz. Existe como tal cuando se arrebatara con violencia e ilegalidad el gobierno que se había acordado era legítimo, como se ha visto en los paradigmas de Hobbes y Locke, pero el binomio dominados/dominadores fuera de los momentos de conflicto es visto como algo natural que propicia la convivencia y el progreso.

Si bien es cierto que aunque estamos hablando de autoridad intrínseca, de medios sociales que propician el éxito, de capacidad de agrupamiento y pertenencia hay una realidad que impide la equidad, informa Ayala: dichos medios están desigualmente repartidos porque pasar de una clase a otra (sobre todo si se trata de abajo hacia arriba), es decir, ingresar a una clase que no es aquélla en la que se ha nacido es tarea titánica. Como ha dejado claro Ayala, la causa está en que por el simple hecho de la no pertenencia el sujeto en cuestión se convierte en el *otro*, en el usurpador, en el que tiene un *ethos* diferente, una mentalidad que es distinta, razones suficientes para que se le rechace con fuerza provocando, en consecuencia, mayor fuerza en la cohesión del grupo opositor.

En suma, que la sociedad está preparada en sus estructuras y movimientos interiores para impedir cualquier cambio de este tipo, no obstante, tras un proceso bélico los límites entre las clases dominadas se diluyen, porque pierden su conciencia de clase, incluso los proletarios pierden las convicciones que los cohesionan, aburguesándose cuando la situación es propicia o abandonándose al Estado cuando éste es el que les proporciona los medios básicos de subsistencia al haber caído en situaciones de depresión económica. Así, esos grupos sociales reducen su vida a la mera satisfacción material sin ningún alto propósito que los sostenga, dando lugar a una masa con mentalidad uniforme cuyo único fin es el disfrute, evoca Ayala

tomando en cuenta los postulados de Ortega y Gasset. Al haber perdido su ideología de lucha lo que los enlaza ahora es la vacuidad de contenido político y que “sólo aspiran a incrementar su propio bienestar económico” (TS: 563).

Todo esto se trasluce en las novelas y relatos ayalianos, si no, recuérdese cómo las familias distinguidas rechazaban a Bocanegra y a doña Concha, el uno por no cumplir con lo que se le exigía como clase, la segunda por no pertenecer a ellos. Lo mismo pasa con Candy de *El fondo del vaso* que se aburguesa; estos casos y otros más que aparecen en la obra de creación de Ayala son analizados con mayor detalle más adelante. Asimismo, cuando Ayala menciona que dentro de los sectores no incorporados existe “un fondo último”, evoca a su segunda novela, *El fondo del vaso*, en la que tienen una fuerte presencia los desarraigados moral y políticamente hablando, en este caso, quienes conforman la Iglesia de Dios Feliz.

Entonces, recordando a *Los usurpadores*, es usurpación cuando una clase, un grupo, una persona que no es la que ha venido detentando el poder legítimo quiere acceder a él —y accede en muchas ocasiones, por ejemplo en “El abrazo”—, es una usurpación porque es el *otro*, porque representa un cambio de mentalidad, la imposición de un *ethos* que no es el que venía dominando. Y se encuentra esto tan introyectado que es verdaderamente difícil sustraerse a considerar que son usurpadores los señores de “El Doliente” y que estos se organizaran para autogobernarse en ausencia de su rey; o que Bocanegra defienda la mentalidad de sus Pelados antes que la de su propia clase. Hacerlo, calificarlo de usurpación, simplemente refleja el *ethos* con el que se identifica el lector y, como tal, está en su papel impedir que los extraños se acerquen.

Tan es así la devoción por la diferenciación entre clases que incluso la moda no es factor de unión, antes al contrario, pues cuando lo que viste la clase burguesa ha pasado a dominio de las clases inferiores, aquélla abandona sus aficiones y cambia. La moda es un fenómeno que interesa a Ayala porque su liviandad ofrece condiciones de observación favorables. Pronuncia que la moda “es un proceso peculiarísimo cumplido dentro del ámbito general de las costumbres, usos y convenciones sociales, proceso cuyo sentido ha de encontrarse en la renovación constante de las vigencias y cuya esencia se agota en el cambio incesante de unas y otras” (TS: 330).

Hace saber que “mientras que las maneras sociales imitan la conducta seguida *para* con los grandes [...] la moda imita la conducta *de* los grandes (TS: 217), pues a quienes se imita son personas tomadas como de gran inteligencia, voluntad, buen juicio y buen gusto. La moda se ha visto modificada por la revolución industrial pues gracias a este fenómeno económico dejaron de coincidir alcurnia y riqueza, por eso la burguesía la utiliza como factor de distinción social ya que proporciona prestigio y acredita la fuerza económica. No cualquiera viste a la moda porque implica tanto capacidad de pago como que no se es un trabajador manual, que no realiza un actividad inferior como la de los trabajos industriales, es por lo tanto un factor que distingue en la línea de la supremacía social dejando constancia de que se pertenece a un grupo privilegiado.

En una sociedad consolidada, sostiene Ayala, cada clase social tiene su particular forma de vestir y no hay imitación de otra porque su vestimenta se corresponde con su *ethos*, sin embargo, cuando se relajan las estructuras de clase

aparece en ella esa forma típica de lucha de prestigio, sustentada sobre la posición económica y configurada según el esquema de la competencia de mercado, sin que puedan impedirlo las prohibiciones de tipo conservador, tales como tasas suntuarias y ordenanzas sobre el vestido, que siempre han fracasado en la práctica (TS: 340).

En la moda observa Ayala algo digno de formar parte de los mecanismos de disciplina del poder pues es sinónimo de la inserción en un grupo igual que los militares o los clérigos. Cuando se persigue lograr la integración dentro de una clase o grupo tanto si es el propio como si no, se pasa por un proceso forzoso que implica “la obediencia a las prescripciones de un orden normativo” (Ayala, 2008. 334), se intenta seguir lo que lleva a cabo el grupo privilegiado al que se quiere pertenecer. Si bien se trata de prescripciones que no tienen un sustento institucional o de orden jurídico, de todas formas poseen un orden y sanciones fortísimas por parte de los miembros de la sociedad, consistentes éstas en rechazo, desembolsos económicos altos, ser tachado de no urbano, de no burgués o de no desarrollar una actividad altamente lucrativa, así como carecer de buen gusto, y éste sólo puede obtenerse a cambio de una capacidad económica suficiente que favorezca el cultivo de las aptitudes refinadas.

Ayala califica como tiranía a la moda:

por analogía con el *ethos* de todos los estamentos privilegiados, el privilegio de este grupo [el de la burguesía] le impone obligaciones costosas y a veces penosísimas: se aspira al honor difícil, y la norma restrictiva es, aquí como siempre, la más voluntaria y apasionadamente observada (TS: 355).

Como se ve, no es fácil ser burgués y estar a la moda a todas horas, sin embargo, se puede decir que no es meramente voluntaria esa tendencia puesto que forma parte de los procesos de normalización de los que habla Foucault.

Además, las reflexiones ayalianas sobre la moda se verán irradiadas años más tarde en sus dos novelas a través de dos personajes: doña Concha y Candy.

Pero todas estas trivialidades son sólo consecuencia de algo mucho más grave, tanto que ni siquiera la propia sociología “posee los medios para dilucidarlo” (TS: 529), dice el escritor español. Se llega así a la zona medular, a “la voluntad humana de poderío”, presente a lo largo de la historia de la civilización occidental y cristiana. Cabe aclarar que Ayala no incluye en sus análisis –salvo específicas excepciones– a la civilización oriental o a otras religiones.

Para explicar la voluntad de poderío, el autor hace un recorrido que se remonta a los inicios de la humanidad. Para él, la dominación del ser humano se da en dos vertientes, sobre la naturaleza y sobre sus semejantes, de ahí el desarrollo de la técnica al lado de la política. El dominio sobre la naturaleza, sin embargo, no se traduce simplemente en la potestad sobre los nutrientes como exponía Nietzsche o contra los elementos para encontrar cobijo y medios propicios para desarrollar una vida con sus fases de nacimiento, reproducción y muerte, sino sobre las personas puesto que no hay ninguna diferencia entre la técnica de los cazadores de búfalos y los de cabezas humanas, o los criadores de ganado y los traficantes de esclavos; por lo tanto, los métodos empleados para dominar la naturaleza en un inicio sirven igualmente sobre el prójimo, cosifican al ser humano y evidencian “el comienzo de penetración de la actitud técnica en la estructura social” (Ayala, 1008: 466). En la búsqueda del bienestar tienen la misma calidad, entonces, personas, animales, plantas, etcétera.



En el caso de las personas dominadas el problema estriba en que poseen una conciencia idéntica a la de los dominadores al compartir ambos su naturaleza humana, así mientras que con los animales no se modifica sustancialmente la relación técnica<sup>31</sup> de dominación, salvo por los avances tecnológicos, con los seres humanos es diferente, primero, porque el ser humano sometido no pierde por ello su conciencia “cuya estructura lo determina a la vida histórica, esto es, a una vida en la que entren de alguna manera motivos espirituales y que, por consiguiente, se traduzca, en medida mayor o menor, en creación cultural” (TS: 468); y segundo porque refiriéndose a “toda dominación del hombre por el hombre conduce a integraciones sociales en formas de equilibrio inestable” (TS: 467), precisamente por la disputa de la dominación.

La política forma parte de la relación técnica entre dos grupos que han pasado de la mera explotación del hombre por el hombre a la división en clases que continúa con dicha explotación. Luego, del choque entre pueblos surge el Estado cuya formación pasa por seis grados a lo largo de la historia: a) robo y matanza; b) el pueblo pastor asalta al agricultor pero no lo mata y le deja los aperos de labranza para que siga produciendo a fin de seguir robándolo; c) implantación del tributo; d) instalación de vencedores y vencidos en un mismo territorio aunque sin mezclarse; e) colocación de representantes de los vencedores en los pueblos vencidos para vigilar y mantener las actividades que aquéllos consideren oportunas; f) integración en una misma unidad jurídica hasta que se dé la homogeneización entre los dos pueblos; tras lo cual se da “una ampliación continuada de las unidades políticas”, del orden jurídico y el progreso de la técnica material que provee los medios de control social (TS: 469-470).

Esto es, la combinación del progreso de la técnica material sumado a una organización política cada vez mejor constituida dan como resultado la aparición de instituciones que operan sobre extensiones territoriales y demográficas cada vez más grandes y un control que de la misma manera crece exponencialmente; de ahí que Ayala asegure que la técnica material provoca el incremento de la dominación política y pone de ejemplo cómo la pólvora influyó en la destrucción del feudalismo

---

<sup>31</sup> Ayala nombra “relación técnica” al nexo que se da entre dominantes y dominados.

que devino en la monarquía absoluta. Todo lo que se hace para dominar la naturaleza termina recayendo en lo que Ayala denomina el proceso civilizatorio<sup>32</sup>:

Ambos aspectos se implican recíprocamente, según hemos podido apreciar y, en definitiva, no son sino dos fases del mismo proceso civilizatorio, que, por realizarse sobre la pura base de la racionalidad instrumental, articula en una unidad a los pueblos más diversos y engarza en una sola línea a las culturas más heterogéneas, erigiéndose de este modo en eje de la historia universal; más aún: haciéndola posible (TS: 472).

Por lo tanto, hay dos tipos de técnicas, la material y la política, las cuales se alimentan mutuamente, el problema radica en que cuando a ésta última se le absolutiza como máximo criterio a aplicar, permite la utilización del ser humano en calidad de objeto de la técnica material. Ayala deposita la esencia de la dominación cuando se realiza sobre sujetos hechos de la misma condición humana que sus dominadores y, por lo tanto, con valores espirituales con los cuales se podría establecer una relación en otros parámetros. Compartir la misma condición, paradójicamente, es lo que da pie a mantener ese nexo de dominación que de otra forma tendría un nivel ínfimo y estacionario desde el punto de vista técnico, sostiene Ayala (TS: 474), esto es, no aportaría nada al proceso civilizatorio.

Existen innumerables ejemplos de cómo las tensiones políticas devienen en guerras que sirven de pretexto para aplicar los adelantos técnicos en armamento bélico a fin de favorecer la dominación.

Continuando con la línea histórica del desarrollo de la dominación – adviértase que Ayala no utiliza los términos ‘poder’ o ‘gobierno’ sino ‘dominación’– hay que trasladarse a épocas romanas. Una vez que el Imperio Romano llegó a su fin fue sustituido por señoríos aldeanos de corto alcance hasta que los monarcas se enfrentan, con el apoyo de la burguesía, a los señores feudales para constituir un Estado absolutista, en ese enfrentamiento tuvo un importante papel la introducción de las armas de fuego gracias a la pólvora, como ya se advirtió.

El avance en materia política se facilitó a través de la incorporación de la nobleza vencida a la Administración dando lugar a la burocracia y la centralización

---

<sup>32</sup> Ayala entiende por proceso civilizatorio “la organización del saber técnico a los fines de la dominación de la naturaleza por el hombre” (TS: 464).

del gobierno. Es esta comunidad con diferente acomodo de sus partes la que sostendrá la nueva organización del poder (TS: 487) mientras que la burguesía incipiente proveerá los recursos económicos que permitirán la nueva técnica de dominación absolutista. De ahí que se le brinde a la burguesía toda clase de facilidades para el crecimiento de sus actividades lucrativas dando lugar incluso a cambios en los patrones culturales existentes hasta el momento. La monarquía absoluta, a través del derecho, fijó los límites de la nobleza así como ofreció su apoyo para que la burguesía creciera tanto económica como intelectualmente, por lo que su ascenso al poder era el lógico producto de aquella situación.

Más tarde, producto de su quehacer, la burguesía controla la comunidad política y se apodera del Estado, transforma sus instituciones apoyándose en la ciencia para obtener mayor eficacia de la administración pública y el ejercicio del poder político. El poder propicia el crecimiento de la sociedad y su homogenización. Los privilegios dejan paso a la democracia.

La burguesía es, por lo tanto, lo mejor que le podía pasar al mundo:

es un grupo cuya única organización consiste en la jerarquía impersonal de la riqueza, y que –fundado en la experiencia de un desarrollo incesante– espera fortalecerse mediante la incorporación continuada siempre de nuevos elementos sociales a las actividades lucrativas, cuyo ejercicio dará lugar al orden espontáneo de la sociedad y, con él, a la mayor felicidad del mayor número sobre la tierra, que es el ideal de la vida postulado e introducido por la burguesía en nuestra civilización ya desde el Renacimiento. No es, pues, sino muy congruente, en condiciones tales, la afirmación del principio político de la democracia y el arraigo en las conciencias de la convicción de su legitimidad (TS: 490).

Y es que el pueblo –es decir, quienes no pertenecen a la burguesía– es incapaz de la mínima organización para lograr el control social, explica Ayala, por lo que no había ningún otro grupo en manos de quien dejar la democracia que la burguesía. Fuera de ella se encuentran, entonces, los restos de la antigua nobleza, el clero, la población campesina y los bajos fondos (criados, lacayos, parásitos, pobres) que derivarían posteriormente en el proletariado industrial; gente en suma con la que la ideología burguesa no coincide, por lo que configuran instituciones democráticas que les dieran cabida a todos dentro del nuevo orden social pero incapaces de evitar el

abismo entre los poseedores de riqueza y los que no; la burguesía, entonces, se blindó para impedir la entrada de miembros de otros grupos, de ahí que surgen las clases sociales como las conocemos y el enfrentamiento entre burguesía y proletariado por hacerse con el poder. Aunque, aplicando las premisas de Foucault, las clases viven en un clima constante de disputa y participación porque ninguna posee el poder.

Ayala formula la lucha entre clases antagónicas como un medio de colaboración en el terreno de los controles sociales, al que ambas clases consideraban más eficientes que el Estado (TS: 494). El proletariado obligó a modificar la concentración de los medios de producción en unas pocas manos a través de la huelga y alteró sustancialmente sus condiciones mejorando su nivel de vida y provocando que las diferencias económicas fueran más sutiles pues la burguesía también redujo sus niveles. Esto dio lugar a la elevación del nivel de vida en grandes masas de población llegando a borrar las diferencias de clase y convirtiéndose en una nueva categoría: la *masa*. Lograron unificarse grupos sociales que se consideraban antagónicos porque a la larga pensaban igual, tenían los mismos intereses, las mismas actitudes frente a la vida, valores tenidos como absolutos como el heroísmo o la santidad, el sentido del bienestar creciente y la misma concepción metafísica del universo. Con la sociedad masa, exterioriza Ayala, desaparece la clasificación del otro para determinar su clase, sin embargo, esto es un poco hipotético o, al menos, no generalizado en todos los países. Ayala expresa que existen, sin embargo, contrastes enormes en naciones que alcanzaron la homogeneidad de los miembros de la sociedad política pero no incluyeron a ella a los miembros de otras razas, por ejemplo Estados Unidos de América que continuaba con su sistema de dominados y dominantes con la raza negra. En el momento en que se escribió el *Tratado de sociología*, aun cuando se había abolido la esclavitud en ese país no se había borrado el *apartheid*.

Recapitulando, tras la caída de la monarquía absoluta y la instauración de la burguesía en el poder, todo parece fluir con bondad, sin embargo, hay un desfase que sería de vital importancia, esto es, la burguesía forma naciones bajo el molde del Estado absolutista. Ayala expone que clase y nación son entidades que “expresan una posición de subordinación o dominio relativos y que reflejan –latente o aguda– una

tensión política”; es “la organización interna del poder de un grupo humano sobre otro, y el momento de la fusión de los grupos así integrados” (TS: 519).

Tras la Primera Guerra Mundial el Estado nacional se desenvuelve como nunca antes en la historia ayudado por los medios técnicos que permiten el fortalecimiento de la fuerza pública (la represión); la aparición y crecimiento de los medios de comunicación masiva que hacen llegar información y publicidad a donde nunca antes y con rapidez; como los medios de identificación y registro mediante los que se fiscaliza a la población en su demografía y se somete a un control social cada vez más estricto. El bombardeo de propaganda convertía a cada individuo en “un autómeta al servicio de los fines de poder” (TS: 527), transformada la población en masa no fue difícil el surgimiento del Estado totalitario. Este régimen cimentó la legitimidad de su poder en principios naturales como la sangre y el suelo, es decir, la raza y el territorio en que estaba asentado, el objetivo era que un único pueblo poseyera el dominio de todos los demás aniquilando a todo el que no compartiera sus mismas raíces por considerarlo su enemigo llegando a la guerra más extensa de todas. Este panorama desolador es el que Ayala acertadamente cataloga como de crisis.

Lo que está detrás de ella es “la voluntad de poderío incesantemente manifiesta en el curso de la historia” (TS: 529), para la cual incluso la sociología carece de los medios para averiguar cuáles son los estímulos que la constituyen, como ya se mencionó, pero que Ayala intenta explicar. La voluntad de poderío es algo intrínseco en la naturaleza humana, declara Ayala. Si no, véase cómo la sociedad occidental “ha extendido su dominación a toda la tierra y ha ligado al género humano en una sola unidad técnica; y eso, en el lapso, asombrosamente breve, de apenas quinientos años” (TS: 530), a través del dominio de la naturaleza y de sus semejantes empleando la tecnología y la técnica política con “asombroso grado de eficiencia”. Revela Ayala que la cultura occidental y cristiana tiene la convicción de su propia universalidad al creer que continua la línea de progreso que se remonta a los inicios de la humanidad. Esta convicción surge de la confluencia de las civilizaciones que a lo largo del tiempo le han dado origen, así como las convicciones religiosas provistas por el cristianismo que sustentan al ser humano como centro y beneficiario de la creación. Para él, esta cultura cumple su misión

evangelizadora –para él es lo mismo que civilizadora–, su lucha contra el mal, la salvación que vendría tras obrar adecuadamente y, aquello que para el escritor granadino es el rasgo decisivo, la piedad contemplativa: “tal es la fisonomía cultural del hombre que estaba llamado a cumplir la gran proeza civilizatoria de la modernidad” tras la caída del Imperio romano (TS: 532).

Más allá de todo pronóstico favorable del triunfo absoluto de la cultura occidental cristiana tuvo un resquebrajamiento consistente en el abandono paulatino de los valores espirituales básicos que le aseguraban el final feliz o la felicidad prolongada infinitamente, ese fallo fue producto de

transportar hacia los resultados, desde los principios, el criterio del juicio, y que – después de los equilibrios, alternativas y conflictos continuos en que se debate la Edad Media– se hace potente y resuelto a comienzos de la Edad Moderna, de un modo notorio en el dominio de la técnica material, con la construcción teórica de la ciencia moderna; pero escandalosamente, en el dominio de la técnica organizatoria de las relaciones sociales, con la doctrina del maquiavelismo (TS: 533).

Reconoce Ayala que las ideas de *El príncipe* ya estaban presentes en la obra de Aristóteles y que siempre ha existido el interés por la reflexión sistemática del Estado y sus problemas, pero lo que encuentra reprochable en la obra de Maquiavelo es que antes de su aparición el pensamiento político tenía un lugar secundario dentro del orden de las ideas, verbigracia dentro de la ética o dentro de la teología; en cambio, en ella el pensamiento político es autónomo, desligado de la religión y la moral.

Esa escisión provocó consecuencias gravísimas, afirma el español, la peor de ellas la inversión de la jerarquía de valores porque a partir de ahí la política busca el éxito como cualquier otra técnica. Indica que siempre hubo violencia, torturas, asesinatos, actos denominados “impurezas de la práctica” política, pero antes de Maquiavelo se enarbolaban contra esa situación los principios “que derivan de los valores inmutables del espíritu y cuya validez no puede ser borrada por el hecho de su incumplimiento práctico”, valores que, sin embargo, no sirvieron en su momento, como deja ver la historia, para evitar esas situaciones de conflicto (TS: 534). Y más aún:

Una vez que se eleva a principio de conducta la razón de Estado, haciéndola prevalecer sobre cualesquiera valores de la cultura –y es claro que los éticos se destacan en el primer plano del conflicto– y eliminando así aquella tensión entre teoría y práctica; una vez que de la práctica se hace teoría, y se declara el interés de la dominación como norma del gobierno, se ha perdido el equilibrio entre el despliegue cultural y el despliegue político, y la esfera de la validez incondicionada según las exigencias del espíritu ha quedado suplantada por una falsa validez, que no es sino el criterio de la técnica, a saber: la funcionalidad, el éxito de la manipulación, la medida por el resultado (TS: 534).

Esto es, el declive del ser humano parte del momento específico de la publicación de *El príncipe*, en 1513, obra de su momento que tenía como objetivo responder a la pregunta de cómo mantener la soberanía de un monarca sobre su Estado, cómo mantener, fortalecer y proteger el principado. Estas preocupaciones respondían al hecho de que el lazo de unión entre su alteza y su heredad era muy débil toda vez que la había obtenido por adquisición, conquista o usurpación, no le pertenecía desde siempre, por ello su corona estaba de continuo amenazada.

No se trata de salvaguardar el Estado, dice Ayala, sino la relación del príncipe con el objeto de su dominación. Era una época en que comenzaba a establecerse la monarquía administrativa y la noción de gobierno es aún demasiado primaria. Los contemporáneos de Maquiavelo lo aclamaron y su auge duró hasta el siglo XIX.

Los lectores católicos pusieron especial atención a su *Príncipe*, quienes tanto la criticaron como la alabaron, por ejemplo el libro *Enarrationes R. P. F. Ambrossi Catharini Politi Senensis Archiepiscopi campani in quinque priora capita libri Geneses. Adduntur pleirque alii tractatus et auquestiones rerum varium*<sup>33</sup> (citado en Foucault, 2008b: 97), incluía la obra de Maquiavelo en un apartado denominado “Discusiones sobre los libros que un cristiano debe detestar”.

En el lado contrario está el texto de Louis Machon, “Apologie pour Machiavelle en faveur des Princes et des Ministres d’Estat”, de 1643, donde se lee lo siguiente:

---

<sup>33</sup> Antonium Bladum Camerae apostolicae typographum, 1552, Roma, (según L. Firpo, “La prima condanna del Machiavelli”, *Anuario dell’anno accademico 1966-1967*, Università degli Studi di Torino, p. 28, la obra podría haberse impreso en 1548).

Mi primer designio en lo tocante a esta *Apologie* era poner el texto de nuestro político [Maquiavelo] a un lado de ese libro, y el de la Biblia, los doctores de la Iglesia, los canonistas [...], al otro lado; y hacer ver, sin otro razonamiento ni artificio, que ese gran hombre no escribió nada que no se haya extraído palabra por palabra o, al menos, que no corresponda a todo lo que esos doctos personajes dijeron antes que él o bien aprobaron desde entonces (Machon, *apud* Foucault, 2008b: 239).

En suma, que Ayala achaca una responsabilidad enorme a un libro que es preciso leer en el ámbito en el que surgió y a la luz de otros textos de la época como el de François de La Mothe Le Vayer con sus *La Géographie et la morale du Prince*, *L'Oeconomique du prince*, y *La politique du Prince*<sup>34</sup>. Foucault afirma que Maquiavelo, más que significar la apertura del pensamiento político a la modernidad, marca el fin o el punto culminante de una era en la que el problema principal era la seguridad del príncipe y su territorio, esa preocupación es, sin embargo, la que permite la circulación por el territorio en otros parámetros a los habituales hasta la época pues se establecen controles para que se haga de manera segura (cfr. Foucault, 2008b).

Ningún libro por sí sólo ha cambiado al mundo, el de Maquiavelo como cualquier otro tampoco lo hizo, simplemente recoge el sentir político de la época centrado en la salvaguarda de la propiedad privada y ésta nunca ha estado regida por ningún valor ético pues desde el instante en que comenzó el excedente de producción, y con ello la posibilidad de acumular, se dividió la humanidad en ricos y pobres y estos últimos no tenían por qué no desear lo que aquéllos poseían. El soberano poseían más que sus súbditos y se veía en la necesidad de preservar sus pertenencias –o lo que él consideraba como tales– al igual que el primitivo ser que cultivaba con penurias, lograba un excedente en su cosecha que le permitía pasar menos mal el invierno y hacía lo posible para proteger su tesoro de hortalizas, con ese mismo espíritu el monarca defendía lo suyo. La defensa de la propiedad privada apela a un ánimo primario, pedestre, casi animal de defender lo que se siente asegura la sobrevivencia. Una vez satisfecha esta parte material entonces se piensa en la cultural, mental, del alma, espiritual o como quiera llamársele.

---

<sup>34</sup> Paris, A. Courbé, 1651 el primero, 1653 los dos últimos; reeditado en 1756 en Dresde, Michel Groel, citado por Foucault, 2008b: 101.



No es que hayan cambiado los patrones de gobierno, es que sencillamente cuesta creer que hayan sido y continúen siendo tan prosaicos. El desarrollo de la humanidad en conjunto ha generado la aparición de la ética o la moral y su aplicación a todos los planos, pero éstas son posteriores al hambre, al frío. Los gobernantes muchas veces, inmensa cantidad de veces, se rigen por la satisfacción de lo inmediato aunque transfieran la sed de agua fresca a la sed de riquezas, pero se trata de lo mismo, de saciar los instintos más básicos. La generación de leyes y su aplicación para fomentar la convivencia adecuada entre los seres humanos, la educación cívica, científica, de principios conlleva impulsar su crecimiento físico y mental, brindar un clima de bienestar para un sano desarrollo –bien sabe esto la burguesía, nos ha dejado saber Ayala–, todo esto es producto de la maduración de la humanidad, pero ésta se debate entre esos altos fines y la obtención y salvaguarda de bienes materiales del tipo que sean, hay una lucha continua entre tener y ser.

De ahí que no es que Maquiavelo proponga que el pensamiento político deje de estar subordinado a la religión o la moral olvidando que la religión también siempre ha visto por su propio beneficio aun cuando hayan vendido la idea de la salvación a largo plazo a los creyentes; el pensador del siglo XVI simplemente pone sobre la mesa una realidad incuestionable desde mucho tiempo antes.

La política lleva la dominación de la naturaleza al seno de la convivencia humana, consigna Ayala, pero debería darse integrada al espíritu para que sus valores orienten su quehacer, antes de la propuesta maquiavélica estaban unidos política y espíritu si se siguen los argumentos del español, y la dominación hasta ese momento de ruptura se ejerció sin ningún resabio de culpa en nombre de llevar la civilización por doquier.

Agrega Ayala que lo cultural y lo político están separados como si no hubiera oportunidad alguna de alianza verdadera y permanente entre ellos, por eso la política tiende a estar por encima de la cultura a tal grado que se eleva a conducta la razón de Estado; la norma principal del gobierno es la dominación de la naturaleza que se extiende hasta los demás seres humanos sin apego a ninguna ideología cuya máxima sea el espíritu, denota Ayala, buscando como fin superior la funcionalidad sobre todo, la eficacia y la eficiencia. Aunque más tarde reconoce que la conciencia

humana tiene dos direcciones, la teórica o hacia lo absoluto y la práctica o hacia la vida, por eso la cultura se da con vistas a fines prácticos.

Continúa el autor granadino con su lectura histórica afirmando que se ha perdido el equilibrio entre el despliegue cultural y el despliegue político, cuesta creer que en algún momento lo hubo o si sólo es un ideal a alcanzar: “sólo por la referencia a valores espirituales quedaba coonestado el hecho de la dominación del hombre por el hombre” (TS: 535), es decir, ¿cuando existe un valor espiritual de por medio sí es válida la dominación? Y agrega que la obra de Maquiavelo “subvierte de arriba abajo la jerarquía de los valores. Así, ya no se trata de que, *por fuerza de la necesidad*, se impongan en la práctica los contenidos de la voluntad de dominación desconsiderando prescripciones del espíritu” (TS: 536, las cursivas son mías, A.G.).

Ayala, por lo tanto, justifica la dominación siempre y cuando sea acorde a alguna prescripción del espíritu o por necesidad, como, por ejemplo, la “dominación civilizadora”, como él la llama, que consistió en extender la cultura occidental y su religión cristiana al resto del mundo, es decir, los procesos de conquista, en los cuales queda evidenciado que la voluntad de poderío humana no sólo consta del dominio de la técnica o de la capacidad de enfrentarse a otras técnicas diferentes sino de una condición moral positiva que es la combatividad, la que tuvieron que desplegar los españoles en América con sus armas de fuego, sus caballos, sus armaduras a fin de vencer al enemigo y lograr “triumfos pasmosos” (TS: 572).

Esta acción “civilizadora” fue llevada a cabo por las naciones europeas que colaboraron en conjunto en momentos “de riesgo para la cristiandad” (TS: 537), que se compartieron el saber científico y si bien había rozamientos entre ellas, nunca llegaron a ser tan graves como en el siglo XX: cuando ya habían expoliado casi al límite los territorios o quedaban muy pocas comunidades nativas a quienes someter o borrar, fue entonces cuando comenzaron los verdaderos problemas que dieron lugar a las crisis bélicas mundiales. La culpa fue de Maquiavelo porque se politizó la vida humana a partir de su texto, se queja Ayala.

La dominación del hombre occidental cristiano todavía el siglo pasado contaba con posibilidades que hubieran permitido un giro diferente en la historia pues

costumbres adquiridas, actitudes mentales y otros muchos factores, entre los que ha de contarse también la propia complejidad que la técnica de dominación ha llegado a adquirir, explican por sí solos que se hayan entablado conflictos internacionales a vida o muerte cuando todavía sería perfectamente factible una expansión civilizadora en América, Asia y, sobre todo, en África, que, por un nuevo reparto de zonas, permitiera la acción independiente de diversas naciones, hasta incorporar técnicamente a la civilización occidental aquellas regiones del planeta cuyos recursos naturales yacen en gran parte inexplorados y cuyas poblaciones perviven en moldes culturales independientes. Inclusive podía sostenerse que, en la mecánica de fuerzas de la Historia, no cabe la compulsación de potencias en términos de guerra total mientras subsistan tales posibilidades (TS: 538).

Pero no, sucedió que los occidentales cristianos se percataron de que el mundo tenía límites antes de agotar lo que había, así que no habiendo más hacia donde extenderse como potencia política a pesar de querer hacerlo, se volvieron ahora hacia sus iguales, las naciones con las que había compartido la hazaña civilizadora.

En el panorama europeo se erigían dos naciones en específico que darían problemas, Alemania porque no participó de la conquista a la par que las demás pero aun así quería parte del botín, e Inglaterra en su papel de mero dispositivo técnico que venía a recoger la cosecha de lo que con tanto trabajo sembró España, nación esta “a la que había correspondido el esfuerzo inicial y más duro con la apertura del mundo y la inclusión del continente americano en la civilización occidental” (TS: 540), que llevó civilización y cultura a pueblos que Ayala creía carecieron de estas cualidades “con el resultado notorio de reacuñar la materia humana y social de culturas ajenas en la cultura occidental cristiana”, teniendo como eje los españoles “la colonización tanto o más espiritual que material” (TS: 541), en contraposición con Inglaterra cuyo dominio fue “puramente técnico” marcado por una “actitud de máxima indiferencia frente a los problemas culturales de las poblaciones implicadas” (TS: 541).

En resumen, el escritor granadino justifica ampliamente las conquistas porque se tratan, según él, de procesos positivos; tal vez sí, pero el problema es que tiene una idea totalmente romántica de cómo fueron los hechos, muy lejana de lo que en verdad ocurrió y ni España ni Inglaterra tuvieron el menor respeto por las culturas que avasallaron ni en ningún caso se justifican los medios como ejercieron su

dominio llegando a masacres que semejan a las de las guerras mundiales dadas las proporciones, o la terrible crueldad espiritual y física impuesta por la Inquisición en nombre de esa colonización espiritual que tanto alaba. Más tarde menciona que sí, que la conquista se ejerció “como una pura técnica análoga a la del criador de ganado” (TS: 546) pero fue a causa de que no había una formación política como tal, apenas estaba en proceso, se deduce que no es lo mismo cuando se trata de grupos sociales sobre los cuales ya impera la integración política en los términos en que él conoce.

Ayala tampoco menciona que el ingreso a escena por parte de Inglaterra es a causa de la bancarrota en la que cayó España a pesar de toda la riqueza que acumuló explotando tierras americanas. Su visión, por lo tanto, es parcial, propia de los vencedores, esto no deja de ser representativo de lo que él mismo dice: como estamos marcados por el *ethos* del medio donde crecemos.

Pero eso no es lo esencial en su teoría sino que los países europeos se alteran cuando alguno de ellos comienza a crecer merced al desarrollo imparable de la técnica y amenaza con eso el equilibrio entre poderes nacionales. Por más que las naciones hagan lo posible por frenar a las que crecen, es inevitable, ejemplo de ello son Estados Unidos de América y Rusia, que se despliegan “al margen del mundo occidental, como una excrescencia” de otros países. EUA y Rusia en particular representan para Ayala potencias marginales que se caracterizan por su “actitud activista desprendida por el hombre occidental de sus principios culturales cristianos” (TS: 542). Su hacer es similar al de Alemania, porque compiten con las demás, trayendo como resultado cambios sustanciales, como muestra que el imperio británico se supeditara al poder de EUA o que la nación germana intentara ser el centro de poder de Europa, con tan nefastas consecuencias.

Ayala pone de manifiesto, acorde a la teoría evolucionista, que toda esta crisis representa el cese inminente el proceso histórico-social de la humanidad de ahí que sea necesario que la vida en sociedad se organice de otra forma para que ya no sea su base la lucha por el poder. Sin embargo, reconoce que las tensiones de dominación son indispensables pues otorgan dinamismo a la estructura social pues de no existir ésta sería inerte, es decir, le ve un punto positivo a la existencia del poder pero no al modo como las luchas entre iguales se han llevado a cabo.

Esta aseveración tiene su origen en las teorías de Spengler, para quien cada civilización pasa por un desarrollo imparabable en términos orgánicos igual al de los seres vivos, es decir, experimenta un nacimiento, juventud, madurez, decrepitud y muerte, de forma inevitable.

En vista de tales circunstancias Ayala propone una posible solución ya puesta a prueba con la Revolución Francesa, consistente en “despersonalizar al soberano, proclamar el principio de la soberanía nacional y abrir cauce legal a las decisiones recaídas en el campo de la lucha política” (TS: 556). Gracias a esa estrategia quedan establecidas las libertades individuales –el Estado liberal– que los negociantes ejecutaron en su momento para acceder y participar del poder mientras que el antiguo estamento noble, formado ahora por los rentistas, pierde privilegios y debe competir con los demás para acceder a cargos públicos siempre que tenga las capacidades adecuadas para ello. Sin embargo, es el dinero el signo bajo el cual se registrarán todas las actividades, desde la guerra hasta el pensamiento abstracto, hace público Ayala.

Gobierna, por ende, la burguesía permitiendo que otros accedan al poder también pero con la condición de que el grupo que quiera acceder al poder adopte su idiosincrasia. Se concibe la lucha política como una libre competencia similar a la del mercado siendo éste el ámbito de la opinión pública, la cual alcanza un papel insospechado porque en ella se dirimen las diversas propuestas políticas sustentando así la facultad democrática de un país; adquiere un poder tal que toca los comicios electorales, la forma y los órganos del gobierno y se busca garantizar su libre expansión. En suma, que la opinión pública es la plataforma donde pisan las diferentes clases en pugna por el poder.

No obstante, las clases ya no luchan en realidad, y, lo más subyugante, el proletariado ha perdido sus estructuras de dominación, como se ha dicho, se rinden a la ideología burguesa o al Estado providencial y se limitan a obedecer ciegamente, convertidos en masa no tienen medios para enfrentarse a la formación intelectual de los burgueses quienes la han cultivado por generaciones y tienen los medios financieros para sostenerla; los proletarios carecen de iniciativa y agilidad mental, de interés espiritual que sustente la dignidad y “preste sentido a su existencia”, regido por el hambre, las emociones y el trabajo manual que puedan desempeñar, por eso su

única salida es ceñirse a la organización técnico-social que le marque su nación, regresando así a un estado de primitivismo (TS: 566-567).

Justamente, la comunidad relaja las tensiones internas de su estructura de dominación quedando a merced de las exteriores, las que surgen del conglomerado de naciones, que se intensifican, llegando al Estado totalitario. Esto es, que este régimen suple la estructura de clases y todas las actividades forman parte ahora del funcionamiento del aparato oficial que busca la mayor capacidad y desempeño entre sus miembros dejando de lado los privilegios del sistema liberal. El problema estriba en que, en consecuencia, toda actividad devendrá política aunque se trate del arte mismo o la educación. “La masa entera de la población, unificada y homogeneizada, se distribuye ahora, como los reclutas de un ejército, según las exigencias del fin propuesto, que no es otro, tampoco, sino el propio de un colosal ejército” (TS: 568).

Tal situación indica el final de una fase y el comienzo de otra, revela Ayala, que sería la integración política creciente en la que las tensiones de poder se modifican. De ahí que Ayala concluya que la política, cuya finalidad es el dominio, está montada en un equilibrio dinámico, imprescindible entonces para su existencia. Sin embargo, en este punto vuelve a preguntarse qué es la voluntad de poderío puesto que cambia y puede llegar a inhibirse a tales niveles que pone en peligro la historia, es decir, por qué no se mantiene estable y casi desaparece alterando así el orden político debido a una descomposición interna de la sociedad política, a la mera declinación de tal voluntad, condición previa de la transferencia de la iniciativa histórica y “ensanchamiento de la organización político-social” (TS: 572). Esta declinación producto del agotamiento de los cuerpos culturales, consiste en

el debilitamiento o pérdida de la conciencia histórica, con los fenómenos de abdicación frente a grupos quizá más débiles en cuanto a sus disponibilidades técnicas actuales, pero animados por una concepción del mundo de la que desprenden mayores aptitudes de dominio; o bien, de mera decadencia y desmoronamiento, sin presión de fuera (TS: 579).

No responde a la pregunta capital, se limita a dar pistas de cómo está constituida esa voluntad de dominar, indicar que cuenta con la capacidad de inventar técnicas que le permitan satisfacerla de la mejor manera posible. Aunque se desvía y más bien se

centra en factores de enfrentamiento como la superioridad numérica entre enemigos, la calidad geográfica de donde se desarrolle la lucha –téngase en cuenta que cuando Ayala escribió esto no se habían perfeccionado los instrumentos ni el armamento actual que permite la guerra sin casi pisar el territorio adverso, sólo le tocó la bomba atómica y los misiles–, la capacidad de organización o técnica, la combatividad, en suma, que esa voluntad de poderío es reflejo de la fundamental concepción del mundo por parte del ser humano.

Aunque esto le lleva a reconocer que esa dominación llevada a la práctica a través de vías técnicas tiene su lado positivo:

la ingeniosidad inventiva presupone una conciencia despierta ante el mundo; conciencia que dirige la vida del sujeto según fines; pero los frutos del ingenio, al permitir una actuación intensificada y sistematizada, refuerzan la autonomía de aquella conciencia y contribuyen a su reafirmación frente al mundo (TS: 574-575).

Hay una condición para que sea así, empero, que se trate de una cultura secundaria, sólo éstas son capaces de obtener experiencia del mundo a través de sus técnicas de dominación, como es el caso de la cultura occidental y cristiana, producto de viejas culturas pero con “una nueva actitud frente al universo” (TS: 575).

El poder puede ser ejercido de forma legítima cuando el orden de dominación política organizado está atravesado por la justicia.

Para el autor hay una conexión entre el poder y el espíritu y ésta es la “transferencia de la iniciativa histórica de unos cuerpos de cultura a otros y, en el fondo, el de la declinación de la voluntad de poderío” (TS: 576), a lo que se suma que cuando un grupo humano se yergue sobre sus rivales obtiene de ese acto el estímulo para la producción cultural. En otras palabras, al final esa voluntad de dominio –a la que Ayala termina confiriéndole el nombre de “conciencia histórica”– alimenta la cultura, prolonga la perspectiva vital del individuo propiciando las creaciones espirituales y fortalece la vida, por lo tanto, el poder tiene su parte positiva y equivaldrían las palabras de Ayala a la formación del saber y la verdad de las que habla Foucault, y agrega que los sujetos integradores de una organización social que dominan sobre otras tienen a su alcance

las condiciones para una creación espiritual condigna; sus vidas, agrupadas dentro del cuadro social y puestas en tensión hacia unos concretos fines vitales –esto es, históricos– que no podrían ser humanamente cumplidos sino bajo la orientación de los valores de la cultura, se realizan de este modo, prácticamente, mediante rendimientos espirituales congruentes al esfuerzo potenciado (TS: 576).

Esto es, imponerse sobre otros tiene su recompensa espiritual y cultural porque los valores culturales surgen como consecuencia de los fines prácticos propiciados por la técnica que ha de desarrollarse para lograr la voluntad de dominación, pues, empezando por vencer a la naturaleza y colocarla al servicio humano, lo cual requiere de un despliegue de energía y estrategias que no se pueden alcanzar sin inteligencia. Esto se extiende hasta la edificación de ciudades superando las limitaciones que la geografía y el clima le imponen, así como la construcción de sociedades, las cuales son “algo más que respuestas a problemas de adaptación: a saber, son instrumentos para fines previstos, dispositivos técnicos, mediante los cuales actúa sobre su propia circunstancia y la modifica” (TS: 577); es la generación de cultura y de progreso.

Para cumplir estos loables objetivos se organizará a la sociedad para que colabore voluntariamente pero en caso de algún obstáculo habrá de echarse mano a la cooperación forzosa a través de relaciones de dominio que, finalmente, dan lugar a integración de grupos diferentes en entidades sociales más amplias y más complejas donde siempre habrá vencedores y vencidos y en las que “se abre espacio a mayores objetivaciones del espíritu” (TS: 578).

Resulta, por lo tanto, que la dominación de unos sobre otros no es tan perjudicial como en un principio arguyó, tiene su lado benigno, consistente éste en que la voluntad de poderío tiene se sustenta en “una actitud cognoscitiva pura” que da como fruto una consciencia del mundo en que se vive y la forma como se ha de actuar en él, apegadas y limitadas por un fundamento espiritual.

Se cae entonces en una cinta de Moebius pues es la espiritualidad la que mueve al ser humano a entrar en pugna con sus semejantes como si se tratasen estos de elementos de la naturaleza a dominar, y esta dominación, a su vez, produce estructuras políticas por medio de las cuales las “altas culturas” hacen brotar sus creaciones espirituales. Claro que hay niveles dentro de esto una vez que las



sociedades menos desarrolladas sólo producirán obras menores o folclor, advierte Ayala.

Él teme que al desaparecer la voluntad de poderío la civilización occidental escuetamente se desmoronase como ocurrió con el Imperio Romano el cual una vez conquistado el mundo y alcanzado la paz se descompuso internamente. Su temor se funda sobre todo en que la civilización actual es muchísimo más compleja que aquella romana; además de que “es sorprendente hasta resultar casi inconcebible que toda esa maquinaria funcione sin que nadie la abarque, regule y maneje según principios racionales” (TS: 583) y aun así “admira el que, con todo, siga marchando el mecanismo siquiera sea medianamente” (TS: 584). Por eso cree que los patrones de poder se deben modificar, cuando en realidad de lo que se trata es de llegar a una nueva sabiduría.

El escritor granadino se basaba en patrones de poder que implican una figura central como fue en su momento la de los señores feudales, de los monarcas o de Alemania, aun así atisbó que el poder no era exactamente como él creía; por eso se sorprende de que la sociedad parezca deponer sus ansias de dominación o que la política esté centrada en el lucro y, a pesar de eso, todo funcione y se sigan produciendo bienes culturales; los suyos eran sentimientos encontrados que se inclinaron hacia el lado de la crisis y el uso del poder de forma negativa, no se percató en sus reflexiones teóricas que el poder está sustentado por todos a través de micro procesos cotidianos, cierto que son determinantes los mandatarios, pero ha quedado claro a lo largo de la historia que la gente se autorregula a través de mecanismos sutiles. Sin embargo, sí plasmó el escritor español estos dispositivos en su obra literaria porque la sociedad imaginaria de sus dos novelas se rige bajo los mismos parámetros que cualquier otra del mundo occidental y cristiano.

A la dominación Ayala le agrega otro cariz cuando la ve desde el ejercicio del derecho, el cual no sólo comprende el aspecto estático y organizador de las relaciones de poder, de la convivencia en sociedades políticas, sino que además “legitima al poder político en cuanto que lo organiza en criterios de justicia” (TS: 764.), de ahí que sea totalmente imprescindible porque “una política desprovista de ordenamiento jurídico sería tan inconsistente en la práctica como inconcebible un derecho desasistido de organización política” (TS: 735).

El escritor hace un recorrido histórico del derecho pero centrándose sobre todo en el siglo XIX cuyos postulados son bajo los cuales Ayala realiza sus estudios de Derecho y los que norman su criterio; en ellos se hace patente lo ya expuesto por Foucault a propósito de la criminalidad buscando las causas del crimen en la biografía del delincuente y en el ambiente en que vive (TS: 738). Ayala ofrece la perspectiva del abogado para quien es un propósito revolucionario estudiar la génesis del delito con las consecuencias que marca Foucault, si no, véase esta cita de la introducción a la *Génesis y evolución del derecho civil*, del italiano D'Aguanno, de 1840 que Ayala incluye en su capítulo VI: “si de los hechos resulta que el delincuente difiere en su conformación física y en sus caracteres psíquicos del hombre normal [...] debe ser censurado necesariamente” (TS: 738); en ese tiempo se llegó al grado de vincular al infractor a rasgos antropológicos o actitudes innatas o de tomar el delito como “ofensa hecha a la parte moral formada por los sentimientos de piedad y probidad” (TS: 739).

Por otra parte, para Ayala cualquier reforma que se hiciera al orden jurídico ya establecido significa una alteración en las relaciones de poder entre grupos sociales, esto es, que el orden jurídico había perdido su legitimidad o se había degradado. Y para él hay un abismo que separa la estructura jurídica de la político-social desde Maquiavelo, como ya se mencionó, porque la jurídica se mueve con apego a la ética o la moral y la política sólo a la satisfacción de sí misma, pero sí afecta al conjunto histórico social al proporcionar las normas que regulan la convivencia como la salvaguarda de la propiedad privada, la circulación, los contratos sean del tipo que fueren (por ejemplo, el matrimonio). Para él el derecho está conformado por dos elementos, el de la organización política y social y el de la justicia, además:

no se limita a revestir la realidad social, sino que reacciona en alguna manera sobre ella; y [...] esta reacción va en el sentido de prestarle fijeza, endurecer sus contornos, marcar sus perfiles, contener su fluencia, encauzar y frenar sus cambios. O sea: consolidar el orden establecido de las relaciones sociales, montando sobre él normas cuya validez deriva, no del poder que las sustenta, sino de los principios inviolables de la justicia (TS: 751).

El derecho acota y construye “un campo de la cultura donde el espíritu actúa simultáneamente como ordenación técnica del dominio del hombre sobre el hombre y como instrumentación de un determinado valor” (TS: 756). La diferencia entre aplicar la justicia fuera del derecho involucra la moral, de lo contrario se trata sólo de normas que garantizan las relaciones sociales de poder; en la vida cotidiana de la sociedad siempre están presentes ambas directrices.

Desde esta perspectiva la actitud de dominación es diferente de la planteada al principio de sus razonamientos pues quienes la ejercen están apegados a la espiritualidad toda vez que “la organización política surge sobre la base del reconocimiento de valores; sin unas nociones de valor no cabe erigir ni la más rudimentaria dominación” (TS: 751). Como ya se dijo, los valores son positivos o negativos según el entorno del que se trate, en este caso para Ayala tener valores contribuye al proceso de dominación del humano sobre el humano de forma positiva.

Entonces, cuando la dominación es legítima el dominador tiene el derecho y el deber de establecer normas jurídicas que son tenidas como válidas porque se sustentan en la justicia, así pasa de ser un poder social a ser un poder público que representa a la comunidad sobre la que se establece. Por esa razón el poder presenta doble faz, circunstancia sustancial para entender su mecanismo: por un lado somete y por el otro es un órgano que integra a la comunidad (TS: 765). Y el Derecho, implicado en las relaciones de poder, repara la desigualdad que existe producto de la dominación de unos sobre los otros; es a través de él como el poder llega vía normas a los estratos más profundos de la sociedad tales como la familia al sumarse a las raíces tradicionales. Sin embargo, con el paso del tiempo el Derecho pierde importancia y se le relega a un segundo plano, sobre todo a partir de la Primera Guerra Mundial por la pérdida de confianza en él y por tomarlo como mero obstáculo en el devenir social, sobre todo en los grupos pequeños dentro de la sociedad como las aldeas, las tertulias, las sectas, la familia misma; también porque se le tiene como una imposición del grupo dominador.

En el plano internacional, el Derecho se confunde con la voluntad de la nación o el genio de la raza, cualquier cosa menos lo que tiene que ver con lo jurídico. Para que el Derecho funcione es necesario un equilibrio entre la cultura y la civilización, Ayala sostiene que en el momento en que él escribió su *Tratado de*

*sociología* la situación dificultaba hasta lo imposible el ejercicio del Derecho. Sobre todo porque éste tiende a la estabilidad, a la estatización de las relaciones de dominación a través de las estructuras formales que limitan las tensiones del poder pero, como se acrecentó la posibilidad de movilidad territorial en el mundo, el crecimiento de la tecnología se volvió vertiginoso, por ejemplo, al grado de que es muy difícil organizarlo todo jurídicamente.

Con este panorama se regresa al concepto de crisis que da lugar a que Ayala analice sociológicamente el origen del conflicto bélico que sacudió al mundo: “la crisis social se define por la rapidez del cambio histórico, por la alteración precipitada de los equilibrios de poder y de la estructura de dominación constituida por ellos” (TS: 779). Es esta la base de que insista en la necesidad de hallar otras estructuras de poder, no para que deje de haber dominación sino para que ésta siga dándose sin provocar las tensiones que dieron lugar a las guerras mundiales.

### 8.3 El poder como usurpación

Tras su *Tratado de sociología* el siguiente libro de Ayala en donde se aborda el poder es en *Los usurpadores*, de donde surge su famosa frase del poder como sinónimo de usurpación. Ayala se remite en exclusiva a las figuras de personajes con altos cargos dentro de un sistema gubernamental en específico, la monarquía absoluta.

Dado que la literatura ofrece una cara menos restrictiva que la teoría, Ayala se enfoca en el poder centrado en una sola persona, al menos en apariencia, pero dando cuenta de todos los mecanismos mínimos que se realizan de forma cotidiana y sostienen el poder no sólo en su aspecto de dominación sino como engranaje que permite la vida en concordia. Este libro parece responder a esa sorpresa que le causaba cómo la maquinaria gubernamental y política funciona a pesar de que nadie la regule (TS: 583-584), algo que se cuestiona también Tadeo Requena en *Muertes de perro*.

Según análisis de Andrés Amorós, la lección que proporciona Ayala a través de *Los usurpadores*, en específico con “El Hechizado”, es que el poder oculta la nada, entendida esta como “un pobre idiota, símbolo del hueco del poder, del vacío profundo” (Amorós, 1977: 23); además, afirma que se deduce de los textos de Ayala

que “el poder corrompe”, que “todos los protagonistas son usurpadores, todos están hechizados, todos los que se odian son hermanos” (Amorós, 1977: 23).

*Los usurpadores* está ubicado en una época en la que el proletariado no existe, de tal manera que sólo se reconocen la nobleza, los señores feudales, la Corte, la incipiente burguesía, representada ésta por González Lobo. El ejercicio del poder de sus protagonistas está intrínsecamente ligado al derecho de vida o muerte de los demás, El Doliente manda matar a los conspiradores o el Inquisidor tiene en sus manos la crueldad suficiente como para lastimar a los suyos; los primos hermanos que encontraron consuelo en san Juan de Dios atentan también contra la integridad física, incluida la propia.

La usurpación se reduce a la legitimidad del ejercicio del poder, por eso cuando personas a las que se supone no les corresponde el sitio público que quieren alcanzar y atentan contra el mandatario están cometiendo una injusticia. Las narraciones de este libro cuentan cómo los señores que deben lealtad a su rey toman el poder a sus espaldas, cómo los reyes deciden acciones violentas, o qué pasa cuando alguien llega a tener cierta autoridad.

No forma parte de este estudio el análisis minucioso de *Los usurpadores* por haber sido realizado ya por especialistas en el tema, se aborda por la importancia mayúscula que tiene en la crítica sobre Ayala dado que los estudiosos de su obra han hecho eco del poder como usurpación, lo que se ofrece en esta investigación es una perspectiva nueva que considera la usurpación como un engranaje más del formidable edificio conceptual sobre el poder que desarrolló Ayala a lo largo de su vida. De ahí que los diferentes episodios pueden leerse desde otra perspectiva que deja atrás la usurpación, como la que aquí se propone.

“San Juan de Dios”

*Los usurpadores* está compuesto por seis historias que van desde el siglo XI hasta el XVII (cfr. el prólogo de Richmond a la edición de Cátedra, Ayala, 1992b). El primero, titulado “San Juan de Dios” versa sobre un pasaje en el que la vida del santo se cruza con la de dos hombres enamorados de una misma mujer. En su prólogo

Ayala dice que en él se desgrana cómo “el impulso para imponerse y dominar conduce, ciego, hacia la propia destrucción” (Ayala, 1992b: 100).

Situada en la Granada del siglo XVI que tras la reconquista vive un periodo de ajuste, “de forzosa cristianización, convulsiones sociales” (Chicharro, 2006: 100) porque los Reyes Católicos Fernando II de Aragón e Isabel I de Castilla toman el último bastión musulmán en 1492 –mismo año que la conquista de América–, ayudados por las rivalidades que existían durante el siglo XV entre cuatro familias de nobles moros, según hace saber Richmond:

Zoraya, una española convertida al islamismo y favorita del sultán Mulay Abu Hassan (1462-1485), le había dado un hijo. Aixa, la favorita desplazada, temiendo que su propio hijo, Boabdil, fuese desheredado, huyó con él a Guadix, donde fue proclamado rey. Boabdil, que había conspirado para destronar a su padre, fue hecho prisionero por los españoles en Lucena en 1483, y puesto en libertad tras haber jurado obediencia al rey Fernando. Aunque Boabdil fue restaurado en el poder, por último se vio forzado a entregar Granada a los Reyes Católicos en 1492. Los Gomeles y los Zegries apoyaban a Aixa y Boabdil; los Gazules y Abencerrajes eran partidarios de Zoraya (Richmond, 1992: 108).

Así, Ayala inicia su conjunto de relatos partiendo de un periodo en la historia española en el que el poder pasaba de un grupo a otro, provocando con ello animadversión y temor hacia los nuevos gobernantes. Aunque el protagonista, san Juan de Dios, cristiano limpio de antecedentes musulmanes o judíos, de profesión soldado, encontró interés y placer en las costumbres de los moros hasta que tiene una epifanía y se da cuenta que ha pecado, se confiesa, se arrepiente y se dedica a cuidar a los demás dentro de una orden mendicante. Cómo se manejaban los musulmanes queda evidenciado gracias a los primos Felipe y Fernando Amor. El primero fue criado como “hijo de señores, cuyos deseos son antes servidos que adivinados” (LU<sup>35</sup>: 1992: 118) y desconsiderado con el prójimo, regresa a Granada para reclamar los bienes que su familia se había visto obligada a abandonar tras su salida forzosa, quitándole incluso parte de su patrimonio a su primo Fernando. No conforme, la

---

<sup>35</sup> Las referencias a *Los usurpadores* corresponden a (Ayala, 1992a); para fines prácticos en lo sucesivo se usará la abreviatura LU más el número de página.

ambición se apodera de él y desea incrementar su fortuna con la de una heredera noble sin importar que fuera la pretendida de su primo. Fernando, despechado, ofende a la mujer y Felipe decide vengarse haciendo que le corten las manos a su primo para entregárselas como regalo de bodas a la novia, mas se arrepiente en el último momento, y cuando va a remediarlo sus criados lo confunden y le cortan las manos a él. Se arrepiente de todo lo que ha hecho y lo único que le queda es, transcurrido el tiempo, pedirle perdón a su primo acto que le resulta muy cuesta arriba y sólo logra su propósito acompañado por el santo. Fernando considera que el antiguo soldado tiene algo de mágico porque cada vez que se lo tropieza algo le sucede, al grado que decide obedecer el llamado y torcer el camino, es decir, convertirse y salvar su alma. Los dos primos se unen a Juan de Dios a fin de no perder su alma inmortal.

Con esta historia se ve el poder de la pastoral, entendida ésta como el proceso en el cual una comunidad religiosa se constituye como Iglesia, una institución que gobierna la vida cotidiana de los seres humanos bajo el pretexto de la salvación. Es el poder de los cristianos sobre los musulmanes. Foucault manifiesta que “ese poder pastoral, su importancia, su vigor y la profundidad misma de su implantación se miden por la intensidad y la multiplicidad de las agitaciones, revueltas, descontentos, luchas, batallas y guerras sangrientas que se produjeron en torno de él, por él y contra él” (Foucault, 2008b: 151).

El pastorado es un proceso único en la historia, inexistente en ninguna otra civilización, que se ha transformado a lo largo de los siglos y no desaparece, se trata del gobierno cotidiano en el que se enseña a la gente a gobernar a los otros y a ser gobernado por algunos en la vida cotidiana, en los actos mínimos. Es a la vez, por paradójico que suene, la forma como dos pueblos enfrentados encuentran la forma de convivir, Ayala hace saber la manera como se llevó a cabo en ciertos momentos de la historia española, exponiendo el lado más suave de abrazar una fe contraria a las creencias que un pueblo ha mantenido por siglos. La cristianización forzosa en el inicio fue violenta pero poco a poco se fue aceptando en la vida cotidiana como lo ejemplifica el relato de san Juan de Dios, porque enfrentarse con violencia a una fuerza superior conlleva la ruina, en cambio cuando se echa mano de maniobras, de

tácticas para usar el poder que circula siempre y no es privilegio de los dominantes, se obtiene una red de relaciones que permiten la vida en común.

“El Doliente”

Esta narración versa sobre Enrique III cuyo mandato estuvo señalado por las guerras civiles que enfrentó a las alta y baja noblezas (Richmond, *apud* Ayala, 1992b: 133). El rey es un enfermo crónico incapaz de la menor acción a favor de la organización o bienestar de su reino y como el flujo de la vida no puede esperar, toma el mando el obispo don Ildefonso en medio de una opípara cena que lo obliga a levantarse de la mesa para defecar de tan lleno que estaba, lo cual contrasta con la escasez de la despensa real al grado que el mandatario debe quitarse su capa para empeñarla y obtener los medios que dieran de comer a él y a sus sirvientes del castillo.

Físicamente quebrantado, el ánimo del rey es débil, poco oportuno para dirigir Castilla y León, ni siquiera puede hacer valer su autoridad sobre su aya por ser ésta senil. El cuerpo del rey por sí mismo es especial en tanto que es un cuerpo doble: el que nace y muere y el que permanece a través del tiempo “y se mantiene como el soporte físico y sin embargo intangible del reino” (Foucault, 2008a: 35). Un rey enfermo en seguida será sustituido por otro y, en caso de no ser así, no hará falta alguna para continuar el gobierno del pueblo pues éste apelará a su propia sabiduría para encontrar el sucesor o sucesores.

Un rey da su protección a sus súbditos y estos pagan sus rentas a cambio y mantienen el orden, al no cumplir el mandatario con su parte del convenio, los más fuertes después del monarca se apropiarán de los recursos como ocurre bajo el imperio de El Doliente. Él intenta cambiar la situación pero en su ausencia las cosas se habían arreglado de otra forma, por eso, cuando quiere reducir el poder de los que ahora lo detentan, ni puede lograrlo porque su salud flaquea y aunque manda hacerlos prisioneros más tarde los deja libres en medio de sus delirios. Él mismo reconoce que esos veinte señores –o tal vez más– son ahora quienes tienen el poder, la riqueza y la autoridad para ser obedecidos. El poder no se atesora, hay continuidad en él para que la vida social siga su curso.



Es trascendente la actuación de los señores porque la monarquía reposaba en la lealtad del súbdito al soberano; se trataba de un brote de los antiguos señores feudales por obtener el poder que habían perdido bajo el sistema monárquico absolutista, al cual habían debido insertarse en calidad de burócratas, cortesanos o militares de carrera.

### “La campana de Huesca”

Ramiro II el Monje es el protagonista de “La campana de Huesca” y es la muestra del gobierno irracional. Al ser el hijo segundo del rey Sancho V Ramírez de Aragón, y sabiendo que era el primogénito, Alfonso I el Batallador quien gobernaría, no tenía oportunidad alguna de ser rey. No queriendo ser el segundo por lo que implicaba de ambición y envidia, se recluye en un monasterio de donde es sacado por los nobles a la muerte de su hermano. Alfonso I ante la ausencia de herederos lega el reino a los caballeros templarios para asegurarse ser el último rey pues al dejarle la corona a Dios cualquiera que quisiera ocupar su lugar cometería un sacrilegio.

Sin embargo, la disciplina religiosa ha dejado su huella en Ramiro quien obedece antes que manda, por eso es incapaz de cumplir lo que se espera de él como soberano: tiene una única heredera porque renuncia a copular con su esposa pues sería responder al llamado de la carne; se evade demasiado mentalmente; no es bueno con el manejo de las armas o las monturas. Teme a su propio poder pero más a la idea que a su ejercicio porque aunque gobierna no es de la forma como se esperaría al comparársele con sus antecesores. Cuando quiere casar a su hija bebé con Alfonso VII de Castilla para depositar en el yerno sus obligaciones reales y evadirse de cumplirlas, sus nobles no lo apoyan porque temían al rey castellano. La razón de la negativa es que los señores habían comenzado un gobierno propio al margen del rey porque éste no atendía convenientemente los asuntos de Aragón y lo que pretendía no era lo más conveniente. Ramiro se da cuenta que “había perdido el poder a que temía, la autoridad de que se avergonzaba” (LU: 162) cuando en realidad

los tuvo pero en otros términos de cómo los imaginaba. Se confía a Dios y éste le hace conocer su voluntad: matar públicamente por medio de un tajo a sus nobles por oponerse a él y para que sirviera de escarmiento, haciendo con sus cabezas una campana.

Como en “El Doliente” se hace constar que no es uno sólo el que gobierna sino el conjunto de individuos, quienes buscarán lo mejor para su bienestar. Sin embargo, la creencia de que el poder es del rey y nadie debe hacer nada sin su consentimiento a pesar de que sea necesario, era algo muy mal visto en el pasado. A pesar de todo, por fortuna, la sociedad sabe regularse sola. También se ve que a gobernar se aprende, que no es algo que se lleve en la sangre nomás porque se sea heredero de un trono y que la impronta de la disciplina religiosa es sumamente fuerte.

“Los impostores”

La ansiedad ante un rey perdido en una batalla y la posibilidad extraordinaria de su regreso se hacen patentes en “Los impostores”, que relata cómo diversos hombres quisieron hacerse pasar por el rey Sebastián de Portugal.

Éste decidió atacar Marruecos pereciendo en el intento, asume el trono un cardenal quien, al morir, no deja heredero. Finalmente la corona portuguesa recae en Felipe II de España. Como es lógico, los portugueses hubiesen preferido estar bajo el mando de uno de los suyos; este sentimiento unido a la imposibilidad de tener noticias de lo que ocurría en aquellos tiempos movió el ingenio popular y se presentaron algunos impostores haciéndose pasar por el perdido Sebastián. Uno de ellos, el pastelero Gabriel Espinosa terminó en la horca en ese afán. Lo interesante de esta narración es la forma como Ayala da cuenta de la necesidad de un mandatario al que se considere legítimo y cómo para lograrlo se unen un sacerdote y una prima del desaparecido monarca.

La instancia narrativa cuenta los pormenores previos a su entronización: el testimonio de un antiguo confesor que dice reconocerlo y lo pone en contacto con doña Ana de Austria; el fraile aduce razones de Estado para unir a Sebastián con la dama, ésta se afana en ponerse a las órdenes del falso Sebastián y además le entrega

parte de sus joyas, cuenta el encuentro con los caballeros portugueses que habría de devolverle la corona, su forma de hablar. Sin embargo, es descubierto en su engaño. El poder atrae, de ahí que hubo varios que intentaron aprovechar la coyuntura para quitar de en medio al rey español.

“El Hechizado”

Los monarcas a veces eran hombres en los que se cernía la enfermedad, la deformidad o el retraso mental a causa de la endogamia, uno de ellos fue Carlos II, el Hechizado, cuyo apodo da nombre a la narración ayaliana que tanto agradó a Borges.

Un hombre americano, posiblemente de Perú, llega en el siglo XVII a España y ahí permanece hasta su muerte. González Lobo es un hombre acostumbrado a la espera, obediente y observador que atraviesa el mundo de los trámites con “fino temple” (LU: 191): su embarcación rumbo al viejo continente, su encuentro con la Aduana, la búsqueda de una posada, a esto se suma su afán de consignar todo lo que ve, los detalles mínimos, lo más trivial aunque sin orden ni concierto, como si se tratase de documentos de algún funcionario público cargado de trabajo, para disgusto de quien lee sus manuscritos. O, en todo caso, su texto caótico es una metonimia de cómo se lleva a cabo el discurrir de las gestiones. Tiene la personalidad apropiada para enfrentarse a la burocracia de la Corte a fin de encontrarse con el rey. Más que el deseo de conocer en persona al monarca pareciera que desea consignar cómo consumir tan objetivo. Deja nota de los dispositivos y los actores que intervienen, qué hacen, cómo son, describe los espacios, los múltiples espacios que debe atravesar, las veces que debe hacer antesala, etcétera, hasta que llega a la presencia de Carlos II y lo describe con la misma frialdad que ha hecho con el resto porque es sólo un estadio más dentro de la misión.

Esta narración es quizá la que mejor retrata que el poder no está en manos de una sola persona y que “es un poder anónimo, sin nombre, sin rostro, un poder repartido entre diferentes personas; y es, sobre todo, un poder que se manifiesta en el carácter implacable de un reglamento que ni siquiera se formula pues, en el fondo, nada se dice” (Foucault, 2005b: 34), sólo se hace, cada uno de los actores sabe lo que le corresponde, o lo intuye y obra en consecuencia. Como el rey es incapaz de gobernar adecuadamente dadas sus limitaciones físicas y mentales pero como no se pueden deshacer de él porque su mera presencia es importante, el poder siendo ya de por sí múltiple, se reparte aún más, en una red que envuelve a todos en la docilidad y la sumisión. Aparece la disciplina y González Lobo se une a ella al consignar todo lo que ocurre para informar aunque sea a sí mismo o para quienes lean su manuscrito.

La burocracia fue introducida en España por Felipe II en el siglo XVI, de tal suerte que cuando González Lobo es observador privilegiado de su funcionamiento, aquélla todavía estaba en sus albores. Los señores feudales, tras la caída del sistema que detentaban, encontraron su sitio dentro de la administración de la monarquía, así que el narrador da cuenta de cómo era su mundo dentro de un nuevo gobierno en el que ahora eran burócratas o miembros de la Corte ocupados de las tareas que mantenían el dispositivo del poder, como bien apunta Ayala en su *Tratado de sociología* (cfr. capítulo III); la voluntad soberana, personal y distante, sólo actuaba con normas inmutables a través “de un pesado artilugio burocrático, cargado de tradiciones y frenado por grandes resistencias” (TS: 526).

El contraste entre la paciencia de González y la impaciencia del narrador no puede ser más fuerte, responde a que para el primero no simboliza lo mismo que para el segundo; éste padece la burocracia porque han pasado varios siglos en los que se han refinado a tal grado los procedimientos oficinescos que alcanzan niveles kafkianos, por eso el narrador se pregunta qué fundamento lo llevó a la Corte si finalmente, tras todo un laberinto, se iba a encontrar la imbecilidad del rey de la que se tenía noticia en todo el reino. Y se pregunta también la intención de dejar registro de todo lo que vio y vivió. González hizo la visita porque se podía, porque acercarse a un rey en ese marco histórico no era tan difícil como hacerlo actualmente; realizó el apunte de todo el proceso porque solamente un individuo ajeno a él podía dar un panorama global.

Dentro de la iconografía del poderío real existe la costumbre de presentarlo en un juego de oposiciones, de estatura humana pero sin atributos de fuerza física, sólo cubierto de símbolos de poder como el armiño, el cetro, el globo y debajo de él o como acompañantes la representación visible de la fuerza que le está sometida: los soldados, los pajes, los servidores todos comandados en silencio precisamente por esos elementos simbólicos del poder. Por eso llama tanto la atención este texto de Ayala, porque pasa por encima de tal tradición y ofrece un retrato que nunca se pintó: un rey que babeaba constantemente e incapaz de controlar sus esfínteres, cuyos ricos vestidos no impedían la humedad o el hedor.

En “El fondo sociológico de mis novelas”, Ayala hace una comparación entre Carlos II, “El hechizado”, y Bocanegra: “una comparación que podrá ilustrar bien mi

manera de ver el poder sobre la tierra: tanto en el caso del rey legítimo como en el del usurpador, el centro de todo el aparato de mando es una boca negra, un hueco sombrío, el vacío, el abismo” (Ayala, 2006d: 166).

Aunque Ayala opine que “El Hechizado” apuntaba a evidenciar el Estado “como estructura de un poder vacío” (LU: 102), más bien capta un instante sutil en el devenir del poder, el momento en que pasa de la soberanía a la disciplina. Su personaje americano atrapa los comportamientos, los gestos, los tiempos de los individuos que intervienen en su misión, sus puntos de apoyo y encuentro, sus estrategias, cómo el poder lo conforman todos, es la microfísica del poder en pleno. Al hacerlo, interviene como vigilante que mira desde atrás, desde abajo, pasa a formar parte del gran conglomerado y produce saber pues permite conocer cómo se dan sus mecanismos. Y demuestra cómo se tiene una idea equivocada de él una vez que el personaje que cerca al más poderoso es una mujer deforme físicamente pero de mucha mayor inteligencia que el soberano, cómo el pasaporte para estar en la real presencia es simplemente recoger un pañuelo del suelo, es decir, cumplir con una reverencia. El poder es menos glamoroso de lo que se piensa, con la connotación que ese adjetivo contiene. Además, Ayala escribe en su *Tratado de sociología* que la monarquía absoluta “como aparato de integración política, como estricta técnica de control social, aparece insuficiente y menguada hasta lo indecible” (TS: 521), de ahí que sea imposible esperar de ese momento histórico algo diferente a lo que expone en sus narraciones sobre los reyes. La experiencia que tuvo Ayala como funcionario se hace patente en la descripción pormenorizada de los procesos burocráticos.

“El Inquisidor”

Según la voz narrativa, el Gran Rabino de “El Inquisidor” nunca hubiera hallado salvación para su alma de seguir con sus creencias judías, afortunadamente recapacita a tiempo, cosa que no hicieron sus antepasados durante mil quinientos años, y se convierte al cristianismo no sólo haciéndose bautizar sino que incluso llega a obispo y preside el Santo Tribunal en calidad de inquisidor –uno de los oficios más crueles en la historia de la humanidad–, es el encargado de juzgar a otros judíos conversos. Cumple con todos los requisitos de su cargo: ordena torturas,

interroga, revisa acusaciones y pruebas, emite sentencia. Parece que es tal el apego a su nueva condición que no hay misericordia alguna aunque se trate de sentenciar a sus propios parientes, incluida su hija, cuando en verdad se trata de temor a que sus superiores sospechen que la religión de su infancia perdura en él.

El obispo se debate entre la obediencia que debe a su orden y a sus preceptos cristianos que le impiden tener voluntad propia, y sus apegos familiares y culturales. Está bajo la religión de los conquistadores a la que se ha sumado por una razón de conveniencia, mas como él mismo imparte su justicia sabe las consecuencias si falla en los votos que ha hecho, aun así termina cayendo en las infalibles redes que ayudó a tejer.

“El abrazo”

“El abrazo” es la rememoración de una herida en el cuerpo de la realeza española: la muerte violenta de los monarcas, la llegada al trono de herederos ilegítimos, cómo tras recibir o arrebatarse un cetro ensangrentado alguien puede gobernar de tal forma que lleguen la paz y el orden aunque dejando atrás un rastro de sufrimiento. Según el relato, la segunda mitad del siglo XIV estuvo marcada por la disputa del reino de Castilla y León entre Pedro I y sus hermanos bastardos. Con detalle, Juan Alfonso, consejero del padre de ambos, permite ingresar a los pormenores domésticos y políticos de tal reyerta; a la vez, en cierta forma es parecido a Maquiavelo al dar consejos de cómo actuar a Pedro I, tras la muerte de su padre, vencido por la peste. Pedro I recibe el trono siendo aún joven rodeado por dos circunstancias negativas: su reino estaba en medio de una guerra contra todos los que no fueran católicos y su familia en una por obtener el trono. Su ayo le aconseja limar asperezas con sus medios hermanos a fin de continuar la guerra, pero Pedro I, a causa de ciertos sucesos estrecha sus vínculos con los denominados infieles y se separa irremediabilmente de sus hermanos ya que asesina a uno de ellos.

Es un forcejeo tal que, como se ve, incluye mucha sangre y dos décadas, pero cabe destacar que todo esto es previo a la usurpación, es un periodo violento que se da cuando reina un heredero legítimo.

Las mujeres también intervienen no por relaciones de Estado sino porque compartían varones y buscan que sus descendientes tengan lo que creen merecer. Es el enfrentamiento de todos contra todos, hombres y mujeres, gente común y nobles, legítimos e ilegítimos, blancos o morenos, cristianos o judíos o musulmanes. El bienestar de la sociedad en general es lo último que se procura, todo es mero egoísmo de clase, de convicciones religiosas. El ejercicio del poder no se concentraba porque cada actor de la trama iba en su propia dirección. Advierte Maquiavelo que no se puede gobernar de la misma forma cuando el poder se debe a la herencia, la usurpación o la conquista aunque lo verdaderamente esencial es atender la razón de Estado, es decir, lo que es suficiente para que mantenga sus cuatro sentidos básicos, a saber, un dominio, una jurisdicción, una condición de vida y la cualidad de estaticidad de las cosas.

Hay un contraste significativo entre esta historia y la de El Hechizado o la de El Doliente. Mientras que éstos estaban ahí sin poder gobernar dadas sus carencias, Ayala nos brinda un sistema que funciona como un reloj, mientras que en “El abrazo” hay un rey y muchos más que quieren gobernar y en realidad ejercen el poder dentro de cierto coto, todo es un verdadero caos y eso aún antes de que se produzca la usurpación. Ésta casi es provocada por toda esa familia real. En resumen, que a través de la violencia Enrique II logra ser rey y gobierna durante diez años, según hace saber Richmond; su hijo Juan lo sucede durante veintiún años más; la monarquía la mayoría de las veces ascendió al trono por medio de mecanismos que no tenían nada de grandeza. Este relato en específico es el que encarna con mucho el postulado del poder como usurpación.

“Diálogo de los muertos”

*Los usurpadores* se cierra con “Diálogo de los muertos”, publicado por primera vez en 1939, en la revista *Sur*, en su número 53; en este relato se hace referencia a la parte oscura del ejercicio del poder, la de la dominación, la de la lucha y la sumisión que conllevan las guerras. Porque si bien el poder tiene a su cargo la defensa de la sociedad, esa defensa se hace contra seres que también son vulnerables. Este diálogo es un recordatorio de cuando el poder se ejerce de la peor manera.



A través de las voces de los muertos, Ayala se duele de quienes creyendo hacer uso del poder en realidad pusieron de manifiesto su egoísmo y pisotearon los intereses de la colectividad, aquellos que traicionaron, que no tenían la amplitud de miras como para darse cuenta del daño que hacían, de lo banal de sus cargos y sus prestigios. Aquellos que llamaron uso del poder a lo que en verdad era sacar a flote sus más bajos instintos, sus defectos, lo peor de sí, curar su terror provocándolo en los demás. La historia de la humanidad está cargada, desafortunadamente, de episodios de extrema crueldad, saberlos y tenerlos presentes es lo único que contribuye a evitar su repetición. El poder mal empleado ha hecho tanto daño que hace muy difícil ver su lado positivo. Sólo el recordatorio continuo de su parte negativa junto con la benigna permitirá educarnos para no caer en los errores del pasado.

A pesar de su lucidez, su reflexión sobre el poder tomó otros derroteros enfatizando, como ya se dijo, su lado oscuro, producto quizá de la desilusión histórica.

#### 8.4 El poder como pecado

Se ha abordado hasta aquí el concepto de poder para Ayala relacionado con su obra teórica y de creación de los primeros años; se continuará con la evolución que llevó a considerar el poder como pecado y sus vínculos con las dos novelas aquí estudiadas.

Por poder en términos globales, según Ayala, se entiende tanto el aparato de gobierno –“el conjunto de quienes ocupan los cargos públicos dentro de las instituciones del Estado” (Ayala, 1992a: 217)– conformado éste por los poderes legislativo, ejecutivo y judicial más el cuarto poder, o sea, la prensa. A la par existen los denominados poderes fácticos –“entendiendo por tales aquellos que dimanen de núcleos sociales diversos: la Iglesia, la milicia, las actividades económicas [(la banca)...], los sindicatos de trabajadores (Ayala, 1992a: 217)–. Además, el poder político es “el poder por antonomasia”, el más visible (Ayala, 1992a: 219). En el gobierno se encuentran quienes detentan el poder (*los poderosos*) y, en franca confrontación con ellos, los intelectuales, como se verá en el capítulo correspondiente.

En 1944, en su libro *Razón del mundo*, el escritor español ya aborda el poder en los siguientes términos:

El derrumbamiento de cualquier poder libera los instintos destructivos que laten en el fondo del ser humano; toda la contención, todas las renunciaciones a que obliga la vida civil con la coerción de las formas sociales, estalla entonces transformada en desenfreno. ¡Cuál no será este cuando se trata de jerarquía cuyo reconocimiento llevaba implícita una tan penosa abdicación de la dignidad y exigía una tan difícil disciplina; cuando se trata de un poder basado en la pura autoridad, sin apoyatura ninguna en la fuerza! (1944: 24).

He aquí, pues, un antecedente de lo que años más tarde se leería tanto en *Los usurpadores* como en *Muertes de perro*.

En una entrevista con J. Cueto Alas, Vidal Peña y Martínez Cachero, publicada en *Asturias Semanal*, el 28 de agosto de 1971, afirma el granadino que para él

el poder es un mal necesario, consecuencia de la condición humana, tal como se expresa en el mito de la caída, es decir, el pecado original, que convierte al hombre en un ser enfermo. Así, pues, el poder es la manifestación del mal sobre la tierra. Pero es inevitable: tenemos que ejercitarlo y sufrirlo aunque no queramos; la mera abstención produce a su vez el mal (Ayala, 1972: 93-94).

Para el escritor granadino el poder puede llegar a ser una carga, como “un problema moral y hasta metafísico, y considera el poder del hombre sobre su prójimo como un resultado de la condición de caída del ser humano” (Ayala, 1972: 94); como se ve, ha desligado el poder de la voluntad de dominación para ligarlo al pecado original.

Con base en su postura liberal, para él es preciso que “el ejercicio del poder quede reducido al mínimo indispensable para garantizar la paz pública” (Ayala, 1972: 93-94). Mainer coincide con esta postura pues afirma que el poder representa todo lo desagradable: “Todo poder es un abuso, todo trono oculta un sumidero de inmundicias” (Mainer 1993: XXXI). Le sigue en esta línea Irizarry:

El poder ‘hechiza’ a los que lo poseen, y cada protagonista a su modo particular sufre las consecuencias inmanentes de su estado. Los que usurpan el albedrío ajeno, abusando de su propia libertad, sufren en el infierno que ellos mismos se han creado. [...] El poder trae sus consecuencias inexorables e inmanentes: la muerte, el malestar físico, la soledad, la enajenación, la angustia o el horror de sí mismo (Irizarry, 1971: 124-125).

También Bobes, en su análisis de las novelas hispanoamericanas sobre la dictadura, considera al poder como un pecado: “el dictador genera un mundo de ficción cuyos habitantes pululan en un infierno donde ejercen su pecado dominante, la ambición, que arrastra al hombre al dominio de los demás hombres” (1993: 22)

Esto significaría que el ejercicio del poder siempre daña, entonces, cabe preguntarse si en los momentos de auge de una civilización, de crecimiento, progreso el poder no estuvo presente y cómo pudo ser pecado antes de que tal figura apareciera en el vocabulario y devenir de los seres humanos. A estas ideas terribles y limitadas del poder pero, sobre todo, comunes, se puede contraponer la postura de Foucault:

si el poder no tuviese por función más que reprimir, si no trabajase más que según el modo de la censura, de la exclusión, de los obstáculos, de la represión, a la manera de un gran superego, si no se ejerciese más que de una forma negativa, sería muy frágil. Si es fuerte, es debido a que produce efectos positivos a nivel del deseo –esto comienza a saberse– y también a nivel del saber (Foucault, 1992: 107).

En su artículo “Soledad del poder”, Ayala distingue entre poder oficial, político y de la vida cotidiana:

el *oficial* no es de naturaleza distinta al poder que de hecho ejercen esas otras fuerzas sociales más o menos reconocidas que tal vez lo atacan, ni siquiera al poder que se manifiesta de manera cotidiana en el terreno de las relaciones privadas, el que todos ejercemos al imponernos, aún cuando sea sin deliberación ni conciencia de ello, sobre nuestro prójimo. Y ya en el campo específico del poder político, tampoco pueden observarse diferencias cualitativas según éste se despliegue en una esfera

amplia y hasta suprema o bien en el ámbito reducido de las instituciones locales (Ayala, 1992a: 151).

El poder puede, entonces, ser eminente, ser ejercido sin conciencia plena y siempre es sobre el otro. Para Ayala es uno el que lo posee y lo emplea hacia los demás y en sentido negativo, no en positivo y nunca hacia sí mismo aunque haya mostrado el lado positivo del poder en el *Tratado de sociología*. Traduce poder como “impulso natural” que el ser humano utiliza, sobre todo, para procurarse alimento y sexo, es decir, la parte técnica de la dominación, pero agrega:

En las sociedades humanas ese impulso natural se encuentra encausado de diversas maneras y conduce a estructuras más o menos complejas, cuyas posiciones superiores destacan y ponen muy en viso a ciertos individuos dotados de un poder eminente que los hará objeto de universal escrutinio, de veneración, de envidia, de resentimiento, de muy contradictorias emociones; los titulares –o, en su caso, los detentadores– del poder público son, por antonomasia, *los poderosos*. Cuando se habla de la erótica del poder, suele ser sobre todo con referencia a ellos; y también, cuando se habla de la soledad del poder. Quizá una y otra cosa –erótica y soledad– operen ahí de consuno, y por las mismas causas; quizá el poder ejerza una atracción fascinante produciendo al mismo tiempo una particular repulsión que enajena y aísla a quien lo incorpora (Ayala, 1992a: 152).

Como ya se apuntó, el poder para Ayala está relacionado con la naturaleza animal del ser humano, esto es, con lo sumamente básico o primario: proporcionar placer inmediato y unido a la sobrevivencia:

manifestación inevitable de toda convivencia en sociedad resultado y cifra de lo que Darwin acuñó en el siglo pasado bajo la fórmula de *struggle for life*: de lo que desde Aristóteles era entendido como impulso a prevalecer en la competencia por el alimento y el sexo, traducido por el socarrón Arcipreste de Hita a los términos vulgares de ‘mantenencia e fembra placentera’ (Ayala, 1992a: 152).

Este impulso natural se encausa de formas variadas creando estructuras complejas que colocan en lo alto a “individuos dotados de un poder eminente”, convirtiéndose en los detentadores del poder público o *los poderosos* (Ayala, 1992a: 152). Para

Ayala la naturaleza ejerce condicionamientos humillantes al ser humano a través de los impulsos biológicos entre los que se halla el sexual, el cual doblega al espíritu o, como traduce Vázquez Medel, “las necesidades naturales son sentidas por el hombre como una degradante servidumbre que se encubre mediante rituales cuya ruptura y consiguiente emergencia de lo biológico entraña la reprobación social” (1999: 13).

La carne y sus placeres han sido considerados desde varios ángulos, los epicúreos –por ejemplo– desistían de una serie de placeres, incluidos los sexuales, porque convertían en pasiva a la persona, renunciaban con un fin positivo hacia el cual se tendía y que era el dominio de sí, eso significaba que se llegaría a ser amo al renunciar. Sin embargo, la herencia de esta actitud deviene en algo diferente con los cristianos, con ellos la retirada de los placeres –enfaticando los de la carne– significa renunciar a la voluntad que es propia del ser humano, no porque lo vuelvan pasivo sino porque, muy al contrario, le permiten desplegar una actividad personal, individual y, por lo tanto, activa y egoísta. Es cuando que se echa mano de la obediencia con cuya práctica se vence, no la pasión, como podría creerse, sino la voluntad intrínseca (cfr. Foucault, 2008b: 178).

O sea, que estos impulsos, estas necesidades propias de la inmanencia humana son de entrada obstáculos para el camino correcto, motivo del pecado y de la caída, por lo cual la posibilidad de la salvación es sumamente remota. “El poder es una de las cosas que más atraen en el mundo”, dice Ayala (Daudet, 1991: 202). La postura de Ayala al respecto es, por lo tanto, sumamente severa.

El discurso ayaliano está atravesado por lo que Foucault denomina discurso imperativo en el que se dan pasos a seguir desde estéticos a éticos (Foucault, 2008b: 15), por ello se encuentra contaminado por el discurso religioso del cristianismo, esto es producto, por una parte, de lo que el pensamiento cristiano significó en la modificación de los criterios político-sociales que imperaban hasta antes de su aparición, y por lo que incidió en la conformación del nuevo orden social basado en la igualdad substancial de todos los seres humanos.

Todo esto tiene una base histórica en el propio Ayala; en la larga conversación que sostiene con Rosario Hiriart, ella le pregunta si él se considera un hombre religioso y la respuesta de Ayala es la siguiente:

Sí, en efecto, asistí a colegios religiosos, y fui educado en la religión católica. Mis padres eran muy creyentes; mi padre, en un sentido más tradicional y convencional; mi madre (que había crecido bajo la influencia de mi abuelo, ‘librepensador’, como entonces se decía, y persona de altos principios morales) tenía un catolicismo abierto, liberal, casi bordeando el protestantismo, tal cual hoy prevalece tras el Concilio Vaticano, pero que en su tiempo era una rareza: las prácticas de la iglesia correspondían en ella a un sentimiento auténtico, más que a la rutina de las devociones. En cuanto a mí, la fe religiosa sucumbió muy pronto, en la infancia misma; por lo que se refiere a los dogmas de la Iglesia. Pero si a veces he reaccionado con cierta violencia contra su institución es, precisamente, porque la inquietud religiosa nunca me ha abandonado; el sentimiento del misterio último me ha acompañado siempre, y por eso no he podido ser indiferente en ningún momento (Ayala, *apud* Hiriart, 1982).

Aunque el escritor considere que ha dejado de lado los dogmas, es obvio que al menos conservó el del pecado original. La particular combinación que hace de este concepto religioso más la usurpación tal vez surja de que al propio Ayala le repugnara el ejercicio del mando, tanto ejercerlo como recibir órdenes. Un ejemplo de su cercanía al poder fue su relación con Azaña, que relata así:

Siendo Azaña ministro, y jefe del Gobierno y presidente de la República, a pesar de nuestra antigua amistad, que databa de una época en que ni él mismo podía soñar que le aguardaba tal destino, me mantuve aparte de la multitud de advenedizos que en seguida lo rodearon. Creo que es algo superior a mis fuerzas, porque, de buena fe, pensaba estar muy capacitado para colaborar en la empresa de renovación nacional que se intentaba. Mi inhibición no impedía, claro está, que opinara, sintiera adhesiones o repulsas, me indignara, me entusiasmara... En un sentido amplio, ¿quién no hace política? Vivir es hacer política, tanto en el plano nacional e internacional como en el personal, pues la vida humana es histórica, y el motor de la historia es la política. Pero yo nunca tuve la ambición de poner mi mano en las palancas del mando (Ayala, *apud* Hiriart, 1982).

A Ayala se le caracterizaba de moralista y él respondía que sí, que se le había señalado como tal por “ese aspecto de la relación con el mundo exterior, porque la

moralidad es la vida práctica, y ahí es donde falla muchas veces la conducta de la gente” (Ayala, *apud* Tapia, 2004: 1). En efecto, estaba “preocupado por la crisis espiritual y moral de una sociedad, y por el rebajamiento y degradación de la condición humana y de la sociedad misma”, dice José Luis Cano (1977: 329), de los valores perdidos, como ya se vio anteriormente. Este moralismo está intrínsecamente unido al uso del poder y éste con el pecado.

Por lo tanto, considerar determinados conceptos desde la base moral no es nuevo en Ayala, quien otorga dicha categoría a la libertad como puede leerse en su *Historia de la libertad*, de 1943:

El estímulo y resorte último de la libertad se encuentra en el fondo del alma humana: su implantación y su defensa en la sociedad es siempre la obra de una especie de heroísmo ético, y requiere una inagotable energía espiritual y una actitud de incesante y celosa vigilancia. Tan pronto como aquella disposición heroica se distiende, esa energía se disipa y esta vigilancia se relaja, la libertad –arruinado su fundamento moral– desaparece del mundo, para refugiarse en el alma de los mártires (Ayala, 2006: 119).

En la “Carta literaria a H. Rodríguez Alcalá” que Ayala escribe en 1963 (Ayala, 1972), informa que en su obra las miserias de sus personajes, representativas de la humanidad, se encuentran “siempre en conexión significativa con el orden moral” (Ayala, 1972: 120). Es decir, basándose en la bondad y la maldad de los actos, considerados en tanto el bienestar colectivo. Hasta aquí, Ayala se inserta en el intento de los artistas de aprehender la naturaleza del ser humano y plasmarla con sus defectos en la obra literaria.

Cinco años después, en una conversación con el crítico Andrés Amorós (Ayala, 1972), da más información al respecto, ya que introduce el término “moralidad” vinculado al gobierno cuyos antecedentes se encuentran en la crítica a Maquiavelo en el *Tratado de sociología*:

determinados marcos institucionales, ciertos modos de gobierno político (a los que conviene el nombre de “malos modos”) invitan al envilecimiento general, pues colocan al ser humano frente a exigencias desmedidas a las que sólo excepcionales y

excelentísimos individuos son capaces, mediante el propio sacrificio, de responder con una conducta noble: y no es legítimo plantear al común de los mortales demandas que excedan sus fuerzas (Ayala, 1972: 45).

Es como si el gobierno político tuviese una personalidad propia, fuese una especie de ente con voluntad que establece esos “modos”, de tal suerte que el ser humano está imposibilitado no solo para modificarlos sino para sustraerse de ellos a menos que se posea una “conducta noble”.

Esto recuerda las tentaciones de san Antonio o a Cristo en el desierto, cuando ambas figuras religiosas han de enfrentarse a aquello que podría modificar su conducta llevándolos por caminos de perdición. El símil se refuerza al afirmar Ayala que, efectivamente, el enfrentamiento a estos “malos modos” se trata de una dura “prueba”; pero al tratarse de seres terrenales los que intervienen, carentes de los valores morales de los santos, “la mayoría de las gentes asumen posturas quizá detestables pero, en todo caso, poco aiosas, sacando cada cual a relucir lo peor de sí mismo” (Ayala, 1972: 44).

Y eso terrible que sale del interior en situaciones donde se esperaría la entereza moral, deviene en la adquisición de un “poder personal arbitrario” que invariablemente degenerará en violencia. Ayala parece apelar al ascetismo de la Edad Media, que en realidad fue una forma de contraconducta ante lo impuesto por la Iglesia cristiana en la relación con su dios; el ascetismo tenía entre sus características la práctica de ejercicios físicos y espirituales encaminados al sufrimiento como medio de reconocer los límites propios con el fin de superarlos desafiándose de esta manera a sí mismo y a los otros. Para los ascetas cada uno es su propia autoridad, de ahí que contravenían el principio de obediencia encaminado a doblegar la voluntad que exigía dejar ésta de lado y doblegarse a la autoridad de otro. Los ascetas se vencían a sí mismos y de paso a su cuerpo, a la materia o al diablo, en suma, a las tentaciones: “de ahí la importancia de la tentación, que no es tanto lo que el asceta debe suprimir como lo que debe dominar sin cesar. El ideal del asceta no es no tener tentaciones, es alcanzar un punto de dominio tal que toda tentación le sea indiferente” (Foucault, 2008b: 206).

Entonces, Ayala exige a sus personajes la fuerza de los ascetas, pero aun cuando la tuvieran y lograsen ser inmutables ante las tentaciones, de todas formas no



sería satisfactorio porque estarían fuera de un sistema de valores que exige la obediencia no sólo a una divinidad, sino a otro en el cual se ha depositado la voluntad social, como el sacerdote o el Papa. Porque el contrato social, como ya se ha visto, es haber negociado ceder parte de sí para ser gobernado y aunque ya no sea tal el modelo político, de todas formas hay un acuerdo implícito e inconsciente de obediencia aunado a la expectativa de que el mandatario cumpla con los deseos de los gobernantes, aun cuando hacerlo no sea legítimo por el bien de ellos. Se trata de una espiral en la que se exige el amor propio o la voluntad propia pero no se dan los mecanismos para propiciarlos.

Esto es, que el concepto de poder ha evolucionado a través del tiempo en Ayala, ya no se reduce a la usurpación sino que tiene una connotación más amplia pues está vinculado con una cuestión moral y cristiana en lo referente al ejercicio del poder en el plano individual.

La educación cristiana del autor se evidencia en que lo religioso se encuentra presente a lo largo de su discurso, a través de las cuestiones del pecado, la falta, el castigo, la flaqueza del espíritu y de la carne de los personajes, y porque para Ayala la religión representa un saber de salvación. Toda vez que la ciencia no ofrece respuestas al ser humano más allá del plano de lo práctico, la religión sí lo hace. Igualmente, recordemos que dentro de la dominación se encuentra lo que Ayala denomina proceso civilizatorio, consistente, por una parte, en colonizar las sociedades primarias, quehacer para el cual la religión cristiana es de vital importancia porque según el escritor español es gracias a ella como se pudo introducir cultura. Además, de que si se toma en consideración su *Tratado de sociología* para él la cultura occidental es intrínsecamente cristiana y este rasgo es en donde se fundan los principios sobre los cuales se ejercía la política hasta antes de Maquiavelo y debiera ejercerse a pesar de él porque de lo contrario se queda en la mera voluntad de dominio y se deja de lado el aspecto metafísico. Asimismo, la religión le sirve para explicar en qué consiste y de qué se origina el instinto de los animales: “puede atribuirse a una prescripción de la divina Providencia en el momento de la Creación; puede atribuirse a adaptaciones óptimas en el proceso de integración” (ICS: 883); lo sorprendente es que Ayala toma la intercesión de la Providencia como algo verdadero y factible.

A pesar de afirmar que los seres humanos se han convertido en una masa que simplemente busca el disfrute y obedece al Estado y a la opinión pública, también cree que el ser humano vive con conciencia y ésta “supone el trascender desde el mundo hacia una esfera superior, hacia la esfera del espíritu” (ICS: 890), y se extiende por medio de la cultura pero también a través de la religión. Reconoce Ayala, que la religión cristiana tiene una importancia primordial para la cultura, porque el ser humano se concibió a sí mismo de una forma muy diferente a como lo había hecho antes de ella, “como sujeto de una dignidad suma” (ICS: 972) porque se cree hijo de un dios, característica que le otorga respetabilidad y vínculo divino.

Aunque hay algo contradictorio en esta concepción pues si bien los cristianos se sienten con esa dignidad suprema, ésta representa una carga porque se posee pero no se posee al mismo tiempo, o la tuvieron cuando estuvieron en el paraíso pero la perdieron a causa del pecado original, por lo que cada creyente debe “conquistarla con su esfuerzo” a lo largo de su vida, luchando “por elevarse de nuevo a la dignidad plena de hijos de Dios, que sólo pueden alcanzar con carácter irrevocable en el tránsito de la muerte, mediante la conquista del paraíso perdido” (ICS: 972). Una vida de penurias porque el hombre occidental “está destinado a una perpetua e incesante lucha, lucha en la que se juega su destino a cada momento” (TS: 972); porque tiene una divinidad que no funciona como tal pero se alcanza con la muerte, es la idea del sacrificio que obtiene recompensa en el más allá.

Estas ideas configuran el pensamiento ayaliano de manera determinante. En su *Introducción a las ciencias sociales* manifiesta con claridad su postura al respecto, la cual será reformulada a lo largo de sus trabajos teóricos y literarios hasta alcanzar el grado de que el poder sea sinónimo de pecado y se encuentre presente de una manera mucho más categórica, si es posible, que el poder como usurpación. Para entender mejor su postulado es preciso continuar el recorrido sobre sus palabras para ver el proceso de unión del poder y el pecado.

La *Introducción a las ciencias sociales*, publicada en 1952, tiene como génesis los cursos que Ayala impartió en Puerto Rico; su análisis está centrado en la libertad del ser humano y el problema moral, con visión eurocentrista pues está ubicado en la sociedad occidental cristiana. Esta obra teórica aborda con énfasis el espíritu, como el que “hace hombre al hombre” (ICS: 892), el que le permite evitar el

retroceso y cuidar su herencia social (ICS: 905); en la importancia de la cultura, su adquisición y, valga la redundancia, su cultivo; la contraposición entre culturas primitivas y altas; en suma, la suya es la postura del dominante que se evidencia con frases como “he aquí que esta cultura [la occidental cristiana] es la que en definitiva nos interesa” (ICS: 929).

En su *Introducción a las ciencias sociales* escribe que el impulso de conquista de la naturaleza y de sus iguales se explica porque se encuentra perpetuamente “como estando en el mundo arrojado por el pecado original de su naturaleza, y en lucha incesante por hacerse a sí mismo, por constituirse y alcanzar un ser que sólo en el punto de la muerte se fija irrevocablemente” (ICS: 973).

En el transcurrir del cristianismo Ayala ve una sima en el Renacimiento cuando la vida social deja de ser religiosa para pasar a ser tan sólo una práctica privada más dentro del conjunto de actividades dirigidas hacia la inmanencia y no hacia la trascendencia: “no hacia la salvación eterna, sino hacia el actuar eficiente sobre este mundo” (ICS: 981 y 1076).

Del cristianismo, Alfred Weber opinaba: “esta religión representa una alta sublimación que rechaza los apetitos y especialmente los más fuertes impulsos, como algo malo hereditario” (Weber, 1965: 203). Además, se trata de un sistema de pensamiento que se ha especializado a lo largo de su historia en encontrar la manera de que sus adeptos se sientan culpables o pecadores de continuo, como ocurrió con la evolución del pecado, que en sus inicios era tan sólo la contravención de los ritos, a esa historia Ayala le agrega el ejercicio del poder.

Por otro lado está el hecho de la educación de Ayala en colegios religiosos y dentro de la religión cristiana. Aun cuando afirma en entrevista con Rosario Hiriart<sup>36</sup> en 1982, que su fe sucumbió “por lo que se refiere a los dogmas de la Iglesia”, es indudable que la huella del cristianismo está presente en su obra tanto desde la vertiente moral como desde el ejercicio del poder –en tanto que forma parte de la ideología de la cultura occidental encaminada a la salvación– pasando por un progreso que se expone a continuación.

---

<sup>36</sup> <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/90255179870192719121457/index.htm> (18 jun 2009)

Como Ayala dice, hay una clara relación entre la descripción del Paraíso de sus lecciones de Historia Sagrada y el invernadero de su casa paterna, “lleno de plantas preciosas, helechos, jacintos y palmeras de variedades increíblemente dispersas, que mamá cuidaba y contemplaba mucho” (Ayala, 2006e: 19), y en vez del árbol de la ciencia, un naranjo enano. Era el sitio donde reinaba la madre, donde ella tomaba el desayuno y realizaba su actividad de pintora. La imagen del Paraíso y de sus dos habitantes humanos, así como su expulsión está presente en la obra ayaliana: “yo acepto la verdad básica el mito del pecado original, la naturaleza corrompida del hombre; pero –cuidado– también admito, y reflejo en mis escritos, la redención” (citado por Orozco Díaz, 1985: 56). Corromper, viene del latín *corrumpere* y significa destruir, arruinar, reducir a nada, perder (Pimentel, 2006: 186); de ahí que la naturaleza humana estaría destruida, arruinada por haber comido del árbol de la ciencia del bien y del mal a pesar de haber sido amenazados por su Dios bajo la mentira de que morirían, cuando en realidad era que “serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal” (Gen, 3:5), y la muerte vino después, no como consecuencia directa de la acción sino como decisión de Dios y como parte del castigo “hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás” (Gen, 3:19). Esto podría traducirse como que el conocimiento destruye, arruina y mata.

Es en 1968 cuando Ayala, en su ensayo “El fondo sociológico de mis novelas” declara en Santander, en el marco del II Curso de Prosa Novelesca Actual lo que es para él el poder, con la aclaración de que se trata del “poder sobre la tierra (Ayala, 1972: 146) e independientemente de que sea ejercido por el rey legítimo o por el usurpador, siempre estará centrado en un aparato de mando que “es una boca negra, un hueco sombrío, el vacío, el abismo” (Ayala, 1972: 146).

Ayala continúa explicando cómo él ha aplicado este concepto en su novela *Muertes de perro*: “Apenas si habla Bocanegra en mi novela, y cuando lo hace, sus sentencias resultan enigmáticas; sus designios son inescrutables” (Ayala, 1972: 146). Dice esto aunque las frases de Bocanegra sean del estilo: “Un perro no puede costar mucho, ¿verdad?” (Ayala, 1998: 106); “quiero verlo sin tardanza hecho un doctorcito en Leyes, ¿eh?; pero ¡sin tardanza!” (p28); o

¿Qué tal? ¿Qué te ha parecido el desfile? Formidable, ¿no? Sobre todo el broche final, con la Policía Montada. La verdad es que ese Pancho se ha lucido, y hay que recompensarlo; se merece un ascenso. Vamos a hacerlo coronel, Tadeo. Me traes a firmar el decreto para que mañana se lleve el mozo la gran sorpresa (MP: 63).

Bocanegra habla pero no hay nada de inescrutable en sus palabras. Los que detentan el mando hablan. La boca en tanto símbolo posee lados positivo y negativo: es la entrada al infierno y al paraíso, por ella pasa el soplo, el alimento y la palabra. Posee “la fuerza capaz de construir, animar, ordenar y elevar” tanto como “destruir, matar, trastornar y abatir” (Chevalier, 1999: 193). En Ayala tiene un simbolismo negativo: el mando es una extensión del infierno, de lo bajo.

Es a través de ella como se da el pecado original: Adán que accede a morder la manzana ofrecida por la mujer. De ahí que Ayala diga, al referirse al talante impertérrito de Bocanegra: “Y, sin embargo, en el fondo de la esfinge sospechamos, entrevemos, el lote lamentable de la miseria que aflige a los hijos de Eva” (Ayala, 1972: 146).

Con este comentario se perfila lo que será un postulado reiterativo en Ayala: el poder como mal: “Si el poder es un mal necesario, debe organizarse de modo tal que se lo reduzca al mínimo indispensable” (Ayala, 1972: 146), expuso Ayala en su prólogo. En 1970, ratifica este concepto en la entrevista con Antonio Núñez publicada en *Cuadernos para el diálogo* (Ayala, 1972: 77) y agrega el elemento del pecado: “Creo yo que el poder es el mal necesario dentro de la sociedad humana, quizá como un resultado de la caída o pecado original”.

Un año más tarde, en la “Entrevista con Juan Cueto Alas y los profesores Vidal Peña J.M. Martínez Cachero”, de *Asturias Semanal* (Oviedo) lo aclara aún más:

Mi posición frente al hecho del poder es ésta: creo que el poder es un mal necesario, consecuencia de la condición humana, tal como se expresa en el mito de la Caída, es decir, del Pecado Original, que convierte al Hombre en un ser enfermo. Así pues, el poder es la manifestación del Mal sobre la tierra” (Ayala, 1972: 93).

El poder, por lo tanto, es sinónimo de pecado, pero no de cualquiera, sino del más grave de todos, el de la caída del primer hombre, según el libro del Génesis, en la Biblia. Adán no debió comer del árbol de la ciencia, representativo de la “aspiración del hombre hacia un saber superior al que por naturaleza le corresponde” (Haag, 2000: 1472).

Interpretaciones tempranas de la conversación de Eva con la serpiente explican este hecho como “las consideraciones de la conciencia humana” (Haag, 2000: 1472). Haber comido la manzana es un gesto de rebeldía ante la voluntad de Dios. Más tarde se considera que es la representación del paso a un estadio superior de evolución, es decir, del instinto a la razón, del impulso natural al libre albedrío. El ser humano, al decidir saber y tener libre albedrío, ser independiente de su dios, se transforma en un pecador.

El pecado original provocó para todos los demás el dolor y la miseria, pero sobre todo, la muerte, esto es, los seres humanos no son inmortales por su causa. Y, aunque a partir de ahí se considera que todos los hombres y mujeres son pecadores, no hay ningún texto bíblico que lo exprese explícitamente. Job (14,4) afirma que existe una debilidad moral que predispone a pecar pero no que los seres humanos hayan nacido en pecado. Aunque a partir del pasaje de Rom 5,12: “Ahora bien, como por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”, el concilio Tridentino establece cierto nexo entre la universal debilidad moral de la humanidad y el pecado del primer hombre (Haag, 2000: 1475-1476).

La sexualidad también forma parte de las explicaciones del pecado original, sin embargo,

sobre todo hay que hacer notar que la prohibición fue impuesta al primer hombre ya antes de la creación de la mujer y en Gen 2,24 la mujer es precisamente creada con miras a la propagación de la especie; por otra parte la mujer pecó primero y luego el hombre, no ambos a la vez, y en Gen 2,25 3,7 se presenta el desorden del instinto sexual como consecuencia del pecado (Haag, 2000: 1472).

Así es como el primer hombre contagió, por decirlo de algún modo, a todos los demás con la muerte al haber pecado, de la misma manera también lo contaminó del ejercicio del poder sobre los otros, puesto que ejercer el poder sobre el prójimo

también es resultado de la condición de caída del ser humano (Ayala, 1971: 94). Esto es, el poder no existiría de no haber habido un pecador original.

En el Génesis, antes del episodio de la mordida, Adán conversaba con su dios, era bueno; después se perdió esa comunicación. El pecado, entonces, es intrínseco de la condición humana y representa el Mal; éste contra el Bien, contra la obediencia, contra el no pensar. Y añade Ayala:

No debe entenderse que yo sea anarquista, sino que veo el problema moral y hasta metafísico, y considero el poder del hombre sobre su prójimo como el resultado de la condición de la caída del ser humano. En el orden de la práctica –y en esto consiste mi liberalismo– estimo que debe buscarse una forma de organización del monopolio de la violencia, es decir, una constitución política, donde, dadas las condiciones sociales imperantes en cada momento, el ejercicio del poder quede reducido al mínimo indispensable para garantizar la paz pública. (Ayala, 1972: 93-94).

Por lo tanto, poder es sinónimo de violencia y de pecado. Las bases de tal afirmación se encuentran en su artículo de 1990, “Contra el poder”: “como san Pablo afirma, todo poder viene de Dios, no será menos cierto que cayó sobre nosotros como consecuencia del pecado original. Será, pues, un mal, pero mal necesario, que sólo cabe frenar y reducir al mínimo indispensable” (Ayala, 1992a: 218), ratificando lo ya dicho desde veinte años antes.

El poder viene de Dios, como la gracia, la sabiduría o iluminación, la vida; cayó como consecuencia del pecado original, entonces, se trata del dios veterotestamentario que enviaba plagas sobre sus abnegados hijos, mataba al enemigo de su pueblo escogido, etcétera; males entre ellos el poder, dice Ayala, el cual ha servido para que la civilización occidental y cristiana sea la más innovadora desde el siglo XIII. Y lo de reducirlo al mínimo indispensable sí, pero no cuando significaba la dominación del hombre por el hombre en tanto iguales.

Beauvoir recuerda en 1949 que

hasta finales del siglo XII los teólogos –con excepción de San Anselmo– consideran, según la doctrina de San Agustín, que el pecado original forma parte de la ley misma de la generación: ‘La concupiscencia es un vicio... la carne humana que nace por

ella es una carne de pecado’, escribe San Agustín. Y Santo Tomás: ‘Desde el pecado, la unión de los sexos va acompañada de concupiscencia, por lo que transmite al niño el pecado original’ (Beauvoir, 2008: 256).

Las frases de Ayala son del artículo “Contra el poder”, como ya se apuntó, cuyo tema está relacionado con el quehacer intelectual, en específico de éste con el poder. Vale la pena hacer un paréntesis aquí para ver desde donde y por qué está contra el poder.

### El poder negativo

Todo parte del problema de cuando el intelectual pasa de la especulación a la práctica, hacer esto es actuar como político. Aclara que cuando se habla de *el poder* se entiende por ello tanto las instituciones como quienes ocupan los cargos públicos, sean aquéllas la Iglesia, el ejército, las empresas, la banca, los sindicatos, y llama *poderes fácticos* a los que se originan de ellas. Los intelectuales, dice, se pueden enfrentar al poder, sobre todo si se encuentran en la tesitura de provenir de una dictadura y comprobar que la democracia, tan esperada, no se semeja en nada a la utopía que se tenía en mente cuando se padecía el injusto régimen político. Como el poder es un mal y se le debe combatir; la resistencia pasiva y la actividad terroristas son ejercicios de poder, reconoce, lo mismo que una huelga de hambre, “es ineludible función natural de la vida”; luego, el poder se combatiría con el poder, pero esta conclusión no es de él. El atisbo que tiene de la microfísica del poder se da aquí:

La criaturita que, apenas nacida, reclama por medio del llanto la atención materna o que, pocos años después, emplea diferentes tretas para conseguir el juguete con que la televisión la ha seducido, sometida al poder de la persuasiva propaganda del fabricante, procura por su parte imponerle a sus mayores su propio deseo. La vida social toda está sostenida mediante una red de continuas, quizá minúsculas, apenas advertidas pugnas de poder (Ayala, 1992a: 218-219).

No estaba equivocado, al contrario, pero no lo ve en su totalidad porque lo toma sólo como oposiciones. Para él, el poder político es el poder por antonomasia.



El intelectual, por su parte, también tiene poder porque tiene una plataforma donde apoyarse, explica el escritor, su instrumento de poder es la opinión pública y, antes que incluirlo en una clase social específica, apunta que pertenece a un estamento, dejando claro con eso que se aborda más bien una actitud. A veces el intelectual se enfrenta a “quienes *detentan* los cargos de gobierno” en un juego de tensiones sociales; el enfrentamiento normalmente es a través de lo que aquél escribe u opina, lo cual provoca la reacción airada de estos. Exterioriza que entre intelectual y gobierno hay un enfrentamiento de poder a poder, pero con la particularidad de que está de por medio la función intelectual del primero, medio para trascender su lado animal y “elevarse a la esfera de la historia”. El artículo lo termina Ayala con su opinión de cómo es, o debiera ser, el intelectual y cómo el político. El intelectual debe observar una conducta racional, intensificar la actividad mental para acceder al conocimiento hasta un “plano de universalidad abstracta” (Ayala, 1992a: 220), atenerse a la verdad y proclamarla sin que nada lo inhiba con “las correspondientes adaptaciones éticas”, debe separar los deberes cívicos de los intelectuales porque al obrar de esa manera se convierte en político, para aclarar esto, transcribo aquí el ejemplo que él da:

El intelectual que, por ejemplo, se pronuncia contra las centrales atómicas, o bien a favor de ellas, lo hace tan sólo en virtud de su criterio práctico de ciudadano y apoyado en razones pragmáticas, y si a favor de tal criterio pone el prestigio de su nombre, no hace otra cosa que el tenista o la dama famosa cuyas firmas aparecen junto a la suya (Ayala, 1992a: 221).

El manejo de la verdad o la mentira es algo delicado porque si bien el intelectual debe atenerse a su verdad y proclamarla, también es cierto que la mentira es un “instrumento en la convivencia social, de la que el aspecto más relevante sería el juego político”; y he aquí el meollo porque el intelectual tiene propensión a la verdad pero cuando no sabe controlar ese impulso se convierte en un mal político, “es lo que le lleva al fracaso” (Ayala, 1992a: 222).

El político, por su parte, parece ser que no requiere de ningún elemento racional o de conocimiento para que trascienda su naturaleza y se coloque en un plano abstracto, “debe en cambio atenerse a la necesidad práctica y cumplir su

misión con la vista puesta en las consecuencias de sus actos”; porque la política se basa en las relaciones humanas y no tiene vínculo alguno con los problemas teóricos a los que sí se enfrenta el intelectual. Su postura moral será concluyente para la comunidad a la que sirve; su ética es la misma que la de cualquier otro, viendo simplemente si las consecuencias de los actos son buenas o malas. El intelectual, en tanto particular, vela por sus intereses personales, mientras que el político debe velar por el bien público, para hacerlo puede usar la mentira si lo cree adecuado, eso no es incorrecto, lo reprobable está en que si el político ve primero por sus intereses particulares antes que por los de los demás, “será moralmente execrable” además de ser un político malo y torpe (Ayala, 1992a: 223).

El intelectual encarna la voluntad de salvación y de conocimiento mientras que el político se queda en lo material y, por lo tanto, en la voluntad de dominio.

Viendo con detalle de qué habla Ayala en su texto “Contra el poder” es posible advertir que este título –que también da nombre al libro– se ha leído como reprobación o combate del poder, pero la palabra *contra* tiene más significados y aquí más bien tiene la connotación de “enfrente”, qué es lo que cada uno de estos dos actores debe hacer cuando está frente al poder, cuando lo detenta o cuando se encara a alguien que también lo ejerce. Se cierra aquí el paréntesis y se continúa con el poder y el pecado.

## El pecado

Vázquez Medel explica, siguiendo de alguna manera los postulados teológicos, el vínculo del cuerpo con el poder en Ayala de la siguiente forma:

No es casual que el descubrimiento de la corporeidad sea simultáneo –en ese primordial relato, el *Génesis* que simbólicamente (y míticamente) tantas verdades encierra– a la conciencia de la caída; que la expulsión del Paraíso esté asociada con el descubrimiento del sexo y la función reproductiva; con la necesidad de alimentación y el trabajo fatigoso. Así, el cuerpo es, simultáneamente, lugar de esclavitud e instrumento de emancipación... El cuerpo, en el Paraíso, es algo leve, algo que no pesa pero que tampoco puede ser objeto (ni sujeto) de experiencia radical. Para este ser arrojado del Paraíso por su conciencia, por su sabiduría y por su

talante moral (al cabo ha transgredido las prohibiciones de acceder a los frutos de los árboles de ‘la ciencia’ y del ‘bien y el mal’), el cuerpo va a revelar muy pronto su defectibilidad y su fragilidad. Aparece el embrión de la sociabilidad, y la energía que al hombre da potencia física o simbólica se transforma en poder. Nada nos extraña, pues, que Ayala, que ha expresado de forma inequívoca que ‘el poder ejercido por el hombre sobre su prójimo es siempre una usurpación’, relacione el poder con el mítico ‘pecado original’ (Vázquez Medel, 1999: 12).

Vázquez Medel apela al mito de la caída en el sentido de que el ser humano se siente fuera de lugar, en la ignorancia del porqué de su existencia, en la incertidumbre de su destino, agobiado por el insoportable sentido del infinito, creyendo en la ruptura de un orden establecido que desconoce, esa es la razón por la que se buscan respuestas a través de las ciencias o las disciplinas del pensamiento, de la cultura, el arte o la religión. Ésta última contesta todas las dudas humanas y permite una vida cómoda en la que si se cumple la normatividad impuesta se muere en estado de gracia y con la promesa de la resurrección. Todo lo contrario si se peca.

Al ser este mito uno de los pilares del cristianismo lo que esta religión ofrece a sus fieles para paliarlo es la fantasía cruel de la expulsión de un sitio encantado al que volverá, sí, pero después de muerto, y no propicia en absoluto el proceso de individuación que lleva al ser humano al autoconocimiento y la autorrealización plena porque abominarían de ella.

Vale la pena detenerse un poco para recordar qué es el pecado, tomando como eje el documento base del catolicismo, pues tratándose de un concepto que se usa de forma cotidiana puede creerse obvio su significado y tal vez no sea así.

La historia de la Iglesia cristiana dice que el concepto de pecado ocupaba un lugar importante en la vida intelectual de Israel y el pecado original ya era mencionado en la Torá. La esencia del pecado es la rebeldía contra el dios, de tal suerte que la disposición de la voluntad al obrar es decisiva. Pero también se podía pecar sin saberlo.

Para Israel, el pecado era tanto una mera falta contra las costumbres del pueblo como una violación a la voluntad de su dios (Gen 13,13; 20,6; 38,9s Ex 10,16; 32,33). Según diversos apartados de la Biblia, el pecado es sinónimo de desobediencia o rebeldía contra su dios (Núm. 14,9 Dt 28,15-44 1Sam 12,16;

apostasía de Yahvéh (Is 46,7ss Jer 2,5.19; 5,6; 14,7 Os 4,12), desprecio a Yahvéh (Is 1,4; 43,21-24), infidelidad y adulterio (Is 24,5; 48,8 Jer 3,20; 9,1, 11,10 Ez 16,58); el pecado frente a la divina sabiduría es una necedad (Dt 32,6 Is 29,14; 31,2 Sal 38,5) y frente a la santidad de su dios, una abominación (Lev 16,16; 18,17-20).

Algunos pasajes del Antiguo Testamento (Gen 22,1 y Ex 4,21; 7,3; 10,1-20) dieron lugar a que se creyera tanto que su dios mismo induce a los seres humanos a pecar como que su dios odia el pecado. Las causas del pecado son: las tentaciones del demonio (Sal 2,24 Gen 8,1-6), la mala concupiscencia como consecuencia del pecado original (Gen 6,5; 8,21 Dt 10,16 Jer 17,9) y el abuso de la libertad humana (Gen 4,7).

Los pecados se cometen por debilidad, inadvertencia o ignorancia (Sal 19,13) y hay dos diferentes clases de ellos, los graves y los leves. Los primeros son la idolatría (Ex 22,19 Lev 20,2), la inducción a la idolatría (Dt 13,2-12), la magia, la adivinación y la blasfemia (Lev 24,11-16; 19,26.31; 20,6 27), transgresión del precepto del sábado (Ex 31,14) o del de la circuncisión (Gen 17,14), inobservancia de la fiesta de pascua (Núm 9,13), el asesinato (Ex 21,12-14), desobediencia contra los padres (Ex 21,15-17), rapto de un hombre (Ex 21,16), adulterio (Lev 18,6-23). Dentro de los graves existen también los que claman venganza, que son cuatro: homicidio (Gen 4,10 Ex 20,13), la sodomía (Gén18,20 Lev 18,22), la opresión de los pobres, viudas y huérfanos (Ex 22,21-23, 26) y la retención del salario debido (Dt 24,14s Lev 19,13).

Los pecados de la juventud cometidos por debilidad o inexperiencia son los leves (Job 13,26 Sal 26,7).

Pecar tiene consecuencias, la primera es la culpa que no sólo afecta al pecador sino que se extiende a toda su familia e incluso a su pueblo entero (Ex 20,5 34,7 Núm 14,18 2Sam 24,12-17 Jer 31,29 Ez 18,2); la segunda consecuencia es caer bajo la cólera del dios en forma de castigos, dolores y muerte además de ser excomulgado (Ex 32,33 Sal 69,29 Prov 15,19). Continuando con el texto bíblico, el hecho de la desobediencia es calificado como pecado hasta el libro de Romanos, donde es sinónimo de muerte según el Nuevo Testamento: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Rom 5,12).

En el Nuevo Testamento se habla del pecado con pequeños cambios, en él se les considera en plural y a la vez hechos pecaminosos tanto como una fuerza que aparta al ser humano de su dios. En esta parte de la historia, los textos de Pablo tienen una especial repercusión porque para él el pecado ya no es una mera acción de rebeldía “sino un estado que domina a toda la humanidad; lo individual pasa a segundo término y lo comunitario a primero. No es, por tanto, de maravillar que haya sido Pablo justamente quien desarrollara tan ampliamente la idea de pecado original” (Rom 5ss). Tras este apóstol, quien más contribuyó al concepto de pecado original fue san Agustín, cuyas doctrinas sigue Ayala, en tanto que para él el ser humano se ha deformado por el pecado y será la gracia la encargada de restaurar su estado corrompido. Sin embargo, no es tan fácil alcanzar esa gracia pues se necesita una entereza de espíritu que no es fácil poseer por las contradicciones ya advertidas.

Por otra parte, Ayala establece un vínculo entre Adán y el intelectual porque a ambos los une el uso del libre albedrío y de la razón, es de ahí que Ayala considere, por ejemplo que, en el marco de la Edad Media, el intelectual representase para su sociedad la “encarnación del mal”, que su inteligencia fuese traducida como una “cualidad diabólica” (Ayala: 1944: 29). Y es que la inteligencia humana, o intelectualidad, es más que una simple característica o virtud, dado que media “entre la verdad absoluta e inaccesible y la contingencia histórica que pretende orientarse por ella, no de otra manera a como el sacerdote ejerce la mediación con la Divinidad trascendente” (Ayala, 1944: 50). Esto es, el ser humano pensante ejerce un vínculo con su dios, tanto desde el lado positivo en tanto mediador, como del negativo en tanto pecador. Rivaliza con la divinidad en tanto ejerce como “un creador originario de cultura” (1944: 58), “es el hombre que osa alzarse sobre sí mismo y se atreve a Dios” (1944: 72).

La obtención del conocimiento, empero, no será fácil y es un proceso que le llevará toda la vida, sobre todo atravesará momentos de especial dificultad cuando se enfrente a situaciones que le coloquen cara a cara con el poder terrenal, prueba que habrá de pasar, pero que irremediamente perderá, pues su propia naturaleza le impide trascender, por lo menos a la mayoría de los seres humanos, quienes obtienen el poder de ser autónomos y ése es su pecado; autónomos tanto de mente como de

cuerpo, pues a la par se dio el pecado sexual como consecuencia de haber comido la manzana.

Además, Ayala otorga al poder cualidades de erotismo y soledad. Erotismo significa para él deseos de posesión, de posesión del poder y cada vez en mayor grado, ya que éste es sumamente atractivo, fascinante, de ahí que es posible concebir al poderoso como “objeto adorable”, gustado por la inmensa mayoría de la gente. Aunque el poder, paradójicamente, provoca a la vez repulsión en tanto que enajena y aísla a quien lo incorpora, de ahí que existan personas a las que la erótica del poder no alcanza ni afecta ya sea por la propia dignidad y orgullo, pudor o decoro (Ayala, 1992a: 152-154). Es el ser humano que resiste la tentación.

El poderoso, a su vez, está instalado en la rueda de la Fortuna, por lo cual deja de serlo; la soledad radica en “el desengaño del mundo” que sufre, “un desengaño que suele sobrevenir a manera de escarmiento tras de las experiencias amargas” (Ayala, 1992a: 153). Y puede estar solo tanto después de que ha dejado de detentar el poder como en el poder mismo pues quienes lo rodean, ciegos por la erótica del poder, tanto lo adulan como lo entorpecen en vano –o productivo– empeño de participar de ese poder estimulando su aislamiento del mundo real. El poderoso en soledad puede intentar ponerse en contacto con el exterior pero sus intentos serán desesperados y difícilmente exitosos, opina Ayala en su ensayo “Soledad del poder”, de 1989.

La caída como mito, pues, está presente tanto en *Muertes de perro* como en *El fondo del vaso* aunque, curiosamente, más explicitada en personajes femeninos que masculinos o siendo aquéllos incitadores de la caída de éstos, en un ejercicio representativo de un sistema de valores que se inscribe en una dinámica social a la que apelan los narradores de Ayala y que será plenamente entendida por su narratarios.

El pecado, sin embargo, conlleva en su interior la posibilidad de expiarlo, de ahí la confesión y la penitencia. Ayala tiene su particular solución a decir de Cano:

Ocultar la bajeza y degradación de algunos de sus personajes no le parece que sea buen camino para salvarlos. Prefiere poner al desnudo sus lacras y vergüenzas [...] Esta vía purgativa, que conlleva a veces incluso referencias a lo escatológico en el ser humano, es

para Ayala el único camino de salvación que puede devolver al hombre su dignidad y su grandeza (Cano, 1977: 330).

Dentro de *Muertes de perro* tales preceptos se encuentran presentes en Tadeo Requena, quien es sacado de su pueblo natal y llevado ante la presencia de Bocanegra, quien se supone era su padre natural, y es colocado a su diestra, como su colaborador más cercano. Tadeo llega si no al paraíso, sí a un lugar y situación similares a un sueño, sin embargo, no puede preservar su buena situación pues peca en tanto que traiciona al padre porque no puede evitar someterse a los deseos sexuales de la Primera Dama, de ahí que participe en un incesto por lo menos psicológico. El secretario no tiene la fuerza de espíritu suficiente para soportar la prueba a que es sometido porque es un mortal común y no hay nada de especial en él, por lo cual paga su flaqueza con la muerte. Se le ha exigido que obedezca a Bocanegra, a doña Concha, a su Presidente, a su jefe, a su posible padre, a la mujer, a su amante, a la esposa de su posible padre; de no hacerlo y ser egoísta sería castigado, por hacerlo también. En este caso, no hay redención ni escapatoria.

Uno de los primeros críticos de esta novela fue el jesuita Rodrigo A. Molina, quien en su libro *Estudios* dedica su atención a la obra de Ayala por considerarlo dentro de los autores “que han experimentado y han sabido expresar artísticamente [un] sentimiento ético y religioso” (1961: 7). El estudio hecho desde la óptica meramente religiosa<sup>37</sup> aprecia en la pluma ayaliana “el influjo teológico del pecado original y de sus consecuencias”. Para Molina pecado original significa “la inclinación del hombre a poner su independencia por encima de todo”, al esfuerzo que el ser humano hace por “ocupar el puesto que sólo a la divinidad corresponde”, asimismo “no tiene nada que ver con el lugar o la fecha en que se cometió, como tampoco con el acto sexual” (1961: 7).

Esto lo traduce Molina en un par de frases contradictorias: el ser humano “no puede realizar su destino ni en sí mismo ni en este mundo”, y conocer el destino

---

<sup>37</sup> Se nota una lectura poco cuidadosa en los detalles por parte de Molina pues se equivoca en la fecha de publicación de *Muertes de perro* (escribe 1959 en lugar de 1958) (pág. 11); confunde a Tadeo con Bocanegra atribuyéndole a aquél la obtención del doctorado *Honoris Causa* (pág. 13) así como que Bocanegra acude a la entrega de la distinción “con uniforme militar” (pág. 31) cuando lo hace en camisa y con espuelas; otorga el título de senador a Luis Rosales siendo que le corresponde a Lucas Rosales (pág. 19); cambia el nombre del personaje Hermenegildo del Olmo por Octavio del Olmo (pág. 27).

propio “para entregarse a él sin reservas es el verdadero significado de la libertad humana” (1961: 16). El determinismo es por demás evidente y apabullante. Esta forma de conducirse es bajo la que obran los personajes de Ayala en sus dos novelas y está intrínsecamente relacionada con el uso del poder. El antecedente de este determinismo se encuentra en *La cabeza del cordero*, en su proemio, cuando habla del carácter de sus personajes: “criaturas vulgarísimas, y que ni siquiera pudieron ventear la futura tragedia, la llevaban sin saberlo escondida dentro de sus vidas rutinarias y grises [...] en el ansia de algo extraordinario, grande” (1972: 17); a la par está la atribulación del pecado como destino:

todos los personajes, inocentes-culpables o culpables-inocentes, llevan sobre su conciencia el peso del pecado, caminan en su vida oprimidos por ese destino que deben soportar, que sienten merecido y que, sin embargo, les ha caído encima desde el cielo, sin responsabilidad específica de su parte (Ayala, 1972: 18).

En este sentido, al darle tanta importancia al destino, se evoca la importancia que éste tiene para los alemanes, pues para ese pueblo es considerado como un factor personal creador y decisivo (Weber, 1965: 292). A su vez, el pensamiento germano de antes de la Segunda Guerra Mundial consideraba a los grandes pensadores como seres que luchan en la adversidad o la tragedia y salen no sólo incólumes sino incluso elevados sobre sí mismos y sobre los demás, como es posible observar en Alfred Weber, al hablar de la Francia del siglo XVII: “Arnault, Saint Cyre y Pascal [...] eran hombres que, dentro del catolicismo, tenían una severísima disciplina personal de carácter crítico-racional, en constante lucha contra el demonio” (Weber, 1965: 292). Para este pensador germano, el barroco con su esplendor en el arte era sólo un reflejo de la grandiosidad del espíritu de los seres de esos tiempos, capaces de salir victoriosos de “las pesadas tareas de dominar espiritual y prácticamente la vida” (Weber, 1965: 151). Y el cristianismo “con sus promesas de beatitud, hacía señas seductoras a todo el mundo” cuya consecuencia fue “ejercer una fuerza proselitista directa e inmediata sobre los pueblos jóvenes” (Weber, 1965: 150).

Contrariamente a lo que Ayala plantea en sus textos literarios, en el plano teórico discrepaba “del enfoque predominante en la sociología de su época en el que



el determinismo había desplazado toda concepción sociológica del libre albedrío” (Giner, *apud* TS: 26-27).

## Mitos

Los antecedentes de la disertación sobre el pecado se encuentran en varias vertientes, por un lado están los mitos referidos en la Biblia, el de la caída, el del árbol sagrado, el del paraíso, presentes en todos los pueblos primitivos.

“Los mitos, por así decirlo, son sueños públicos” declara el experto Joseph Campbell (2008: 23). Son una antología de ficciones porque nunca existieron pero los miembros de todas las culturas las aceptan sin restricciones, al grado de que aparecen en numerosas religiones. Solo que hay diferentes maneras de enfocarlos, por ejemplo, para los cristianos al acceder al árbol del bien y del mal son expulsados del paraíso para toda la eternidad; mientras que para los budistas todos son invitados a entrar al jardín donde está el árbol y disfrutar de él, de la misma manera que lo hizo Buda y encontró la iluminación bajo la sombra de un bo.

Se ha creído que el Edén estaba instalado en algún sitio que no se ha encontrado nunca, también que se alcanza después de la muerte, en lugar de pensar por un instante que es algo que está en el interior de cada ser humano, es decir, no creer en un espacio geográfico o ultraterrenal sino dentro del espíritu de cada persona.

Asimismo, hay otra diferencia capital con respecto a la relación que se guarda con el dios. Para los cristianos la expulsión se da por desobedecer a su creador, esto es, dios y el ser humano no son uno sino opuestos; mientras que para las culturas orientales el dios y su creyente están hechos de la misma materia. De ahí que

mientras que el nivel de instrucción representado en la historia de la Biblia se parece mucho a un cuento para niños acerca de la desobediencia y su castigo, inculcando una actitud de dependencia, miedo y devoción respetuosa a su padre, en contraste, la enseñanza budista es para adultos responsables (Campbell, 2008: 41).

De lo que se trata es de pasar “la muralla protectora de los miedos interiores” y la mejor manera no es, precisamente, metiendo miedo, fomentando el sacrificio vano o

prometiendo una vida eterna de fantasía, “porque lo cierto es que existe la vida eterna, una dimensión de valores perdurables que son inherentes al acto de vivir, y en la simultaneidad de experiencia y expresión en la que han vivido y muerto los hombres de todas las épocas” (Campbell, 2008: 42).

Pero vencer esos miedos interiores no resulta fácil si para ello se debe entrar en relación con otro, no consigo mismo, es decir, con el creador, una persona fuera de sí mismo, totalmente diferenciada, con la que se tiene contacto más bien a través de la obediencia por temor. Para los occidentales intentar la identidad con la divinidad es considerada una herejía.

Esto es más fácil de entender cuando se ve a la luz de las religiones de Oriente en las que el creyente no se ha exiliado de su dios, sino que su misterio divino se encuentra inmanente en cada uno, sólo hay que saber mirar hacia dentro; la fe no se deposita sobre alguien aparte sino sobre sí mismo, porque comparte la cualidad divina que aquello en que cree.

Por otro lado, están los orígenes y postulados de la religión cristiana. En primer lugar, se trata de escritos realizados siglos después de cuando se supone ocurrieron los hechos que dan lugar a la Biblia. El Antiguo Testamento o Torá, por ejemplo, se sitúa en IV a. C., sus bases se remiten a IX a. C. y nadie sabe cuándo fueron la creación o el Éxodo o los cuarenta años en el desierto. Lo cierto es que en la mitología cristiana se reproducen mitos que ya están presentes desde muchos siglos antes en otras culturas; se trata de episodios imaginados que se proyectan sobre la historia a los cuales se les toma como verdaderos, independientemente de que se pueda comprobar que no lo son, por la simple razón de que se tratan de hechos de la mente que dan consuelo a la vida terrenal o, más bien, a la certeza de la mortalidad, de ahí que los textos sagrados ayudan al hacer creer la posibilidad de la trascendencia.

Los mitos surgen de temas comunes a los seres humanos que han sobrevivido a través de los milenios. Además, las formas simbólicas han sido los soportes con los que las civilizaciones han desarrollado sus órdenes morales y su poder creativo, si estos faltan surge la incertidumbre y el desequilibrio. Sin embargo, aunque se siente que los viejos soportes mitológicos se desestabilizan con el crecimiento de la ciencia pero se debe confiar en que no podrán ser desplazados por ella, lo que pasa es que

adquieren otra forma u otra manera de practicarlos ya no meramente dentro del marco de la religión. Se precisa el diálogo entre ciencia y mitos, además de tener en cuenta que estos últimos corresponden o son la respuesta a sentimientos y pensamientos arcaicos, tal vez anacrónicos para las condiciones de vida actuales.

En la práctica, en la Edad Media las máximas autoridades sobre el mundo occidental eran el monarca y Dios, ellos eran los medios a través de los cuales los seres humanos lograban el contacto entre mundo interno y mundo externo, por eso era a esos dos a quienes se debía obedecer de forma incuestionable; el soberano desaparece en medio de las transformaciones políticas, pero se mantiene la obediencia al dios.

Las grandes civilizaciones politeístas como la de los griegos, los romanos, los chinos o los hindúes veían con benevolencia los dioses de los otros, mientras que para los cristianos, los judíos y los musulmanes el dios ajeno es sinónimo de demonio y sus adoradores son infieles, de ahí que cada una de estas religiones monoteístas se crea la única poseedora del dios auténtico, la única poseedora de la verdad única y de tener el contacto directo con el absoluto.

A esto se suma que hay una costumbre que viene desde la antigüedad de rechazar la razón en lugar de haber provocado la convivencia de ésta con los asuntos espirituales; Campbell pone el ejemplo del momento en que Justiniano manda cerrar las escuelas griegas por considerarlas paganas en el siglo V d.C., toma su lugar el Antiguo Testamento “con un retraso de cerca de mil años en la maduración no sólo de la ciencia sino de nosotros mismos y de la civilización mundial” (Campbell, 2008:25). La muestra de lo que ocurre cuando se rechaza la ciencia de forma absoluta es el Islam, llegó a estar a la cabeza en su investigación científica y médica pero de pronto estipuló que con eso se perdía la creencia en su dios y se dedicó sólo a cumplir lo que su texto sagrado le estipulaba, con los resultados que todos sabemos. Al salir de escena el islamismo, la civilización occidental se convierte en la única innovadora del mundo. Esto es, ni la ciencia ni la religión por sí solas son la panacea, se precisa armonía entre ellas. Sobre todo en el momento actual en que se prioriza lo individual sobre lo colectivo, en lo que también debería existir un equilibrio.

Y se debe tener claro que las verdades básicas cristianas que se han enseñado desde hace dos milenios ya no sirven, requieren de un ajuste. Ayala se quejaba de

que el mundo occidental se regía por normas políticas del Renacimiento pero no veía o no hacía explícito que las normas morales eran muchísimo más antiguas y, tal vez, por eso más desfasadas. O, por lo menos, menos atractivas. Sobre todo porque chocan con las necesidades reales, por ejemplo, en la Biblia se dice que hay –o hubo– un pueblo elegido por un dios al que todos deben seguir y/o servir, eso se llamaría fascismo en nuestros días. Hubo un pueblo a mediados del siglo pasado que intentó lo mismo y el asunto terminó con el Holocausto.

Las leyes evolucionan con las sociedades, las leyes divinas –escritas finalmente por humanos– deberían también evolucionar para adecuarse no sólo al presente sino también a las particularidades de cada región o grupo social de tal forma que se llegue al conocimiento de sí mismo más allá de lo material pero sin hacerlo por miedo o a través de obsoletas instituciones religiosas. Véase si no cómo los símbolos religiosos públicos se han desvinculado de los preceptos de los cuales surgieron o que para ser parte de la Iglesia se precisa pasar por una institución y realizar un trámite, el bautismo y no sólo hablo del acto del agua y la sal; si algo tan íntimamente ligado con la religión y tan fundamental ha perdido el significado que tenía, es difícil esperar que sin un ajuste la religión puede ofrecer algo relevante. La Iglesia tiene un funcionamiento similar al del Estado. Ciertamente Ayala apela a la religión y no a la Iglesia, pero si ésta es la que marca las pautas de aquélla y se basa en dogmas que, más que ayudar a la experiencia mística, la obstaculizan, es imposible no pensar que algo funciona inadecuadamente cuando se hace tanto énfasis en que sólo a través de la religión habrá salvación. ¿Salvación? Ayala no aclara el concepto pero al ponerlo en el contexto religioso se da por entendido.

Alfred Weber, autor al que Ayala leyó y tomó como base para algunos de sus temas en su *Tratado de sociología*, publicó en 1935 un dato que sirve de antecedente, que existe “la idea del estado de los elegidos por Dios, los cuales administran por sí mismos su salvación y luego gobiernan también el resto abyecto del mundo” (Weber, 1965: 256). Asimismo, al hablar de la Francia del siglo XVII, Alfred Weber permite descubrir que en el discurso de la época –el que él usa, el de principios del siglo XX– se enfatiza el papel del ser que lucha en la adversidad o la tragedia y sale no sólo incólume sino incluso elevado sobre los demás (cfr. Weber, 1965: 292), exactamente

igual que Ayala, quien denuncia la carencia de esa cualidad no sólo en sus personajes sino que la subraya en sus obras teóricas.

Lo que se puede observar es que Ayala se mueve en modelos históricos superados o, por lo menos, obsoletos. Y no porque no quisiera ser más actual sino porque responde a la ideología dentro de la cual se formó. De hecho apoya ciertos aspectos del poder que no son muy agradables en sus mecanismos como el trato a los criminales o a los residuos, pero es así porque su óptica es la del ejercicio del derecho; asimismo justifica ampliamente el dominio sobre los otros cuando se trata de civilizaciones primarias, el problema para él es cuando ese dominio o ejercicio de poder se da entre iguales.

“El poder es un mal necesario”, escribe Ayala tomando como base el lado negativo del poder pero, como se hace evidente en la visión foucaultiana, no sólo no es perjudicial sino positivo. No es un mal y, más que necesario, está ahí como elemento a echar mano aún de forma inconsciente. “Es consecuencia de la condición humana, continúa”, si se coloca de forma contraria esa sentencia quedaría “la condición humana es capaz del poder, propicia el poder”, la situación cambia considerablemente. Pero la condición humana es mala debido al pecado original “que convierte al hombre en un ser enfermo”, entonces, lo único que puede resultar de esa condición enferma es algo defectuoso: el poder. Esto es más bien raro porque esa misma condición enferma es la creadora de todas las manifestaciones artísticas de todos los tiempos, entre las que se encuentra la literatura.

Y agrega, “el poder es la manifestación del mal sobre la tierra. Pero es inevitable: tenemos que ejercitarlo y sufrirlo aunque no queramos; la mera abstención produce a su vez el mal. (Ayala, 1972: 93-94). El mal es el demonio, es lo que está en contra del bien o de dios. No hay escapatoria, se debe ejercer el mal porque si no, de todas formas se produce el mal. Si hablara de bien y dijera: “se debe ejercer el bien porque si no de todas formas se produce el bien”, significaría que el bien –o el mal– estarían ahí a pesar de lo que se haga. Y si se lleva este ejemplo hasta el límite y se escribe “se debe ejercer el poder porque si no de todas formas se produce el poder”, sonaría algo más lógico y estaría más acorde con la forma como se ejerce el poder según se vio en las premisas de Foucault. Pero no es posible saber si a Ayala le parecería bien esta disquisición porque hasta donde ha sido posible

averiguar nadie le preguntó más sobre el asunto, nadie le pidió que explicara lo que había dicho, que abundara en ello.

Hay una dualidad en el pensamiento ayaliano, la del bien y el mal. Presente en mitos hebreos, cristianos y musulmanes, tiene un origen ancestral, pero es a partir del estudio de uno persa como se llegó precisamente al concepto filosófico de dualismo: aunque Ahura-Mazda era la divinidad del bien y Ahriman, la del mal, el profeta Zarathustra –siglo VIII a. C. – establece que el primero “es el espíritu que elige el bien para todas sus realizaciones, y Ahriman se opone por lo que el origen del mal es así la oposición al bien, a la ordenación y creación de Ahura-Mazda” (Bonilla, 1971: 49). Se trata de dos polos complementarios que se expresan según las características de cada civilización, por eso se explica que los seres se encuentren siempre divididos por un antagonismo de pensamientos, palabras y acciones que

no será siquiera la interpretación más profunda filosóficamente, pero sí la más intuitiva para aclarar el dilema inquietante del hombre que sufre la injusticia, sobre todo cuando observa la realidad de la maldad como un afán instintivo en algunos hombres (Bonilla, 1971: 49).

En las entrevistas, se nota la personalidad aplastante de Ayala, por eso no se le preguntó más, lo que dijo se dio por suficiente. La razón está en que apela a los mitos, y su mención nos hace creer que los entendemos, que sí sabemos de ellos porque se refieren a nuestra parte ancestral, pero hablar de los mitos ahora requiere explicaciones porque se han quedado en lo profundo de nuestra psique, nos hacen actuar pero no sabemos cómo ni por qué. Son vigentes pero al haber quedado tan alejado el mundo en que se originaron son, al mismo tiempo, desconocidos.

Inquieta la actitud de Ayala al considerar el poder como pecado. La razón que se puede encontrar es que intentó combatir lo que para él propició Maquiavelo, es decir, gobernar sin los preceptos de una moral o una religión. Ante los hechos innegables de que los gobiernos han cometido errores terribles a lo largo de la historia y que parecen no dejar de cometerlos, poniendo en peligro ya no sólo la existencia humana sino la del planeta en su conjunto, es preciso enmendar el rumbo.

A Ayala lo palparon los horrores de la Segunda Guerra Mundial y los de la guerra civil española, de ahí que su horror lo haya llevado a recurrir al sistema de

valores dentro del que se sentía cómodo, los de la religión, y apelara a ellos para provocar una sacudida en quienes lo quisieran escuchar, con la finalidad de llamar la atención para no volver a repetir nunca jamás lo que se había hecho. Y lo más grave que existe dentro de la religión cristiana es el pecado. Para Ayala, el poder, ese poder como represión y exterminio que le tocó vivir, era tal abominación que sólo era comparable con algo tan malo en su escala de valores como el pecado.

Los seres humanos nos vamos dando cuenta poco a poco de quiénes somos gracias a los pensadores como Ayala o como Foucault, como Nietzsche o Freud, Jung o Marx. Es estremecedor darnos cuenta de que obramos individual o socialmente pero no sabemos cómo lo hacemos, en un vivir sin vivir, como parte de un rebaño. Por eso es bueno saber cómo funciona el poder, cómo está en cada uno de nosotros pero no de las formas míticas que se le han atribuido, sino como un mecanismo que, efectivamente, puede llegar a hacer mucho daño pero también contribuye a la organización social de maneras benignas. Tener claro que el poder es ejercido por cada uno sin que medie una intercesión divina, que es un fortísimo productor de saber, que no se atesora ni se transfiere, tener conciencia de eso es avanzar en el autoconocimiento, en el uso del libre albedrío, en la capacidad de evitar que vuelva a ser ejercido de la forma incorrecta.

## Capítulo 9. La idea de verdad en Foucault y Francisco Ayala

### 9.1 Foucault

Por otra parte, Foucault demostró que el poder es un fuerte productor de discursos de verdad:

El poder nos somete a la producción de la verdad y sólo podemos ejercer el poder por la producción de la verdad. Eso es válido en cualquier sociedad [...] el poder nos obliga a producir la verdad, dado que la exige y la necesita para funcionar; tenemos que decir la verdad, estamos forzados, condenados a confesar la verdad o a encontrarla. El poder no cesa de cuestionar, de cuestionarnos; no cesa de investigar, de registrar, institucionaliza la búsqueda de la verdad, la profesionaliza, la recompensa (Foucault, 2003: 30).

Si bien Foucault tomó la verdad desde el saber científico, lo que dice de ella se ajusta a otros ámbitos. Aquí entra, precisamente, la parte que se relaciona con la literatura, tomando ésta también como productora de verdad. Más allá de lo que pueda ofrecer la ficción en cuanto a mundos posibles, los escritores dan cuenta de las estructuras inconscientes que los gobiernan en tanto miembros de una sociedad, sus textos permiten descubrir funcionamientos económicos, políticos, culturales de grupos específicos incrementando la generación de conocimientos y por lo tanto de discursos de verdad que, si bien se insertan en los mecanismos de poder, se trata en este caso de información que habla de seres humanos a seres humanos, que permite tanto motivar la imaginación como dar cuenta de acontecimientos dentro del universo particular de la novela, en este caso.

Es innegable el papel que la literatura guarda en el mundo del saber, a través de ella es posible conocer cómo vivimos o morimos, cómo somos juzgados o condenados, clasificados u ordenados, las tareas que estamos obligados a cumplir, las normas que rigen la más simple cotidianeidad, dado que “la verdad habita todas y cada una de las cosas”, como reflexiona Foucault, así como que se la puede decir siempre y cuando se tengan “los instrumentos necesarios para descubrirla, las categorías indispensables para pensarla y el lenguaje adecuado para formularla en



proposiciones” ( Foucault, 2005b: 234). Exactamente lo que hace la literatura, decir lo que es verdad para el autor, para el lector, para el personaje mismo.

La literatura, al ser una de las bellas artes es a la vez un acto social inscrito, por lo tanto, en la ideología, la economía o la cultura que la ve nacer a las cuales no puede sustraerse sino que contiene en su interior el suelo de donde surge, es por eso que se suscriba a una red de mecanismos que confirman el lado más positivo del ejercicio del poder.

Pero hagamos un breve recorrido por la disertación de la verdad que hace Foucault en su clase del 23 de enero de 1974 en el Collège de France (cfr. Foucault, 2005b: 231-262). Para él hay dos tipos de verdad, una que puede calificarse como primera, a la que califica como verdad acontecimiento, verdad rayo, verdad dispersa, a cuya demostración de cómo se produce llama arqueología del saber. Sus características son que no está por doquier ni todo el tiempo, ni para cualquiera, es una verdad que no es del orden de lo que es, sino de lo que sucede, por eso la llama verdad acontecimiento, por eso no se constata sino que se suscita, se rastrea. Esta verdad siempre está a la espera de alguien que la aceche, y pueda asirla en cualquier lugar donde se encuentre; tiene sus instantes favorables, sus lugares propicios, sus agentes y sus portadores privilegiados, así como sus mensajeros o sus operadores exclusivos, los cuales se han sometido a pruebas de calificación, quienes han pronunciado las palabras requeridas o cumplido los gestos rituales, son aquellos a quienes la verdad ha elegido para batirse sobre ellos: los profetas, los adivinos, los sabios, los locos, los inocentes. No se da por medio de instrumentos sino de se provoca por rituales, se capta por artimañas, se aferra cuando surge la ocasión. Lo suyo más que método es estrategia.

Entre ella y quien es asido por ella no se da una relación entre objeto y sujeto, no es una relación de conocimiento, es una relación de choque, del orden de la caza, arriesgada, belicosa, de dominación y de victoria, no de conocimiento sino de poder. Se encuentra en viejas prácticas oraculares o proféticas. Foucault pone algunos ejemplos de su funcionamiento en el pasado: para el descubrimiento del culpable se recurría al Juicio de Dios, esto es, se echaba mano de procedimientos destinados a resolver la manera de determinar al vencedor en el enfrentamiento que oponía a las dos personas en litigio. Los inquisidores torturaban para saber si el inculpado

aguantaría o no, de ahí se decía si dios lo abandonaba o no, pero no era para saber si se era culpable o no, cuáles eran sus características específicas, cómo se comportaba o cómo hacía el amor. Otro ejemplo es la alquimia, dado que esta práctica no se centraba en la obtención de un resultado específico sino de un momento ritual a través del cual la verdad ha de irrumpir o pasar como una oportunidad que es preciso aprovechar por lo cual el alquimista debería captarla y comprenderla gracias al azar o una bendición.

A este tipo de verdad acontecimiento el pensador galo le opone la verdad demostración o verdad cielo porque es una verdad que está por doquier, todo el tiempo, en suma, omnipresente. Sin embargo, a veces está enterrada y eso sólo nos remite a nuestros propios límites y las circunstancias en que nos encontramos; cualquiera puede decirla aunque es preciso que cuente con los instrumentos necesarios para descubrirla, las categorías indispensables para pensarla y el lenguaje apropiado para formularla en proposiciones por eso es una verdad demostración porque se requiere cierta tecnología para decirla, para descubrirla, una vez con las herramientas adecuadas, es posible constatarla, implica por lo tanto con quien la dice una relación de conocimiento.

Para Foucault este tipo de verdad asumió desde el Renacimiento las dimensiones que le conocemos y que hoy es posible constatar, ella colonizó, parasitó la verdad acontecimiento, la que ya existía, y terminó por ejercer sobre ésta una relación de poder dominante y tiránico; a la demostración de cómo se subordinó Foucault lo nombra genealogía del conocimiento.

A diferencia del empleo del juicio de dios, a los inculpados, por ejemplo, dentro de este tipo de verdad demostración, se les dio otro trato, se establece para ello el acta y adquiere singular relevancia el testimonio y la demostración, es el desarrollo de la tecnología de la verdad científica. Se pasó de la verdad acontecimiento a la verdad demostración gracias a la extensión de los procedimientos políticos de la pesquisa, el informe, el testimonio múltiple, la superposición de informaciones, la circulación del poder desde el centro hasta su punto de culminación y su retorno, así como todas las instancias de verificación paralelas, las cuales constituyeron la sociedad industrial, instrumento de un poder político y económico. En otras palabras, se pasó de una pesquisa fiscal (quién cultiva qué, quién es dueño

de qué) a una pesquisa de tipo policial sobre el comportamiento de la gente, su manera de vivir, de pensar, de hacer el amor, etcétera.

Desde fines de la Edad Media se indaga todo lo que existe, desde la superficie de la tierra hasta la textura más fina de las cosas, los cuerpos y los gestos, el teórico francés da a esto el calificativo de “gran parasitismo inquisitorial”. La idea que prevalece es que en todo momento y en todo lugar y con referencia a todas las cosas, se puede y se debe plantear la cuestión de la verdad porque nos espera en todas partes, en todo lugar y todo tiempo aunque llegar a ella no sea una tarea fácil porque siempre está enterrada, enmascarada. Como ya se mencionó, el que pueda llegar a ella necesita ciertas destrezas, ciertas herramientas que proporcionan la pedagogía y la selección. Por eso

Las universidades, las sociedades científicas, la enseñanza canónica, las escuelas, los laboratorios, el juego de las especializaciones, el juego de las calificaciones profesionales, representan una manera de manejar, con referencia a una verdad postulada por la ciencia como universal, *la escasez de quienes pueden tener acceso a ella*. La posibilidad de ser sujeto universal será, por decirlo así, el derecho abstracto de todo individuo; pero en concreto, para ser sujeto universal deberá contarse necesariamente con la calificación de algunos pocos individuos que podrán actuar de ese modo. La aparición de filósofos, de hombres de ciencia, los intelectuales, los profesores, los laboratorios y otros de la historia de Occidente a partir del siglo XVIII corresponde justamente, como correlato directo de la extensión de la postulación de la verdad científica, a la escasez de quien puede saber una verdad que ahora está presente por doquier y en todo momento (Foucault, 2005b: 252, las cursivas son mías, A.G.).

## 9.2 Francisco Ayala

El escritor granadino, por su lado, se inserta en la verdad como demostración, ya que a través de sus textos de ficción se suma a la pesquisa, en sus novelas está presente el informe, el testimonio múltiple, la superposición de informaciones que dan cuenta tanto de los acontecimientos correspondientes al macropoder, es decir a la forma de

gobierno de un país dentro de un marco global, así como al micropoder, con la indagación sobre los pormenores de la vida de sus personajes.

Lo que vemos aquí es, pues, la producción de verdad correspondiente a nuestra época, legitimada por la universidad dado que Ayala fue profesor y él mismo se calificó y comportó como intelectual, él poseía los instrumentos adecuados para desenterrar la verdad y ponerla en la superficie al alcance de todos a través de sus múltiples textos teóricos y de ficción.

El poder afecta el saber científico, sostiene Ayala, pues a través de las instituciones, en específico las universitarias, tanto da lugar a designaciones académicas como origina jerarquías oficiales, recibe el reconocimiento oficial así como la autoridad y “notas de formalismo, rigidez y a veces anquilosamiento” (TS: 99).

En su *Tratado de sociología* formula que la ciencia es un instrumento del saber de verdad (TS: 105), para él la sociología nació con la pretensión de coronar el edificio del saber humano. Toda vez que el empirismo sensualista era el fundamento teórico de las ciencias naturales, lo cual permitía “que la empresa científica de conquistar la verdad se intentara de un modo paulatino y sucesivo, mediante el acopio, confrontación y rectificación de siempre nuevos datos” (TS: 106), propicia el surgimiento de la sociología porque

incluye en el campo de su competencia todo remanente de la realidad que hasta aquel momento no había sido sometido a investigación en las vías y dentro de los métodos empíricos que se estimaban como garantía de un conocimiento auténticamente científico (TS: 106).

De esta forma, esta disciplina complementa el saber científico y coincide con lo que el escritor granadino denomina “la clausura geográfica del mundo”, es decir, cuando la dominación efectiva de la civilización occidental imperaba sobre la faz de la tierra que trajo una crisis en el sistema de los principios teóricos del sistema de las ciencias, por lo que se hacía necesario métodos nuevos que permitieran “la captación intelectual” de la nueva realidad (TS: 107).

Para él, el conocimiento teórico está justificado por el valor Verdad, es, pues, la absoluta pretensión de verdad la que inspira el saber porque la conciencia humana

“aspira a reconocerse a sí misma, salvándose del naufragio vital en la esencia última del mundo” (TS: 824). Dentro del conocimiento establece niveles: uno sería el saber de dominación dirigido hacia los objetos o los sujetos en términos técnicos, “avenido al emplazamiento temporal de la conciencia humana, conforme con su limitación y dispuesto a actuar dentro de ella; es, en definitiva, el saber que se manifiesta en la técnica” (TS: 827); otro, con dos variantes históricas: el saber de salvación y el saber metafísico. Este último es el que lleva a preguntarse por el ser de las cosas, mantener una actitud racional que “conduce a la experiencia religiosa pura” (TS: 826), mientras que el saber de salvación conlleva una actitud que brota de

la angustia de la conciencia que se siente perdida en el mundo, náufraga en la nada que rodea al tiempo vital, y pugna por superar su limitación histórica asiéndose de alguna manera al centro del universo, donde espera vencer los condicionamientos temporales, tal vez a costa de anular la individualidad del yo al fundirlo, entregarlo y aniquilarlo en deslumbramiento del conocimiento absoluto y plenario (TS: 826).

El saber de dominación tiene su centro en la conciencia humana en una situación de libertad que permite satisfacer necesidades, cambiar el entorno, hacer descubrimientos, todo lo relativo a la practicidad pero lejano de toda especulación, dirigido al dominio de la naturaleza y de los otros seres humanos, se rige por la eficacia que le da su certidumbre de verdad; en otras palabras, bajo la dominación el conocimiento se organiza como ciencia. Así la ciencia, por lo tanto, al estar ligada a la técnica y no al espíritu, se remite al deseo de poder y se encuentra predominantemente “emplazada a en la dirección del pensamiento práctico” (TS: 828); aunque la ciencia tiene la particularidad de que se le toma como conocimiento absoluto dejando de lado el de salvación o el metafísico que sí están vinculados con la cultura. La ciencia es la que está inserta más evidentemente en el Estado al incorporarla a su aparato burocrático como la institución que transforma en oficial el saber, obtenido éste de los centros de investigación, de las universidades, incluso el que surge de la industria privada.

Aun así, Ayala expresa que para entender ciertamente qué es el conocimiento es necesario recurrir a la conciencia humana y analizar cómo se inserta en la realidad histórico-social a la vez que se estudia cómo ésta actúa sobre la conciencia. La

primera atadura que ve entre la conciencia y la historia está dada por el mito, surgido de la imagen del mundo que tiene un grupo organizado culturalmente y que determinará todo saber posterior (TS: 833-834). Una segunda atadura “es la que le impone el orden de las esferas del conocimiento, al que la mente debe plegarse en el progreso de la actividad cognoscitiva” (TS: 834) siguiendo la ley de progresión del conocimiento de Max Scheler; estas esferas son la social dada por los contemporáneos y la histórica correspondiente a la de los antepasados; la del mundo exterior y la del mundo interior; la de lo vivo y la de lo muerto; otra conformada de la siguiente manera: “el mundo exterior de los otros sujetos contemporáneos precede siempre a lo que *yo* como individuo tengo y *sé* justamente del mundo exterior; y no menos precede siempre el mundo exterior de *mis* contemporáneos al mundo interior de *mis* contemporáneos” (citado por Ayala en TS: 834); por último la del mundo interior de los contemporáneos, de los antepasados y de la posteridad que preceden al propio mundo interior.

Esto se resume en que el conocimiento se produce cuando se parte del mito – es decir, de lo originario– y hacia las diferentes esferas. Asimismo, los diferentes saberes –de dominación, de salvación y metafísico– están intrínsecamente relacionados entre sí como cuando los dos primeros se vinculan en el manejo de multitudes con una creencia religiosa.

La parte negativa del saber científico, para Ayala, es que este se ha traducido como sinónimo de verdad cuando en realidad es limitado y deja de lado cuestionamientos del yo interior, y se le ha dado ese valor en parte porque se ha abandonado la religión y a causa de la oficialización del conocimiento a través de la educación bajo la égida del Estado. Por fortuna, observa Ayala, el saber de salvación no cesa de ser buscado aunque se haga a través de lo que él califica como religiosidad de nuevo cuño, consistente en la superstición, el espiritismo, adaptaciones de creencias orientales o la magia; gracias a “las pocas conciencias vigilantes” que aspiran hallar respuestas en la religión (TS: 850-851). A esas conciencias se suma la actividad intelectual centrada en la especulación filosófica que se desempeña de forma independiente en el seno de establecimientos de investigación cuyo objetivo es el conocimiento que no alcanza la ciencia así como en

grupos sociales burgueses no pertenecientes al Estado y cuya finalidad es “insertar la ciencia misma y sus adquisiciones dentro de un saber totalitario” (TS: 851).

Sin embargo, la labor intelectual dedicada a tales menesteres está lejos de tener el reconocimiento del que goza la ciencia por considerarse el saber de ésta como seguro, cierto, mientras que el del intelectual, al tener como eje el conocimiento filosófico no se cree que éste forme parte del sosiego, la seguridad y la salvación que reclama la humanidad cuando en realidad gobierna subrepticamente, dice Ayala, pues la conciencia humana siempre excede los niveles prácticos de la vida y necesita “mitigar su angustia”; como la religión han perdido peso y ya no ofrece ese consuelo, el trabajo intelectual la sustituye.

Por otra parte, Ayala cree que la conciencia del ser humano lo llama a trascender lo material hacia una esfera superior o del espíritu y a ésta se llega a través de la cultura o la religión. La cultura es de suma importancia para él por lo que implica de saber. El escritor español hace una división entre herencia social y cultura; la primera “es el conjunto de bienes producidos por el hombre a lo largo de su historia y legado de una generación a otra” que se acepta a través del aprendizaje, transmitida por los mayores y se transforma con el tiempo; mientras que la segunda es el conjunto de todo lo que se tiene que aprender, lo que no otorga la naturaleza sino creación humana (ICS: 907). El mayor grado de humanización es el que emerge del aprendizaje, de cultivarse, proceso difícil que exige responsabilidad a la par que medios económicos o sociales para alcanzarlo, de ahí que exista sólo una minoría culta.

Otra división es la de culturas individuales, cultura de grupo y cultura popular. La primera corresponde a las personas que se han sometido a un proceso de cultivo; la de grupo es en la formada por “aquella parte intelectual de la cultura que se encuentra promovida, sostenida y manejada por un sector particular de la sociedad con vocación especial para esas actividades: la minoría culta” (ICS: 913); la cultura popular es la de la llamada gente inculta, basada en depósitos de tradiciones un tanto alejados de la sociedad y “han avanzado por una línea de imposible prosecución o han topado con el absurdo mismo” (ICS: 913). Todos estos tipos de cultura están ligados entre sí. Además, no existe una única cultura sino multitud de ellas, lo que todas tienen en común es el lenguaje, el cual les sirve de apoyo y base.

Hay una segmentación más que ya venía dada por Alfred Weber en sus revisiones sobre la historia de las culturas (cfr. Weber, 1957 y 1965), las culturas primarias y las secundarias, aquéllas son los grupos sociales primitivos; éstas las correspondientes a lo que denomina alta cultura dentro de la cual para Ayala, claro está, la mejor es la occidental cristiana, la que realmente le interesa porque significa autoconocimiento de las estructuras fundamentales de las que somos miembros.

### 9.3 Intelectualidad y poder

Los portadores o creadores de cultura, los intelectuales, son definidos por Ayala como

el hombre preocupado por el conocimiento teórico en un plano que excede los rigurosos límites de la investigación científica, y que especula también con independencia completa respecto de los presupuestos dogmáticos del pensamiento tradicional (TS: 851).

El campo de trabajo del intelectual es, sobre todo, a través de los medios de comunicación, de ahí la relevancia del papel de la prensa para Ayala:

uno pretende ser un literato, nada menos que un intelectual; y los intelectuales tenemos que escribir y publicar nuestras opiniones reclamando así de los demás la importancia que nos otorgamos a nosotros mismos; llamar en todo caso la distraída atención pública, esforzarnos por ser gentes de viso, ponernos en evidencia (Ayala, 1982: 118).

Durante la Edad Media los intelectuales estuvieron vinculados a las instituciones, la primera, la Iglesia a través de los monasterios. La Universidad continuó con la tarea de conservación y cultivo de la sabiduría, junto con las cortes de los señores, por lo que los intelectuales no podían quedar fuera de ellas. El atractivo del Estado monárquico agrupó a una gran parte de los hombres de letras durante los tres



primeros siglos de la Modernidad, durante los cuales la burguesía encontraría su germen y el caldo propicio para su desarrollo, precisamente bajo la monarquía.

La reflexión de Ayala continúa al situar en el siglo XIX el momento en que los intelectuales se transforman en un grupo de élite –una instancia del gobierno social– y la intelectualidad es considerada como profesión liberal, profesionalizadora, democrática y dirigida al público, sobre todo a través de la prensa: “En conjunto, las personas todas que se aplican a las labores intelectuales se entienden integrando una entidad: la ‘república de las letras’, no obstante las diferencias de posición social que puedan separarlas” (Ayala, 1944: 87), escribe magnánimo el granadino. Y recuerda que “hubo un momento de auge de los intelectuales que coincidió con mi juventud y donde el intelectual era respetado socialmente, pero luego ya no. Pero no creo que eso fuera lo más sano porque la vida práctica no son las ideas” (Ayala, *apud* Tapia, 2004: 2).

El proceso continúa cuando a partir de la primera mitad del siglo XX fue posible encontrar a los miembros de la intelectualidad alojados en los puestos de la burocracia, la diplomacia o la política así como en la publicidad, según Ayala en su *Razón del mundo. Un examen de conciencia intelectual*, publicado en 1944, en Buenos Aires, la primera ciudad a donde partió en su exilio.

La intelectualidad, dice Ayala, actúa ante el público –base y motivo de su existencia–, por lo que tiene una posición directiva que se constituye “en el régimen de la opinión pública que [...] domina toda la vida social” (Ayala, 1944: 87). Está desligado, por lo tanto, de cualquier estructura firme o institucional. Se caracteriza, añade, porque el intelectual encontrará en sí mismo el material con el que trabajar, porque se considera, tanto en pensamiento como en persona, libre de dogmas e instituciones, desligado de toda estructura social, por lo tanto, va más allá de las fronteras territoriales o de los intereses de los gobiernos hasta situarse por encima de la mayoría:

Porque el escritor –o, puesto en términos más amplios, el hombre que por vocación y natural aptitud se consagra al cultivo de las disciplinas mentales- está ipso facto asignado a formar parte de una élite: la propia índole de su actividad lo lleva a separarse de la rutina situándolo en actitud crítica ante lo establecido y comúnmente aceptado (Ayala, 1983: 138)

Al ser creador de cultura el intelectual, sin embargo, cae en el endiosamiento; su actividad tiene un carácter “demoniaco o luciferino” (Ayala, 1944: 90) porque “osa alzarse sobre sí mismo y se atreve a Dios” (Ayala, 1944: 72) pues se encuentra dedicado al “desarrollo infinito del saber y de la racionalidad”. Su influencia o poder aumentan de acuerdo a su prestigio y éste conforme al incremento, a su vez, de su público y “por la sumisión del cuerpo social a los órdenes que la intelectualidad maneja” (Ayala, 1944: 90). Trabaja libremente dentro de la sociedad burguesa como cualquier otro y su forma de venderse es a través de los libros bajo la ley de la oferta y la demanda, es decir, es un productor que “se encuentra sometido a las leyes económicas que rigen la producción en general” (Ayala, 1944: 96); su trabajo, por lo tanto, consiste en presuponer y explicar la sociedad. Pero la calificación de élite que Ayala confiere a los intelectuales contiene una contradicción en su seno porque los coloca tanto dentro como fuera del poder.

### 9.3.1 Los intelectuales fuera del poder

Para demostrar que Ayala considera a los intelectuales fuera del poder, se enfatizan tipográficamente las palabras que emplea en su definición. Por una parte, Ayala le reconoce a los intelectuales su papel de grupo *rector* con *autoridad* al frente de una sociedad a la que se dirige con voz *persuasiva* que *concita la atmósfera moral*, de tal suerte que quien le *escucha, decide y acata* sus dictados; sin embargo, afirma que no actúa directamente sobre esa sociedad (salvo que exista buena voluntad en ella para con lo que él expone), sino de forma mediata o indirecta (Ayala, 1944: 103). Por si quedara duda del poder que el intelectual tiene, Ayala compara su papel con el desempeñado por la Iglesia, con la excepción de que al carecer los intelectuales de un núcleo doctrinal o un revestimiento institucional, está a salvo “de la tentación del poder” (Ayala, 1944: 104). Y continúa con la contradicción pues aun cuando el intelectual supuestamente por sus condiciones de base lo mantienen sin caer en la tentación, lo cierto es que “tiene que atenerse a la posición de autoridad” que posee; es decir, si goza de autoridad, tiene poder, no está fuera de él porque es el poder mismo dentro de sus mecanismos el que hace posible su existencia como se verá más

delante. La disertación ayaliana continúa reconociendo la “influencia inmensa sobre los poderes temporales [que la élite intelectual ha ejercido], es decir, sobre las élites de poder: tratando de orientarlos, y no de suplantarlos” (Ayala, 1944: 104); que la suya es una *misión*: crear conciencia, ordenar las jerarquías del espíritu, orientar hacia valores culturales firmes (Ayala, 1944: 165).

Esto es lo que ser intelectual significaba para Ayala, premisas bajo las cuales él mismo desarrolló su trabajo teórico y creativo.

Michael Foucault, por su parte, considera al intelectual, por su elección moral, teórica y política, como alguien que “tomó la palabra y se le reconoció el derecho a hablar en tanto que maestro de verdad y justicia. Se le escuchaba, o pretendía hacerse escuchar, como representante de lo universal. Ser intelectual era ser un poco la conciencia de todos” (2007: 149). Francisco Ayala encaja en el prototipo de intelectual universal foucaultiano, caracterizado por ser un jurista notable, ser un sujeto libre, ubicado en el siglo XIX y a principios del XX, “el hombre de justicia, el hombre de ley, quien opone al poder, al despotismo, a los abusos, a la arrogancia de la riqueza, la universalidad de la justicia y la equidad de una ley ideal” (Foucault, 2007: 151), poseer conciencia universal, ser un excelente escritor “portador de significado y valores en los que todos pueden reconocerse” (Foucault, 2007: 152).

### 9.3.2 Los intelectuales dentro del poder

La labor del intelectual se centra, en lo que escribe, en su discurso que es verdadero para su sociedad. Su actividad no está fuera del poder porque la verdad, recalca Foucault, “no está fuera del poder ni sin poder [...] La verdad es de este mundo; se produce en él gracias a múltiples coacciones. Y detenta en él efectos regulados de poder” (Foucault, 2007: 154). Y para el escritor granadino la verdad era sinónimo de sinceridad: “Ayala equipara lo verdadero con un intento subjetivo de ofrecer una interpretación sincera de la sociedad” (Rives Leiva, 2007: 173). Además, los intelectuales son poseedores –en tanto miembros del cuerpo social– también de poder, elemento indispensable donde apoyarse “para hacer oír su voz, las sentencias morales que promulga” (Ayala, 1992a: 219), pues al carecer de él, carecerían dichas

sentencias de efectividad y “ni siquiera alcanzarían a ser formuladas”. Al estar en franca confrontación con quienes detentan los cargos de gobierno, establecen una franca relación entre poderes, explica Ayala en su artículo “Contra el poder”; una relación particular a la vez porque el intelectual supera “el plano de la pura naturaleza para elevarse a la esfera de la historia” al empeñarse en “intensificar y aun profesionalizar la actividad mental que conduce al conocimiento, llevando a éste más allá de la antedicha función vital, hacia un plano de universalidad abstracta” (Ayala, 1992a: 220). Y la producción de conocimiento en este caso está intrínsecamente relacionada con la producción de verdad dado que forma parte de su vocación y deber en contraparte con el político quien “debe en cambio atenerse a la necesidad práctica y cumplir su misión con la vista puesta en las consecuencias de sus actos” (Ayala, 1992a: 220). A pesar de que “todo hombre es un animal político” (Ayala, 1992a: 221), lo que lo diferencia de los políticos, entonces, no es una postura maniqueísta de que uno dice la verdad y otro mienta, sino que el intelectual emite sus opiniones desde la perspectiva de ciudadano apoyado en razones pragmáticas, a las que suma “el prestigio de su nombre” (Ayala, 1992a: 221); por lo tanto, la veracidad o falsedad de sus declaraciones sólo inquieta a su conciencia mientras con las suyas el político afecta a la comunidad entera. Además, una vez que el Estado es el encargado de imponer las prescripciones legales que mantienen el orden civil pero no tiene entre sus atribuciones establecer las normas de la moral y garantizar su cumplimiento, corresponde al intelectual pensar moralmente y transmitir sus reflexiones particulares para contribuir a la reflexión ajena.

Bajo estas premisas, se considera aquí que la labor intelectual de Ayala, realizada en su *Tratado de sociología*, en su *Introducción a las ciencias sociales*, como sus dos novelas *Muertes de perro* y *El fondo del vaso*, así como en sus múltiples ensayos, como él mismo dejó claro, intentaba hacer una “exploración de la condición humana a través del medio político” (Ayala, 1972: 5) y que esto no puede estar al margen de los mecanismos de poder.



## **PARTE TERCERA: ESTUDIO DEL PODER EN *MUERTES DE PERRO* Y *EL FONDO DEL VASO***

### **Capítulo 10. Discursivización del poder en las novelas**

#### 10.1 Preliminar

Con respecto a la temática de *Muertes de perro* y *El fondo del vaso*, Amorós opina que

lo característico de Ayala, que él mismo ha señalado, es querer presentar el tema de la Dictadura hispanoamericana desde dentro, no desde el ámbito directamente político. Se trata otra vez de mostrar cómo unas circunstancias de poder muy duro, muy fuerte, de despotismo, provocan la corrupción de los hombres. En la primera novela, lo que vemos es el final de una dictadura. En la segunda, el comienzo de la – digamos– que sigue a dicha dictadura y no se sabe qué es peor, porque, naturalmente, el ambiente moral está envenenado por muchos años de un poder ejercido de forma despótica (Amorós, 1977: 25).

Como es posible apreciar a partir de la opinión del crítico, el poder de un gobernante es causa del envilecimiento de los gobernados. Esto forma parte de la visión limitada del poder como un monstruo frío que corrompe a todos y los unifica en un sistema en el que el libre albedrío o la capacidad de mejorar dentro de la desgracia no existieran. Es como si necesariamente todos aquellos que han pasado por una dictadura hubiesen perdido por esa causa arbitraria sus valores morales; la realidad de los diversos países que han vivido este tipo de régimen ha demostrado lo contrario. Hay una unión dinámica entre el tipo de gobierno y la moral, el poder central al que se refieren Ayala y Amorós sólo puede proporcionar daño moral: “las relaciones del poder público –afirma Ayala– se han presentado porque ofrecen, en su crudeza, un medio muy propicio para revelar ciertos rasgos ingratos de la condición humana” (Ayala, *apud* Amorós, 1977: 26). En suma, lo que interesa a Ayala es “la condición moral del hombre” (Amorós, 1977: 29).

Ildefonso Manuel Gil escribió que Ayala presentaba en sus textos la maldad o perversión humana, así como “la corrupción que está en la raíz de todo poder público” (1982: 6). La corrupción en *Muertes de perro*, es ejercida precisamente por el que critica, esto es, Pinedo recibe dinero de Olóriz, quien lo roba de las arcas públicas. H. A. Murena puso de manifiesto que

en cualquier página suya aparece un lenguaje en el que cada palabra muestra y preserva lo concreto y se yergue así como un bastión contra la mudez y la irrealidad con que crecientemente los poderes sociales y políticos de todo el mundo, repito, de todo el mundo sin distinciones, buscan degradarnos a quienes estamos bajo ellos (1965, Murena, *apud* Gil, 1982: 141).

Como sostiene Hiriart, Ayala hace patente la decadencia o destrucción de un “orden social de tipo patriarcalista” que culmina con la designación de tres personajes del pueblo como gobierno interino (Hiriart, 1972: 66). Esto es, el gobierno patriarcalista era bueno pero se vino abajo y por eso se produjo una ola de violencia que llegó a su punto más álgido de la mano de la gente del pueblo.

Más que una denuncia de la falta de las cualidades suficientes para ser merecedores de semejantes beneficios, lo que Ayala muestra es cómo los grupos sociales o de gobierno son conjuntos cerrados; asimismo la particular manera de accionar de la burocracia. Son grupos familiares en los que reposa el poder en *Muertes de perro*, como se analiza con detalle más adelante, puesto que incluso Pinedo critica severamente a los demás aunque pertenece a ellos, de ahí que sea él el portavoz de cierta clase social aunque en términos económicos no goce de las mismas prerrogativas que los Rosales o los Bocanegra, por ejemplo. Es el típico caso del resentido social que envidia a quienes tienen más poder adquisitivo y de movilidad que él.

Los diferentes aspectos del poder de Ayala coinciden en algunos puntos con los propuestos por Foucault. Ambos analizan –cada uno desde su particular postura– el poder en su macrofísica, es decir, la forma como se inserta dentro del gobierno, en el cual Ayala se extiende mucho más; al mismo tiempo dan cuenta de los micromecanismos con los que se sostiene la sociedad, aunque con una diferencia superlativa: el francés reflexiona profundamente en ellos, hace investigación

exhaustiva y pone sobre la mesa aspectos del poder que no habían sido vistos, mientras que Ayala sólo los expone en el plano literario sin tener conciencia cabal de ellos y más bien desde un plano moral o religioso. A continuación se verá cómo todos estos aspectos están presentes en la obra de creación ayaliana.

## 10.2 La usurpación

En *Muertes de perro*, siguiendo la línea crítica que ha prevalecido hasta ahora, podría considerarse que Bocanegra es un usurpador en tanto que se le califica también de dictador y tirano. Empero, la única vez que Ayala utiliza un derivado de la palabra usurpación no se refiere al Presidente sino a Olóriz y su Triunvirato: “al lado de lo que hoy *usurpa* irrisoriamente el nombre de gobierno, el gobierno de Antón Bocanegra hubiera merecido parangonarse con el Marco Aurelio” (MP: 123, las cursivas son mías, A.G.).

El concepto “usurpación” es aceptado por los críticos de Ayala y por los lectores como algo natural, y se afirma que sí, en efecto, en *Muertes de perro* Bocanegra y su esposa son unos usurpadores, lo mismo Tadeo Requena. José Lino Ruiz también puede serlo en *El fondo del vaso*. Dicha calificación responde a hecho de ocupar un lugar que se cree no les corresponde. La causa es que no eran dignos de estar en ese sitio, de convertirse en personas importantes dentro de la sociedad, en vivir en Palacio y con ciertas –o muchas– prerrogativas, de tener la posibilidad de decidir sobre los otros o mandar cumpliendo ciertas normas o saltándoselas. Y no eran dignos y merecedores porque no tenían las cualidades suficientes para el papel que se desempeñaban pues carecían de refinamiento, gracia, elegancia, buenos modales, gusto en el vestir, valores, provenir de buenas familias (con lo que esto pueda significar), hablar correctamente, tener estudios, ser moralmente irreprochables.

Porque esto es precisamente lo que se espera de los gobernantes o de la gente que ejerce algún tipo de poder a fin de que esos individuos puedan gozar de la aprobación general. No obstante, cabe reconocer que estas características se quedan en el ámbito de lo ideal, es lo que se desea, pero que lejos está de cumplirse al pie de la letra.



Además, forma parte del bagaje cultural considerar que la posesión del poder se traduzca de inmediato en exquisitez, como cuando la chica pobre llega al palacio y se transforma en princesa con vestido de buen gusto, bien peinada, con buenos modales, sin oler a ser humano. O el hombre que llegó al trono a fuerza de levantamientos y traiciones se convertirá de inmediato en alguien diferente. La imagen de los cuentos de hadas sigue presente en el imaginario colectivo como lo expone Janet Pérez cuando opina, a raíz de una comparación entre las dos novelas ayalianas y *Los usurpadores*:

Interesa el contraste entre dicha versión nueva del poder político [la dada en *Muertes de perro* y *El fondo del vaso*] con lo visto en *Los usurpadores*: contemplarlo sugiere una degeneración de la estirpe. Los que antes ostentaban el poder, heredado o arrancado de manos de quienes lo ejercían, poseían cierta aureola de grandeza más allá de su condición aristocrática y pese a su frecuente crueldad u otros defectos de carácter. Ni hay ni sugerencia de grandeza en los que llegan al poder –o lo disputan– en estas novelas contemporáneas, sino una gran vulgaridad, no redimida por la inteligencia, espiritualidad, virtudes ni talentos (Pérez, 2007: 55).

Cabe preguntarse en qué radica esa *grandeza*. Llama la atención este comentario porque El Hechizado huele a orines y tira baba; en “San Juan de Dios”, uno de los protagonistas es tan estúpido que provoca la amputación de sus propias manos; o está la figura del inquisidor que es incapaz de misericordia alguna hacia su propia hija; si la crueldad no es una falta de virtud, es difícil concebir cómo el inquisidor puede ser *grande*. Y continúa Pérez con su disertación:

acaso se explica por las diferencias que van de caballeros aristócratas, santos y reyes de la historia, desde la Edad Media hasta finales del siglo XVII, donde aparece el poder en su ‘estado puro’, para luego *bajar* a ciudadanos más bien mediocres del mediados del siglo XX (Pérez, 2007: 55, las cursivas son mías, AG.)

Como se ve, la concepción de lo que significa el poder hace caer en sus trampas a todo el mundo, y se espera, casi se exige, que los gobernantes sea cual sea su lugar en la jerarquía dentro de la cual formen parte, tengan esa *grandeza* inasible, que no

consiste, por lo visto ni en el uso de la inteligencia ni de ninguna cualidad positiva, ni tampoco puede decirse que lo sea física pues El Hechizado no era precisamente grato a la vista según la descripción de Ayala; se trata de algo imposible de definir con claridad y que está más en el imaginario colectivo que racionalizado.

Tiene que ver, quizás, con la concepción neoplatónica de la Belleza como camino hacia el Bien o con que se trate de aristócratas, santos y reyes, del poder en ‘estado puro’ aunque Pérez no aclare en qué consiste eso y en que “desciende”. Con toda certeza está vinculado con aquello que declaró Jacobo I en 1616 haciendo referencia al derecho divino dentro de la teoría política, que los reyes se sientan en el trono de Dios (Foucault, 2003: 90).

Esto es, al creer que el poder viene de las alturas celestiales, se hace un movimiento transpolar hacia la sociedad civil por lo que el poder se toma como algo que sólo está en las altas esferas sociales, intelectuales y los mediocres no tienen porqué detentarlo; se sigue la idea de que es algo para privilegiados no importa que Ayala se haya ocupado de demostrar que esos seres especiales, que sí poseerían en estos términos el derecho de gobernar sobre los otros, sean seres viles. Se borra de la memoria que hubo un tiempo en que la nobleza fue ignorante porque ni siquiera entendía latín, por ejemplo en Alemania, así que no se enteraba ni siquiera de las ordenanzas teológicas o reales (Foucault, 2003: 135). Se enfatiza la noción de poseer desde el nacimiento los dones suficientes para ser digno de acceder al poder, los cuales no es posible adquirirlos después, olvidando por completo que la historia ha dejado claro que los reyes se erigieron como tales mediante enfrentamientos de clanes que derivaron en guerras sin cuartel, que no hubo límites para el uso de artimañas de todo tipo que incluyeron el incesto –tan repudiado por la Iglesia cuando no se trataba de las familias en el poder–, la traición, el engaño, la hipocresía, el asesinato, la crueldad o la tortura, así como los ascensos ilegítimos al trono. Los reyes eran los primeros en quebrantar el pacto social fundamental y hacer valer su voluntad por encima de todos independientemente de las leyes o normas. La nobleza o los valores positivos –ideales– no son intrínsecos en la monarquía. Esto es lo que demuestra Ayala, precisamente, que los soberanos son a veces seres inútiles, malolientes, oligofrénicos, esa ha sido la realidad. Shakespeare en los siglos XVI y

XVII ya había centrado sus tragedias en el problema del usurpador y la destitución de los reyes; Racine ya mostró cómo el soberano se degrada en sus pasiones.

En términos históricos, hasta hace muy poco se llevan a cabo las sucesiones monárquicas en forma pacífica, sobre todo por el cambio del tipo de gobiernos, por lo tanto, dejar de lado la verdadera cara de los reyes es olvidar que la historia de tipo romano se aseguró el ocultamiento de que el nacimiento de los monarcas y sus leyes se debió al azar y la injusticia de las batallas. Además, sepultar contenidos históricos fidedignos implica caer en los “saberes sometidos”, es decir, aquellos saberes “enmascarados dentro de los conjuntos funcionales y sistemáticos” que sólo pueden reaparecer a través de la crítica (Foucault, 2003: 16-17). Esto es, se da muestra de cómo se juega el juego de la sumisión reproduciendo un patrón que impide utilizar la erudición para contribuir al saber, porque se está bajo el influjo de sistemas muy establecidos del discurso y de los que no se tiene conciencia o, en todo caso, se genera un saber con una determinada postura ideológica que deja de lado parte de la verdad. La sorpresa ante los mandatarios de Ayala es percatarse que los retrata con sus más reprobables actitudes, demostrando así que el discurso histórico al que estamos acostumbrados miente porque da una visión sesgada ya que las leyes engañan, los reyes se disfrazan, el poder genera una ilusión que los historiadores se encargan de mantener al hablar de sus victorias sin mencionar las derrotas que eso implicaron en otros. Tan es así que cuando Ayala hace este “desciframiento de una verdad sellada” en las figuras de El Doliente o El Hechizado, cuesta sobremanera considerar que los monarcas no eran una raza superior ni mejores y se habla de la falta de grandeza, es simplemente que se ha caído en el engaño que tramaron los propios gobernantes en su momento para ensalzarse, atribuyéndose dotes de legitimidad y resplandor, no importando que más tarde se desarrollara lo que Foucault denomina la contrahistoria, que daba cuenta de gobernantes y gobernados, los justos y los injustos, los pobres y los ricos, los poderosos y los déspotas (cfr. Foucault, 2003: 61-76). Cuesta caer en cuenta que los gobernantes son seres muchas veces infradotados. Esa grandeza permanece en el imaginario colectivo impregnando la vida cotidiana en sus detalles más triviales, de ahí que se explique cómo en *Muertes de perro* aun cuando Tadeo Requena ha sido enviado a la universidad y cuenta con un tutor, Pinedo opina que podrá poseer los conocimientos suficientes para ocupar su

puesto dentro de gobierno, pero nunca podrá acceder al bagaje cultural de Luis Rosales porque ni siquiera sabe apreciarlo y aunque fuera así, jamás será suyo tal cual lo describe con la siguiente metáfora:

Y cuando el otro le abre de par en par ante los ojos el cofre de sus tesoros culturales, ve en ese despliegue, no generosidad, sino un deseo de humillarlo, seguro como podía estar el doctor de que su educando, aunque hundiera, ansioso, ambas manos en el arca de tales joyas, siempre obtendría botín mezquino en comparación con lo que debía dejarse allí; y, para colmo, este pequeño botín tendría que ocultarlo todavía como si fuera robado, porque de cualquier manera tales adornos eran impropios de él, y se despegarían de su figura ( MP: 43).

Por un instante Pinedo reconoce que a pesar del corto periodo de instrucción de Tadeo, “el estilo de sus memorias evidencia, sin embargo, que su curiosidad, su interés, su aplicación y sus dotes rebasaban con mucho los límites de tan sumario aprendizaje” (MP: 47), no obstante, Tadeo era incapaz de confiar en su tutor y aprender ese saber estar que tenía Luis Rosales y a él le faltaba. No hay pues manera alguna de mejoría en el ser humano para la instancia narrativa, para él la universidad no da las herramientas suficientes; ni el trato con las personas indicadas llega a dotar del refinamiento suficiente, sólo la grandeza de nacimiento es la verdadera fuente. Esto significaría que ninguna persona sería capaz de obtener a lo largo de su vida aquello con lo que no nació, se le desconoce la posibilidad de lograr méritos propios, de cultivarse. Una postura sumamente egoísta y clasista dado que impide a los demás acceder a un estatus social más alto porque implica compartir lo que se tiene: poder, riquezas, bienestar.

Por lo tanto, tomándolo en este sentido, sí hay usurpadores en *Muertes de perro* porque el poder le correspondía a Lucas Rosales, porque tenía relieve social puesto que era un prominente hacendado, venía de una familia instruida capaz de costearse viajes de estudios al extranjero, vinculada al clero, no se ponía apelativos afines a la gente del pueblo y era un líder nato con sangre fría y buen estratega, de innegable hombría. Su figura recuerda la del señor feudal, antiguo delegado del soberano que se arroga cada vez más poder y convierte los territorios que administraba en su propiedad, sus privilegios son el beneficio claro de la usurpación.

Lucas es controlador de las vidas de sus campesinos sobre los que infundía gran temor más que respeto, el lugar natural para Lucas Rosales según el narrador y el ministro de España era la silla presidencial. Sin embargo, obtiene el puesto alguien que no lo merece. Esto responde a la creación artificial de aquellos que detentan el poder, dejando pasar datos históricos fehacientes sobre sus verdaderas personalidades; aquí se ensalza la de Lucas Rosales y se le atribuyen cualidades que originalmente no posee pero se confía en que son las adecuadas para gobernar a los demás simplemente porque ya tiene poder y representa la forma de ser que se considera apropiada, logrando con ello conservar los derechos de un grupo de por sí ya privilegiado.

Es la causa de que se desapruébe la preferencia de Bocanegra por las espuelas a la toga, el aguardiente del pueblo a los licores finos, que se haga llamar Padre de los Pelados en un ostentoso nexo filial con los menos favorecidos, que guste de estar en su compañía en lugar de disfrutar de la presencia de los empresarios o los académicos, se le reprocha lo malo que es para los negocios y que haya probado suerte en varios tipos diferentes de ellos sin ningún resultado favorable, que no tenga estudios suficientes de tal suerte que se le da un título académico honorario no más por ser presidente pero no por méritos propios, que haya hecho traer del pueblo a un supuesto hijo bastardo suyo en lugar de escoger a alguien mejor y más cercano, más preparado para ocuparse de la secretaría particular, que no se le vincula con la Iglesia, es capaz de estar en una ceremonia con la camisa abierta y sin guardar la compostura suficiente.

Bocanegra, además, se casa con una mujer que no pertenece a ninguna familia reconocida, muy al contrario, se trata de una mujer desdeñada por Lucas Rosales, esto es, un plato de segunda mesa como acostumbraba a denominarse en un discurso absolutamente machista. Y encima de todo, gana el poder gracias al apoyo de los pobres y no es ni elegante ni guapo ni tiene aureola divina. Es una afrenta a las reglas establecidas porque propone incluir en el poder al pueblo. Esto, sin embargo, no llega a ocurrir porque se trata de un ideal democrático sólo posible en el pasado romano, en *Muertes de perro* todos sucumben ante sus intereses personales.

Es claro, entonces, que también Tadeo sea un usurpador porque era un bueno para nada que vagaba por el pueblo, sin ningún precepto al que adherirse porque

tenía una madre sobrecargada por la maternidad y la necesidad de mantener a los hijos, además de un padre ausente. Y porque se convirtió en el fiel servidor de aquel que lo sacó de su pueblo donde no ocurría nada y no tenía agallas para reprocharle nada al Presidente. Se suma a esto haber accedido a una relación desagradable con la Primera Dama y acudir a sórdidas citas con espíritus que hicieron mella en su ánimo el cual, siendo representativo de la periferia, aunque se mostrara incrédulo, finalmente sucumbió a lo que no entendía o, en todo caso, al miedo ante lo sobrenatural.

Pero algo de mayor relevancia: Tadeo es un usurpador del poder de Pinedo. Como se verá, Pinedo vigila lo que pasa a su alrededor y se mantiene al tanto de lo que le interesa y cree que tiene todo bajo control, de ahí que le sorprenda desagradablemente darse cuenta de que alguien hizo algo que él no sabía y, sobre todo, hizo algo que él hace: escribir sobre lo que ocurría. Es éste el motivo por el cual recrimina tanto el estilo de Tadeo, porque escribir es una actividad que viene también dotada de una alcurnia dado que Pinedo proviene de una estirpe de escribas, como él mismo lo hace saber y no cualquiera debería acceder a ella. No Tadeo porque es un don nadie, porque es pobre, porque viene del pueblo, porque no tiene antepasados que legitimen su actividad, porque no es digno de, porque no es bueno ni grande ni majestuoso. Porque resulta que Tadeo, gracias a una educación muy rápida y poco cuidadosa, muy diferente de la que tuvo la voz narrativa, también se dedica a poner sobre el papel los acontecimientos de Palacio además de sus propios pensamientos y lo hace de una forma más ordenada y correcta que su censor.

No sólo la alfabetización sino el hecho de lograr soltura en el manejo de la lengua desencadenan el egoísmo en Pinedo, quien descalifica enormemente la incapacidad de los demás en el manejo de la pluma pero es incapaz de sentirse bien cuando alguien accede al saber si no literario por lo menos lingüístico. Como ya se ve, Pinedo también ataca el quehacer de los periodistas con los que se relaciona. De esta manera, la literatura sería un terreno acotado igual que el poder –en efecto, el discurso forma parte del poder– y se accede a ella sólo por esos méritos intangibles que menciona Janet Pérez.

Doña Concha es, a su vez, una usurpadora para Ayala pues le extiende a ella la condición perruna de su mascota y se le recriminan sus modos poco elegantes:

“Con verla bastaba: sus actitudes, su manera de mirar, su voz un poco ronca, sus risotadas sonoras, sus vestidos, su mera presencia, rezumaban liviandad” (MP: 108), dice la instancia narrativa. No era una reina, no tenía gracia ni compostura, a ella se le censura su infidelidad como si las reinas no tuviesen una larga tradición de amantes; de ella se espera pureza muy acorde a los preceptos religiosos fincados en una base ideológica de dominación, como sacado de la historia escrita durante la Edad Media que reproducía el modelo bíblico con sus objeciones morales y políticas al poder de los gobernantes.

Cortina es un usurpador para Pinedo porque obtuvo un ascenso inesperado sin tomar la precaución de contar con la venia de Malagarriga, aun cuando éste haya llegado a Ministro de la Guerra por sus contactos.

Esto es, todos aquellos que no descienden de una estirpe familiar que cubra un mínimo los estereotipos vinculados con la *grandeza* del poder, que provengan de las clases menos favorecidas se les considera sin los méritos suficientes para ocupar un puesto que implique tener la capacidad de mando sobre los otros o ejercer el poder de cualquier modo, son usurpadores de acuerdo a la visión ayaliana.

Es posible creer, como ya se ha visto, que quien ejerce de usurpador es Bocanegra puesto que atenta contra la propiedad de los Rosales, es decir, no cumple su papel como encargado del resguardo de la propiedad de los individuos sobre los que rige. Sin embargo, dado que la distribución de las riquezas adquiridas y naturales ya no está al alcance del ser humano como pudo haberlo estado en el siglo XVII, se ha incrementado el número de pobres y los bienes han ido a parar a unas pocas manos. Lucas Rosales representa a esos ricos y Bocanegra atenta contra él y lo que representa, pues se erige padre –y por lo tanto protector– de los “pelados”: “persona que no posee bienes o no tiene una posición económica o social apreciable” (Moliner, 2006). Pero un gobernante que se erige como tal con el respaldo de la gente del pueblo, difícilmente puede considerársele como usurpador. Y Lucas Rosales, por su parte, se opone impunemente a las reivindicaciones populares, esto es, no le importa lo que pide el pueblo, él lucha por mantener sus propiedades, sus campesinos a sus órdenes, su poder. Aun cuando podría parecer que se erigía como usurpador de las fuerzas populares, se le da trato de víctima y héroe.

Así pues, considerando los postulados de los teóricos, es claro que los usurpadores, en este caso, son Olóriz y el Triunvirato porque efectivamente no fueron instalados en el poder mediante los mecanismos legales que había pactado la sociedad de ese país centroamericano en la que había elecciones populares, según se ha visto ya. Y si se continúa con la diégesis, aunque en *El fondo del vaso* no se mencione el tipo de gobierno que impera en esa nación, es evidente que continúa siendo una democracia como ya lo era en tiempos de Bocanegra; esta forma de gobierno no siempre trae consigo “el milagro de la felicidad universal” que podría esperarse, advierte Ayala (1992: 57).

Por otra parte, es interesante notar que si la tiranía o la usurpación están basadas en el uso de la legislatura, no obstante, en *Muertes de perro* no se mencionan las leyes en este sentido. En el único momento en que se habla de ellas es cuando Bocanegra desea que Tadeo se convierta en Doctor en Leyes. Se precisa que el secretario tenga un título y se escoge para él, sin mencionar razones, ése. Evidentemente lo obtiene más por cuestiones burocráticas o políticas que por estudios. Esto es quizá sinónimo de la importancia de las leyes para el autor: no importa si se aprenden o no, no serán ejecutadas de todas formas a pesar de que, como afirma Locke, “las leyes no se hacen para sí mismas, sino para ser, mediante su ejecución, los lazos que sujetan a la sociedad y que mantienen en su lugar y función debidas a cada miembro del cuerpo político” (Locke, 2006:210).

Asimismo, extendiendo los postulados teóricos a *Los usurpadores*, en esta obra se dan diferentes tipos de usurpación, desde la que efectivamente tiene que ver con una cuestión gubernamental y legislativa y la que tiene que ver con la apropiación de la propiedad del otro. “El Doliente” es un ejemplo del primer caso pues los grandes señores son los que ejercen el poder pasando por encima del rey legítimo; sin embargo, es El Doliente mismo, Don Enrique, quien, a causa de sus fiebres, ha usurpado el lugar de su hermano de leche en el pecho y en lo que queda de mente de su madre, ya que el aya vieja y loca permanece al lado del monarca en lugar de estar al lado de su hijo legítimo; quien, a pesar de la pérdida, crece feliz. Esta segunda acepción de usurpación es la que está presente en el resto de los cuentos de *Los usurpadores*.



En *El fondo del vaso* la usurpación en los términos ayalianos no se da porque no se trata de un ascenso a ningún trono o a ningún puesto político con poder.

### 10.3 Religión

El lenguaje religioso católico se encuentra a lo largo de la novela desde las exclamaciones que incluyen a Dios hasta que Pinedo da indulgencia plenaria a Sobarbre por entregarle las memorias de Tadeo tras la muerte del secretario, o que la caída de Pancho Cortina tras erigirse como ángel vengador del Presidente es designio de la Divina Providencia, así como elementos fraseológicos relativos: “a santo de qué”, “alzarse con el santo”, “andar como alma en pena”, “entonces como ahora y siempre”, “el diablo se enredó en su propio rabo”, “Dios dirá”, entre otras utilizadas tanto por los personajes que corresponden al clero como de todos los demás, con excepción de los informes del ministro de España.

Por otra parte, cabe destacar que en la España franquista escribir era repetir la tradición católica y nacionalista, lo cual es sumamente evidente en el narrador de *Muertes de perro* y *El fondo del vaso*.

Tanto la suerte como la Providencia o la magia son lo que decide la vida y muerte de los personajes. Ellos son incapaces de voluntad propia, todo depende de designios superiores, sin importar de dónde provengan. El personaje, en tanto que trasunto de un ser humano, es un títere del destino y no puede modificarlo porque carece de la entereza suficiente; recordemos que no le responden ni el cuerpo ni el espíritu. Se encuentra en un estado de indefensión total que, en el caso de Tadeo y Concha, contrasta con el poder que tienen para con los demás, es decir, que sólo les sirve en tanto los otros pero no hacia sí mismos, pues no les es posible librarse de un poder proveniente de la magia, la suerte o el destino. Ayala escribe que la “debilidad es, por principio, la condición humana” (Ayala, 1989:322). Por ejemplo, Tadeo no es un casto, ni un beato, precisamente por eso no tiene la entereza de espíritu para enfrentar la prueba que le ofrecía el acercamiento con la Primera Dama, extendida hasta su participación en sesiones espiritistas realizadas para poner en contacto a Loreto con una presencia astral. El sincretismo es considerado común entre gente de toda clase social porque se trata de prácticas metafísicas que pueden lograr cosas

imposibles como comunicación con muertos, averiguar sobre el futuro u obtener curas milagrosas.

Se ratifica con esto que el poder en *Muertes de Perro* es un acto social y que los personajes se encuentran sometidos a los designios de algo superior de lo cual no pueden zafarse porque no tienen ni la materia ni el vigor suficientes o porque estos no les obedecen y reaccionan gracias a una naturaleza corrompida, continuando con las palabras de Ayala, que les domina y les lleva a pecar, entendido aquí el pecado precisamente como esa imposibilidad. El poder cuantitativo, considerado como capacidad para actuar, es inexistente en ellos.

La inteligencia o, por lo menos la capacidad de discernimiento entre bien y mal en que se supone radica el pecado original no sirve de nada, en realidad, para lograr una trascendencia ante los avatares de la vida. La inteligencia se usa, en todo caso, para obtener y detentar el poder, pero éste se emplea invariablemente mal porque representa también una prueba que, como la de Tadeo ante los requerimientos sexuales y espiritistas de doña Concha, no es posible superar. Es el mal necesario que afirma Ayala. A propósito, dice el autor a través de la viuda de Lucas Rosales: “el cultivo de la inteligencia sólo sirve para debilitar la voluntad” (MP: 163). Esto se contrapone con la imagen del intelectual o quizá sería éste el único que sí es capaz de tener una voluntad férrea.

La religiosidad, por su parte, no sólo de esta forma se plantea en *Muertes de perro*, sino que también en el plano institucional, hay personajes pertenecientes al clero como la abadesa Práxedes del Sagrado Corazón de María, superiora del Convento de Santa Rosa; el Arzobispo, don Antonio, cura de la iglesia de santa Rosa y capellán del convento; la monja Malagarriga, parienta lejana de Pinedo por parte de madre, quien le hace llegar a éste el cuaderno de María Elena y la correspondencia entre Práxedes y su prima en New York; y el grupo de monjas atacadas por los bandoleros.

Los personajes con alta jerarquía eclesiástica no descuellan por su caridad o bondad porque, como ya se apuntó, no obedecen a sus principios cristianos sino a una labor de conjunto. Cruel es la actitud de la monja Práxedes ante el encuentro sexual de María Elena, a quien nombra “mosquita muerta”, “perdida infame”, pecadora e indigna, provocadora de un escándalo, que lo que ha hecho se trata de

cosas que hieden, de un gatuperio; de tal suerte que echa a la chica del convento donde la había acogido. También califica que en su familia hay algo de demoniaco dado que Luis Rosales “añadió el suicidio a la traición” y que había un hermano retrasado, “tan marcado por la mano de Dios, con su imbecilidad congénita” (MP: 186). El Arzobispo media de forma egoísta durante el conflicto tras la muerte de Bocanegra pero “para restituir las aguas a su cauce, según versiones maliciosas, para llevarlas a su molino” (MP: 223). Los demás (el cura, las monjas) son sólo el eslabón más bajo de esa cadena jerárquica.

En *El fondo del vaso* en la escena en que Ruiz sabe que su esposa le ha sido infiel, lo narra en términos de la vida de Jesucristo, siendo él el *Ecce homo* por lo maltratado que es en la prisión y por ser calificado como un criminal, dice que recibe el lanzazo postrero con la confesión de Corina, mientras ella acude a él como arrepentida Magdalena solicitando su perdón (FV: 180-181).

Ayala indica que la religión forma parte del conocimiento de salvación y es, a su vez, productora de verdad, sin embargo se dio un cambio importante que la dejaba en un segundo plano priorizando la ciencia:

La religión, que había luchado con éxito contra las más atrevidas herejías, queda desconcertada ahora: los mejores espíritus de la época, que en otras anteriores se habían esforzado por la verdad dentro del sistema religioso, se sustraen a él, y, lo que es más significativo, la gente –la multitud incapaz de un profundo conocimiento religioso tanto como de un auténtico saber científico– comienza paulatinamente a *descreer* de la religión y a *creer* en la ciencia... (TS: 843).

Es la religión la que ofrece respuestas a la conciencia humana que la ciencia no puede suministrar, dice Ayala, de ahí su importancia.

Ha quedado dicho, entonces, que para Ayala el poder tanto es una usurpación como es consecuencia del pecado original. Ambas posturas se encuentran confirmadas en su obra. Con respecto a *Muertes de perro*, escribe:

Las circunstancias dentro de las cuales se inserta la vida de los personajes que pululan en la novela son, pues, las del poder personal arbitrario, y por lo demás muy diestro en el manejo de los resortes del mando, poder que terminará por desintegrarse en una orgía de ciega violencia. Y claro está que, sometidas a la prueba de tan duras condiciones, la

mayoría de las gentes asumen posturas quizá abominables, pero en todo caso, poco airosas, sacando cada cual a relucir lo peor de sí mismo (Ayala, 1972: 45).

Bocanegra había fracasado en los negocios cuando arriba al poder, esto es, no había sido capaz de hacerse una carrera como la tenían, por ejemplo, Lucas Rosales quien era terrateniente; Luis Rosales, quien se había dedicado al estudio; o el mismísimo Pinedo, que había estudiado Leyes. Bocanegra había ido a la universidad pero no obtuvo ningún título y no fue bueno para ninguno de los proyectos que emprendió, de ahí que no le quedó más salida que dedicarse a la política.

Bocanegra gana las elecciones a presidente y, precisamente por carecer de los méritos suficientes para ocupar ese puesto de tanta responsabilidad, como ya se vio en el apartado de la usurpación, lejos de pulirse al ser mandatario, se entrega al ejercicio del poder y peca. Es pecador, primero porque nació de la unión de un hombre y una mujer o la concupiscencia, como se le denomina también; segundo porque asume el poder y ya se dijo que el poder es sinónimo de pecado. Sus faltas son su gusto por los del pueblo, su alcoholismo, el mero hecho de mandar a sus inferiores, como cualquier otro gobernante del planeta. No tiene, en todo caso, la entereza suficiente como para enterarse lo que ocurría a sus espaldas, impedir la infidelidad, la traición o satisfacer a los terratenientes a los cuales molesta con sus modos y su presencia que no remiten a nada de lo que se esperaría de él siendo como era, descendiente de buena familia.

Tan malo era para todo que ni siquiera se aplicó a “rehacer tranquilamente su disipada fortuna” una vez que llegó a Palacio, como le parecería natural al español Camarasa; con esa conducta “defraudó a los suyos”, hacia quienes guardaba rencor y se dedicó a “consentirle todo a la chusma” (MP: 33). Esto es, Bocanegra reniega de su propia clase y adopta conductas que lo identifican con la llamada gentuza.

Pinedo le llama “Gran Mandón” porque sus deseos son órdenes, en específico cuando manda a Tadeo a la universidad y le pone un tutor, es decir, cuando le da la capacitación suficiente como para que ocupe el puesto que le tiene reservado.

Camarasa pronostica que el Presidente se volverá “dueño de un poder incontrastable”, faraónico y que la honestidad administrativa que había mantenido era porque convertiría “al Estado en finca propia” (MP 34). Sin embargo, no hay

tiempo para ello, en caso de que esa fuera la verdadera intención de Bocanegra, porque muere. La postura del español se justifica porque era normal que los ibéricos fueran al Nuevo Mundo a hacer fortuna, es decir, llegar al sitio donde está la riqueza y no tomarla por la buena o por la mala, era algo increíble, por eso su extrañamiento por la conducta de Bocanegra. Camarasa hace algo tan simple como valorar al Presidente como los de su condición. Es este personaje español quien cuestiona la legitimidad del orden vigente, al que considera injusto, situación previa a la revolución.

Tadeo peca también porque ejerce su poder sobre sus secretarías y asistentes, porque es el muro que detiene todo lo que llega al Presidente como cualquier otro secretario particular, porque está cerca del mandatario.

Doña Concha, porque no ha sido buena ni antes de llegar a ser la Primera Dama, porque muestra su cuerpo, porque le gusta el sexo con otro que no sea el marido, porque no es fina y ama a su mascota, ya no digamos por haber planeado el asesinato de su marido. Porque se le califica de “venial”, como si fuera un pecado menor, pero pecado al fin a su actitud censurable a pesar de los consejos o los castigos de mostrar los pechos. Recordemos que es a las mujeres a las que se les reprueba más cruelmente, en el universo ayaliano, el uso del cuerpo.

Lo es Olóriz porque usurpa el lugar del suplente de Bocanegra, porque es corrupto, porque ordena matar. Lo son por el mismo motivo los tres hombres que encarnan el Triunvirato. Y lo es Pinedo porque tiene poder sobre los textos de los otros y hace con ellos lo que desea además de ser un asesino y ser corrupto.

Nadie se salva en esta novela. Bajo esas premisas nadie se salvaría en el mundo pues todos los seres humanos de una u otra forma serían pecadores ya que para Ayala no existe el efecto purificador del bautismo.

#### 10.4 La confesión

A propósito y para ver cómo los mecanismos de poder en tanto productores de verdad están presentes en la obra de Ayala, me centraré primero en esa obligación dentro de Occidente tan común que se le considera no sólo inofensiva sino imprescindible bajo sus diversas caras, la confesión, “la tarea casi infinita, de decir,

de decirse a sí mismo y de decir a algún otro, lo más frecuentemente posible” (Foucault, 1998: 30), la cual tiene un doble efecto: “un impulso es dado al poder por su ejercicio mismo; una emoción recompensa el control vigilante y lo lleva más lejos; la intensidad de la confesión reactiva la curiosidad del interrogador, el placer descubierto fluye hacia el poder que lo ciñe” (Foucault, 1998: 59). En la confesión misma está la recompensa, de ahí que se niegue a desaparecer de la historia, desde que la Iglesia Católica la exigió en el IV Concilio de Letrán (1215), por lo menos una vez al año, en Pascuas, para los laicos, pues en ella se encuentran implícitos el placer y el poder, desde que ha sido erigida como un ritual mayor de la producción de verdad:

Placer de ejercer el poder que pregunta, vigila, acecha, espía, excava, palpa, saca a la luz; y del otro lado, placer que se enciende al tener que escapar de ese poder, al tener que huirlo, engañarlo o desnaturalizarlo. Poder que se deja invadir por el placer al que da caza; y frente a él, placer que se afirma en el placer de mostrarse, de escandalizar o resistir (Foucault, 1998: 60).

La confesión “expresión exhaustiva de un secreto individual” posee tres rasgos característicos en tanto ritual de discurso:

a) el sujeto que habla (o en su caso, escribe) coincide con el sujeto del enunciado: “Yo confieso ante Dios Padre Todopoderoso...”, dice el Credo; “Pero yo, pobre de mí, que jamás sentí el aguijón de tales deseos”, confiesa Pinedo; “Bueno; yo, por mí, ya hice mi parte, y ahora sólo me toca esperar”, escribe Tadeo Requena tras dar el veneno a Bocanegra; “el caso es que sigo escribiendo”, se asombra José Lino Ruiz, tras dejar atrás su proyecto reivindicativo de Bocanegra y empezar el recuento de sus acontecimientos;

b) la confesión se da en medio de una relación de poder pues existe por lo menos la presencia virtual de otro, “la instancia que requiere la confesión”, aclara Foucault, “la impone, la aprecia e interviene para juzgar, castigar, perdonar, consolar, reconciliar” (Foucault, 1998: 79). La confesión sólo puede completarse al ser recogida por otro. Puede ser alguien específico como los futuros lectores que planeaban tener Pinedo y José Lino o para un tribunal que puede ser eclesiástico, jurídico, familiar, divino, incluso la mera conciencia personal; alguien que escuchará

o leerá, del que interroga, del que no sabe y pasa a saber, situaciones todas que le otorgan al receptor poder sobre quien se confiesa pues no sólo tendrá la facultad de perdonar, condenar o absolver, sino de descifrar lo que dice: será el dueño de la verdad, “su función es hermenéutica” (Foucault, 1998: 85). Pero la confesión tiene otra cara, hacerla no significa adquirir el dominio de sí mismo –como era en la antigüedad grecorromana– y llegar con ello a verdad sino, por el contrario, “anclar aún mejor la dependencia con el otro” (Foucault, 2008b: 183). En el caso de la confesión de María Elena, ella escribe para que Dios la perdone; en esto está contenida la verdad, la cual “se autentifica gracias al obstáculo y las resistencias que ha tenido que vencer para formularse” (Foucault, 1998: 79), como escribir a pesar de encontrarse en un clima de violencia, a pesar de las obligaciones laborales, en medio de un estado emocional desfavorable como ocurre a los personajes ayalianos;

y c) en la confesión, en su sola enunciación “independientemente de sus consecuencias externas, produce en el que la articula modificaciones intrínsecas: lo torna inocente, lo redime, lo purifica, lo descarga de sus faltas, lo libera, le promete la salvación (Foucault, 1998: 79). Hablar salva o, al menos eso se cree. Además, “en Occidente, la sexualidad no es lo que callamos, no es lo que estamos obligados a callar, es lo que estamos obligados a confesar” (Foucault, 2001: 155). En el examen de sí misma queda en la superficie una verdad secreta, del alma, que será el elemento a través del cual se asegurará la obediencia. Entre las reglas sexuales, una de las principales faltas era la fornicación entre personas que no están ligadas por votos o matrimonio, de ahí que la infracción de la joven es grave. Siguiendo las reglas de la confesión, el sacerdote indaga para saber los detalles del suceso: pensamientos, sensaciones, con quién fornicó –esto es muy importante–. La narración de María Elena cumple al dedillo con los requisitos de una confesión en toda regla; dice ella sobre el párroco: “me torturó con preguntas que me forzaban a precisar cada uno de los detalles horribles [...] de modo que sentía las manos del desmañado cirujano hurgándome las entrañas” (MP: 176). Precisamente de eso se trata, de conocer lo que Foucault nombra como “anatomía de la voluptuosidad”, es decir, el uso del cuerpo con sus diferentes sensaciones, siguiendo “una especie de cartografía pecaminosa del cuerpo” (Foucault, 2001: 175).

A esto se suma que la concupiscencia comienza con la emoción corporal considerada como inducida por el demonio y que conlleva el problema del deseo unido al placer, el cual experimenta la mujer (cabe destacar que el placer es algo que no sucede en los encuentros entre Tadeo y doña Concha), he ahí, entonces, el verdadero pecado pues el cuerpo y su placer, para la religión católica, es el origen de todos los pecados por lo cual se le analiza exhaustivamente, se le vigila por medio de procedimientos refinados para lograr un examen completo. Foucault dice al respecto:

Hay toda una investidura del cuerpo por mecánicas de poder que procuran hacerlo a la vez dócil y útil. Hay una nueva anatomía política del cuerpo. Pues bien, si no miramos ya al ejército, los talleres, las escuelas primarias, etcétera, sino las técnicas de la penitencia, lo que se practicaba en los seminarios y los colegios derivados de ellas, vemos aparecer una investidura del cuerpo que no es la del cuerpo útil, no es una investidura hecha en el registro de las aptitudes, sino en el nivel del deseo y la decencia. Frente a la anatomía política del cuerpo, tenemos una fisiología moral de la carne (Foucault, 2001: 181).

Retomando la confesión, la verdadera confesión es la que se hace con un procedimiento ritual bien establecido: en un lugar determinado, a un sacerdote porque sólo a través de él, de su mirada, de su oído se constituye el poder eclesial; el ministro de la Iglesia callará, lo cual impulsa al mecanismo discursivo por parte del pecador.

Y llama la atención que la confesión de la diégesis no se hace en un templo a través del confesionario, sino en la propia casa de la chica, en el mismo diván donde había yacido con Tadeo. Esto quizá es un síntoma de que la moral no era la adecuada, pues se deja de lado el sitio establecido ex profeso para tal fin, sobre todo considerando que ese mueble apareció en el siglo XVI especialmente para la confesión de las mujeres (Foucault, 2001: 168).

La confesión son también las memorias, las propias con que Ayala ha dotado al mundo. Ayala, además de escribir sobre sí, gusta del narrador homodiegético, de ese yo que dice su verdad para sí o para que los demás la sepan, del personaje encontrándose consigo mismo. Es un proceso de individualización que se alcanza con la producción de una verdad interior, secreta y oculta y no por una verdad



reconocida, es la subjetivación del sujeto atado a redes de obediencia al cual se le extrae una verdad que se le impone. No es sólo la obligación de confesar, sino el decir unido al hecho de

pasar por el filtro del examen, el análisis y el discurso de la totalidad de la existencia. Todo lo que se dice, todo lo que se hace, debe pasar a través de ese esquema discursivo. Por otra parte, ese examen está inserto en una relación de autoridad, una relación de poder, que a la vez es muy estricta y muy exclusiva (Foucault, 2001: 184).

El texto correspondiente al personaje de María Elena, la hija de Luis Rosales, es el de una auto-explicación para comprender mejor su conducta pues ha mantenido un encuentro sexual con Tadeo y pierde su virginidad mientras su padre era velado; es decir, es una “confesión o clamor sin destino” (MP: 181) tras un pecado. Dice Ayala acerca de ella:

Ya en *Muertes de perro* está repetidamente preludiado ese encuentro de un personaje consigo mismo. Recuérdese, por ejemplo, la ‘confesión’ de María Elena en el capítulo XXII y, sobre todo, la escapada de Tadeo Requena en el XXV. Ese encuentro de cada cual consigo mismo en el secreto de su conciencia es el momento supremo de la moralidad (Ayala, 1996: 21).

La confesión posee, evidentemente, un fuerte cariz religioso propio de una persona criada en el catolicismo y que cuenta entre sus parientes con una tía monja. La suya es una confidencia en la que se menciona a su vez otra confesión previa ya hecha al cura, quien no reacciona como ella necesitaba: “Yo esperaba de su tribunal una reacción tremenda, adecuada al tamaño de mi infamia” (MP: 175). Su infamia ha sido el sexo, considerado tradicionalmente como pecado. La culpable se somete a la Inquisición, al juicio, de ahí la palabra *tribunal*, que utiliza de nuevo presidida de *santo*, y también *tortura*, pero la desazón es por la falta de rigor con que es recibida su falta por parte de su confesor, aunque también por confesar ante alguien desmoronado como ella. La carencia de un castigo acorde a la falta le lleva a escribir, como “mi ruin vida y pecados” de Teresa de Ávila, o como las confesiones autobiográficas dirigidas al público en general y que tenían como objetivo “servir de

ejemplo a evitar” (Gómez-Moriana, 1998: 176) A la vez, se sitúa ella misma ante sí, ante su propio “foro” para cuestionarse su falta de apoyo a su progenitor siguiendo el patrón de conducta establecido por su madre. Esta confesión, sin embargo, no está hecha a Dios, sino a su cuaderno a quien increpa por guardar lo que ella había escrito insulsamente antes, y le pide auxilio: “¡Ayúdame tú siquiera!” (MP: 174), le da tratamiento de persona al objeto al tiempo que le otorga una condición de superioridad.

Una vez más es un personaje que no pudo soportar una prueba, la cual, igual que Tadeo, es de índole sexual y también faltando al padre. Ella se siente como en una pesadilla de la cual desea despertarse y seguir virgen como antes. Lo que más asombra a la joven es que su confesor creía que el encuentro había sido con un desconocido, pero al darse cuenta que era Tadeo, aun cuando no mediase entre él y la chica ningún acercamiento previo salvo el de mirarse de lejos, el prelado le resta importancia diciendo que él no es un desconocido. Ella argumenta como falta haberse entregado a él sin resistencia alguna y el deseo de repetir el encuentro:

no consigo librarme de la idea de que así me hubiera entregado en cualquier momento, siempre, tan pronto como se le hubiera antojado a él; y –lo que es más aterrador aún– que igual volvería a hacerlo mañana, ahora mismo, no bien se presentara él y lo quisiera. ¡Esa soy yo, pues! Soy *eso* (MP: 177).

Entre sus faltas está también haber sido cruel con Tadeo, la ausencia de cariño hacia su padre, la irritación que él le provocaba, en fin, haberlo dejado solo y ser instrumento de su madre para lograr suprimir a Luis Rosales; pero sobre todo, María Elena se duele de su mayor falta: la carencia de arrepentimiento. Esta postura que denota el ejercicio de la sexualidad con placer es remarcada por Ayala no porque signifique el libre albedrío de una mujer que goza con su cuerpo sino todo lo contrario “el sexo es uno de los caminos por los que el ser humano se hunde en la nada” (Hiriart, 1982). En efecto, María Elena debería arrepentirse pues ha dejado que su parte animal se imponga sobre la espiritual pues “el cuerpo y la corporeidad en el hombre no deben ponerse al exclusivo servicio del goce que deriva de la naturaleza, sino en función de otras satisfacciones y disfrutes que derivan de la cultura y que constituyen su vida espiritual” (Vázquez Medel, 1999: 14).

Ante todo esto no hay un porqué, para ella es imposible saber la causa de su conducta pues “vivimos rodeados de misterio, lo sé; que el universo entero es impenetrable, y que sólo nos resta inclinarnos ante la grandeza divina” (MP: 181). Grandeza divina que se manifiesta de formas varias, como a través de la menstruación, sinónimo de algo reprobable, poniendo al cuerpo como cárcel del espíritu:

Recuerdo y no lo olvidaré jamás, el espanto que se apoderó de mí cuando, en los límites de la infancia todavía, la primera sangre, presentándose de improviso, vino a gritar en mi cuerpo una suciedad de la que yo, pobre criatura, ¿cómo iba a ser responsable? Pero el cuerpo, ya me había adoctrinado a despreciarlo, a desconfiarle, a avergonzarme de él. El cuerpo, con todas sus humillaciones cotidianas, era la pensión que nuestro Señor Jesucristo aceptó para mostrarnos mediante su ejemplo el camino y enseñarnos a conllevar la bestia sin detrimento del espíritu. Sí, el espíritu estaba ahí siempre, para salvar la situación. Pero ¿y cuando el espíritu, de pronto, se rebela también, se sale de casa, se escapa? ¿y si el espíritu resulta ser también un animal cimarrón, que te desconoce, y no obedece a tus llamadas, y te mira, burlesco y extraño, sin ponerse más al alcance de tu mano? (MP: 182)

En este párrafo pareciera resumirse la ideología ayaliana en torno a la religión, a la incapacidad ante los mandatos corporales, los cuales dañan el espíritu. El cuerpo y sus deseos es la gran experiencia que se debe pasar y que no logran aprobar ni Tadeo ni María Elena, la postura del autor es acorde a la tradición de considerar el sexo como motivo de examen, vigilancia, transformación en discurso junto con su reprobación. El cuerpo es dicho a través de exacerbación, se le incita al placer tanto como se le censura, ahí están Concha con el exhibicionismo de sus atributos o Bocanegra con su alcoholismo. Es un círculo vicioso pues tanto el cuerpo como el espíritu parecen tener voluntad propia y aun cuando se esperara que el último mandase sobre el primero, no es así. Se espera eso como parte de una estrategia de poder. Entonces el ser humano se vuelve ajeno a sí mismo y pierde el rumbo como parte de la condición humana que preocupa a Ayala como ya apuntó Chicharro:

El escritor granadino ha venido practicando una crítica de valores, una crítica que [...] pretende intervenir socialmente a través de una determinada orientación de los lectores, una crítica deudora de esa preocupación esencial suya acerca de la condición humana y, por lo tanto, efecto de esa necesidad de moralización subsiguiente que nuestro escritor considera prioritaria (Chicharro, 2002: 242).

Ayala es una parte del mecanismo de la producción de discurso pues escribe sobre la moral, sobre lo bueno y lo malo. Por su parte, la relación que Tadeo mantiene con doña Concha también es motivo de honda reflexión y tiene su matiz religioso que lo impele a continuar escribiendo sus memorias “casi por penitencia, como esos trabajos que se cumplen con la intención de salvar el alma” (MP: 190); y lo que le ocurre “penoso me resulta confesármelo” (MP: 190) es que una mujer “está pudiendo” con él. Esto significa que a pesar de que la detesta dice que

es quizás su impavidez lo que me impone, si insensatez misma lo que me subyuga. Desde el comienzo supe siempre demasiado bien que tendría que defenderme de ella; y sin embargo, consigue arrástrame, aunque luego me desespero a solas de haber terminado por acceder a lo que no quiero, ni me interesa ni me conviene (MP: 191).

Tadeo ha cedido a tener “trato íntimo y acceso carnal” con doña Concha porque aun cuando estaba dispuesto a humillar a “la muy grandísima” decide “aprender de la Historia, que es –tanto más, la Sagrada– maestra de la vida; y no siendo, como no lo soy, ningún casto José, tampoco me convenía sufrir la suerte de aquel santo varón” (MP: 192). He aquí una contradicción entre lo que se puede aprender de la Biblia y no seguir el ejemplo de lo que ahí se menciona, pues de nada le sirve a Tadeo saber sobre José pues esto simplemente le sirve para no desear ser como el santo justo cuando es lo que necesita para evitar la tentación.

Hasta aquí queda mostrada la parte del que se confiesa; pero para que la confesión tenga sentido hace falta la presencia de aquél que leyó y descubrió los textos que la contenían, el que la dijo, la desenmascaró y la volvió discurso verdadero. Esto deberá analizarse más allá del modelo propuesto por el derecho que

es el del poder como ley o prohibición, porque el derecho no describe el poder; sino en la relación de fuerzas entre actores o situaciones, instruye Foucault (2007:172).

Las anotaciones en su cuaderno tienen como objetivo para María Elena auto descubrirse, saber su verdad “para detestarme hasta el fondo” porque es una desconocida para sí misma, “una extraña, de cuya presencia, de cuya existencia, no tenía la menor sospecha, y que se ha revelado de pronto, incomprensiblemente, dentro de mí (MP: 177). Se ha revelado para ella, y para el lector principalmente, como una mujer con defectos, con desamor, con prejuicios, pero también con deseo sexual.

La voz narrativa opina sobre el texto de María Elena doliéndose de que la niña descubrió el Pecado Original, así, con mayúsculas, y padece la “indigestión de la famosa manzana del Paraíso” (MP: 184). No queda claro si se refiere al discernimiento entre el bien y el mal o a la connotación sexual que también se le atribuye a dicho yerro o si lo uno implica lo otro. El padre Antonio, con quien se confiesa María Elena, reacciona solicitando los pormenores del encuentro a través de un interrogatorio que le fue útil al prelado para “con ayuda de los detalles más odiosamente concretos”, encajar lo inverosímil en la realidad (MP: 176). La reacción del sacerdote es exactamente la que menciona Foucault (1998: 29) como regla en los manuales para confesores: todo deber ser dicho: los diferentes aspectos, las correlaciones, los efectos, todo, pues a través de su mención conjuga la mecánica del cuerpo con la complacencia del espíritu. La inquisición es un tormento al que el sacerdote somete a María Elena para arrancarle la verdad:

Quiso saber quién había sido el miserable (la indignación no le permitió abstenerse del calificativo desde su santo tribunal); y cuando se lo hube dicho, cuando nombré a Tadeo, su reacción, aun en momentos tan penosos, no puede evitar que me produjera una débil sonrisa. –Pero Tadeo no es ningún desconocido –protestó–. Habías dicho que fue un desconocido... (MP: 176).

Había una mentira de por medio pues en un primer momento ella no dijo el nombre de Tadeo, es gracias al interrogatorio pertinaz como el padre llega a la verdad. Una vez obtenido lo propuesto, el sacerdote no impone más penitencia que rezar mucho, no lo que la chica esperaba acorde a su falta, por el simple hecho de que no fue un

extraño, el hombre con el cual María Elena tiene sexo es alguien importante, figura en el poder y del poder, alguien conocido por todos, al menos por él y por ella. La falta mayor es compartir el cuerpo con alguien del que no se sabe su identidad, el anonimato impide nombrar, la confesión no sería completa sin la acusación de alguien más.

Por otra parte, la confesión conlleva el castigo o penitencia, para eso aparecieron por un lado el purgatorio y un sistema de pena modulado así como las indulgencias que a través de condiciones económicas o de otro tipo podían atenuar las penas establecidas. Esto simbolizó la penetración del modelo judicial en la iglesia.

Por su parte, la confesión está ligada a una regla de silencio: los confesores deben olvidar lo escuchado. Sin embargo, dicha norma se rompe con la abadesa quien se lo cuenta a su prima; a la vez se rompe con Pinedo porque transcribe la confesión –tal vez eso sea pecado–, así, se borra por completo el secreto.

La abadesa, al descubrir el diario de María Elena, escribe a su pariente sobre el asunto: la chica es una mosquita muerta, “nos tenía engañados a todos y ha resultado ser una pérdida infame” (MP: 185). Cuesta creerlo, pero la monja tiene en su poder las pruebas: su declaración escrita de su puño y letra. Como la confesión inquisitorial. La abadesa lleva a cabo también su labor de vigilancia: “cumpliendo con mi deber, le había secuestrado [el cuaderno]” (MP: 186), registró sus objetos personales en cuanto se enteró de que la joven se pasaba el tiempo escribiendo. Las otras monjas delatan a la infractora, tienen la posibilidad de hacerlo y lo hacen, es la vivificación de cómo hasta los últimos eslabones de una cadena tienen autoridad; esas monjas vigilan y delatan, son el poder de abajo, puesto que tienen otra perspectiva del elemento a vigilar, muy diferente de la que viene de arriba, más cotidiana, más cercana a los deseos del observado; “el poder disciplinario es un poder que funciona en red y cuya visibilidad sólo radica en la docilidad y la sumisión de aquellos sobre quienes se ejerce en silencio” (Foucault, 2005b: 34). A su vez, estas monjas vigilantes fingen renunciar a su voluntad autónoma remitiéndose a la autoridad del reglamento o de su superiora, informando de todo (Foucault, 2005b: 17-18). El poder no implica que el de más alto rango en la jerarquía realice toda la labor, en ella colaboran los elementos más pequeños a través de una multiplicidad,

una dispersión de jerarquías, incluso una disposición táctica de individuos colocados en sitios determinados y con funciones específicas también que permiten el ejercicio del poder. La abadesa y sus monjas son la representación de los mecanismos de control, cómo no se necesita de grandes aparatos de Estado para llevar a cabo la vigilancia, en este caso de la sexualidad, sino que son dentro de los entornos inmediatos como la familia o los profesores y su interés no radicaba, aclara Foucault, en la prohibición, sino de los procedimientos mismos de la exclusión los que constituyen la micromecánica del poder (Foucault, 2003: 36).

La carta de Práxedes es a su vez una confesión ante su pariente, pues ella misma ha obrado mal al llevar a María Elena al convento y dejar que las inocentes monjas convivieran con ella, que no era pura; ha expuesto a sus discípulas a la contaminación del pecado; “hubiera debido yo, dice la abadesa, y me acuso de no haberlo hecho, considerar los antecedentes familiares” (MP: 186). El verdadero castigo para María Elena es el que le impone la abadesa, pero no se trata de una penitencia sino de un castigo civil pues tras el encierro en el convento se le expulsa como en su momento se expulsó a los indeseables para la ciudad.

Tadeo Requena comienza sus memorias como un entretenimiento pero finalmente tiene que confesar la verdad, son precisamente estas palabras las que emplea Ayala en su personaje: “La verdad es que no acierto a ver claro, ni consigo imaginarme cuál podrá ser la salida de este laberinto. Lo único seguro –penoso me resulta confesármelo, pero ¿a qué engañarse?–, lo único seguro es que esa mujer está pudiendo conmigo” (MP: 190). La suya es una situación de imposición, de subyugamiento, sobre todo en el plano sexual pues él acaba siempre por acceder a lo que no desea, no le interesa ni le conviene.

En 1968 Ayala otorgó una entrevista al crítico Andrés Amorós y en ella expuso:

abunda el erotismo en mis obras narrativas y que está quizá más acentuado en las recientes. Los ejes sobre los que gira son aquellos dos fundamentales móviles que, apoyado maliciosamente en la autoridad de Aristóteles, atribuye el Arcipreste de Hita a la conducta humana: mantención y fembra placentera. Esos dos móviles operan descarnadamente en mis novelas, combinados entre sí y por cierto bajo las manifestaciones más crudas del poder y la sexualidad (en Ayala, 1972: 45).

Sí, están presentes, pero obedecen a la forma como se les ha venido nombrando a partir del siglo XVIII cuando se prefirió abandonar los códigos explícitos a la hora de hablar de sexo, no es que se haya reprimido su mención, al contrario, se multiplicaron los discursos sobre él (Foucault, 1998: 27), lo que cambió fue la forma de nombrarlo.

María Elena “entrega” su cuerpo, desea ser “virgen” como antes, habla de la hora de su caída, de “las primeras caricias, tan suaves en su persuasiva energía, a los manejos insolentes y brutales”, del placer que obtuvo en los siguientes términos: “me abandoné con la delicia que debe experimentar quien, agotado, se entrega por fin a las aguas, o quien, habiendo perdido sus últimos refugios, se reconcilia con la muerte y aguarda sin moverse el zarpazo del tigre que se dispone a devorarlo” (MP: 182). No hay nada explícito, pero se entiende de lo que se trata.

Tadeo Requena, el otro personaje involucrado sexualmente, se refiere a su relación con doña Concha como algo indecoroso, infame, que lo deprime mucho porque la mujer lo provoca y él supone que ella espera que él la siga como perro faldero. Se propone humillarla, es decir, negarse a sus requerimientos, sin embargo, tras una reflexión, él decide aprovecharse de la situación y es por lo que termina sintiéndose mal aun cuando no es humillado. Es una auténtica lucha de fuerzas donde, sin duda, hay placer de por medio en ambas partes y un equilibrio: “no conseguí domesticarme nunca, pero mentiría si me jactase de haberla dominado yo a ella” (MP: 192). Cabe recordar con Foucault que “la sexualidad no es fundamentalmente lo que teme el poder, sino más bien el instrumento por el que éste se ejerce” (2007: 165), es decir, la práctica sexual fuera del matrimonio como la que realizan Tadeo, María Elena y doña Concha es sumamente común pero va en contra de las normas establecidas para no afectar la dedicación plena al trabajo,

y la causa del sexo –de su libertad, pero también del conocimiento que de él se adquiere y del derecho que se tiene a hablar de él– con toda legitimidad se encuentra enlazada con el honor de una causa política: también el sexo se inscribe en el porvenir (Foucault, 1998: 13).



Por lo tanto, estas variantes de relación no se reprimen, sino que son precisamente de las que más se habla, de las que se escribe, en las que se piensa; son el motivo de la predicación, dice Foucault, “el enunciado de la opresión y la forma de la predicación se remiten el uno a la otra; recíprocamente se refuerzan” (1998: 16).

Regresando a la confesión de Tadeo, hay algo más, lo que en grado sumo molesta al secretario son las sesiones espiritistas a las que es arrastrado por doña Concha, las cuales primero le parecen payasadas hasta que él se ve envuelto en ellas pues es el destinatario de las admoniciones y encomiendas del espíritu del senador Lucas Rosales, hechas a través de una médium. Si bien la presencia de las médiums y las sesiones espiritistas fueron masificadas en el siglo XX y a pesar de que Palmés<sup>38</sup> afirma en su libro *Metapsíquica y espiritismo* que la Iglesia no se pronunció oficialmente ni hablando ni por escrito sobre la autenticidad o no de los hechos del espiritismo porque no valía la pena (Palmés, 1950: 565), pues se trataba sólo de una práctica más de las que han ido apareciendo a lo largo de los tiempos, sí hubo un comunicado de la Santa Sede, la Carta Encíclica que la Congregación del Santo Oficio dirigió a los Obispos el 4 de agosto de 1856 sobre la práctica supersticiosa e ilícita del magnetismo de evocar las almas de los difuntos, igual como lo hacían los espiritistas.

Hubo otro documento que se refería al espiritismo, durante la sesión plenaria del 24 de abril de 1917, se preguntó si era lícito asistir a sesiones espiritistas, el papa Benedicto XV contestó dos días después que no lo era, según quedó registrado en el acta IX, con fecha 27 del mismo mes.

El rechazo de Tadeo a las prácticas de la ectoplasmia lo convierten en contrario a la Iglesia, de ahí que deba decir su verdad acerca de lo que le ocurrió. Y a esa desobediencia se suma su complicidad en el asesinato del Presidente por la mera imposibilidad de desobedecer a la mujer, así como el magnicidio como una forma de salvación por el adulterio.

Pero no termina ahí su significación, para Ayala el espiritismo es una falsa manera de acceder al conocimiento de salvación; toda vez que la conciencia tiene necesidad de respuestas pero la ciencia no es capaz de suministrar saberes al respecto

---

<sup>38</sup> Fernando María. Palmés, sacerdote jesuita, decano y profesor de Psicología en la Facultad filosófica de la Compañía de Jesús en San Cugat del Vallés (Barcelona), Director General de la Fundación Balmesiana<sup>38</sup>, codirector de “Pensamiento”.

y la religión ha dejado de ser respetada, se recurre a prácticas de deleznable contenido espiritual (TS: 850).

Pinedo, la contraparte de la confesión, reprueba desde el estilo con que está escrita como que se ríe de lo que le acontece al secretario. Es el historiador, mediante su trabajo meticuloso, quien se entera de la verdad de los hechos, de cómo ocurre el asesinato, de los líos de alcoba que se sospechaban, más los pormenores de la vida en Palacio. Es él quien preparará el libro que “servirá de admonición a las generaciones venideras” (MP: 12).

En cuanto a los términos en que se da el discurso sexual, Tadeo no explicita, sus términos son “brutales”: “me enseñó hasta la intemerata”, palabra que aunque viene del latín *intemerāta*, y significa “no manchada” o “no contaminada”, el uso vulgar le ha dado la acepción de que algo ha llegado a lo sumo. La ambigüedad del término es característica de Ayala. Se trata, evidentemente del primer significado, por lo tanto, de una ironía. También dice que la mujer le echó mano a salva sea la parte y que más tarde “nos entendimos”. La instancia narrativa, que se erige como principal y primer receptor de la confesión de Tadeo se refiere al encuentro como “tener trato íntimo y carnal”; “no reproduciré en sus propios términos la página, aun cuando para mí resulta muy sabrosa, y tanto más divertida por el contraste de lo que cuenta con el tono pesaroso y enfurruñado del relato”; la Primera Dama vuelca “el desbordante contenido de su generoso escote” (MP: 191).

Pinedo glosa los hechos, los documentos, las charlas, para decir la verdad, para “desengaño de la pura verdad”, para descubrir secretos al mundo (MP: 16). Habla tanto de sí mismo, de su condición, de cómo realiza sus funciones, de cómo obtiene los papeles, de cómo logra extraer lo que precisa saber de una conversación, de sus ejercicios de manipulación, de conseguir burlar guardias. Da cuenta de sus sentimientos bajos, del desprecio que siente por los otros, de su labor de testigo mudo, de su labor autoimpuesta y poderosa de “observar, inquirir, enterarme, averiguarlo todo”. Pinedo no es un policía pero se comporta como tal; nadie le ha dado la tarea de cumplir con esa parte, pero legítimo por provenir de una familia de escribas, como él mismo se denomina, por lo cual le corresponde la sedentaria tarea de vigilante y productor de discurso porque vive en un país donde todo se olvida, lo bueno y lo malo y se precisa dejarlo por escrito. Porque ya no se sabe si se debe

enaltecer o difamar al Presidente. Pinedo sería la voz delatora, quien contaría los oscuros secretos de lo que acontecía en Palacio y en torno al mundo de los gobernantes.

Sin embargo, Pinedo no sólo escribe su verdad para dejarla a los otros, sino que también es llamado a confesar por el poder. Cuando Olóriz, autor intelectual de los desmanes del Triunvirato, se entera de que Pinedo ha recibido ciertos papeles del despacho de Tadeo, se apresta a interrogar al historiador, quien no tiene más remedio que confesar que se dedica a compilar documentos para escribir un libro, que había recibido las memorias del secretario junto con sus ahorros. Le dijo la verdad al anciano, le prometió entregarle el dinero y el manuscrito para descargar su conciencia y “que él dispusiera”. Sin embargo, no lo hace y opta por asesinarlo. El depositario de su confesión entra en la dilatada cadena de ejercicio de poder mediante el interrogatorio. Gracias a él, Pinedo es uno más y no el depositario final de la diégesis, ya que éste será “la ciudad y el país entero” cuando se entere, por fin, mediante el libro de quién los ha liberado en realidad.

Foucault sostiene que la sexualidad conllevó un cambio que lejos de reprimirla o negarla, suscitó hablar de ella con prodigalidad, a esto contribuyó con mucho la Iglesia Católica a través de la confesión; como consecuencia, suministró información que no se tenía y contribuyó al ordenamiento de la sociedad, el control de los individuos, las conductas y la población dio herramientas para incidir en la biología del cuerpo preservando la vida a través de normas de higiene, por ejemplo. Proporcionar la verdad es proporcionar libertad y bienestar. Los discursos cambian constantemente, los mecanismos de poder han servido a la larga para un fin positivo: saber.

En *El fondo del vaso* quien confiesa es Corina, lo hace ante su marido porque fue infiel. Pero es Ruiz quien inventa un monólogo que podría haber dicho la mujer y en él ella dice que debe confesar para aliviar su conciencia, que merece un castigo “aún más que él mismo, pues una mujer está obligada siempre a mayores miramientos” (FV: 210), y anhela el perdón de su esposo.

Ruiz continúa con sus disertaciones interiores sobre el tema y hace saber que dice que “las mujeres ponen su vanidad a veces en eso de cumplir sacrificios sublimes” (FV: 213), en otras palabras, la penitencia se convierte en afectación.

Aunque reconoce que ella pecó por culpa de él, para castigarlo y vengarse, por eso él es culpable de la caída de ella FV: 217). Ella clamó por su perdón, pero él se lo negó y se arrepiente de ello.

### 10.5 Razas

Es en *El fondo del vaso* donde se establece con mayor concreción el discurso de la lucha de razas ya existente en *Muertes de perro*, recordemos que en esta última hay algunos comentarios de Pinedo sobre el origen mulato de Tadeo.

En la segunda novela ese tipo de discurso es mucho más evidente por tratarse de las palabras de José Lino Ruiz hacia Cándida, a la que supuestamente ama, es un discurso de poder del blanco sobre la nativa; se refiere a la mujer enfatizando su condición de india y sus características físicas diferentes, así como la pobreza intrínsecamente relacionada con los indígenas. La describe como la muy ladina (FV: 63), que tiene ojos achinados<sup>39</sup> (FV: 64), chinita<sup>40</sup> taimada (FV: 105), ojuchos (FV: 113), cara achinada (FV: 113), o

campesina aindiada –pues no otra cosa es ella, y lo sigue siendo pese a sus pretensiones actuales, a los zapatos altos de satín y al perfume francés, *Séduction*, que me complazco en hacerle usar, aunque no en las cantidades groseras que se echa–, esta indiecita [...] ¡Astucias de chinita! [...] me larga un guantazo que si bien no me dolió mucho, por lo inesperado me dejó atónito: como si de pronto me mordiera mi propio perro. [...] Por supuesto, los perros nunca son tan ingratos como esta gente. Si se piensa que no era sino una piojosa muerta de hambre cuando, medio escondiéndose tras de su padre, se acercaron a pedirme trabajo –de sirvienta, señor; aunque sea de sirvienta– a las puertas del negocio –casi descalza, con un vestiducho de percal violeta muy planchado pero desteñido, y su cintita amarilla trenzada en el pelo, que me parece estarla viendo todavía–, y se la contempla ahora hecha una princesa, tan cambiada que hasta su nombre payo de Candelaria se ha transformado en el dulcísimo apelativo de Candy (FV: 46).

<sup>39</sup> Alargados, como los de los orientales. Muestra de diferencia de aspecto.

<sup>40</sup> En América del Sur se aplica a los indios y a los mestizos, también tiene la connotación de sirvienta, criada o amante

Indudablemente es la ejemplificación de un discurso de poder que es en su esencia un principio de segregación, incluso de eliminación o de normalización, no en vano el hombre se apresta a cambiarle el aspecto inmediatamente introduciéndola en los cánones establecidos por su sociedad, a fin de librar a ésta de los peligros que atentan contra el conservadurismo; esto es, en suma,

el discurso de un combate que no debe librarse entre dos razas, sino a partir de una raza dada como la verdadera y la única, la que posee el poder y es titular de la norma, contra los que se desvían de ella, contra los que constituyen otros tantos peligros para el patrimonio biológico (Foucault, 2003: 59).

Es el de dos grupos que a pesar de vivir en el mismo espacio territorial se ven separados por las disimetrías de sus costumbres así como sus derechos, la distribución de las fortunas y el modo de ejercer el poder.

No sólo utiliza este patrón de conducta con ella sino que lo extiende al padre de la chica cuando éste tuvo un encuentro con Corina: “jamás puede uno estar seguro de nada, y menos con estas gentes” (FV: 62).

De igual forma el comerciante hace un comentario discriminatorio de una de las participantes del concurso de belleza: “por mí, cualquiera antes que esa mulatica desvergonzada” (FV: 82). En especial en ese capítulo 3, titulado sarcásticamente “Las bellezas”, Ruiz se recrea en la degradación del género femenino. Son flores ajadas a la espera de ser escogidas por unos cuantos a los que se les ha investido de reconocimiento social por su influencia en la economía y los medios. Ponen ellas su vida y sus cuerpos a merced de los otros para obtener el más estéril de los premios.

La manera como el narrador trata a las mujeres hace que queden colocadas en una situación de extrañamiento para los hombres, ellas también son la representación de que la esencia de la raza verdadera ya no es sólo la correspondiente a una situación geográfica o cultural específicas sino que es la masculina; deja claro que ellas no son titulares de la norma, y el poder que ejercen además de los límites naturales se ve disminuido por el de los varones. Se pide de ellas que sean agraciadas, posean “simpatía y arrastre, desparpajo para presentarse, despejo en su trato con los periodistas y, sobre todo, una personalidad popular”, nueva pero no desconocida, “una artista” (FV: 82). Gana el título una “rubia cursilona” que es

“poetisa”. En estas dos novelas de Ayala esta es la única mujer que se dedica a las letras pero no tiene el mismo estatus que los varones, incluso hay más benevolencia con Ruiz que aprende a escribir que con esta chica porque lo suyo son “increíbles poesías” escrito esto con un tono de máxima ironía (FV: 83).

El poder que las mujeres intentan ejercer es dentro del hogar y a través de los únicos medios a que tienen alcance como las lágrimas, los reproches y las escenas dramáticas pero que no les sirven de nada.

## 10.6 Vigilar

El poder, lejos de ser un monstruo, es una forma de convivencia.

Pinedo es un vigilante. El historiador carece de movilidad suficiente, debe estar en estado estático la mayor parte del tiempo dada su parálisis. Por eso se convierte en el vigilante perfecto. Lo suyo es “observar, inquirir, enterarme, averiguarlo todo” (MP: 8) además de hacer acopio de documentos. “Pocas son las cosas que se escapan a mi observación en esta desconocida Atenas del trópico americano”, es decir, del país en general (MP: 17), y continúa su disertación que demuestra la conciencia de su papel:

Reducido por mi enfermedad al mero papel de espectador, desde mi butaca veo, percibo y capto lo que a otros, casi a todos, pasa inadvertido. Son las compensaciones que la perspectiva del sillón de ruedas ofrece al tullido. ¿Se imagina a un ratón que, asomado a su agujero, o a un canario en su jaula, pudiera tomar nota de cuanto, descuidadas hacen y dicen las gentes? Quieto en un ángulo del café, mientras los demás van y vienen, o instalado acaso tras los jugadores de billar que, al inclinarse para perfilar con esmero sus carambolas, me muestran el fondillo de sus pantalones, he corrido yo más mundo, y más cosas he visto, que otros apurándose, desalados, de un lado a otro (MP: 17).

Observar sin llamar la atención le proporciona información valiosísima. No tiene otra actividad en qué ocuparse dada su condición, a la que se suma la particularidad de pertenecer a una familia de escribas, es decir, ser poseedor del *habitus* necesario, en términos de Bourdieu, para desempeñar la función de consignar por escrito todo

aquello de lo que se entera; no obstante, su quehacer de historiador lo coloca en una situación de extrañamiento por parte de sus conciudadanos, razón suficiente para soñar infantilmente con castigarlos cuando su nombre se haga ilustre por el mero hecho de acumular documentos en los que nadie repara.

Como tiene los nexos suficientes y la fama necesaria de alguien dedicado a leer y escribir tanto por méritos propios como por su capital familiar, ya que sus antepasados fueron “gala y prestigio de esta tierra” (MP: 12), Pinedo logra que lo dejen entrar en la Embajada de España para hurgar en los archivos y recibe por mediación de una pariente lejana los registros de la abadesa del Convento de Santa Rosa.

Dada su formación y su tradición familiar, Pinedo reconoce la importancia de la memoria histórica y se sitúa por encima de sus compatriotas al tener clara la situación global y la conveniencia de dejar constancia de los sucesos en una época de crisis, razón suficiente para que se considere superior moralmente a los demás, pues ante el mero borrador de lo que espera sea un libro, ya se ilusiona y autoelogia porque la suya será una “obra grandiosa” (MP: 10) que lo mismo impartirá justicia histórica como servirá de “admonición a las generaciones venideras y permanente guía a este pueblo degenerado” (MP: 12).

Pinedo vigila desde tres puntos básicos: desde el Gran Café y Billares de La Aurora, desde la prensa y desde los escritos de los otros. En el sitio público ve precisamente lo que acontece con la gente, sabe sus opiniones y se entera de lo que ocurre en el resto de la ciudad. Ya se ha mencionado que este espacio representa si no al pueblo en su conjunto, sí a un grupo social específico que es importante para Pinedo y para los sucesos en torno a la Presidencia, se trata del integrado por la clase media y los extranjeros.

Los periódicos son la otra fuente de información y Pinedo es quien los lee. Es cierto que Tadeo es lector de diarios desde que vivía en su pueblo, pero su lectura es diferente a la del historiador, más en lo referente a cuando hablan de él por su investidura como secretario particular y por su relación natural en tanto los difusores del quehacer gubernamental, pero el historiador lo hace tanto porque le interesa lo que ahí se dice como porque él también forma parte de los medios, por ejemplo, al colaborar con su opinión velada en respuesta a un artículo de Camarasa.

Pinedo menciona en específico lo que se difundió a través de los diarios sobre Tadeo, artículos y opiniones que para él no son más que “rutina inflada por el oficioso halago” (MP: 32). Pero no sólo se trata de lo que dice el papel impreso sino también de su contacto con los periodistas de quienes obtiene no información sobre los sucesos sino elucubraciones y predicciones.

La tercera fuente son los textos de los otros que recopila y comenta. Son estos documentos los que le permiten tener una visión diferente: “me ofrecen la perspectiva de un observador extranjero que, aun viciado por un montón de prejuicios, disfruta las ventajas de una posición muy excepcional y ve las cosas desde afuera” (MP: 37), lo colocan en una torre desde donde mira todo a sus anchas, aunque involucrándose emocionalmente con los pormenores dado que los aprueba o reprueba según sus principios. Lo remarcable es que el personaje tiene conciencia de su labor de observador.

Dado su oficio de historiador, lo suyo no es meramente el contacto con los demás de forma personal, sino a través de sus textos. De ahí que nunca se mencione en la diégesis que tuvo trato alguno con Tadeo, a quien juzga con base en lo que lee en sus memorias. Esto es, la verdad que pretende decir Pinedo a los demás ha pasado por el tamiz de su propia idiosincrasia que le impone matices racistas, discriminatorios, de envidia, etcétera.

Debido a su movilidad restringida, asiste sólo a un acontecimiento público, la recepción de Bocanegra en la Academia Nacional de Artes y Bellas Letras. Pinedo legitima su quehacer dedicado a la escritura y su reconocimiento por la sociedad a la que pertenece al presenciar desde la tribuna de invitados especiales el acto que lo llena de asco (MP: 69). Es un sitio desde el que mira y es mirado.

La vigilancia no se hace exclusivamente por el afán de satisfacer la curiosidad sino porque hay ciertas normas que se deben cumplir en cada uno de los acontecimientos, él está ahí para observar si se cumplen o no y dejar constancia de los fallos de sus conciudadanos.

Estos juicios los extiende a las memorias de Tadeo; Pinedo reprueba las maneras y estilos del Presidente, sobre todo tratándose del encuentro en el baño pues aunque Tadeo habla de la sorpresa, del lujo, de lo bien recibido que fue, Pinedo asegura que las palabras del secretario poseen “elocuencia mayor que los indignados



dicterios y apóstrofes de sus peores detractores” (MP: 25) cuando en realidad no hay nada de eso, sino todo lo contrario.

Asimismo, Pinedo reprueba a Olóriz más por ser viejo que por dirigir los actos violentos, en todo caso lo hace con mucha mayor benignidad que con Tadeo. Doña Concha sí es motivo de absoluta reprobación: “La ilustre matrona se había labrado con su conducta un final tan lamentable, hasta el punto de que algunos pudieran considerarlo merecido castigo” (MP: 16); Pinedo se convierte en portavoz de lo que se dice, por lo tanto, toda ella le disgusta: “sus actitudes, su manera de mirar, su voz un poco ronca, sus risotadas sonoras, sus vestidos, su mera presencia, rezuman liviandad, suscitando en los hombres reacciones de agresiva concupiscencia” (MP: 108). Censura más que la mujer muestre los pechos que su acción criminal utilizando palabras plagadas de machismo y moralina: “se luce la pechuga ante todo un pueblo durante años y años, en fotografías, en noticiarios de cine, por la televisión” (MP: 16). Lo malo es que Concha no se mostraba de esta manera sólo a sus cercanos, a su marido solamente, sino que lo realizaba a través de los medios por lo cual los hombres se sentían provocados por ella: daba miedo (MP: 111). Ella era culpable, sin duda para Pinedo, de que los varones reaccionaran de forma tan primaria. Por eso la califica de liviana, ambiciosa, arbitraria, insensata y sólo le reconoce “grandeza”, empleando, en efecto, esa palabra, cuando ella lo defiende a él por su participación en el asunto del artículo de Camarasa.

Una vez que Pinedo se erige como paradigma de conducta, es lógico que se compare con aquéllos sobre quienes escribe, en específico con Tadeo, su alter ego; tacha que el joven pueblerino obtenga su título en Leyes sin haber pasado por todos los años que él sí pasó en la escuela, sobre todo por el sacrificio que le representó asistir a clases en silla de ruedas, más el hecho de no tener a nadie que se dedicara a proporcionarle los conocimientos suficientes para estar a la altura de los otros abogados como hacía Luis Rosales con su pupilo.

La labor del historiador implica conocer el origen de las personas, de ahí que se aboque a saber de dónde proviene Tadeo Requena con el mero afán de dejar claro que su pobre y vergonzante procedencia era la causa de los efectos posteriores, es decir, el magnicidio. Amparándose en el decir de los demás, el baldado informa que Tadeo era un hijo natural de Bocanegra, uno de tantos. Así, de paso, Pinedo habla de

la vida sexual del Presidente, pero sin la crueldad que aplica a la de las mujeres, queda claro que por tratarse de un tema perteneciente a la dominación masculina que por obvio ni se cuestiona, muy al contrario se toma como natural.

Es él quien da cuenta de cómo escoge el mandatario a sus asistentes donde no debiera: “aunque Bocanegra provenía de buena familia, eran bien conocidos sus gustos de atorrante, y siempre se le solía afejar esa invencible propensión suya al trato de la canalla...” (MP: 32). Procedimiento que Camarasa, el periodista, ratifica: “hijo suyo o no, eso poco hacía al caso: lo decisivo era que lo había sacado de la última miseria para convertirlo en su perro fiel, en su mano derecha” (MP: 35).

Como norma, Pinedo encuentra siempre algo que descalificar en los funcionarios públicos excepto en el Ministro Plenipotenciario de España: “un funcionario, según puede advertirse, bastante celoso y nada tonto” (MP: 41). ¿Será porque este hombre simplemente recibe órdenes pero no las da a nadie?

Pinedo rechaza con fuerza a Bocanegra, a Tadeo por sus orígenes y su puesto, a Luis Rosales por haber aceptado el puesto de Ministro de la Instrucción a pesar de que todo mundo señalaba a Bocanegra como autor moral del asesinato de su hermano (MP: 41), incluso llega a decir que tales circunstancias convertían en imperdonable la actitud de Luis Rosales. A esa postura se contraponen la de Tadeo, quien ve en la aprobación de Rosales a encabezar un Ministerio un gesto de prudencia y apego a la realidad (MP: 47).

La aceptación del nombramiento es similar a la de Antenor Malagarriga, que también fue motivo de disgusto para Pinedo, dado que es su pariente, mas lo disculpa al mencionar cuando el periodista Rodríguez ironizó sobre el asunto en el periódico:

había una puntadita de paso para mi tío, el general Malagarriga; puntada injusta en el fondo, pues, aun cuando sea innegable que él había sido el primero en servir, como decía el gallego, a PP, el *Pai'e los Pelaos*, aceptando el Ministerio de la Guerra, cosa que yo mismo tuve que desaprobador en su día, el caso de este pobre Antenor no presentaba las particularísimas circunstancias agravantes que hacían imperdonable el de Rosales (MP: 42).

Y no eran similares las circunstancias porque Antenor ingresa al gobierno gracias al nepotismo, pero más allá de eso, porque su esposa, Loreto, por intercesión de doña

Concha, logró que Malagarriga apoyara a Bocanegra en su cruzada; según el historiador, lo único que obtendría Loreto con tal acción de su marido era importunar a sus parientes políticos –entre los que se encontraba el propio Pinedo–, “a quienes detestaba en bloque sin lugar a dudas. Y bien sabía ella que nada podía fastidiarnos tanto como esa nueva claudicación de Antenor, ésa, todavía, por si lo otro fuera poco” (MP: 101).

Pinedo es implacable con Luis Rosales porque era un pobre chiflado a su parecer, extravagante hasta rozar lo patológico, un irresponsable y fuera de lugar perpetuamente porque recordaba sus tiempos en París y porque “sumido en nuestro crudo trópico, se sentía siempre *docteur és lettres* por la Sorbona; y eso es grave” (MP: 43); porque había dado a Tadeo trato de igual:

La verdad es que yo mismo no me explico –dice Pinedo– para qué tenía Luisito que haber metido así en su propia casa a aquel bellaco [...] De pronto, se le ocurre un día entusiasmarse con el mozo avisado cuya educación había tomado a su cargo y, viendo que progresaba tanto y que aprendía con tanta facilidad, ya todo le parece poco: hasta lo sienta a su mesa... (MP: 46).

Pero su afán de calificar no se queda en los principales protagonistas, se extiende a otros como Camarasa, de quien le molesta su irritante manera de ser, su alcoholismo, “su constante tono de soflama” (MP: 60), su imprudencia, que era un “andaluz zafado, medio sardónico, incapaz de retener la lengua, ni la pluma; pero, en el fondo, no mala persona” (MP: 15); de José Lino Ruiz, su afición al billar; de Rodríguez, “sus gramatiquerías puntillosas” (MP: 15).

De Loreto dice que es intrigante y engatusadora (MP: 101), asimismo su charla es “tontona, insustancial y deslavada”, por eso se ve obligado a seleccionar lo que dice ella aunque al dejarlo por escrito pareciera que la mujer “fuera persona de relativa agudeza, y que sus apreciaciones comportaran más intención de la que ella es capaz de darles” (MP: 224-225).

Según su opinión, para Pinedo su propio tío Antenor “nunca descolló por su agudeza, ni por su brillantez, ni por su brío, ni por su sensibilidad exquisita, ni por cualidad alguna que lo sacara de lo vulgar” (MP: 101), no tenía ninguna cualidad sólo la de ser bueno como el pan, pero tonto por haber escogido a Loreto como su

esposa. Cabe hacer notar que la voz narrativa no tiene ninguna objeción a que Malagarriga ejerza el poder que le confiere su cargo aunque no tenga ninguna cualidad salvo la bondad.

Es a través de los ojos de los demás como Pinedo vigila y da cuenta de sucesos menores que son representativos, sin embargo, del sentir social, como son la castración de Lucas Rosales, el desfile por la Fiesta Nacional, las sesiones espiritistas o íntimas entre Tadeo y doña Concha, el encuentro de éste con María Elena, los mecanismos para dar el ascenso a Pancho Cortina, el hurto del Niño Jesús.

Pinedo emite su juicio con respecto a cada uno de estos acontecimientos. La manera como se llevan a cabo los procedimientos burocráticos y la naturalidad con que se maneja Tadeo dentro de ellos le parece una desconsideración, sobre todo tratándose de que no se respetó la jerarquía de su tío y se le informó a tiempo de una decisión presidencial que repercutía en su Ministerio. La suya no es una lucha entre clases sino entre mentalidades.

Además, Pinedo vivía con dinero proveniente del erario público, proporcionado por Olóriz por servicios como el mencionado de escribir un artículo en contra de alguien, de ahí que cuando se da el magnicidio, el tullido cree prudente estar cerca de Olóriz y nombrarlo su jefe “dado que, en realidad, yo siempre había trabajado algo para los Servicios Reservados y Especiales que él, más o menos, controla” (MP: 123). Y permanece ahí hasta que su jefe le pide cuentas de sus actos, por lo cual lo mata.

El Ministro de la Guerra, por su parte, actúa guiado por el nepotismo e introduce a Pinedo en el marco de la corrupción sin ningún remordimiento; la vara con que mide la instancia narrativa a los demás, jamás es empleada para sí mismo o quienes lo ayudan. Ya se ha mencionado la importancia de las relaciones sociales y familiares en las novelas ayalianas, he aquí un ejemplo de cómo Pinedo aprovecha sus contactos para tener un ingreso que no se merece, tan solo por estar cerca de alguien con poder, no importa que quien lo detente lo haga fuera de un Ministerio, como es el caso de Loreto cuando queda viuda pues su amistad con doña Concha “seguía constituyendo, hasta cierto punto, una garantía y una tranquilidad para mí”, manifiesta Pinedo aunque no le simpatizaba en absoluto su tía política. A quien se acoge sobre todo es a Olóriz porque obtenía dinero a través de él, a quien de alguna

forma los unía la familia: “sobrino yo del difunto general Malagarriga; y él, tío de Loreto, su viuda...” (MP: 96).

En efecto, Pinedo entra en el juego del poder y lo usa en su favor. Tiene el poder de la palabra, que esgrime a través de sus apuntes, discerniendo qué incluye y qué no de los textos que analiza. Porque lo que se observa debe registrarse, eso forma parte de los mecanismos de poder, debe quedar constancia de lo que se vio, de lo que ocurrió, si no, no tendría sentido.

Ese poder también lo usa a través de los periódicos y lo usa para denunciar y provocar un castigo. Cuando Camarasa escribe un texto relativo a la historia de España pero que servía para mofarse de los sentimientos patrióticos de la pequeña nación que le daba cobijo, Pinedo ataca venenosamente instigado por Malagarriga “en su deseo de proporcionarme a la vez la ocasión de ganar un pellizco de los fondos administrados por el viejo Olóriz” (MP: 91).

En este episodio hay una oposición en el texto porque el asunto va de un español que escribe algo relativo a su país de origen haciendo escarnio de los afanes nacionalistas pero que atañe al país –ex colonia española– donde vive; este texto pasa desapercibido hasta que lo lee el Ministro de España y lo comenta con el Ministerio de Estado pues siente que el comunismo amenaza la seguridad “alrededor de la política internacional española”. Tras este encuentro entre Ministerios, aparece “un suelto” anónimo en un diario y más tarde otra nota en el órgano oficial del ejército en la que tampoco se ponía el autor. El historiador escribe y publica de forma anónima un texto “donde se repelían virilmente los insultos con que determinado individuo, abusando de la generosa pero, reconozcámoslo, un poco insensata hospitalidad de nuestro país, se permitía hacer escarnio aun de los más puros sentimientos patrióticos” (MP: 90).

Todo esto es motivo de charla en la tertulia de la Primera Dama y la contrapone con su marido porque a ella el artículo del andaluz le parece algo desagradable mientras él lo toma con sentido del humor.

El suceso no pasaría de ahí de no ser porque Pinedo es acusado *vox populi* de haber denunciado a Camarasa, por lo cual asesinan al español. ¿Ante quién lo denuncia Pinedo y por qué? ¿Cuál es su delito? ¿Cuándo lo hace?

Esta denuncia presenta un trasfondo nada evidente; por un lado, la nota de Camarasa no importuna al Presidente pero sí a Malagarriga quien, a sus espaldas, incita a Pinedo a que responda, esto es, a que externe sus sentimientos al respecto, la mentalidad patriótica que se sentía afectada por las burlas del español. Malagarriga pide a Pinedo que, en tanto hábil con la palabra, externe lo que él no puede porque lo suyo son las armas, a cambio de eso le proporcionará dinero del erario público. A Bocanegra no le inquieta el texto del ibérico pero sí a la familia de Pinedo porque amenaza sus creencias.

Por otra parte, Camarasa sí firma su texto no como los de sus contestatarios por lo cual su actitud es abierta, dando la cara, en esas circunstancias, ¿de qué se le denuncia, entonces? El narrador insiste en que las palabras del periodista fueron su propia sentencia de muerte:

[A] Camarasa muchos se la tenían jurada desde que, hará cosa de un año o dos, publicó aquel famoso y tontísimo artículo sobre *Cómo se hace una nación*, que levantó tal polvareda y que había de resultarle fatal en la oportunidad de las actuales circunstancias. Es el colmo, perder la vida por haber querido hacerse el gracioso. Pero siquiera esa broma contenía una punta política, y bastante punzante si se va a analizar (MP: 15)

Su asesinato ocurre, en consecuencia, fuera de la jurisdicción del Presidente, es decir, a manos de Olóriz, tras el magnicidio, en el periodo de revuelta social; un dato que refuerza esta deducción de temporalidad es que cuando se anuncia por televisión la constitución de la Junta provisional revolucionaria tras la muerte de Bocanegra, Camarasa hace una broma al respecto en el Café de La Aurora, donde estaba presente Pinedo (MP: 125). El entorno de la nota que se mofaba del nacionalismo del imaginario país ya quedó atrás aparentemente pues aún había personas que se sentían agredidas. Entonces se diría que Pinedo denuncia a Camarasa ante Olóriz, pero ¿por qué lo denuncia si los postulados políticos serían otros? Bocanegra encarnaba una democracia que no era bien recibida por el resto que no fuera la gente del pueblo, los campesinos, los desfavorecidos. Su muerte implicaría, en consecuencia, la reinstauración del tipo de gobierno que aprobaban los terratenientes, sólo entonces tendría sentido que Pinedo denunciara algo que a Bocanegra causó gracia porque no compartía ese afán patriótico y nacionalista.

Estas disgresiones se realizan tomando como base la estructura interna de la diégesis que, sin lugar a dudas, es producto de un universo en el cual hay factores similares a ciertos hechos históricos reales, por ejemplo, el periodo de conflicto español del siglo XX. Durante ese espacio de tiempo Ayala fungió temporalmente como Letrado de las Cortes, “recibiendo del oficial mayor el encargo de que presidiera el comité encargado de informar para separar del servicio a los funcionarios hostiles a la República” (García Montero, 2006: 71); exactamente el mismo cargo que detentaban otros dentro del bando de los nacionales quienes a su vez se encargaban también, parafraseando, de informar para separar del servicio a los funcionarios hostiles al Franquismo.

Este denunciar de Pinedo, por lo tanto, no queda completamente claro dentro de la diégesis porque responde más bien a una situación vivida en la Guerra Civil española, cuando los falangistas estaban en contra de todo lo que atentara –de forma cierta o no– contra su patria, su religión y sus costumbres. La denuncia conlleva la carga semántica de haber estado integrada a un sistema del pasado, de ahí que la voz narrativa de *Muertes de perro*, por lo tanto, posea los mismos valores que la burguesía reaccionaria, monopolista, agraria y latifundista española de aquellas épocas, de ahí que Pinedo defienda con tanto ardor a su familia y a Lucas Rosales, de ahí que repruebe enérgicamente la democracia de Bocanegra, de ahí que *denuncie* a quien atenta contra su patriotismo pero en un ambiente totalmente diferente que muestra una no correspondencia diegética. La inserción de este elemento es un auténtico cronotopos, es una referencia que remite a un patrimonio cultural común entre narrador y narratario, de ahí que se presuponga que los lectores inmediatos de Ayala pertenecen su misma comunidad sociocultural.

Vigilar, por lo tanto, conlleva el castigo, en este caso la muerte para el español. No se trata sólo del encarcelamiento “que abandona el dominio de la percepción casi cotidiana, para entrar en el de la conciencia abstracta” (Foucault, 2008: 17) sino de una solución más radical y alejada del derecho.

Olóriz, a su vez, goza de su posición privilegiada gracias, otra vez, al nepotismo, pues Loreto, a través de su relación con la Primera Dama, coloca al anciano tío como Administrador de Servicios especiales y reservados. Este acomodo permite a Malagarriga tener acceso a los fondos públicos, como ya se ve con el

ejemplo de Pinedo a la vez que permite a su pariente político el enriquecimiento mediante la usura. Así, toda la familia se beneficia de que Bocanegra haya llegado al poder aun cuando estén en contra de su gobierno. Tales manejos de Loreto ayudando a sus familiares es aceptado por Pinedo sin ningún reparo, alaba de ella que “no se le subió a la cabeza” su nueva posición, la califica de buena persona y “la manera como ha actuado y actúa en estos tiempos de desgracias, después de tanta fortuna, me reconcilia con ella”. Esa actuación es que, una vez más Loreto hace uso del poder que tiene para con sus amistades, el cual primero, tras la muerte de su esposo, la lleva a vivir a Palacio (MP: 100) y después obtiene en préstamo de unos amigos una buena casa donde está a salvo mientras pasan las turbulencias sociales; ella “se aplicó a servir al prójimo con todos los recursos de sus pocas luces” (MP: 102). Este servir al prójimo seguramente era en los mismos términos en que sirvió a su esposo y a su tío y sus pocas luces están lejos de serlo puesto que sabe pedir donde le darán.

Por su parte, Tadeo espía, pero lo hace de una forma totalmente diferente a la de Pinedo en tanto que imparte justicia o, al menos, reconoce a cada quien lo suyo. El momento en que se reconoce a sí mismo llevando a cabo tal actividad es durante el ingreso de Bocanegra a la Academia Nacional de Artes y Bellas Letras y manifiesta su preferencia por observar este tipo de ceremonias desde la penumbra, no desde el salón o la tribuna de invitados especiales como lo hace Pinedo, él no quiere ser visto mientras observa el devenir del acto, reconociendo que Luis Rosales escribía los discursos del Presidente y que, a pesar de los elogios que éste le otorgaba, aquél no se enteraba de nada ocupado en la organización, tanto que “ni siquiera pensó que los únicos méritos literarios invocados en el haber del nuevo académico eran obra de su docta pluma”, escribe Tadeo (MP: 71).

Al leer las memorias de Tadeo, Pinedo mira lo mirado por el secretario, éste representa sus ojos para asomarse a “las altas esferas”, “a los interiores domésticos del tirano y de la que siempre titulaban los periódicos Primera Dama de la República”, en las tertulias y en las veladas solitarias y aburridas así como las horas de reposo en Palacio, a la afición del Presidente por la bebida (MP: 74), la cual le convierte en “guardián y sumiller de su secreto” (MP: 76).

Ambos personajes son conscientes de su rol de observadores, Tadeo lo expone ponderando sus ventajas: “¡Ah, si la gente supiera observar, muchas



sorpresas no serían tales, y más de uno podría parar a tiempo el golpe, o esquivarlo!” (MP: 77). Incluso sabe que es el ojo avizor de Bocanegra quien lo manda a interceder en el rapto del Niño Jesús “como testigo, relator y cronista privado” (MP: 84).

Hay un juego de miradas muy particular entre estos personajes, muy a la manera de Ayala del reflejo en el reflejo pues Pinedo observa a Tadeo observando a Bocanegra observar a Doménech, por ejemplo.

### 10.7 Esperpento, realismo grotesco y carnaval

En esta obra ayaliana hay realismo, barroquismo, carnavalización en un sistema de yuxtaposición, tal como ocurre en la vida, de tal suerte que no hay una verdad única, sino que presenta la verdad de cada uno de los personajes, pues la verdad existe independientemente de que se exponga a través de discursos insertos en el canon, como el del ministro español, desde el lenguaje coloquial del historiador al tomar notas para su futuro libro o el bien escrito diario de una joven, sin privilegiar ninguno de ellos porque la realidad es plural y compleja.

A su obra de creación *Muertes de perro* se le ha caracterizado como seguidora de la tradición literaria de Valle-Inclán y de Quevedo por el tema del realismo grotesco. Así lo manifiesta Alfonso Armas en su participación en el XIII Congreso de Literatura Iberoamericana (1967: 2):

hubo en Ayala, aprendida la técnica de clásicos moldes, una actitud grotesca, una sátira punzante, un humor negro. Quevedo y Valle-Inclán pudieron haber sido sus modelos. En especial, Quevedo. El Quevedo de los “Sueños”. Aunque Valle le proporcionase léxico y actitudes. El esperpentismo de Valle, dentro de lo novelesco, es fácil de adivinar en las páginas de nuestro Ayala. Deformación, monstruosidad, sarcasmo (Armas, 1967: 2).

Para Armas, Bocanegra tiene “raíz quevedesca” y “factura valleinclaniana” (1967: 2); es un discípulo del *Tirano Banderas* del escritor de Pontevedra, aunque apunta el hecho de que Ayala sea parco y ortodoxo en comparación con aquél; pero cree que la construcción de los personajes en ambos autores son similares porque pasan del impresionismo para llegar al expresionismo “después de una dilatada evolución en su

prosa” más de fondo que de forma en Ayala y por eso menos violenta pero más paulatina. Armas afirma que Ayala caricaturiza a sus personajes al emplear parejas de vocablos opuestos como “laureado y decrepito”, “obsequioso y torpe”. Para él el episodio de la investidura *honoris causa* de Bocanegra le parece “bufonesco e irrisorio” al mezclar vulgarismos en la narración de un solemne acto académico más del exceso de ironía. Asimismo encuentra un galicismo muy valleinclanesco en que se depositen sobre el sillón de peluche las voluminosas posaderas, y anota el uso de las espuelas de plata como símbolo de poder al igual que lo hace el autor de *Luces de bohemia*. Subraya las acumulaciones que producen comicidad, los lugares comunes y se detiene en que Tadeo llama “hombrecito” a Luis Rosales, significando esto no “un hombre pequeño, sino un hombre detestable. El diminutivo convertido en venenoso dardo significador” (Armas, 1967: 6).

El esperpento surge del planteamiento de Ramón del Valle-Inclán del problema de un teatro social donde estuviera presente el pueblo en toda su variedad de clases sociales, de conciencias, de papeles, la mezcla de lo alto y lo bajo. Asimismo porque creía que ninguno de los géneros conocidos era suficiente para reproducir la España de inicios del siglo XX que él veía en estado de aberración. Comenzó con el énfasis de la broma o el ridículo, el escarnio y la preocupación por la realidad política y social del momento “a la vez que un desgarramiento en el trato de personajes y del idioma” (Zamora, 2003: 12), para extenderse hasta la animalización, la exageración de las situaciones y la deformación sistemática de las personas (Zamora, 2003: 13). A la vez, “supone una quiebra del sistema lógico y de las convenciones sociales” (Zamora, 2003: 23), a la par que una deformación idiomática. La primera obra de Valle-Inclán con la etiqueta de esperpento como término retórico fue *Luces de bohemia*, en la revista *España*, en 1920, del 31 de julio al 23 de octubre, hace saber Zamora Vicente. Esperpento es

una voz traída del hablar popular, que designa lo feo, lo ridículo, lo llamativo por escaparse de la norma hacia lo grotesco o monstruoso, servirá de aquí en adelante, para designar un nuevo arte en el que no es difícil percibir, aunque sometidos a una íntima geometría, los rasgos que designa esa voz. Esperpento, un nuevo modo de mirar el contorno desde la literatura (Zamora, 2003: 14).

Se dice que su origen fueron los espejos cóncavos que existían en el callejón del Gato, en Madrid, Valle-Inclán observaba con deleite cómo todo transeúnte se deformaba al reflejarse en ellos, al igual que las penurias de la vida de aquellos años de principios del siglo XX deformaban el gesto de los españoles. Ya Goya había deformado a sus personajes en sus dibujos. Pero Valle-Inclán llevó más allá todo esto por medio de la degradación, “un tozudo rebajamiento de la escala de valores” (Zamora, 2003: 17); sirviéndose de los artificios del teatro y del lenguaje de la calle madrileña para sobrepasar la literatura preciosista y ofrecer visiones sencillas y directas así como para emitir una protesta, una queja, aunque no se supiera bien contra qué o contra quién iba dirigida (Zamora, 2003: 21).

En la obra esperpéntica del Valle-Inclán hay una multitud tratando de abarcar todos los personajes de la sociedad toda vez que el esperpentismo es una forma de ver “miméticamente perversa” (Greenfield, 1991: 18). El foco está en el uso de la lengua, fuera de normas, llena de expresiones que necesitan ser traducidas, de gitanismos, de exageraciones, de reducciones de palabras, tomadas muchas del ámbito de los barrios bajos de la ciudad, llenos de populismos. Algo formidable en la obra del prolífico autor es que a pesar de haber una queja llena de amargura, brilla en ella “una luz de esperanza, de mejoramiento, de fe en una convivencia” (Zamora, 2003: 30), una luz que no hay en la obra ayaliana.

En las dos novelas de Ayala no hay neologismos o como sí existen en el esperpento de Valle-Inclán; tampoco hay presencia importante de americanismos. Un vulgarismo “haiga” se enfatiza al ponerlo en contraposición del habla culta en *Muertes de perro*. Como se deja claro desde el principio que se trata de textos escritos con una profunda conciencia de ello, las obras están escritas en un español de uso extendido que permite su comprensión fácil, producto de la condición en que se encontraba Ayala al ser un español cuyos lectores naturales eran en ese momento los de Latinoamérica, de ahí que no recogía el habla americano tan lleno de matices. Esto tiene la ventaja de que su obra se vuelve más universal y la trama apela a cualquiera.

El pueblo llano se encuentra escasamente representado en la obra de Ayala. Tadeo formaba parte de él en *Muertes de perro* pero adquiere estudios, tiene un puesto oficial y se aburguesa, de hecho es él quien salta ante el único vulgarismo. En

*El fondo del vaso* Candy y la gente de la barriada donde vive, incluidos los miembros de la Iglesia de Dios Feliz, no toman la palabra, se sabe de ellos –pero no de su forma de hablar– por lo que dice la prensa o por Ruiz, en el caso de la chica.

A lo más que llega el habla popular en Ayala es al uso de las unidades fraseológicas. Por otra parte, contrario al esperpento de Valle-Inclán en el que no se sabe contra quién o contra qué son las múltiples quejas y críticas, en Ayala sí se tiene claro hacia dónde va dirigida la protesta: hacia el poder oficial o político.

El humor también es pieza clave dentro del esperpento porque el objetivo es buscar el lado cómico de lo trágico en la vida misma pero Ayala más bien se centra en la ironía, en el tono burlón más que el hecho de haber gracia en lo que dice.

En lo que sí coincide Ayala con su paisano es en el tratamiento hacia los personajes. Los de ambos han sido llevados a un destino trágico por medio de gestos involuntariamente cómicos o nimios, como el transporte de una perra en un avión militar o el escote de doña Concha. No están a la altura de la tragedia que los embarga y esa bajeza los acompaña hasta la muerte, muchísimo más ridículos los fallecimientos en Valle-Inclán que en Ayala.

Al haber numerosas coincidencias entre *Muertes de perro* y *Tirano Banderas*, se enfatiza el tono esperpéntico de Ayala: el gobernante de *Muertes de perro* no larga esos enormes discursos llenos de lugares comunes como hace Tirano Banderas; aunque también hay un Ministro de España, su relación no es la misma: Bocanegra jamás se cruza con él. Ambos observan, eso sí, inmóviles. Banderas recibe el calificativo de momia, como Olóriz de vejestorio; hay en ambas sesiones espiritistas, un doctor Rosales...

En todo caso, la obra de Ayala es ligerísimamente esperpéntica; más que por el uso del lenguaje por el tratamiento de los personajes y de la situación pues sí presenta ese “tozudo rebajamiento de los valores” con las salvedades ya mencionadas, así como el resquebrajamiento de las convenciones sociales pero sólo para cierta clase social. También cumple con la visión de superioridad y alejamiento del autor hacia sus personajes, a quienes considera inferiores y no se identifica con ellos, salvo por el mero acto de escribir.

Se ha dicho que la obra de Ayala también tiene rasgos del realismo grotesco, en el que “el principio material y corporal aparece bajo la forma universal de fiesta utópica”, según apunta Batín (2005: 23):

En el realismo grotesco es un principio profundamente *positivo* que, por otra parte, no aparece bajo una forma egoísta ni separado de los demás aspectos vitales. El *principio material y corporal* es percibido como *universal y popular*, y como tal, se opone a toda *separación de las raíces materiales y corporales del mundo*, a todo *aislamiento y confinamiento en sí mismo*, a todo carácter ideal abstracto o *intento de expresión separado e independiente de la tierra y el cuerpo* (Batín, 2005: 24).

Los aspectos materiales y corporales están presentes en la obra ayaliana pero no tiene el carácter positivo o afirmativo como la fertilidad, el crecimiento o la abundancia, es decir, no es lo inferior productivo aunque sí degrada, corporiza y vulgariza a sus personajes. Lo hace dentro de un ámbito carnavalizado.

Como se sabe, el carnaval está directamente vinculado al poder puesto que lo legitima al liberar al ser humano “de la seriedad impuesta por el miedo a la autoridad terrenal y a la divina”, explica Sánchez-Mesa (1992a: 302); aunque Bajtin escribió que el miedo “es la expresión exagerada de una seriedad unilateral y estúpida” (Bajtin, 2005: 48), el hecho se resume en que el ser humano siente temor permanente de la autoridad que rige sobre su cuerpo, su comportamiento social y su espíritu, de ahí que necesite una escapatoria para lograr sobrevivir a tal presión cotidiana. Sin embargo, la válvula de escape se produce a partir de una especie de acuerdo colectivo en donde se permite trastocar los papeles habituales de gobernados y gobernantes, de los de arriba y los de abajo durante un periodo específico, introducirse en lo grotesco, lo cual implica la libertad absoluta que sólo se vive en un mundo en el que no impera el miedo. El carnaval, por lo tanto, es una concepción del mundo en términos de esa liberación que se extiende más allá del periodo previo a la cuaresma para incidir en el ámbito literario transformado en “poderoso instrumento de indagación artística de la realidad” (Sánchez-Mesa, 1992a: 302). Es decir, que la literatura, al estar influenciada por el folklore, incluir la expresión del cuerpo dada de manera grotesca y la inversión de valores y relaciones jerárquicas o de poder, se *carnavaliza*. Por lo tanto, la literatura carnavalizada debe ser entendida no sólo como

“una forma genérica literaria, sino que también se trata de un principio explicativo de la literatura” (Chicharro, 2007:248), un principio estético, un instrumento técnico para el cual el cuerpo es la “clave en el sistema de imágenes grotescas propias del carnaval” (Sánchez-Mesa, 1992a: 307).

Aunque Ayala se resiste a que su creación literaria se considere inserta en este tipo de literatura, sin embargo, como apunta Sánchez-Mesa, “se manifiesta muy significativamente en *Muertes de perro*” (Sánchez-Mesa, 1992a: 315). Además, continúa el especialista, Ayala es “consciente de la existencia de una tradición folclórica inscrita en el discurso literario” (Sánchez-Mesa, 1992b: 303) por lo cual entonces suena a folklore el desfile bajo el sol; el perro que, al ladrar, interrumpe el himno; el perro que aprendió el himno nacional; la vestimenta basada en espuelas y botas altas; la gente a caballo; las sesiones espiritistas; y también el hecho de guardar el aguardiente en una botella de cristal para que no se note que no es fino.

El carnaval es el desorden transitorio entre jerarquías, privilegios, reglas y tabúes (Bajtín, 2005: 15), por eso es interesante ver cómo lo viven dentro de la diégesis de esta novela, precisamente, aquellos que poseían los lugares más altos en la sociedad, aquéllos que hacían uso de todo tipo de prerrogativas e imponían las reglas, es decir, los poderosos habituales. Por esta razón se hará un recorrido por los diferentes aspectos propios de la temática carnavalesca como son la sexualidad, la vestimenta, la comida, la bebida y la muerte en *Muertes de perro*.

#### a. El cuerpo y la sexualidad

El carnaval, en tanto libertad, implica lo grotesco cuya base es el cuerpo, el cual adquiere dentro de este marco, importancia capital. El cuerpo grotesco se caracteriza por ser imperfecto, no estar ni acabado, ni cerrado, ser individual y alejado del cuerpo popular que lo ha producido, en relación con todo lo relativo a su crecimiento o su multiplicación, es decir, monstruoso, deforme, horrible dentro de los parámetros de la estética de la belleza moderna, aunque considerando que los propios cánones de lo grotesco varían según las épocas y las culturas porque, en su naturaleza misma, lo grotesco es anticánico pero posee un sistema propio (Bajtín, 2005: 33).

Lo escatológico es, para Ayala, una técnica “en busca de una expresión adecuada para transmitir, por vía estética, la intuición de la realidad según me es dado alcanzarla desde mi personal perspectiva” (citado por Sánchez-Mesa, 1992a: 312), de ahí que la intención subyacente de esta estilización es para Sánchez-Mesa la de ofrecer un testimonio moral, no un juicio político, en un mundo casi exento de valores como el recreado en *Muertes de perro* (Sánchez-Mesa, 1992b: 312).

El círculo de la vida y la muerte en el cuerpo posee un sentido topográfico entre lo de arriba y lo de abajo, la unión entre lo terrenal y lo cósmico vista a través del rostro, por una parte, y los genitales, el vientre y el ano por la otra. La risa conlleva la abolición de las relaciones jerárquicas porque humilla y materializa aunque esta “degradación de lo sublime no tiene un carácter formal o relativo” (Bajtín, 2005: 25), pues degradar es poner en contacto íntimo a la vida con la parte inferior del cuerpo y los actos que le son propios como el coito, el embarazo o la satisfacción de las necesidades sexuales. “La degradación cava la tumba corporal para dar lugar a un *nuevo* nacimiento. De allí que no tenga exclusivamente un valor negativo sino también positivo y regenerador: es *ambivalente*, es a la vez negación y disolución” (Bajtín, 2005: 25). Bocanegra exonera el vientre justo cuando recibe por primera vez a Tadeo: justo en medio de una acción de lo bajo entra Tadeo a una nueva vida.

El cuerpo que se desborda corresponde a doña Concha, quien provocaba a todos “con sus abultados pectorales encantos” (MP: 16) y había sido “pasada por las armas” por los habitantes del “chiquero-prisión” donde había sido encarcelada antes de que un “sádico imbécil” la matara “machacándole el cráneo” (MP: 16). Ayala animaliza a sus personajes; les otorga un disfraz para colocarlos a ras de tierra y mantenerlos encerrados, justo en un recinto propio del poder judicial que a su vez es, en este caso, sinónimo de la choza donde se guardan de noche a los cerdos. La cárcel implica la observancia de reglas y comportamientos adecuados, sin embargo, ésta en particular se convierte en un sitio donde se practica el sexo con desenfreno hasta que la fiesta se sale de control y a uno de los participantes, caracterizado por gozar al hacer sufrir al otro, se le va la mano y mata al objeto de su placer: la Primera Dama.

Ayala, además, proporciona un escenario que contrasta con la función física de su personaje y que remite a la dolencia del ser humano de saberse dios con ano,

como escribió el antropólogo cultural Ernst Becket, ya que “la satisfacción de las necesidades constituye la materia y el principio corporal *cómico* por excelencia, la materia que se adapta mejor para encarnar en forma rebajante todo lo sublime” (Bajtin, 2005: 137).

Doña Concha es descrita con base en sus pechos porque “el principio material y corporal triunfa a través de la exuberancia”, explica Bajtin (2005: 62). “contacto vivo, material y sensible” (Bajtin, 2005: 16). Es contra el personaje femenino de la Primera Dama con quien se crece el narrador pues le da calificativos cargados de misoginia y es descrita como la culpable tanto de lo que le ocurre a sí misma como de lo que sucede en el régimen de Bocanegra porque ella “aportaba las notas extravagantes y ponía el toque ridículo” (MP: 102). Sin embargo, más que poner ella esas notas, las ponían los de su alrededor como ocurre cuando muere su mascota, pues es absolutamente ridícula la actuación del embajador de Estados Unidos de América al hacer traer de su país en un avión oficial un animal igual al muerto. Es exagerada y absurda también la actitud de la prensa, la radio y la televisión que convierten el hecho en noticia nacional; por su parte, el vate ofrece una elegía al bicho en el suplemento literario dominical y el cuerpo diplomático presto da sus condolencias.

Pero Concha por “sus risotadas sonoras, sus vestidos, su mera presencia, rezumaban liviandad, suscitando en los hombres reacciones de agresiva concupiscencia” (MP: 108), era el motivo de la exacerbación de los bajos instintos de quienes la miraban. Asimismo, la mujer toma la iniciativa para seducir al secretario de su esposo y, más tarde, ejerce su apetito sexual a cambio de favores cuando se encuentra en la cárcel, sin importar con quien. La mujer intocable, la esposa del Presidente pasa en esta farsa a ser la mujer de todos; el poder se pone al alcance de cualquiera en el juego del intercambio de papeles.

El primer cuerpo con las características del carnaval al que se enfrenta el lector de *Muertes de perro* es el de Pinedo: él es un tullido, por lo tanto, incapaz de moverse con facilidad pues está sujeto a una silla de ruedas; un bicho raro que tiene las patas secas. El personaje es animalizado, lleva integrado en su estructura el disfraz con el que participará de la fiesta popular.



Le siguen la mención del presidente estadounidense Roosevelt, como ejemplo de “paralítico activo” (MP: 8); y el personaje del lisiado Olóriz, “medio imbécil de senilidad”, o sea, malhecho, viejo y loco: todos los elementos que le acercan a la escoria de la muerte y a la falta de razón necesaria para entregarse al carnaval que supone “la horrible zarabanda” que impera en el imaginario país. *Zarabanda* es, en su primera acepción, una danza picaresca, de movimientos lascivos, que se bailaba en España en los siglos XVI y XVII. Nada más jocoso, entonces, que Olóriz, pues se trata del dirigente ideal para un baile con esas características. Así, cuando Pinedo habla de su labor en medio de los disturbios y dice: “Mientras alrededor mío todos usan el facón o machete, cuando no la pistola, yo ejercitaré la pluma: con no menos áspero deleite” (MP: 12), también puede leerse que como dentro de ese baile lascivo todos usan instrumentos fálicos, él ejercitará la pluma, y si se considera que en España *tener pluma* es sinónimo de ademanes afeminados, implicaría que él participaría del festejo en calidad de homosexual y obtendría placer en ello, indudablemente.

Los genitales son fundamentales en las imágenes grotescas, como ya se ha mencionado, y los del Chino López son la plena conjunción entre lo bajo y lo alto corporal y cósmico pues este personaje no sólo aparece suspendido de un árbol por los pies sino que además “entre los podridos dientes le habían atascado la boca con sus propios testículos” (MP: 14). La imperfección de la existencia se exagera transgrediendo el acomodo físico como se hace en el cuerpo del Chino López, además de que se le presenta mutilado, por lo tanto, estéril, profanado. La boca, que desempeña el papel más importante del cuerpo grotesco (Bajtín, 2005: 285) porque engulle al mundo –comida, bebida, sexo–, en este caso del Chino López lo que está dentro de ella (la boca como mero contenedor) no es algo que pudiese proporcionarle placer al personaje, sino sus propios genitales, lo cual es absurdo y, en consecuencia, pertenece al grotesco dramático.

En este mismo rubro el cuerpo de Lucas Rosales corresponde a lo superlativo grotesco: “la corpada más grande que yo haya visto en mi vida [...] aparecía muy fornido” (MP: 49). El señor feudal, senador y cacique es desposeído de algo físico y simbólico de suma importancia: padece una “brutal operación quirúrgica con el

obvio propósito de privarlo de toda base para ulteriores alardes de masculinidad” (MP: 40).

La ambigüedad ayaliana se hace presente con la frase que sigue a la mención del acontecimiento: “Cosas tales [...] no son impensables en este medio social bárbaro del agro americano” (MP: 40), sin especificar a qué se refiere con “cosas tales”, si a la cirugía o a los alardes de masculinidad. El ministro de España duda de que tal suceso se haya llevado a cabo y cree que son sólo rumores cuyo fin es “desacreditar ante el vulgo la hombría de un poderoso y temible enemigo político” (MP: 40). Es sabido que en las partes nobles radica popularmente el poderío masculino de tal suerte que esa zona, donde de forma tradicional se acumula el poder, le es mutilada al enemigo con esfuerzo, pues se necesitaron cinco hombres fuertes para detenerlo mientras el Chino López lo castraba como lo había hecho con becerros y novillos por lo cual la operación fue “coser y cantar” (MP: 50). Y la animalización continúa: Rosales había sido convertido en buey, además de que afirma la instancia narrativa: “en este corral, se acabaron los gallitos” (MP: 51). El gigante, como establece Bajtin (205:296), establece un paralelo entre los fenómenos naturales, de ahí que Lucas Rosales, el dueño de las tierras, sea tan grande como sus propiedades, aunque su castración también puede ser leída como que sin él la tierra dejará de ser fértil. Es un sistema económico cuyo representante ha perdido el poder viril, por esto se trastoca el orden y se instala el caos. Sin embargo, con la muerte de Lucas, a pesar de que Bocanegra pierde a su contrincante, quedando desamparada la clase favorecida que apoyaba al senador, significa la esperanza de la renovación, porque “la muerte siembra la tierra nutritiva y la hace parir” (Bajtin, 2005: 294).

“La exageración (hiperbolización) es efectivamente uno de los signos característicos de lo grotesco”, aunque sin ser el más importante, afirma Bajtin (2005: 276). Con el denominado, por el propio Ayala, “entremés bufo [...] del Niño raptado” (MP: 79) se exagera satíricamente “algo negativo que no debería ser” (Bajtin, 2005: 277). Durante la Exposición Nacional de Artes Populares y Folklore Nativo, una de las figuras de Niño Jesús en la cuna desapareció, lo cual provocó inquietud entre la gente y llegó hasta a los titulares del periódico. El poeta del pueblo, Carmelo Zapata, se muestra indignado ante la imagen, según relata Tadeo:

El dedo del poeta apuntaba, rígido, a la entrepierna del desnudo Infante. En verdad, debo confesarlo, *aquello* era un poco exagerado, bastante exagerado. La figurita había sido favorecida, no por la naturaleza, pero por la fantasía del artífice, con demasiado pródigos atributos de una virilidad que en edad tan tierna hubieran debido reducirse a mera e insinuada promesa, nunca desplegarse en realidad tan cumplida (MP: 85).

La hiperbolización de los atributos del Infante es la desmitificación de un símbolo de pureza y renovación, de la esperanza y la fe que le corresponden a Cristo como el niño que ha venido a salvar al mundo, pues se convierte en una “vergüenza impía” que debe ser retirarla de la “mirada incauta de nuestras púdicas doncellas y matronas, así como de la inocente población escolar” (MP: 81). La abolición temporal del poder es evidente cuando Zapata, quien además de sustraer la imagen religiosa, intenta sustituirla por otra comprada “en la santería” que no presentaba los inconvenientes de la primera. Es decir, hasta la propia religión católica, tan acentuada en el mundo occidental a causa de la conquista, intenta ser sustituida por aquella original de las tierras conquistadas que se practica continua pero subrepticamente.

La exageración de los genitales sólo se da en una figura de madera, no en los hombres ayalianos pues se presenta más una exageración de la impotencia que de la virilidad, por ejemplo, con los miembros castrados o la esterilidad del general Malagarriga. Ayala despoja a sus personajes masculinos de su principal instrumento de poder. Bocanegra no recibe ninguna mención acerca de su desempeño sexual y, en comparación, el hacer de Tadeo que si bien se resume en un simple “*consumatum est*”, sí es motivo de una admiración por su tamaño y lo bien que responde a los estímulos pues cuando doña Concha muestra su generoso escote, él le dice:

‘Mire, señora, conmigo no se juega; debo informarla que yo no soy el casto José’, la Primera Dama, ni corta ni perezosa, le echó la mano, como él dice, a salva sea la parte, y exclamó con una risotada: ‘¡Qué bárbaro! ¿Conque ésas tenemos?’ ‘Uno es joven’ [contestó Tadeo] (MP: 191).

Por otra parte, se sabe que Tadeo mantuvo sexo con María Elena, pero no se enfatiza el hecho como sí lo hace Ayala con la pérdida de los genitales o el pobre desempeño de los otros personajes.

En el caso del personaje femenino, los pechos exagerados sólo sirven para provocarle daño a la larga a su propietaria y si bien su mención corresponde al realismo grotesco pues es revulsivo e incluso cae en la agresión.

En el episodio del desvirgamiento de María Elena, el cuerpo de la joven es sucio y motivo de rechazo antes que objeto de placer incluso para sí misma: “recuerdo [...] la primera sangre, presentándose de improviso, vino a gritar en mi cuerpo una suciedad de la que yo, pobre criatura, ¿cómo iba a ser responsable? Pero el cuerpo, ya me había adoctrinado a despreciarlo, a desconfiarle, a avergonzarme de él” (MP: 182). Su encuentro sexual con Tadeo es “aquella monstruosidad” (MP: 175) y ocurre al lado del cadáver de su padre, “tras la puerta, como no lo hubiera hecho la peor mujerzuela, al primer desconocido” (MP: 175). Lo grave es tanto por haberlo hecho cuando el padre aún está de cuerpo presente como porque ella encuentra placer en el sexo con Tadeo y reconoce que “volvería a hacerlo mañana, ahora mismo, no bien se presentara él y lo quisiera” (MP: 177).

El suceso también es contado desde la perspectiva de Tadeo:

Comencé a pasarle la mano por la cabeza (¿qué iba a hacer?); y ella, entonces, clavándome los dedos en el brazo, escondió la cara contra mi pecho. Estaba agotada, no había dormido, le olía el aliento, y tenía hinchados sus preciosos ojos. La llevé hasta el diván, y seguí acariciándola. No se resistía a nada; a pesar del calor, le castañeteaban los dientes. En realidad estaba medio desnuda, con sólo una bata sobre la carne. Me miraba con estupor, pero no se resistió a nada... Bueno, así son las mujeres. Después de todo, eso calma los nervios (MP: 154).

Con respecto a este encuentro, desde ambos puntos de vista, el uso del cuerpo es más trágico que bufo.

## b. La muerte

Desde al principio de la novela se da cuenta de la muerte de Bocanegra, de Tadeo, de los Rosales, del Chino López, de doña Concha. Se sabe que morirán, que han muerto ya cuando comienza la diégesis y cómo ha sucedido y por qué; lo que falta nada más es la narración de los hechos desde las diversas perspectivas que ofrece el autor. Y se suma a esto el continuar de la historia con los que suceden a Bocanegra en el poder, porque es un círculo, porque, como dice Bajtin, “en el sistema de imágenes grotescas la muerte y la renovación son inseparables del conjunto vital, e incapaces de infundir temor” (Bajtin, 2005: 51).

Por otra parte, a doña Concha la matan precisamente rompiéndole la cabeza, la parte alta, la que correspondería a su estatus como Primera Dama. Igual parte es afectada en el caso de Luis Rosales, pues se ahorca y Francisco Cortina se la golpea al caer por las escaleras una vez que ha matado a Tadeo.

A pesar de que estas imágenes no provoquen miedo, sí mueve a lo cómico la muerte del general Malagarriga quien fallece tras enterarse de que se le ha pasado por alto a la hora de legitimar con su firma el ascenso de un subalterno. Su muerte en sí, además de sonar a un severo berrinche, no es tan graciosa, como sí lo son los acontecimientos que la rodean, pues su esposa, Loreto, tiene un sueño peculiar justo la noche del deceso. Se trata de un encuentro onírico con su esposo pero transfigurado en “una Presencia maravillosa” (MP: 96) semejante a un dios y reclamándole a su consorte que a pesar de haber cumplido con sus deberes conyugales “con puntualidad militar, todos los sábados” (MP: 97), ella respondía a los “viriles homenajes” con bostezos y gruñidos de protesta y jamás había quedado embarazada; por esa causa, él se separaba de ella definitivamente no sin antes decirle una palabra mágica que ella, evidentemente, olvidó al despertar, por ello le ocasionó más angustia su desmemoria que la muerte del marido.

### c. Comida y bebida

Bocanegra siente especial placer por el alcohol, pero no cualquiera sino por el aguardiente de caña que comparte con los campesinos, despreciando el champagne, los cocktails, el scotch whisky, sin embargo, estas bebidas junto con el aguardiente se disponen en garrafrones de cristal fino “para que al exterior no se note la

diferencia” (MP: 75). Pero Tadeo se abstiene de beber porque es el guardián y sumiller del secreto de Bocanegra, quien extiende el gusto por lo popular hasta fuera de sus aposentos, con los de abajo, pues gusta de acudir tanto a las casa de ellos como a las “ínfimas cantinas” y con el disfraz que pone a su bebida, “se mantiene en contacto con su querida plebe, fiel a la borrachera sórdida de la gentuza” (MP: 76). Llama la atención que quien escriba esto en la diégesis sea alguien extraído del pueblo, lo cual se traduce en que Bocanegra vivía en un carnaval permanente pues de manera continua estaba en contacto con los de abajo, comportándose como ellos y no como establecen los cánones y que su conducta es reprochada tanto por las familias decentes como por el único miembro de los estratos inferiores.

El alcohol no escasea y lo bebe de más el Chino López por ello abre la boca: “sólo así hablaba; y entonces sí, entonces le salía todo a borbotones, entre gestos, manotazos y risotadas (MP: 50). López “abría de par en par la boca”, no se le vio la jeta, dejó de asomar el hocico y terminó “colgado por las patas, y tragándose sus propias vergüenzas” (MP: 51).

Pero en cuanto a la comida sí se menciona la hora del café y la sobremesa (MP: 14), pero no hay ninguna hazaña alimenticia a pesar de que sí hay hambre. Tadeo la tiene “rabiosa” a causa de haber comido solo un par de bananas a lo largo del día que fueron a sacarlo de su pueblo, un hambre que le arañaba el estómago como un gato pues no le gustaba comer de lo poco que hubiera para no ser calificado de vago; tras una larga espera cenó como un bárbaro (MP: 23-24). Ya siendo Secretario, sus refrigerios se reducen a un sandwich y una cerveza (MP 64).

Ángelo, el personaje imbecil, quien comía moscas (MP: 46), se topa con Tadeo en el mercado convertido en mendigo: “Se reía, contentísimo, mientras con la otra mano, abierta, figuraba alternativamente el ademán de pedir y, en seguida, apiñando las yemas de los dedos para llevárselas a la boca, el que significa hambre” (MP: 207). Pero no hay ninguna mención de que Ángelo hubiese saciado su hambre, sólo de que Tadeo le da un puñado de monedas y más tarde le compra dulces en una confitería de barrio (MP 209).

Hambre también tiene el cura don Antonio, según relata Pinedo:

Retuve a mi visitante para comer conmigo; y agradeció mi insistencia. No había probado bocado, ahora caía en la cuenta, desde... ¿desde cuándo?; sí, desde hacía ya casi veinticuatro horas [...] Sentado frente a mí, devoraba escrupulosamente un par de huevos fritos con mucho pan [...] Rebañaba con un pedazo de pan el aceite de su plato (MP: 168-170).

En *Muertes de perro* no hay banquete donde se den la abundancia y el regocijo familiar; la única descripción de alimentos es la mencionada de huevos, pan y aceite, remarcando la escasez.

La comida es algo privado, entre Pinedo y don Antonio, entre Bocanegra y su mujer y aunque ésta invita a Tadeo a que los acompañe, Bocanegra lo impide apurándolo a realizar sus deberes (MP: 64). No hay ese gusto carnavalesco por engullir a grandes trozos e ingentes cantidades de comida. No hay comilonas multitudinarias. En esta obra ayaliana impera el hambre y no su saciedad.

Sin embargo, quien sí come es la médium pero no alimentos, pues es llamada “coprófaga consumada” por Tadeo (MP: 204).

La bebida, por su parte, tampoco tiene una finalidad festiva. Se bebe mucho, sí, pero sólo para alardear como lo hace el Chino López, o como lo hace Bocanegra, para mantener una actitud adormecida y para estar en contacto con quienes “no debe” de acuerdo a su nuevo estatus presidencial. Si bien se menciona que en las recepciones en la Presidencia hay diversas bebidas, éstas no son motivo de comunión. Por su parte, el Secretario toma “el triste café en la oficina” (MP: 205), ni siquiera en la cafetería o en el bar con los demás, sino a solas.

El aspecto de la comida y la bebida es el menos carnavalesco en *Muertes de perro*, no hay el mecanismo de encontrarse el ser humano con el mundo ni festejar los resultados del trabajo a través de la cosecha. Quizá pesan en Ayala las carencias económicas y la falta de provisiones propias de los enfrentamientos bélicos que le tocó vivir, así como la desaprobación pública del alcoholismo, de tal suerte que le otorga mayor énfasis a la bebida solitaria. Esto contrasta con los excesos que caracterizan a los círculos del poder en donde no hay carencias de ningún tipo, externando una situación desfavorecida propia de los periodos de posguerra pero que no se corresponde con el entorno espacial en el cual ha centrado la trama de su novela.

#### d. La plaza

La plaza pública, territorio propio de lo popular, se recrea en *Muertes de perro* a través del desfile, pero visto desde arriba y de forma muy tangencial pues Pinedo resume lo que Tadeo escribió al respecto: “se recrea en precisar el orden de la comitiva, la variedad de los uniformes, los distintos pasos y ceremonias, el aspecto de la concurrencia” (MP: 55). Hay más interés por la enumeración de los militares y los miembros de la tribuna que por los espectadores pertenecientes al resto de la sociedad.

Para el personaje Tadeo, lo exterior es vivido con repulsión: “todo era tan extraño... Esas calles, esas tiendas, la gente misma que mira, medio distraída; todo” (MP 206). Tadeo prefiere ver la ciudad desde el automóvil antes que a pie pues en el vehículo “había vuelto yo a atravesar la ciudad, igual que se corta una fruta, desde el centro hasta el campo”, mientras que llevado por sus propios pasos todo es “muy lento, mortal” (MP: 207).

Este personaje llega hasta el mercado que le desagrada y maldice: “camiones de reparto, puestos de legumbres, de verduras, de cebollas, de especias. Olía a pescadería, a agua sucia. [...] ¡Maldita la idea de salirme a andar sin asunto, por calles y mercados donde nada se me había perdido!” (207). La ciudad le es hostil, la plaza también: “Llegamos a una plaza polvorienta, y fuimos a sentarnos en un banco de piedra, bajo un macizo de escuálidas palmeras” (MP: 208).

Según Sánchez-Mesa “en los escritos de Ayala [su] postura es la de la ‘participación’, frente a la mirada distanciada de Valle o Cela respecto del ‘espectáculo del mundo’ por encima del cual llevan a situarse al lector” (Sánchez-Mesa, 1992b: 318). Y Ayala dice en su conversación con Amorós “en cambio, mis escritos complican al narrador y al destinatario en esa miseria, forzando a una participación que para muchos resulta insoportable” (Sánchez-Mesa, 1992b: 318).

Eso de que resulte insoportable para muchos recuerda la opinión de Janet Pérez sobre la falta de grandeza de los nuevos gobernantes, al menos los del siglo XX porque las imágenes grotescas “son imágenes ambivalentes y contradictorias, y que, consideradas desde el punto de vista estético ‘clásico’, es decir de la estética de



la *vida cotidiana preestablecida* y perfecta parecen deformes, monstruosas y horribles” (Bajtín, 2005: 29), entendiendo por “clásico” lo perfecto y maduro. Impera la división social feudal en la visión de *pueblo* como *los de abajo*, o los estratos más desfavorecidos, siendo quizá difícil asimilar que se es gobernado por un igual, que también usa la letrina o emplea su intelecto en enseñar a ladrar el himno nacional a un perro. Que quien detenta el poder no tiene ningún mérito extra, a veces ni siquiera político ni las dotes que podrían considerarse necesarias. Como afirma Sánchez-Mesa, “las alusiones a lo bajo corporal siguen teniendo en *Muertes de perro* un eco desmitificador respecto al poder, entendido por Ayala como un problema moral y metafísico” (Sánchez-Mesa, 1992b: 313).

Los gobernantes a su vez están oprimidos por el poder que detentan pues igual que al resto, poseen su censor interior, como afirma Bajtín, que les obliga a sentir “miedo a lo sagrado, la prohibición autorizada, el pasado, el poder, el miedo anclado en el espíritu humano desde hace miles de años” (2005: 89). La risa es lo único que también a ellos les quita el miedo y de ahí que sea tan importante su participación en el carnaval.

Sin embargo, en *Muertes de perro* esta participación no ocurre, porque se relacionan con los demás no desde la plaza sino desde el Palacio; los representantes del poder lo ven todo con seriedad y desde arriba, desde lo cerrado, desde las habitaciones privadas, desde donde no es necesario estar en contacto con la gente, al menos no con la gente de los estratos sociales bajos pues, en todo caso, esto es visto como algo reprobable según se advierte de los reproches a Bocanegra por su amistad con los pobres.

Quienes tienen la palabra en la novela son la parte de la sociedad que permanece insospechada o sólo imaginada para la mayoría, la correspondiente a la de los gobernantes que, aunque surgidos del pueblo mismo, en cuanto ascienden al poder se les cree con habilidades o actitudes diferentes. Asimismo, como afirma Bajtín, en la cultura oficial impuesta por una sociedad clasista nunca se mezclan lo inferior y lo superior, ya que esto corresponde a la cultura popular callejera (Bajtín, 2005: 150) y Ayala mantiene esta separación a lo largo de su novela.

De ahí que a pesar de ser la plaza pública el sitio donde se entra en contacto con los cuerpos de otras personas de la más diversa condición, edad y sexo, ésta

posee límites en *Muertes de perro*; son sólo a unas cuantas referencias las existentes a ese contacto estrecho: cuando los concurrentes a la investidura del doctorado *honoris causa* de Bocanegra “se apelonaban en las tribunas” (MP: 69); y en el baño justo cuando el Presidente hacía uso de él: “allí se hallaban reunidas en aquel momento un montón de ilustres personalidades” (MP: 25), es decir, “el círculo íntimo de los privilegiados” (MP 26). Las personas insignes, por lo tanto, no se reúnen en sitios abiertos.

Asimismo no hay mención alguna del lenguaje familiar característico de la plaza pública. Pues este tipo de lenguaje

imposible de emplear en otra parte, y claramente diferenciado del lenguaje de la iglesia, de la corte, de los tribunales, de las instituciones públicas, de la literatura oficial, y de la lengua hablada por las clases dominantes (aristocracia, nobleza, clerecía alta y media y aristocracia burguesa) (Bajtin, 2005: 139),

es el que emplean únicamente el narrador y el escritor de las memorias, Pinedo y Tadeo, respectivamente, colmado de elementos fraseológicos, más coloquialismos, juramentos y dobles sentidos.

Hay una parte específica en esta obra ayaliana donde se hace referencia a la separación entre lo culto y el vulgo; se trata de Luis Rosales, representado en sueños a Tadeo, cuando habla acerca de la médium a través de la cual él se manifiesta dado que ella dijo “haiga”, forma vulgar de “haya” en la sesión espiritista:

Esa médium [...] es lo que yo llamaría una coprófaga consumada, y mal podría yo hablar por su boca. ¿Entiendes, Tadeo, cómo el uso de vocablos griegos permite a las personas cultas formular ciertos conceptos eludiendo la grosera elocución del vulgo? Coprófago: de *pfagos*, el que come, y *kopros*, que expresa excremento. Pues eso es ella, una coprófaga. ¿Reconocías tú acaso mi lenguaje refinado en la rusticidad o, más exactamente, plebeyez de sus palabras? ¿A que no? Claro que no (MP: 204).

Dado que la literatura carnavalizada se caracteriza porque en ella se introduce la oralidad provocando la dicotomía clases dominantes/cultura popular (Sánchez-Mesa,

1992a: 303), Ayala mantiene la distancia oral entre unos y otros miembros de los diferentes estratos sociales, se hace más profunda la carnavalización.

e. La luz

Sí existe en *Muertes de perro* el uso de la luz, elemento imprescindible también del realismo grotesco. Durante el desfile de la Fiesta Nacional, celebrado cerca del mediodía, el sol “castigaba cruelmente, filtrado a través de unas nubes cuyo plomo parecía a punto de derretirse” (MP: 54). El calor había doblegado a algunos soldados; el general estaba sofocado dentro de su uniforme comportándose como tortuga al estirar el cuello, chorreando sudor; en medio de tal temperatura que vencía a los fuertes, se desarrolla la comedia de una celebración que se prolonga más allá de lo necesario porque el himno nacional es repetitivo y sólo termina hasta que el Presidente da la orden. Y Bocanegra es el único al que parece no hacerle nada el sol y se regodea en el acto militar hasta que aparece un perro en medio de tanta solemnidad y uno de los miembros de la tribuna baja a darle un puntapié, “quizá porque el disparate atrae al disparate” (MP: 58).

Como es posible observar, hay algunos rubros que tienen más fuerza que otros dentro de la literatura carnavalizada de Ayala, lo cierto es que lo grotesco se encuentra también de una forma diferente, una que Foucault apuntó y que define como “el hecho de poseer [un individuo] por su estatus efectos de poder de los que su calidad intrínseca debería privarlos”, en otras palabras, es “la maximización de los efectos de poder a partir de la descalificación de quien los produce”, una característica que forma parte de los mecanismos del poder (Foucault, 2001: 23-26). Se trata de la descalificación casi teatral del mandatario, evidenciada en su apariencia y su comportamiento; tenemos el ejemplo de la ropa en Bocanegra y en doña Concha, quienes nunca estuvieron vestidos a la altura de las circunstancias que se les exigía sino que se destacaban por sus gustos extravagantes; bien vestido pero igualmente grotesco es “El Hechizado” dado que los ricos encajes y terciopelos de su atuendo estaban manchados de su baba y sus orines; la sexualidad de Ruiz es la incorrecta al proyectar en Medrano afanes pedófilos, por citar unos ejemplos de cómo todo su hacer convierte a los poderosos en personajes infames y ridículos.

Foucault considera este tipo de elemento grotesco como esencial en la soberanía y la burocracia que ya figuraba en la literatura de Kafka, Balzac, Dostoievski y Courteline; para el francés uno de sus máximos exponentes de carne y hueso fue Mussolini.

Entre las particularidades de este mecanismo en sus detentores están la mediocridad, la inutilidad, la imbecilidad, la peculiaridad, la ridiculez, la pobreza, la impotencia, entre otras. Tadeo es pobre; “El Hechizado”, imbécil; Bocanegra, ridículo; Luis Rosales, peculiar; etcétera. Lo suyo es colocar a los poderosos en situaciones abyectas como a Bocanegra defecando, a Tadeo ahorcando a un perro, Luis Rosales enseñando a ese perro a ladrar el himno. A esto Foucault lo califica como “la indignidad del poder”, la cual no tiene como objetivo limitar sus efectos o mostrar ridículo a quien lo ejerce sino, por el contrario,

se trata de manifestar de manera patente la insoslayabilidad, la inevitabilidad del poder, que puede funcionar precisamente en todo su rigor y en el límite extremo de su racionalidad violenta, aun cuando esté en manos de alguien que resulta efectivamente descalificado (Foucault, 2001: 25).

El poder, en consecuencia, marchará en la sociedad en la que está inserto para regular la vida cotidiana individual y colectiva a pesar de que las cabezas visibles que lo ejercen puedan ser seres grotescos que se vuelven una pieza más de un delicado mecanismo del que ni siquiera son conscientes. Cualquiera, todos ejercemos el poder de alguna manera todo el tiempo aunque raye en lo ridículo.

### 10.8 Los ahorcados

En *Muertes de perro* hay una sistemática del ahorcamiento. Tadeo ahorca un perro. Luis Rosales se ahorca durante el verano, el Chino López aparece colgado de los pies, Luis Pinedo ahorca a Olóriz con sus propias manos. Estos cuatro personajes remiten al duodécimo arcano mayor del Tarot, El Ahorcado. En el caso de López asume la postura más cercana a dicha carta que se caracteriza porque en ella hay un joven suspendido por un pie a una horca verde oscura, sostenida por dos árboles

amarillos, tiene las manos en la espalda a la altura de la cintura y su pierna derecha está puesta detrás de la otra a la altura de la rodilla. Este carácter también se le identifica como el Sacrificio o la Víctima por la desgracia y la impotencia total que adquiere.

El Ahorcado representa, a decir de Chevalier y Gheerbant (1999: 66), la expiación sufrida o querida, la renuncia, el pago de las deudas, la punición, el odio de la muchedumbre y la traición, la esclavitud psíquica y el despertar liberador, las cadenas de toda clase, los pensamientos culpables, los remordimientos, el deseo de liberarse de un yugo, el desinterés, el olvido de sí mismo, el apostolado, la filantropía, las buenas resoluciones no ejecutadas, las promesas no mantenidas, el amor sin compartir.

Quien se ahorca es el ser que absorbido por una pasión, sometido en cuerpo y alma a la tiranía de una idea o un sentimiento, no tiene conciencia de su esclavitud. Sin embargo, este símbolo encarna también una parte positiva debido a la purificación por inversión del orden terreno, además su inactividad y su posición indican una sumisión absoluta que promete y asegura un mayor poder oculto o espiritual: la regeneración ctónica. Esto es, señala el final de un ciclo y la restitución final, condición de la regeneración.

Hay tres ciclos que se cierran, entonces, mediante los cuatro ahorcamientos; son éstos el momento de cierre de un lapso que da lugar a otro. Aunque Tadeo Requena no se ahorca a sí mismo, podría leerse que lo hace por medio interpuesto, es decir, a través del perro. Y lleva a cabo el crimen con saña.

Rosales se suicida colgándose por cuestiones económicas y políticas que involucran a Bocanegra, a decir del embajador de Argentina, el doctor Menotti, en conversación con el ministro de España (MP: 150):

El doctor Rosales había calculado mal [...] o quizás lo defraudaron, en las negociaciones con Bocanegra. Cuando aceptó entrar al servicio de su régimen, renunciando a reivindicar la memoria y los intereses de su hermano el senador, esperaba, y tal vez se le prometió expresa o tácitamente, que los bienes de éste, hallándose expatriados como lo estaban su viuda e hijos, pasarían a poder suyo mediante algún truco judicial o administrativo, pues la conducta del senador Rosales se encontraba sometida, *post mortem*, a procedimientos de investigación en los

cuales quedaba embargada su fortuna para responder a varios cargos. De hecho, no sólo habían sido, al final, definitivamente confiscadas esas propiedades (salvo la casa solariega, cuyo usufructo se permitió al doctor Rosales) sino que ahora ya Bocanegra no necesitaba más de éste; de modo que nuestro hombre se veía privado de sus bazas, mientras que, por varias señales, entendía que se preparaban a despedirlo como a un criado, o incluso a procesarlo bajo cualquier acusación; así es que, ante tal expectativa, había optado el infeliz por colgarse (MP: 150-151).

Otro rumor acerca de las posibles causas es que “dos días atrás, el médico especialista le había diagnosticado al pobre doctor Rosales un cáncer en el hígado (MP: 151).

Su dedicación al estudio y el cultivo de la inteligencia es la causa de su decisión, a decir de la cuñada, es la ley en la que vivió y sólo le sirvió para “debilitar la voluntad” y extraviarse, además de que se trataba de un hombre iluso y romántico que actuaba con flojedad y delicadeza de sentimientos (MP: 163).

A través de Tadeo se reprocha el tipo de muerte escogida por ser la de un perro; Práxedes la compara con la del “prototraidor Judas”; el tipo de suicidio es acorde con su mal estado mental pues es suficiente prueba “para que a nadie quepa ya duda acerca de los motivos de su pasada conducta, que con retorcidos sofismas y casuismos, querían disculpar todavía algunos”, continúa la monja (MP: 157). Con su ahorcamiento, Rosales demuestra que se autosentenció y se castigó en consecuencia; no sólo mancilla su hogar paterno, el de los señores feudales, sino que peca irresolublemente dado que eso impide que reciba la Extremaunción, se le sepulte en tierra sagrada o vaya al cielo, aunque en el caso de esta novela, no se obra así, muy al contrario, está presente el capellán y se le sepulta sin contratiempos.

Su muerte provoca “gritos, lamentos y desorden”, a decir de la abadesa, pero no se aclara de parte de quien, se supone así que es el pueblo que se duele del suceso; al interior del convento lo único que hay es curiosidad malsana (MP: 158).

Colgarse parece ser el único medio para acabar con la vida propia, pues la viuda de Lucas Rosales considera que éste habría tenido que suicidarse de esa manera “al cabo de los años, humillado y vencido” (MP: 164).

Olóriz había sembrado el terror tras la muerte de Bocanegra, situándose como autor intelectual tras el Triunvirato. Sus acciones afectan a Pinedo al pedirle cuentas

sobre los bienes de Tadeo, sobre sus actividades documentales y sobre su dinero. Como esto atenta contra las ilusiones, proyectos y glorias del historiador, alterando la paz en que vivía como mero espectador, estrangula al viejo una madrugada. Pinedo cree que con su acción ha salvado al país, que gracias a su “mano bienhechora y libertadora” será objeto de honores (MP: 233-235)

Al ser la horca el medio a su vez de la expiación y el despertar liberador adquiere un fuerte cariz religioso o, al menos, relacionado con la necesidad de salvación que tanto defiende Ayala. Es el vehículo que redime a los tres personajes de sus culpas, de su vida dedicada a la satisfacción material, del ejercicio de la voluntad de dominación.

A través de la muerte, del tránsito de la muerte, se reconquista el paraíso perdido, manifiesta Ayala en su *Introducción a las ciencias sociales* (972). Sus personajes alcanzarían, tal vez, ese paraíso, se habrían salvado. Aunque hay niveles en todo esto, pues dice Ayala que se necesita la lucha constante en vida para recuperar la dignidad perdida a causa del pecado original, y estos tres hombres no lucharon precisamente, se entregaron al disfrute del poder, de lo inmediato, dejando de lado lo inmanente.

Sólo Luis Rosales se ahorca él mismo. Recordemos que los Rosales representan los valores “correctos”, sólo que Luis, al colaborar con Bocanegra traiciona a su clase. Con su suicidio podría demostrarse que quizá sea el único que tiene la lucidez suficiente, la fuerza de voluntad para luchar por alcanzar la condición de divinidad que se supone debe poseer al ser hijo del dios de la religión cristiana. Pero no es así porque no lucha de verdad y porque se rinde, porque dentro del cristianismo atentar contra la propia vida es pecado.

Olóriz era el verdadero tirano de la imaginaria nación, hacía el mal desde su puesto dentro del Estado al disponer del erario público a su antojo y no tener límite su codicia, más tarde, dadas la situación tras el magnicidio, disponía a su antojo de las vidas de los demás; es el que más daño causó de todos a nivel nacional.

El Chino López transgredió contra la masculinidad, esencia del poderoso Lucas Rosales, de ahí que sea ahorcado con escarnio. Tadeo, por su parte, no se ahorca a sí mismo sino a través de un perro en un arranque de infantil capricho, sigue

vivo para continuar con su caída. Así, estos personajes no se salvan si se toman en cuenta las premisas ayalianas.

Ya se sabe lo contradictorios que pueden llegar a ser los principios cristianos, pero si se sigue el razonamiento de Ayala sobre la muerte como tránsito al paraíso se pueden sacar algunas conclusiones: que quien muere es premiado, aunque no automáticamente porque primero debió haber llevado una vida en la que buscara la salvación. Si no se vive así aunque se muera no se alcanza el paraíso. Entonces, en *Muertes de perro* se da cuenta de gente que muere de mala manera: Bocanegra, Tadeo y Lucas balaceados, Concha con el cráneo aplastado, Luis y el Chino ahorcados, Olóriz estrangulado, Camarasa sin especificar cómo pero víctima de la situación; Malagarriga de un infarto por un berrinche de vanidad. No hay ninguna muerte digna, ninguna en casa, con la compañía de los seres queridos, escuchando música apropiada, con el vestido adecuado, habiendo hecho algo productivo con la vida, luchado contra las tentaciones y, la característica más trascendente, en estado de gracia, requisito indispensable para poder resucitar en la presencia de Dios. Todas las muertes aquí son producto de la indignidad, ninguna garantiza, pues, la salvación del personaje. Por fortuna, en la lógica de la cristiandad se cree que existen dos juicios, el individual que se da al morir y se determina si se va al infierno, al purgatorio o al cielo; y el juicio final, cuando se juzgarán a todos los seres de forma pública y, tal vez, justa.





## Capítulo 11. Los personajes y la ejecución del poder en *Muertes de perro*

### 11.1 Bocanegra, el estereotipo

Como ya se ha mencionado, Ayala centró su teoría sobre el poder en el plano macro de su ejercicio, sin embargo, es en sus novelas donde plasma los mecanismos de la microfísica del poder aun cuando no haya reparado en eso en sus textos teóricos. Esto permite ver que aunque no tuviera claro racionalmente la existencia de este lado del poder, no lo obvió puesto que está presente con fuerza en la sociedad de su país imaginario.

En *Muertes de perro*, los personajes son construidos a partir de lo que la voz narrativa y los otros caracteres dicen de él. El caso del presidente Antón Bocanegra, en concreto, se realiza a través del historiador Pinedo, del diario de Tadeo Requena, del diario de María Elena, de los informes del Ministro de España, y las conversaciones de Camarasa, de Luis Rosales y de Loreto con Pinedo. Esta obra de Ayala es calificada como centrada en una tiranía, por ello es primordial discernir cómo se cimenta dicha tiranía al interior del texto literario.

El trato que la instancia narrativa da a Antón Bocanegra es sobre todo el de “presidente” y “su Excelencia”, también usa “Jefe” (MP: 67, 91), “digno Jefe de la Nación” (MP: 91), “Jefe del Estado” (MP: 100, 104, 135); sin embargo, utiliza cuatro veces “dictador” (MP: 25, 34, 59), tres veces “tirano” (MP: 73, 88, 94), una “demagogo” (MP: 33), tres veces “Padre de los Pelados”, con la variación onomatopéyica “Pai’e los Pelaos” (MP: 65, 100, 138), “amo de Requena” (MP: 106), “bestia” (MP: 31) y “poltronazo” (léxico hispanoamericano del siglo XVI<sup>41</sup>) (MP: 141).

El personaje Camarasa lo llama “dictadorzuelo centroamericano”, (MP: 35) y María Elena refiere cómo su madre lo llamaba “perdulario” (MP: 179-180). “Antón Bocanegra, el actual Presidente de la República y entonces y temido Padre de los Pelados, como gustaba de titularse a sí mismo antes de saborear los honores que

---

41

[http://books.google.com/books?id=rGmU7O8ljkUC&pg=PA713&lpg=PA713&dq=poltronazo&source=web&ots=je6Z-bx-ca&sig=ImWJ-WCcoN3hP7vQmXIOS5WtxGg&hl=es&sa=X&oi=book\\_result&resnum=1&ct=result](http://books.google.com/books?id=rGmU7O8ljkUC&pg=PA713&lpg=PA713&dq=poltronazo&source=web&ots=je6Z-bx-ca&sig=ImWJ-WCcoN3hP7vQmXIOS5WtxGg&hl=es&sa=X&oi=book_result&resnum=1&ct=result) (30 octubre 2008)

corresponden a un Jefe de Estado” (MP: 38), dice el embajador español, quien también habla de Bocanegra como “Jefe de Estado” y “Presidente”. Por su parte, el secretario particular, Tadeo Requena, segunda voz narrativa, le da el trato de “Presidente” y “Su excelencia” una docena de veces; “Jefe” nueve veces; pero también “Jefe del Estado” en tres ocasiones, e incluso “Todopoderoso” (MP: 69). “Jefe”, también le llama Luis Rosales, lo mismo que “Excelencia” y una vez “gran hombre” (MP: 114).

Como se ve, el tratamiento es el que corresponde a un gobernante que a su vez funge como jefe de sus subalternos, aunque en algunos casos se le otorga un poder ilimitado al llamársele “amo” o “todopoderoso”. Pero es el narrador el que le trata de dictador y tirano. No hay un consenso en el uso de estos términos por parte de los otros personajes, por lo cual se tendría una visión sesgada de la situación.

Por su parte, la descripción física del personaje es escueta y tangencial. El Presidente es un hombre que se distingue por utilizar en su vestimenta elementos que no se evalúan como apropiados para su cargo y las ceremonias en las que participa: botas altas, espuelas de plata aunque no cabalga nunca y “la camisa despecheretada” (MP: 68), es decir, abierta a la manera de los campesinos. Usa bigote. Todos símbolos de masculinidad y de poder, sobre todo los agujones de metal como “único símbolo de poder que le gusta exhibir” (MP: 68). “Espuela” tiene como acepción también ser un acicate que obliga a realizar o apresurar una acción, y se emplea para aludir despectivamente a los militares en expresiones como «sufrir la espuela, estar bajo la espuela». La voz narrativa expone que en tanto mandatario de una nación, podría acceder a utilizar otros aditamentos propios de la posesión del poder como lo son el espadín académico, el bastón de mariscal, las charreteras de almirante o el capelo cardenalicio, en consecuencia, optar por los que representan a las instituciones como el Ejército (de tierra o mar), la Academia o la Iglesia. Pero opta, para reproche de Pinedo, por aquel que le identifica con los hombres de a caballo, los de la sociedad civil y rural. Aunque hay otro personaje, el coronel a cargo de la Policía Montada, quien también usa “botas altas y lustrosas, el tintineo de sus espuelas” (MP: 23). Es decir, Bocanegra comparte uniforme con sus subalternos. Bocanegra pertenece a la burguesía, sin embargo, se aparta de las convenciones sociales para vestirse de una manera que no corresponde con su pertenencia a un grupo social

privilegiado, no obedece a las prescripciones del orden normativo de su condición; no manifiesta que posee los medios económicos suficientes para comprarse algo más apropiado, mucho menos el buen gusto que se cultiva cuando se tiene el capital monetaria para hacerlo.

Su voz es “áspera, curiosamente matizada de inflexiones tiernas, casi quebradizas” (MP: 27), es decir, una voz con irregularidades, grietas, carente de suavidad, pero que llama la atención porque contiene cariño y fragilidad a la vez.

Algo que se enfatiza en el texto es la forma como mira: “larga, fría, tenaz, pegajosa”, una “mirada pesadísima”, mira sin ver” (MP: 69), sobre todo cuando bebe: “mirada de tigre que nuestro aguardiente le pone al Jefe” (MP: 77). Ésta es una característica que le distingue de los otros, de los que le rodean. Bocanegra no comunica con la voz, pero sí con los ojos al que le ve. El poder que ejerce sobre los otros se trasluce en esa forma particular de depositar la mirada, así como la parte animal e instintiva sacada a flote a causa del licor. La mirada tiene especial importancia para Bobes porque es la que articula los espacios del sistema de poder, es la que articula sitios y atraviesa distancias, la que controla a sus colaboradores o subordinados (Bobes, 1993: 21), es decir, la que vigila y, por lo tanto, se convierte en el recurso que permitirá las estrategias o los castigos: “según sea la mirada, así serán los límites que imponga a los espacios en los que han de moverse los personajes. La mirada del dictador limita el mundo de la dictadura” (Bobes, 1993: 22). Es algo de ida y vuelta porque si bien el mandatario ordena o delimita a través de la mirada, hace falta que la contraparte responda complementando lo que recibe, en este caso se trata de un asunto de obediencia, como Tadeo obedece a Bocanegra o a doña Concha, como Pinedo obedece a Olóriz o María Elena a Práxedes. Es una relación de sumisión de un individuo a otro, otro al que confiere un estatus diferente del suyo, más alto, más fuerte y que si bien se inserta en lo social, apela a un sistema de tú a tú. Tiene mucho de cristiano esta actitud porque más que obedecer a una ley, un principio o un elemento racional, “se pone bajo la dependencia de alguien porque es alguien” (Foucault, 2008b: 175).

La delineación de las características anímicas de Bocanegra tampoco es abundante: en el diario de Requena se menciona que Bocanegra “callaba y observaba, observaba y callaba, hasta hacer olvidar a las gentes, demasiado

entretenidas en sus discusiones y en sus tragos, que ahí se hallaba él al acecho” (MP: 73) o “adormilado como un cocodrilo al sol” (MP: 71). La reiteración de la carencia de palabras, del no uso de las formas típicas de la comunicación se contraponen con la figura de un mandatario activo y relacionándose con los que le rodean. Hay un espacio vacío entre él y los demás. También se le denomina “viejo estudiantón fracasado” (MP: 29), esto es, se hace hincapié en su carencia de los grados académicos suficientes que legitimaran su posición dentro del gobierno, tomando como eje la relación estudios-altos cargos como si los unos implicasen los segundos o, por lo menos, no se entendieran los segundos sin los primeros.

En un episodio que se da en medio de la fiesta de la independencia del país, cuando la banda toca de manera interminable el himno nacional en espera de que el Presidente marque el final, éste no lo hace: “Bocanegra continuaba en la misma actitud, como si se le hubiera ido el santo al cielo, sin querer darse por enterado de nada. El muy desgraciado se complace con frecuencia en hacer cosas por el estilo; diríase que tiene una vena de loco” (MP: 58), cuenta Requena. En contraste, la gente del pueblo que presencia el desfile y aguanta las altas temperaturas en espera a que el Presidente decida por fin dar por terminado el espectáculo representa como en ningún otro momento la sociedad de masas, definida por Giner como “la homogeneización de un complejo cuerpo social en una masa única pasiva, consumidora, receptora de instrucciones o estímulos y, en el fondo, dócil e incapaz de una rebelión realmente revolucionaria” (*apud* Ayala 2008: 31).

Es la sociedad con su pobreza espiritual, precisa Ayala, cuya existencia se limita a la mera emoción provocada por símbolos simples como himnos, banderas o emblemas, por eso cada ser humano de estos que han sido absorbidos por el marco cultural de la nación se convierte en “símbolo mediante los uniformes, marchas, paradas, saludos, gritos rituales, etcétera, disimulando bajo esta balumba formal la oquedad desesperada del alma” (TS: 567), lo más triste de todo es que Luis Rosales, otrora miembro de las familias prominentes, doctorado en París, hombre de delicados modales y vasta cultura se transforma en hombre masa según evidencia su afán por enseñar a un perro a ladrar el himno nacional. Asimismo personifica a los sectores que se pasan a la causa revolucionaria, dice Ayala en su *Tratado de sociología*, “haciendo traición a su clase” (TS: 766).

Durante el desfile Bocanegra se muestra “inmóvil como una estatua” e “invulnerable al flagelo del sol” (MP: 54), así como que le denomina “firme, tieso” (MP: 56). La actitud de ensimismamiento se repite cuando Bocanegra recibe un doctorado *honoris causa* y durante la ceremonia él se la pasa “mirando al techo, con los brazos cruzados y la expresión ausente” (MP: 69). Sus características son las de alguien que resiste mucho y no responde de la manera acostumbrada a lo que le rodea, trátase del sol o de una ceremonia en su honor.

La conducta del Presidente es taciturna e introvertida, por lo que no corresponde al arquetipo de un gobernante, no cumple con el papel que se espera de él, de ahí que se genere tanto rechazo. Esta manera de ser es tanto en la vida pública como en la privada, aunque sea entendida como con una doble intención, pues Loreto afirma:

Bocanegra era terco, el señor, como un mulo, y desde luego no se plegaba a su cónyuge tanto como la gente piensa. La dejaba hacer, y con eso daba lugar, el muy astuto, a que ella cargara con todas las culpas; pero cuando de veras no quería una cosa, ahí apontocaba los pies, y no había quien lo moviera (MP: 139).

Por otra parte, se sabe más de él debido a su afición por la bebida: “Adormilado y embrutecido [...] con el vaso de aguardiente siempre al alcance de la mano” (MP: 74), lo describe Tadeo; los síntomas de la borrachera se le notaban cuando “empieza a fijársele la mirada, endureciéndosele las facciones y embotándosele las ideas en una especie de obstinación taciturna” (MP: 76). Todos sabían que bebía, dice Pinedo, y que prefería el aguardiente de caña del país (MP: 75). Le gustaba hacerlo cuando visitaba las cabañas de paja, a la orilla de los arroyos o en las cantinas donde se detenía a alternar con la gente, “los mugrientos” (MP: 76) les llama Tadeo, y aceptaba la copa que ellos le ofrecían. Hechos que más tarde aparecerían como reportaje fotográfico en los diarios (MP: 76).

El gobernante charla con la gente de los arrabales, algo que no hace con los demás durante las tertulias en palacio o en los actos oficiales, aunque al cabo también termina por volverse taciturno, lo cual en lugar de ser producto del “carácter siniestro que tantos imputan” (MP: 76), es posible que sea producto del tipo de alcohol que

consume. Esto es, se ofrecen las dos posibilidades dentro del texto, un ejemplo de la ambigüedad con que se edifica este personaje.

Las fuentes primarias de información del Presidente son ofrecidas por Tadeo Requena y el ministro de España. Lo demás proviene de Loreto, quien le conoce a través de doña Concha y de lo que le ha contado un amigo; de María Elena por lo que dice su madre; de Pinedo, en tanto ciudadano resentido ante el poder que ejercen los demás y con base en razonamientos extraídos de conversaciones con sus informantes. Es decir, se forja con noticias de segunda mano, lo cual refuerza la sensación de imprecisión acerca de los caracteres del gobernante.

Se tiene, pues, a un personaje que representa la taciturnidad, la locura, la ausencia, la astucia, la terquedad, la inmovilidad y el vicio, que parece sólo reaccionar cuando se encuentra en contacto con la gente del pueblo, es decir, es anormal que prefiera estar con gente de menor estatus social y económico que aquellos que serían sus pares naturales dada su investidura. Por otra parte, la sistemática de la animalización por parte del autor es evidente al utilizarse en Bocanegra palabras como ‘tigre’, ‘cocodrilo’, ‘al acecho’, ‘bestia’, ‘embrutecido’, ‘mulo’.

Su figura pública se relaciona sólo con ciertos ámbitos sociales, pues el retrato oficial “con una banda terciada al pecho, [...] se repetía en las paredes de todas las cantinas, en la panadería, en la comisaría, en la escuela (MP: 21), dice Requena, haciendo mención de los sitios a donde el Presidente asistía, pertenecientes a las clases trabajadoras. Esta predilección de Bocanegra por la gente del pueblo es particularmente enfatizado por el autor como una de las causas del descontento para con el Presidente. La razón estriba en que Bocanegra “pertenece también en cierto modo (en el modo de lo que se llama una oveja negra, arruinado y bohemio) al grupo de familias distinguidas que un día fueron omnipotentes en el país” (MP: 149), según explica el ministro de España a sus superiores.

Otro personaje, María Elena, repite las palabras de su madre: “Bocanegra era un perdulario”, pero reflexiona: “aun habiendo sido perdulario, no por eso dejaba de pertenecer a una familia decente” (MP: 180). Bocanegra había sido incluso magnánimo con ella y su familia, pues tuvo una actitud favorable para que mantuvieran su casa, sus bienes; y gracias al puesto que ocupaba Luis Rosales éste

pudo ayudar a la viuda de Lucas a salir en condiciones favorables del país, “todo esto merecía tomarse en cuenta –dice la chica–, pero la sentencia era firme, irrevocable: Bocanegra, un perdulario” (MP: 180). Es decir, no hay un juicio propio en esta joven mujer, puesto que corea las palabras de su progenitora, e incluso la actitud de su conjunto social al identificar al Presidente como malo independientemente de las buenas acciones. Bocanegra era miembro de una familia “decente”, esta palabra no solo es sinónimo de honradez o dignidad, o el sentido de “modestia en la posición social” o “aplicado a cosas, sin pobreza o miseria, pero sin lujo” (Moliner: 2006). Aunque también existe la connotación de familias conservadoras con características específicas como el ser cristianas, de costumbres intachables, de probidad comprobada, normalmente con recursos económicos suficientes aunque también se incluyen las venidas a menos; así pues, se convierte en sinónimo de las buenas maneras, el protocolo. Esto es, Bocanegra forma parte de una familia distinguida a la que no honra con sus acciones, de ahí que se le califique de ‘perdulario’, de mal administrador de sus bienes, malo para los negocios, pues no fructifica en ninguno de ellos.

Así que aun viniendo de un tipo de grupo nuclear con un buen pasado, el comportamiento de Bocanegra hacia el estrato social al que pertenece no es el esperado, pues representa un fiasco: “un gobierno que [...] no se distingue por su apego a las normas de la más elemental decencia” (MP: 149), explica el ministro de España en un comunicado a sus superiores; de ahí que se le desapruere también el mote de Padre de los Pelados, pues no es el que correspondería a un hombre con su cargo.

Es evidente también que las opiniones sobre Bocanegra provienen de segunda mano, pues María Elena repite lo que su madre decía y Loreto lo que un amigo de ella, un hombre que conoció al Presidente durante su etapa de la universidad:

era un fracaso viviente; el fracaso lo llevaba dentro, como un cáncer, y luego se ha visto que su encumbramiento no significaba regeneración, sino más bien un ensanchar y ahondar esa vocación suya de fracaso para que en él participáramos todos y nos hundiéramos (MP: 137).



La instancia narrativa jamás se encuentra en presencia del Presidente, por lo que es sólo por medio de lo que otro personaje le comunica como él concluye que Bocanegra fue

un joven, lleno de fuego, de generosidad, de amor a los desheredados (porque amor a los desheredados era su plebeyismo abyecto, y generosidad su verba (*sic*) irresponsable, y fuego su resentido encono, y talento la demagogia atroz del *Pai'e los Pelaos*) (MP: 138)

La marcada preferencia de Bocanegra por los pobres se remonta, pues, a su juventud, cuando él conoce a la que sería su esposa. En esa época él se dedicaba a infructíferos negocios tras los cuales “compadecido del pobre pueblo sufridor, y de sí mismo, descubriera su vocación política” (MP: 142). Vocación que sale a flote gracias a los consejos de Concha. La llegada al poder es narrada por un español, el periodista Camarasa, para quien Bocanegra hace uso de discursos calificados de demagógicos y llenos de promesas, los cuales devienen en la agitación popular de las clases menos poseídas, que se sienten atendidas e identificadas. Sin embargo, la postura populista se da gracias al “descuido, la sorpresa y el desconcierto de las clases altas, a quien sus alharacas atemorizaban” (MP: 33), y no exhibe el inmediato comportamiento característico de este tipo de gobernantes, ya que,

en lugar de transar con la realidad como era de esperarse y, sentando por fin cabeza, haberse aplicado a rehacer tranquilamente su disipada fortuna, defraudó una vez más a los suyos y prefirió saciar sus injustificados rencores mediante festines de refinadas e hipócritas represalias, frías humillaciones, vejámenes tanto más irritantes cuando minúsculos, y –lo que era en verdad insufrible– consintiéndole todo a la chusma (MP: 33).

Lo habitual hubiese sido que hiciese suyos los intereses de los de su clase, de los hacendados; de ahí que éstos no se esperaran que fuese de otra forma y por eso los sume en el desconcierto; asimismo tampoco se da el enriquecimiento inmediato del Presidente, acto que es esperado y considerado normal por los españoles, sin embargo, al no hacerlo, rompe con el esquema tradicional y provoca el malestar de

las clases altas, contrario a lo que podría suponerse. Es por lo que además el ministro de España critica la forma como Bocanegra accede a la presidencia, así como el hecho de que la mayoría en la Cámara de Representantes y en el Senado, le den su apoyo. Para el extranjero, aquél ganó las elecciones

mediante el terror, bajo la presión de las hordas que no había vacilado en desencadenar sobre su desdichado país para tal propósito, y que al grito grotesco y ominoso de *¡Viva el PP!* (Padre de los Pelados, en abreviatura), arrasaban con todo (MP: 38).

El Presidente no solo deja de responder a los intereses de “las antiguas familias del país” a las que perturba y despoja de sus bienes, sino que además se identifica con los pobres y se autodenomina su padre. Este vínculo con los desfavorecidos tiene dos lecturas; una, que para él no hay diferencias sociales, está cerca de los desfavorecidos porque de esa manera sabe lo que ellos necesitan, comparte sus alegrías y desazones, y es bueno como Gandhi; otra, la que le dan los otros personajes es la siguiente: “sabed que vuestra inclinación hacia la gente común ofende a quienes somos vuestros iguales” (LU: 237). Esta frase encaja perfectamente con lo que ocurre a Bocanegra, sin embargo, es dicha por la anciana reina de Aragón a su sobrino Pedro I en “El abrazo”, de *Los usurpadores*, ella complementa su amonestación revelándole “los riesgos y daños de su desvío para con los poderosos” (LU: 237), así como ser asistido por un judío, alguien ajeno a ellos. A Bocanegra, siglos después, se le reprocha lo mismo que a un rey: sus malas compañías que mancillan y disminuyen su autoridad o que su asistente sea un pobre traído del pueblo.

El reproche tiene su fuente en lo que Ayala llama el sistema de las normaciones (*sic*) sociales el cual ordena la convivencia entre individuos de diferentes clases sociales (cfr. TS: 255-283), para el cual “el recinto de la personalidad individual queda cerrado a piedra y lodo para quienes pertenecen a clases distintas dentro de la misma sociedad” (TS: 261). Toda persona que obre en contra de sus normas “atrae con ello sobre su cabeza el peso de la *fatalidad*, sólo por excepción es valiosa y fecunda: casi siempre indica meras anomalías psíquicas que perturban su integración social” (TS: 263). Dichas directrices parten del hecho de que todo individuo sabe que pertenece a una clase social específica y, por lo tanto, es

ajeno a las demás; por esa razón al tener clara su pertenencia “incluso está creando, desde su perspectiva, la clase misma”; así, comparte con los demás miembros de su grupo un saber que se ejercita en las vivencias colectivas porque

La conciencia del *nosotros* aísla al grupo de que formamos parte trazando una divisoria entre nosotros y los demás, mediante la cual comenzamos a adquirir perfil y sustantividad frente al resto indiferenciado de lo que existe, del conjunto de los seres humanos (TS: 270).

Ese *nosotros* se manifiesta en una solidaridad estrecha que permite conservar la cohesión ante la presencia de extraños a los que excluye, es “una adhesión poderosa e incondicional del individuo a su clase” (TS: 272) porque se trata de preservar el destino propio, revela Ayala,

esa conciencia de la comunidad de vida y de destino es lo que mantiene a cada clase social apretada en sí, coherente, unida por un lazo de fidelidad radical que, en último término responde al instinto de conservación: pues se trata de conservar la integridad de la persona individual dentro de sus estructuras psíquicas fundamentales, y se trata también de conservar las estructuras sociales que son molde de aquéllas y condición de las vidas que discurren por su cauce. Pues en el fondo todo conservadurismo social anida el ansia de autoconservación personal (TS: 273).

En suma, lo que Bocanegra ha hecho ha sido atentar contra su propio grupo, la clase social a la que pertenece de nacimiento y por herencia, provocando con su actitud el miedo a romper las estructuras sociales en las que está inserto. No era necesaria una revolución armada para modificar la sociedad a la que gobierna, él menoscaba los privilegios de los suyos al intentar mimetizarse con otra clase, la de los pelados, adoptando la vestimenta, el gusto por el licor barato, la preferencia de la compañía de la gente común. Para Ayala es lamentable espectáculo además de un intento que sólo llevará al fracaso porque profesar modalidades de un estatus que no es el propio no significa que se logre penetrar en lo profundo de esa clase social.

Por eso, la actitud de Bocanegra provoca que uno de los hacendados afectados, Lucas Rosales, se decida a ingresar a la política con la finalidad de “montar la estrategia contra el bocanegrismo, con vistas a sacar de la anarquía a su patria” (MP: 39). Exactamente lo mismo que querían hacer los parientes de Pedro I

en el mencionado relato, todos quieren gobernar para que no cambien las circunstancias.

La postura de Rosales era conocida por el ministro de España, quien lo describe como “jefe indiscutible de las fuerzas opositoras” (MP: 37); para el ibérico, Rosales, quien llega a senador, representa la “esperanza y guía de las fuerzas del orden, tan castigadas por la acción del actual régimen”, y lo habría logrado gracias a sus supuestas virtudes y su relevancia social (MP: 38). Su respuesta a un sistema que no le favorecía era apoyada por el clero “que prestaba a su causa los recursos sutiles y tan poderosos del púlpito y del confesionario” (MP: 36), así como por los cuadros superiores del ejército (MP: 36). Sin embargo, Lucas será castrado por un “grupo de campesinos, colonos o braceros *suyos*” (MP: 40, el subrayado es mío, A.G.), o sea, por sus propios trabajadores.

El sistema de gobierno que rige en *Muertes de perro*, con el enfrentamiento entre dos caciques –Lucas Rosales detentaba el poder *de facto*, pero éste le es arrebatado por Antón Bocanegra mediante vía electoral, por lo cual se prepara para acudir a las urnas y recuperarse– es similar al que vivió España bajo el caciquismo. Durante el periodo de la Restauración española (1874-1923), se vivió un fenómeno político específico así denominado; Ayala escribe a propósito: “los caciques eran los jefes indígenas a través de cuyo poder local el aparato de gobierno montado por una Constitución liberal se conectaba con una sociedad de estructura agraria” (Ayala, 1977: 26), y una de sus principales actividades además de la de conexión, era que se encargaban de controlar los votos de su localidad a través del fraude y el abstencionismo impidiendo en su momento la reforma de la política nacional. Los caciques eran personas con poder económico que contaban con grupos armados a sus órdenes para lograr, mediante la intimidación, sus propósitos.

La función principal del caciquismo, por lo tanto, era la manipulación electoral (manipulación del censo electoral, relleno de casillas) que favorecía a sus propios candidatos quienes indefectiblemente ganaban los comicios y obtenían con ello inmunidad respecto a los gobiernos centrales y la posibilidad de controlar la parte administrativa a su antojo bajo el sistema del clientelismo o sistema extraoficial de intercambio de favores. Así, fue una constante que el fraude estuviese presente en las elecciones españolas. Esto no quiere decir que ganase siempre el mismo partido,

sino que había una mezcla de intereses al interior de los existentes, una gama de intereses que dio lugar a numerosos líderes en espera de ganar.

Durante el reinado de Alfonso XIII el sistema político y social que el caciquismo representaba gozó de gran auge y aunque fue disminuyendo paulatinamente, duró hasta el siglo XX. Se anhelaba el cambio político de ahí que el golpe de estado del general Primo de Rivera significara cambiar las formas y regenerar al país. Se concebía la labor del dictador casi como la de un mesías que milagrosamente iba a sacar al Estado de su postración. Sin embargo, las medidas contra el caciquismo no tuvieron el efecto esperado porque aunque se suspendieron ayuntamientos y diputaciones, y cada provincia fue motivo de inspección por parte de militares y delegados gubernativos, éstos últimos terminaron sustituyendo a los caciques o se encontraron con trabas jurídicas, pues los jueces también formaban parte de las redes caciquiles.

No fue hasta la proclamación de la II República, con la transformación de orden democrático que implicó y el establecimiento de una nueva y mejor legislación electoral como logró llevarse al sistema caciquil a la crisis. Sin embargo, las instancias tradicionales del poder en el ámbito agrario comenzaron a organizarse en defensa de sus intereses a través de partidos capaces de competir en la nueva situación. Así surgieron nuevas fuerzas políticas de talante conservador como los agrarios; otras sufrieron un significativo proceso de moderación como el radicalismo, y también se formaron importantes partidos de masas.

Francisco Abad, en su “Comentarios a la interpretación de la historia de España de Francisco Ayala” (1992: 49-66), resume la situación histórica vista por Ayala de la siguiente manera:

Francisco Ayala tiende a valorar el caciquismo en tanto un ‘resultado transitorio’ del designio canovista de ‘implantar en España la democracia liberal’, pero nuestro autor se muestra sin duda generoso: la interpretación historiográfica que parece más cercana a los hechos es la que distingue en don Antonio Cánovas<sup>42</sup> un discurso

---

<sup>42</sup> Figura de la política española de la segunda mitad del siglo XIX, artífice del sistema político de la Restauración, líder del Partido Conservador; considerado como uno de los más brillantes políticos conservadores de la historia contemporánea española y criticado por sus detractores por crear una falsa apariencia de democracia mediante el “turno de partidos”, por suspender la libertad de cátedra en

sembrado de consignas integradoras y de tolerancia, y una práctica política tendente a consolidar y mantener el bloque de poder económico y político y la defensa de la propiedad; surge de esta manera el procedimiento que se estima imprescindible de la falsificación del sufragio en un marco de caciquismo. Con palabras más de una vez recordadas José María Jover lo ha dicho: ‘El político en Madrid; el cacique en cada comarca; el gobernador civil en la capital de cada provincia como enlace entre uno y otro, constituyen las tres piezas claves en el funcionamiento real del sistema’ (Abad, 1992: 50).

En el informe del ministro de España de *Muertes de perro* se evidencia cómo se lleva a cabo el proceso entre los dos caciques:

dominaba [Rosales], por así decirlo, no sólo su pueblo y la circunscripción de San Cosme, sino la provincia entera de Tucaití, único sector del país [...] que fue capaz de resistir victoriosamente en las elecciones últimas a los asaltos de loca demagogia dirigidos por Antón Bocanegra el actual Presidente de la República y entonces famoso y temido Padre de los Pelados, como gustaba titularse él mismo antes de sabotear los honores que corresponden a un Jefe de Estado [...] Tras unas elecciones que ganó mediante el terror, bajo la presión de las hordas que no había vacilado en desencadenar sobre su desdichado país para tal propósito, y que al grito grotesco y ominoso de ¡Viva el PP! (Padre de los Pelados, en abreviatura), arrasaban con todo (MP: 38).

La contienda electoral ha pasado por un proceso violento que ha obligado a los sufragistas a optar por algo que no desean. Las vivas al “PP”, aun cuando se aclare que es la abreviatura del alias con que se le conoce a Bocanegra, responde más a las siglas de un partido político.

Continuando con la historia del personaje Rosales, éste es asesinado sin que se encuentre y/o castigue a los culpables; su asesinato se le imputa a Bocanegra. Según el español, la muerte del hacendado significa “una enorme conmoción”, provoca “un estado de general ansiedad, y poniendo en movimiento a todo el mundo,

---

España o por su postura favorable al esclavista. Propuso un sistema bipartidista donde los fraudes electorales periódicos, apoyados en el caciquismo hacían posible la alternancia en el poder, como medio de disipar tensiones.

presa del pánico los unos, envalentonados, arrogantes, amenazadores los otros, y todos excitadísimos” (MP: 38).

Esta muerte no parece ser sólo producto de un conflicto político sino también de una posible revancha femenina, pues es Concha quien se opone a los Rosales, con la incorporación de Luis como Ministro de Instrucción Pública, ella se molesta mucho e insta a su marido a que se retracte, pero al no lograrlo, para ella aquello significaba hacerse responsable de la muerte de Lucas y “ofrecerle a la familia una especie de reparación vergonzante” (MP: 140), según Loreto relata a Pinedo. Este hecho es el que marca una escisión entre ella y su marido pues para ella significaba un acto de “deslealtad hacia la causa por la que habían luchado juntos, y hasta una traición al pueblo” (MP: 143). La razón de tal actitud obedece a que en otro tiempo Lucas Rosales la maltrató, la trató “como a una vulgar prostituta” (MP: 141), por eso lo que el Chino López hizo con el senador, lo de la castración, fue una venganza de la mujer maltratada.

Lucas Rosales cubre el papel de antagonista. Su descripción concuerda con la de Bocanegra: “enorme y taciturno, con su gran sombrero sobre las cejas, el cigarro en la boca, y las altas botas de cuero bien lustrado” (MP: 49) y el caballo. Al igual que el Presidente, Rosales lleva elementos fálicos denotativos de poder: sombrero como aquel las espuelas; cigarro como el otro el bigote; ambos con botas; uno se sienta sobre un corcel, el otro sobre la silla presidencial. Igualmente son taciturnos. Rosales posee una “presencia imponente”, un cuerpo gigantesco, fornido” (MP: 49), también se le animaliza llamándolo “bestia”, y Tadeo Requena le da el trato de “poderoso” (MP: 51). Este personaje es motivo de odio de sus trabajadores: arrendatarios, aparceros y peones; su presencia se compara a la de un torbellino y todos los que se le cruzaban le rendían pleitesía con la costumbre de levantarse el sombrero, un acto similar al que realizan los hombres al entrar a la iglesia o encontrarse ante una imagen sagrada. Su muerte ocasionó tanto sorpresa como alivio entre los menos favorecidos.

Como ya se ha visto más arriba, Ayala diferencia dentro de la burguesía a los rentistas de los especuladores porque estos últimos se centran en el lucro; establece que las diferencias entre ellos se remontan al momento en que el propietario de la tierra discrimina con fuerza al “advenedizo negociante” exactamente como más tarde

el burgués rechaza al proletario (TS: 555). Rosales es representativo, pues, de los propietarios de tierras, de los rentistas:

pues aquel señor de la tierra no era otro sino la prolongación y secuela del antiguo dominador feudal, con su honor estamental y su estatuto privilegiado, contrapuesto al burgués, que se afirmaba en su actividad económica y fundaba en ella sus nuevas pretensiones político-sociales (TS: 555).

Entonces, Bocanegra pasa a ser del bando de los especuladores al dedicarse a negocios que nunca le funcionaron; pasa de su actividad comercial a la Presidencia, estableciendo con esa acción aquello que denuncia Ayala, el ejercer la política con parámetros económicos centrados en el desarrollo de la técnica material para la dominación y lejano de los principios cristianos o éticos que la dirijan adecuadamente.

En la diégesis, según Camarasa, el periodista ibérico, la primera parte del gobierno de Bocanegra entra en crisis debido al asesinato del senador Rosales, único miembro de las antiguas familias capaz de inquietar al dictador, a juicio de los ibéricos.

Lo es porque significa el triunfo de la organización social sin principios sobre el representante social de esos valores cristianos y culturales que personifica Rosales. Llama la atención que sean los extranjeros, los españoles, los únicos que sí tienen una visión del conjunto, esto es así porque para Ayala Europa –la cultura occidental cristiana es el ápice de la alta cultura (ICS: 928)– ha alcanzado un desenvolvimiento político y social que las culturas primarias –siguiendo la clasificación de Alfred Weber– no poseen (cfr. TS: Capítulo II). Este tipo de culturas primarias corresponden a las de “pueblos relativamente simples en su organización y relativamente reducidos en su voluntad, cuyos rasgos culturales, por tanto, se descubren también con relativa facilidad” (ICS: 923).

Y el que Luis Rosales acepte estar bajo el mando del supuesto asesino de su hermano, significa un parteaguas para el periodista, quien vaticina que la continuación es Bocanegra transformado en un faraón que se deshace de aquellos a los cuales trató con benevolencia en la corrección de sus faltas, los que confiaban en su honradez administrativa y en los cuales se apoyó para lograr su dominación, es



decir, “los pelados” (MP: 34). “No, este dictadorzuelo centroamericano –observaba con tono de desprecio el peninsular Camarasa– no había echado en saco roto la lección de Hitler” (MP: 35). Cabe advertir que se ha empleado un calificativo con sufijo de denotación diminutiva, despectiva y que resta importancia al papel de dictador o, en todo caso, implica que es uno de poca monta. Y con ello se ve de nuevo la ambigüedad: el narrador lo llama dictador y el personaje español le resta importancia. Si a esto se suma la postura ambivalente con que se muestra al gobernante en la introducción a la situación que vive el país, se reconfirma la incapacidad de una única visión del Presidente: Luis Pinedo dice en el primer apartado lo siguiente al referirse a Antón Bocanegra: “cuyo nombre, dicho sea de paso y en vista de cuanto ocurre, no sé ya si deberá calificarse de infame, según pensábamos muchos, o más bien enaltecerlo y llorarlo como esperanza frustrada y malogrado remedio de la Patria” (MP: 12).

Esta carencia de precisión, como se ve, es representativa del trato que se le da al personaje de Bocanegra a lo largo de la novela. Y no es una sola vez la mención a esta imposibilidad de ofrecer una opinión determinante sobre los sucesos, sino que se repite el esquema en otras dos ocasiones:

Muy mala, pésima es la situación de nuestro país bajo el gobierno de Bocanegra. Sin sus demagogias, no hubiéramos rodado hasta donde hoy nos vemos. Pero si, desde el hondón, volvemos la mirada hacia aquel tirano, su imagen se nos confunde ahora, casi, con la del bien perdido: tan relativas son las cosas de este mundo (MP: 95) [...] y al lado de lo que hoy usurpa irrisoriamente el nombre de gobierno, el gobierno de Antón Bocanegra hubiera merecido parangonarse en el de Marco Aurelio: tan relativas son las cosas de esta vida (MP: 123).

Para Hobbes, hay tres formas de República: monarquía, democracia y aristocracia; sin embargo, hay otras formas de llamar a los gobiernos: tiranía y oligarquía pues “no son los nombres de otras formas de gobierno, sino de las mismas formas mal queridas” (Hobbes, 1979:279). El filósofo inglés juzga poco apropiado creer que el gobierno es de diferente tipo dependiendo del agrado que se sienta por él o no.

Por su parte, en *El fondo del vaso*, el objetivo del protagonista es escribir la verdadera historia sobre lo que ocurrió pues la visión de Pinedo se reduce a haberse “atrevido a sacar a la luz pública” un libro que menoscaba

la memoria de un gran patriota, pundonoroso caballero y hombre integérrimo: el inolvidable Presidente Bocanegra –agrega José Lino Ruiz– cuyo nombre me propongo limpiar yo de tantas babas rabiosas como, a la hora de su caída, se mezclaron con las lágrimas de todo un pueblo; cuyo nombre quiero reivindicar rebatiendo, refutando y desbaratando tantas especies odiosas contenidas en las páginas que ese renacuajo de Pinedo escribió, y que otros de su laya se han encargado de propalar *post mortem* (FV: 9-10).

Para entender mejor esto, se precisa conocer dicha “situación” a la que alude la voz narrativa y que se refiere en concreto a los acontecimientos antes y después de la muerte de Bocanegra y la forma como ejerce su gobierno.

Las estrategias de poder de Bocanegra utilizadas durante su mandato incluyen el nepotismo, pues una vez que arriba a la silla presidencial, incluye en su gabinete al esposo de la mejor amiga de Concha: Antenor Malagarriga a quien coloca al frente del Ejército y quien llegaría a ser general. Este hecho es desaprobado por Pinedo, quien considera que el general fue “el primero en servir” a Bocanegra (MP: 42), es decir, que un elemento de buena familia ingresa al servicio del Presidente renegado.

Su actitud al contratar a su personal es calificada por el ministro español como un “arbitrio ilimitado con que el Presidente Bocanegra procede a las designaciones” (MP: 152). Ejemplo de ello es cuando llama a Luis Rosales, hermano de Lucas, el senador que encabezaba el movimiento contra Bocanegra, a que se sume como Ministro de Instrucción. Este acto es también motivo de censura por parte de la instancia narrativa: “un régimen capaz de tener bufón semejante a la cabeza del sistema de educación pública” (MP: 60). Después del asesinato, su hermano Luis Rosales ingresa al gobierno como Ministro de Instrucción, lo cual es visto como muy malo porque se pone bajo las órdenes del supuesto asesino de su hermano, pero no sólo eso sino que los rentistas se rinden ante el poder de los especuladores, los representantes de los valores éticos y cristianos ceden ante la voluntad de

dominación. Por eso la acción de Bocanegra al invitar a Luis Rosales es traducida por Pinedo como un intento de

desacreditar y ensuciar de una vez por todas, después de haberla arruinado, el nombre de esa vieja e ilustre familia, nadie dudará que lo consiguió con creces: la rechifla entre las personas decentes fue inmensa, tanto más que el aliento de la *envidia* atizaba en muchos casos el fuego de la indignación moral (MP: 42).

Sobre la actitud de Luis Rosales al aceptar, Ayala explica que

tan esencial es la libertad a la condición humana, que precisamente se evidencia con mayor realce en aquellas situaciones donde faltan por completo los supuestos externos de su ejercicio. El extremo de la coacción, la más brutal amenaza, la más implacable alternativa, suministra, en efecto, al mártir la ocasión de afirmar su libertad bajo la forma sublime del martirio. Pero ha de entenderse que no solo realiza un acto libre quien afronta el martirio para oponerse a la coacción que pretende determinar su conducta mediante la amenaza; también el que pliega su voluntad y cede a la coacción realiza un acto libre, puesto que elige entre dos posibilidades que –dolorosa, es cierto, pero efectivamente– abren ante él su alternativa. Sin embargo, los valores afirmados en uno y otro caso son de signo opuesto. Mientras que en el primero se entrega la vida para salvar la libertad, en el segundo la libertad es ejercitada contra sí misma. Del hombre que rinde su conciencia a la coacción exterior se dice que se ha degradado, y las formas acuñadas del lenguaje envuelven siempre un profundo sentido que trasciende a su significado vulgar; pues, en efecto, quien emplea su libertad en aniquilarla ¿qué hace sino destruir la raíz de su condición humana? ¿Qué hace sino renunciar a su humanidad, apearse de ella y descender al terreno de los puros instintos? (Ayala, 2005: 29-30)

Otra contratación que se da en un momento anterior dentro de la diégesis es la de Tadeo Requena como su secretario particular. Bocanegra manda traer al joven, a quien los demás presuponen es su hijo natural, de su pueblo de origen, San Cosme; le consigue un grado de doctor y lo convierte en su mano derecha. Para el español, estos hechos están motivados por parte de Bocanegra por tener gente como él, es decir, es peyorativo, en el sentido en que al gobernante le agrada estar rodeado de la

gente del pueblo. Es mal visto, pues, que no lo haya escogido de entre las familias distinguidas, sino que “lo había sacado de la última miseria para convertirlo en su perro fiel” (MP: 35).

Un miembro del gobierno cuya carrera incomoda al español Camarasa es la de Pancho Cortina, quien de simple policía pasó al frente de la Dirección de Seguridad del Estado debido a sus méritos en la organización de la brigada de la Policía Montada, a la que reforma y confiere un poderío que no poseía y el cual se hace evidente por su contraste con el ejército en el marco de la primera celebración de la Fiesta Nacional (MP: 55). El éxito se traduce en el ascenso de Cortina, de teniente coronel Reorganizador de los Servicios de la Dirección General de Seguridad del Estado y comandante de la Policía Montada a coronel (MP: 63, 64). Incluso la guardia del Presidente fue formada por la Policía montada, en lugar de la “decorativa escolta presidencial” (MP: 55), dice Pinedo, refiriendo que este cambio fue un secreto conocido por pocos. Para Camarasa, sin embargo, el buen desempeño no significa otra cosa que algo desagradable:

Ojo con ese mozo también; no sería raro que viéramos *desarrollarse* ahora bajo su acción las fuerzas de policía, en *detrimento* del Ejército nacional, del cual no hubiera sido fácil desplazar en seguida a los viejos coroneles y generales borrachones, que eran un peso muerto y que, por inertes, resultaban inmanejables con sus resabios, sus pretensiones, sus cien mil mañas (MP: 35).

Por otra parte, como en muchos otros países, la figura del Presidente es intocable, un ejemplo de ello es cuando Luis Rosales pate a un perro que irrumpe durante el desfile del día de la independencia lo cual le convierte en el hazmerreir: “Y ¿a que si es Bocanegra mismo quien realiza una cosa por el estilo todo serían ahora elogios y maravillas?” (MP: 60), pregunta Camarasa.

Asimismo, Bocanegra movía a su gente según fuese necesario, aunque en ocasiones fuese tomado como una felonía: “Repasaba y desmenuzaba conocidos episodios en los que Bocanegra se había desembarazado –a traición, como ella [Concha] dijo– de colaboradores íntimos, a quienes fulminaba él cuando más confiados estaban”, escribe Tadeo.

Cuando Malagarriga fallece,

en lugar de sustituirlo en la cartera de Guerra, dividió Bocanegra el Ministerio en tres Subsecretarías independientes, confiadas a sendos coroneles de las respectivas armas, y todavía creó otra Subsecretaría –independiente también: la Subsecretaría de Orden Público– para Pancho Cortina... (MP: 226).

Bocanegra despide a Doménech de su puesto de director del Banco Nacional de Crédito y Subsidios por ladrón, se le incautan todos sus bienes, incluso los personales. Tadeo reconoce que todos sabían que era ladrón, pero no el más notorio de ellos, aunque nunca se supo porqué a él si lo echó.

Durante el mandato también ocurrió una desaparición: “me estaba acordando entonces del Juancito Álvarez, solo un año mayor que yo, a quien poco antes lo habían prendido así, junto con otros dos hombres ya mayores, sin que nunca más se volviera a saber de ninguno” (22), recuerda Tadeo Requena cuando fueron por él para llevarlo ante Bocanegra.

Para el narrador se vivía en medio de un

ambiente de obsecuencia, servilismo y grotesco envilecimiento a que nos había conducido el régimen de Antón Bocanegra, al mismo tiempo que se perfila el retrato moral del tirano y también de rechazo, el de este secretario que había de ser su asesino (MP: 88).

Durante el mismo periodo, dentro de la Exposición Nacional de Artes Populares y Folklore Nativo, organizada por el Instituto de Artes, Ciencias y Letras de la Nación, a cargo de Tuto Ramírez, Carmelo Zapata se roba a un niño dios porque tenía muy evidentes los testículos (MP: 79-87), lo cual es una irreverencia para la sensibilidad religiosa. Algo más hilarante es la muerte de la mascota de la Primera Dama y la intervención estadounidense para resarcir la pérdida.

Un acontecimiento más es que Camarasa publica su artículo “Cómo se hace una nación” y hay respuesta airada al respecto. Sin embargo, Bocanegra no le da tanta importancia, “el mala sangre” (MP: 94) del Presidente se pone de su parte; lo absuelve, a juicio de Pinedo.

Tras la muerte de Malagarriga, su esposa Loreto inicia una serie de sesiones de espiritismo con la finalidad de ponerse en contacto con su marido. Incluye a Concha y luego a Tadeo. Concha y Tadeo inician relaciones sexuales (MP: 108-112). Estos hechos serían el “ambiente donde se incubó la actual tragedia de nuestra patria” (MP: 113), a juicio de Pinedo. Aunque también los califica de absurdos, triviales, insignificantes, tonterías (MP: 122). En las sesiones se aparece el espíritu del senador Rosales y le da órdenes a Tadeo para que librara “del tirano al país, si no quería sucumbir él también a sus manos” (MP: 146).

Un suceso insólito es el de Luis Rosales al enseñar a un perro a aullar el himno nacional. Tadeo mata al perro, para consternación de su dueño (MP: 114-121). Más tarde Luis Rosales se suicida.

Como puede apreciarse, el único estrato en realidad al que hace referencia Ayala es al de los dueños de tierras, los rentistas, y la anarquía en la que se ven envueltos a causa de que uno de los suyos no actúa como se espera, ellos son los que siempre han detentado la propiedad –y, por lo tanto, el poder– de ahí que se les distinga en términos de antigüedad. Parece que en realidad lo que se ha dado es una situación de justicia social. Asimismo están representados los gobernantes: de Instrucción, de Guerra, de Cultura y la burguesía a través de Pinedo, aunque éste también pertenece a una familia acomodada, y Tadeo, quien tiene un ascenso social fuera de lo común al transformarse en secretario particular del Presidente.

#### 11.1.1 Tras el magnicidio

En la segunda línea de la novela *Muertes de perro* aparecen las palabras “revoluciones, guerras, asaltos, asonadas”, pero matizadas porque se refiere a ellas a través de la visión del cine y porque resultan difíciles de imaginar reales fuera de la pantalla, pero Pinedo afirma que a él sí le ha tocado “presenciarlas de veras (MP: 7). Sin embargo, se repite la sistemática de la ambigüedad que prevalece en la novela, pues ante la reflexión de sí mismo como historiador, hay la posibilidad de que lo que narra no sea tal:

Ocurre que, sin quererlo, el narrador aglomera en el relato asesinatos sobre incendios, incendios sobre violaciones, violaciones sobre robos, y así todo se acumula, revuelve y aprieta, muy concentrado; siendo más cierto que en la realidad, y tal como las cosas se desarrollaron, no hubo nada de semejantes bataholas, entreveros, bullas ni atropelladas, sino, sencillamente, que tal vez una mañana, cuando está uno terminando de afeitarse, alguien, otro huésped de la misma pensión, acude a contarle con la excitación natural, que el Presidente Bocanegra ha amanecido muerto después de una trashedada de una fiesta oficial en Palacio (MP: 13-14).

A continuación vendría la mención de esas “revoluciones” como “tanto y tan cruel desorden” y “torbellino” (MP: 7), “turbulento periodo” (MP: 8), en el que “todos se afanan por matarse unos a otros” (MP: 8). Estos hechos fatídicos son producto de la mano de Olóriz, quien dirige “la horrible zarabanda” (MP: 8). Éste es un viejo senil y lisiado que ha ordenado matar, interrogar y torturar a todos “bajo pretexto de pública salvación” (MP: 8) ante la incredulidad de Pinedo. A ese periodo, el ministro de España lo denomina “proceso de descomposición (o, si se quiere, como algunos pretenden, de transformación social revolucionaria)” (MP: 37).

Tras la muerte de Bocanegra se produce una situación de caos generalizado en el país centroamericano de la diégesis. Como es posible apreciar, las tecnologías de poder no son estructuras rígidas e inmóviles sino que se van modificando de acuerdo a los numerosos factores que pueden ser desde que el tipo de poder no sea compatible ya, pueden ser incluso espirituales como las relacionadas con la religión. Aquí se nota, pues el tipo de gobierno cambia y hay revueltas armadas no porque estuviesen en contra de Bocanegra, ni porque llorasen su muerte sino como resultado de un momento extraordinario en que el país se queda acéfalo. Luego, la violencia es una mera consecuencia del gobierno que ejerce Olóriz, forma parte de él y tampoco tiene nada que ver con el tipo de gobierno de Bocanegra.

La voz narrativa, casi a cada inicio de un apartado, menciona la atmósfera que envuelve a la nación: “Ellos pugnan, ellos luchan, ellos se arrancan la vida y, movidos por oleadas de ciega pasión, actúan como protagonistas” (MP: 9); “Los sucesos mismos, en su vendaval” (MP: 9); “La ola de violencias, desmanes, asesinatos, robos, incendios y demás tropelías que afligen al país desde la muerte del

Presidente Bocanegra” (MP: 12); “Mientras alrededor mío todos usan el facón o machete” (MP: 12); “Horror de épocas tales” (MP: 13); “En la ruleta de periodos turbulentos como éste” (MP: 15); “Y con el desorden que hoy reina en todo” (MP: 18); “Los actuales trastornos de nuestro país” (MP: 48); “Las inquietudes actuales, en esta cargada atmósfera llena de serias amenazas” (MP: 59); “Con razón nuestro país ha rodado hasta la sima donde hoy se debate, llora y sangra...” (MP: 66); “Tiempos de atropelladores sin escrúpulos, cuando –rotos los diques– nada parece imposible o excesivo para nadie” (MP: 72); “El desarreglo general en que todo se encuentra hoy, del nerviosismo que padecemos, y de la incertidumbre con que se trabaja” (MP: 147); “Acontecimientos revueltos” (MP: 147); “En los tiempos azarosos que vivimos” (MP: 217); “La gente afuera sigue matándose con frenesí, y pende en verdad de un hilo la vida de cada uno de nosotros” (MP: 107); “Esta historia nuestra que chorrea sangre por todas partes” (MP: 113), dice Pinedo. Él prefiere ocuparse en sus documentos que “pensar en el peligro que acecha” (MP: 122); “Hasta hoy, aun viviendo en medio de tantos horrores, los peligros que amenazan a uno eran en cierto modo imprecisos” (MP: 232); “En los tiempos que corren hay que estar alerta y bien al tanto de todo” (MP: 234).

Hay violencia, desmanes, robos, incendios, asesinatos. Hay sangre, peligro, muerte, nerviosismo, incertidumbre, horror. Pero no se sabe entre quienes o por qué. El autor no ofrece mayores datos al respecto.

Sin embargo, los únicos hechos que se suceden al asesinato de Bocanegra y la muerte de Tadeo Requena son los siguientes: en la capital al día siguiente del deceso, “una partida de forajidos entró en Palacio” (MP: 127) para llevarse presa a Concha, recluirla en el antiguo Asilo de la Inmaculada Concepción (MP: 128), donde un idiota asilado la mató. No se trata de la policía sino de malhechores que huyen de la justicia. No existe la participación de las instituciones legales en la aprehensión de la Primera Dama, sino un acto de gente que acostumbra a andar fuera de los poblados.

Por otra parte, el cambio de gobierno no se da a través de que suba el vicepresidente al poder o que se llame de nuevo a las urnas, sino que se trata en este caso de un régimen surgido de la arbitrariedad y la violación de normas, pues bajo las órdenes de Olóriz se constituye la Junta provisional revolucionaria, denominada Junta de Defensa del Pueblo, que usurpa el poder de la presidencia, cuya silla le



correspondería a Pancho Cortina “dada la posición a la que ya había llegado, con todas las fuerzas del orden público en un puño” (MP: 222), además de haber sido él quien mató al asesino de Bocanegra; era él “con toda seguridad, el sucesor de Bocanegra frente al Estado” (MP: 222). Sin embargo, no les es dable hacerse cargo de la herencia política pues sufre un accidente.

El Triunvirato que toma su papel estaba compuesto por Rufino Gorostiza, alias *La Bestia*, un ex luchador que se convierte en soldado, Falo Alberto, del primer escuadrón de la Policía Montada, subordinado por lo tanto de Pancho Cortina (MP: 223); y Tacho Castellanos, alias Salpicón, de los parques de Intendencia de donde sale para unirse a sus otros dos compañeros y encabezar “la Junta revolucionaria que habría de sacar a la Patria tanto de la anarquía como de la amenaza reaccionaria” (MP: 125). Son miembros del Ejército, del cuerpo policiaco y de la limpieza. Se había mencionado anteriormente que el Ejército de este país imaginario se encontraba en franca decadencia y que los altos mandos estaban a favor de la rebelión encabezada por Rosales contra Bocanegra. La Policía, por su parte, aunque reformada, se queda acéfala por el accidente sufrido por su Jefe máximo, Pancho Cortina, así como su detención e incomunicación “por superior disposición del tal Falo Alberto, y de otros dos sargentos perfectamente desconocidos: *Tacho Salpicón* y *La Bestia*” (MP: 223).

Los que encabezan esta Junta no son precisamente aquéllos en los cuales se esperaría que reposara el camino de una nación, sino que por el contrario, uno recibe el alías de *La Bestia*, calificativo que el autor utiliza tanto para referirse a Bocanegra como a Lucas Rosales. La palabra tiene las acepciones de animal irracional, se emplea como insulto, “se aplica a una persona que usa palabras o modales groseros o que hace más uso de la fuerza que de otra cualidad” (Moliner: 2006), que es bruto e ignorante.

Éste, junto con otro que tiene por nombre Falo, nombre que no necesita mayor aclaración, sinónimo de visceralidad y embrutecimiento; y uno más de nombre Tacho, palabra que designa al cubo donde se tira la basura; y al que apelan Salpicón, “cualquier cosa desmenuzada” (Moliner: 2006), proviene del área encargada de la limpieza, habitualmente compuesta por personas con poca preparación y de estratos humildes, puesto que realizan las labores que los empleados

cualificados o los universitarios se niegan a llevar a cabo. Así, un bruto, un hombre regido por la sexualidad y otro al que se relaciona con los deshechos, son los brillantes elementos que detentan el poder movidos por las órdenes de un avaro senil. La ironía no podría ser más perfecta. La forma como llegan al poder surge de la base de la desorganización y la ambición con que reaccionan los miembros del Gabinete tras la muerte de Bocanegra:

La disputa surgida en aquella reunión ministerial de emergencia, con secuela de insultos, bofetadas y puñetazos entre los miembros del gobierno a consecuencia de la rivalidad siempre latente hasta entonces en su seno entre los subsecretarios de Infantería y de Aviación; el escándalo indescriptible; las amenazas más o menos públicas y el conflicto armado; los esfuerzos mediadores del Arzobispo, maniobrando para restituir las aguas a su cauce o, según versiones maliciosas, para llevarlas a su molino; los actos de violencia que, de modo esporádico, empezaron a surgir; la insubordinación de los cuarteles, con el increíble espectáculo de desconcierto e impotencia de la oficialidad; en fin, la proclamación del estado de guerra por decreto del directorio o triunvirato que las clases de tropa habían puesto al frente de su famosa Junta de Defensa del Pueblo... (MP: 223).

La base del gobierno se encuentra dividida, lo cual da lugar a que los intereses privados sean más importantes que aquellos que salvaguarden el bienestar de la sociedad en general. El autor menciona el choque entre las fuerzas armadas y el clero, al parecer únicos grupos sobre los que podría recaer el poder, pero no aparecen ni las cámaras de senadores o diputados, ni ninguna otra representación del pueblo. Se opta por declarar el estado de guerra en un momento en que era absolutamente innecesario y se recurre a la violencia como respuesta a la incertidumbre, como puede apreciarse, pues tras haberse erigido este nuevo gobierno, la Embajada de España fue saqueada por un grupo de “insensatos” (MP: 9); “sufrió el asalto de las turbas” (MP: 166) porque después de la nota de Camarasa, se creía guarida del trío en el poder. Este es el único suceso intimidatorio en la capital, según da cuenta el autor. Esta situación concuerda con las palabras de Ayala: “caída la autoridad, en lugar de disminuir la violencia, aumenta” (Ayala, 1972: 93-94).

En San Cosme, por su parte, “la atmósfera se había puesto rara en el pueblo desde que llegó la noticia de la muerte violenta de Bocanegra” (MP: 169), explica don Antonio, párroco de Santa Rosa y capellán del convento, a Pinedo. La forma como repercutió “la revolución desatada desde el Palacio Nacional por el asesinato del Presidente” (MP: 165) fue en realidad a través de dos únicos actos relacionados con los Rosales, antiguos hacendados del lugar y no precisamente con la caída de Bocanegra, sino que ocurre aprovechando el vacío de poder:

No había pasado nada en los tres o cuatro días. Luego, sí; una mañana apareció el cuerpo de un hombre, cierto vecino, un tal López, colgado como gallina por los pies en el mismo sitio donde según rumores le habían hecho tiempo atrás una barbaridad al senador Lucas Rosales. [...] Todo mundo se olió que se trataba de un acto de represalia, más o menos ligado con la Casa grande (MP: 169).

Se trataba del Chino López, a quien dejaron suspendido de un árbol por los pies, y con sus testículos en la boca, en la Cortada de San José Bendito (MP: 15), el que castró a Lucas Rosales. Ambos actos delictivos pueden discernirse como una muestra de justicia popular, que al estar fuera de la legislación, es más violenta al mismo tiempo que más expeditiva.

Lo siguiente en la lista de sucesos es el ataque al Convento de Santa Rosa, perpetrado por una partida de más de treinta forasteros a caballo. Una vez que entraron y destrozaron todo se fueron al grito de “¡Vivan los Pela’os!” (MP: 170); don Antonio, cree que es porque ahí se había refugiado la hija de Luis Rosales tras la muerte de su padre y la abadesa era su pariente. La superiora, por su parte, huye e intenta refugiarse en la Embajada de España, pero como fue tomada, se oculta en algún otro sitio del cual no se dice nada. Las monjas deben salir del pueblo bajo el auxilio del párroco.

Así, estos dos son los únicos hechos graves en esa zona y, según informa la instancia narrativa,

aun cuando, claro está, no habían faltado otras tonterías desagradables. Al alcalde (que ya se eternizaba, la verdad sea dicha, en el puesto) lo habían destituido sin contemplaciones, instalando en lugar suyo a otro sujeto, que no era peor, aunque sí

más bruto; pero como el secretario municipal seguía siendo siempre el mismo, qué más daba. Aparte ciertas alharacas, ciertas estupideces y muchas salidas de tono, en el fondo todo seguía igual (MP: 171).

No se tienen más datos de quién lo destituye, ni cuáles son esas alharacas y salidas de tono. Pero sí se dice en la obra que todo aquello era obra del rencor: “El desorden revolucionario cubría, amparaba y cohonestaba la satisfacción de los más impacientes rencores” (MP: 230). Sin aclarar tampoco quienes eran los de los resentimientos. Lo que sigue a continuación son las supuestas muertes de José Lino Ruiz y del gallego Rodríguez, el periodista. Y el proceso de recopilación de datos de Pinedo, que incluye frecuentar a Olóriz y ponerse en contacto con Loreto, a quien encuentra gracias a que Olóriz le dice dónde está y porque ella sabe datos “acerca de la génesis de los acontecimientos actuales” (MP: 126). Que dichos datos radican simplemente en la historia de la infidelidad de Concha al Presidente, las sesiones espiritistas y la complicidad con Tadeo para llevar a cabo el asesinato del mandatario, la muerte de Tadeo y el accidente y encarcelamiento de Cortina. Aunque se deposita muchísima responsabilidad de los hechos a la mano derecha del gobernante: el “oscuro, turbio y atravesado sujeto que había de desencadenar los acontecimientos trágicos, para ser en seguida su primera víctima: el secretario particular Tadeo Requena” (MP: 9-10).

Por su parte, el personaje de Pinedo, en su afán de tener los documentos que le permitan escribir la historia, se enfrenta a Olóriz quien le hace temer por su integridad, de tal suerte que prefiere matar al viejo, hecho que no solo le significa salvar su vida sino que lo transforma en algo heroico:

...cuando se difunda la noticia de que el viejo Olóriz ha amanecido estrangulado en el porche de su casa, la ciudad y el país entero respirarán con alivio, aunque por el momento nadie sospeche de quién ha sido la mano bienhechora y libertadora que le puso el cascabel al gato; cuál es el nombre del ciudadano benemérito a quien algún día deberá levantar una estatua la Nación, reconocida (MP: 235).

Olóriz actúa de forma despótica una vez que impone su voluntad a todo el cuerpo social a través de un estado de violencia permanente que infringe las leyes, producto

de su sinrazón, sus caprichos y sus intereses personales que no correspondían con ningún intento de mantener o restituir el bienestar, lo suyo es un abuso de poder y en este clima es lógico que el crimen se multiplique.

### 11.2 Olóriz o el tirano

Hay tres figuras que detentan el poder en distintos momentos y de diferentes formas en la trama de *Muertes de perro*: Bocanegra, Lucas Rosales y Olóriz. Bocanegra y Rosales encarnan los antagonistas, representativos de dos grupos sociales diferentes: los hacendados que se manejan bajo un régimen feudal y el gobierno basado en la reivindicación de los menos poseídos y que atenta contra los intereses de los primeros. El primero se funda en el miedo que produce a sus trabajadores, quienes pasan a ser de su propiedad; el segundo en el manejo de un sistema que en este caso, está plagado de equivocaciones y malos entendidos. Tras la desaparición de estas dos formas de poder, se erige Olóriz, como el autor intelectual de un nuevo gobierno que se basa en el terror.

En *Muertes de perro*, el narrador da cuenta en el primer apartado, en la primera página de una situación política y social sumamente violenta y es en la segunda página donde se expone que el director de tal desorden es Olóriz. Así, queda claro la importancia de este personaje en la historia. El siguiente nombre es el de la misma voz narrativa, Luis Pinedo, le sigue como carácter la abadesa, luego Tadeo Requena y hasta en la última página de este primer apartado, el Presidente Bocanegra. Es hasta ese momento cuando se entiende que todo lo que ocurre y orquesta Olóriz es posterior a la muerte del mandatario. La historia está contada de tan buena manera que se llega a confundir al lector al hacerle creer que el tirano es Bocanegra, exactamente igual que lo creen los diferentes personajes, pues los apelativos de tiranía y dictadura que utilizan la instancia narrativa y los personajes españoles no corresponde en realidad con la forma de gobierno que ejerce Bocanegra. O, en todo caso, da idea de cómo el poder no pertenece a una sola persona o grupo sino que el poder funciona en una especie de relevos, de redes, de apoyos recíprocos o desfases (Foucault, 2005b: 17).

Por su parte, Olóriz es un personaje plano, ejemplo de aquéllos que se benefician del puesto burocrático que ostentan y de la corrupción. Antes de que

Bocanegra accediera a la presidencia, el anciano ya había obtenido por medios desconocidos un cargo que implicaba movimiento de dinero dentro del Ejército, el de Liquidador civil de pluses, dietas y viáticos al personal subalterno. También es favorecido por el nepotismo, pues Loreto, su sobrina, logra a través de su amistad con la Primera Dama, que lo incluyan en el gabinete como Administrador de servicios especiales y reservados es decir, con un mejor puesto también relacionado con el erario, lo cual implica que utilice el dinero de las arcas de la nación para su propio beneficio y sin rendir cuentas a nadie, dado que esos bienes estaban “exentos por su misma índole de fiscalización contable y librados en efectivo” (MP: 101) y con completa libertad de hacer con ellos lo que quisiese (MP: 95-96) , “frotándose las manos de gusto y de maña, muy complacido con mangonear esa turbia provincia subterránea de los Servicios especiales, que le proporcionaba dinero y otras satisfacciones menos conmensurables” (MP: 229).

Ayala recuerda la corrupción a lo largo de la historia en España de la siguiente forma

Yo nací en un periodo muy excepcional, cuando no había corrupción administrativa prácticamente: los ministros perdían dinero, e incluso algunos se arruinaban por serlo. Poco antes, sin embargo, hubo una corrupción galopante, que fue extraordinaria en la época de los Austrias, donde se produjo un robadero espantoso por parte de los administradores públicos. Cuando la República, de nuevo, hubo el escándalo del estraperlo del que la gente no se acuerda ya: un ministro hizo una concesión para una máquina de juego y le regalaron un reloj de oro. Ahora parece que regalan otras cosas a los administradores del bien público... Durante el franquismo la corrupción era lo normal: no sólo se daba en la Administración, sino que se filtraba a toda la sociedad, lo que producía un ambiente de inmoralidad general del que la gente no hablaba, porque aquello era una dictadura (Cruz, 1992: 25)

En la trama hay dos familias importantes, los Rosales y los Malagarriga. Los primeros están constituidos por Lucas, el senador asesinado y enemigo de Bocanegra; su viuda y sus hijos; su hermano Luis, tutor de Tadeo, Ministro de Instrucción, padre de María Elena y de Ángel; Práxedes, la abadesa del convento a

donde va a parar María Elena tras el suicidio de su padre. De la segunda familia da cuenta Pinedo: “Olóriz y yo éramos al fin algo parientes: sobrino yo del difunto general Malagarriga; y él, tío de Loreto, su viuda” (MP: 96). El general nunca se enfrentó a Bocanegra, viene a cumplir el mismo papel que Luis Rosales: estar a las órdenes del Presidente para disgusto de los demás miembros de la familia. Olóriz vendría a desempeñar un papel similar al de Lucas: desafiar no a Bocanegra, sino al régimen gubernamental imperante. Olóriz sería la contraparte de los esquemas básicos de los detentadores del poder, pues se trata de un hombre en malas condiciones del que resulta difícil creer a lo que logra acceder a juicio de Pinedo:

¿acaso este viejo Olóriz, lisiado ya y no menos impedido que yo, medio imbécil de senilidad, no es quien está, en cierto modo, dirigiendo ahora entre nosotros, con su mano temblona, la horrible zarabanda? ¿No es él quien decreta muertes bajo pretexto de pública salvación, quien ordena interrogatorios y dispone torturas y maneja, en suma, desde su rincón, los hilos todos de los títeres? Él es, aunque mentira parezca (MP: 8).

La descripción de Olóriz proporcionada por el narrador, en este caso, la única fuente que habla de él y a quien trata de frente, son desde “mi muy querido”, “venerable anciano” (MP: 228), “prudentísimo” (MP: 126), hasta “medio imbécil y malvado” (MP: 123), “inmundo carcamal” (MP: 228), “baldado” (MP: 124), “viejo ladino” y “viejo zafado” (MP: 234); “esfinge decrepita” o “crapulosa esfinge” (MP: 230) que, a pesar de manejar a su antojo los fondos del erario era

insignificante después de todo; un sujeto anodino, despreciable para muchos; a lo sumo, pintoresco y un poco irritable, pero nada más. ¡Y este es el hombre terrible de cuya lengua vacilante, de cuyo cerebro turbado cuelga hoy el destino de todos nosotros! (MP: 229).

Se trata, pues de un anciano lisiado, al que se le tiene tanto admiración como miedo, alguien con listezza y disimulo para conseguir lo que quiere, pero también senil y demente, para quien sobran los calificativos negativos y que pasaba desapercibido

pero, como ha podido advertirse, es un personaje constante a lo largo de la trama y cuyo pasado comienza más allá de la aparición en escena de Bocanegra.

Tras el asesinato del Presidente, Pinedo se acoge al resguardo de Olóriz, y se decide a nombrarlo su jefe tanto porque ya había trabajado para él dentro de los Servicios Reservados y Especiales; había recibido, entonces, “abonos” del fondo a su cargo por conceptos no aclarados, en fin, que “el viejo Olóriz me mantuvo medio abierta la bolsa del pan” (MP: 96). Aclara que se le aproxima más por instinto que por premeditación, aunque estar cerca de él no es garantía de seguridad pues los mecanismos de poder de Olóriz abarcan a todos:

pero fue el instinto quien me avisó del árbol a que debía arrimarme en busca de sombra [dice Pinedo]. A su amparo vivo, aunque nadie puede sentirse muy en seguridad al lado de este viejo ladino. La misma manera como ejerce él su influencia tremenda, sin que se note, sin que se sepa, sin uno solo de los gajes, ventajas y satisfacciones del mando, aparte la propia de ejercitarlo, me permite estar cerca de él, verlo a cualquier hora del día o de la noche, hablarle; pero, al mismo tiempo, me coloca a su entero arbitrio, como si yo fuera uno más de los títeres que él mueve con un solo dedo, y al que puede tumbar cuando le plazca, dejándolo tirado (MP: 126).

A raíz del asesinato de Bocanegra se constituyó “una Junta de Defensa del Pueblo integrada por delegaciones de las clases de tropa, y que, por último, a toda prisa, acaba de asumir el mando supremo, en representación de las Fuerzas Armadas un triunvirato de sargentos” (MP: 223), dicha junta está compuesta por tres sujetos a los que Pinedo denominaba para sus adentros “los Tres Orangutanes Amaestrados por el viejo Olóriz” (MP: 126). La voz narrativa informa que “no podría asegurar yo que fuera él quien urdió la trama de este gobierno durante aquellas horas terribles de desorden e indescriptible pánico: alguna vez tendré que averiguar ese punto”, lo cierto es que es trío de “antropoides”, tras acceder al poder de manera coyuntural, acudieron con mansedumbre a Olóriz “a nutrirse de sus sabios y venerables consejos; y ellos, que de todo el mundo desconfiaban, se fiaron de él” (MP: 125). El anciano mantenía contacto con estos sujetos a causa de que administraba los ahorros de Tacho y les conocía desde antes (MP: 126). El grupo de trepadores se repartieron el cargo de presidente ante el asombro de la instancia narrativa:



Sí, sus orangutanes amaestrados. Es cosa de verlo y no creerlo. ¡Qué sujetos!, ¡qué calaña! Desde que por vez primera aparecieron en la televisión, oscuros, con la mirada tristísima bajo la visera de sus gorras militares encajadas hasta las cejas, tuve la impresión neta de que los tres sargentos de la Junta revolucionaria no eran sino antropoides escapados de un circo, y que solo por sorpresa, solo por una serie de asombrosas casualidades hubieran atinado a encaramarse en el gobierno (MP: 126).

Olóriz es “el verdadero cerebro de ese grupo, quien desde su casa, desde la butaca donde está medio baldado, tira de los hilos, quien maneja la tramoya, el dueño en fin cuya voz reconocen los Tres Orangutanes” (MP: 124). Este trío de advenedizos del poder, sin embargo, representa algo bueno para el narrador:

–Tendríamos un dictador quizás, en lugar de la Junta que hoy nos gobierna – agregando [Pinedo] –: Más vale así, ¿verdad, tía Loreto?, para nosotros. Siempre es una garantía que los miembros del Triunvirato sepan escuchar a personas de seso y experiencia, como por ejemplo nuestro señor Olóriz (MP: 228).

Por otro lado, el papel de Olóriz se basa en la contradicción de que se trata de alguien que no puede moverse de su asiento debido a su decrepitud y se le presenta una extraordinaria oportunidad de tener de pronto entre las manos un poder tan desmesurado como el que ahora detenta; “de divertirse jugando así con la suerte ajena” (MP: 228). Para Pinedo es tan misteriosa la situación del viejo que busca encontrarle una explicación ayudado por Loreto, de quien espera le proporcione “un rasgo retrospectivo siquiera, que iluminara el hecho tan inesperado de su tardía vocación de poder [de Olóriz]. Pero ella no quiso; se mostró reticente. –Yo no veo que ese poder sea tan grande, Pinedo” (MP: 229). Así, cabe la posibilidad de que la mujer no pudiese medir lo que había caído en manos del anciano. Y se cuestiona qué tipo de poder realmente detenta Olóriz.

Lo que el viejo ejerce es la de representar una figura de autoridad para el triunvirato, debido al trato de años que mantenía con ellos, determinado por el dinero. No es fortuito que acudan a sus consejos en una situación que les pone al frente de una nación, pues existe una conexión entre el dinero y el poder. Según

informa Ayala en esta obra, Olóriz “administraba muy satisfactoriamente” (MP: 126) los ahorros de Tacho; los tres eran sus “clientes” (MP: 30); el acrecentamiento de los bienes es considerado como favorable y a quien sabe cómo manejarse en situaciones financieras invariablemente se le considera como alguien exitoso. De ahí que sea lógico que se acceda al único hombre que podría significar riqueza. Esto se confunde, hasta el punto de que, de acuerdo con su costumbre de trabajar en casa, ésta se convierte en “cuartel general del asesinato organizado” (MP: 230). Esto significa que los tiempos revueltos, la revolución, los días de sangre y terror a los que alude Pinedo a cada paso, fueron producto de la manipulación de Olóriz y la bestialidad de la Junta. La forma que tiene de ejercer el poder y la dominación es soterrada, sin perder su actitud de mantenerse al margen, cuando se trata de asuntos de seguridad pública insinúa a su trío nombres de personas a los que convendría mantener vigiladas, insinuaciones que se traducen en órdenes de muerte. Asesinatos que responden solo al placer que brinda la cacería o el vicio, donde lo importante es tener un blanco sobre el cual disparar. De ahí que mencione nombres de personas a las que incluso se les sabe muertas ya, como es el caso de “cierto comerciante fallecido hacía dos o tres años”; arguyendo su vejez, Olóriz menciona entonces otro nombre y se retracta, uno más entonces. Este sendero senil es tomado al pie de la letra por sus secuaces. Es Olóriz junto con sus tres hombres quienes siembran un terror que no existía bajo el gobierno de Bocanegra. Sin embargo, Pinedo justifica la conducta del viejo:

En estas condiciones, ¿cómo no comprender, y perdonar –pues la necesidad carece de ley–, cada cual, si no encuentra modo mejor de proteger su pellejo, trate de disimularse entre la jauría, en evitación de que, un día u otro, a falta de más apetecibles piezas...? (MP: 231).

Es Olóriz quien siembra el verdadero pánico en este imaginario país centroamericano de *Muertes de Perro*, al ser el autor intelectual de los hechos sangrientos. Su muerte por estrangulamiento a manos, paradójicamente, de otro lisiado, provoca una reacción contraria de la de Bocanegra, la cual fue sinónimo de confusión nacional; incluso a la de Lucas Rosales, que provoca respuestas solo al interior de su familia; la de el anciano equivaldría a que “la ciudad y el país entero respirarán con alivio”.

Su desaparición es considerada por el propio Pinedo, autor del asesinato, como algo tan bueno que se le tacharía de bienhechor y libertador a tal grado de que la nación entera debería levantar una estatua en su honor (MP: 235). La situación se minimiza en *El fondo del vaso*: “situación de transitoria anarquía [...] lo asombroso [de] que no sucediesen desmanes mayores a los ocurridos” (FV: 21).

Los hechos que acontecieron tras la muerte de Olóriz los ofrece Ayala en esta segunda novela, y son totalmente vagos: “sensacionales y pregonadísimos acontecimientos que pusieron término al desorden y restablecieron la autoridad en el país” (FV: 13); la existencia de un “Club de Víctimas del Terror Rojo” (FV: 13), en el que se incluyeron a los asesinados por el usurero y sus tres secuaces; pero nada más. No hay ninguna palabra acerca de cuáles fueron esos acontecimientos ni cómo se restablece el orden. Cabe recordar que el gobierno de Bocanegra fue producto de las elecciones populares, lo cual le emparenta con la democracia. Lo que sí se menciona como parte de los cambios fue un repunte económico en la zona correspondiente al pueblo de San Cosme: “increíble progreso de la región, antes mortecina” (FV: 26). Un hotel, propiedad del gallego Luna, el comerciante del lugar, es el ejemplo representativo de los cambios, entendiéndose a los aparatos eléctricos relacionados con la comunicación como sinónimos de la modernidad y el lujo:

se encuentra ahora tan refaccionado, modernizado y hasta elegantizado que no hay quien lo conozca. Baste decir que, además de teléfonos, han puesto radio en cada pieza, y que los huéspedes disponen de dos televisores, uno para el vestíbulo y otro en el bar (FV: 30).

Con estos datos, es posible percatarse de que en la morfogénesis de esta novela se dan trazas de tres periodos políticos diferentes. Si se sigue un orden cronológico lineal, primero hay una reproducción del feudalismo en tanto que Lucas Rosales mantiene este tipo de relaciones de producción con sus trabajadores, emulando la encomienda, el pacto que existía entre los campesinos y el señor feudal, por medio del cual los primeros trabajaban en las propiedades del segundo, pagándole rentas por el uso de la tierra y ateniéndose a la jurisdicción que el propio señor ejercía a su libre albedrío dentro de su propiedad. Los campesinos son tratados como de su propiedad. Rosales es representativo del tipo de situación que imperaba en San

Cosme, es decir, en el área pueblerina, situación que no es enfatizada en *El fondo del vaso*, pues los grandes terratenientes son calificados como “la clase feudal que nos aflige” (FV: 21) o “el antiguo feudo de los Rosales” (FV: 30) y que le había ganado el odio de peones, aparceros y arrendatarios. Es a este tipo de régimen feudal al que se enfrenta Bocanegra, quien pertenece a una de las familias “distinguidas”, lo cual puede leerse como de la burguesía. Aquel grupo socioeconómico surge a partir de las actividades que artesanos y mercaderes realizan en las afueras de las ciudades. Según la diégesis, el Presidente había sido comerciante, y no pertenece ni a la nobleza, ni al clero ni al grupo feudal. La amenaza que representa Bocanegra no es solo la de un gobernante que incide sobre los intereses económicos o ideológicos de otro hombre, sino que representa el cambio ancestral que se llevó a cabo en la Edad Media del paso del feudalismo al capitalismo. Es la representación esquemática de un movimiento que cimbró y modificó para siempre la faz de la economía mundial. En este contexto, con el desarrollo de la economía monetaria, con la banca y la figura del préstamo, inexistente hasta entonces, Olóriz viene a representar a los usureros, sobre todo a los judíos, dada la gran carga moral que esa actividad implicaba tanto para los cristianos como para los musulmanes. Es con base en el dinero, simplemente, –el que se erige como eje rector de todo tipo de conductas–, como se estipulan los gobiernos, las ideologías. Olóriz es un anciano, como el tío Sam estadounidense. Se mata a diestra y siniestra porque él lo ordena y sus ejecutores son meros “orangutanes”; seres que parecen humanos pero no lo son, dominados por el instinto al cual se le suma lo obtuso de la mente de alguien que solo desea el poder que le permite tener más dinero a su alcance. El dinero ha vencido en la historia de *Muertes de perro*. De ahí que resulta una falacia creer que alguien puede matarlo, alguien que representa las limitaciones pero la misma ansiedad de dominación que él. De ahí que la voz narrativa considere que se le debe levantar un monumento.

La tiranía, si se le considera como sinónimo del hecho de dominar la vida de los seres humanos, decidir sobre su muerte, la sordera ante las necesidades de los otros, la insensatez de las decisiones, la crueldad, es la que ejerce Olóriz y no Bocanegra. Pues tiranía es un gobierno ejercido por un “gobernante que impone su voluntad a sus súbditos sin sujeción a la razón ni a la justicia y, a veces, con crueldad” (Moliner, 2006), lo cual no ejemplifica el tipo de gobierno de Bocanegra;

ni una dictadura caracterizada como “régimen político en que gobierna un dictador”, entendido éste como el que “asume todo el poder, sin ser él mismo responsable ante nadie, persona que abusa de su autoridad o es inflexible en el trato con los demás” (Moliner, 2006).

Aunque también puede considerarse la tiranía con base en los postulados de Locke, en el sentido de que “es un poder que viola lo que es de derecho” (Locke, 2006:193), en el sentido de que los “mandatos y acciones” del gobernante deben estar “dirigidos a la conservación de las propiedades del pueblo” (Locke, 2006:193). Aquí la palabra *pueblo* designa a la comunidad toda, independientemente de grados de riqueza. Así, los Rosales forman parte de ese *pueblo* y es precisamente el gobernante, quien debiera velar porque nada afecte sus propiedades, es el que, principalmente, se erige en contra de ellos dotando a los trabajadores de los señores feudales de un poder que hasta ahora no tenían. Si se toma, pues, con este sesgo, en efecto el gobierno de Bocanegra es una tiranía.

En *El fondo del vaso*, hay una acotación interesante con respecto a la forma como se designa a un gobernante: la instancia narrativa, José Lino Ruiz, al intentar escribir sobre Bocanegra, se refiere a éste como “Mandatario”, por lo cual Rodríguez, que es quien le corrige, le expone que “el uso cambia el sentido de las cosas; pues nadie hoy se acuerda más de que mandatario significa [...] solo el gobernante elegido mediante procedimientos democráticos” (FV: 42). En *Muertes de perro* el ministro de España informa que llegó a la presidencia de la República mediante elecciones populares dado que estaba apoyado por los “pelados”. El texto dice:

La mayoría de los escaños, tanto en la Cámara de Representantes como en el Senado, se encuentran controlados por el Presidente Bocanegra, tras unas elecciones que ganó mediante el terror, bajo la presión de las hordas que no ha habido vacilado en desencadenar sobre su desdichado país para tal propósito, y que al grito grotesco y ominoso de *¡Viva el PP!* (Padre de los Pelados, en abreviatura), arrasaban con todo (MP: 35).

Con base en lo ya analizado, el terror infligido es hacia los terratenientes con los cuales se identifica el personaje español, puesto que él reprueba las acciones de

Bocanegra para con los suyos; y que los “pelados” en realidad representan al pueblo. Así pues, el gobierno de este presidente es democrático, como no lo es el de Olóriz y el Triunvirato, ni se hace mención alguna en ninguna de las dos obras el tipo de gobierno que le siguió.

### 11.3 Pinedo o el archivista historiador

Luis Pinedo, narrador de *Muertes de perro*, tiene, en tanto personaje, sus antecedentes en *Los usurpadores*; primero en el prólogo, que Ayala firma con un seudónimo: F. de Paula A. G. Duarte, supuesto amigo del autor: “oscuro periodista y archivero municipal” (Ayala, 1971: 9); y después en “El Hechizado”. En este cuento, la voz narrativa se centra en un manuscrito realizado por el Indio González Lobo acerca de sus peripecias para poder llegar ante la presencia del rey. Es decir, escribe un texto basado en el texto de otro. Esta técnica del manuscrito encontrado se encuentra desde Cervantes en el mundo de las letras y, como es posible apreciar, es un recurso caro a Ayala pues lo utiliza desde su primera novela, *Tragicomedia de un hombre sin espíritu* (1925).

El narrador de “El Hechizado” tanto transcribe párrafos enteros del documento de González, como da cuenta de su propio sentir hacia él: se pregunta el objetivo real de tal recuento de incidentes, las motivaciones de su autor; asimismo cuestiona su estilo, “tantas impertinentes excrecencias” o su “ingrata lectura” (Ayala, 1971: 112); lo enjuicia, lo califica; habla de un futuro en el que sea posible

ofrecer un resumen completo de su contenido [...], en que pueda editarse con el cuidado erudito a que es acreedor, anotado en debida forma, y precedido de un estudio filológico donde se discutan y diluciden las muchas cuestiones que su estilo suscita (Ayala, 1971:113).

Se queja, pues el manuscrito está compuesto por “hojas y más hojas, llenas de enojosas referencias y detalles que nada importan y que es difícil conjeturar a qué vienen” (Ayala, 1971: 117), de que en él hay “alarde de minuciosidad” (Ayala, 1971: 123).

Con este comentario tan aparentemente sencillo, Ayala establece una distancia con la forma típica de la novela decimonónica, plagada de detalles, según informa Amorós (1984); por lo tanto, es una declaración de principios en cuanto al estilo que adopta.

La actividad de Pinedo se divide en dos partes: reunir documentos<sup>43</sup> y la escritura de lo que será, por lo cual me centraré solo en el proceso de escritura para determinar el enunciado y el enunciador.

El historiador prepara un libro que se promete a sí mismo escribir cuando termine la ola de violencia que vive su nación tras la muerte del Presidente Bocanegra, un relato que servirá “para el desengaño de la pura verdad” (MP: 7), es decir, “la crónica de los sucesos actuales” (MP: 9), porque alguien tiene que contar lo que ocurrió, porque proviene de una estirpe de letrados y continúa la tradición familiar, característica a la que se aúna estar cerca de los círculos de poder, estas particularidades le proveen tanto de la destreza del oficio como de obtener información de primera mano, en suma, la suya es una posición privilegiada para generar saber dentro de un eje discurso/poder, porque las fuentes primarias no garantizan la imparcialidad del informante, muy al contrario, éste extenderá a aquéllas su propia ideología, el lugar que ocupa dentro de la lucha que narra, lo que – aun sin saberlo– le apetece o desapueba.

Pinedo da cuenta del proceso documental que realiza y de las aclaraciones, glosas y comentarios que hace para que el proceso de redacción final no tenga tropiezos o dudas, pero también como una medida preventiva pues sabe que puede ser “molestado”, le puede faltar la suerte o fallarle las fuerzas dada su condición física quebrantada; pretende que lo que se obtenga, en caso de que no pueda lograr su objetivo final sea, por lo menos “un mamotreto crudo y un tanto caótico, sí, pero de cualquier modo, útil” (MP: 10).

Las aclaraciones técnicas de la escritura de la historia son el prelude de una labor mucho más profunda, consistente en recuperar la memoria y conjurar el olvido pero no desde la postura del sujeto neutral, sino desde una vertiente porque el historiador “está en la batalla, tiene adversarios, trabaja por una victoria determinada” (Foucault, 2003: 51) y hace valer sus derechos, los de su familia, los de

---

<sup>43</sup> El proceso historiográfico desarrollado por este personaje ha sido motivo de análisis de Rosalía V. Cornejo-Pariego (1993)

su profesión, los de su postura política, los de sus valores. Pinedo apunta a la totalidad pero escribe desde una perspectiva no sólo visual sino ideológica; su búsqueda de la verdad lo será desde su postura por lo que la verdad que emita será siempre relativa. Y lo será porque el “desciframiento de la sociedad y su orden visible es la confusión de la violencia, las pasiones, los odios, las iras” (Foucault, 2003: 53). Asimismo se trata de un discurso que contiene la nostalgia de las aristocracias agonizantes y el ardor de las revanchas populares (Foucault, 2003: 230). Critica con dureza las memorias de Tadeo Requena, desde lo que escribe hasta como lo hace, sus faltas de ortografía, su forma de ser y el hecho de que se haya insertado con tanta facilidad en el ámbito del poder. La postura de Pinedo es característica de una mentalidad de clase condicionada por la posición que ocupa dentro del conjunto social: “la sensación de extrañeza frente a mentalidades distintas de la propia es uno de los factores psicológicos que con más vigor preservan la separación de clases frente a las tendencias que se les oponen”, descubre Ayala (TS: 275).

En el discurso ayaliano existe la oposición realidad/imaginación entre lo que ocurre en el país imaginario y lo que el historiador se encarga de anotar para la posteridad. Asimismo, en todo el primer capítulo hay un préstamo textual tomado del cinematográfico ya que se hace la contraposición entre movimiento vertiginoso/lentitud o ritmo lento de los acontecimientos según se den en la pantalla –o en los relatos escritos u orales– o en la vida real. Siguiendo con este préstamo, el papel principal de Pinedo es el de espectador (“reducido por mi enfermedad al mero papel de espectador, desde mi butaca veo, percibo y capto lo que a otros, casi todos, pasa inadvertido” (MP: 17), lo cual se refuerza por el uso de las siguientes palabras relativas: *admiración, ciega, cine* (2 veces), *espectaculares, espejo, lector, llorar, observar, ojos* (2 veces), *perspectiva, presenciar, testigo, ver, vista, visto*, así como por hacerlo desde su butaca obligatoria, dada su condición de paralítico. La contaminación discursiva no es fortuita si se toma en consideración el especial interés que Ayala sintió por el cine, como plasmó en su *Indagación del cinema*, publicado en la temprana fecha de 1929; y en cuyo prólogo a la edición de 1988 reconoce que en su obra hay materiales que remiten al cine y conexiones entre los recursos de su retórica y la de la técnica cinematográfica pues



Nada más normal, ya que ese que se llamó séptimo arte, nacido y desarrollado durante el tiempo de mi vida, impregna por completo y en una medida siempre creciente el mundo en que ella ha discurrido, el mundo contemporáneo, y constituye factor de primer orden y de actuación cada vez más intensa en la realidad social de nuestro siglo, resultando por consiguiente ineludible (Ayala, 1988: 9).

Retomando el hilo, la finalidad de Pinedo es ser “el arquitecto de esa obra grandiosa” (MP: 10), lo cual significa escribir la historia después de haber sido testigo presencial de los acontecimientos para dejar constancia a las generaciones venideras de las desventuras de sus antecesores con la esperanza de que aquéllas restablezcan los derechos perdidos. Pero este objetivo es un plan para el futuro. Lo que Ayala nos presenta es la construcción de un libro, cómo un historiador se prepara para llevar a cabo su labor, cómo se aviene de los documentos, los mecanismos como éstos llegan a sus manos, la forma como obtiene información gracias a sus conversaciones con fuentes primarias. Lo que hay en *Muertes de perro* es el proceso de algo que será. El juego diegético de Ayala concluye, en realidad, en su novela *El fondo del vaso*, donde se entera al lector que Pinedo, a pesar de haber pasado a ser también protagonista y no sólo espectador, logra concluir su ansiado libro aunque no le signifique obtener los beneficios que esperaba: pierde la vida y hay detractores de su obra, como es el caso de José Lino Ruiz (personaje de esta segunda novela) quien está en desacuerdo con lo vertido por Pinedo y quien también pretende escribir un libro para reivindicar la figura de Bocanegra, pero a su vez no lo logra y termina en un diario que más tarde deriva en imaginar monólogos ajenos.

El proceso de observación de Pinedo no es sólo el que conlleva vivir en el lugar y momentos oportunos sino que su labor se extiende hasta estratos más profundos e íntimos, logrado esto a través de la lectura de documentos privados. Los comportamientos y los discursos de los personajes son rodeados de un tejido de escritura que registra, codifica y transmite a lo largo de una cadena que termina por centralizarlo todo a través de un documento que pretende decir la verdad.

El interés de Pinedo radica en el exterior, pues hay muy pocos datos descriptivos de sí mismo, salvo los referentes a su condición de incapacitado físico y los de su familia. Esta referencia al parentesco cobrará relevancia porque él mismo será parte de los sucesos fatídicos que pretendía documentar. Como ya se ha

mencionado, Pinedo es sobrino de Antenor Malagarriga, Ministro de la Guerra, quien a su vez está casado con Loreto, amiga de doña Concha (la Primera Dama) y sobrina de Olóriz, quien detentó el poder tras la muerte de Bocanegra. Es decir, tiene por la vía del parentesco el acceso a las altas esferas gubernamentales. Las redes sociales del historiador son las que le permiten el acceso a la información. La familia, como depositaria de la estirpe y las buenas costumbres, tiene un valor fundamental, de ahí que cuando Luis Rosales accede a ocupar el puesto de Ministro de Instrucción Pública, tras el asesinato de su hermano el senador Lucas Rosales, el hecho es considerado por la sociedad como algo indigno, según la instancia narrativa:

Si el propósito perseguido por Bocanegra al incorporarlo a su gabinete (me refiero a Luisito Rosales) era, como se suponía, desacreditar y ensuciar de una vez por todas, después de haberla arruinado, el nombre de esa vieja e ilustre familia, nadie dudará que lo consiguió con creces; la rechifla entre las personas decentes fue inmensa, tanto más que el aliento de la envidia atizaba en muchos casos el fuego de la indignación moral (MP: 42).

Por otra parte, Pinedo no es un personaje inocente, mucho menos “imparcial y fidedigno, fiel testigo de los presentes y luctuosos sucesos históricos”, como lo califica García Galiano (1994: 123), muy al contrario, toda vez que está envuelto en la trama por ser pariente de los implicados recibe prebendas, recuérdese que es sobrino de Malagarriga, esposo de Loreto, y ésta es amiga de Concha; al mismo tiempo que Olóriz es tío de Loreto y por ser Pinedo pariente político de ésta, Olóriz daba dinero al historiador.

Lo suyo es cuidar sus propios intereses, que su familia salga bien librada, no en vano expone su malestar ante el trato que recibe su tío al considerar que pasar por alto su jerarquía le causa la muerte. No hay imparcialidad en el narrador enmarcante porque es éste quien defiende de forma acérrima los valores de la clase con la cual se siente identificado: las viejas familias, las buenas costumbres, el poderío de los Rosales en suma.

#### 11.4 Tadeo Requena, ejecutor

Tadeo Requena es el secretario particular de Antón Bocanegra y a través de él se muestran con mayor detalle los mecanismos del poder de la presidencia. Es el personaje del que se tienen más datos dentro de la novela *Muertes de perro*, tanto como es apreciado por los otros como la forma en que se ve a sí mismo.

Luis Pinedo, el narrador, toma nota sobre los acontecimientos que presencia para elaborar más tarde un libro que dirá la verdad de lo que ocurrió durante el periodo turbulento, para ello, se vale de diversos documentos y uno de ellos considerado “pieza maestra” (MP: 18) y llena de claves, es el correspondiente a las memorias de Tadeo, descrito como: “memorias que con meticulosidad increíble y cierta buena mano literaria, venía pergeñando en secreto, día tras día, sobre papel timbrado de la Presidencia” (MP: 9); “largo y a veces también impertinente relatorio, o especie de autobiografía [...] su escrito deberá ser la piedra angular de cualquier construcción histórica erigida en el futuro” (MP: 11). Para Pinedo fue una sorpresa el hecho de que Requena escribiese. El texto de Tadeo contiene la duda ante lo inescrutable: “¡Si de veras pudiera uno leer el porvenir!” (MP: 19). Es la duda de lo provocado por una fuerza desconocida que determinará su vida, a concluir a partir del empleo de las palabras *destino, auspicios, todo sale del revés, desgracia, bendición, signos iniciales, fabuloso giro de la fortuna, cosa inesperada, sueño increíble, suerte, Dios me valga, increíblemente, como por arte de magia, lo que sea, sonará, parecerá mentira, como en un sueño*, etcétera. Es decir, la oposición entre buena/mala suerte o fortuna, verdad/mentira, bendición/maldición, sueño/vigilia, lo cual se resume en realidad/irrealidad y pagano/religioso. Su autobiografía recuerda las inspiradas en la de san Agustín, si bien éste reconocía a Dios las gracias recibidas y había oraciones en agradecimiento; la de Tadeo surge también a causa de los beneficios recibidos y aunque no hay plegarias como tales, sí la mención de Dios y la consideración de Bocanegra como el hacedor del milagro de la mudanza de su suerte de ahí que guarde hacia el gobernante cierta deuda de agradecimiento traducida en obediencia, en una relación de disciplina dentro del quehacer cotidiano de la presidencia, aunque no tan fuerte como el dominio que tiene Lucas sobre su voluntad, como se verá más adelante.

María Elena, la hija de Luis Rosales, es la mujer con quien Tadeo tiene un encuentro sexual en pleno velatorio del padre de ella y la que ofrece una visión del secretario particular del Presidente desde su ámbito privado, pues lo conoce de vista desde la infancia y con ello ratifica el carácter del funcionario: “sus idas y venidas, y sus hazañas tontas de mozalbeta, al frente de otros peladitos a quienes capitaneaba y tiranizaba” (MP: 178). La única vez que Ayala emplea este verbo, tiranizar, se lo aplica a Tadeo.

Entonces, además de como el propio Tadeo se presenta a sí mismo, la información que María Elena ofrece de él, también está la visión de Pinedo. Este último es el primero que da cuenta de Tadeo en la novela y guarda una mala opinión de él. Este párrafo es representativo con todo lo que tiene de discriminación y envidia:

Sujeto gris, callado, inteligente sin duda, pero brutal, y sobre todo frío como un lagarto, despreciable en definitiva; esta especie de arribista desaprensivo, acabado ejemplo de la multería rampante que hoy asola el país, resultaba ser en el secreto de sí mismo nada menos que todo un señor dotado de aficiones literarias; y no sólo eso, sino un crítico implacable de la sociedad en torno suyo, muy capaz el hombrecito de darle a sus rencores la forma del sarcasmo; que pertenecía en fin a la clase de individuos que se permiten la extravagancia, solo disculpable para un inválido, de emplear sus horas sobrantes en garrapatear y emborronar hojas y más hojas, por el puro gusto de delatarse, traicionarse y venderse; quiero decir que, en el fondo, era uno como yo, un animal de mi especie, un congénere mío? (MP: 18).

Tadeo Requena es el antagonista de Pinedo, tanto que el propio historiador dice que a él los demás lo califican de *rara avis*: “especie de absurdo mochuelo, con el pecho poderoso y las patas secas” (MP: 9), pero a Tadeo él le aplica el mismo adjetivo: “*Rara avis* es el bípedo implume; y más este espécimen extraño que se llamó Tadeo Requena” (MP: 42). Pinedo vigila pero Tadeo critica. Y ambos están hechos de la misma materia, sólo que en el historiador –desde sus particulares parámetros– es legítimo escribir, pero en el funcionario no. Son las dos caras de la misma moneda porque son los más fuertes ejecutores del poder.

Tadeo representa la dualidad, pues lo que más enfatiza Pinedo es esencialmente que en él caben sentimientos encontrados: es a la vez feroz y servicial (MP: 18), tiene manías de grandezas (MP: 19), vanidad que le rezumaba por todos los poros de la piel (MP: 30), soberbia que le era connatural (MP: 30) soberbia reprimida, sofrenada suficiencia, arrogancia oculta, mordacidad, almácigo de insensatas pretensiones (MP: 72), cinismo y prepotencia insolente (MP: 113), desalmada indiferencia, un siniestro personaje (MP: 190), a la par que es pobre (MP: 19), infeliz, desharrapado (MP: 20), muerto de hambre (MP: 61). Es atroz personaje (MP: 10), matador (MP: 14), oscuro, monstruo, fatídico (MP: 30), a la par que ángel mensajero y custodio (MP: 21), literato aficionado (MP: 21), con naturalidad ingenua (MP: 25); extraña combinación de inseguridad y aplomo (MP: 30), frío y callado (MP: 42, 52), inmutable (MP: 52), espécimen extraño (MP:42), en suma, joven lugareño en palacio (MP: 30).

Esta última característica es de gran importancia pues es el motivo del odio y el rechazo: es alguien que está fuera de lugar. Si se toma en consideración que las opiniones son dadas por una voz narrativa que representa a un hombre perteneciente a una familia “decente” del país centroamericano de la diégesis, pero que no goza de las ventajas que su abolengo debiera proporcionarle, es congruente que centre su atención en aquel que goza de la cercanía al poder y las ventajas que esto presupone. Recordemos que Tadeo conoce a Bocanegra en el baño, el encuentro de dos personas que no se conocen es un fenómeno del orden social, indica Ayala, que supone valorar la posición que el otro ocupa en la estructura total de la sociedad, por eso

se prescinde de todo elemento de la personalidad íntima para dejar que, por lo pronto, actúen en la relación los criterios sociales, remitiéndose con ello ambas partes al terreno firme de un ordenamiento objetivo: el orden social a que ambas perteneces, sustentado en la estructura de la sociedad entera (TS: 258).

Sin embargo, al recibir a su futuro secretario en ese ámbito privado, se pasa por alto una parte de esa especie de convenio social al que apela Ayala, comportándose el Presidente de una forma imprudente que deja al otro “en una situación precaria, vacilante, turbado, herido en su pudor” (Ayala, 2008: 259). Más que ocurrirle eso a

Tadeo, pudiera provocar tal reacción en el lector, en todo caso, ése sería el objetivo, ya que el joven está en realidad encantado con la situación.

Así, es entonces lógico que se refiera a Tadeo como “palurdo”, palabra proveniente del francés *balourd*, que significa “tonto” y “se aplica a las personas toscas e ignorantes, y a su lenguaje, acciones, etcétera. Particularmente a la gente del campo con estas características” (Moliner, 2006); que narre la cortedad, la torpeza y la falta de maneras (MP: 46) o que le dé el nombre de “aprovechado” (MP: 51), pues según Pinedo, al preguntar “¿quién no tenía al joven secretario por un distinguidísimo trepador, atento a las ocasiones, capaz de osarlo todo, aunque más zafio y peor dotado de lo que realmente era?” (MP: 72), se hace evidente la creencia de que esta opinión es compartida.

Es por lo que Pinedo reprueba la acción de Luis Rosales de haber llevado a Tadeo a su casa, por lo cual califica al hombre de “deschavetado” e “irresponsable” (MP: 46), pues su entusiasmo por Tadeo no se queda en el área de la educación sino que “hasta lo sienta a su mesa... La reacción del otro es típica: si aquel señor le daba semejante trato, era para burlarse de él y ponerlo en aprietos” (MP: 46). Existe una fuerte línea divisoria entre los otros personajes y Tadeo en tanto que los otros representan el poder y la alcurnia y él es mulato, pueblerino y pobre.

El tipo de discurso empleado por la instancia narrativa se corresponde con lo que Foucault llama “categorías elementales de la moralidad” (2001: 41), organizadas en torno a la perversidad y al problema del peligro social, es decir, “el discurso del miedo, un discurso cuya función será detectar el peligro y oponerse a él” (2001: 41). Y lo hace a través de los adjetivos con que lo califica, por lo tanto Tadeo es orgulloso porque es vanidoso, arrogante y soberbio; es desalmado, atroz, monstruoso; con él Pinedo repite “tautológicamente la infracción para inscribirla y constituirla como rasgo individual” (Foucault, 2001: 27) de tal suerte que se justifica porqué llegó a asesinar. Sin embargo, el orgullo, la pobreza, la monstruosidad no son conductas que infrinjan la ley; al nombrarlas se desplaza el nivel de la realidad de la infracción porque no son delitos, de lo que se trata es de una calificación moral muy acorde con el discurso judicial y psiquiátrico empleado con el objetivo de “duplicar el delito tal como lo califica la ley, con toda una serie de otras cosas que no son el delito mismo, sino una serie de componentes, maneras de ser que se presentan [...] como la causa,

el origen, la motivación, el punto de partida del delito” (Foucault, 2001: 26). Es decir, cómo el sujeto se parecía a su crimen aún antes de cometerlo.

El crimen de Tadeo, como ya se sabe, fue asesinar a Bocanegra. Y lo hace motivado por el miedo y la obediencia. En una sesión espiritista el temido Lucas Rosales se dirige a él a través de una médium para hacerle admoniciones y darle una encomienda. Lo grave del asunto es que, en primer lugar, Lucas habla a Tadeo para su mayor sorpresa como nunca lo hizo estando vivo; segundo, Tadeo equipara a Lucas con Simón Bolívar, pero empleando no el nombre de pila del prócer sino el de “Libertador”, queriendo decir con eso que el difunto senador es también es una figura de increíble valía que quitará la opresión del pueblo. No se dice textualmente, pero se sobreentiende con esto, a pesar de las “palabras vagas y medio envueltas” (MP: 201), que Rosales le ha pedido a Tadeo lo vengue y de paso libere al pueblo de Bocanegra. La petición se ratifica con la presencia de Luis Rosales en una segunda sesión, quien le conmina a no dudar y cumplir lo que ya sabía a fin de no lamentar nada; y no queda ahí sino que además el propio Luis se le aparece en sueños para confirmar y corroborar, aunque con puntualizaciones, rectificaciones y precisiones lo ya dicho.

Tadeo, en un arranque de lucidez considera que todo aquello le parecía “sencillamente, i-dio-ta” (MP: 194) pero se deja persuadir por el miedo y las disquisiciones de doña Concha quien abunda en el tema al externar que el senador era “un alma que clamaba venganza” y, lo extraordinario, venía “a ponerse de nuestra parte”, es decir, de ella y de Tadeo porque “en la cabeza de Bocanegra se estaba cociendo nuestra pérdida”, dice la Primera Dama a su amante. Como siempre, una frase puede adquirir diferentes sentidos según el esquema de pensamiento en que se inserte, por eso doña Concha se explica y encuentra congruentes la aparición de Lucas y sus palabras ante su intuición de las sospechas de su marido por su infidelidad. Tal contexto coloca a Tadeo también en la incertidumbre y equipara su situación a la que vivió Doménech cuando Bocanegra lo echó por ladrón. Una vez colocados ambos personajes en la indefensión se la viven entre las conjeturas propiciando un estado de ánimo adecuado para esperar lo peor. Tadeo, por su parte, rompe la relación que tenía con Bocanegra y lejos de confiar en él ahora no sólo le violenta la presencia de su jefe sino que su tradicional mutismo le lleva a analizar

obsesivamente lo poco que dice así como sus mínimos gestos o miradas. Tadeo se cree conocedor de Bocanegra y desconfía como nunca antes lo había hecho hasta que cae en sentimientos encontrados para desear por un lado marcharse lejos y, por otro, negar que podría pasarle algo malo, o que todo es una treta de doña Concha para dominarlo; incluso llega a dudar de la autenticidad de la comunicación con Rosales pero no por la irracionalidad de hablar con los espíritus de los muertos sino porque él, el senador, el hombre todopoderoso, se ha dirigido a él, “ínfimo gusano”.

Tadeo podría haber interpretado la orden que recibió de Lucas, reflexionado en ella, en lugar de aceptarla y cumplirla, pero se pliega a la obediencia que le impone la presencia –aunque muerta– de un hombre bajo el que siempre se doblegó. No importa que Bocanegra sea el Presidente, el más alto cargo dentro del país, ni que sea su jefe inmediato, puede más en el ánimo de Tadeo la personalidad del senador. Tadeo representa al grupo social que sólo atisbaba la vida de los Rosales desde lejos, que siempre sería el de sus sirvientes, sus trabajadores o sus subordinados, y que no había perdido el temor al terrateniente ni al verse librado de él por su muerte. Y sigue siendo un discípulo de Luis Rosales, pues cuando tiene un encuentro onírico con él, Luis lo reprende diciéndole que no debe gastar bromas a quien le merece respeto. Esto significa que la conciencia de la sumisión o del temor o del respeto está presente independientemente de la racionalidad y no tiene nada que ver con el poder que el poderoso posea sino el que se le otorga para que lo ejerza sobre los que tienen introyectada la obediencia hacia él. Si se tratase de una cuestión de Estado, pudo haber una ruptura con los imperativos que éste impone, haciendo uso de los derechos fundamentales que cualquier individuo tiene para levantarse contra el Estado y aplicar su ley como población para satisfacer sus necesidades básicas, pero no es así, el drama de Tadeo, Bocanegra y Rosales no tiene nada que ver con una cuestión de gubernamentalidad sino con un asunto de intereses particulares y conductas aprendidas.

Y si se toma de forma metonímica a Tadeo considerando a éste como representativo del pueblo en sí, no hay en él el menor intento de poseer la verdad acerca de su propia identidad, de lo que quiere y debe hacer, de revolverse contra lo que lo aprisiona. Tadeo confunde a su carcelero y por eso accede a deshacerse del Presidente cuando en realidad está bajo todo lo que representan los Rosales y ante los



que se encuentra indemne. Y no sólo a él, sino también a doña Concha. Ambos se embrollan y centran su temor en el personaje equivocado, creyendo que Bocanegra acabará de un momento a otro con sus vidas.

Es la incertidumbre alargada la que lleva a doña Concha y a Tadeo a obrar en consecuencia y poner coto a su agonía. Para alcanzar su fin deciden quitar de en medio a Bocanegra, antes de que él hiciera lo mismo con ellos, gracias a los efectos de unos polvos venenosos mezclados con su habitual bebida autóctona. Lo que sucedería después del asesinato se deja un tanto al azar, doña Concha confía en que Tadeo es hombre, es joven y está “en un puesto desde el cual algo, mucho puede hacerse para influir sobre el curso de los acontecimientos, y quedar bien situados, intervenir e influir en la solución del problema sucesorio” (MP: 201); las consecuencias descansan en la tranquilidad del nombramiento que posee Tadeo dentro del aparato gubernamental, otorgándosele un poder que está muy por encima de la realidad pero que da cuenta de cómo la fantasía de lo ilimitado del poder alcanza incluso a aquellos que tienen experiencia con él. Se parapetan en eso y en el “¡Dios dirá!”. Mientras todo esto ocurre, Tadeo deja constancia en sus escritos.

Tadeo es un sujeto poseedor de la verdad y Pinedo tanto la disfruta como la transcribe porque le ha permitido al historiador enterarse del “detalle íntimo del drama”, es decir, que el tullido no ejerce su vigilancia a la naturaleza o a la sociedad sino en un entorno muy estrecho a los movimientos mínimos, a los pensamientos más secretos. A la vez el propio secretario era consciente de la importancia de dejar por escrito lo que había hecho, cómo llegó a ello, cuáles fueron las circunstancias, en un afán de decir también su verdad. Lo que Pinedo juzga de la confesión de Tadeo es la aplicación literaria: exponer lo acontecido justo momentos después de dar a Bocanegra la bebida envenenada, mientras espera a que la Primera Dama lo llame para comenzar la farsa, hacer una pausa en la escritura porque Bocanegra lo llama a su presencia, le dice que lo sabe todo, le entrega la pistola y Tadeo, para librarse de su mirada, le dispara, tras lo cual regresa a sus páginas y concluye su relato, le parece a Pinedo una “singular manía” a la par que sus líneas “podrían servir de prueba acusadora contra su cómplice, y vengarlo” (MP: 214). En el momento exacto en que el historiador comenta el testimonio de Tadeo, queda fuera la calificación moral del asesinato, sobre todo porque como el joven fue castigado también con la muerte, lo

que cobra envergadura es conocer detalles mínimos de cómo sucedió todo, en otras palabras, saber la verdad.

Por otra parte, María Elena llama a Tadeo “un mulato atrevido” (MP: 180, 181); da la única descripción física de él, además de la del color y la raza: “labios finos y apretados” (MP: 180), y continúa con el discurso de la dualidad. Cuando tienen un encuentro fugaz que termina en sexo, ella afirma que él pasó, de las primeras caricias, tan suaves en su persuasiva energía, a los manejos insolentes y brutales”: suavidad y brutalidad. La animalidad con que Ayala dota a sus caracteres no podía faltar en Tadeo: “sus ojos eran, no atrevidos, sino inhumanos; me contemplaba con una terrible, calmosa indiferencia de fiera segura de la presa bajo su garra” (MP: 182).

Estas opiniones sobre Tadeo no están muy alejadas de las que tiene de sí mismo, pues se autodescribe de la siguiente manera:

yo, Tadeo Requena, el hijo de la difunta Belén Requena, ilustre matrona del poblado de San Cosme, esté aquí, sentado en esta oficina, dentro del Palacio Nacional, frente a la Plaza de Armas, y tenga a mi cargo la Secretaría particular del Presidente, disponiendo y vigilando el trabajo de unos empleados bajo mis órdenes, y deba guardarle el aire a Bocanegra, y luego, como una más entre mis tareas de rutina, acostarme a escondidas con su mujer, por nada, porque sí (MP: 205-206).

Se retrata a sí mismo como un joven de entre 17 ó 18 años, “desgraciado” y en el abandono (MP: 20), “infeliz patán” (MP: 27) que compartía la misma suerte de los que le rodeaban, el mismo estado miserable y de hambruna. Él provenía de una familia “negra” numerosa, de la cual se menciona solo a la madre “mi vieja, siempre sucia y gruñendo” (MP: 23), con una falta absoluta de esperanzas de mejora: “era ya un hombre crecido, y no hacía nada de provecho. Pero ¿qué podía hacer? Trabajo, allí no lo había; el pueblo, como el país entero, dormitaba...” (MP: 23). Dadas las malas circunstancias laborales, la carencia de oportunidades, los hombres se marchaban a trabajar a las fábricas holandesas y ese parecía ser también su futuro: “por el momento, prefería no pensar en nada y me pasaba el tiempo papando moscas como un idiota. ¿Hubiera podido sospechar, soñar siquiera, lo que me aguardaba?” (MP: 21).

Estas opiniones contrastan con la que tiene de él Luis Rosales, quien proclamaba que su pupilo tenía un talento “ex-tra-or-di-na-rio” (MP: 178), así como con el trato que le da Bocanegra, el cual merece reflexión.

Como una Cenicienta masculina, Tadeo es extraído de su pueblo y de su suerte y se le lleva a la capital: “Jamás antes había salido yo de San Cosme [...] No se me olvidará la entrada en la capital [...] aquello lucía como en las películas” (MP: 22), dice. De la periferia llega al centro. Un buen día Bocanegra encargó a un hombre de su confianza, Pancho Cortina, que fuese al poblado de San Cosme y buscara al muchacho y lo trajese en seguida a su presencia. El Presidente era para él solo una imagen, “cuando de pronto, cierto día, increíblemente, yo, como por arte de magia, me veo llevado ante su presencia” (MP: 21). Le abordan en la calle de una manera que más parecía secuestro, puesto que la relaciona con otro chico, Juancito Álvarez, del que nunca más supieron. “Mi suerte iba a ser muy distinta” (MP: 22), narra Tadeo. Los cambios tan repentinos y favorables solo pueden ser considerados como magia o suerte, queda de lado la posibilidad de que fuese una razón más mundana, como que se tratase de un hijo no reconocido del gobernante y del que nadie tenía noticia en la capital. “Lo más probable es que fuera cierto, después de todo”, explica Pinedo,

el propio Tadeo, demasiado cauto y demasiado soberbio para acoger abiertamente lo que sin duda era versión corriente también en San Cosme, se las arregla para dejarlo traslucir en varios pasajes de sus memorias, y de manera particular [lo que le dijo el gallego Luna]: ‘¿Qué haces ahí tú, muchacho? –le había gritado–. Anda que a ti, cuando te crezca el bigote, con sólo que te engalles un poquitín, hasta la tropa te va a saludar el paso...’ (MP: 31).

Es un español el que nota el parecido y le augura un futuro venturoso. De nuevo la palabra del extranjero es la que tiene peso. Más tarde, cuando ya es secretario particular, le corresponde estar con el mandatario en la tribuna que ve pasar el desfile por la celebración de la Fiesta Nacional y si bien las fuerzas armadas que pasan a sus pies no se dirigen exactamente a él, recibe el saludo, pues ocupa “un lugar destacado” entre los ministros del gobierno (MP: 54). Ante Bocanegra y, por lo tanto, ante él, se encuentran “la multitud, militares y civiles, tropas y público (MP:

56); ellos arriba y el pueblo abajo. El espacio se semiotiza en las categorías centro/periferia, arriba/abajo, dentro/fuera, más que ciudad/campo como es de uso característico de la novela realista porque Ayala no hace uso del área específicamente rural dentro de esta obra, lo suyo es más ciudadano porque es éste ámbito el más apropiado para la historia que cuenta.

La parte correspondiente a lo que pudiese llamarse la transformación de Tadeo abarca una parte importante de sus memorias. Todo es como en un cuento de hadas, pues el chico pobre ingresa al Palacio. Una vez ahí le conducen a un antedespacho “que entonces estaba dispuesto como sala, con diván, butacas y sillas” y que se convertiría en el sitio donde más tarde sería colocado su escritorio (MP: 23) y él “estaba como en un sueño” (MP: 24), subió las escaleras de mármol (MP: 25), “ensuciando con [sus] alpargatas las lustrosas maderas del piso” (MP: 25). Se le dio de comer y a la mañana siguiente fue “introducido otra vez en el Palacio y llevado por fin a la augusta presencia de Bocanegra” (MP: 25), quien presidía una reunión con sus ministros en el baño; habitación que llena de éxtasis a Tadeo como a una princesa el salón de baile de un palacio (MP: 25).

Haciendo uso de su poder, Bocanegra es el único que está sentado mientras todos los demás se encuentran de pie; además, independientemente de que su asiento se tratase de una letrina, presidía lo mismo que si lo hiciese desde un trono y era obedecido. Tadeo cree que fue

introducido así, de golpe y porrazo, en el círculo íntimo de los privilegiados, en su santuario cuyo acceso implicaba el honor supremo en el Estado, [...] que centenares o miles de sujetos habrían envidiado, de haberla conocido, mi casi fabulosa fortuna (MP: 26).

Además, antes de que Tadeo hubiese visto a Bocanegra, el Presidente ya lo había visto a él. Esto es, la mirada del poderoso se ha depositado en el débil, cambiando por ello su condición, pues pasa desapercibido para todos los presentes en la singular reunión y una vez que el gobernante le mira y legitima su presencia, se vuelve visible para todos los demás.

Al hecho de ser recibido en el baño, Tadeo lo traduce como sinónimo de “confianza y familiaridad [con] que nuestro caudillo solía cicatear tanto y que a mí me otorgó desde el primer instante” (MP: 27).

Para Ayala este hecho es de suma importancia tanto en sentido positivo como negativo. Es una deferencia inconmensurable para Tadeo pues

aun dentro de la misma cultura, el mismo acto puede cambiar de signo según las situaciones concretas, y es bien sabido, por ejemplo, que tradicionalmente y hasta en la actualidad vale como muestra codiciadísima de la estimación discernida por los magnates a sus favoritos la de permitirles asistir a sus inexcusables defecaciones cotidianas. [...A las ventosidades] las celebra Quevedo como prenda de amistad, haciendo notar que sólo delante de los de casa y amigos las emiten los señores; y aún las tiene por testimonio de un amor estable (Ayala, 1983:63).

A la par “el ‘trono inmundo donde el dictador se sienta a recibir a sus cortesanos corresponde a la índole de su poder y a su boca, que es también una especie de pozo negro” (1965: 15). Es la esquematización del mandatario que si bien no ha sido desposeído de sus atributos, sí es reducido a su cuerpo en estado salvaje, es la inversión total de la soberanía.

Este espacio es utilizado por Ayala con “valor metonímico que comunica su sentido a la escena en él desarrollada”, afirma Bobes Naves (1993: 20). Desde el personaje del Presidente significa un gesto de camaradería y confianza como ya se dijo; desde Tadeo estar cerca de lo que nunca poseerá de aquello a lo que jamás accederá. Los cuartos de baño han sido y son factores de distinción de clase, sinónimo de progreso tanto tecnológico como de mentalidad pues las ciudades, al implantar medidas higiénicas, potenciaron la necesidad de tener un sitio específico para las deyecciones y facilitado del lavado personal. De ser algo necesario y simple pasó a llenársele de adhesiones acorde a las capacidades monetarias o anhelo de estatus de los dueños. El baño de Palacio es de lo mejor que ha visto y verá Tadeo en su vida, es algo que no podrá poseer, ni él ni nadie de los personajes de *Muertes de perro*. El baño es el símbolo diferenciador de ahí que es más importante el significado que tiene para Tadeo, en tanto representante metonímico de las clases bajas, que para Bocanegra. A la par es el mayor gesto de familiaridad y confianza

que el mandatario podría hacer al chico que sin embargo, éste traiciona al anotarlo en su diario dado que Tadeo, como el resto de los personajes, personifica el mal gusto:

Se trata más bien de la ignominia de la basura, de no ser nada, de ser idiota, de la elevación de cualquier majadero a personaje público. Pero se ha perdido la vergüenza, como reacción social. Nada da ya pudor. No digo que sea malo, sólo lo constato. Y no lo digo sólo por lo sexual. Ahora hay unos anuncios de pastillas contra el estreñimiento que enseñan a una señorita haciendo caca. Qué falta de gusto. Ya se sabe que hay que ir al retrete, pero antes eso se silenciaba (Mora, 2000: 5).

Y ni Tadeo ni Pinedo lo callan sino que lo hacen evidente; aunque el primero lo haga para sí mismo y justificado por ser la primera vez que ingresaba a un sitio así, sin embargo, el segundo lo repite por pura falta de delicadeza. Es por lo que es relevante el suceso del encuentro en el baño, precisamente porque se nombra lo que se debe silenciar.

Retomando lo que acontece en ese sitio, como un adivino, Bocanegra profetiza para Tadeo “planes, proyectos y designios” (MP: 28) y confía al chico al ministro de Instrucción Pública, Luis Rosales, para que le eduque, lo mismo a Pancho Cortina (MP: 28) para que ambos velen por su bienestar físico y su formación espiritual “preparándome –y en el más breve plazo posible ¿entendido? – para desempeñar cualquier misión o puesto que se me asignara. –Quiero verlo sin tardanza hecho un doctorcito en Leyes, ¿eh?, ¡pero sin tardanza!” (MP: 28).

Se supone, según informa Hobbes, que en la democracia no se tiene el derecho de designar la sucesión, (cfr. Hobbes, 1979: 287) sin embargo, la práctica ha dejado claras muestras de que la secuencia de la misma línea política es un tema importante para los gobernantes y, en muchas ocasiones, a través de ella, se asegura el pacto social o la riqueza. Entonces, Pinedo afirma que “De la noche a la mañana, había que convertir en doctor a ese palurdo aguzado, nomás porque se le antojaba a él” (MP: 29). Le calzan a Tadeo sus primeros zapatos y después la toga académica (29), como a Cenicienta: zapatos y vestido nuevos más “educación de príncipe y cursos abreviados de academia preparatoria” (MP: 30). Es preparado para ser extensión de Bocanegra, justo por Rosales, quien debió de haber brindado esa educación a su propio hijo, el cual era “idiota de nacimiento” (MP: 61)

Luis Rosales, pues, se encarga de “desasnarlo, pulirlo, instruirlo y hacerlo presentable, de manera que, en definitiva, no desdijera al lado de tanto abogadete que pulula en las oficinas nacionales” (MP: 30). Hasta logró “dotarlo de cierta vitola intelectual impresionante a primera vista, si bien la túnica lujosa de la cultura superior, echada a toda prisa por encima, disimulara mal a veces los harapos de su primaria indigencia” (MP: 30). Se le brinda un tutor al muchacho, es decir, se le dota tanto de un padre sustituto como de alguien que puede educarle para que sea capaz de cumplir lo que se espera de él, como si se tratase del delfín. Bocanegra no tiene más hijos que los supuestos ilegítimos, así que otorga a Tadeo si no la educación verdadera, sí todo lo que tiene al alcance, dadas las circunstancias, para el desempeño de su papel. Papel que Tadeo no cuestiona pues lo recibe como una especie de milagro en su existencia de pobre.

Sin embargo, lee como humillación la generosidad con que Luis Rosales comparte con él sus conocimientos a los cuales califica Pinedo como adornos impropios que “se le despegarían de su figura” (MP: 43). Para el narrador tiene particular significación a causa de la relación de clases, esto es, que entre en contacto con alguien perteneciente a un estrato al cual Tadeo solo había conocido de reojo: “uno de los señores de San Cosme, un Rosales [...] toma bajo su protección a un muchacho del poblado, y se pone a instruirlo”, el muchacho se ajusta “casi por instinto a semejantes expectativas” (MP: 44) pero se encuentra con que Luis Rosales no cumple exactamente el papel que le correspondía pues era un “chiflado” (MP: 43) que sueña con sus épocas en París.

La importancia de la educación como elemento legitimador y reproductor de patrones de la ideología dominante se hace evidente con el otorgamiento del doctorado *honoris causa* a Bocanegra, quien a pesar de no haber sido buen estudiante, la Universidad Nacional de San Felipe, real y pontificia, le inviste con tal reconocimiento una vez que lo ve “encumbrado en el poder” (MP: 29). De ahí que al propio Tadeo se le puede también otorgar un título de Doctor en Derecho y Ciencias Sociales porque así es necesario para la nación. Mientras tanto, Tadeo tanto recibe “con la mayor naturalidad” su título universitario como que toma “un sueldo oficial segundo, temporero, para subvenir, explica, los gastos de sus estudios, sin otro trabajo que el de ir a firmar la nómina cada fin de mes” (MP: 52). Pasa a formar parte

de los numerosos miembros de la burocracia que cobran sin trabajar. Gangrena de las oficinas gubernamentales imposible de erradicar porque supone el ejemplo palpable de las prebendas con las que aquéllos que tienen algún puesto con cierta autoridad dentro del gobierno, gratifican a sus cercanos.

Una vez obtenido el grado por parte de Tadeo, “solo Dios y Luisito Rosales saben cómo” (MP: 52), asume el puesto de secretario particular, y se instala en el Palacio Nacional tan cerca como es posible del Presidente. Para Tadeo todo continúa siendo parte de su buena fortuna. En ese momento, la prensa cumple su parte y le legitima ante el pueblo al referirse a él como

una de nuestras jóvenes promesas, letrado distinguido, representante brillantísimo de la nueva generación que irrumpe a la arena pública con el corazón lleno de impetuosas esperanzas, y a la que nuestro ilustre caudillo, el señor Presidente de la República, atento de continuo a velar por el futuro de nuestra Patria, abre generosos cauces para que se incorpore poco a poco a las responsabilidades del mando y de las funciones civiles (MP: 32).

Discurso elaborado y mentiroso que llega a todos, pues se habló en los billares y en el café de su nombramiento como secretario de Bocanegra (MP: 31). Una vez más la prensa cumple su papel de propaganda, al ser una “comunicación de destinatario impreciso, enderezada a infundir una convicción, independientemente de la verdad o falsedad del correspondiente contenido” (TS: 1158).

Bajo este panorama, Camarasa, el periodista español, dice a Pinedo que Bocanegra

necesitaba indispensablemente valerse de tipos como este Tadeo Requena, que fueran hechura suya de los pies a la cabeza: omnipotentes bajo su mando y ratas muertas en la calle. Hijo suyo o no, eso poco hacía al caso: lo decisivo era que lo había sacado de su última miseria para convertirlo en su perro fiel, en su mano derecha (MP: 35).

La búsqueda de colaboradores entre la gente del pueblo provoca la maledicencia de los demás, dado que es considerada como una arbitrariedad,



“aunque Bocanegra provenía de buena familia, eran bien conocidos sus gustos de atorrante y siempre se le solía afear esa invencible propensión suya al trato de la canalla...” (MP: 32). Una vez más está en la escena el reproche por preferir a gente que no corresponde a su grupo social, esto es, que entrega o comparte el poder con aquéllos a los que no se les debería otorgar. Sin embargo, el discurso de Bocanegra es el de los pueblerinos, pues dice Camarasa a Pinedo “el joven Tadeo parece entender muy bien a Antón Bocanegra, el ex Padre de los Pelados [...] lo entiende perfectamente” (MP: 65). Otro ejemplo de persona a la que encumbra es a Pancho Cortina. Así, Tadeo “estaba llamado a prosperar bajo la decidida e inequívoca protección del jefe” (MP: 46). Se le reconoce su puesto y la autoridad que adquiere al estar bajo el amparo de su superior.

La forma de ser que Tadeo desarrolla una vez en el puesto de secretario particular es la de la

hosquedad, pocas palabras y ceño adusto constituyen su parapeto defensivo. Jamás descubre los flancos de su cortedad, su mal remediada ignorancia. Se encierra en cauteloso silencio, y da órdenes perentorias, transmite instrucciones, omite juicios. Mientras tanto, observa, escucha, toma nota de cuanto ocurre y, sobre todo, escribe, escribe, escribe (MP: 53).

Se convierte en alguien que hace uso de la cautela, observa lo que le rodea y se guarda de emitir juicios, acción que es privilegio del ejecutivo. La voz narrativa continúa dando cuenta de los mecanismos con que lleva a cabo su trabajo:

Con astucia aldeana, Tadeo había asumido la actitud más pasiva de callar, aguardar, obedecer, hacerse chiquito y abstenerse de toda iniciativa; de modo que su jefe, el Jefe, comenzó a utilizarlo poco a poco, y a probarlo conforme lo necesitaba, para convertirlo pronto en su íntimo e indispensable instrumento, que era, con seguridad, lo que de antemano había proyectado, deseado y querido (MP: 67).

Pinedo da el término de “astucia aldeana” a la actitud de obediencia y acatamiento de órdenes de parte de un inferior a un superior. Esta actitud es precisamente a través de la que se gana la confianza de Bocanegra: se convierte en su colaborador cabal.

Por su parte, la autoridad de Bocanegra se ejerce plena, pues su palabra es ley, esto se muestra en el hecho de que es a él al que le corresponde dar por finalizada la interpretación del himno nacional durante el desfile de la Fiesta Nacional, lo cual no es sino un acuerdo tácito que existe en la nación (MP: 57); claro ejemplo de la obediencia que va más allá de lo racional y que no tiene ningún fin en sí mismo que obedecer, es el pueblo entregado integralmente a un individuo. No puede achacarse la culpa de esto al mero mandatario porque es un convenio no escrito que tiene mucho de religioso y que los gobernados acatan sin ningún miramiento porque así debe de ser. El hecho de que un perro pueda interrumpir la ejecución musical y por eso dar por concluido el himno, es algo que no puede ser aceptado de ningún modo. De ahí que Rosales baje de la tribuna para patear al perro y brindar, así, oportunidad al Presidente de que cumpla con lo que se espera de él. Para Camarasa, el acto del ministro es “una lección práctica de democracia para tanto personaje engolado; por consiguiente, estaba muy dentro de sus funciones de ministro de Instrucción Pública” (MP: 60). Sin embargo, para Tadeo el hecho es chocante (MP: 62); como se aprecia, se califica la acción de Luis Rosales pero no se cuestiona en absoluto la actitud pasiva de los espectadores porque la obediencia es algo tan habitual que no se racionaliza, pareciera que todos desean que siempre otro los mande, como apuntó san Benito (cfr. Foucault, 2008b: 177).

En su labor como secretario Tadeo prefiere mantener una postura clara de frialdad, cortesía y respeto, la cual le otorga dignidad a su puesto (MP: 192). Poco a poco, a pesar de no ser tomado en serio, llega a detentar el poder (MP: 31). Un ejemplo de ello es su relación con los académicos:

Yo mismo, a quien sin duda consideran ellos una perfecta nulidad, negado por completo a las gracias del bien decir que ellos cultivan, soy sin embargo objeto de sus deferencias más cumplidas cuando alguno me encuentra al alcance de su lengua, solo por mi cargo de secretario del Todopoderoso, y porque saben que el ministro me considera discípulo suyo. Cuando uno era un pobre gato tirado en la cuneta de la carretera, un paria, un ignorante, podía sentir respeto acaso por quienes escriben bonito y publican versos en los periódicos, y hablan por la radio. [...] Luego, con el tiempo, los he ido conociendo, a unos y otros [...]. ¿Para qué hablar? Cada vez que me tropiezo con alguno de estos personajes me pongo a exagerar adrede la rudeza de

mis modales y de mi vocabulario. ¿No me tienen ellos por un bárbaro iletrado? Pues que me dejen gozar del espectáculo de sus zalamerías, cuando vienen a bailarme el agua para que les haga cualquier pequeño favorcillo administrativo (MP: 70).

En este momento es absolutamente consciente del poder que efectivamente ejerce y da muestra de cómo lo usa, pues sabe que aún cuando no es considerado uno de los suyos por parte de los académicos, éstos le guardan respeto porque recurren a él en tanto el sitio que tiene y su relación con el Presidente y el ministro de Instrucción. Ahí puede ser tal cual es, incluso llegar a extremos grotescos, pues sabe que no recibirá ninguna muestra de rechazo dado su nombramiento y lo que puede hacer dentro de la administración. Un pequeño favor en este ámbito burocrático significa evitar una pérdida de tiempo, en ingresar en la maraña del absurdo o lo imposible.

Los mecanismos al interior de la oficina presidencial implican que “hasta las invitaciones asumen forma de mandato en los labios de Bocanegra (MP: 65), lo cual le parece a Tadeo como lo más natural del mundo: “desde el primer instante, sus relaciones con él fueran fáciles y corrientes como la seda” (MP: 67), diría Pinedo.

Empero, pasar por alto los niveles jerárquicos es algo que molesta mucho a quienes forman parte de esa jerarquía. El caso de que ni Bocanegra ni su secretario hagan del conocimiento del general Antenor Malagarriga de que Pancho Cortina había sido ascendido a Comandante en gratificación por su buen desempeño es motivo de hondo resentimiento para el militar y para Pinedo. El Presidente y Tadeo viven el ascenso como un trámite más dentro de la presidencia, pero no así por Pinedo, a quien le atañe el asunto por una cuestión personal pues se trata de un pariente suyo el que ha sido dejado de lado, hasta el punto de que califica la falta de la firma de enterado de parte del general como de “brutales desconsideraciones” (MP: 65). Ni a Bocanegra ni a Tadeo les inmuta que faltase la firma de enterado del general. La orden había sido dada y se cumpliría con su firma o sin ella, lo cual lleva a Pinedo a decir “Bien se entendían entre ellos, aunque al final terminarían destrozándose también los unos a los otros” (MP: 67). Sin embargo, se trata de un movimiento reglado, el desplazamiento dentro de la jerarquía en órdenes disciplinarios como el ejército o la policía se hace a través del concurso o el examen y Cortina ha cumplido los requisitos para ser promovido dentro de esos parámetros y es también normal que el jefe máximo de las fuerzas armadas lo ascienda sin más. Lo

que molesta a Pinedo es que se haya dejado de lado a su pariente, el ninguneo le afecta, lo mismo que no se cumplan las normas al pie de la letra.

El caso es que en medio de la zona de donde salen las órdenes, hay “forcejeos, intrigas y zancadillas”, según la instancia narrativa, que también deja claros cuáles son los rasgos particulares indispensables del poder: sutileza, ductilidad y talento, que a su juicio, no posee Tadeo (MP: 72). Empero,

Su verdadero talento, su fuerza, era de índole distinta, y muy temible por cierto: demoníaca: consistía en el poder corrosivo de una mirada que volatiza, disipa, vacía, corrompe, destruye, en fin, todos los objetos donde se posa, dejándolos reducidos a su pura apariencia irrisoria; poder tremendo del que quizás él mismo no se daba cuenta, o no se daba cuenta cabal, como si, con una especie de rayos equis, viera la calavera bajo la carne, y una absurda danza de esqueletos en los movimientos de la gente; poder que ejercía sin proponérselo, sin quererlo, y que a saber si no se volvió contra sí propio y fue la causa profunda de su fracaso último, pues ¿dónde y cómo se detiene la cadena de la desintegración? Esa es la gran sorpresa (MP: 72-73).

La mirada es de suma importancia como sinónimo de poder tanto en Bocanegra, como ya quedó advertido más arriba, como en Tadeo. Bocanegra mira sin ver a nadie, Tadeo gusta de ver sin ser visto (MP: 71). El poder se ejerce también sin saberlo y sin una intencionalidad, pues al ser parte del acuerdo social, los actos pueden ser interpretados de diversas maneras de parte de los receptores, como en este caso, pues Pinedo es el que  *cree*  que Tadeo ve más allá de lo evidente. Y, el poder también tiene su parte de embeleso: “La lucidez odiosa –odiosa y fascinante; yo confieso [dice Pinedo] que a ratos me fascina– de una mirada tal” (MP: 73).

Tadeo, con esa mirada, con ese poder que le otorgan los otros, ejerce desde su escritorio, una especie de

muro de contención, represa aguantadora de empujes, impacencias, ambiciones grandes y chicas; de las arremetidas brutas del impetuoso, las trapacerías amañadas por el artero, las solicitudes, los engaños vanos, los halagos, las intrigas, los sobornos, la lucha solapada, la maniobra preparada con ojerosa premeditación y el golpe de audacia, tanto más asombroso el verlo fallido (MP: 74).

El mismo hombre, Pancho Cortina, “que lo sacó del pueblo fue por último quien habría de matarlo a él como a un perro” (MP: 20). Este hecho de equiparar a Tadeo con un perro es algo que se repite en tanto que se le considera convertido en el “perro guardián del Presidente” (MP: 18, 67) y que actuará como el Can Cerbero, quien a la puerta del inframundo impedía entrar a los vivos y salir a los muertos. El escritorio ante la entrada de la oficina del Presidente es el reino de Tadeo. Es el filtro obligado por donde todo lo que acontece en el exterior ha de pasar antes de llegar a Bocanegra. Es la bisagra entre el dentro y el afuera. En todo gobierno se sabe que se ha de convencer, agradecer al de la antesala. Donde la “sombra” del mandatario, diría Jung, hace su trabajo. Ahí Tadeo da sus instrucciones y éstas se realizan sin obstáculos, casi por sí solas haciendo que la vigilancia funcione poco más o menos de forma virtual y, en consecuencia, la disciplina ya es un hábito.

La burocracia pasa de ser un concepto que involucra la actuación humana a transformarse en una masa amorfa que parece abarcarlo todo y no responder a ninguna norma, pero que es uno de los mecanismos de poder a los que casi todos los seres humanos que viven en sociedad han de enfrentarse en algún momento de su vida. A Ayala le ha llamado especialmente la atención los laberintos burocráticos de ahí que someta a sus personajes a esperas inútiles, papeleos, etc., que no responden a ninguna lógica. Janet Pérez, da una explicación al respecto diciendo que en España “existe una burocracia descomunal y la obsesión por archivarlo todo” (Pérez, 2007: 76) y que “el inventor de la burocracia fue Felipe II en el siglo XVI” (Pérez, 2007: 69).

Ayala da muestras de este mecanismo también en su cuento “El Hechizado”, al hacer el recuento de todo lo que debe pasar González para poder llegar ante el rey; dispositivos que rayan en el absurdo kafkiano y que demuestran que finalmente la puerta se abría gracias a la prebenda y la ambición de una mujer. Y también es posible en “El Inquisidor” acercarse al mundo del papeleo y los trámites del clero, pues da cuenta de todo lo que debía pasar un condenado y cómo, también, todo depende de la ambición –de gloria en este caso– de un hombre.

En *Muertes de perro*, la burocracia es desmenuzada con cuidado a través del personaje Tadeo Requena:

Cuando me hice cargo de la secretaría [...] fue para mí una bendición encontrarme allí aquel pequeño equipo adiestrado, de modo que, con sólo dar una orden – transmitirla, más bien, en la mayoría de los casos–, ellos la cumplimentaban sin olvidarse de todos los detalles y requisitos y pejiğeras que yo nunca hubiera sido capaz de tener en cuenta (MP: 62).

El papeleo, los trámites parecen realizarse por sí solos porque hay un grupo de personas que sigue una especie de tradición, pues como es de todos sabido, la burocracia implica reglas y normas que son difíciles de modificar y se transmiten casi de empleado a empleado a través del tiempo dado que la gente de base o en los puestos más bajos permanecen inmutables y son los colocados en los altos escaños de las jerarquías quienes llegan y se marchan de acuerdo al gobierno en turno. El propio Tadeo se sorprende, pues, de que la cantidad de detalles que se requieren para cumplir la menor orden del Presidente, dado que él llegó ahí cuando los mecanismos ya habían sido establecidos, aun así él se ufana de echarlos a andar de tal suerte que logra cumplir todas las instrucciones de su superior, es un ejemplo de cómo el poder disciplinario se logra sólo a través del ejercicio continuado y progresivo de las funciones.

Esto no significa que las cosas salgan bien o, al menos de la forma adecuada para mantener la comunicación al interior, pero ése es, precisamente, uno de los factores de la burocracia: crear requisitos innumerables, dispositivos nuevos y rebuscados para todo que compliquen la vida tanto a los del interior del mismo gobierno como hacia el ciudadano común, llenar papeles, rellenar formatos o impresos. Y es que la disciplina, en su captura permanente del cuerpo del individuo, está obligada a utilizar la escritura como instrumento. Ayala ejemplifica tal característica burocrática con el episodio del ascenso de puesto de Pancho Cortina, primero en que falta la firma del Ministro de la Guerra en la anuencia de la promoción; y segundo, dicho progreso es informado a Malagarriga con posterioridad, ya que “más de una vez se ha dado el caso de que incluso los ministros se enteren de los decretos correspondientes a su departamento respectivo leyéndolos en la Gaceta oficial o aun por noticias de la prensa diaria” (MP: 62), esto es, sin “observar los

trámites de rigor” (MP: 63), que de manera habitual se pasan por alto a discreción si al Presidente se le ocurre algo urgente.

Ayala no escatima en detalles del proceso oficinesco cotidiano así como de los nombres completos de las diversas dependencias:

Mire Adelita –dice Tadeo a su asistente–, con la celeridad del rayo, ¿me entiende?, van a prepararme ustedes un decreto del ministro de Guerra ascendiendo (tome nota) al teniente coronel don Francisco Cortina, Reorganizador de los Servicios de la Dirección General de Seguridad del Estado y comandante de la Policía Montada, al grado inmediato superior, es decir, a coronel, con retención del mismo empleo y mando. Los fundamentos del decreto (apunte, Adelita) son los siguientes (escriba): celo extraordinario en el desempeño de las comisiones recibidas, y notable capacidad de organización demostrada al frente del cuerpo especial de Policía Montada, etcétera (MP: 64).

Ayala se burla incluyendo las acotaciones de cómo se le dan las instrucciones a la asistente y reproduciendo el discurso habitual de la correspondencia e informes oficiales. Además, hay un gusto especial en anotar los nombres completos y a veces hasta ridículos de las diferentes dependencias gubernamentales, los cargos y los actos públicos: Universidad Nacional de San Felipe; Banco Nacional de Créditos y Subsidios; Dirección de Seguridad del Estado; Ministerio de la Guerra; Ministerio de Instrucción Pública; Exposición Nacional de Artes Populares y Folklores Nativo; Instituto de Artes, Ciencias y Letras de la Nación; State Department; War Office; ministro de España; Embajador de Estados Unidos; Servicios Reservados y Especiales. El poder circula entre instituciones, pero también “constituye técnicas con valor operativo en procesos múltiples” (Foucault, 2008b: 124)

En el asunto de Pancho Cortina y su nuevo puesto se presenta un problema el cual estribó en que a causa de las prisas y a pesar de tener el documento “su sello y todo” faltó la rúbrica del general Malagarriga, quien se entera del ascenso de su subalterno a través del diario *El Comercio* porque le llaman para confirmar la noticia. Saberse excluido le cuesta la vida. Así pues, el respeto a la jerarquía y la burocracia también importa a Pinedo, pues se duele de que haya faltado en el mencionado decreto la firma de su tío el general y quedase archivado para la posteridad sin ella

por lo cual se llena de indignación, porque Tadeo y Bocanegra son “la especie de canallas en cuyas manos estamos. Con razón nuestro país ha rodado hasta la sima donde hoy se debate, llora y sangra” (MP: 66).

Dentro de la burocracia las reglas se rompen de manera constante, la creatividad es sumamente fértil pues a cada instante hay trámites nuevos, es tan grande y apremiante todo que es difícil un orden, sin embargo, se espera que cuando afecta de manera personal la situación cambie, como lo expone Pinedo; la suya es una actitud que se comparte con todo mundo pues la burocracia y sus peculiaridades se encuentran por todos lados de la vida cotidiana de cualquier ciudadano y forman parte del acuerdo social bajo el cual funcionan los pueblos.

Otra cara del ejercicio burocrático es el actuar de Tadeo como cancerbero de la puerta de Bocanegra, pues como apunta el mismo Ayala a través de lo que comunica Luis Rosales a Tadeo acerca de las antecámaras “que, si protegen al poderoso, lo aíslan al mismo tiempo y enrarecen su atmósfera” (MP: 27). El mejor ejemplo de esto es cuando Tadeo le impide el paso a Luis Rosales evitando que llegue al Presidente porque lleva consigo a un perro al que ha enseñado a ladrar el himno nacional. Tadeo primero arguye que faltaría a sus deberes si le permitiese entrar portando el animal; después se lo prohíbe simplemente porque lo desea: “pues de pronto me había irritado el viejo imbécil, y ya no me daba la gana”.

En este juego de toma y daca, Luis Rosales cambia el tono, “conciliador, propiciatorio” (MP: 114), se le acerca, baja la voz, utiliza una mirada de complicidad, revisa el entorno para comprobar que no hay nadie más. Rosales ha entrenado al perro para que divierta a Bocanegra y Tadeo lo transforma en un intento de obsequio de cumpleaños a Bocanegra, idea que agrada a Rosales e incluso le parece que es el mejor pretexto para mostrar al animal, aunque se adapta a la circunstancia y aclara que primero quería mostrárselo a Tadeo antes de ir directamente con el Presidente, lo cual es una mentira, pues originalmente había pedido entrar con Bocanegra, pero ante el rechazo de Tadeo, gira la situación a fin de sacar provecho. Tadeo le pide que le deje al can y ante la negativa de Rosales, se indigna al percatarse de la desconfianza que en ese momento siente por él su antiguo preceptor. Sin embargo, el secretario consigue lo que se propone y se queda con el perro al que pretende hacer “cantar” para él, pero al no conseguirlo se enfada y lo



traduce como una muestra de racismo: “Así es que su señoría no se digna cantar para este negrito” (MP: 117). Una vez más el juego del de arriba, poderoso, con un cargo y el de abajo, de color, imposibilitado. Al no ser obedecido por el animal, lo mata en un arranque de rabia. Más tarde muestra a Rosales el cadáver como resultado de la decisión de evitarle ser culpado de traición a la patria por “poner el himno nacional en la boca de un perro” (MP: 120), utilizando los mismos términos y tono que Rosales. Hace una amenaza velada de lo que ocurriese si lo del perro trascendiese hasta la prensa y enfatiza la suerte que ha tenido por haberse enterado él de sus planes antes de que cometiese un acto digno de castigo, en medio de un tono que tanto intentaba asustar como tranquilizar al viejo. Tadeo tiene la costumbre de pasarse el dedo por la garganta en señal de la posibilidad de morir ahorcado, tipo de muerte que escoge Rosales, finalmente. Este gesto es calificado como “pequeña crueldad” (MP: 122) por parte de la instancia narrativa, de algo no serio: “sus tan repetidas y necias bromas sobre estrangulación” (MP: 122).

Otro ejemplo del uso irracional de su fuerza es cuando se topa con Ángelo, el hijo idiota de Luis Rosales: el chico no contesta adecuadamente a lo que él le pregunta, por lo tanto Tadeo se convence de que

se burlaba de mí, y fingía el esfuerzo, cuando la verdad es que no le daba la real gana; y eso lo estaba leyendo yo en el fondo de sus ojillos ratoniles: malicia de tarado, caramba. Tanto que comencé a enfurecerme. Le agarré la muñeca, y me puse a apretar duro (MP: 208).

El chico se queja porque le ha hecho daño, pero para Tadeo “la cosa no había sido en verdad para tanto, ni mucho menos” (MP: 209). Hay una inconsciencia de la capacidad, del poder hacer las cosas. Una fuerza que no maneja del todo, que le maneja a él en situaciones en las que sale a flote su personalidad de resentido social.

La relación con Bocanegra es de lo más fluida; el gobernante desde un principio da muestras de que lo considera inteligente y desea que aprenda así como deposita su confianza en él:

Parece claro que el Presidente me tiene cada vez mayor confianza, y que se propone utilizarme en cuantas gestiones, por una u otra circunstancia, le merezcan particular

cuidado. Las cuales, no siempre tienen que ser de riesgo, ni tampoco de aquellas que los pusilánimes suelen considerar desagradables (MP: 79).

Un ejemplo de ello es cuando debe recuperar una pieza de la Exposición Nacional de Artes Populares y Folklore Nativo que fue robada o cuando le comisiona, junto con Pancho, Cortina para detener e incomunicar a Doménech por sus hurtos dentro del Banco Nacional de Crédito y Subsidios, donde funge como director (MP: 78).

Ayala conoce a la perfección las entrañas de la burocracia debido seguramente a su etapa laboral como Secretario de la Facultad de Derecho, letrado de las Cortes y enviado en misión cultural a América bajo el mandato de Manuel Azaña, de tal suerte que escribe los trámites que implican para Tadeo la muerte de Luis Rosales:

comencé –dice el secretario– a dictar las cien mil providencias y disposiciones pertinentes en las cuales me sirvió de gran ayuda el capellán y párroco de las monjas [...] En realidad, no necesité sino seguir sus sugerencias (ellos, los curas, son profesionales de la muerte), y –una orden por acá, una llamada telefónica por allá– al poco rato ya estaba todo organizado para que trasladaran el cadáver a la Capital en una ambulancia de Sanidad Pública, y yo pude regresar, por mi lado, e informar al Presidente de que sus deseos habían quedado cumplidos. Ahora, el asunto pasaba ya a manos del subsecretario de Instrucción; bajo su jurisdicción tendría lugar aquella noche el velorio de su superior jerárquico en uno de los salones de la Secretaría, y el entierro con solemnes funerales al día siguiente (MP: 154-155).

Tadeo es la extensión del poder presidencial que lo mismo realiza acciones encaminadas a solucionar ridículos como otras más delicadas que atañen al bienestar del país. Sabe todo lo que se teje fuera del conocimiento de los demás como que Luis Rosales escribe los discursos del Presidente (MP: 71), algo normal en todo gobierno.

La relación tan buena entre Bocanegra y su secretario, sin embargo, se ve oscurecida a causa de que éste último inicia una relación con la Primera Dama. Un tanto forzado por ella. La unión de los dos hombres solo podía verse empañada por una mujer que incluso le arrastra dentro de un mundo de superstición, pues en una sesión espiritista Tadeo recibió el “encargo [...] de librar del tirano al país, si no

quería sucumbir él también a sus manos” (MP: 147), solo que no se indica quién es el tirano y por una cuestión de falda termina asesinando a Bocanegra. Esta acción es considerada como obediencia por parte de Loreto: “el muchacho era bastante testarudo, pero cayó en la trampa” (MP: 146), a pesar de que intentó cuidar de sí mismo. Finalmente una reproducción de la historia de César y su fiel colaborador, Bruto.

Tadeo es traído al Paraíso, está al lado del Todopoderoso y obra en su contra. De ahí que se convierte en el ángel caído.

### 11.5 Concha escandaliza

Doña Concha es un personaje plano porque está construida de acuerdo a una idea única: la del uso irracional del poder, contraparte de un gobernante al que se rechaza. Siempre tiene los mismos comportamientos los cuales la llevan a identificarla fácilmente con un grupo social y cultural específico. Ella no tiene voz propia, es discurso de los demás.

La Primera Dama es calificada de “desdichada”, “inefable”, irónicamente “ilustre matrona” o “buena señora”, lo primero que se sabe de ella es que fue encerrada en una cárcel que parecía chiquero donde la “pasaron por las armas” tal vez centenares de “voluntarios” y murió porque un imbécil le machacó el cráneo. Su comportamiento correspondía a “veleidades de heroína shakesperiana”, que como ya se sabe, el escritor inglés dibujó un tipo de mujer sojuzgada o “mala” en términos masculinos, como se usaba en su época.

Para Concha la publicidad se volvió arma de doble filo al mostrar su figura a través de los medios de tal modo que no corresponde con lo que Pinedo considera apropiado, incluso él se mofa del trato que los diarios le brindan dado su cargo, es decir, Primera Dama, sobre todo cuando se hacía la reseña social de las tertulias en Palacio, “donde ella triunfaba, bromeaba y reía, haciendo un poco inconscientemente (o quizás no tan inconscientemente) el papel de agente provocador” (MP: 73). La vida cotidiana y privada de la Primera Dama es aireada a través de los juicios de Pinedo o de las letras de Tadeo. Esto se corresponde ampliamente con la notificación de Ayala sobre el hecho de que la vida privada de los miembros del grupo en el

poder se analiza al detalle: “el conocimiento que las clases dominadas tienen de los dominantes resulta complejo y adecuado a su verdadera fisonomía, aunque matizado y teñido por juicios de diversa tonalidad afectiva” (TS: 282).

Esas reuniones descritas por los diarios, eran vespertinas y eran de ella, afirma Pinedo pues el Presidente apenas sí aparecía por ahí, sin importarle los que hacían la corte a su mujer, dejando claro que no tenía mucho interés en ella o no temía que ella se mostrase curiosidad en otro. Concha ejerce su poder en esas tertulias de una forma más sutil, un ejemplo es cuando externa su opinión sobre el artículo de Camarasa; ella valida el sentimiento nacionalista, “hacía falta que alguien le saliera al paso a aquel atrevido” (MP: 91) dice ella y su voz es aprobada por unanimidad, su postura se imita. Como ya se sabe, esas reuniones tenían repercusión mediática, de ahí que lo que la mujer dijera sería conocido por los demás. Pinedo sabe lo que se dijo en la tertulia y está de acuerdo en esa ocasión con doña Concha porque ella defiende lo que la respuesta que el historiador dio al ibérico; si se considera que Pinedo es el representante de un sector de la población del imaginario país, puede afirmarse que el grupo conservador aplaudió la actitud parcial de la Primera Dama quien estaba furiosa con el periodista español y “cualquier castigo le hubiera parecido poco” (MP: 92) para él. En esas tertulias, sin embargo, había mucho de hipocresía en sus asistentes quienes se burlaban de ella como forma de desquitarse del odio que sentían. El par de las reuniones de doña Concha se realizan en el Bar La Aurora, encabezado por Pinedo, donde se ventilan los mismos asuntos pero con disertaciones negativas sobre la mujer, pues ahí se extiende hasta ella la condición perruna de su mascota, criticando su comportamiento, su vestuario, etcétera.

Pinedo, no obstante, cuando no se trata de una conducta que lo favorezca a él, está declaradamente en contra de la esposa del Presidente: “lejos de mi ánimo defender, o disculpar siquiera, a doña Concha, la Presidenta” (MP: 94). Él considera que el odio que se siente en torno a Bocanegra –se considera para este efecto que se trata del grupo social al que representa Pinedo– tiene su origen en ella, esto no es nada benéfico para la figura del Presidente, por supuesto, en otras palabras, Bocanegra no es sólo él responsable de la reacción que ha suscitado en sus gobernados, sino que “en gran parte” se lo debe a la mala conducta de su mujer. Esto atenúa su responsabilidad y la deposita en algo que no es específicamente gobernar,

sino la conducta fuera de los cánones establecidos por los valores burgueses. Pinedo, además, personifica el discurso y comportamiento judicial y disciplinario que busca el castigo ante el crimen, la justicia, ante todo. Sin embargo, lejos de emplear las palabras “crimen” o “asesinato”, la voz narrativa recurre a “pecados” que, además, no son veniales, por lo tanto se trata de pecados mortales, con los cuales se queda fuera de la gracia del dios católico y, sin haber confesión, penitencia, arrepentimiento y perdón, se quedará fuera del cielo. Las faltas de la mujer son una mezcla de religiosas y morales o de conducta más que civiles o penales: era ambiciosa, arbitraria, insensata, violenta, aunque a la vez había en ella generosidad y “cierta grandeza” (MP: 95). El problema era su reacción ante los otros, cuando “se le acercaban en busca de amparo o de connivencia, les irritaba su modo prepotente de actuar” (MP: 95); la Primera Dama ejercía el poder a través de mecanismos más domésticos, por llamarlo de algún modo, pues lo mismo brindaba consuelo y ayuda que se prestaba a tretas que beneficiaba al propio solicitante, lo curioso es que se esperaba de ella que en lo bueno y en lo malo tuviera una reacción diferente a la prepotencia. ¿No se exigía demasiado de ella, quizás? En su *Tratado de sociología*, obra de divulgación que pretende evaluar las contradicciones de la civilización, Ayala hace evidente las suyas propias al referirse a las mujeres:

El carácter penoso, exasperado, de las querellas femeninas ocasionadas en relaciones funcionales, es un experiencia diaria que ofrece algún indicio en tal dirección, pues ese peculiar matiz enconado, vivo, que presta la mujer aun a las relaciones más superficiales en que participa, tiñéndolas de una afectividad –positiva o negativa– desproporcionada a su entidad práctica, procede de la naturaleza enteriza del alma femenina, señalada con éxito por algún sociólogo, naturaleza que, en contrapartida de sus excelencias, reduce la capacidad objetivadora de la mujer y le hace comprometer innecesariamente zonas íntimas de su personalidad, convirtiendo, por ejemplo, cualquier cuestión en cuestión de amor propio (TS: 259).

La personalidad de doña Concha era motivo de reprobación para el narrador, por eso le aplica numerosos adjetivos más que narra sus acciones; la Primera Dama era imbécil, hacía “fantochedas”, era caprichosa, frívola y arrogante, de carácter pintoresco, grotesco, libidinosa, vana, desatentada, insensata. Fastidia su voz, su risa, su carácter mezcla de liviandad con ambición, “suscitaba en los hombres reacciones

de agresiva concupiscencia” (MP: 108) como si quienes la miraban fuesen mero instinto e incapaces de cualquier discernimiento o control. Le gustaba, según la voz narrativa, “intrigar, urdir, tramar”, sus debilidades se transformaban en “fuerzas demoniacas” (MP: 108).

También se le fiscaliza su forma de vestir, recuérdese lo que Ayala habla sobre la moda; Concha hace caso omiso de las convenciones sociales y a pesar de las prohibiciones de tipo conservador representadas por Pinedo, ella muestra más interés en vestir de una forma relajada que en seguir las pautas de moda que se exigirían para una mujer de su condición y clase.

El tipo de poder que se le otorga a doña Concha está lejos de encontrarse en los cánones masculinos, muy al contrario, se enfatizan los estereotipos femeninos es por ello que se enfatiza su mando sobre Tadeo a quien convierte en su amante más como un ejercicio de autoridad, como un despliegue de estrategias. Ella toma la iniciativa, se le acercó con diversos pretextos y lo tironeó hasta su cama, sin embargo el previsto fin no era suficiente, ella quería doblegarlo, expresa Pinedo; “no cedió ella ni por un momento en las maniobras para rendirlo a su arbitrio, y conducirlo a donde mejor le diera la gana, como dueña y señora” (MP: 109). Y lo condujo a las sesiones espiritistas que ella presidía y a las que acudían gente de la alta sociedad como el mismo arzobispo mitrado (MP: 110). Doña Concha establece una relación de tira y afloja con el secretario pues ella quiere divertirse aprovechando cualquier ocasión para tocar al joven y éste, aunque no quiere asistir a donde ella lo llama, va y es víctima de sus toqueteos. Tadeo estaba en desventaja ante ella: “estuvo siempre a la defensiva con ella; desde el primer momento. Siempre le desconfió y la temió, detestando quizás lo que había de dañino en su persona, aunque quizás sin darse cabal cuenta de en qué podía consistir o dónde residía la amenaza” (MP: 111).

Ella era una mujer que atraía pero provocaba miedo al mismo tiempo. Tadeo, por su parte, la llama “la Gran Mandona”, sostiene con ella una relación violenta pues él la insulta y agrede físicamente, la detesta y la desprecia y se lo hace notar siempre que puede, “estaba resuelto a humillarla” (MP: 192) en un momento en que ella está atemorizada él expone que “casi le doy un sopapo, para que se dejara de sandeces”, “yo le grité”, “la sacudí por los brazos” (MP: 195), la llama “la muy cretina” (MP: 196); Tadeo se ufana de que ella no logró domesticarlo nunca pero él

tampoco puede jactarse de haberla dominado a ella. Se peleaban verbalmente y cuando ella “quería hacerse la cariñosa –babosa, diría mejor” escribe Tadeo, “también por ese lado salíamos reñidos, y lo que había querido comenzar en caricia terminaba en arañazo, o en puñetazo” (MP: 198); hay un momento en que incluso él afirma: “en aquel instante la hubiera estrangulado” (MP: 199). Tadeo finalmente acepta el veneno que ella le da para suministrárselo en la bebida a Bocanegra y justifica su acto criminal atribuyéndoselo a doña Concha porque “con ella no hay quien pueda” (MP: 212). En suma, se trata de una relación de sometimiento mutuo, más físico por parte de él, más psicológico por parte de ella.

Concha, por otra parte, tenía una amiga, Loreto, a la que unía una amistad que a la instancia narrativa llama la atención y permite externar su opinión sobre las mujeres en general:

esa especie de incondicional lealtad amistosa entre mujeres, por la cual parecían coligadas contra el mundo. Es infame sin duda, pero, al mismo tiempo, también tiene mucho de conmovedora. Ninguna consideración de interés, de principios, ningún otro deber o afecto u obligación es capaz de quebrantar alianzas tales, que sólo saltan –y entonces, ¡con cuánta violencia!– cuando el diablo las enreda en algún nudo pasional. (MP: 98).

Se conocían desde jóvenes, cuando aún “ni soñaban en que, corriendo el tiempo, se verían empingorotadas, la una al generalato y la otra a la Presidencia” (MP: 100).

Está claro que dentro de la diégesis esto responde a un modelo de gobernante que no se corresponde con la realidad de los mandatarios de *Muertes de perro*, aunque a Loreto no “se le subió a la cabeza” cuando llegó a “las alturas”. Este llegar de ambas mujeres debe considerarse de acuerdo a la época en que escribe Ayala, cuando tanto en España como en América las mujeres consortes de los mandatarios tenían un papel restringido y centrado más que nada en áreas fuera de la política como encabezar proyectos sociales, culturales o de beneficencia, ése es el caso de doña Concha. Ese llegar a las alturas no era un mérito propio porque ni se permitía ni se propiciaba, era parte de cómo se ejercía el poder.

A la par, la descripción que se hace de doña Concha es exactamente en los mismos términos que la de Tadeo, es decir, se hace énfasis en las características de la persona como si ellas fueran el crimen mismo; en el caso de la mujer muestra la falta

de domesticación y corrección de que es objeto, lo fuera que está del deber ser, por lo que su vida se parece al crimen.

Retomando, el narrador le otorga grandeza a doña Concha cuando lo defiende a él por haber escrito un artículo en respuesta a otro aun cuando prefirió el anonimato a dar la cara y está seguro de que lo defendería también en caso de que se le acusara de haber hecho asesinar al periodista español (MP: 95); la grandeza, como es posible observar, no es esa a la que apela Janet Pérez (cfr. *infra*) sino que es algo sumamente relativo que responde a la conveniencia del que la valora, pues en este caso, defender a un asesino sería sinónimo de grandeza.

Un ejemplo de que el poder circula, no se queda en una sola persona es que Pinedo reconoce que la gente cercana a la Primera Dama también tiene poder pues Loreto es la mano derecha de doña Concha, eso representa “una garantía y una tranquilidad” para él precisamente por esa amistad aunque Loreto no tenga ningún puesto *de jure* dentro del gobierno, podría tener la capacidad de, en un momento dado, hacer algo por él. Cuando Loreto queda viuda, doña Concha se la lleva a vivir con ella a Palacio, la inserción dentro del espacio considerado como representativo del poder, le confiere poder automáticamente a la viuda por el simple hecho de estar cerca de quienes lo ejercen de forma más pública o en sentido macro. No fue esa la primera vez que doña Concha hace uso de su posición pues en cuanto accede su esposo a la Presidencia de la República, le busca un empleo al esposo de su mejor amiga y un mejor puesto al tío Olóriz, y no cualquier labor sino el Ministerio de Guerra al primero y la Administración de Servicios especiales y reservados al segundo; la parte dedicada a la seguridad y la dedicada al dinero, la Primera Dama propició que dos de los más poderosos elementos de cualquier gobierno quedara en manos de los parientes de su querida amiga.

Fuera de las cámaras, la vida de doña Concha transcurría con normalidad aunque Tadeo le otorgaba otros valores, para él Bocanegra vivía en el alcoholismo mientras ella “entornados los ojos, ausente, hila, urde y maquina sin cansancio” (MP: 74). Tadeo cuestiona lo que él considera la incapacidad de poder de la pareja presidencial, pues él se pregunta cuando ellos están en ese estado, quién sostendrá el edificio público, quién defenderá el santuario del poder (MP: 74), dejando en el aire ese sentimiento de que el edificio público sólo es sostenido por los gobernantes y



niega cualquier papel en su funcionamiento al resto, incluso a sí mismo como secretario particular; por otra parte, otorga una característica sacra al poder al considerar que está en un santuario y que éste debe ser defendido, su concepción es la que Foucault sitúa dentro de su teoría de la soberanía, es decir, la correspondiente al contrato social, cuando el poder estaba intrínsecamente ligado a la religión y se legitimaba a través de ritos y ceremonias la línea directa entre algún dios y el rey.

De la misma manera que la voz narrativa menciona las características morales de Tadeo como una forma de establecer los antecedentes infraliminares de la penalidad, calificados así por Foucault, se expresa idénticamente de doña Concha. Ella “se había labrado con su conducta un final tan lamentable, hasta el punto de que algunos pudieran considerarlo merecido castigo” (MP: 16). Para castigar es necesario primero haber hecho alguna ofensa, las de esta mujer no se trataban exactamente de crímenes sino de lo que Foucault llama “faltas sin infracción o defectos de ilegalidad” (2001: 30), consistentes estos en incorrecciones, en defectos morales cuya acumulación los hacen parecer como el crimen mismo.

Se trata del discurso empleado en el ámbito jurídico en el que se cuentan elementos biográficos que no son “de ningún modo principios de explicación del acto, sino especies de reducciones anunciadoras, escenitas infantiles, escenitas pueriles que son ya algo así como el análogo del crimen”, denota Foucault. Lo que la Primera Dama hace es usar vestidos escotados y realizar “manejos criminales”, esto es, instigar a su amante en contra del esposo y proporcionar a aquél el veneno con que matar a éste. Su falta, entonces, no importa que no pase por un tribunal, que no se juzgue adecuadamente, es bien visto su encarcelamiento en una prisión que no cuenta por lo menos con la separación habitual de hombres y mujeres sino que ella debe convivir con otros criminales quienes además abusan sexualmente de ella y, no conforme con eso, la voz narrativa se regodea por haber sido asesinada por un imbécil que le aplasta el cráneo a la mujer: era lo que se merecía.

Por su parte, el hombre que la mata, es posible que lo hiciera víctima de la personalidad a la vez atrayente y atemorizante de ella, explica Pinedo, pues debió haberse asustado terriblemente cuando la vio en sus brazos, cuando ella le sonrió y acarició, el loco debió aterrorizarse y por eso la mató (MP: 112).

Pinedo, al escribir de tal índole sobre doña Concha, lo que hace es por una parte, proporcionar un informe en términos morales y, con ello, permite que funcione la maquinaria del poder al confundir las actitudes con el crimen mismo, pero este discurso no corresponde al poder judicial sino, como propone Foucault, corresponde al poder de normalización, en donde “la norma no se define en absoluto como una ley natural, sino por el papel de exigencia y coerción que es capaz de ejercer con respecto a los ámbitos en que se aplica” es, por lo tanto, “la portadora de una pretensión de poder” porque califica a la par que corrige y más que excluir, interviene y transforma en aras de un proyecto normativo (Foucault, 2001: 54). Informar el producto de la vigilancia es generar saber; Pinedo da cuenta de cuáles son los valores morales en los que se mueve y la forma como los aplica. Ayala, a través de sus personajes permite conocer “las estructuras que deciden el marco dentro del cual [habla]” (Foucault, 1994: 659, citado en Foucault, 2010: 10). En este caso se trata de una pugna y su autor, como cualquier otro, no está exento de recuerdos o rituales referentes a las luchas armadas, de los cuales deja constancia.

Además, hay algo remarcable en la ideología de la instancia narrativa, pues otorga al crimen un estatus particular, se trata de que “aunque en forma siniestra, se hace respetar”, quizá porque el asesinato fue considerado como una de las bellas artes, lo cierto es que para Pinedo produce menos indignación que la frivolidad, dejando en claro que se prefiere una infracción no importa que implique la muerte de alguien a una infracción al *savoir faire* de las buenas personas en sociedad, pues la frivolidad arrogante “es, sin duda, más humillante que sucumbir al miedo físico” (MP: 102).

A la par, es retratada de la forma grotesca que se emplea con Bocanegra porque ella “ofrecía las notas extravagantes y ponía el toque ridículo en el escándalo de su tiranía” (MP: 102). En la construcción del personaje de doña Concha es que pareciera calcada de María Antonieta por varias razones. Ambas no pertenecían al cuerpo social en que se insertan cuando llegan al poder; ambas son consideradas como escandalosas, desenfrenadas; ambas son incestuosas, la francesa con su hermano y su cuñado y doña Concha con el supuesto hijo de su marido; ambas son licenciosas sexuales, pues esta última no tiene ningún reparo en conceder sus favores, como escribe Pinedo, a cambio de protección una vez que se encuentra en la

cárcel. Esto conlleva la implicación de que los hombres, los criminales y los guardias no pueden otorgar favores o ser compasivos con una mujer a menos que ésta dé sexo a cambio.

La Primera Dama consterna con sus insensateces a los opuestos al régimen que ella encabeza, al menos así le ocurre a Pinedo, quien considera que “ella se permitía satisfacciones no consentidas a una princesa real” y para muestra de la representación grotesca de los gobernantes de la que habla Foucault, relata el episodio de cómo ella tuvo una mascota que muere, el embajador de Estados Unidos se apresura a traerle una sustituta idéntica a la que poseía. Una princesa real sí tiene derecho, según deja ver la voz narrativa, a que se apresuren a reparar la falta de su animal favorito pero una mujer común, no. Además, lo grotesco radica más bien en los que rodean a doña Concha, como el mencionado embajador estadounidense que echó mano de la infraestructura de guerra para transportar al bicho; o del Ministro de España que informa de tal suceso a sus superiores y espera instrucciones diplomáticas; o la misma prensa que se rinde a cosas llamadas del corazón y que encantan a sus televidentes, y los diarios que se prestan a publicar una elegía en el suplemento dominical. Hechos todos reprobados por Pinedo habida cuenta de que “no pasaba de ser una muestra bastante inofensiva en sí misma de sus ansias de figurar y de prevalecer” (MP: 105).

Lo cierto es que se trata de una manera como fluye el poder. Ella es la Primera Dama y debe halagársele, eso lo reconocen perfectamente los representantes de otros países; así, las naciones estarán en buenos términos para llevar a cabo sus operaciones económicas, sociales, culturales, etcétera entre sí. Se utilizan los medios al alcance para lograr el objetivo.

Los mecanismos de poder no radican exclusivamente en fines de disciplina o relacionados con el capital, es a través de esos pequeños gestos de cortesía como se embonan las piezas de los gobiernos, forma parte de los rituales. Tómese en consideración la importancia de la etiqueta, el cuidado que ponen los presidentes de agasajar a sus homólogos invitados ofreciéndoles comida, música, regalos; los presentes que se escogen con cuidado para enviarse a princesas, reyes y mandatarios con motivo de bodas o cumpleaños y como demostración tanto de opulencia como de generosidad. Como ironiza Ayala, el regalo del diplomático estadounidense a doña

Concha fue para “estrechar los lazos de amistad que unen a ambas repúblicas del continente americano” (MP: 105).

El mantenimiento de los vínculos adecuados entre naciones se realiza a través de estrategias que incluyen gestos del tipo del señalado por el escritor granadino. En el mundo de *Muertes de perro* se tiene conciencia de eso, pues como el ministro de España informa a sus superiores, se trata de un recurso diplomático de Estados Unidos para impresionar a la República de Bocanegra; el mismo funcionario sabe que se trata de una competencia y se muestra seguro del amor que sienten los pueblos hispanoamericanos por España, amor que nunca será el mismo para Estados Unidos.

El narrador deja sobrentendido que Concha hubiera sido diferente si hubiese contado con la conducción adecuada de su esposo, pero éste “la dejaba hacer, y con eso daba lugar, el muy astuto, a que ella cargara con todas las culpas” (MP: 139). Se suponía que ella en su papel de esposa llevaba las riendas y lograba que el Presidente hiciera lo que ella deseaba, mas no era así. El ejemplo de que él no la obedecía fue que nombró a Luis Rosales como Ministro de la Educación a pesar de la contrariedad femenina pues ella consideraba enemigos a los Rosales por la forma como la había tratado Lucas en el pasado, no sólo por el enfrentamiento político que tenía el senador con su marido. Es por una “venganza de hembra rabiosa” que manda castrar a Lucas Rosales aunque el señorón soberbio no había hecho “otra cosa sino haberla puesto en su sitio” (MP: 141). El problema estribó en que Bocanegra, al incluir en su gabinete a Luis provocó la ira de su esposa hasta el grado de que por eso ella decidió deshacerse de su cónyuge y planeó su asesinato valiéndose de Tadeo.

La explicación dada por el narrador a la actitud de doña Concha es que se trataba de un caso de arribismo, en otras palabras, doña Concha quería escalar social y económicamente pero a través de un hombre, el que fuera, por eso lo intentó con Lucas y más tarde lo logró con Bocanegra. Aunque el propio Pinedo aclara que cuando conoció a este último, él era un pésimo negociante con indicios de alcoholismo. La llegada de Bocanegra al poder, sin embargo, fue gracias a ella, aclara Loreto:

¡Qué verdad es [...] que sin esa mujer, Concha, jamás hubiera hecho Bocanegra lo que hizo ni hubiera llegado donde llegó! Talento no le faltaba, ya se pudo ver; pero fue ella, y nada más que ella, quien le dio la idea; no sólo la idea (la idea no es nada):

quien le dio el impulso, la constancia, los ánimos, sobre todo al comienzo, cuando no se es nadie y cualquier pretensión parece demasiado osada... (MP: 142).

¿Por qué si doña Concha era tan capaz no llegó ella a la Presidencia? Por la sencilla razón de que era algo imposible, no sólo en su momento sino ahora mismo. Su papel es el típico femenino tras bambalinas. Lo interesante de su caso es que el único poder al que ella se pliega, después de todo, es al de Lucas Rosales a través de una sesión espiritista, es decir, al final ella se convierte, aunque sea a través de prácticas esotéricas, en el instrumento del senador, es así como Lucas Rosales logra deshacerse de su enemigo Bocanegra gracias al enorme ascendiente que siempre tuvo sobre la mujer, la impronta que le dejó, al grado de que aun muerto ella responde al estímulo y actúa en consecuencia. El sometimiento de unos sobre otros no radica solamente en lo que uno ordena al otro, sino en lo que ese otro está dispuesto a hacer motivado por su propia historia. A la larga, el otro, el que supuestamente tiene el poder o manda, sólo es un pretexto para que salgan a la superficie los miedos, los deseos, los intereses del sometido.

### 11.6 Ángel o el residuo

Los sistemas disciplinarios tienen como centros neurálgicos los ejércitos, la vida monacal, las prisiones, las escuelas, los manicomios pero su mando no termina ahí sino que se extienden a la vida civil entramándose de tal manera que ni siquiera se repara en ello. Dentro de estos sistemas, sin embargo, existe siempre el elemento que no puede clasificarse, que escapa a la vigilancia, al orden, al cual Foucault le da el título de lo inclasificable, del residuo, el inasimilable (Foucault, 2005b: 64). Así, en las fuerzas armadas encontramos al soldado desertor, en la escuela al que no aprende a leer y a escribir, para la policía está el delincuente, y el residuo de todos los residuos es el enfermo mental porque no es asimilable dentro de lo escolar, lo militar o lo monacal. Su existencia provoca la aparición de nuevos sistemas disciplinarios que vendrán a complementar los ya existentes para recuperar a esos individuos, se harán escuelas para ellos y como también habrá irreductibles dentro de esas escuelas, se harán otras y así hasta el infinito. Porque el objetivo es restablecer la regla, la

norma, aunque el propio poder disciplinario provoca que existan los que están fuera de ella, se empeña en incorporarlos de una u otra manera. En otras palabras, “el poder disciplinario es lo que podríamos llamar la modificación exhaustiva de las relaciones entre la singularidad somática, el sujeto y el individuo” (Foucault, 2005b: 66).

Ángelo, por lo tanto, es también un personaje plano que representa la cualidad de quienes ocupan una posición marginal dentro del mecanismo social, los inadaptados, formula Ayala, “cualquiera que sea su índole y la causa de su inadaptación, coinciden en su fracaso frente a la humana exigencia de un plan de vida” (TS: 438). Aunque también hace la advertencia de que hay inadaptados que, al contrario, tienen un papel primordial en su medio en tiempos de crisis, cuando actúan como verdaderos genios creadores a la par que llevan a cabo “inverosímiles disparates”. Pero esta excepción no incluye a Ángelo.

Ayala muestra una sociedad con todos sus elementos básicos en su novela *Muertes de perro* por eso no podía faltar el fuera del orden, en este caso Ángelo, el hijo débil mental de Luis Rosales. Extraña paradoja común entre los hombres brillantes procrear un hijo no sólo menos inteligente sino completamente retardado; el bobo, el infeliz tonto, el idiota de nacimiento, lo denomina Ayala, lo cuidaba su hermana María Elena como a un niño cuando ya estaba hecho “un zanguango”, “con cañones de barba en su cara cretina” (MP: 45), “se pasaba las horas muertas hilando baba en la ventana, y ya era una fiesta para el muy bobo cuando algún muchacho del pueblo, cualquier desarrapado y muerto de hambre, como Tadeo mismo, sin ir más lejos, se le acercaba con el ánimo avieso de hacerle alguna perrería” (MP: 61).

El mero regocijo del chico representaba una agitación que compungía a su cuidadora, incapaz de impedir que los otros chicos del pueblo le dieran moscas y se las comiera (MP: 46). ¿Puede haber mayor signo de locura que comer lo que debiera producir asco? María Elena se enfadaba con él por llevarse a la boca semejante bocadillo y Tadeo, asumiendo en él el conjunto de sus compañeros se excusa: “como si nosotros tuviéramos la culpa de que fuera bobo... ¿Se le iba a haber olvidado?” (MP: 46). La locura es una falta imperdonable y ni Tadeo ni sus compinches quieren ser la causa, por eso se lavan las manos, sin asumir su responsabilidad al aprovecharse de Ángelo. Pero también se saben superiores, pues a pesar de su

condición de desarrapados, son capaces de manejar a su antojo al joven tonto, dejando claro con esa acción cómo aun el más desposeído siempre estará dentro del orden social al cumplir las normas mientras que el loco lo infringe con su mera existencia. Incluso el propio Tadeo se molesta cuando se siente comparado con él por el mismo Luis Rosales, no haciendo éste ninguna defensa de su hijo (MP: 117). Tadeo describe a Ángelo como un estúpido, un absurdo que gruñe, “abierta de par en par la boca idiota, y muy chiquillos sus ojillos risueños de ratón” (MP: 207).

Y Luis Rosales hubiera querido enseñar a su hijo todo su saber sobre artes y ciencias<sup>44</sup>, pero dada su condición no tuvo en quien prolongar su cultura por eso toma con afecto a Tadeo cuando Bocanegra lo nombra su tutor. Es revelador que se deja de lado a la hija, no hay el menor interés en transmitirle a ella nada, el saber es un asunto de varones y ella no tiene ninguna oportunidad, puesto que la voz narrativa ni siquiera se ocupa de mencionarlo, pues se da por hecho, así era y así sigue siendo en la mayor parte del mundo. La falta de un heredero hombre es considerada una mala suerte (MP: 61), tanta que Luis Rosales ni siquiera se atreve a dejarle a su hijo el encargo de cuidar su perro, pero eso sí, a la hija sí se lo deja cuando sale (MP: 116).

Cuando Luis Rosales se suicida, Ángelo está ajeno a lo que pasa pues a la llegada de Tadeo a la casa para asistir al velatorio en representación del Presidente de la República, se le acerca sonriente a tomarlo de la manga pero es fuertemente rechazado por el secretario (MP: 153), tanto que éste mejor lo hace salir de la sala donde estaba el muerto, porque lo “sacaba de tino con sus majaderías” e impedía que se concentrara en dar las instrucciones para organizar el funeral (MP: 154).

No sólo la presencia de Ángelo, sino su propia existencia inoportuna a la abadesa Práxedes y aún más por su condición de huérfano, “es un dolor de cabeza” (MP: 159). No es posible esperar compasión de una monja y menos si se trata de una superiora, pues ella ha dejado de lado su voluntad en su afán de obediencia al cuerpo monacal al que pertenece y Ángelo violenta las reglas a las que está acostumbrada, pero en vista de que es su pariente, velará por él junto con su hermana mientras algo

---

<sup>44</sup> Es curioso que la única lectura que menciona Rosales es la del *Selecciones del Reader's Digest* (MP: 118), considerada una revista de divulgación sobreideologizada pero sin demasiada seriedad científica o, por lo menos, no dentro del género “culto”.

sucede, pues su intención es ingresar a la chica al convento, donde no tiene cabida el muchacho.

La prima de Práxedes, viuda de Lucas Rosales, tía política de María Elena y Ángel accede a recogerlo asegurando que sus propios hijos “estarán encantados de recibirlo, aunque más no sea por la novedad” (MP: 164), esto es, el chico retardado será una especie de juguete en manos de otros jóvenes como ya lo era en su pueblo.

El futuro del chico se augura incierto porque ni su hermana –que lo califica de desgraciado (MP: 180) – lo tolera pues su movilidad incesante le gasta los nervios (MP: 178). Los acontecimientos se precipitan, la abadesa descubre los secretos de María Elena y la expulsa del convento mandándola con su pariente a New York. No hay una palabra más sobre el paradero de Ángel hasta que Tadeo se lo topa en la plaza y lo encuentra “hecho un completo desastre, todo roto, mugriento, greñudo, y con los cañones de la barba sin afeitar. Parecía un mendigo. No parecía: era un mendigo” (MP: 207). Absolutamente todos los requisitos que se necesitan para ser un paria, al grado de que el hijo de familia tan ilustre no es capaz de hablar para decir que tiene hambre y a través de gestos pide comida o dinero; que lo mismo se entretiene en una tontería como observar qué hace un chico con su bicicleta. Su existencia es un acto que compromete pues Tadeo se acerca a él y echan a andar, pero el secretario se pregunta “hacia dónde, y para qué; no sabía, en realidad, qué hacer con aquel bobo” (MP: 208).

La imposibilidad de la comprensión de su situación particular así como las ganas de castigarlo por su comportamiento se hacen patentes en el siguiente párrafo:

Ángel –le interrogué–, ¿dónde es que tú vives ahora? ¿Dónde te acuestas por la noche? ¿Dónde duermes? El muy pícaro me entendía, ¿cómo no?; pero, con sus risas de siempre, quería hacerse más tonto de lo que era. Emitía sonidos trabajosamente, como si intentara contestarme a su manera; pero estoy convencido de que se burlaba de mí, y fingía el esfuerzo, cuando la verdad es que no le daba la real gana; y eso lo estaba leyendo yo en el fondo de sus ojillos ratoniles: malicia de tarado, caramba. Tanto que comencé a enfurecerme. Le agarré la muñeca, y me puse a apretar duro: – Ahora mismito va a decirme en qué agujero te metes, grandísimo pendejo. – Pero al muy bellaco le dio entonces por quejarse y empezó a armar toda una alharaca,



dándome a entender que le había hecho daño, cuando la cosa no había sido en verdad para tanto, ni mucho menos. (MP: 208-209).

Paradójicamente, en este caso Ángelo posee algo que Tadeo no tiene, la libertad, puede deambular por donde quiera algo, no está encerrado como indicaría su condición sino que disfruta de la plaza y el mercado, lo que no puede hacer Tadeo, encarcelado *motu proprio* en Palacio.

La familia Rosales se comporta como cualquier otra según se aprecia con Ángelo. Foucault pone de manifiesto que cuando un individuo es rechazado de cualquier sistema disciplinario –porque una institución remite a otra, no actúan por separado– es enviado a la familia exactamente como ocurre con María Elena, pues la chica fue inasimilable dentro del entorno disciplinar del convento; pero la familia también es la que abandona a Ángelo a su suerte. Esto es así porque este grupo es el elemento de sensibilidad, una especie de filtro que permite determinar cuáles individuos deben ser expulsados o introducidos en algún otro sistema.

Su sitio es ahora la calle, al margen de cualquier sistema, porque no encaja en ninguno de ellos, ni en el familiar ni en el religioso ni en el del gobierno; por eso queda a merced de los maltratos, de la necesidad de reducir su voluntad a la de otro que sí está normalizado, que sí responde a los cánones del sistema. Porque ya se sabe que tradicionalmente un loco está curado una vez que hace lo que se le pide.

Pero queda en evidencia que los esquemas de pertenencia, de vasallaje, de linaje que se dan entre hombre-mujer y padres-hijos, en el caso de la pérdida del padre desaparecen. Y el hijo varón que no es capaz de prolongar su estirpe, se torna inservible.

## Capítulo 12. Los personajes y la ejecución del poder en *El fondo del vaso*

### 12.1 Ruiz, juez de belleza y criminal

Las novelas de Ayala se caracterizan por el apogeo del individuo, de ahí que existan varios personajes principales importantísimos en tanto dan cuenta del sentir humano, son personajes que se destacan de quienes los rodean por su fuerte individualidad. José Lino Ruiz es el protagonista en *El fondo del vaso*, pleno de verosimilitud interna, con una personalidad muy clara, un personaje redondo, en suma. Desde el inicio se presenta a sí mismo con su nombre propio, su carácter está delimitado por el entorno social y lo que se dice de él a través de la opinión pública y del aparato de justicia. Al ser a su vez uno de los narradores principales, define la ideología de la narración a través de sus juicios, utilizando el discurso directo, cargado de unidades fraseológicas.

Ruiz se encuentra en una postura muy diferente de la que viven los personajes de *Muertes de perro*, el comerciante está alejadísimo del círculo del poder que representan Bocanegra y sus allegados, lo vive desde una zona inferior, la de una clase media alta, aunque se codea con gente con mayores recursos sociales y económicos que él. En esta novela no se habla de ningún tipo de gobierno, los máximos dirigentes son de otro tipo. Por un lado el económico y social representado por don Cipriano Medrano, dueño de un emporio de bebidas alcohólicas, por Doménech “que por derecho propio ha vuelto a erigirse en mago y capitán general de las finanzas” (FV: 48), y por las familias distinguidas como los Rodríguez; por otro, está la prensa, capaz de manipular al público. Ruiz convive con ambos poderes porque los comparte en menor término pero su cercanía no se traduce en beneficio; poseer dinero y posición social no se traduce en felicidad. El círculo que retrata Ruiz a través de sus escritos es el del mundo de las familias acaudaladas en contraposición con los menos afortunados.

Ruiz representa los mecanismos de poder en el interior de la familia por eso la suya personifica un modelo tradicional de matrimonio, en el que cada miembro cumple el papel que le corresponde socialmente: él como proveedor y ella como ama

de casa. Él es el dueño del patrimonio y lo maneja a su aire, mientras que ella está totalmente alejada de toda actividad remunerada. Ella aguarda en casa mientras él hace vida social.

A su vez, Ruiz tiene empleados en su establecimiento y Candy es de alguna manera representativa de ellos. Ruiz tiene claro que hay riesgos al mantener una relación íntima con alguien del trabajo, pero lo pasa por alto, sobre todo porque se trata de una “empleada ínfima” (FV: 54) en la que nadie reparará aunque reconoce que se pierde autoridad (FV: 60) porque quiere dar órdenes a la chica dentro de la vida privada como se las daría dentro del almacén. La trata con sarcasmos y amenazas, como si fuera de su propiedad, le repite que él es su Providencia (FV: 59).

En su almacén él decide a quién contrata y a quien no, como en su momento lo hizo con la chica. Sin embargo, bajo el imperio de Olóriz el negocio se hermanó con el desorden exterior y al estar “sin disciplina alguna” (FV: 55), decide cerrarlo temporalmente.

En lugar de narrar los disturbios violentos como lo hizo Pinedo, Ruiz más bien da cuenta de la situación en el periodo de paz que siguió al magnicidio en términos económicos:

porque –tan fecunda es la paz, tan pródigas sus *cosechas*– estos pocos años han modificado la faz de nuestro país hasta un punto tal que parecen remotas ya y casi inverosímiles las *estrecheces*, penalidades y *miserias* de otrora. Continúa, claro está, habiendo *pobres* y *ricos*: ésa es la ley de Dios; pero, por lo menos, existe *trabajo* para todos, todos *ganan* sus *jornales*, florecen la *industria* y el *comercio*, y nadie tiene derecho a desesperarse. [...] Sospecho que, sin los años de *vacas gordas* con que el cielo nos compensa de los sufrimientos, *escaseces* y violencias pretéritos, las cosas no se hubieran deslizado tan suavemente (FV: 55 y 56, las cursivas son mías, A.G.).

No hace referencia primordialmente a las “guerras, asaltos y asonadas” que tanto preocupaban a Pinedo, sino a un aspecto que no se deja ver en *Muertes de perro*, al menos no de forma evidente, esto es, bajo los regímenes de Bocanegra y Olóriz el país no prosperó en el aspecto financiero. Si bien la paz promueve sobre todo el movimiento de los capitales, es una cuestión divina la diferenciación entre clases

sociales más o menos desposeídas, la distribución irregular de la riqueza. Así que cuando se atraviesa un momento de bonanza industrial y comercial porque el cielo les ha concedido una ola de prosperidad (FV: 75) no hay espacio para el malestar. O, al menos, no debiera haberlo, según la tesis de la voz narrativa. De nuevo está presente esa actitud que es característica de los personajes de Ayala de dejarlo todo en manos de algo superior, en este caso no existe la intención de borrar las diferencias de capital sino que como es ley divina, se asume como tal y ya; de igual manera se resta importancia a las estrategias que los propios industriales y la población en su conjunto llevaron a cabo para mejorar las circunstancias.

Retomando el hecho de que Ruiz quiere decir lo que él considera es la verdad de lo que ocurrió durante el periodo posterior al magnicidio, esta intención está basada en que, en efecto, Pinedo deja de lado ciertos detalles de los que no tenía conocimiento, como el que el propio Ruiz es dado por muerto en medio de los desórdenes cuando en realidad estaba de viaje con su amante, de ahí que su perspectiva se suma a las ya establecidas por los actores de *Muertes de perro*. Su intención se ve mermada por algo que lo supera y es que carece de los instrumentos necesarios, de la calificación profesional para esclarecer la verdad. Ruiz confirma el razonamiento de Foucault acerca de que son más bien escasos los que pueden acceder a la verdad.

El comerciante no es un hombre de ciencia, no es un intelectual, no importa que su verdad esté ahí al alcance de la mano, él no puede desentrañarla. Carece de la formación de Pinedo que descende de escribas, no fue a la universidad ni contó con la dirección de un tutor como Tadeo y, como en la misma novela se afirma, requiere de los servicios pagados de un hombre dedicado a las letras, el periodista Rodríguez. Pero las herramientas metodológicas, epistemológicas no están a la venta, no se transmiten así como así. Entonces, Ruiz sólo puede dar cuenta de sí mismo pero no del periodo violento, no de una globalidad, únicamente de él dentro de ese todo. Aunque sí modifica su vocabulario porque “si uno se dedica a escribir, sea o no en secreto, es natural que poco a poco se le vaya refinando el lenguaje” (FV: 71), lo cual provoca que comience a recibir burlas de su esposa y sus contertulios del casino, distinguiéndose por lo tanto de los demás.

Y no escribe la verdad que pretendía, pero sí la que rodea su mundo particular y hace un retrato del mundo frívolo en que se mueve. Por ejemplo, el que rodea el concurso de belleza patrocinado por la industria y el comercio locales, verdadero escenario de la sociedad donde ésta se muestra tal cual es; Ruiz anuncia que la ola de prosperidad ha dado tal prestigio al certamen que pronto se disputarán el título “hijas de las grandes familias, nuevas y antiguas” (FV: 75). La holgura económica de este país imaginario no se traduce en un incremento en el arte sino en las cosas más banales en las que terminan por participar hasta los sectores más conservadores. El espíritu del momento es más desenvuelto, afirma Ruiz, en comparación con la historia representada por los retratos de los próceres que cuelgan de las paredes del Casino donde se celebran los concursos. La historia sólo sirve para presumir de ella pero no como experiencia: “aquellos oscuros retratos quedaban perdidos como nichos, como agujeros abiertos hacia un pasado cuyo soplo gélido no alcanzaba siquiera a percibirse en aquella encendida atmósfera de la fiesta” (FV: 77).

El gobierno más relevante en ese marco no es el que rige o ha regido el país sino aquellos que encabezan el jurado y dentro del cual se encuentra Ruiz en su calidad de comerciante, lo acompañan Cipriano Medrano, zar de las bebidas alcohólicas; Galindo, productor de helados y refrescos; Doménech representando las finanzas; Luis R. Rodríguez y Ochoíta, periodistas; y Alicia Albertona, promotora de radio y “experta en cuestiones de belleza femenina”. De estos personajes se puede obtener un esquema de cuáles son los méritos en ese mundo. Se supone que el tipo de gobierno cambió tras el periodo de Bocanegra y la forma como se hace patente tal cambio es a través del sistema económico, aunque continúan los mismos abismos entre clases. Puede extraerse una fórmula a partir de tales planteamientos: una democracia –o por lo menos la existencia de un régimen agradable a las clases dominantes– se transforma en realidad en un gobierno centrado en la vertiente económica y la prensa, el cual se manifiesta en el predominio de la indolencia y la superficialidad.

La participación en un concurso de belleza es sinónimo de progreso, reitera el narrador (FV: 79). En otras palabras, el ser humano no es bueno para sí mismo ni para los demás ni dentro de una dictadura ni dentro de una democracia. ¿Será que no importa el tipo de gobierno ya que la naturaleza humana no tiene remedio?

El caso es que ni siquiera un concurso de belleza puede ser llevado a cabo dentro de un sistema de legalidad puesto que algunos de los miembros del jurado tienen especial interés en determinada concursante y desean su triunfo aunque no se avenga a las formalidades; la belleza está en el ojo del que la mira, pero aquí, al tratarse de mujeres no se mencionan sus cualidades estéticas o intelectuales, muy acorde a la época en que fue escrito porque así eran ese tipo de concursos, no obstante, la instancia narrativa se ensaña en sus defectos como la “abundancia de formas”, la pertenencia a otra raza, o porque sean “apetitosas” a los varones (FV: 82). Y porque agraden especialmente al más poderoso de los miembros del jurado.

Ruiz, al ser un miembro no tan prominente como Medrano pero tener cierto peso dentro de su sociedad, se convierte en blanco de comentarios como ya ocurrió con Pinedo haciendo pública la anécdota de su desaparición o su afición por el billar, ésta le ha valido para despertar envidias y pesadumbre en los demás. Y no termina ahí, se añade la característica de miserable que “todos se empeñan en forjarle” (FV: 111) y a la que contribuiría Candy haciendo saber a Doménech que no le paga su salario, lo cual sería el colmo para su ya maltratada reputación en la cual tuvo mucho que ver Pinedo con la publicación de su libro, al dejar saber que en un momento álgido tras el magnicidio en el que incluso hubo exiliados, Ruiz fue tomado como mártir y al saberse la verdad se le calificó de egoísta. El camino ya estaba hecho para que Ruiz cayera en manos de los rumores y, peor aún, de la prensa.

Cuando se le detiene como sospechoso por la muerte del Junior Rodríguez, ya corrían las especulaciones acerca del papel que tuvo en “el desenvolvimiento del idilio” entre Candy y el chico (FV: 139), por lo cual los diarios se afanan en recoger y transmitir los pormenores, entre los cuales se encuentran su desempeño laboral pues tenía fama de ser un patrón estricto que daba trato especial a su secretaria – Candy– “haciéndola objeto de particular protección” (FV: 141). Ya se mencionó que ella era la transgresora dentro del almacén, en este caso, es Ruiz el anormal ya que no cumple sus propias reglas, al grado de que manipula procesos correspondientes a otras instituciones y consigue un departamento en una barriada obrera para Candy y su familia (FV: 143). Es decir, hace uso de sus influencias para obtener lo que desea pasando por la conveniencia social de los demás obreros de la ciudad. Lo que sale a la luz son las anormalidades de una relación de trabajo que debería ser como

cualquier otra pero que violenta el orden establecido al hacer excepciones, por ejemplo, con la generosa compensación que otorga a Candy tras su despido; si bien los tratos especiales causan prurito, el derroche monetario injustificado, más.

La personalidad de Ruiz poco a poco se va delineando a través de los diarios, se ofrecen más y más datos sobre él porque “el delincuente se convierte en individuo a quien conocer” (Foucault, 2008a: 255), y Ruiz se contradice, miente, olvida detalles, sus empleados notifican a la policía que había prohibido al Junior Rodríguez aparecer por las oficinas, que su relación con la chica no era la de jefe y secretaria. “Tan diversos indicios justifican de modo cumplido el auto de prisión preventiva dictado contra José Lino Ruiz, quien deberá explicar a satisfacción muchos detalles antes de que logre ver disipadas las sospechas que sobre su cabeza se acumulan” (FV: 147). De pronto todo se centra en su vínculo con Candy y sus tambaleos laborales se convierten en causa razonada para su detención.

A partir de ese momento todo se desborda y su conducta privada pasa a ser el tema de conversación al grado de trazar “el perfil moral del detenido” (FV: 148) que ofende a quienes eran sus amigos o conocidos argumentando estos sentirse burlados por la hipocresía del dueño de los almacenes, ser víctimas de abuso de confianza lo cual raya en la indignación pública porque se repara en rasgos de su carácter que antes habían pasado desapercibidos. Lo que se hace es la búsqueda de elementos que ratifiquen el acto judicial. Su desaparición previa ahora tiene tintes de siniestralidad, insensibilidad al prójimo y “preludia el comportamiento criminal que ahora se le atribuye” (FV: 149).

Foucault explica que al realizar un acto delictivo, el criminal regresa a un estado primitivo, rompe el pacto social tácito al volverse un tanto déspota y poner sus propios intereses por encima de los de la sociedad a la que pertenece, lo suyo es un abuso del poder (Foucault, 2001: 90). Y cita un texto del siglo XVIII que es de lo más vigente:

La observación del delincuente ‘debe remontar no sólo a las circunstancias sino a la causa de su delito; buscarlas en la historia de su vida, bajo el triple punto de vista de la organización, de la posición social y de la educación, para conocer y comprobar las peligrosas inclinaciones de la primera, las enojosas predisposiciones de la segunda y los malos antecedentes de la tercera’ (Foucault, 2008a: 255).

Esto es exactamente lo que se hace con Ruiz, todo lo que ha hecho y sido hasta ese instante se convierte en causa del delito. El diario afirma que “ha engañado durante años a la gente honesta con quien se rozaba a diario”, es inmoral, no tuvo escrúpulos para sacar adelante su negocio a base de “varias crisis de confianza”, es mal empresario porque ha estado varias veces al borde de la quiebra, explota a su personal y a los clientes y, para colmo, seduce a su empleada por lo cual podría ser acusado de estupro o corrupción de menores. Esto último es, por supuesto, lo que provoca mayor morbo porque se trata del discurso de la sexualidad, saber cómo la viven los demás, hablar de ella con detalles, como ya se ha visto. Ruiz no la confiesa al público que lee la prensa pero ésta, al dar detalles, emite juicios de valor como que la personalidad de Ruiz contiene “rasgos de perversidad inusitada” y sus fundamentos éticos son falsos y deleznable porque tiene en su local un espacio privado cuyas particularidades “sería indecente exponer a la luz pública”. Es un discurso velado que cada quien llena a su antojo. Por eso se habla de que “corrompía a inocentes criaturas, prevaleciéndose de la necesidad que con tan lamentable frecuencia aflige a nuestras clases populares” (FV: 153).

Como señala Foucault en su libro *Vigilar y castigar*, publicado en 1975, la introducción de los datos biográficos del sospechoso se vuelven importantísimos porque son los que dan sustento a la existencia del carácter criminal en la persona antes del crimen, esto es, son la prueba contundente de que el criminal lo es desde antes de haber cometido algún delito y lo hacen penetrar en el laberinto criminológico del que sólo emergerá con la etiqueta de peligroso (cfr. Foucault, 2008a: 255-256). Peligrosidad y perversión hacen que la sociedad responda a la criminalidad con una red de instituciones judiciales, médicas y legales que emplean un discurso bastante pueril dedicado a la moralización del sospechoso tratado siempre como un niño, un discurso “cuya función será detectar el peligro y oponerse al él” y “cuya organización epistemológica, íntegramente gobernada por el miedo y la moralización, no puede sino ser irrisoria” (Foucault, 2001: 41) como deja ver Ayala.

El discurso penal y psicológico logra convencer que el criminal posee en su interior algún síndrome mórbido previo a su acto delictivo, incluso “se esbozan en



forma paródica una zoología de las subespecies sociales, una etnología de las civilizaciones de malhechores, con sus ritos y su lengua” (Foucault, 2008a: 257).

En el proceso que experimenta Ruiz se busca cumplir con todos los procedimientos judiciales: “proclamar la ley, vigilar las infracciones, obtener una confesión, comprobar una falta, pronunciar una sentencia, imponer un castigo” (Foucault, 2005b: 45). Aunque Ruiz se niega a confesar su crimen y a revelar la identidad de sus cómplices (FV: 153).

Ayala, a través de sus voces narrativas animaliza a sus personajes, siendo ésta una forma de separarlos del resto de humanos no delincuentes. Aunque cabe destacar que Ruiz no sufre tal animalización en términos de sospechoso de asesinato en la prensa porque es políticamente incorrecto dar ese trato a las personas, al menos no abiertamente aunque sí se les califica, por ejemplo, a los miembros de la Iglesia de Dios Feliz como “rebaños” (FV: 168). Pero sí se animaliza pero con nombres mucho más suaves que los usados por él hacia otras personas: toro que recibe la puntilla, fiera inocente y descabellada, especie de bestia, animal encerrado, animal lúbrico “cuya frente ostenta hermosísimo par de cuernos” (FV: 180), animal racional, minotauro.

Ejemplos de cómo se describen esas subespecies sociales se encuentran en el grupo perteneciente a la Iglesia de Dios Feliz y Reconciliado y en las pandillas Dragones del Espacio y Mi Solo Dueño.

Entonces, poco importa que Ruiz sea o no culpable de asesinato, el meollo está en desmenuzar su vida y eso es lo que hace la prensa del imaginario país, centrándose en lo personal, por eso la gente del diario capitalino *El Comercio* acude al casino de las tertulias de Ruiz para entrevistarse con los asiduos, para terminar “sacando la impresión”, es decir, la idea pero no el hecho tangible, del rechazo del que es objeto y que va “desde el indiferente desdén hasta la indignación más encendida” (FV: 151); y es que ha engañado a los demás, creyeron que el comerciante era alguien diferente y se sienten burlados, y eso es mucho más grave para ellos que cometer un asesinato. Entre los consultados estaba Cipriano Medrano, “figura de extraordinario relieve económico y no menos firme autoridad moral” (FV: 151), afirmación que contradice su verdadera naturaleza, como se verá más adelante. Éste hombre se encuentra dolido por la sorpresa y lo que sucede es tan sólo el

resultado de la época, es decir, de la “caída de valores”, uno de los temas centrales de Ayala; y carece de importancia creer en la culpabilidad de otro. Una época que permite tanto los excesos como que impone sanciones “que nada remedian ni previenen nada” (FV: 152). En efecto, el mundo de *El fondo del vaso* gira en torno a los mecanismos disciplinarios, de ahí que se dé más importancia al castigo del culpable que a la intención de corregir al detenido para que no reincida.

A Ruiz lo interrogan con severidad en dos ocasiones y después lo encarcelan; él se queja de que no consideraron que estaba enfermo, además creía que lo soltarían al cabo de unas cuantas horas, “lo que se tardara en aclarar el maldito crimen; una vez aclarado tendrían que despedirme con toda clase de explicaciones por la equivocación de que se me había hecho víctima; y era entonces cuando iban a oírme” (FV: 185). Tan seguro está de su condición dentro de la sociedad que amenaza al funcionario: “Y recuerde lo que le digo, comisario; recuérdelo: esto va a pesarle a usted” (FV: 185), porque para él la policía es siempre despistada e inepta, incapaz de resolver un crimen. Sin embargo, el papel de la policía no se centra únicamente en la resolución de los crímenes sino en el proceso de determinar que hay una falta a la ley, obtener la confesión que ratifique la falta, dictar sentencia y castigar. Ruiz se encuentra en ese camino y como le toca a él vivirlo en carne propia se rebela aun cuando como cualquier otro ciudadano avale en cualquier otro momento los métodos judiciales. Se trata simplemente de ver una perspectiva diferente de algo con lo que se convive a diario, pero como él se creía con poder, sufre. Ruiz es la ejemplificación total de cómo el poder no se atesora, sino que se mueve.

Sus pensamientos desde la prisión, más que una confesión se tratan de una reflexión sobre su conducta, la cual lo ha llevado hasta el espacio más repudiado y es que “la hora de la desgracia es la hora de las reflexiones” (FV: 209). Como ya se dijo, el aspecto económico es relevante en esta novela, de ahí que Ruiz piense en ello. Sus errores financieros fueron no incluir a su esposa en la gestión de su almacén, haber rechazado la oportunidad de tener socios por no querer cambiar el nombre de su negocio; descubrir que fue codicioso –pecado capital–, nada generoso –otro pecado capital–, egoísta y por ello quedar convertido en un “pelado”, como los que lideraba Bocanegra. Ruiz opina que el castigo es excesivo y que hay otros que han sido peores y no les ha ido nada mal. Equipara la quiebra de su comercio a la

caída de Roma o de los imperios español y británico. Él sólo quería ser “una figura independiente del comercio capitalino” (FV: 192) para hacer en su negocio lo que le viniera en gana, es decir, gobernar sin límites, como en realidad lo hizo.

## 12.2 Dulce Candy

Cándida es una joven pobre que, por intermediación de su padre, obtiene trabajo con Ruiz, más éste no tiene la menor intención de proporcionar un empleo digno a Candy para que mejore su situación, le da trabajo porque le conviene a él, le aumenta el sueldo y da ocupación a sus hermanos forzado por la realidad particular que vivía teniéndola como amante y considerándola su posesión pues cuando ella, gracias a su holgura económica, adopta una posición de mayor independencia, similar a la del país al haber saneado sus finanzas, es decir, congruente con lo que vivía, él se molesta porque eso implica que ella se fije en alguien de su edad aunque con un estatus social superior al de Ruiz y dé “el grito liberador”. Porque el lenguaje se contamina del discurso entre países colonizados y colonizadores puesto que el mismo Ruiz se autocalifica como metrópoli y

cuenta con recursos más que suficientes para frustrar cualesquiera veleidades libertadoras de su colonia querida, y si alguna vez accede por fin a emanciparla, pueden estar seguros de que será mediante un acto magnánimo de su voluntad soberana y no por la fuerza de una rebeldía triunfadora ni mucho menos por ajena imposición (FV: 57).

No se trata de una relación entre iguales sino que están separados por el inmenso poder que Ruiz cree poseer sobre Candy ya que él se equipara con un imperio donde es el rey y como tal gobierna, sin atenerse a razones o leyes sino a su voluntad y a su vínculo directo con dios pues sólo él podría persuadirlo de que otorgara su consentimiento. Candy es una más de sus operaciones comerciales, es “una joyita” que él encontró en bruto y ha pulido, por eso no puede dejar que otro coseche “el fruto hermoso de las inversiones y del trabajo propio” (FV: 57); la finca a la que ha introducido mejoras (MP: 61). El de la chica es un personaje que oscila entre lo

redondo y lo plano dado que no se pueden determinar estas categorías rígidamente. Es plano porque representa la cualidad del Otro, el de diferente clase, diferente raza, de que siempre se habla de ella a través del estilo indirecto libre de Ruiz y de la prensa; pero a su vez es redondo por su relevancia dentro del universo diegético y sorprende un poco. Es la típica chica de campo, pobre, que llega a la ciudad y no precisamente por su cultura asciende un poco en la escala social.

Las estrategias que el comerciante utiliza con su empleada suponen una relación siempre tensa de la cual ella también saca partido puesto que el poder pasa por los que se considera que no lo tienen, los atraviesa, el poder no le pertenece a Ruiz, él es solo una pieza del puzzle que proporciona a Candy ciertos saberes de los que ella carecía y son el del desahogo económico, el de los viajes, incluso el de la moda y que se apresta a disfrutar de ellos, así como la posibilidad de escalar socialmente, según imagina el comerciante, a través de la relación con el miembro de una familia adinerada, lo cual es muy común. Por ese motivo Ruiz le dice a ella que es su padre quien la empuja a que “pesque” al muchacho a fin de verse como consuegro del influyente periodista Luis R. Rodríguez por lo cual ella lo abofetea (FV: 69). El acento se pone en que, de realizarse tales hechos, ella terminaría perteneciendo a su mismo círculo de relaciones sociales que él.

Mientras tanto, Candy aprovecha su situación alterando sus horarios laborales, es decir, pasando por alto la disciplina que impera en cualquier centro de trabajo. No obstante, a Ruiz eso no le preocupa sino “la desmoralización que de ahí resulta, las envidias y murmuraciones” (FV: 61). Lo cierto es que ella pasa a ser el elemento irregular dentro de la norma a pesar de que “no ha abusado todo lo que hubiera podido” (FV: 60), en otras palabras, se espera que ella haga uso pleno de su posición tan cercana al dueño. La suya se convierte más que en relación en un pulso a ver quién gana dado que cuando él quiere que ella haga tiempo extra se topa con su violenta negativa, la cosa pasa a mayores porque ella la hace delante de los demás empleados pasando por encima de la autoridad del jefe (FV: 65). La mujer violenta a sus compañeros del almacén con su actitud, por eso ellos no tienen el menor remordimiento a la hora de hablar de ella cuando se dan las investigaciones policiales. Exactamente igual que con María Elena dentro del convento, Candy es el individuo transgresor de las reglas, por eso se le denuncia a un poder superior, para

que se le castigue. Se distingue incluso por su vestimenta, según hace saber Corina: “de todas tus esclavas, aunque la infeliz no vale un pito, es la única mejor vestidita, la más presentable” (FV: 62).

Candy deja de lado incluso el tipo de indumentaria que le correspondería de acuerdo con su clase pues recuérdese que venía del campo vistiendo de percal y con trenzas, totalmente ajena a los cánones de moda que imperan en una sociedad urbana; cambia impulsada por Ruiz quien intenta mimetizarla dentro del estrato social al que él pertenece para que no se hiciera tan notoria la diferencia. Además, precisa Ayala en el pasado eran los hombres los principales portadores de la moda, de ahí que sea él tanto por poseer la tradición como por su pertenencia a la burguesía, el núcleo del cual surgen las últimas tendencias de la moda, es el indicado para introducir a la chica pueblerina en el mundo de la distinción a través de la ropa. Su trabajo está tan bien llevado a cabo que su propia esposa, Corina, reconoce que la chica es la mejor vestida del almacén.

Ocurre con Candy algo parecido a la situación que vive Bocanegra cuando éste se considera Padre de los Pelados y los miembros de su clase se lo reprochan enérgicamente; Candelaria se convierte en Candy porque era conveniente a Ruiz y el reproche no proviene de los suyos sino de aquéllos a quienes debe parecerse. Bocanegra y Candy con sus simulaciones dejan de perfeccionar la realidad de su pertenencia a una clase específica; como denuncia Ayala, esos fingimientos amenazan el instinto de conservación individual al no mantener intactas las estructuras psíquicas y sociales individuales surgidas de formar parte de un grupo específico (cfr. TS: 255-283).

Debido a que Candy está vinculada a gente importante para la ciudad y el país, salen a la luz pormenores de su vida cuando detienen a Ruiz como sospechoso, por ejemplo, que fue despedida por una causa ajena a su labor, a sus relaciones amorosas con Junior y nada tuvo que ver el puesto mejor retribuido que ahora ostentaba en el Banco Nacional pues éste lo obtuvo por medio del joven gracias a su parentesco con “cierta personalidad financiera cuyos deseos son órdenes en la mencionada institución” (FV: 142).

El narrador pone de manifiesto que la chica fue castigada en su ambición al quedarse sin el novio que la encumbraría.

### 12.3 Medrano, señor feudal con niños

Cipriano Medrano es el dueño de un emporio productor de bebidas alcohólicas. Él es el más rico y poderoso de los personajes que intervienen en *El fondo del vaso*. Es un personaje plano que representa la figura del burgués especulador quien dirige la producción vitivinícola de su país, aferrado a un viejo sistema feudal, sin embargo, encabeza una gigantesca organización que poco a poco se convierte en impersonal a pesar de sus esfuerzos.

Vive en un complejo que mezcla zona habitacional con los almacenes y destilerías, oficinas, el parque, “las casas de parientes y súbditos”, formando un pequeño estado junto con sus hijos y nietos. No se adapta a la modernidad de la ciudad por lo que rechaza la idea de mudarse a la zona de moda, muy al contrario, fortalece su espacio dotándolo de elementos de arquitectura gótica.

Tras el concurso de belleza, del cual era jurado junto con Ruiz, hace un obsequio al comerciante en compensación por lo que califica como “delicadeza extraordinaria”: Ruiz se negó a votar a favor de una chica a la que tenía rencor porque ella lo había despreciado y con ello provocó que ganara la favorita de Medrano (FV: 104). Todo fue una jugada del azar que, sin embargo, para el empresario es una muestra de astucia, como consecuencia deposita su confianza en Ruiz y la confianza de su interés por la flamante *miss*, hija de un modesto empleado de los almacenes de productos etílicos.

Medrano tiene el suficiente poder para lograr lo que quiere pero sus estrategias implican cierta mesura: “dudo mucho que la pobre Serafina hubiera salido adelante, pues yo, por razones obvias, no estaba en condiciones de jugarme a fondo” (FV: 89). De ahí que agradezca a Ruiz haber facilitado lo que él deseaba.

En su entorno familiar, el empresario es el jefe y decide no sólo las operaciones industriales sino el uso del espacio, dado que propicia que sus hijos e hijas vivan ahí mismo, en unos pabellones que les obsequiaba como regalo de bodas, sometidos todos a un régimen de “estrecha dependencia”, “en un puño”, en una clara diferencia de sistemas económicos dentro de un mismo tiempo pues si bien el país imaginario tiene una boyante situación propiciada por el sistema capitalista, Medrano

impedía cualquier atisbo de autonomía incluso la más elemental como escoger dónde vivir, de ahí que el propio narrador escriba que los tiene como feudatarios dentro del recinto (FV: 98).

Fuera de esto, no muestra demasiado interés en sus descendientes puesto que no es capaz de distinguir de entre todos los niños que corretean por sus propiedades a sus nietos, lo cual lleva a deducir que si había hijos de los trabajadores desplazándose con libertad por todo el complejo, es porque ahí vivían, en un sistema de corte feudal. La voz narrativa le da el calificativo de “sátrapa”, gobernador de una provincia en la antigua Persia, palabra que se aplica a alguien que gobierna o manda despóticamente, se maneja con astucia o vive con todo lujo y comodidad.

Como ya se mencionó, Medrano reina en un palacete y hay que pasar por varias habitaciones antes de llegar a él, es un sinónimo de Bocanegra y su Palacio nacional.

Por otra parte, Medrano tiene un especial disgusto por los menores ya que, a diferencia de los ogros de los cuentos, encuentra su olor repugnante; tampoco Ruiz siente demasiado afecto por ellos sobre todo por su mala educación.

Ruiz tiene un sueño con el industrial y ofrece una visión mucho más mala que la de un ogro, “una escena de inconcebible depravación” entre el “venerable anciano” y una de sus nietas, pero como Ruiz no posee los conocimientos de la lengua como para “encubrirla pudorosamente”, deja que el lector se imagine “lo más infame” (FV: 96). En medio de ese acto, cualquiera que sea, Medrano invita a pasar a Ruiz asegurándole que él también es de la familia.

La escena se transforma y Ruiz continúa llamando “venerable” a Medrano a la par que lo ve mucho más alto de lo que realmente es mientras se deja arrastrar por el anciano quien habla y habla pero Ruiz encuentra incongruentes sus palabras. Lo que sí alcanza a entender es una reconvención moral que hace el empresario sobre el uso del poder:

‘Y un hecho es que apenas lo elevan a uno al solio imperial, el hombre más sensato se vuelve loco, y ya todo el mundo halla incongruente cuando habla (sin perjuicio, claro está, de –humildemente y con debido el respeto– besarle...)’ y don Ano-Ano, que no sufre mis inhibiciones ante la palabra malsonante, nombró sin empacho lo que, con el debido respeto, le besaba todo el mundo (FV: 97).

Es un hombre poderoso en el que ahora deposita Ayala su concepción del poder como algo que enloquece, que turba al más equilibrado; el empresario reconoce también el juego que implica ser alguien con poder sobre los demás, pues aun cuando los demás reconocen que pierde un poco el juicio, no dejan de alabarlo y rendirse a él. E pueblo lo cree el loco Ano-Ano, y lo acusa de haber amasado su fortuna gracias a la degeneración del pueblo entregado a la bebida (FV: 99).

Medrano domina a los demás no con artilugios de político sino por la propia debilidad de los que buscan en el ron su felicidad, él simplemente se aprovecha de la situación. Sin embargo, sucumbe ante los caprichos de “estos pequeños tiranos domésticos”. Para Ruiz se trata de “una debilidad que da vergüenza” (FV: 103). Claro ejemplo que el poder no es prerrogativa de nadie y un simple niño tiene mucho más del que se puede creer o es capaz de hacer que otro se maneje a su antojo.

#### 12.4 Doménech o la banca

Doménech ya aparecía en *Muertes de perro* como el funcionario de la banca y ladrón a quien Bocanegra echa de su puesto; su situación lo obliga a exiliarse en México, donde se lo topa más tarde Ruiz. Doménech también es un personaje plano que encarna más que una clase social, una mentalidad estamental preocupada en mantener incólume su estatus e impedir que cualquier otro acceda a él. Ayala escribe que las clases media y alta se blindan para evitar que individuos de otras clases accedan a la suya dado que ellos detentan el poder social, entonces, este banquero permite acercarse a cómo se lleva a cabo ese blindaje sacando de él el mayor provecho posible.

El poder de Doménech, por su parte, le permite “levantar y abatir capitales con un golpe de su varita mágica; sin trabajo, pero también sin solidez alguna” (FV: 100), producto de estrategias que no tienen nada que ver con “el tesón de los industriales y comerciantes honrados”, según advierte Medrano a Ruiz para que se cuide de aquél. Y es que Doménech en lugar de haber escarmentado tras ser despedido por Bocanegra e incluso haberse visto obligado a vivir en otro país por un tiempo, lo que ha sacado de provecho es acrecentar su poderío de tal manera que



nadie se enfrenta a él. La gente sabe que es un ladrón pero sólo su esposa es la única que se lo dice en la cara y él lo reconoce como cierto.

La disertación sobre lo corrompido que está el ámbito económico continúa con la ratificación de Ruiz: “Hoy en día, lamentablemente, los negocios son así, hay menos escrúpulos; no lo aplaudo, pero así es” (FV: 100), aunque intenta suavizar el panorama argumentando que Doménech es “una persona decente”, un bella persona, un buen padre de familia y esposo; algo que para Medrano es sintomático del cambio en la moral a través del tiempo, pues antes se apreciaba que un marido incluso matara a su esposa con el menor pretexto y ahora se admira que lo aguante todo, y aguantar todo significa a la esposa y sus verdades.

El narrador llama “magnate” al banquero y coloca en él la disolución del noviazgo entre Candy y el Junior Rodríguez. Haciendo uso de su autoridad, su diplomacia y su poder persuasivo, convence a la chica de que “suelte prenda” (FV: 107) y renuncie a su amor con las mismas estrategias con las que llevaría a cabo una operación monetaria: “tantear el terreno, explorar la situación, hasta darme cuenta de dónde estábamos [...]; luego, tras algunas fintas, acometer por la parte más débil” (FV: 107), para cebarse en un aspecto sumamente delicado: la virginidad. La chica no puede darle la primicia al novio dado que ha sido amante de Ruiz, Doménech lo sabe y no tiene el menor empacho en ser cruel: “Ahí golpeé, en este punto le di una y otra vez, porque ahí le dolía, y no era otra su llaga” (FV: 108), pues la virginidad es una moneda en el contrato matrimonial.

Como todo se trata de un trueque, Candy deja su relación pero pide un nuevo empleo lejos de Ruiz; Doménech tiene todo a su alcance para colocarla en el Banco Nacional como funcionaria pública y con la posibilidad de un porvenir más sólido que el que hubiera tenido de haber sido esposa del Junior Rodríguez, cuando en realidad lo que quiere es tener a la mujer cerca para darle el mismo uso que su anterior jefe. El chico Rodríguez, por su parte, “acabará haciendo la boda brillante que le corresponde” (FV: 109). En resumen, que todo se ha tratado de un simple juego de intereses en los que el amor –o el simple bienestar de los demás– no tiene nada qué ver.

El banquero responde a una mentalidad propia de su clase social y de su profesión.

## 12.5 Pandillas e iglesias

Las civilizaciones de malhechores cuentan con características específicas que permiten encontrar en su biografía los rasgos de la criminalidad aún antes de ser criminales. En *El fondo del vaso*, como ya se mencionó, estos grupos están formados por las pandillas y los miembros de una secta religiosa. De ellos Ayala expone sus ritos, su lengua, sus particularidades que permiten identificarlos de entre los demás. Son personajes colectivos que evidencian la opresión y la descalificación del individuo, todo lo contrario de los personajes individuales como Ruiz o Bocanegra.

Así como la disciplina se aprecia en todo su esplendor en *Muertes de perro* en el convento y el ejército, en *El fondo del vaso* se evidencia en las pandillas. Sus normas son impuestas tanto por sus propios miembros como por la sociedad. En *Mi Solo Dueño*, siguiendo el ejemplo yanqui, se rigen con extremas notas de rigor y clandestinidad, utilizan apelativos específicos (“dueños” y “doñas”), rituales de ingreso de suma crueldad, tatuajes, lenguaje obsceno y acuerdos de sumisión que recuerdan “aquellas execrables y famosas secciones de asalto hitlerianas” (FV: 156-157). La sociedad por su parte expone su normatividad: como los pandilleros son en su mayoría de estratos humildes pero también hay chicos de familias pudientes, el diario califica aquello de “promiscuidad repugnante” (FV: 156). No se deben mezclar ricos y pobres. De ahí que la pandilla Dragones del Espacio sea mejor aceptada por la prensa ya que a ella pertenecen *solamente* chicos de buena familia. Y aunque sean vandálicos como los primeros, “lo hacen bajo el estímulo de alguna provocación exterior” (FV: 158), es decir, se les disculpa. También ellos tienen sus apelativos propios como Hermanas Atómicas.

Estos grupos juveniles permiten descubrir claramente las diferencias sociales del país imaginario así como la regla con que se miden, brindando todo tipo de apoyo o, por lo menos, disculpando sus actividades a las bandas formadas por los hijos de los personajes importantes (FV: 159).

Al igual que con Ruiz, a ellos también se les interroga aunque el área conservadora representada por el diario *El Comercio* califique de vejatorio someter a semejantes miembros de la sociedad a tal procedimiento judicial porque ellos deben estar por encima de cualquier sospecha. Todo lo contrario de lo que el periódico hace

con el comerciante, pero no por eso dejan de pasar por el locutorio los jóvenes Dragones, quienes viven interrogatorios extenuantes (FV: 161). Ayala ofrece una única perspectiva del asunto.

Por su parte, la Iglesia de Dios Feliz y Reconciliado está formada por catecúmenos de cierto barrio, la preside no un pastor sino una mujer de oficio comadrona de nombre Felicitas, con rasgos de hermafroditismo y que cae en trances místicos. Estos dos últimos rasgos revisten particular atención pues es, sin más, una persona anormal, un caso “por los que la biología patológica se interesa” (FV: 168).

El grupo religioso es un “mundo místico primitivo”, dice *El Comercio*, y agrega: “es un culto salvaje, que sólo por culpable negligencia de los poderes públicos se concibe en el seno de una sociedad civilizada” (FV: 171); entendiendo que el poder debe servir para mantener el control de lo que es considerado por unos cuantos como lo verdadero; es un conjunto está fuera de la normalidad en que se mueve la alta sociedad de *El fondo del vaso*; los pobres y los que tienen creencias religiosas o prácticas sociales poco comunes se convierten en diferentes, por eso se enfatiza su encuentro: “¿Cómo pudieron nuestros elegantes marcianos aterrizar en la Iglesia de Dios Feliz?” (FV: 169).

Esta iglesia ejemplifica lo que Ayala menciona al referirse a la búsqueda del conocimiento de salvación en una época en la que no se cree en la religión, se ha entronizado la ciencia que carece de la generación de saber de ese tipo y se buscan sucedáneos para calmar el ansia de la conciencia humana:

En cuanto a las manifestaciones de una religiosidad vertida en las formas contrahechas que tanto han proliferado en los últimos decenios bajo las más diversas etiquetas, tampoco merecen una consideración demasiado extensa: son, en conjunto, concepciones alicortas en cuya composición entran también en proporciones muy diversas, a veces preponderantes, puros impulsos irracionistas, y cuya torpeza las hace inconsiderables (TS: 851).

Esta Iglesia tiene, pues, el mismo papel que ocupa el espiritismo en *Muertes de perro*. Esto es, Ayala se afana en demostrar con ejemplos prácticos el vacío de conocimiento de salvación en que se encuentra el mundo.

Por otra parte, como se ve, el poder de cada grupo se ejerce para llevar a cabo las prácticas acordes a sus creencias o necesidades y está en una tensión constante, se alimentan unos de los otros. Aquí lo alto y lo bajo se junta pero no de una forma inocente sino gracias un componente especial: la mujer. Una vez más lo femenino como dispositivo de acercamiento con lo desconocido, lo diferente, de ahí que no sea precisamente bueno. La búsqueda de “carne fresca” (FV: 169) provocó que los Dragones del Espacio se movieran hasta la barriada donde nunca iban. Una chica de la zona accede a ir con los Dragones a beber y bailar aunque después, igual que María Elena, se arrepiente y lo confiesa ante sus hermanos en el templo, aquí no hay penitencia sino que todos lloran por el acto irreflexivo.

Los Dragones regresan y, conedores de su impunidad, del poder que tienen dada su alcurnia, dañan la iglesia, la profanan porque pueden y son disculpados por la prensa por creer que responden a nobles sentimientos cristianos.

Se ha hablado ya de cómo dentro del ejercicio del poder a través de los sistemas disciplinarios aparece la figura del individuo que se sustrae a las normas –el residuo– y provoca la dinamización del poder al buscar nuevos mecanismos para el control. Si en *Muertes de perro* el residuo era Ángelo, en *El fondo del vaso* lo es quien encabeza la Iglesia de Dios Feliz. La mujer, por un lado, al ser hermafrodita es un monstruo humano porque viola las leyes de la sociedad y también las esenciales de la naturaleza, su sola presencia es una infracción porque combina lo imposible y lo prohibido (cfr. Foucault, 2001: 57-58). Por otro, al tener una conducta rara que incluye trances, flagelaciones frenéticas o llevar indumentaria inadecuada, además de creer en un dios que no es el verdadero, se ubica en los parámetros de la locura que, como ya se sabe, provoca el rechazo inmediato.

Los hermafroditas, hasta principios del siglo XVII, observa Foucault, eran considerados como monstruos por lo que se les ejecutaba quemándolos vivos y lanzando sus cenizas al viento; su delito era ser lo que eran (Foucault, 2001: 68-69). Más tarde se les pedía que escogieran el sexo con el cual se identificaban más, se vistieran como tal y se cuidaran de practicar el sexo que habían rechazado, porque se les condenaba por sodomía (Foucault, 2001: 69-70). La falta consistía, en resumen, en tener y usar sus dos sexos, en que la naturaleza separó varones y mujeres y, al ser ambos, se convertía en monstruo (Foucault, 2001: 73). Con el tiempo su condición

dejó de ser una monstruosidad jurídico natural y pasó a ser jurídico moral: “una monstruosidad que es la de la conducta, y ya no la de la naturaleza” (Foucault, 2001: 76). Se arribaba al problema de la conducta o criminalidad monstruosa: “Hasta mediados del siglo XVII, había un estatus criminal de la monstruosidad, en cuanto ésta era transgresión de todo un sistema de leyes, ya fueran las naturales o las jurídicas. De modo que la monstruosidad era criminal en sí misma” (Foucault, 2001: 77).

Bajo estos precedentes, Felicitas “deberá responder criminalmente” haber reaccionado con excitación ante la afrenta de los Dragones a su templo, a su espacio sagrado y arengado a sus fieles para que tomaran venganza. De nuevo, no importa el asesinato del Junior Rodríguez, se trata de nombrar delincuente al que está fuera de la norma por su propia naturaleza o porque no se apega a los criterios sociales establecidos por el grupo dominante. Se trata de ver cómo los diferentes núcleos que integran la sociedad se complementan entre sí y son capaces de coexistir unos al lado de otros independientemente de la forma.

## 12.6 La prensa, teoría y materia novelesca

La inclusión de supuestos artículos de prensa en *El fondo del vaso* no sólo es una forma de narrar que da pie a la polifonía, sino que puede decirse que tiene un papel de personaje colectivo porque pone en evidencia el pensamiento del grupo social en el poder.

Para continuar, es necesario abordar uno de los asuntos centrales en la atención de Ayala, el cual es el de la opinión pública y la propaganda, así como las formas en que éstas se desarrollaban dentro de los diferentes contextos políticos. Para Ayala, la libertad de prensa había devenido en “libertad para desorientar y extraviar la opinión pública, según reclame el interés privado. El periódico es hoy una gran empresa industrial, vinculada a los grupos rectores de la economía” (Ayala, 2006b: 84), afirmaba en su ensayo de 1935 “Los derechos individuales como garantía de la libertad”.

En ese tiempo ya la opinión pública se regía “por métodos que sólo tangencialmente se relacionan con las garantías constitucionales de la libertad”

(Ayala, 2006b: 84). Eran épocas en que los medios masivos de comunicación daban sus primeros pasos, aunque haciendo uso de las incipientes tecnologías que, paradójicamente, crecían a paso acelerado, por lo que era natural la carencia de análisis teóricos al respecto, de estudios dedicados a analizar con detalle los mecanismos con los cuales operaban los *mass media* y la forma como eran recibidos por el público, carencia de la cual se duele Ayala, sobre todo porque él observaba en dichos medios un atentado flagrante contra la libertad individual. Para él, la prensa se había convertido en un espectáculo sensacionalista lleno de fotografías, dibujos y “cuyo texto se reduce a breves, toscos y vociferantes enunciados” (Ayala, 2006b: 190), aún así, la ponderaba sobre la radio.

La propaganda había pasado de ser “ilustración, manifestación y difusión de la verdad” (Ayala, 2006b: 199) a formar parte de los medios masivos de comunicación, convertidos en tiranos pues captaban la conciencia de sus receptores al mismo tiempo que corroían su autonomía; convertían a todos en un ente uniforme y sin iniciativa o individualidad; y lo más grave era que el público, desde esa tercera década del siglo XX, ya optaba por lo de menor calidad en lo que recibía, al grado de que con tal actitud corría el riesgo de aproximarse peligrosamente “a lo elemental de su naturaleza biológica” (Ayala, 2006b: 191) porque

nos movemos dentro de la alternativa entre la igualación autoritaria producida por gobiernos que pueden considerarse como exponente de las masas, o una nivelación espontáneamente producida por éstas en el juego de los grandes mecanismos que constituyen la técnica moderna de la comunicación social (Ayala, 2006b:191).

Es decir, al estar a merced del gobierno o de los medios, el individuo deja de existir para ser sólo un eslabón más en la sociedad de masas sometida a los caprichos de la publicidad y de la prensa que incitan hacia el consumo capitalista e irracional. Ante tal panorama, Ayala proponía la búsqueda de alternativas que paliaran estos efectos, entre ellas, por ejemplo, que la Unesco apoyase aquellas iniciativas que careciesen del respaldo de conjuntos económicos, esto con el fin de equilibrar la balanza del interés por la atención de la multitud que sucumbe ante la propaganda extendida no solo a meros productos de consumo sino a la economía y la política.

Es precisamente en el ensayo “La opinión pública” (en Ayala, 2006b: 204-226), el texto en que se encuentran plasmadas con mayor detalle las concepciones ayalianas a este respecto. Ayala parte para su estudio de la opinión pública de la sociedad medieval, dentro de la cual se desarrolla la burguesía. Explica que dentro de dicha sociedad existían dos tipos diferentes de estamentos: la clase noble y los trabajadores manuales. Un estamento, en opinión de Ayala es “una división interna de tipo jerárquico y carácter funcional que –en la Edad Media– corresponde a lo que [...] llamamos clase social” (TS: 975); sin embargo, hay diferencias jurídicas entre estas dos divisiones sociales pues los estamentos poseían un estatus jurídico propio y, más que basarse en una cuestión meramente económica como en la de clases, se basan en el derecho. Asimismo, era posible cambiar de estamento, para bien o para mal.

En su *Introducción a las ciencias sociales* (2008), el autor indica que en la Edad Media había en realidad más estamentos de los dos que indicó en su ensayo: la nobleza (dividido a su vez en alta y baja nobleza), el clero y el estado llano o burguesía (compuesta ésta por las personas dedicadas a las actividades económicas). También existía el campesinado, que a pesar de tener un papel fundamental en la nutrición de la sociedad medieval, “estaba colocado en una posición jurídica *sui generis*” (TS: 976), porque al dejar de pertenecer a la esclavitud pasó a ser parte de la servidumbre adscrita a la tierra en tanto instrumento de ella y no se le consideraba como dentro de los estamentos.

Ahora bien, cada uno de estos grupos social-jurídicos tenía un *ethos* acorde a su situación y función sociales, lo cual determinaba su mentalidad y, por lo tanto, su opinión sobre lo que le rodeaba, trátase lo mismo de un objeto que de una situación. Pero todavía cuando los estamentos opinasen sobre el mismo tema, no habría una comunicación verdadera. Sin embargo, la opinión pública estamental de varios países era más factible de darse porque “las líneas esenciales de la perspectiva social son idénticas dentro de un mismo estamento” (Ayala, 2006b: 209), aún así existe la duda de que dicha perspectiva signifique una opinión “pública” en tanto que no abarca al otro estamento. Entonces, la opinión en todo caso, será solo la de determinados grupos sociales.

Cabe recordar que durante el Renacimiento la burguesía se modifica pues crece de forma acelerada y con ello rompe la estructura en la cual estaba inserta, a lo cual se suma el cambio de la mentalidad etnocentrista por la antropocentrista. Es así como dicha concepción de opinión pública se modifica en el siglo XIX cuando, en el marco de la sociedad burguesa, adquiere el interés de “producirse con vista a un ámbito abierto y arraigar en una concepción total del mundo que le presta su especial relieve, su trascendencia y su capacidad para constituirse en fondo de todo régimen de la vida social” (Ayala, 2006b: 209), es decir, de ser verdaderamente pública. Para Ayala el siglo XIX y la existencia de la burguesía equivalen a una situación social benéfica pues “esa clase fundaba una diferencia social fecunda y aún no se había ahogado en la democracia de masas” (Ayala, 2006b:211), aunque la burguesía tuviese un enorme apego a la propiedad y por ello se basara en el sistema económico, lo cual devendría más tarde en consecuencias tales como la tiranía o la demagogia. Ayala afirma que solo en la sociedad liberal, gobernada por la clase burguesa, es donde se presenta una homogeneidad tal que permite a la opinión pública ser efectivamente la de todos y no solo la de determinado estamento pues

La opinión pública propiamente dicha requiere desenvolverse en un espacio abierto, ser dirigida hacia lo humano inorganizado, indiferenciado y genérico. Este espacio abierto y ese fondo humano aparecen en la historia con el predominio de la burguesía que, disolviendo toda estructura social firme, la sustituye por una jerarquía móvil e impersonal en que la situación y capacidad económica se convierten en medida de los valores sociales. Semejante situación se da en un momento de la evolución en que se hallan en presencia, de una parte, la burguesía ya constituida, y de otra parte el fondo popular todavía no organizado para el que en principio están abiertas todas las puertas de la jerarquía social burguesa (Ayala, 2006b: 224).

Sin embargo, esta coyuntura en la que coincide la sociedad burguesa con la plenitud del régimen de la opinión pública es solo una abstracción, subraya Ayala, porque en la realidad no se dan las cosas de tal manera. Para él esta clase social luchó contra los prejuicios estamentales dada su concepción racionalista del mundo pero en el seno de ese fondo popular desorganizado surge la clase proletaria con conciencia y ética propias, que vino a contrastar con la mentalidad burguesa y a poner límite “a las



posibilidades de una opinión pública y de un régimen político basado en ella” (Ayala, 2006b: 225). Para Ayala, en consecuencia, la “aparición de un proletariado y su ingreso en la vida política representó en la sociedad burguesa la primera ruptura de la homogeneidad indispensable para un régimen de opinión pública abierta” (Ayala, 2006b: 226).

En el siglo XX el desarrollo de la burguesía se ve mermado debido a la crisis a la cual se enfrenta, pero su resquebrajamiento dio lugar a una “opinión pública trascendente, y al final hacia una opinión pública total dirigida” (Ayala, 2006b: 211). Es a partir de Rousseau con su construcción “del Estado, del soberano, de la formación de la voluntad general y de la ley [... como se constituye] el fundamento filosófico-político de la democracia liberal, esto es, del régimen de la opinión pública” (Ayala, 2006b: 214). Para este pensador la opinión pública, en el sentir de Ayala, sería

la voluntad general y la fuente legítima de la ley y del gobierno; inescindible, única, arrancarí­a del fondo de los individuos, de su naturaleza no falseada, es decir, del ámbito natural no organizado, para saltar desde ahí a lo organizado y constituido, al soberano, y acuñarse en formas oficiales (Ayala, 2006: 215).

La opinión pública es, por lo tanto, el modo que tiene de manifestarse la voluntad del pueblo y corresponde al Estado liberal proporcionar los caminos adecuados para que se manifieste hacia el Estado mismo, en un círculo de comunicación entre los de abajo y sus dirigentes. Es, pues, el factor que homogeniza a la sociedad y una forma importante del poder, pero no se evita la tensión entre clases, indispensable para la perdurabilidad de la sociedad.

Para Ayala, un régimen de opinión pública es sinónimo de democracia liberal y tiene como finalidad transformar dicha opinión en fuerza política, como aparece en su novela *El fondo del vaso*, en uno de los artículos periodísticos en los que hace en realidad mofa de estos postulados:

ya que en un régimen democrático como el nuestro la opinión pública tiene sus fueros, y a la prensa compete, como derecho y como obligación, suministrarle los

indispensables elementos de juicio sobre las condiciones de general interés (FV: 142).

Cabe advertir que para que realmente se convierta en esa fuerza, la opinión pública debe encontrar el camino que le haga ser reconocida dentro de la esfera social como expresión de un querer de todos. Sin embargo, Ayala expone que un gobierno de opinión pública sólo es posible cuando en él hay una única clase social, la burguesía. La opinión pública de Ayala equivale a una unificación del pensamiento burgués, que en un momento dado no dista mucho de la encaminada a la masificación. Para él la sociedad de masas es “el producto bárbaro de la sociedad de bienestar”, a decir de Pedro Cerezo, (Ayala, 2006:21).

Independientemente de la postura ideológica con la que se identifica Ayala, es cierto que ha proporcionado un buen esquema de cómo se construye la opinión pública y esto es con toda claridad el antecedente de su novela *Muertes de perro*. Los postulados de Ayala encuentran su correspondencia obviamente ficcional en su novela.

Si, como se ha visto, la opinión pública obedecía a la mentalidad de los estamentos, esta característica continúa a pesar de la disolución de la burguesía, pues sigue representando el *ethos* de las diferentes capas de la sociedad actual; por lo tanto, pasa por un proceso de construcción previo antes de llegar a las masas, dado que no es producto de un solo individuo sino de un grupo social, del que una élite, dice Ayala, extrae la opinión “del conjunto de las circunstancias, del juego de la situación”, para hacerla pública. Ayala utiliza documentos históricos, sueños, conversaciones privadas y formas de narración semiliteraria escrita –un diario y correspondencia– en la construcción de su novela, esto obedece a la primera condición para que la opinión pública inicie: “la existencia de circunstancias objetivas que permitan prender y adquirir forma racional adecuada al contenido de voluntad que aspira a ingresar en el ámbito de lo público y a prevalecer ahí” (Ayala, 2006b: 219).

Las tomas de postura o puntos de vista de los sujetos sociales ante los hechos a los que se enfrentan de cotidiano se manifiestan en las conversaciones, discusiones, correspondencia, etcétera, es decir, en el trato cotidiano con los demás dentro de su

círculo privado e inmediato. Es primero en el seno de la familia y/o los amigos cercanos donde se comienza la opinión pública, como bien dice el narrador de *Muertes de perro*, “la gente habla, comenta, conjetura y afirma, hasta que el rumor pasa a ser artículo de fe” (MP: 91).

Lo que Ayala lleva a cabo en su novela es, precisamente, dar cuenta de este proceso de construcción de la opinión pública.

Dos de los documentos sobre los que finca su futuro libro en teoría no debían ser vistos por nadie más, pues los diarios se consideran el más privado de los escritos personales. Las cartas entre las primas era un asunto familiar, los papeles de la embajada eran informes que también solo tenían un destinatario oficial.

Es posible observar que estos documentos no se centran en el gobierno de Bocanegra, sino en situaciones particulares que ocurren en el marco de la presidencia de ese personaje. O que, en todo caso, tienen con él una relación demasiado tangencial como podría ser el acto sexual entre María Elena y Tadeo. Sin embargo, en su conjunto ejemplifican que la opinión pública “surge al mismo tiempo en puntos diferentes con semejantes características; la unidad de perspectiva, y consiguientemente de mentalidad, ocasiona las mismas reacciones y da lugar a la misma opinión” (Ayala, 2006b: 220). Aun cuando pudiese parecer que no es así en esta obra, lo importante es que hay un personaje que considera que todos estos hechos sencillos sí están relacionados y apuntan hacia el mismo punto de vista, y son básicos para poder demostrar “tan cruel desorden” (Ayala, 1998a:7) en que según la voz narrativa se vive en esos momentos; que los documentos serán la base en que él fundará “la historia de este turbulento periodo” (Ayala, 1998a: 8), “la crónica de los sucesos actuales” (Ayala, 1998a: 9). Esto es, con este acto de recopilación, Pinedo lleva a cabo una parte previa a la conformación de la opinión pública: “juntar y ordenar los materiales, allegar las fuentes dispersas” (Ayala, 1998a: 10).

Esta postura está retratada en “La opinión pública” de Ayala (2006b: 220): “Como el sectario, el portador de una opinión que todavía no ha alcanzado a ingresar en la publicidad, simula compartir la posición dominante y vigente cuando entra en contacto con un interlocutor” (Ayala, 2006b: 220), es decir, Pinedo mantiene esta actitud ante los papeles que llegan a sus manos, los portadores casuales y ante Loreto. Y continúa el ensayo: “...pero en seguida, mediante sondeos cautelosos e

insinuaciones discretas, trata de buscar la coincidencia con él en el terreno de la nueva opinión” (Ayala, 2006b: 220) y como ejemplo está la siguiente intervención de Pinedo en su conversación con Loreto acerca de las causas por las que Tadeo asesinó a Bocanegra: “–¿Y usted no cree, tía Loreto, que si Tadeo hizo lo que hizo fue por instigación de doña Concha? –le pregunté para inducirla a hablar” (MP: 137).

“...a la más leve resistencia se repliega”, sigue Ayala en su estudio:

Pero sobre esta insinuación –dice Pinedo en otro momento de la conversación con su tía, en la cual ella se niega a hablar – no conseguí sacarle una palabra más. [...] Tal vez más adelante, llegada la oportunidad, durante una nueva entrevista, consiga averiguar algunas de las intimidades de palacio, que ella conoce mejor que nadie (MP: 136);

y el proceso continúa,

...pero si la opinión encuentra eco, los interlocutores avanzan el uno hacia el otro terminando por establecer entre sí una atmósfera de comunión más cálida aún que la que más tarde habrá de establecerse en la esfera pública entre los adherentes a una misma opinión (Ayala, 2006b: 220),

hecho que ocurre entre estos dos conversadores como una muestra de lo que es posible observar en grupos más grandes. En el plano de la realidad este proceso de construcción puede continuar sorteando la resistencia de algún miembro, este hecho es suficiente para que el resto se una y apoye y su opinión mayoritaria se imponga en el interior del grupo, lo cual da lugar a una primera opinión privada que llegará hasta el ámbito público. Es importante notar la similitud que guarda este proceso con la obtención de información de la policía a los sospechosos en *El fondo del vaso*: “fue necesario un derroche de paciencia y habilidad para que, al fin, algunos de ellos e mostraran mejor dispuestos a coadyuvar en la acción de la policía” (FV: 161).

Retomando el tema anterior a éste, a los diarios, cartas e informes se sumaría el propio texto de Pinedo, y que en conjunto representarían las diferentes perspectivas desde las cuales sería visto un periodo difícil en la historia de un país, correspondientes a los diversos sectores sociales que más tarde se identificarían y

aceptarían la opinión pública que, en este caso, se traduciría en el libro que pretendía escribir Pinedo. Los personajes productores de los documentos-base para la historia de Pinedo son a su vez instancias sociales específicas de un determinado sector: una abadesa como representante del clero, el embajador de las relaciones exteriores con otras naciones, el secretario particular del Presidente; en general personas con reconocimiento público y poder.

El instante de la recepción, tan importante en la comunicación de masas, del libro producto de los afanes de Pinedo, no se da en *Muertes de perro*, aunque sí la hay con respecto a una noticia en particular. En *El fondo del vaso* es donde se tiene referencia de las consecuencias de la publicación metaliteraria de *Muertes de perro* a través de la perspectiva de Ruiz, que califica al libro de Pinedo como “panfleto infame” (FV: 9) en el que

ni siquiera se revelaba ahí nada desconocido: todos los documentos que integran el volumen, o los principales, habían visto ya antes la luz en los diarios, al menos en extracto, con ocasión del proceso Pinedo, que tanto, y no sin motivo, apasionó a la opinión pública (FV: 17).

Ayala revela que los datos ingresan a la esfera pública de la mano de una

instancia social provista de un valor moral reconocido. El sujeto emisor de la opinión pública ha de ser en efecto una autoridad social. Como tal, se erige en representante del núcleo de opinión que integran los adherentes a la fórmula por él expresada. Es el centro de concreción al mismo tiempo que el punto de partida de la corriente de opinión pública (2006b, 221),

el personaje de Pinedo cumple con estos requisitos en tanto es el historiador de la ciudad capital y se le reconoce y legitima al hacérsele depositario de documentos que se consideran importantes, como ocurre con el sacerdote y las cartas de la abadesa o con el funcionario menor y el diario de Requena.

El narrador principal expone que no tiene nada mejor que hacer dada su deficiencia física y sueña con ser ilustre por haber reunido tales papeles y redactar la crónica de los sucesos, permite ver que en realidad él no es el “sujeto material de la

opinión que se lanza a la publicidad” (Ayala, 2006b: 222), sino que han sido todos los protagonistas de la historia quienes de una u otra forma han plasmado su mentalidad ante los hechos ocurridos en el marco de la dictadura de Bocanegra. Pero es Pinedo quien se erige como narrador oficial de lo sucedido y, como afirma Foucault,

El saber oficial ha representado siempre al poder político como el centro de una lucha dentro de una clase social (querellas dinásticas en la aristocracia, conflictos parlamentarios en la burguesía); o incluso como el centro de la lucha entre la aristocracia y la burguesía (1992: 32).

Información es poder, reza un dicho popular, y Pinedo la tiene y la transmite, aunque no le sirve demasiado para su propia salvaguarda en tanto que es precisamente este afán de posesión y poder lo que le lleva a matar a Olóriz y a ser juzgado y sentenciado a muerte por ello.

Por otra parte, existen más elementos que intervienen en “la proclamación de un contenido de opinión pública” (Ayala; 2006b: 223), son el respaldo que le brindan personas con autoridad dentro de la sociedad y toda una serie de documentos como cartas abiertas, anónimas, a los directores de diarios y revistas, “a quien corresponda”, al presidente, diputados, senadores, gobernantes, etcétera, que en realidad van dirigidas al público en general.

En *El fondo del vaso*, José Lino Ruiz, el narrador, pretende escribir un libro donde se diga la “verdad” acerca de la presidencia de Bocanegra y quien le respalda, desde el proceso de redacción es un periodista connotado en su medio, Luis R. Rodríguez. En esta novela es enfatizado el uso de cartas anónimas y, sobre todo, el uso de la prensa para dirimir acerca del asesinato de Junior Rodríguez, que deviene en el encarcelamiento, quiebra económica, conyugal y social de Ruiz, quien es considerado culpable de la muerte del chico y se le trata en los medios como tal, independientemente de que sea cierto o no, incluso hay una evidente guerra entre diarios por tener la primicia. Esto se corresponde con lo que Ayala escribe en el mencionado ensayo:

las posiciones de los adversarios en una polémica suelen ser irreductibles, y si ésta se lleva a delante no es con la esperanza de convencer a la parte contraria como se convence al interlocutor en una conversación privada, sino para actuar sobre los oyentes o lectores y producir una concreción de opinión pública (Ayala, 2006b: 223).

Ruiz ve cómo sus supuestos amigos le dan la espalda, sus acreedores se encarnizan con él como reacción ante lo que se dice en los diarios, todos entran a formar parte del juego de la integración de la convicción con el querer. Es la ejemplificación total de lo que Ayala menciona en su artículo “La censura” de 1979: “La historia nos ilustra de cuán opresiva alcanza a ser la fuerza de la opinión pública en comunidades cerradas, donde el mecanismo de la presión social aplasta, ahoga y somete al disidente, o lo expulsa” (Ayala, 1982: 110).

El poder de la prensa se aprecia en la primera novela a raíz de la publicación que lleva a cabo uno de los periodistas españoles, Camarasa, titulado “Cómo se hace una nación” y que estuvo a punto de costarle la vida. Los hechos son los siguientes: Camarasa trabajaba para *El Comercio*, el gran diario local y escribió el mencionado artículo que teniendo como base un sueño en el cual una zona española anteriormente marroquí, se independizaba de España; tomaba como base esta fantasía para cuestionar cómo el pequeño país centroamericano, antigua colonia también, realizaba sus esfuerzos para “constituirse un acervo de tradiciones gloriosas” (MP: 89). El artículo es calificado por la voz narrativa como “pieza insolente, burlesca, encaminada a basurear los sentimientos patrióticos y a promover el escepticismo sobre valores de los que no es sano poner en tela de juicio” (MP: 89), es decir, cuestionar aquellas creencias nacionalistas que llegan a volverse intocables porque al someterlas al escrutinio, pueden resquebrajarse y tener consecuencias poco convenientes para la ideología dominante.

La nota periodística vio la luz sin mayores consecuencias hasta que el Ministro Plenipotenciario de España consideró que podría tener consecuencias “conducentes a perturbar incautos y a crear una atmósfera de inseguridad alrededor de la política internacional española, en beneficio exclusivo del comunismo” (MP: 90), es decir, a atentar contra los postulados políticos de su país y a que contravenía la consabida amabilidad ibérica, por lo cual, el diplomático hizo una advertencia ante

el Ministerio de Estado. Tras lo cual comenzaron a aparecer más artículos a propósito.

En otro periódico, *El diario ilustrado*, apareció una nota anónima intitulada “Almería no es América, ni nosotros somos bobos”, de las que ya se mencionó son dirigidas al público en general en realidad, donde se objetaban los “insultos” de un “determinado individuo” a propósito de su acto de denostar al patriotismo.

Le siguieron otras, pero la instancia narrativa subraya la emitida por las fuerzas represoras del país, la del Boletín del ejército y la policía: “Se creará que tiene gracia”, cuya elaboración se le atribuyó a Pinedo, lo cual era cierto, pero él lo negó en un principio. Lo que hace Pinedo es tomar la opinión privada y convertirla en pública, pues era necesario “que alguien le saliera al paso a aquel atrevido” (MP: 91), según se había reconocido “por unanimidad en la tertulia presidida por doña Concha” (MP: 91). Lo que se habla en un recinto privado es llevado a la calle por alguien que cuenta con los elementos para hacerlo como son la legitimación e, incluso, el pago. El mecanismo para llevar a cabo esto, sin embargo, es más sofisticado en este caso y no menos representativo de lo que en realidad ocurre, en tanto que la verdad radica en que el redactor no lo hizo *motu proprio*, sino que fue animado, y pagado, precisamente por el ministro de Guerra –no en vano la nota se publica en un medio del Ejército–, quien a la vez contaba con la anuencia del propio Presidente de la Nación, pues tanto éste como su esposa estaban en desacuerdo con el texto de Camarasa.

El artículo del periodista español molestó “a todo el mundo” (MP: 92) hasta el grado que a la ambigüedad de sus palabras se le atribuyeron toda una serie de significados e incluso se llegó a decir que había sido obra de la propia Legación de España y que la protesta del Ministro había sido simplemente un ardid para que no pasase desapercibido. La moneda había sido echada a rodar y llegó a ámbitos inverosímiles, pues se afirmó que tal sentencia surgió del vate del pueblo, Carmelo Zapata, como respuesta indignada ante la insulsez de ciertos comentarios de Camarasa sobre un poeta almeriense al que él le tenía afecto de colega. Es decir, todo mundo dijo lo que creyó prudente sobre el asunto y el propio Bocanegra reconoció que el artículo del español en realidad le había divertido y lo relativo al Ministro terminó siendo calificado como una estupidez del poeta.



Es así como se detiene el asunto, por lo menos, en los diarios: “Esta era la última palabra: una absolución” (MP: 92). El Presidente, como el rey en otros tiempos y regímenes políticos, hace uso de su derecho de gracia y con ello viola la Regla de la certidumbre absoluta, que forma parte de la “semiotécnica con la que se trata de armar el poder de castigar” (Foucault, 2008: 98) y significa:

Es preciso que la idea de cada delito y de las ventajas que de él se esperan, vaya asociada la idea de un castigo determinado con los inconvenientes que de él resultan; es preciso que, entre una y otra, se considere el vínculo como necesario y que nada pueda romperlo (Foucault, 2008:98).

Dada la respuesta de la sociedad, el texto de Camarasa había constituido una falta grave al patriotismo de una nación que aunque se avergüenza de sí misma, no tolera que otro, sobre todo proveniente del país colonizador, le cuestione sus “valores” nacionales, de ahí que se le considere casi un delito. El hecho de que no se le castigue por ello provoca la inconformidad del narrador que evidencia la imposibilidad de la libertad de prensa. Esta libertad, como se ve, no es socavada directamente por el Presidente como un acto de defensa del país, sino por mero divertimento de llevarle la contraria a su esposa. Son quienes le rodean los que sí se encuentran enganchados en el contenido, aunque sea por cosas tan absurdas como las del escritor Carmelo Zapata. Es Pinedo, el historiador oficial, quien desea un castigo para el periodista y su esquema se rompe cuando el Presidente no lo realiza, sobre todo porque el “delito” había estado a la vista de todos ante lo cual la impunidad es mayor.

Lo cierto es que el periodista sí recibe su castigo “víctima de su propia insolencia” (MP: 15), pues el artículo fue una sola de las cosas políticamente poco correctas que este español dijo sobre la nación en la que vivía, según afirma la voz narrativa, quien estuvo bajo sospecha por su muerte: “no falta quien haya echado a rodar la especie de que he sido yo también quien denunció a Camarasa, dando lugar a que lo asesinaran” (MP: 91).

La opinión pública también termina por dañar a la Legación de España; en *El Comercio* continuaron las insinuaciones de la posible participación del ministro, por lo cual la “guarida de la hidra reaccionaria” (MP: 166) fue asaltada por la

muchedumbre. Solo es necesario que un rumor eche a andar como para que sea llevado a los medios y con ellos se termine de convencer a las masas de que lo que se dice o simplemente se cree, es verdadero, independientemente de que no lo sea. Hay una enajenación brutal por parte de los receptores pues se deja de lado el cuestionamiento, la mínima reflexión; la manipulación es completa y se manifiesta llegando al extremo de tomar un edificio administrativo.

Otro hecho que conmovió a la opinión pública es el relativo a la muerte del senador Lucas Rosales, “jefe de las fuerzas opositoras” (MP: 37), según le denomina el ministro de España. El hombre fue balaceado en las inmediaciones de la puerta del Senado. La noticia se dio a conocer “bajo grandes titulares en rojo sensacional” (MP: 36). A través del diplomático, “un observador extranjero que, aun viciado por un montón de prejuicios, disfruta las ventajas de una posición muy excepcional y ve las cosas desde afuera” (MP: 37), es como el autor da a conocer el asesinato y para ello hace mención de recortes de prensa que se le han hecho llegar al jefe en Madrid de los que se “desprende la generalizada convicción de que este hecho de sangre reviste carácter decisivo” (MP: 39), sobre todo a un artículo “donde la inspiración oficiosa era transparente” (MP: 39) y en el cual se le imputaba “ante la opinión pública” (MP: 39) haber sido el autor intelectual de un fallido “complot militar” en contra de Bocanegra. El español agrega que el propio locutor de la radio era presa de la emoción cuando dio la nueva, tanto que no podía hablar bien. Por otra parte, los rumores hablaban de que el senador había sido castrado por unos campesinos, pero el ministro considera que no era verdad.

La prensa está presente hasta en las trivialidades como mediante la elegía que el poeta Zapata publica en *El Comercio* a propósito de la muerte de la mascota de la Primera Dama. Pero también es un fuerte motivo de coacción ya que el secretario particular del Presidente lo usa cuando el Ministro de Educación pretendía presentar al gobernante un perro que ladraba el himno nacional: “¿Se imagina los titulares del *Boletín del Ejército*, el comentario del Mangle López por la radio?” (MP: 120), le dice Tadeo Requena a Luis Rosales una vez que ha ahorcado al susodicho perro.

En el diario *El Comercio* trabajaban dos periodistas españoles, únicos a los que hace referencia la instancia narrativa, uno era el ya mencionado Camarasa y el otro era Luis R. Rodríguez, otro español al que el narrador lo caracteriza por “sus

gramatiquerías puntillosas” y sus “palmetazos pedantes” (MP: 15) así como por ser alguien que corregía la ortografía, la gramática y la sintaxis incluso a Carmelo y con quien se medía el propio Pinedo en cuestiones literarias. Se menciona la muerte de este reportero en el segundo apartado de la novela como “víctima de su propia insolencia”, pero no hay mayores datos al respecto. Es en *El fondo del vaso* donde se vuelve a tener noticia de él y lo primero es que no había fallecido y continuaba trabajando para *El Comercio*. La opinión sobre el periodista ha cambiado, ahora se le toma como persona excepcional y se le necesita como apoyo y guía para llevar a cabo la tarea de escribir el libro donde se resarciría el nombre de Bocanegra.

En esta novela, la primera parte está narrada en primera persona y son los apuntes de la voz narrativa a propósito del libro que piensa escribir; toda la segunda parte está formada por notas periodísticas en torno a la noticia del asesinato del hijo de Rodríguez y el inculpamiento de Ruiz, consta de ocho artículos que a su vez cuentan con subdivisiones e incluye referencia a la consabida carta anónima, tema que ha sido tratado antes; la tercera parte es un diario de la instancia narrativa.

La mención de los títulos de los apartados da cuenta del proceso noticioso: “El caso del Junior R., a través de algunos recortes del diario capitalino *El Comercio*”,

1. Desarrollo de los acontecimientos, El levantamiento e identificación del cadáver, Una pista descartada, Quién es ella, El sepelio de la víctima
2. Los interrogatorios de ayer, Pequeña semblanza del Junior Rodríguez
3. Una visita a Candelaria Gómez
4. Comerciante detenido
5. Cita misteriosa, Contradicciones, Detalles reveladores, Antecedentes del encartado, Comentarios, La quiebra de Casa Ruiz
6. ¿Nueva pista?, Las pandillas: Mi Solo Dueño, Los Dragones del Espacio
7. Un compás de espera
8. El crimen de Altagracia: una perspectiva imprevista, Otro anónimo, La Iglesia de Dios Feliz y Reconciliado, Dos mundos en conflicto, El texto delator, Verificación de indicios.

*El Comercio* no es el único diario de la capital ficticia, también se encuentra *El Tiempo*, con el cual compite. Ayala retrata una situación que es común en toda

ciudad que es la de que existen diversos órganos de difusión escrita, casi siempre por lo menos dos que representan los intereses de los diversos grupos que conforman la sociedad. Es sabido que en algunas ocasiones, lejos de que su existencia sea sinónimo de libertad de prensa o de que el lector tenga la posibilidad de contar con suficientes elementos para formar su juicio acerca de las noticias que se le brindan, los diarios simplemente muestran una cara de lo que sucede, que muchas veces no es exactamente la verdad y que todo se basa en una simple guerra por vender para lo cual se hace uso indiscriminado del sensacionalismo. Ayala menciona que con estas polémicas “no se aspira a convencer al aparente contradictor, a aquel a quien se dirige personalmente la argumentación, sino al público que asiste a la polémica” (Ayala, 2006b: 223) con la finalidad de que se concrete en ellos una opinión pública. Esto ya se ha mostrado en *Muertes de perro* y ahora también en *El fondo del vaso*.

La postura del autor se muestra ante el hecho de que los supuestos recortes periodísticos que dan cuenta del asesinato del personaje solo corresponden a uno de los diarios que circulan en la capital de ese país centroamericano, por lo tanto, es claro que se trata de una visión sesgada que además transmite “el semblante de la realidad mediante una imitación elaborada de la prosa periodística”, afirma Ayala (1972: 130).

La competitividad entre medios está dada desde la primera nota, donde se hace alusión a que la primicia la tuvo *El Tiempo*, pero que era imprecisa y se apela a consideraciones personales para no haber sacado también una nota sino hasta que se tuvieran más y mejores datos. Esta consideración es evidentemente porque se trata del hijo de uno de los periodistas, deferencia que sería imposible si se tratase de cualquier otro ciudadano. Otra ocasión en que *El Tiempo* le gana la partida es cuando se hace referencia a la existencia de bandas juveniles y la participación que el occiso tuvo en una de ellas. *El Comercio* se ufana de no caer en lo mismo que los otros medios: “la impaciencia sensacionalista de radios y televisión, impresionando vivamente la imaginación popular”. No es un misterio para los diarios la fórmula efectista bajo la cual trabajan aun cuando solamente la denuncian en el otro; esto es de significación especial al estar marcado en esta novela: es la crítica de Ayala a los *mass media* hecha por sí mismos, suficientemente remarcada pues se repite a lo largo de la trama. Aunque más tarde caigan en su propio juego y sean conscientes de los

que han provocado en sus lectores: “No es mucho, como puede verse, lo que podemos ofrecer hoy a la ansiedad del público, que con tanto apasionamiento aguarda el desarrollo de este drama, [...] del tenebroso asunto” (FV: 131), “horrible crimen” (FV: 132), “historia sórdida, tejida con hilos pasionales, cuyo siniestro brillo acaso proyecte luces de tragedia sobre el oscuro asesinato que tanto conmueve en estos días a la impresionable imaginación popular” (FV: 142). Los calificativos son entregados con soltura al supuesto lector de los artículos, se le proporcionan los adjetivos con los cuales juzgar el acontecimiento. Esto es algo que ocurre con inusitada frecuencia actualmente en cualquier noticia, sobre todo en la televisión.

Los términos en los que están redactados los artículos periodísticos en esta novela corresponden a la época, cuando aún se daba el nombre completo de los involucrados, por ejemplo; están escritos en un tono ampuloso y afectado, pleno de juicios de valor propio de los tabloides y con una clara postura ideológica a favor de la clase alta. Son artículos que se leerían en el tema del día, por su longitud, pero corresponden a todas luces a la sección policiaca por su tratamiento. Asimismo cumplen con “satisfacer el interés (que parece inextinguible en el ser humano) por enterarse de vidas ajenas, por conocer la conducta del prójimo, criticarla y juzgarla” (Ayala, 1983: 123), igual que ocurre con las celebridades y todo lo que de ellas aparece en los diferentes medios de comunicación.

Aquí, más que tratar un tema cuyo centro específico es político como la nota del gallego a propósito de la construcción de una nación, sino una tragedia ocurrida en el seno de una familia “amiga”, “distinguida” y con talento, y cómo ello mueve a la sociedad que le rodea. Esta sociedad está dividida en dos grupos perfectamente definidos por el diario: la de la burguesía a la cual pertenece el muerto y el vínculo delictivo que se da, como norma, con los pobres.

Al hijo se le llama en diminutivo –Luisito– o con una voz inglesa –Junior– y es el hijo mayor de una madre que proviene “de la más distinguida prosapia criolla” (FV: 125). Es decir, tiene sangre española en sus venas, lo cual le da un estatus de casta más alto.

El varón joven que ha heredado el nombre y apellido y es encontrado muerto en “cierto descampado de las afueras, próximo a la central eléctrica de Altagracia”, un lugar que es “uno de esos baldíos que la expansión urbana va reduciendo cada vez

más”, lleno de niños, de los que abundan “por las barriadas obreras” (FV: 124). Sitio ubicado en las afueras de la ciudad, en el cinturón de miseria que como norma existen en las grandes urbes, cerca de una central eléctrica porque solo los pobres se van a vivir a sitios de donde emanan radiaciones nocivas pero, que por lo mismo dañinos, son en los únicos lugares donde pueden pagar por un techo. Es ahí donde vive la “damisela” con la que tiene una relación. Él es Junior, ella es Candelaria. El trato que se les da en el diario permite la rápida identificación con el grupo socio-económico al que pertenecen cada uno.

El funeral del joven es “una brillante y sentida manifestación de duelo” (FV: 129) a la que acuden numerosas personas, pasa por el centro, esto es, se hace evidente en el núcleo mismo de la urbe, detiene la vida cotidiana, se muestra a todos. Entre los dolientes se encuentran “muy conocidas personalidades del mundo literario, artístico, comercial e industrial” (FV: 129), así como “hijos de las más destacadas casas de esta Capital, todos ellos vestidos con camisa vaquera, pantalón ceñido y ancho cinturón de gruesa cadena” (FV: 129).

Al hacer una semblanza del muerto se recurre a quienes le conocen y se informa que era bien parecido pero para su profesor un mal alumno y “mal ejemplo” (FV: 134) y no reproducía para nada el paradigma de su padre. Estos datos son soslayados por el periodista considerándolos como simples intentos de lucimiento por parte del maestro

con sus discípulos de familia ilustre o conocida, y que con demasiada frecuencia tienen a olvidarse catedráticamente de los fueros y pensiones de la juventud, resulta claro que Luis Rodríguez Imbert era un muchacho agradable, de muy despejada mente, y querido por todo el mundo, ya que ese ‘mal ejemplo’ aducido en contra suya desde el punto de vista pedagógico, si se lo contempla desde otro ángulo implica, tal vez, una nota positiva;: el ascendiente de que el pobre Luisito gozaba entre sus camaradas (FV: 134).

No importa que la fuente sea primaria, simplemente si lo que se ha dicho no corresponde con lo que se desea dar a conocer al público, se le da un giro y se le convierte en una opinión errónea.

La tendencia de *El Comercio* es derechista y conservadora, esto se evidencia por la forma como se refiere a la gente de las clases altas; otro ejemplo de ello es la banda “Dragones del espacio”, a la que pertenecía el asesinado junto con otros jóvenes de su misma situación socioeconómica y que, a diferencia de otras pandillas, ellos sólo incurren en el vandalismo solo por provocación, sus miembros no esconden su identidad.

Dado que en las familias distinguidas es tan importante el abolengo, éste perdura con ayuda de los medios, que no pierden oportunidad para dar señas del árbol genealógico. Los ricos siempre tienen uno, los pobres pareciera que no o que al menos no es importante. La mención de los cargos públicos también es primordial. En la novela de Ayala esta característica está presente cuando se habla de que se interroga a algunos miembros de “Dragones del espacio”:

...estuvo interrogando la policía a por lo menos cinco jóvenes Dragones, entre ellos los hermanos Doménech, hijos del presidente del Consejo de Administración del Banco Nacional, don Antonio Doménech, y parientes por el lado materno del infortunado Luisito, ya que la señora de Doménech y la esposa de nuestro querido compañero de redacción Luis R. Rodríguez son primas hermanas, nietas ambas damas de un prócer patrio, el general, tribuno y poeta Amadeo Imbert (FV: 159).

Los sospechosos, por su parte, provienen de otro estrato: Candelaria y su padre, “un antiguo trabajador rural que, atraído como otros tantos por el señuelo engañoso de la vida ciudadana, trabaja desde hace años como peón de una fábrica de los suburbios” (FV: 130). El hombre es un desarraigado, muestra de la migración del campo a la ciudad que tanto ha afectado a los campesinos, víctimas de la imposibilidad de continuar con la agricultura por cuestiones macroeconómicas que les obligan a convertirse en trabajadores de la manufactura sin ninguna cualificación, y a engrosar las filas de los desempleados urbanos; no pertenece por supuesto a ninguna familia poderosa ni ha sido pariente de nadie con un cargo bancario o gubernamental.

Candelaria es una muchacha “nada vulgar como sin duda lo es ésta” (FV: 133) —es preciso hacer esta aclaración dadas sus circunstancias de clase—, quien vive en una barriada y en el periódico se aclara que no fue difícil encontrar la casa, marcando la diferencia entre lo fácil que es localizar las fincas grandes de los ricos y

lo arduo cuando se trata de la de los obreros en zonas donde se construyen edificios iguales en serie.

“Se trata de un departamentito modesto, pero decente y limpio” (FV: 136), insuficiente para la numerosa familia de la mujer pero que ha sido afortunada por haber conseguido obtenerlo del gobierno (Instituto de la Vivienda) habiendo tanta competencia. Un hogar donde se escucha la radio y la cortina es de percal, tradicional tela barata.

José Lino Ruiz, el encarcelado de manera preventiva mientras se aclaran los hechos, es otro miembro importante de la sociedad en tanto que es un comerciante reconocido, “una personalidad no carente de relieve y generalmente apreciada en nuestros ambientes sociales” (FV: 140).

El vínculo de la policía con los medios también se hace patente a través de estos recortes periodísticos. La relación comienza siendo buena dado que se habla bien del cuerpo policíaco: “podemos asegurar a nuestros lectores que la policía trabaja intensamente” (FV: 130), aunque a la postre se quejen de que no tienen acceso indiscriminado a toda la información que quisieran, lo cual causa “desorientación para el público y la prensa” (FV: 139). El vínculo entre el poder judicial y la prensa pasa por altibajos: las revelaciones de los primeros son escasas siempre para los segundos; obtienen una primicia al dar a conocer la existencia de una carta anónima.

Sin embargo, los mismos periodistas se erigen como elementos de la seguridad también al interrogar de nuevo a los interrogados y a todos aquellos que consideran estuvieron en contacto o involucrados en el hecho. La primicia es el objetivo principal, siempre con base en lo que se juzga “interesante para nuestros lectores” (FV: 135). Actitud paternalista de dar el conocimiento de los acontecimientos a los alienados consumidores de noticias, que se enteran de lo que acontece a su alrededor por vía de la visión de una única persona que trabaja bajo las órdenes y criterios editoriales de toda una organización en concordancia con un grupo de poder. Los periodistas anhelan tener conocimiento de los hechos antes de que éstos sucedan al grado de que les sorprenda la detención y encarcelamiento de José Lino Ruiz.



En la descripción de la visita que se hace a Candelaria y su padre, Ayala da cuenta de nuevo de la medida utilizada en la opinión pública para lograr obtener tanta información como una postura determinada: la de los sondeos con cautela y las insinuaciones discretas para lograr la coincidencia en la opinión: “nosotros optamos por no insistir en nuestros vanos esfuerzos frontales, y cambiamos la táctica para atacarlo al sesgo” (FV: 136). En los diarios ya no es posible encontrar comentarios así. Las estrategias como se obtiene la información han pasado a ser secreto profesional.

Así como se utiliza la cautela para obtener datos, ésta brilla por su ausencia cuando la noticia se basa en meros rumores:

En nuestro deseo de ofrecer al público la mayor cantidad de datos disponibles, de modo que cada cual pueda formarse su propio criterio, reproduciremos a continuación algunas de las *especulaciones* que hemos escuchado, limitándonos prudentemente a recoger –y ello a título de mero rumor, *sin hacernos en manera alguna responsables de su veracidad*– lo que en los corrillos se murmura (FV: 140 Las cursivas son mías, A.G.).

Una vez más Ayala da un ejemplo de cómo se forma la opinión pública, solo que en esta ocasión está un paso más avanzada puesto que el proceso sobrepasa el ámbito de lo íntimo, familiar o entre amistades, pues se trata del cotilleo que abarca a una población que incluye a varias clases sociales.

El tono prejuicioso que se lanza al lector atomizado da línea sobre cuál es el sentido del hecho de que la policía se entere de que Ruiz y su secretaria tenían una relación extra-laboral:

No hubo –y ello se comprende– quien se animara *a sostener* afirmaciones tajantes sobre este punto vidrioso, pero el comisario sacó la impresión neta de que todos los empleados de Casa Ruiz estaban *persuadidos* de que las relaciones entre éste y Candy no eran las de jefe y secretaria, sino que bajo su manto se cubrían otras de carácter íntimo. Si esto resultara cierto –*cosa que, por nuestra parte, aventuramos, claro está, como mera hipótesis*–, no se necesitaría demasiada suspicacia para inferir que el despido de la señorita Gómez obedeció a motivos por completo ajenos al

trabajo. Así *parece creerlo* todo el personal de la firma (FV: 147) (Las cursivas son mías, A.G.).

Este fragmento en particular es una muestra de cómo se crea la opinión en los lectores. Hay palabras clave: sostener, persuadir, aventurar, hipótesis, parecer, creer. El hecho de que nadie se atreva a mantener un argumento implica tanto que hay una actitud de cobardía como que se puede permitir su caída. *Persuadir* tiene como definición “hacer con razones que alguien acabe por creer cierta cosa” (Moliner: 2006), pero en este caso no se exponen las razones que darían lugar a esa creencia de manera contundente. Todo se trata de meras conjeturas que, al verse por escrito, se toman invariablemente por ciertas sin que exista la menor preocupación por confirmarlas. La palabra *suspiciacia* se aplica a alguien desconfiado, receloso, mal pensado acerca de la intención en los actos o palabras de otros (Moliner: 2006); al no necesitarse ser demasiado suspicaz, sólo un poco, se da el juego de que se le diga al receptor que eso poco que pueda pensar mal es cierto. No es preciso ser demasiado desconfiado para desconfiar, sobre todo tratándose de sexo prohibido.

El cambio en el trato periodístico a José Lino Ruiz es drástico: se le llamaba “don José Lino” (FV: 143), “el comerciante Ruiz” al que se le brinda la deferencia de interrogarlo en casa porque tiene gripe (FV: 144), “el dueño de los Grandes Almacenes Casa Ruiz” (FV: 145), “conocido comerciante de esta plaza” (FV: 148) antes de que la nota llena de supuestos que da lugar a “amplias y delirantes especulaciones” (FV: 148) fuese publicada. Los datos con los que ha contado el público, “reales o imaginarios” (FV: 148), han servido para que las personas con las que Ruiz se relacionaba como amigo ahora se sintiesen traicionadas, “burladas por su hipocresía, y como víctimas de una especie de abuso de confianza que les hace reaccionar con violencia extrema” (FV: 148).

Es calificado de “vejatorio” el hecho de tener trato con alguien que después es “objeto de escandalosa publicidad” (FV: 148), esto es, Ruiz se transforma en alguien desagradable por haber sido motivo de atención de los medios pero no de la forma adecuada para su sociedad. Lo grave no es solo que sea inculpado de un delito sino que se convirtió además en escándalo público y puede contaminar a sus cercanos. Esto da cuenta de cómo se considera negativo aparecer en el diario pero no

ensalzando la actividad profesional o la vida social. Estar presente en las páginas de un periódico significa ser objeto de atención y es preferible que dicha característica sea en términos benignos, de lo contrario, las consecuencias pueden ser muy graves, como se ve en esta novela. Ser mencionado por un medio equivale a la pérdida del anonimato, a ser motivo de juzgamiento, burlas, atropellos. Sin embargo, a la par, la entrada y salida de los medios de comunicación de masas es totalmente arbitraria porque de pronto se pasa al olvido sin ninguna mediación. Esto ya había sido percibido por Locke mucho antes de que los medios de comunicación fuesen lo que hoy son:

En el libro II de su *Ensayo sobre el entendimiento humano* [Locke] insiste en que otros dos tipos de leyes desempeñan también un papel importante en el gobierno de la conducta humana. Son la ley divina y la ‘ley de la opinión o reputación’. Locke razona que nuestro entendimiento moral se constituye como resultado de los premios y sanciones determinados por nuestra conformidad o inconformidad con la ley. Señala que la tercera ley, la de la opinión, ha gobernado la mayor parte de la conducta humana a lo largo de la Historia (Hyndess, 1997: 25).

Esto es una muestra microscópica de cómo vira la opinión de la gente gracias a la influencia de los medios masivos de comunicación. Igual sucede en grandes términos en la sociedad sobre temas tanto de índole banal como vital.

Otro rasgo particular de los medios que ha adquirido tintes de norma es el de hurgar en el pasado de la víctima de los flashes para encontrar justificaciones a su conducta delictiva, cierta o no. Lo mismo ocurre con Ruiz, al cual, en un ejercicio de intratextualidad de Ayala al citarse a sí mismo, hace referencia a la presidencia de Antón Bocanegra y con ello a los pocos datos que en *Muertes de perro* ha brindado sobre este personaje, tales como su afición por el billar y su muerte que no fue tal, sino convertida en desaparición como recurso literario de conexión entre las dos novelas, pero que, desde un punto de vista dialógico, le es reprochada por su insensibilidad ante los suyos; aunque paradójicamente no es calificada así la de Rodríguez aún cuando él también se escondió en época del asesinato del Presidente. La actitud de Ruiz es traducida como “brutal egoísmo” (FV: 149) y el anuncio de su comportamiento criminal. La de Rodríguez ni siquiera es cuestionada. Simplemente porque uno es el sospechoso de haber matado al hijo del otro.

El juego de conjeturar y afirmar por parte del reportero continúa:

Sea o no autor o siquiera instigador de la muerte de Luisito Rodríguez –cosa que nosotros, claro está, nos guardaremos muy mucho de prejuizar en el presente momento–, de lo que no cabe la menor duda es de que José Lino ha engañado durante años a la gente honesta con quien se rozaba a diario sin que nadie pudiera percatarse de sus disimuladas inmoralidades (FV: 150),

es decir, se formará un juicio sobre su posible intervención en el asesinato: el diario *juzga*, no solo tiene el papel de informar sino que toma una postura de juez y la difunde; cuestión que no es motivo de reflexión alguna por parte de la sociedad de masas, que simplemente engulle los datos sin que medie un gran proceso intelectual. Tal es el ejercicio del poder de los medios que son capaces de afirmar cosas carentes de confirmación como es, en este caso, que se sostenga que Ruiz con una absoluta falta de escrúpulos hizo uso de la manipulación para mejorar la economía de su almacén; también que explotaba a sus empleados y a los clientes y, sobre todo, que sedujo a una de sus empleadas. Se tocan dos fibras muy sensibles en cualquier grupo social urbano: el dinero y el sexo.

El proceso de la noticia en la sociedad ha pasado por varios estadios: hay un hecho real (un asesinato), se recurre a fuentes primarias (policía, novia, sospechoso, amigos) y secundarias (empleados, rumores, anónimos), se afirman ciertas consideraciones populares sin mencionar nombres y apellidos, se conjetura, el medio se erige como juez, se provoca una avalancha de reacciones del público que no discierne entre lo verdadero y lo falso, la noticia se encadena con otras que van adquiriendo mayor relevancia hasta que una vez enlodado el nombre de alguien, se deje en el olvido.

Entre las reacciones dialógicas para con el personaje de José Lino Ruiz, se encuentran el hecho de que los acreedores acudan a cobrar y se llegue a la intervención judicial para lograrlo; la esposa decida cerrar el negocio lo cual es calificado como acto de mala fe; los amigos se sorprenden o lo niegan como amigo; se descubra que tenía un espacio en su almacén para sus encuentros privados con su secretaria; el negocio quiebre. La noticia principal deja de ser el asesinato y toman su lugar terribles fantasías sobre lo que el comerciante hacía en su cámara secreta. Otra noticia alterna es la aparición de las bandas juveniles, una de ellas, la “Mi solo

dueño” está formada por chicos de estratos humildes y pudientes, mezcla que resulta ser una “promiscuidad repugnante” (FV: 156) en el artículo correspondiente; frase que hace patente los prejuicios de clase, la tendencia, en este caso expresa, con que se orienta a los lectores. Las particularidades de la banda para acceder a ella o escalar puestos en su interior es comparada con la de las juventudes nazis, pero se aclara que esta equiparación no tiene interés en “desorbitar tanto las cosas” (FV: 157): de nuevo la contradicción.

En los diarios no hay alguien específico que maneje la red de información a la que se accede cada día para enterarse de lo que acontece en el mundo como si fuese un lago con la superficie ondulada por el viento donde no se ve lo que hay en el fondo. A esto se suma que la lectura de un texto modifica de forma indudable los límites dentro de los cuales el receptor se mueve ideológicamente, por lo cual, los lectores son susceptibles de transformar la calidad de su interacción con los demás a partir de lo que reciben, tanto para bien como para mal

Otro tema central en la ideología conservadora es el de la religión y no podía faltar en la ejemplificación de cómo se comporta la prensa. En *El fondo del vaso* se da a través de la Iglesia de Dios Feliz y Reconciliado, es decir, no a través de la Santa Iglesia Católica y Apostólica sino por medio de una perteneciente a la minoría religiosa, tachada de “una de tantas expresiones de religiosidad más o menos aberrante”, “una pequeña secta” (FV: 166), “culto extravagante [de los que] proliferan en nuestros confusos días” (FV: 167), cuya sede está ubicada en una zona poco agradable a la cual Ayala nombra “barrio de Elipa”, con más que innegable alusión al barrio del mismo nombre de Madrid, espacio de tierra donde, en el siglo XIX, se instaló el cementerio, se sembraron 50 mil árboles y hacia donde se extendió la ciudad cuando en centro ya no pudo contener a todos sus habitantes. En su novela, el barrio Elipa es una franja urbana a la que le da epítetos tales como “andurriales” (FV: 167) o “arrabales” (FV: 269).

El edificio de la iglesia, lejos de ser una muestra del barroco español con que están llenos los pueblos que sufrieron la colonia de ese país europeo, se trata de un “edificio de tablas” (FV: 167) que tiene la puerta pintada de rojo y la fachada de verde. La imagen a la que se rinde tributo no es un cristo sangrante o una virgen dolorosa sino una mixtura de estética de motociclista con pescador y mitología

griega porque posee botas, barba, el rayo de Zeus y un arpón. Para enfatizar su disparidad con la católica, esta Iglesia tiene como jefe a una mujer y su doctrina se basa en “sincretismo barato, fluctuante, lleno de contradicciones, cuyo ridículo misterio parece no repugnar a la mente primaria de sus secuaces” (FV: 167). Esta afirmación contundente, que puede aplicarse con asombrosa facilidad al catolicismo, es representativa de la línea conservadora e intolerante con la libertad de cultos del diario, algo sumamente común también en la realidad. Los diferentes cultos a lo largo de la historia han sido motivo de preocupación para las religiones dominantes, Ayala lo demuestra a través de una carta anónima que la voz narrativa menciona como parte de las pruebas llegadas a la policía. Dicho documento se queja porque la iglesia minoritaria incurre en profanaciones que son rechazadas por los “sentimientos cristianos” (FV: 171) pues se trata de “cultos africanos” (FV:172) y “fanatismo bestial” (FV: 171).

En el marco de la religión, el narrador enfatiza la conjunción de los contrarios: la mezcla de ricos y pobres, y la de blancos y morenos, de lo masculino con lo femenino. Este encuentro entre desiguales fue el motivo de un incidente que culmina en la muerte de Luis Rodríguez Imbert.

Los tres apartados últimos de la sección de los recortes periodísticos resumen los mecanismos sociales y de dominación en los que toman parte los medios, en específico, la prensa escrita. En ellos se culpa a una mujer de que los muchachos hubiesen arribado al barrio de las afueras; como siempre ocurre, los vecinos del lugar se enfrentaron a los advenedizos quienes, en venganza, allanan el templo de la Iglesia de Dios Feliz y Reconciliado; se resta responsabilidad a los jóvenes pudientes de sus acciones destructivas, por considerarse una reacción “sana” (FV: 171) ante un culto; se enfatiza la dialéctica entre qué Iglesia católica profesa la religión oficial, la de los blancos; mientras que los cultos minoritarios son motivo de negación y ataque, no son oficiales y pertenecen a los negros. Al mismo tiempo, se presentan pruebas de que la investigación sobre el asesinato, motivo principal de estos recortes, deja de lado a José Lino Ruiz, a quien

un conjunto de circunstancias desdichadas parecía acusar hasta ahora de manera vehemente, y que en la actualidad se encuentra preso, como presunto autor del

hecho, en la cárcel del Miserere, a disposición de las autoridades judiciales (FV: 174).

Ayala recrea fielmente los grupos sociales de los ricos y de los pobres y su intervención en la prensa. Como se ha visto, se ha presentado la siguiente dicotomía: *rico* es igual a pertenecer a una familia con abolengo, ser empresario o intelectual, a formar parte de la iglesia católica, a vivir en el centro, a ser disculpado, a ser blanco y criollo; *pobre*, a no tener raíces, a ser obrero, a pertenecer a una religión minoritaria, a vivir en la periferia, a ser culpable, a ser negro o moreno y nativo del lugar.

El diario *El Comercio* se maneja con una tendencia clara hacia la clase con poder. No hay un equilibrio en las voces de las dos clases participantes; los juicios de valor son siempre a favor de los pudientes.

El autor prefiere la prensa escrita sobre la audiovisual, aunque menciona que en radio y televisión se manifiesta la misma directriz de impaciencia sensacionalista que en los diarios, pero no da más datos al respecto.

La disección que se hace de la práctica periodística corresponde a la de un diario amarillista que da cuenta de cómo se llevan a cabo formas y mecanismos específicos tanto para obtener la nota como el hecho de “apelar a *conjeturas* verosímiles para suplir la falta de noticias” (FV: 130, las cursivas son mías, A.G.); asimismo están presentes las estructuras subjetivas a partir de las cuales se modifican las estructuras ideológicas de los lectores, disfrazados en la falsa labor de brindar elementos suficientes para que el receptor se forme su juicio ante los hechos de los que se le da cuenta.

Por otra parte, la recepción de las noticias se encuentra centralizada, pues solo se realiza en la capital del país y lo que se sabe es bastante generalizado: “gran sensación”, “apasionadas discusiones”; la instancia narrativa informa que el suceso “ocupa todas las conversaciones de las tertulias del casino” (FV: 151), pero no ofrece mayor información acerca de lo que ocurre en los mercados o las fábricas. Las otras referencias son las de aquellos que brindaban su amistad a Ruiz y se sintieron traicionados porque él apareció en el diario de forma escandalosa –sus amigos cercanos–; de igual manera los lectores de las páginas de notas comerciales y financieras (es claro que los empresarios o inversionistas son los asiduos de estas

secciones; o “la distinguida familia de nuestro compañero”, que coloca a la voz narrativa de forma cercana al periodista Rodríguez, por lo cual queda establecido el vínculo bajo el que se realizan las notas y que el diario representa sólo a un sector de la población. No hay, por lo tanto, evidencia alguna de la reacción de la gente del pueblo, de los trabajadores asalariados.

La postura conservadora impone un factor normativo al transmitir su ideología, pero al mismo tiempo crea fronteras muy marcadas entre los grupos socioeconómicos lo cual refuerza las diferencias en un mecanismo que sirve en realidad para proteger su identidad.

El ejercicio del poder no se ejerce desde el Estado en este caso, como puede verse, sino que proviene de un intermediario entre clases sociales como lo es un diario con determinada tendencia. Los mecanismos, por lo tanto, se caracterizan por el bombardeo cotidiano de una determinada ideología a través de juicios de valor, insinuaciones, conjeturas, rumores. Aunque cabe advertir que lo que nos presenta Ayala es cómo el estamento al que pertenecen los empresarios, intelectuales e inversionistas se alimenta a sí mismo a partir de la puesta por escrito de los valores bajo los cuales se rigen: el miedo al escándalo, la negación de la responsabilidad, lo castrante de las ideas y prácticas religiosas, la diferenciación entre ellos y los pertenecientes a un estrato distinto.





## CONCLUSIONES

El concepto de poder en Ayala se fue modificando a lo largo de su vida. Su más extenso abordamiento se da en el *Tratado de sociología* en el que se desarrolla la tesis del poder como voluntad de dominio, aplicándola exclusivamente a la civilización occidental y cristiana.

Entiende por tal la voluntad del ser humano de dominar, la cual se manifiesta primero con el sometimiento de la naturaleza, hecho que lo lleva a desarrollar técnicas que le ayuden en su fin. Gracias a ellas extiende su dominio no sólo por sus territorios naturales sino que va más allá y coloniza tierras y culturas lejanas. Toda vez que para Ayala hay una marcada diferencia del uso del dominio dependiendo de que se ejerza sobre culturas primarias o secundarias, siendo sobre aquéllas legítimo y sobre las segundas no, reprueba la voluntad de dominio entre pares. Entonces, el problema surge cuando el mundo por conquistar se acaba y las grandes naciones ya no tienen más que apropiarse, como la voluntad de poderío no se agota por eso, se vuelven contra sus iguales, se atacan unas a las otras dando lugar a conflictos que fueron aumentando de intensidad hasta llegar a las guerras mundiales y a un estado de crisis generalizado que para él significa derrumbamiento de valores morales, imperio de la ciencia y la materia sobre lo espiritual, y la necesidad de recurrir a la religión como único medio de salvación. Su discurso sobre el poder continúa en el libro de relatos *Los usurpadores*, donde traduce el poder como usurpación basándose en el modelo político de la monarquía absoluta. Concluye con el poder como pecado que ya venía fraguándose desde el *Tratado de sociología* pero alcanza mayor fuerza en sus ensayos posteriores. Valiéndose de los mitos de la caída, del árbol del bien y del mal, del Edén, vistos desde la óptica de la religión cristiana, sentencia que el poder es la representación del mal sobre la tierra y que quien lo ejerce peca.

Visto desde los postulados de Michael Foucault, el poder no sólo es represión sino que es un mecanismo de cohesión social y no solamente se ejerce desde el Estado sino que se realiza de forma cotidiana y personal con valor positivo. Asimismo establece que hay macromecanismos que son los del gobierno y micromecanismos que son los llevados a cabo por los individuos, sin tener su titularidad pero con una determinada dirección no encaminada al exterminio o el

sometimiento ajeno, como acostumbra creerse, sino para la autoconservación y la producción de conocimiento. Ayala y Foucault comparten también el interés por la idea de verdad, presente en el granadino sobre todo en el papel del intelectual.

Ayala aborda ambos aspectos del poder. Los macromecanismos en su obra teórica y los micromecanismos en su obra literaria. No hace una reflexión de estos últimos pero su genio creativo le permite captar y plasmar su funcionamiento dentro de la sociedad. Asimismo, en la temática del poder como voluntad de dominio pero sobre todo como pecado, hay una correspondencia entre la obra teórica y literaria de Francisco Ayala, efectivamente. Sus personajes representan a la perfección las piezas de lo que expone en sus postulados y encajan en esa visión complementaria del poder que brinda Foucault, tanto del lado represivo como del positivo pues hay represión en los planos económico, social, intelectual, judicial y de raza; al mismo tiempo que existe el poder como generador de saberes.

La parte más sorprendente de la teoría ayaliana es, quizá, la consideración del poder como pecado. Esto se entiende mejor si se toman en cuenta dos aspectos: uno, que Ayala se explaya en términos religiosos, que la religión está mucho más presente en su obra de lo que podría creerse; segundo, que siempre será reprobable el ejercicio del poder para someter y destruir a los demás, y que Ayala sólo veía el poder desde su aspecto dañino, víctima de las circunstancias que le tocó presenciar; de ahí que el escritor español le confiere al poder el valor negativo más grave dentro de su sistema de principios religiosos, el de pecado.

Cabe destacar también el hecho de que los postulados y métodos foucaultianos de análisis del poder pueden ser aplicados con soltura en el análisis literario.

Por último, cierro este trabajo con una cita epilógica de Nietzsche que, a mi parecer, resume lo aquí expuesto:

Yo quiero restituir al hombre, como propiedad suya, como producción suya, toda la belleza y sublimidad que ha proyectado sobre las cosas reales e imaginadas para hacer de este modo su más bella apología. El hombre, como poeta, como pensador, como Dios, como Amor, como Poder: ¡oh, sobre la magnanimidad real con la que ha enriquecido las cosas para empobrecerse él, para sentirse miserable! Ésta ha sido hasta ahora su mayor abnegación: la de admirar y adorar y saber ocultarse que era él mismo el que creaba aquello que admiraba (Nietzsche, 1951: 106).

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABAD, Francisco (1992), “Comentarios a la interpretación de la historia de España de Francisco Ayala”, en SÁNCHEZ TRIGUEROS, Antonio y CHICHARRO CHAMORRO Antonio (1992), pp. 49-66
- ALBERT, Ethel M. (1977), “Sistemas de valores”, *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*, Volumen 10, Madrid, Aguilar, pp.611-614
- ÁLVAREZ SANAGUSTÍN, Alberto (1981), *Semiología y narración: el discurso literario de F. Ayala*, Oviedo, Universidad de Oviedo, Servicio de Publicaciones
- AMORÓS, Andrés (1984), *Introducción a la novela contemporánea*, Madrid, Cátedra
- ANÓNIMO (1993), *La vida del Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, Madrid, Castalia
- ARCINIEGA, Rosa (1958), “*Muertes de perro*”, *Prensa Libre*, Buenos Aires, s/p; *El mercurio*, Valparaíso, s/p
- ARMAS ANAYA, Alfonso (1967), “*Muertes de perro*, novela testimonio”, VV. AA. *La novela Iberoamericana contemporánea*, XVII Congreso de Literatura Iberoamericana, Caracas, Universidad de Venezuela, (manuscrito)
- AYALA, Francisco (1944), *Razón del mundo. Un examen de conciencia intelectual*, Buenos Aires, Losada,
- . (1972), *La cabeza del cordero*, Barcelona, Seix Barral
- . (1971), *Los usurpadores*, Barcelona Seix Barral
- . (1972), *Confrontaciones*, Barcelona, Seix Barral
- . (1977), *España a la fecha*, Madrid, Tecnos
- . (1983), *Palabras y letras*, Barcelona, Edhasa
- . (1984), *La estructura narrativa y otras experiencias literarias*, Barcelona, Crítica
- . (1985), *La retórica del periodismo y otras retóricas*, Barcelona, Espasa-Calpe
- . (1986), “Disquisiciones inactuales: lo feo”, *El País*, 22 noviembre 1986, pp. 11
- . (1988), *Obras completas*, Madrid, Aguilar
- . (1989), *Las plumas del fénix. Estudios de literatura española*, Madrid, Alianza
- . (1991a), *Muertes de perro*, *El fondo del vaso*, Madrid, Espasa Calpe

- . (1991b) [Entrevista con Elvira Daudet], *Tiempo*, 2 diciembre 1991, pp. 200-202
- . (1992a), *Contra el poder y otros ensayos*, Madrid, Ediciones de la Universidad de Alcalá de Henares, Quinto Centenario
- . (1992b), *Los usurpadores*, Edición de Carolyn Richmond, Madrid, Cátedra
- . (1992 c) [Entrevista con Juan Cruz], *El País*, 6 enero 1992, pp. 25
- . (1993), *Muertes de perro*, Edición de José Carlos Mainer, Barcelona, Vicens Vives
- . (1995), *El fondo del vaso*, Madrid, Cátedra
- . (1996), *Muertes de perro*, Edición y prólogo de Nelson R. Orringer, Madrid, Cátedra
- . (1998a), *Muertes de perro*, Madrid, Alianza
- . (1998b), *El fondo del vaso*, Madrid, Alianza
- . (2001), [Entrevista con Miguel Mora], “Francisco Ayala. Cuanto más pobres son las palabras, más pobre es la vida”, *El País*, 27 mayo 2000, Madrid, pp.4-5
- . (2001) [Entrevista con Emma Rodríguez], *El Mundo*, 16 mayo 2001, pp. 51
- . (2004) [Entrevista con Juan Luis Tapia], *Idealdigital*, 28 abril 2004
- . (2006a), *Antología del pensamiento político, social y económico español sobre América Latina*, Madrid, Edición e introducción de Alberto J. Ribes Leiva, Agencia Española de Cooperación Internacional
- . (2006b), *De mis pasos en la tierra*, Málaga, Junta de Andalucía
- . (2006c), *Ensayos políticos. Libertad y liberalismo*, Edición de Pedro Cerezo Galán, Madrid, Biblioteca Nueva
- . (2006d), *Las vueltas del mundo*, Edición y comentarios críticos de Antonio Chicharro, Granada, Consejería para la Igualdad y Bienestar Social, Consejería de Cultura, Junta de Andalucía
- . (2006e), *Miradas sobre el presente: ensayos y sociología, Antología, 1940-1990*, Madrid, Fundación Santander Central Hispano
- . (2006f), *Otro pájaro azul*, Granada, Fundación Francisco Ayala
- . (2008), *Obras completas IV, Sociología y ciencias sociales*, Barcelona, Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg

- . (2009) [Entrevista con Ana Mendoza], “Francisco Ayala: ‘Nunca he sido vanidoso, porque soy autocrítico’”, *La Opinión de Granada*, 29 junio 2009, pp. 32
- BAJTIN, Mijail (2005), *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Madrid, Alianza
- BARROSO VILLAR, Elena (2006), “Espacios de dictaduras: *La sombra del caudillo* y *Muertes de perro*. A un lado y otro de la frontera posmoderna”, en SÁNCHEZ TRIGUEROS, Antonio y VÁZQUEZ MEDEL, Manuel Ángel (Eds.) (2006)
- BAUDRILLARD, Jean (s/f), *La agonía del poder*, Madrid, Pensamiento
- BLANCO AMOR (1969), “América en la narrativa de Francisco Ayala”, *La Nación*, Argentina
- BLANES VALDEIGLESIAS, Carmen (2001), *Un jardín barroco en los relatos de Francisco Ayala*, Málaga, Universidad de Málaga
- BOBES NAVES, Jovita (1993), “Recurrencias temáticas en la novela hispanoamericana I y II”, *Revista Anales de Literatura Española*, No. 9, Universidad de Alicante  
[http://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/7451/1/ALE\\_08\\_01.pdf](http://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/7451/1/ALE_08_01.pdf)  
 (18 jun 2009)
- BONILLA, Luis (1971), *Los mitos de la humanidad*, Madrid, Prensa Española
- CAMPBELL, Joseph (2008), *Los mitos, su impacto en el mundo actual*, Barcelona, Kairós
- CANO, José Luis (1958), “Dos novelas: Elena Quiroga: *La última corrida*, Francisco Ayala: *Muertes de perro*”, *Ínsula* No. 144, 15 noviembre de 1958, Madrid
- CAPOUYA, Emile (1964), “A dead dictator doubles them up”, *SR*, 13 de junio de 1964, EUA, pp.31
- CASTELLANOS, Jorge y MARTÍNEZ, Miguel A. (1981), “El dictador hispanoamericano como personaje literario”, *Latin American Research Review*, Vol. 16, No. 2, 1981, pp. 79-105  
<http://www.jstor.org/stable/2503126?seq=1>
- CORNEJO-PARRIEGO, Rosalía V. (1993), *La escritura posmoderna del poder*, Madrid, Fundamentos

- CRUZ, Juan (1992), “Francisco Ayala. Premio Cervantes” [Entrevista], *El País*, 6 enero 1992, Madrid, pp. 25
- . (2003), “Francisco Ayala. La experiencia vivida”, *El País Semanal* No. 1384, 6 abril 2003, Madrid, pp.14-19
- CHICHARRO, Antonio (1991), “La intuición, razón y acción críticas”, “Artes y Letras” No.51, *Ideal*, 15 noviembre 1991, Granada, pp. 33
- . (2002), *La aguja del navegante (crítica y literatura del Sur)*, Jaén, Instituto de estudios giennenses/Diputación Provincial de Jaén.
- . (2006), *El pensamiento vivo de Francisco Ayala, Una introducción a su sociología del arte y crítica literaria*, Granada, Dauro
- DAUDET, Elvira (1991), “Francisco Ayala. Premio Cervantes” [Entrevista], *Tiempo*, 2 diciembre 1991, Madrid, pp. 200-202
- DEMICHELI, Tulio H. (1998), “Francisco Ayala: ‘La gente se agarra a cualquier cosa con tal de odiar al vecino’”, *ABC Cultural*, No. 360, 22 octubre 1998, Madrid, pp.18-20
- DOMÍNGUEZ CAPARRÓS, José (1992), “Teoría de los estilos en *Muertes de perro*”, en SÁNCHEZ TRIGUEROS, Antonio y CHICHARRO CHAMORRO Antonio (1992), pp. 143-154
- DÓNOAN, (1992), “El poder como usurpación de la alteridad, paradoja de un mundo en profunda mutación de los contenidos de su libertad y creatividad. Una meditación moral de nuestra historicidad”, *Anthropos* 139, diciembre 1992, Barcelona, pp. 63-64
- DURÁN, Manuel (1959), “Francisco Ayala: *Muertes de perro*”, *Revista Hispánica Moderna*, Tomo XXV, New York, s/p
- ELLIS, Keith (1964), *El arte narrativo de Francisco Ayala*, Madrid, Gredos
- . (2006), “La estructura de *El fondo del vaso*”, *Ínsula* 718, octubre de 2006, Madrid, pp. 25
- ENCICLOPEDIA de la religión católica* (1956), Tomo VIII, Barcelona, Dalmau y Jover
- ENCICLOPEDIA Universal Ilustrada Europeo-Americana* (1974), Tomo XV, Madrid, Espasa-Calpe
- . (1975), Tomo LXIV, Madrid, Espasa-Calpe

- ENJUTO, Jorge (1960), “Notas sobre el sentido de la obra literaria de Francisco Ayala”, *Asomante*, No. 3, julio-septiembre 1960, San Juan, pp. 31-36
- . (1964), “Francisco Ayala: *El fondo del vaso*”, *Asomante*, XXI, 1, enero-marzo de 1964, San Juan, pp. 79-82
- FERNÁNDEZ SUÁREZ, Álvaro (1958), “Francisco Ayala: *Muertes de perro*”, *Índice*, 119, Madrid, pp. 23
- FOUCAULT, Michael (1992), *Microfísica del poder*, Col. Genealogía del poder, Madrid, La Piqueta
- . (1998), *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*, México, Siglo XXI
- . (1999a), *Entre filosofía y literatura*, Obras esenciales, Vol. I, Barcelona, Paidós Básica
- . (1999b), *Estrategias de poder*, Obras esenciales, Vol. II, Edición de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Barcelona, Paidós Básica
- . (1999c), *Estética, ética y hermenéutica*, Obras esenciales, Vol. III, Ed. de Ángel Gabilondo, Barcelona, Paidós Básica
- . (2001), *Los anormales*, Madrid, Akal
- . (2003), *Hay que defender la sociedad*, Madrid, Akal
- . (2004), *De lenguaje y literatura*, Barcelona, Paidós I.C.E./U.A.B.
- . (2005a), *La hermenéutica del sujeto*, Madrid, Akal
- . (2005b), *El poder psiquiátrico*, Madrid, Akal
- . (2007), *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, edición de Miguel Morey, Madrid, Alianza
- . (2008a), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI
- . (2008b), *Seguridad, territorio, población*, Madrid, Akal
- . (2009a), *Historia de la sexualidad 2. El uso de los placeres*, Madrid, Siglo XXI
- . (2009b), *Historia de la sexualidad 3. El cuidado de sí*, Madrid, Siglo XXI
- . (2009c), *La arqueología del saber*, Salamanca, Siglo XXI
- . (2009d), *Nacimiento de la biopolítica*, Madrid, Akal
- . (2010), *Una lectura de Kant. Introducción a la Antropología en sentido pragmático*, Madrid, Siglo XXI
- FRADEJAS LEBRERO, José (Ed.) (2008), *Más de mil y un cuentos del siglo de oro*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana



- GARCÍA-POSADA, Miguel (2006), “Un narrador necesario”, suplemento “ABCD Las artes y las letras”, *ABC*, No. 736, 11-17 marzo 2006, Madrid, pp. 6-7
- GARCÍA GALIANO, Ángel (1994), “La narrativa de Francisco Ayala: teoría y práctica”, *DICENDA, Cuadernos de Filología Hispánica*, No. 12, III-118, Madrid, pp.111-128
- GENETTE, Gerard (1989), *Figuras III*, Barcelona, Lumen
- GIL, Ildelfonso Manuel (1982), *Francisco Ayala*, Madrid, Ministerio de Cultura/Dirección general promoción del libro y la cinematografía
- GÓMEZ-MORIANA, Antonio (1982), “La evocación como procedimiento en el *Quijote*”, *Revista canadiense de estudios hispánicos*, Vol. VI, No. 2, Invierno 1982, Montreal, pp. 191-223
- . (1988), “Pragmática del discurso y reciprocidad de perspectivas: los juramentos de Juan Haldudo (*Quijote* I, 4) y de don Juan”, *Nueva revista de filología hispánica*, Tomo XXXVI, No. 2, México, pp. 1045-1067
- . (1998), “Triple dimensionalidad del cronotopos bajtiniano: diacronía, diatopía, diastratía”, *Revista Acta poética*, 1997-1998, No. 18/19, México, pp. 153-188
- GONZÁLEZ, Manuel Gregorio (2006), “Francisco Ayala”, *Mercurio panorama de libros*, No. 80, marzo 2006, Sevilla, Fundación José Manuel Lara
- GREIMAS, A.J y COURTÉS, J. (1982), *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos
- GULLÓN, Germán (1977), “Degradación y dictadura en *Muertes de perro* de Francisco Ayala”, *Cuadernos Hispanoamericanos* 329-330, noviembre-diciembre 1977, Madrid, pp. 469-476
- HYNDESS, Barry (1997), *Disertaciones sobre el poder*, Madrid, Talasa
- HIRIART, Rosario (1972), *Los recursos técnicos en la novelística de Francisco Ayala*, Madrid, Ínsula
- . (1982), *Conversaciones con Francisco Ayala*, Madrid, Espasa Calpe
- HOBBS, Thomas (1979), *Leviatán*, Madrid, Editorial Nacional
- IRIZARRY, Estelle (1971), *Teoría y creación literaria en Francisco Ayala*, Madrid, Gredos
- . (1999), “El crítico y el problema del género en ‘El Hechizado’ y *Muertes de perro*”, *Ínsula* 625-626, enero-febrero 1999, Madrid, pp. 15-18

- . (2006) “Tensión entre entropía y redundancia en *Muertes de perro* de Francisco Ayala (teoría e informática)”, *Hispania*, Volumen 89, Número 4, diciembre 2006, Madrid, pp. 693-701
- LAMANA, Manuel (1958), “Francisco Ayala, novelista”, *La Nación*, Buenos Aires, s/p.
- LANDEIRA, Ricardo L. (Ed.) (2007), *En torno a Francisco Ayala*, Málaga, Eda Libros
- LIDA DE MARKIEL, María Rosa (1962), *Función del cuento popular en el Lazarillo de Tormes*, AIH, Actas I, pp.349-359, Centro Virtual Cervantes  
[http://cvc.cervantes.es/obref/aih/pdf/01/aih\\_01\\_1\\_035.pdf](http://cvc.cervantes.es/obref/aih/pdf/01/aih_01_1_035.pdf) 09 febrero 2010
- LOCKE, John (2006), *Segundo tratado sobre el Gobierno Civil. Un ensayo acerca del verdadero origen, alcance y fin del Gobierno Civil*, Madrid, Tecnos
- LUQUE DURÁN, Juan de Dios y PAMIES BERTRÁN, Antonio (Eds.) (2005), *La creatividad en el lenguaje: colocaciones idiomáticas y fraseología*, Granada, Granada Lingvística
- MAINER, José Carlos (1967), “La primera persona narrativa en Francisco Ayala y Serrano Poncela”, *Ínsula*, No. 242, Madrid, pp. 4
- . (1993), “Prólogo”, en Ayala (1993), pp. V-XXXI
- MASLOW, Vera (1959), “*Muertes de perro* by Francisco Ayala”, *Revista de Libros, La Voz*, julio 1959, New York, pp. 17-18
- MAYO, W. K. (1958), “*Muertes de perro*”, *La Prensa*, New York, s/p
- MELLIZO, Carlos (2007), “Ayala contra el poder: usurpaciones e infamias”, en Landeira, Ricardo L. (ed.) (2007), pp. 36-50
- MENDOZA, Ana (2009), “Francisco Ayala: ‘Nunca he sido vanidoso, porque soy autocrítico’” [Entrevista<sup>1</sup>], *La Opinión de Granada*, 29 junio 2009, Granada, pp. 32
- MERMALL, Thomas (1983), *Las alegorías del poder en Francisco Ayala*, Madrid, Espiral
- MESA VILLALBA, Sara (2001), “Los recursos periodísticos en las “novelas caribe” de Francisco Ayala”, en SÁNCHEZ TRIGUEROS, Antonio y VÁZQUEZ MEDEL, Manuel. Ángel. (Eds.) (2001), pp. 120-136
- MOLINA, Rodrigo (1961), *Estudios*, Madrid, Ínsula

- MOLINER, María (2006), *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos
- MORA, Miguel (2001), “Francisco Ayala. Cuanto más pobres son las palabras, más pobre es la vida” [Entrevista], “Babelia” No. 444, *El País*, 27 mayo 2000, Madrid, pp.4-5
- MURENA, H. A. (1962), “*El fondo del vaso*, de Francisco Ayala”, *Papeles de Son Armadans*, No.78, septiembre, Mallorca, pp. 319-322
- NALÉ ROXLO, Conrado (1959), “La novela de una tiranía *Muertes de perro* de Francisco Ayala, Suplemento Literario, *Clarín*, 30 agosto 1959, Buenos Aires, pp. 4-5
- NAVARRO DURÁN, Rosa y GARCÍA GALIANO, Ángel (1996), *Retrato de Francisco Ayala*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores
- NIETZSCHE, Federico (1951), *La voluntad de dominio, Ensayo de una transmutación de todos los valores*, Buenos Aires, Aguilar
- NOGUER FERRER, Marta y GUZMÁN MONCADA, Carlos (2005), “La obra crítica de Manuel Durán”, *Escritos*, Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje, Número 32, julio-diciembre 2005, Puebla, pp. 109-130
- NORA, Eugenio G. de (1962), *La novela española contemporánea (1927-1960)*, Tomo II, Madrid, Gredos
- OROZCO DÍAZ, Emilio (1985), *Una introducción a “El jardín de las delicias” de Ayala*, Granada, Universidad de Granada
- ORRINGER, Nelson R. (1977), “La mano y el cetro en ‘Los usurpadores’ de Ayala”, *Cuadernos Hispanoamericanos* 329-330, noviembre-diciembre 1977, Madrid, pp. 495-510
- . (1995), “Introducción”, en Francisco Ayala (1995), *El fondo del vaso*, Cátedra, Madrid, pp. 9-58
- . (2004), “La crisis histórica: protagonista de las dos novelas caribeñas de Ayala”, en VÁZQUEZ MEDEL, Manuel Ángel y SÁNCHEZ TRIGUEROS, Antonio (Eds.) (2004), pp. 25-42
- . (2006), “Americanismos del norte en la narrativa de Francisco Ayala”, en SÁNCHEZ TRIGUEROS, Antonio y VÁZQUEZ MEDEL, Manuel. Ángel. (eds.), (2006), pp. 101-110

- PALMÉS, Fernando María, S. J. (1950), *Metapsíquica y espiritismo*, Barcelona, Labor
- PATIA, Jorge A. (1959), “Francisco Ayala: *Muertes de perro*”, *Sur*, No. 257, marzo y abril de 1959, Buenos Aires, pp. 70-72
- PAZ Y MELIA, Antonio (1964), *Sales españolas o agudezas del ingenio nacional*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles
- PÉREZ, Janet (2007), “Representaciones del poder en las historias de Francisco Ayala y Gonzalo Torrente Ballester”, en Landeira, Ricardo L. (ed.) (2007), pp. 51- 79
- POORE, Charles (1964), “The way of the Usurper is not very tranquile”, Books of the times, *New York Times*, mayo, New York, s/p.
- REIS, Carlos y LOPES, Ana Cristina M. (2002), *Diccionario de Narratología*, Salamanca, Almar
- RICHMOND, Carolyn (1992), “Introducción”, en Ayala (1992a) pp. 9-36
- RIOYO, Javier y GARCÍA MONTERO, Luis (2006), “Regreso”, *El País semanal*, No. 1537, 12 marzo 2006, Madrid, pp. 59
- RODRÍGUEZ, Emma (2001), “Francisco Ayala. Escritor” [Entrevista], *El Mundo*, 16 mayo 2001, Madrid, pp. 51
- SALAZAR CHAPELA, Esteban (1960), “Una novela americana española”, Columna Carta de Londres, Londres, s/p
- SÁNCHEZ-MESA MARTÍNEZ, Domingo (1992a), “La escritura *desatada*: de Cervantes a Francisco Ayala”, *Anthropos* 139, diciembre 1992, Barcelona, pp. 48-50
- . (1992b) “La carnavalización en la crítica y en la narrativa de Francisco Ayala”, en SÁNCHEZ TRIGUEROS, Antonio y CHICHARRO CHAMORRO Antonio (1992), pp. 301-320
- . (1999), “Los secretos del *Fondo* o una guía de perplejos. Francisco Ayala y la literatura europea contemporánea”, *Ínsula* 625-626, enero-febrero 1999, Madrid, pp. 25-28
- SÁNCHEZ TRIGUEROS, Antonio y CHICHARRO CHAMORRO Antonio (1992), *Francisco Ayala, teórico y crítico literario*, Actas del Simposio 1991, Granada, Diputación Provincial de Granada

- SÁNCHEZ TRIGUEROS, Antonio y VÁZQUEZ MEDEL, Manuel. Ángel. (Eds.) (2001), *Francisco Ayala, escritor universal*, Sevilla, Alfar
- . (2006), *Francisco Ayala y América, Simposio internacional*, Sevilla, Alfar/Fundación Francisco Ayala
- SCHAUBER, Vera y SCHINDLER, Hans Michael (2001), *Diccionario ilustrado de los santos*, Toledo, Grijalbo
- SILVERMAN, Joseph H. (1961), “Judíos y conversos en el ‘Libro de chistes’ de Luis de Pinedo, *Papeles de son armadans*, año 6, tomo 23, No. 69, diciembre 1961, Madrid, pp.289-301
- SOBEJANO, Gonzalo (1977), “Lectura de ‘El Doliente’”, *Cuadernos Hispanoamericanos* 329-330, noviembre-diciembre 1977, Madrid, pp. 449-468
- TAPIA, Juan Luis (2004), “Francisco Ayala. ‘La literatura es la mejor parte de la vida de cada uno’” [Entrevista], *Idealdigital*, 28 abril 2004
- VALLE-INCLÁN, Ramón del (1990), *Tirano Banderas*, Barcelona, Círculo de lectores
- . (1991), *Martes de carnaval*, Barcelona, Círculo de Lectores
- . (1992), *Tablado de marionetas. Para educación de príncipes*, Barcelona, Círculo de lectores
- . (2003), *Luces de bohemia. Esperpento*, Madrid, Austral
- VÁZQUEZ MEDEL, Manuel Ángel (1999), “Francisco Ayala: el sentido y los sentidos”, *Ínsula*, No. 625-626, Madrid, pp.11-14
- VÁZQUEZ MEDEL, Manuel Ángel y SÁNCHEZ TRIGUEROS, Antonio (Eds.) (2004), *El tiempo y yo. Encuentro con Francisco Ayala y su obra*, Sevilla, Alfar
- VERA LUJÁN, Agustín (1977), *Análisis semiológico de Muertes de perro*, Madrid, Planeta/Universidad de Málaga
- VV. AA. (1970), “Salutación a Francisco Ayala”, *Pueblo*, 17 de junio, Madrid, pp. 35
- . (1976), *Novela española actual*, Madrid, Fundación Juan March/Cátedra
- WEBER, Alfred (1957), *Sociología de la historia y de la cultura*, Buenos Aires, Galaeta

- . (1965), *Historia de la cultura como sociología de la cultura*, México, Fondo de Cultura Económica
- WEBER, Max (2007), *Sociología del poder, Los tipos de dominación*, Madrid, Alianza
- WILLIAMS Jr., Robin M. (1977), “Concepto de valores”, *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*, Volumen 10, Aguilar, Madrid, pp.607-611
- ZAMORA Vicente, Alonso (2003), “Introducción”, en Valle-Inclán, Ramón del (2003), pp. 9-31



**Anexo A. Unidades fraseológicas****Muertes de perro****594**

¿me entiende?

a fin de cuentas

a granel

a la orden del día

a la postre

a la vuelta de la esquina

a lo largo de los años

a los cuatro vientos

a los muertos no se los puede resucitar

a los ojos de los demás

a mis anchas

a otro con ese cuento

a posteriori

a santo de qué

abierta de par en par

abrir de par en par la boca

abrir los ojos como platos

acariciar la esperanza

aceptar sin pestañear

aclarar las cosas

acqua fontis

agarrar al toro por los cuernos

al alcance de su lengua

al cabo de un rato

amanecer cadáver

ancana imperii



andando el tiempo  
andar cacareando  
andar como alma en pena  
andar con miramientos  
andar desencaminado  
andar por las nubes  
andar por las ramas  
andarme con remilgos  
antes al contrario  
apretón de manos  
árbol al que debía arrimarme  
en busca de sombra  
arma de doble filo  
arribar a buen puerto  
asomar el hocico  
atado a la noria  
atizar el fuego  
aunque parezca mentira  
bailarme el agua  
bajo las faldas de  
bajo su palio  
bárbaro iletrado  
barrer con una mirada  
bicho raro  
bien entrada la mañana  
bomba de tiempo  
buena fe  
buena fortuna  
buena o mala suerte  
buscarme la vida  
buscarse el pan  
cabeza de chorlito

cada cual a lo suyo  
cada cual es el autor de su propia suerte  
caer de espaldas  
caer del cielo  
caer en la trampa  
caer en mis manos  
caja de sorpresas  
callejón sin salida  
capeando el temporal  
cara de palo  
caracolear el caballo  
cargada atmósfera  
casi de repente  
casi pego un salto  
castillo de naipes  
ce por be  
ceño adusto  
clara idea  
clavar los ojos en  
comenzar la farsa  
como de costumbre  
como en un sueño  
como hablar del tiempo  
como llovido del cielo  
como quien dice  
como rata que se escabulle  
como reguero de pólvora  
cómo se las gasta  
como seda  
como un bárbaro  
con creces  
con él no se podía contar para nada

con el pie izquierdo  
con la celeridad del rayo  
con los brazos cruzados  
con razón sobrada  
confianza tan ciega  
conmigo no se juega  
conservar la sangre fría  
*consumatum est*  
contar en su seno  
contra el muro  
convertido en buey  
convertido en una papa caliente  
copiado a la letra  
correr como si llevara una jauría en los talones  
correr mundo  
corriendo el tiempo  
cosa de risa  
costarle la vida  
costumbres de la casa  
cualquiera adivina  
cuando viene a saberlo, ya no hay remedio  
cuento de hadas  
cuestión capital  
daba la real gana  
dando en la tecla  
dando un portazo  
dando vueltas en el magín  
dándo vueltas en la cama  
dándole cien vueltas  
danza de la muerte  
danzando en la cuerda floja  
dar cien mil vueltas

dar la lata  
dar pie con bola  
dar rienda suelta  
dar un sopapo  
dardear miradas  
darle una sorpresa al lucero del alba  
darse por satisfecho  
darse una vueltila  
de ahí en adelante  
de buena familia  
de bulto  
de cuando en cuando  
de cuerpo entero  
de golpe y porrazo  
de hito en hito  
de labios adentro  
de los pies a la cabeza  
de mal temple  
de pasada  
de sopetón  
de tarde en tarde  
de tema en tema  
de un lado a otro  
de un solo golpe  
de una tirada  
de vieja cepa  
de viva voz  
de viso  
dejara caer por su casa  
dejarse arrastrar  
dejarse arrastrar por la corriente  
dejarse de chismes

dejarse de pamplinas  
desahogar el pecho  
descubrir el Mediterráneo  
desde el fondo de su alma  
desde hacía quién sabe el tiempo  
desechar la hojarasca  
deshacerse del fardo  
destilar tanta hiel  
día tras día  
dicho sea de paso  
dios dirá  
Dios lo haya perdonado  
dios me perdone  
Dios me valga  
divertirse a costa de  
doctor honoris causa  
dominación faraónica  
dónde me meto  
dormir como tronco  
dos pájaros de un tiro  
echada a toda prisa  
echar el bofe  
echar en saco roto  
echar sus redes  
echar una mano  
echarle una mirada  
echarles un vistazo  
echarse de bruces  
echarse un trago al gaznate  
el bálsamo de sus miradas  
el bien perdido  
el broche final

el campo de honor  
el conflicto armado  
el corazón se le quería escapar por la boca  
el cuento de nunca acabar  
el cuerpo del delito  
el diablo se enredó en su propio rabo  
el estilo es el hombre  
el fondo del vaso  
el genio de la raza  
el número fuerte  
el otro mundo  
el palo fuerte  
el paso del tiempo  
el precio que tendría que pagar  
el suelo vacilaba  
en cierto modo  
en cuerpo y alma  
en edad tan tierna  
en este corral, se acabaron los gallitos  
en la luna estaba  
en la punta de la lengua  
en qué cabeza humana cabía  
en resumidas cuentas  
en seguidita  
en vano  
encogido como un caracol  
enrarecer la atmósfera  
enredada en sus propios hilos  
enrojecer hasta las cejas  
enseñar a veces la oreja  
ensuciar el nombre  
entonces como ahora y siempre

entrar en la liza  
escaparse de entre mis garras  
escarmentar en cabeza ajena  
escribir bonito  
escurrir el bulto  
esperar un tiempito razonable  
estado de guerra  
estampar su firma  
estar bajo tierra  
estar en sus cosas  
estar encantada  
estar fregado  
estar rendida  
este valle de lágrimas  
estirar el cuello como una tortuga  
Esto, Inés, ello se alaba -no es menester alaballo  
estrechar los lazos  
et pour cause  
eterno el sueño  
feria de vanidades  
flotaba en el limbo  
flotando en el aire  
frotándose las manos de gusto  
fruto de mi desvelo  
fuera de tino  
ganar tiempo  
gastarme los nervios  
gato tirado en la cuneta  
gentil andadura  
glorias nacionales  
gracias del bien decir  
gran cachaza

gran chasco  
guardadas las espaldas  
guardar las formas  
hacer fortuna  
hacerle alguna perrería  
hacerme humo  
hacerse acompañar de  
hacerse chiquito  
hacerse el gracioso  
hacerse el muerto  
hallarse en las nubes  
hecho de sangre  
hecho un energúmeno  
hilando baba  
hilar delgado  
hombre bien nacido  
hoy día  
hundir ambas manos en  
hurtarle la cara  
in mente  
indulgencia plenaria  
inmóvil como una estatua  
irrumper como una tromba  
irse a lo alto  
irse al grano  
irse el santo al cielo  
jorobar al prójimo  
jugarle una mala pasada  
jugarse el todo por el todo  
jugarse la vida  
la arena pública  
la cabeza me daba vueltas



la carrera de las armas  
la chita callando  
la faena salió redonda  
la función crea el órgano  
la mano izquierda nunca  
debe saber lo que hace la otra  
la mareó el aire de las alturas  
la muerte en el cuerpo  
la nariz de Cleopatra  
la pasaron por las armas  
la Providencia Divina  
la pura verdad  
la suerte está sellada  
la suerte estaba hechada  
la trampa en que fueron cayendo todos  
la última morada  
la verdad es que nunca se sabe  
la verdad sea dicha  
lanzado de un salto  
lanzar un cable  
las altas esferas  
las cosas marchan por sí solas  
las horas muertas  
las palmas académicas  
las paredes y el techo me daban vueltas  
las pruebas ante los ojos  
le acudiera a las mientes  
le da un patatús  
le diera la gana  
le echó mano  
le enviaré mis padrinos  
le hacía la corte

le pasó por alto  
le saliera al paso  
levantar el telón  
levantó tal polvareda  
líos de alcoba  
llamar la atención  
lleno de asco  
llevar la voz cantante  
llevar oculto en el buche  
llevar una piedra atada al cuello  
llevarlas a su molino  
llueve sobre mojado  
lo más natural del mundo  
lo que sea, sonará  
lo único que importa son los muchachos  
los de su propia laya  
los más puros sentimientos  
los ojos puestos en blanco  
madrugar es sano  
mala sangre  
mala suerte, amigo  
mandar todo al diablo  
mandé a freir espárragos  
mano de santo  
mano maestra  
marcado por la mano de dios  
más listo que el hambre  
matar el tiempo  
matarlo como a un perro  
me dejaban frío  
me había llegado el turno  
me había tocado en suerte

me saca la lengua  
me tomó de sorpresa  
me tragara la tierra  
medía sus palabras  
medio deschavetado  
medio oculto  
poner mesa y mantel  
mete el dedo en el enchufe  
meter al enemigo en casa  
meter la cabeza  
meter la pata  
meterle los dedos en la boca  
metérselos en el bolsillo  
metido en la cabeza  
metido en la danza  
metido entre ceja y ceja  
mi hijito  
mientras hay vida, hay esperanzas  
mientras pasa el torbellino  
mirar con la boca abierta  
mirar con ojos de carnero  
modestia aparte  
montar en cólera  
morderme la lengua  
morirse del susto  
mosquita muerta  
mostrar la hilacha  
muerta de miedo  
muerta de risa  
muerto de hambre  
muerto el perro se acabó la rabia  
muestras claras de

mutatis mutandi  
muy rogado  
nadar y guardar la ropa  
nadie sabía a punto fijo  
nadie tomaba demasiado en serio a  
ni corta ni perezosa  
ni fu ni fa  
ni por mientes  
ni uno puede estar en todo  
nido de piratas  
no dijo ni pío  
no entendía nada  
no ha descubierto la pólvora  
no hacía nada de provecho  
no hila muy delgado  
no le encuentro el chiste  
no mala persona  
no me duelen prendas  
no pegar un ojo  
no poder quitarle la vista  
no podíamos tragar al régimen  
no salir del asombro  
no se paga de baratijas  
no son ni dos ni tres  
no soy el casto José  
no tener pelo de tonto  
no tenían ni que llevarse a la boca  
nudo en la garganta  
nunca se sabe  
odio africano  
oir como en sordina  
oveja negra

paloma sin hiel  
papando moscas  
para bien o para mal  
para cualquier lance  
para empezar  
para mi solaz y recreo  
para no faltar a la costumbre  
parar a tiempo el golpe  
parecer mentira  
partirse el coco  
pasar a mejor vida  
pasar como flecha  
pecar por carta de más,  
antes que por carta de menos  
peccata minuta  
pegarse un tiro  
pender de un hilo la vida  
perder de vista  
perro guardián  
pertenecer a la casa  
peso muerto  
picar el anzuelo  
piedra angular  
pieza maestra  
plantárselo en la cara  
pluma en ristre  
pobre de mí  
poco a poco  
pondría la mano al fuego  
poner el cascabel al gato  
poner en movimiento la tramoya  
poner en tela de juicio

poner punto final  
poner sobre ascuas  
poner una pica en Flandes  
ponerle ardiendo las orejas  
ponerle el gorro al lucero del alba  
ponerlo en negro sobre blanco  
poniéndolo los puntos sobre las íes  
por arte de magia  
por fas o por nefas  
por interpósita persona  
por llevarle a todo el mundo la contraria  
por obra y gracia de  
por otro lado  
por rara casualidad  
por si fuera poco  
post mortem  
prendí la luz  
pris congée  
prolongarse más de la cuenta  
púdicas doncellas  
puerto franco  
puesto al frente  
puesto en boga  
puño y letra  
qué diantre  
que engañe a quien no conozca  
qué tripa se me ha roto  
qué vueltas tiene la vida  
quién iba a imaginarse  
quién lo hubiera adivinado  
quién sabe el tiempo  
quitar de en medio

quitarme el sueño  
rara avis  
recién salido del horno  
regla de tres  
remachar el clavo  
remontar las aguas  
remover el obstáculo  
repetir el cuento  
respirar con alivio  
reventarme los nervios  
rezumaba por todos los poros de la piel  
rodar hasta la sima  
romper el esquema  
romperse el coco  
rotos los diques  
sabría bien a qué atenerme  
sacado de la última miseria  
sacar de quicio  
sacar de tino  
sacarle las tripas  
salido del pozo  
salir adelante  
salir del atolladero  
salir del hoyo  
salir disparado  
salir por la tangente  
salir todo a borbotones  
saltar la tapa de los sesos  
salvar el pellejo  
sano juicio  
santuario de las musas  
se alzara con el santo

se encajó los lentes  
se había escurrido  
se hallaba sumido  
se la tenían jurada  
se le subió a la cabeza  
se le vino a las mientes  
se lo había tragado la tierra  
se lo metía por los hocicos  
se me iluminó el cerebro  
se me raja  
se me reía en la cara  
se quedaron secos  
se quedó helado  
se quedó tan fresco  
se resistía como gato panza arriba  
se rompa el hielo  
se tercia  
sea como quiera  
seguir la corriente  
seguro de sí  
ser alguien  
ser como el pan  
ser de cuidado  
ser de riesgo  
ser la mano derecha  
ser tal para cual  
ser un dolor de cabeza  
ser un lince  
ser una bendición  
ser una bomba de tiempo  
seres de carne y hueso  
si mal no recuerdo



si no estoy muy equivocado  
sin abrir el pico  
sin dar guerra  
sin dejar rastro  
sin encomendarse a Dios ni al diablo  
sin ir más lejos  
sin más preámbulo  
sin pérdida de tiempo  
sin saber a punto fijo  
sin ton ni son  
solo dios sabe cómo  
soltar la risa  
son cosas del mundo  
sonrisa de galán de cine  
su sonrisa de dentífrico  
sudar a chorros  
suerte negra  
sus deseos eran órdenes  
sus propias vergüenzas  
te conozco bien  
tejer y destejer  
telón de fondo  
tener mala entraña  
tener olfato  
tener una vena de loco  
tenerlo a mano  
terco como un mulo  
tirar de los hilos  
tirar juntos para adelante  
tirarse a fondo  
tocarle la lotería  
todo el mundo

todo le sale al revés  
todo se viene a tierra  
todos los gatos son pardos  
tomar la palabra  
tomar providencias  
tomarle el pelo  
toque de retreta  
trabajar como una burra  
traer en el buche  
tragada por la tierra  
traídas por los pelos  
tristitia vitae  
un alma de dios  
un desgraciado cualquiera  
un hombre de pro  
urbi et orbi  
va derecho al grano  
valer la pena  
ver debajo del agua  
ver las cosas desde afuera  
ver rojo  
vida de fraile  
vida y milagros  
vivir al día  
vox populi  
vueltas del mundo

*El fondo del vaso***542**

a cada cual lo suyo  
a ciencia cierta  
a decir verdad  
a Dios gracias  
a duras penas  
a espaldas tuyas  
a estas alturas  
a fin de cuentas  
a la hora de la verdad  
a la hora de la verdad  
a la luz pública  
a la postre  
a la vuelta de la esquina  
a otro perro con ese hueso  
a primera vista  
a puerta cerrada  
a tal propósito  
a todas luces  
a todo trance  
abrime los ojos  
abrir una senda  
acudió a las mientes  
adquirir el vicio  
aguantar el chaparrón  
ahí está el detalle  
al alcance de la mano  
al fin y al cabo

al mal tiempo pone buena cara  
algo podrido hay en Dinamarca  
amanecer nublado el día  
andar todo manga por hombro  
Ángel del Hogar  
años de vacas gordas  
apaciguando el oleaje  
aprendidos de memoria  
apretar el ceño  
arrimar el ascua a su sardina  
arrimarse a un percal de su género  
arrojar alguna luz  
arte ni parte  
así como suena  
asomar las narices  
atacarlo al sesgo  
atado de pies y manos  
atar cabos  
aunque parezca mentira  
auto de prisión preventiva  
autora moral  
autora por inducción  
bailarle el agua  
bajo las flores de su ilusión,  
muchas espinas se ocultaban  
baqueteado por la vida  
batirse en retirada  
bendición del cielo  
brazos cruzados  
brillar por su ausencia  
buen talante  
buenos oficios

cada cual lleva dentro de sí mismo  
a su peor enemigo  
cada día tiene su afán  
cada mochuelo se refugiara en su olivo  
caer en cuenta  
caer en desgracia  
caer en ello  
caer en gracia  
caer en la cuenta  
caiga lo que caiga  
cantar la verdad  
cantar victoria  
cantarle las verdades  
capear el temporal  
cara de palo  
cargando las tintas  
carne fresca  
cero a la izquierda  
cerrar con broche de oro  
cerrar el paso  
cerrar el pico  
chuparse el dedo  
cien mil cosas más  
cien mil tonterías  
clara como el agua  
como agua pasada  
como chiquillo en la feria  
como Dios nos dio a entender  
como fonógrafo averiado  
como las cerezas: unos disparates traen otros  
como le da la gana  
como le iba diciendo

como oro en paño  
como si tal cosa  
como un triste despertar  
con conocimiento de causa  
con creces  
con el mayor respeto  
con el sudor de su frente  
con gran dolor de mi corazón  
con sangre podría lavarse  
con un golpe de varita mágica  
conocer bien el paño  
convertir en leche agria  
corregirle a San Juan el Apocalipsis  
correr cual reguero de pólvora  
correr un tupido velo  
cortar por lo sano  
cortas luces  
cortina de humo  
cosas de la edad  
cruzada de brazos  
cruzar de puerta a puerta  
cual ángel flamígero  
cual esas armas que el diablo carga  
cuenta y riesgo  
cuentas galanas  
cumplimiento de nuestro deber  
da la real gana  
dale a la lengua  
dando la petera  
dar con los huesos en  
dar en la tecla  
dar la batalla

dar la cara  
dar la impresión de  
dar señales de vida  
dar su brazo a torcer  
dar un resbalón  
dar vueltas en la cabeza  
darle a la pluma  
darle la callada por respuesta  
darle un moquete  
darme la puntilla  
darse de baja  
de muy buen temple  
de primera agua  
de rato en rato  
de todo y nada  
de todos modos  
de un solo golpe  
decir una sola palabra  
dejad que los muertos entierren a sus muertos  
dejar en la estacada  
dejar pasar por alto  
dejar que pase el nublado  
dejar un cabo suelto  
del árbol caído todos hacen leña  
del diario vivir  
del santo de su nombre  
delante de mis narices  
descomponerle el pasodoble  
desde otro ángulo  
deshecha en llanto  
dicho sea de paso  
Dios lo haya perdonado

Dios me valga  
Dios mío  
dirige sus dardos  
dispuesto a soltar monedas  
dónde querrá ir a parar  
dueña y señora de mi hogar  
dura ley, pero la ley después de todo/  
dura lex, sed lex  
duro como un poste  
ecce homo  
echar a perder  
echar a su sabor  
echar el bofe  
echar en cara  
echar en la balanza  
echar leña al fuego  
echar mano  
echar mano a la espada  
echar una mano  
echarme a la calle, como a un perro  
el autor de sus días  
el cuento de nunca acabar  
el eterno femenino  
el golpe de gracia  
el lecho del dolor  
el mayor provecho posible  
el mismísimo diablo  
el qué dirán  
el sudor de mi frente  
el trapo del pase de verónica  
el único trabajo que enriquece  
es el trabajo ajeno



en carne y hueso  
en cumplimiento del deber  
en el cepo  
en el marco de la puerta  
en la vía correcta  
en mi nombre propio  
en paz y en gracia de Dios  
en resumidas cuentas  
en su propio domicilio  
en último extremo  
encerrado entre estas cuatro paredes/  
encerrado ahí, entre esas cuatro paredes  
encogerse de hombros  
entrar en materia  
erigir castillos de naipes  
es la ley de Dios  
escasas luces  
escuchar como quien oye llover  
espejo de virtudes  
esta boca es mía  
estar al tanto  
estar en la luna  
estar la cosa que arde  
este valle de lágrimas  
estrujar el cerebro  
eterno reposo  
evitar el chaparrón  
falsa como el alma de Judas  
falta de luces  
frase hecha  
friéndome para mi capote  
frotándose las manos

fuera lo que dios quisiere  
gastar saliva  
gracias a dios  
gran lanzada a moro muerto  
gravitar sobre sus hombros  
grupo muy granado  
guardar cama  
guardar las distancias  
ha sonado su hora  
haber gato encerrado  
haber logrado pegar un ojo en toda la noche  
hablar dos palabras  
hacer acto de presencia  
hacer de tripas corazón  
hacer leña del árbol caído  
hacer sus cochinadas  
hacerla objeto de  
hacerse de la vista gorda  
hacerse el gracioso  
hacerse el tonto  
hacerse humo  
hasta el fin de los siglos  
he caído al cepo  
hecha una fiera  
hecho un pasmarote  
hijo mío  
hincarle el diente  
hombre culto si los hay  
hombre de mundo  
hoy en día  
hoy por hoy  
hubiera tenido que estar ciego

humanos somos  
hundirme más todavía en el lodazal  
imaginación calenturienta  
in articulo mortis  
in illo tempore  
ingrata tarea  
irse del seguro  
irse derecho al bulto  
jamás puede uno estar seguro de nada  
jugarse a fondo  
juntar los cocos  
la aguja de marear  
la codicia rompe el saco  
la donna è mobile  
la gran vidorra  
la gratitud no es fruta del tiempo  
la hora de la desgracia es la hora de  
las reflexiones  
la justicia seca de la dura ley  
la mano escondida que arrojara la piedra  
la manzana de oro  
la muy viva  
lanzar quejas al cielo  
las cuentas, claras, mi amigo  
las esposas del Señor  
las hijas de Eva  
le da la rana  
le hubiera roto la cara  
le saltaban las lágrimas  
lentitud de tortuga  
líos de faldas  
llamar la atención

llevar a buen puerto mi nave  
lo cortés no quita lo valiente  
lo dejara en cueros  
lo dejó en la calle con lo puesto  
lo hecho, hecho está  
lo único que me faltaba  
los barrotes de mi jaula  
los críos, a la escuela  
los puntos flacos  
los sueños, sueños son  
lucero del alba  
luna de miel  
mal ejemplo  
mala sangre  
mantener amores  
más vale  
matarse la gente  
me abrió los ojos  
me acude a las mientes  
me dejó helado  
me encojo de hombros  
me hace polvo  
me hizo gracia  
me mordiera mi propio perro  
me quedé como quien ve visiones  
me tengan en remojo  
Mea culpa  
mejorando lo presente  
mera cháchara  
meter la cuchara  
meter la pata  
meterse a redentor

metido de hoz y coz  
metidos en un puño  
mi buen nombre se arrastra  
mi dulce prenda cuando Dios quería  
mi esposa legítima ante dios y ante los hombres  
miradas de cordero degollado  
morderse los labios  
mordido la mano que le daba el pan  
morirse de la pena  
mosquita muerta  
mover un dedo  
muchacha formal  
muerte natural  
muertos de risa  
muy ciego había que estar,  
o no querer verlo  
muy señora mía  
muy vivos y despiertos  
nada vulgar  
negar en redondo  
ni falta me hace  
ni mucho menos  
ni por sus altos, ni por sus bajos,  
ni por sus medios  
no caber la menor duda  
no darse abasto  
no estaban tan mal  
no estar el horno para bollos  
no había manera  
no hay peor sordo que el que no quiere oír  
no hay que ser tan bestia  
no hay vuelta que darle

no me cupo la menor duda  
no me duelen prendas  
no me duelen prendas  
no parecer ninguna lumbrera  
no poco que desear  
no podía ya con mi alma  
no quedara títere con cabeza  
no ser una hermana de la caridad  
no ser uno de los siete sabios de Grecia  
no sería de extrañar que  
no soy quién para juzgar a nadie  
no tener vuelta  
no tomarlo por donde quema  
no vale un pito  
nudo en la garganta  
nuestro más sentido pésame  
oliendo a rancio  
orden de detención  
pagar los vidrios rotos  
par de cuernos  
para colmo  
para decir la verdad  
para inri  
para siempre jamás, amén  
paralizado del susto  
pare usted de contar  
pasar por las mientes  
pasarle la cuenta  
pasarse de la raya  
pasarselo echando muelas  
pasé por alto  
pasos en falso

per saecula saeculorum  
perder el aplomo  
perder la cabeza  
perdone la indiscreción  
pocas luces/de luces pocas  
poco a poco  
poner de relieve  
poner el dedo en la llaga  
poner en juego  
poner las cartas sobre la mesa  
poner los cuernos  
poner sobre aviso  
poner sobre su pista  
ponerla hecha una lástima  
ponerlo negro sobre blanco  
ponerme de patitas en la calle  
ponerme por la nubes  
ponerse a salvo  
ponerse colorado  
ponerse en contacto  
por dios  
por Dios bendito  
por el bien de todos  
por el momento  
por encima de los cuernos de la luna  
por la boca muere el pez  
por más señas  
por obra y gracia de  
Por qué la tierra no me tragaba  
porque los años son siempre los años  
post mortem  
prestar oídos

privarlo de la vida  
pública rechifla  
puesto en el palo de la mona  
puesto en solfa  
punto de vista  
Que Dios nos ampare  
que Dios te asista  
que en paz descanse  
qué me dicen ustedes  
qué mosca pudo haberle picado  
qué remedio  
quebraderos de cabeza  
quedara todavía el rabo sin desollar  
quedarse con la boca abierta  
quedarse cortado  
quedarse en agua de borrajas  
quedarse helado  
quería comerme  
quien calla, otorga  
quien escucha, su mal oye  
quiso soltar prenda  
quitarse un peso de encima  
rasgarse las vestiduras  
regla de oro  
regla de tres  
reir a mandíbula batiente  
remachar el clavo  
remachar el clavo  
rendir su fruto  
retomar el hilo  
reventar de risa  
rey de los judíos



sacar a flote  
sacar a relucir  
sacar en limpio  
sacar la impresión  
sacarla de su error  
sacarlo del apuro  
sacarme a plaza/sacarme entre todos a plaza  
sacarse la espina  
saliera de un compromiso  
salir de la madriguera  
salir de un aprieto  
salir el tiro por la culata  
santo y bueno  
se dice en la cara  
se ha echado atrás  
se le caía la baba  
se le cruzó en el camino  
se me hace el favor  
se me viene a las mientes  
se ve, pero no se toca  
sea como quiera  
sea mucho decir  
seguir el juego  
seguir todas las pistas  
sentado sus reales  
sentar como un tiro  
señor mío  
señoras mías  
ser abogado de causas perdidas  
ser cabeza de turco  
ser el diablo  
ser el primer sorprendido

ser una cándida paloma  
ser una paloma sin hiel  
si bien se piensa  
si por ventura  
sin ir más lejos  
sin meterse en dibujos de ninguna clase  
sin orden ni concierto  
sobre este punto  
soltar alguna burrada  
soltar prenda  
su precioso tiempo  
subir por las paredes  
sufrir las salpicaduras  
sus débiles hombros  
sus deseos son órdenes  
tantear el terreno  
tapar agujeros  
tarde piaste  
tascar el freno  
te alabo el gusto  
tempestad en un vaso de agua  
tener a gala  
tener el ánimo por los suelos  
tener el tupé  
tener empacho  
tener mano en  
tener sus bemoles  
tener vara alta  
tenerle ganas  
tierna edad  
tirada en mitad del arroyo  
tirar piedras en el tejado ajeno

tirarle de la lengua  
tirarle la primera piedra  
tirarlo por la ventana  
tocar el resorte  
toda la pólvora se nos iba en salvas  
todo el mundo  
tomado de sorpresa  
tomar asiento  
tomar la cosa a pecho  
tomarse la revancha  
torcer el hocico  
torres más altas han caído  
traer de nuevo a la memoria  
traer en cartera  
tragar la píldora  
tragar saliva  
trato de favor  
trazar un perfil  
tristemente famoso  
tuvo la bondad de  
un compás de espera  
un corte de mangas  
un montón de días  
un seguro servidor de usted  
una bendición del cielo  
una cosa es predicar y otra dar trigo  
una tras otra  
urdir en silencio  
vacas gordas y vacas flacas  
venir a cuento  
ver con buenos ojos  
ver debajo del agua

ver que podía sacarle  
vinieron encima de golpe  
visto con la boca abierta  
visto la luz  
vivito y coleando  
volver a la carga  
volviendo al punto  
X de mis pecados  
y menos con estas gentes  
ya no tengo más llanto  
yo pecador

**542**

